



Francisco Javier Alegre

**Historia de la Compañía de Jesús en Nueva-España
Tomo I**

Retrato de Francisco Javier Alegre

El editor
Motivos de la publicación de esta obra

En 22 de mayo de 1841, ciento setenta y dos personas, incluidos en este número tres señores obispos, presentaron a la cámara de diputados del congreso mexicano una exposición que hicieron suya algunos miembros de dicha cámara, solicitando se restableciese la Compañía de Jesús en esta América, como lo había sido en la república de Buenos Aires, en Inglaterra, Norte América y en otros países llamados de clásica libertad, sin pretender que se les devolviesen las posesiones que les había tomado

el gobierno español cuando los expulsó de todos sus dominios. Esta pretensión sufrió contradicción por unos cuantos individuos de dicha cámara; pero quedó sin resolverse porque se dudaba si podría entrar en el número de los negocios para que se habían prorrogado las sesiones extraordinarias. Entre tanto se suscitó una horrible tempestad contra la Compañía de Jesús, recrudeciendo sus enemigos cuantas especies se vertieron cuando se trató de su ruina por el gobierno español regentado por el conde de Aranda. La animosidad llegó a tal punto que un impresor, después de convidar a que le presentasen cuantos documentos quisiesen los enemigos de los Jesuitas para publicarlos por su imprenta, dio a luz un folleto de 20 páginas intitulado: Idea de S. Ignacio de Loyola, o lo que son los jesuitas, en que nos presenta en sus primeras líneas a este patriarca como al héroe de Cervantes, y nos dice... «San Ignacio es un don Quijote realizado: él fue en la religión lo que el héroe de la Mancha en la caballería... cuando el catolicismo, atacado en sus misteriosos dogmas, veía asomar una crisis bajo la que iba a peligrar, vino al mundo Ignacio. Caballero de la Virgen, firme apoyo de Roma vacilante, se le vio en la edad media enardecerse con un entusiasmo tan ardiente, como el del paladín más rendidamente consagrado al culto de su hermosura y de su rey». Este pensamiento vertido mucho antes por D'Alambert, es tan general en todos los cristianos, que todos los que lo fueren de corazón pueden llamarse «tan Quijotes como aquí por burla se llama a San Ignacio...». Todos tenemos por señora y reina de nuestros pensamientos a la misma que tuvo aquel patriarca; todos la ofrecemos nuestro corazón; todos le pedimos su auxilio en las tribulaciones del espíritu; todos esperamos en ella, y, ¡ay del infeliz que desconoce su protección, y no recurre a su patrocinio! Duelos le mando a fe mía, y le anuncio un llanto eterno y un crujido de dientes interminable, de que no lo sanará el mejor dentista. En fin, después de esta tormenta desecha contra la Compañía, el resultado es que se ha formado contra ella un juicio de sindicato o de residencia, en que se convocan a son de clarín a los que quieran presentarse como sus acusadores y testigos... «¿Quam acusatationem afertis adversus hominem hunc?» preguntó Pilatos a la canalla Jerusalén cuando arrastró a su tribunal al hijo del hombre... Yo quiero suponer confundidos y vencidos a los jesuitas en este juicio; algo más, quiero ya verlos conducir al patíbulo para ser inmolados; pero en este momento me acuerdo de que la legislación de Moisés dictó leyes de suma equidad aun para cuando llegaba éste triste caso; leyes que perdieron de vista los acusadores del Redentor, y solo en él no se tuvieron presentes, sino que todas se violaron escandalosamente, pues así convenía que sucediese en los designios del Altísimo... Convenía que un hombre muriese... Que Cristo sufriese la muerte, y muerte de cruz... que el autor de la verdadera libertad del hombre, muriese en el patíbulo del esclavo. Intimidada la sentencia al reo (dice monsieur de Pastoret)1 camina este lentamente al patíbulo donde hallará su muerte y su infamia. Atormentado el populacho de una inquieta curiosidad, le rodea enternecido, y busca en su semblante señales de arrepentimiento o perversidad. Dos magistrados van a su lado para escuchar lo que tuviere que decir en su defensa, y darle el valor correspondiente. Por entre el tropel de espectadores rompe un heraldo (o pregonero) y grita: «El infeliz que veis está declarado reo, y camina al

último suplicio... ¿Hay alguno de vosotros que lo pueda justificar? Hable, pues, cualquiera que sea...». ¿Llega a presentarse uno de los ciudadanos? Al punto se le vuelve a su prisión, y son examinadas las pruebas de su defensa.

La ley dispone que en semejantes casos se ponga en ejecución esta diligencia hasta cinco veces antes de ser condenado el reo... ¡Jesuitas!, se os ha condenado a muerte, y ya en opinión y juicio de vuestros acusadores, sois infaliblemente conducidos al patíbulo... Ellos creen que un congreso cristiano y justo, va por su decreto a cerraros la puerta para que no entréis en este continente, donde por dos siglos causasteis la felicidad de sus hijos; librasteis a los miserables indios del filo de la espada de sus conquistadores, que vibraba sobre sus cabezas; redujisteis naciones bárbaras a la civilización; las educasteis y revocasteis del abismo de la muerte; regasteis este suelo con vuestra sangre, sudor y lágrimas con que sellasteis las verdades eternas que anunciabais; erigisteis templos a la Divinidad que aun subsisten y dan testimonio de vuestra virtud y afanes, y donde la idolatría yace hollada a los pies de la cruz; sin embargo, un heraldo grita... ¿Hay quien os defienda?... Sí, vive Dios, hay todavía quien defienda la pausa de la justicia y del honor del cielo; un hombre obscuro, un hombre amante de esa reina hermosa a quien Ignacio dedicó su corazón, y a cuyos pies adquirió la ciencia de ganar en nueve días ese Paraíso perdido por nuestras aberraciones, se levanta en medio de esa grito feroz, y dice: «He aquí la historia de lo que esos hombres hicieron en esta América, escrita en tiempos inocentes y sin tacha... He aquí la obra del sabio Alegre, de la honra de Veracruz, de un hombre extraordinario que admiró a la Europa... Leedla, y ved justificada su causa en todas sus líneas... Calificad por ella, si será o no útil el restablecimiento de una compañía que tantos frutos de honor y bendición dio a esta tierra...». ¡Ah!, si en medio de vuestra saña y enojo, conserváis todavía un resto de virtud, conoced vuestros extravíos y desmanes, y confesad sin rubor que os habéis engañado... Tal es el motivo porque hoy se presenta esta obra que iba a ser pasto de la polilla, y a sepultarse en el olvido. Bendigamos al cielo por esta contradicción: la luz no huye de las tinieblas, ni la verdad teme a la impostura.

Carlos María Bustamante.

Prólogo del autor

La historia de la Compañía de Jesús en Nueva-España, que en fuerza de orden superior emprendemos escribir, comprende [...] el espacio de doscientos años desde la venida de los primeros padres a la Florida, hasta el día de hoy, en que con tanta gloria trabaja en toda la extensión de la América Septentrional. No ignoramos que entre los muchos que han emprendido esta historia, y de cuyas plumas se conservan no pequeños retazos en los archivos de la provincia, pocos son los que han seguido esta cronología, partiendo los más como de primera época de la venida del padre Pedro Sánchez, año de 1572. Es preciso confesar que este cómputo, aunque defrauda a nuestra provincia de no pocas coronas, parece sin embargo más incontestable, y más sencillo. Ni los primeros, ni los

segundos misioneros de la Florida, fueron enviados en calidad de fundadores de Nueva-España, ni este fue por entonces el designio de Pablo II ni el de don Pedro Meléndez, a cuyas instancias pasaron a esta parte de la América los primeros jesuitas. Y aun en la segunda es constante que San Francisco de Borja intentó fundar en la Florida, viceprovincia sujeta a la provincia del Perú, cuyo provincial, padre Gerónimo Portillo, fue el que desde Sevilla envió a los padres Juan Bautista de Segura, y sus felices compañeros.

Estas razones nos hicieron vacilar algún tanto, y nos pareció en efecto deber al gusto delicado de los críticos de nuestro siglo la atención de exponerles sencillamente los motivos que nos obligan a seguir el contrario rumbo. Ello es cierto, que toda la Compañía ha mirado siempre a aquellos fervorosos misioneros como miembros de esta provincia: que aun la del Perú, de cuyo seno salieron, digámoslo así, para regar con su sangre estas regiones, jamás nos ha disputado esta gloria: que la Florida y la Habana, en que tuvieron sus primeras residencias, se incorporaron después por orden del mismo Borja a la provincia de México, y se habrían incorporado desde el principio, si hubiera habido en la América Septentrional alguna otra provincia en aquel tiempo. Parece, pues, que por el común consentimiento, prescripción, superior disposición, y aun por la situación misma de los lugares, estamos en derecho de creer que nos pertenecen aquellos gloriosos principios, y de seguir la opinión del padre Francisco de Florencia.

Este docto y religioso padre, es el único que nos ha precedido en este trabajo, emprendiendo la historia general de la provincia. Él dio a luz solo el primer tomo partido en ocho libros, que comprenden por todo, los diez primeros años desde la primera misión a la Florida, hasta la fundación del colegio máximo por don Alonso de Villaseca, a que añadió algunas vidas de algunos varones distinguidos. Destinados a escribir la historia de esta provincia, no hubiéramos pensado en volver a tratar los mismos asuntos, si los superiores, en atención a la cortedad de aquel primer ensayo y a la distancia de los tiempos, no hubieran juzgado deberse comenzar de nuevo.

Fuera de esto, se conservan en los archivos de provincia otros dos tomos manuscritos, su autor el padre Andrés Pérez de Rivas, el mismo que escribió la historia de Sinaloa, que por más feliz, o por más corta, tuvo la fortuna de ver la luz. Esta obra comprende poco más de 80 años, desde la venida del padre Pedro Sánchez, y fuera de las fundaciones de los más colegios, contiene un gran número de vidas de varones ilustres. Hállase también otro volumen en folio que comprende cuasi el mismo tiempo con las fundaciones de varios colegios, escrito, aunque con poco orden histórico; pero con bastante piedad, sinceridad y juicio. Estos, y otros muchos retazos así de historia general, como de varios particulares sucesos, y más que todo, una larga serie de cartas annuas, que con muy poca interrupción, componen el espacio de 120 años, serán los garantes de cuanto hubiéremos de decir acerca de los primeros tiempos, y en los últimos la memoria reciente de los que aun viven, y alcanzaron testigos oculares de los hechos mismos, nos aliviarán la pena de demostrarles nuestra felicidad. Bien que ni aun para esto nos faltan bastantes

relaciones y otros manuscritos; que como los pasados, tendremos cuidado de citar al margen, cuando nos parezca pedirlo la materia.

Por lo que mira a las misiones, la parte más bella y más importante de nuestro asunto, tenemos la del padre Andrés de Rivas, que contiene todo lo sucedido hasta su tiempo en las diferentes provincias de Sinaloa, Topía, Tepehuanes, Taraumara y Laguna de Parras; la de Sonora, por el padre Francisco Eusebio Kino; la de California, por el padre Miguel Venegas; a del Nayarit, y muchas otras relaciones, cartas e informes de los misioneros, de que nos valdremos, según la oportunidad.

Estos autores han partido sus obras en varios libros, y los libros en capítulos. Con este método, aun queda más digerida la materia, y sirve no poco para tomar aliento al lector fatigado: no es sin embargo el más acomodado para seguir en una larga historia el hilo de los años. Por esto no hallamos que lo haya seguido ninguno de los historiadores griegos o latinos, que son los ejemplares más perfectos que tenemos en este género. Los modernos más célebres entre los italianos, franceses y españoles, escriben por libros enteros, a los cuales hemos procurado imitar en esta parte, conformándonos con todos los historiadores generales de la Compañía, que así lo han practicado, y aun los de algunas particulares provincias. Añádese, que habiendo de traducir después, como se nos manda, esta misma historia al idioma latino, nos sería sumamente incómoda la división de los capítulos, y la poco mayor comodidad que ofrecen estos a los lectores en la digestión y partición de las materias, se suple sobradamente con las notas marginales, que hemos tenido cuidado de añadir. Si hubiéramos querido insertar en esta obra las vidas enteras de los innumerables clarísimos varones, que con su santidad y letras han ilustrado la provincia, hubiera crecido mucho el cuerpo de esta obra, e interrumpídose a cada instante la serie de los sucesos. Por eso, contentándonos con una leve memoria al tiempo en que acabaron su gloriosa carrera, ha parecido mejor dejar la prolija relación de sus vidas para el fin de esta historia, si el Señor, a cuya honra y gloria se dirige nuestro pequeño trabajo, nos ayuda para tanto, y favorece el deseo que tenemos de cumplir lo que de parte de Su Majestad nos ha encargado la obediencia.

Protesta

Obedeciendo a los decretos de nuestro santísimo padre Urbano VIII, y del santo tribunal de la fe, protestamos: que en la calificación de los sujetos, virtudes y milagros, de que tratamos en esta historia, no pretendemos prevenir el juicio de la santa Romana Iglesia, ni conciliarles más autoridad que la que por sí merecen los hechos mismos en la prudencia humana.

El editor

Las personas que dudaren de la autenticidad de estos manuscritos, y de la de otros escritores, cuyas obras ha publicado, podrán ocurrir a verlos a la calle de Santo Domingo, núm. 13, donde se le mostrarán y cotejarán con el texto, si a tal punto se llevare la desconfianza de su fidelidad y honor, como ya se ha indicado en un Cardillo indecente que entrega a su autor en los brazos de la ignominia.

Libro primero

Breve noticia del descubrimiento y conquista de la Florida. Pide el rey católico misioneros de la Compañía. Señálase, e impídese el viaje. Embárcanse en 1566, y arriban a una costa incógnita. Muere, el padre Pedro Martínez a manos de los bárbaros. Su elogio. Vuelven los demás a la Habana. Breve descripción de este puerto. Enferman, y determinan volver a la Florida. Llegan en 1567. Descripción del país. Ejercicio de los misioneros. Nuevo socorro de padres. Llegan a la Florida en 1568. Parte el padre Segura con sus compañeros a la Habana. Sus ministerios en esta ciudad. Determina volver a la Florida. Vuelve en ocasión de una peste, y muere el hermano Domingo Agustín, año de 1569. Poco fruto de la misión, y arribo de nuestros compañeros. Historia del cacique don Luis. Parte el padre vice-provincial para Ajacan con otros siete padres. Generosa acción de don Luis. Su mudanza y obstinación. Ocupación de los misioneros, y razonamiento del padre Segura. Engaños de don Luis, y muerte de los ocho misioneros. Elogio del padre Segura. Del padre Quiroz y los restantes. Dejan con vida al niño Alonso. Caso espantoso. Excursión a Cuba, y su motivo. Noticia y venganza de las muertes. Éxito de don Luis. Descripción de la Nueva-España, y particular de México. Breve relación de la Colegiata de Guadalupe. Primeras noticias de la Compañía en la América. Don Vasco de Quiroga pretende traer a los jesuitas. Escribe la ciudad al rey, y este a San Borja. Señálase los primeros fundadores, y vela en su conservación la Providencia. Consecuencias de la detención en Sevilla. Embárcanse día de San Antonio en 1572. Arribo a Canarias y a Ocoa. Acogida que se les hizo en Veracruz la antigua. Su viaje a la Puebla. Pretende esta ciudad detenerlos y pasan a México al hospital. Triste situación de la juventud mexicana. Preséntanse al virrey. Resístense a salir del hospital, y enferman todos. Elogio del padre Bazán y sus honrosas exequias. Primeros ministerios en México, y donación de un sitio. Sentimiento del virrey y composición de un pequeño pleito. Sobre Cannas. Religiosa caridad de los padres predicadores. Generosidad de los indios de Tacuba. Resolución de desamparar la Habana. Representación al rey. Limosnas y ocupaciones en México. Dedicación del primer templo. Ofrece la ciudad mejor sitio. Carácter del señor Villaseca. Pretende entrar en la Compañía don Francisco Rodríguez Santos, y ofrece caudal y sitio. Primeros

novicios, y primeros fondos del colegio máximo. Fundación del Seminario de San Pedro y San Pablo. Muerte de San Francisco de Borja. Va a ordenarse a Páztcuaro el hermano Juan Curiel. Su ejercicio en aquella ciudad. Orden del rey para que no salgan de la Habana los jesuitas. Pretende misioneros el señor obispo de Guadalajara. Sus ministerios. Pasan a Zacatecas que pretende colegio. Parte a Zacatecas el padre provincial, y vuelve a México. Nueva recluta de misioneros. Estudios menores, y fundación de nuevo seminario. Fundación del colegio de Páztcuaro. Descripción de aquella provincia. Pretensión de colegio en Oaxaca. Contradicción y su feliz éxito. Breve noticia de la ciudad y el obispado. Historia de la Santa Cruz de Aguatulco. Fábrica del colegio máximo. Misión a Zacatecas. Peste en México. En Michoacán. Muerte del padre Juan Curiel. Muerte del padre Diego López. Donación del señor Villaseca, y principio de los estudios mayores.

[Breve noticia del descubrimiento y conquista de la Florida] Por los años de 1512, Juan Ponce de León, saliendo de San Germán de Portorrico, se dice haber sido el primero de los españoles que descubrió la península de la Florida. Dije de los españoles, porque ya antes desde el año de 1496, reinando en Inglaterra Enrique VII se había tenido alguna, aunque imperfecta, noticia de estos países. Juan Ponce echó ancla en la bahía que hasta hoy conserva su nombre a 25 de abril, justamente uno de los días de pascua de resurrección, que llamamos vulgarmente pascua florida. O fuese atención piadosa a la circunstancia de un día tan grande, o alusión a la estación misma de la primavera, la porción más bella, y más frondosa del año a la fertilidad de los campos, que nada debían a la industria de sus moradores, o lo que parece más natural al estado mismo de sus esperanzas, él le impuso el nombre de Florida. Esto tenemos por más verosímil que la opinión de los que juzgan haberle sido este nombre irónicamente impuesto por la suma esterilidad. Todas las historias y relaciones modernas publican lo contrario, y si no es la esterilidad de minas, que aun el día de hoy no está suficientemente probada, no hallamos otra que en el espíritu de los primeros descubridores pueda haber dado lugar a la pretendida antífrasis.

Como el amor de las conquistas y el deseo de los descubrimientos era, digámoslo así, el carácter de aquel siglo, muchos tentaron sucesivamente la conquista de unas tierras que pudieran hacer su nombre tan recomendable a la posteridad, como el de Colon o Magallanes. En efecto, Lucas Vázquez de Ayllón, oidor de Santo Domingo por los años de 1520, y Pánfilo de Narváez, émulo desgraciado de la fortuna de Cortés por los de 1528, emprendieron sujetar a los dominios de España aquellas gentes bárbaras. Los primeros, contentos con haberse llevado algunos indios a trabajar en las minas de la isla española, desampararon luego en terreno que verosímilmente no prometía encerrar mucho oro y mucha plata. De los segundos no fue más feliz el éxito; pues o consumidos de enfermedades en un terreno cenagoso y un clima no experimentado, o perseguidos día y noche de los transitadores del país, acabaron tristemente, fuera de cuatro, cuya aventura tendrá más oportuno lugar en otra parte de esta historia. Más venturoso que los pasados, Hernando de Soto, después de haber dado

muestras nada equívocas de su valor y conducta en la conquista del Perú, pretendió y consiguió se le encomendase una nueva expedición tan importante. Equipó una armada con novecientos hombres de tropa, y trescientos y cincuenta caballos, con los cuales dio fondo en la bahía del Espíritu Santo el día 31 de mayo de 1539. Carlos V, más deseoso de dar nuevos adoradores a Jesucristo, que nuevos vasallos a su corona, envió luego varios religiosos a la Florida a promulgar el evangelio; pero todos ellos fueron muy en breve otras tantas víctimas de su celo, y del furor de los bárbaros. Subió algunos años después al trono de España Felipe II, heredero no menos de la corona que de la piedad, y el celo de su augusto padre. Entre tanto los franceses, conducidos por Juan Ribaud, por los años de 1562 entraron a la Florida, fueron bien recibidos de los bárbaros, y edificaron un fuerte a quien del nombre de Carlos IX, entonces reinante, llamaron Charlefort. Para desalojarlos fue enviado del rey católico el adelantado don Pedro Meléndez de Avilés, que desembarcando a la costa oriental de la península el día 28 de agosto dio nombre al puerto de San Agustín, capital de la Florida española. Reconquistó a Charlefort, y dejó alguna guarnición en Santa Helena y Tecuesta, dos poblaciones considerables de que algunos lo hacen fundador.

[Pide el rey católico a San Francisco de Borja algunos misioneros] Dio cuenta a la corte de tan bellos principios, y Felipe II, como para mostrar al cielo su agradecimiento, determinó enviar nuevos misioneros que trabajasen en la conversión de aquellas gentes. Habíase algunos años antes confirmado la Compañía de Jesús, y actualmente la gobernaba San Francisco de Borja, aquel gran valido de Carlos V y espejo clarísimo de la nobleza española. Esta relación fuera de otras muchas razones, movió al piadoso rey para escribir al general de la Compañía, una expresiva carta con fecha de 3 de mayo de 1566, en que entre otras cosas, le decía estas palabras: «Por la buena relación que tenemos de las personas de la Compañía, y del mucho fruto que han hecho y hacen en estos reinos, he deseado que se dé orden, como algunos de ella se envíen a las nuestra Indias del mar Océano. Y porque cada día en ellas crece más la necesidad de personas semejantes, y nuestro Señor sería muy servido de que los dichos padres vayan a aquellas partes por la cristiandad y bondad que tienen, y por ser gente a propósito para la conversión de aquellos naturales, y por la devoción que tengo a la dicha Compañía; deseo que vayan a aquellas tierras algunos de ella. Por tanto, yo vos ruego y encargo que nombréis y mandéis ir a las nuestras Indias, veinticuatro personas de la Compañía adonde les fuere señalado por los del nuestro consejo, que sean personas doctas, de buena vida y ejemplo, y cuales juzgáredes convenir para semejante empresa. Que demás del servicio que en ello a nuestro Señor haréis, yo recibiré gran contentamiento, y les mandaré proveer de todo lo necesario para el viaje, y demás de eso aquella tierra donde fueren, recibirá gran contentamiento y beneficio con su llegada».

[Señálase e impídese el viaje] Recibida esta carta que tanto lisonjeaba el gusto del santo general, aunque entre los domésticos no faltaron hombres de autoridad, que juzgaron debía dejarse esta expedición para tiempo en que estuviera más abastecida de sujetos la Compañía; sin embargo, se condescendió con la súplica del piadosísimo rey, señalándose, ya que no los veinticuatro, algunos a lo menos, en quienes la virtud y el fervor

supliese el número. Era la causa muy piadosa y muy de la gloria del Señor, para que le faltasen contradicciones. En efecto, algunos miembros del real consejo de las Indias se opusieron fuertemente a la misión de los jesuitas por razones que no son propias de este lugar. El rey pareció rendirse a las representaciones de su concejo, pero como prevalecía en su ánimo el celo de la fe, a todas las razones de estado, o por mejor decir, como era del agrado del Señor, que tiene en su mano los corazones de los reyes, poca causa bastó para inclinarlo a poner resueltamente en ejecución sus primeros designios. [Insta a don Pedro Meléndez y lo consigue] Llegó a la corte al mismo tiempo el adelantado don Pedro Meléndez, hombre de sólida piedad, muy afecto a la Compañía y a la persona del santo Borja, con quien, siendo en España vicario general, había hablado ronchas veces en esto asunto. Su presencia, sus informes y sus instancias disiparon muy en breve aquella negra nube de especiosos pretextos, y se dio orden para que en primera ocasión pasasen a la Florida los padres. De los señalados por San Francisco de Borja, escogió el consejo tres, y no sin piadosa envidia de los lemas: cayó la elección sobre los padres Pedro Martínez y Juan Rogel, y el hermano Francisco de Villareal.

[Embárcanse tres misioneros] Causó esto un inmenso júbilo en el corazón del adelantado; pero tuvo la mortificación de no poderlos llevar consigo a causa de no sé qué detención. El 28 de junio de 1566 salió del puerto de San Lúcar para Nueva-España una flota, y en ella a bordo de una urca flamenca nuestros tres misioneros. Navegaron todos en convoy hasta la entrada del Seno mexicano, donde siguiendo los demás su viaje, la urca mudó de rumbo en busca del puerto de la Habana. Aquí se detuvieron algunos días mientras se hallaba algún práctico que dirigiese la navegación a San Agustín de la Florida. No hallándose, tomaron los flamencos por escrito la derrota, y se hicieron animosamente a la vela. [Arriban a una cosa incógnita] O fuese mala inteligencia, o que estuviese errada en efecto en la carta náutica que seguían la situación de los lugares, cerca de un mes anduvieron vagando, hasta que a los 24 de setiembre, como a 10 leguas de la costa, dieron vista a la tierra entre los 25 y 26 grados al West de la Florida. Ignorantes de la costa, pareció al capitán enviar algunos en la lancha, que reconociesen la tierra y se informasen de la distancia en que se hallaban del puerto de San Agustín, o del fuerte de Carlos. Era demasíadamente arriesgada la comisión, y los señalados, que eran nueve flamencos, y uno o dos españoles, no se atrevieron a aceptarla sin llevar en su compañía al padre Pedro Martínez; oyó éste la propuesta, y llevado de su caridad, la aceptó con tanto ardor, que saltó el primero en la lancha, animando a los demás con su ejemplo y con la extraordinaria alegría de su semblante. Apenas llegó el esquife a la playa, cuando una violenta tempestad turbó el mar. Disparáronse de la barca algunas piezas para llamarlo a bordo; pero la distancia, los continuos truenos y relámpagos, y el bramido de las olas, no dejaron percibir los tiros, ni aunque se oyesen sería posible fiarse al mar airado en un barco tan pequeño sin cierto peligro de zozobrar. Doce días anduvo el padre errante con sus compañeros por aquellas desiertas playas con no pocos trabajos, que ofrecía al Señor como primicias de su apostolado. Las pocas gentes del país, que habían descubierto hasta entonces, no parecían ni tan incapaces de instrucción, ni tan ajenas de oda humanidad, como las pintaban en

Europa. Ya con algunas luces del puerto de San Agustín navegaban, trayendo la costa oriental de la Península hacia el Norte, cuando vieron en una isla pequeña pescando cuatro jóvenes. Eran estos Tacatucuranos, nación que estaba entonces con los españoles en guerra. No juzgaba el padre, aunque ignorante de esto, deberse gastar el tiempo en nuevas averiguaciones; pero al fin hubo de condescender con los compañeros, que quisieron aun informarse mejor. Saltaron algunos de los flamencos en tierra ofrecieronles los indios una gran parte de su pesca, y entre tanto uno de ellos, corrió a dar aviso a las cabañas más cercanas. Muy en breve vieron venir hacia la playa más de cuarenta de los bárbaros. La multitud, la fiereza de su talle, y el aire mismo de sus semblantes, causó vehemente sospecha en un mancebo español que acompañaba al padre, y vuelto a él y a sus otros compañeros, huyamos, les dijo, cuanto antes de la costa: no vienen en amistad estas gentes. Juzgó el padre movido de piedad, que se avisase del peligro, y se esperase a los flamencos que quedaban en la playa expuestos a una cierta y desastrada muerte. Mientras estos tomaban la lancha, ya doce de los más robustos indios habían entrado en ella de tropel, el resto acordonaba la ribera. Parecían estar entretenidos mirando con una pueril y grosera curiosidad el barco y cuanto en él había, cuando repentinamente algunos de ellos abrazando por la espalda al padre Pedro Martínez y a dos de los flamencos, se arrojaron con ellos al mar. [Muerte del padre Pedro Martínez] Siguiéronlos al instante los demás con grandes alaridos, y a vista de los europeos, que no podían socorrerlos desde la lancha, lo sacaron a la orilla. Hincó como pudo las rodillas entre las garras de aquellos sañudos leones el humilde padre, y levantadas al cielo las manos, con sereno y apacible rostro, expiró como sus dos compañeros a los golpes de las macanas.

[Su elogio] Este fin tuvo el fervoroso padre Pedro Martínez. Había nacido en Celda, pequeño lugar de Aragón, en 15 de octubre de 1523. Acabados los estudios de latinidad y filosofía, se entregó con otros jóvenes al manejo de la espada, en que llegó a ser como el árbitro de los duelos o desafíos, vicio muy común entonces en España. Con este género de vida no podía ser muy afecto a los jesuitas, a quien era tan desemejante en las costumbres. Miraba con horror a la Compañía, y le desagradaban aun sus más indiferentes usos. Con tales disposiciones como estas, acompañó un día a ciertos jóvenes pretendientes de nuestra religión. La urbanidad le obligó a entrar con ellos en el colegio de Valencia y esperarlos allí. Notó desde luego en los padres un trato cuan amable y dulce, tan modesto y religiosamente grave. La viveza de su genio no le permitió examinar más despacio aquella repentina mudanza de su corazón. Siguió el primer ímpetu, y se presentó luego al padre Gerónimo Nadal, que actualmente visitaba aquella provincia en cualidad de pretendiente. Pareció necesario al superior darle tiempo en que conociera lo que pretendía, mandándole volver a los ocho días. Esta prudente dilación era muy contraria a su carácter, y en vez de fomentar la llama, la apagó enteramente. Avergonzado de haberse dejado arrastrar tan ciegamente del engañoso exterior como juzgaba de los jesuitas, salió de allí determinado a no volver jamás, ni a la pretensión, ni al colegio.

Justamente para el octavo día hubieron de convidarlo por padrino de un desafío. Acudió prontamente a la hora y al lugar citado; pero a los

combatientes se les había pasado ya la cólera, y ninguno de los dos se dio por obligado al duelo. Quedó sumamente mortificado y corrido de ver el poco aprecio que hacían de su palabra y de su honor aquellos sus amigos. ¿Y qué, se decía luego interiormente, tanto me duele que estos hayan faltado a su palabra?, ¿y habré yo de faltar a la mía? ¿Y qué se diría de mí entre los jesuitas, si como prometí, no vuelvo al día citado? Con estos pensamientos partió derechamente al colegio, y a lo que parece no sin especial dirección del cielo, fue admitido por el padre visitador, excluidos todos aquellos pretendientes, en cuya compañía había venido ocho días antes. Una mudanza tan no esperada abrió los ojos a algunos de sus compañeros. El entretanto se entregó a los ejercicios de la religiosa perfección con todo aquel ardor y empeño con que se había dejado deslumbrar del falso honor. Acabados sus estudios fue ministro del colegio de Valencia, después de Gandía; ocupaciones entre las cuales supo hallar tiempo para predicar en Valencia y en Valladolid, y aun hacer fervorosas misiones en los pueblos vecinos. A fuerza de su cristiana elocuencia, se vio convertido en teatro de penitencia y de compunción, el que estaba destinado para juegos de toros, y otros profanos espectáculos en la villa de Oliva. Pasaba al África el año de 1558 un ejército bajo la conducta de don Martín de Córdoba, conde de Alcaudete. Este general, aunque interiormente muy desafecto a la Compañía de Jesús, pretendió de San Francisco de Borja, vicario general entonces en España, llevar consigo algunos de los padres, queriendo con esto complacer a aquel santo hombre, a quien por el afecto y veneración que le profesaba el rey católico, le convenía tener propicio. Señaláronse los padres Pedro Martínez y Pedro Domenek, con el hermano Juan Gutiérrez. Partieron luego a Cartagena de Levante, lugar citado para el embarque. Pasaron prontamente a ofrecer al conde sus respetos y sus servicios. Este sin verlos les mandó por un pago, que estuviesen a las órdenes del coronel. Una conducta tan irregular les hizo conocer claramente cuanto tendrían que ofrecer al Señor en aquella expedición. Ínterin rejuntaban las tropas, hicieron los padres misión con mucho fruto de las almas en el reino de Murcia. Llegado el tiempo de la navegación, los destinaron a un barco, a cuyo bordo iban fuera de la tripulación ocho cientos hombres de tropa. La incomodidad del buque estrecho para tanto número de gentes, la escasez de los alimentos, la corrupción del agua, la misma cualidad de los compañeros, gente por lo común insolente y soez, fueron para nuestros misioneros una cosecha abundante de heroicos sufrimientos, y de apostólicos trabajos. Desembarcaron en Orán, y luego recibieron orden del general de quedarse en el hospital de aquel presidio con el cuidado de los soldados enfermos, que pasaban de quinientos. Pasó el ejército a poner el sitio a Moztagán, ciudad del reino de Argel. La plaza era fuerte, y que podía ser muy fácilmente socorrida por tierra y mar, los sitiadores pocos y fatigados de la navegación. Los argelinos despreciando el número los dejaron cansarse algunos días en las operaciones del sitio. Sobrevinieron después en tanto número, que fue imposible resistirles. Una gran parte quedó prisionera y cautiva. Los más vendieron caras sus vidas y quedaron como el general y los mejores oficiales sobre el campo. Los padres alabando la Providencia, cuasi fueron los únicos que volvieron a España de doce mil hombres de que se componía el ejército.

Vuelto de África el padre Pedro Martínez, fue señalado a la casa profesa de Toledo, de donde salió a predicar la cuaresma en Escalona y luego en Cuenca, dejando en todas partes en la reforma de las costumbres ilustres señas de su infatigable celo. Para descanso de estas apostólicas fatigas, pidió ser enviado a servir en el colegio de Alcalá, donde por tres meses, con ejemplo de humildad profundísima, lo disponía el Señor para la preciosa muerte que arriba referimos. La caridad parece haber sido su principal carácter. Ella le hizo dejar tan gustosamente las comodidades de la Europa, por los desiertos de la Florida. Ella le obligó a acompañar en la lancha con tan evidente riesgo a los exploradores de una costa bárbara. Ella, finalmente, no le permitió alejarse, como le aconsejaban, de la ribera, dejando a los compañeros en el peligro. Fue su muerte, según nuestra cuenta, (que es la de los padres Sachino y Tanner) a los 6 de octubre de 1566. Algunas relaciones manuscritas ponen su muerte el mismo día 24 de setiembre, que saltó en tierra. El padre Florencia el día 28 del mismo en la historia y menologio de la provincia. El punto no es de los substanciales de la historia. A los lectores queda el juicio franco, y en cuanto no se opone razón convincente, hemos creído prudencia ajustarnos a la crónica general de la Compañía.

[Vuelven los jesuitas a la Habana] Mientras que los bárbaros Tacatucuranos daban cruel muerte al padre Pedro Martínez, el navío, obedeciendo a los vientos, se había alejado de la costa. Pretendía el capitán volver a recoger la lancha y pasajeros; pero los flamencos con instancias, y aun con amenazas, le hicieron volver al sur la proa y seguir el rumbo de la Habana. Hallamos en un antiguo manuscrito que antes de arribar a este puerto, fue llevado de la tempestad el barco a las costas de la isla española: se dice a punto fijo el lugar de la isla a que arribaron: conviene a saber el puerto y fortaleza de Monte Christi en la costa septentrional de la misma isla, que usando de la facultad de un breve apostólico, publicaron allí un jubileo plenísimo; y finalmente, se nota justamente la salida a los 25 de noviembre, día de Santa Catarina Mártir, en compañía de don Pedro Meléndez Márquez, sobrino del adelantado. Está muy circunstanciada esta noticia para que quiera negársele todo crédito. Por otra parte, es muy notable suceso para que ni la relación del padre Juan Rogel que iba en el barco, ni algún otro haya hecho mención de él, fuera del que llevo dicho, de donde parece lo tomó el padre Florencia. Sea de esto lo que fuere, es constante que después de tres meses, o cerca de ellos, volvieron los padres al puerto de la Habana el día 15 de diciembre del mismo año de 66, no el de 67 como a lo que parece por yerro de imprenta se nota en la citada historia de Florencia.

[Descripción de este puerto (la Habana)] La ciudad de San Cristóbal de la Habana, capital en lo militar y político de la isla de Cuba, está situada a los 296 grados de longitud, y 23 y 10 minutos de latitud septentrional, y por consiguiente casi perpendicularmente bajo del trópico del Carnero. Tiene por el Norte la península de la Florida; al Sur, el mar que la divide de las costas de Tierra Firme; al Este la isla española, de quien la parte un pequeño estrecho; al Oeste el golfo mexicano y puerto de Veracruz.

Su puerto es el más cómodo, es el más seguro y el más bien defendido de la América, capaz de muchas embarcaciones, y de ponerlas todas a cubierto de

la furia de los vientos. Dos castillos defienden la angosta entrada del puerto, cuya boca mira cuasi derechamente al Noroeste; otra fortaleza en el seno mismo de la ciudad guarda lo interior de la bahía y el abordaje del muelle, donde reside el gobernador y capitán general de toda la isla. Está toda guarnecida de una muralla suficientemente espesa y alta, flanqueada de varios reductos y bastiones, coronados en los lugares importantes de buena artillería de varios calibres. El clima, aunque cálido, es sano, el terreno entrecortado de pequeñas lomas, cuya perenne amenidad y verdor, hace un país bello a la vista. La ciudad es grande, y comparativamente a su terreno la más populosa de la América. La frecuencia de los barcos de Europa, la seguridad del puerto, que cuanto se permite atrae muchos extranjeros, la escala que hacen los navíos de Nueva-España que vuelven a la Europa, la comodidad de su astillero, preferible a todos los del mundo por la nobleza y la solidez de sus maderas, y la abundancia y generosidad del tabaco y caña; la hacen una de las más ricas, más pulidas poblaciones del nuevo mundo. Estas bellas cualidades han dado celos a las naciones extranjeras. Por los años de 1538, mal fortificada aun, la saquearon los franceses. En la guerra pasada de 1740 el almirante Wernon, que tuvo valor de acercársele, aunque sin batirla formalmente, tuvo muy mal despacho del Morro, y fue a desfogar su cólera sobre Cartagena, cuyo éxito no hace mucho honor a la corona de Inglaterra. Finalmente, en estos días la conquista, de esta importante plaza, ha llenado de gloria a la nación británica, o inmortalizado la memoria del conde de Albermarle, que después de dos meses y pocos días más de sitio, y de una vigorosa resistencia que el Morro comandado por don Luis Vicente de Velasco le hizo por cincuenta y seis días; tomó capitulando la ciudad bajo de honrosas condiciones, posesión de ella en nombre del rey de la Gran Bretaña a los 14 de agosto de 1762. Pocos meses después, hechas las paces, volvió a la corona de España, en que actualmente repara sus fuerzas, y espera con nuevas fortificaciones hacerse cada día más respetable a los enemigos de la corona.

[Ejercicio en la Habana] No hemos creído ajena de nuestro asunto esta pequeña digresión en memoria de una ciudad donde tuvo nuestra provincia su primera residencia, que tanto hizo por no dejar salir de su país a los primeros misioneros, y que habiendo dado después un insigne colegio, a ninguna cede en el aprecio y estimación de la Compañía, como lo dará a conocer la serie de esta historia. En la Habana dividido entre dos sujetos un inmenso trabajo, el padre Juan Rogel predicaba algunos días, y todos sin interrupción los daba al confesonario. El hermano Francisco Villareal, que aunque coadjutor tenía suficientes luces de filosofía y teología, que había cursado antes de entrar en la religión, hacía cada día fervorosas exhortaciones, y explicaba al pueblo la doctrina cristiana. Después de algunos días de este ejercicio publicaron el jubileo. Fue extraordinaria la conmoción de toda la ciudad, dándose prisa todos por ser los primeros en lograr el riquísimo tesoro de la iglesia santa, que francamente se les abría. Quien viere lo que en una de estas ocasiones suelen trabajar nuestros operarios, aun cuando son muchos, y por más ordinaria no tan general la conmoción, se podrá hacer cargo del trabajo de dos hombres solos, en medio de un gentío numeroso, y en aquellos piadosos movimientos que suele causar la voz de la verdad anunciada con fervor, y sostenida de

un modo de vivir austero, y verdaderamente apostólico.

[Vuelven a la Habana] Tal era la vida de los dos jesuitas en la Habana, cuando llegó a ella el adelantado don Pedro Meléndez de Ávila, que era también gobernador de aquella plaza. Informado de la venida de los misioneros y de la muerte del padre Pedro Martínez por los marineros, que de entre las manos de los bárbaros habían huido en la lancha; partió luego de San Agustín para conducirlos con seguridad a la Florida. Los dos compañeros, como no puede la robustez del cuerpo corresponder al fuego y actividad del espíritu, se habían pocos días antes rendido al peso de sus gloriosas fatigas. Enfermaron los dos de algún cuidado. La continua asistencia y cuidado de lo más florido de la ciudad, y especialmente de don Pedro Meléndez Márquez, mostró bien cuanto se interesaban en la vida y salud de uno y otro. Habíanse un poco restablecido, y luego trataron de pasar a su primer destino. Ellos habían hallado en los pechos de aquellos ciudadanos unos corazones muy dóciles a sus piadosos consejos. La semilla evangélica poco antes sembrada, comenzaba a aparecer, y se lisojeaban, no sin razón, con la dulce esperanza de ver florecer y fructificar cada día más aquella viña en cristianas y heroicas virtudes. Los habitantes del país pretendieron por mil caminos impedir la partida. Ofrecieronles casa, obligándose a mantenerlos con sus limosnas, mientras se les proporcionaba un establecimiento cómodo. Un espíritu débil habría encontrado motivos de evidente utilidad para preferir prudentemente un provecho cierto, a una suerte tan dudosa. Nuestros padres no creyeron suficientes estas solidísimas razones para dispensarse, o para interpretar la voz del superior. Por otra parte, en los aplausos, en la estimación, en la abundancia de aquel país, no hallaban aquella porción prometida a los partidarios del Redentor, que en alguna parte de su cruz, en abstinencia, en tribulación y abatimiento.

Ya que no habían podido conseguir los ciudadanos de la Habana que se quedasen en su ciudad los padres, mostraron su agradecimiento proveyéndoles abundantemente de todo lo necesario, y con la promesa de que creciendo en sujetos la vice-provincia que se intentaba fundar, serían atendidos los primeros: los dejaron salir, acompañándolos no sin dolor hasta las playas. [Situación antigua del país] La navegación fue muy feliz en compañía del adelantado. En la Florida, donde llegaron a principios del año de 1567, con parecer del gobernador don Pedro Meléndez, se repartieron en diversos lugares. Me parece necesario antes de pasar más adelante, dar aquí alguna noticia breve de la situación de estas regiones, para la clara inteligencia de lo que después habremos de decir. Bajo el nombre de Florida se comprendía antiguamente mucho más terreno que en estos últimos tiempos. Esto dio motivo a Monsieur Moreri para calumniar a los españoles de que daban a la Florida mucha mayor extensión de la que tenía en realidad. Pero a la verdad, por decir esto de paso, ni Janson, ni With, ni Arnaldo, Colón, Bleate, ni Gerard, ni Ortelio, ni Franjois, ni Echard, son españoles; y sin embargo, todos estos comprenden bajo el nombre de Florida a la Louisiana, y una gran parte de la Carolina, y aun los dos últimos la entienden desde el río Pánuco hasta el de San Mateo, que quiere decir toda la longitud del golfo mexicano, y desde el cabo de la Florida, que está en 25 grados de latitud boreal, hasta los 38. Generalmente hoy en día por este nombre no entendemos, sino la Florida española, o una

Península desde la embocadura del río de San Mateo en la costa oriental, hasta el presidio de Panzacola o río de la Movable, por otro nombre de los Alibamovs en la costa septentrional del Seno mexicano. En esta extensión de país, o poco más, tenían los españoles cuatro principales presidios. Dos en la costa oriental: conviene a saber, Santa Elena y San Agustín. En la costa occidental el de Carlos, y veinte leguas más adelante al Noroeste, la ciudad de Tegueste, llamada vulgarmente Tegesta, con el nombre de la provincia en nuestras cartas geográficas. La de Santa Elena, era antigua población de que desposeyó a los franceses don Pedro Meléndez de Avilés. La de San Agustín la había fundado él mismo, y se aumentó considerablemente después que por fuerza de un tratado hecho con la Francia, pareció necesario despoblar a Santa Elena. Sobre la provincia y fuerte de Carlos, debemos advertir que ha habido en la Florida cuatro presidios o poblaciones del mismo nombre. El primero que arriba hemos citado, se llamó Charlefort, y lo fundó Juan Ribaut con este nombre, en honor de su rey Carlos IX. Dos años después Renato Laudonier, fundó otro presidio con nombre de Carolino. El primero estuvo situado junto a la embocadura del río Maio, que suele notarse en los antiguos mapas como el límite de la división, entre franceses y españoles. El segundo estuvo adelante del presidio de Santa Elena, junto al río que hoy se llama Coletoni, y un poco más al Sur, de donde hoy está Charles-town. Estos dos fuertes estuvieron en la costa oriental. La provincia de Carlos que dio su nombre al fuerte de los españoles, se llamó así en honra del cacique que la gobernaba y que había muerto pocos años antes del arribo de nuestros misioneros. Algunos piensan que este reyezuelo se llamaba Caulus, de donde con poca alteración los españoles lo llamaron Carlos. Otros creen haberse este cacique bautizado en fuerza de la predicación de algunos misioneros que allí envió, Carlos V, como dejamos escrito, y que en memoria de este príncipe se le puso el nombre de Carlos, como a su sucesor se le impuso después el de Felipe. Sea como fuere, es constante que la apelación con que se conocía el cacique, la provincia, el fuerte y la bahía, que hasta ahora lo conserva, es muy anterior a la venida de don Pedro Meléndez; y que aunque haya sido fundador del presidio, no pudo, como piensa el padre Florencia, haberle dado este nombre en honor de Carlos V; pues cuando vino este gobernador a la Florida, ya había 7 años que había muerto, y 9, que con un inaudito ejemplo de generosidad se había en vida enterrado en los claustros del monasterio de Yuste aquel incomparable príncipe.

Finalmente, tiene también de Carlos II, rey de la gran Bretaña, el nombre de Carolina, una vasta región de nuestra América, que contiene parte de la antigua Florida, de la cual se apoderaron los ingleses por los años de 1662, y a cuya capital situada junto a la embocadura del río Cooper, dieron en memoria del príncipe el nombre de Charles-town. Esto baste haber notado, para que cese confundan estos nombres, mucho más en el presente sistema, en que, no habiendo ya quedado a los españoles ni a los franceses por el tratado de las últimas paces, parte alguna en la Florida, ni en su vecindad, sería muy fácil con los nuevos nombres, que acaso irán tomando estas provincias bajo la dominación británica, olvidarse los antiguos límites, o la antigua geografía política de estas regiones.

[Ministerios en Florida] El padre Juan Rogel, quedó en el presidio de

Carlos, y el hermano Villa Real, pasó a la ciudad de Teguxta, población grande de indios aliados, y en que había también alguna guarnición de españoles para aprender allí la lengua del país, y servir de catequista al padre en la conversión de los gentiles. Entretanto, por medio de algunos intérpretes, no dejaban de predicarles y explicarles los principales artículos de nuestra religión, convenciendo al mismo tiempo de la vanidad de sus ídolos y las groseras imposturas de sus Javvas o falsos sacerdotes. Estos eran después de los Paraoustis o caciques, las personas de mayor dignidad. Los hacía respetables al pueblo, no solo el ministerio de los altares, sino también el ejercicio de la medicina de que solos hacían profesión. No se tomaba resolución alguna de consecuencia entre ellos, sin que los Javvas tuviesen una parte muy principal en el público consejo. Es fácil concebir cuán aborrecibles se harían desde luego los predicadores de la verdad a estos ministros del infierno. Muy presto comenzaron los siervos de Dios a experimentar entre muchas otras penalidades, los efectos del furor de los bárbaros, instigados de sus inicuos sacerdotes.

Frente de una pequeña altura donde estaba situado el fuerte de Carlos, había otra en que tenían un templo consagrado a sus ídolos. Consistían estos en unas espantosas máscaras de que vestidos los sacerdotes, bajaban al pueblo situado en un valle que dividía los dos collados. Aquí, como en forma de nuestras procesiones, cantando por delante las mujeres ciertos cánticos, daban por la llanura varias vueltas, y entre tanto salían los indios de sus casas, ofreciéndole sus cultos, y danzando, hasta que volvían los ídolos al templo. Entre muchas otras ocasiones, en que habían hecho, no sin dolor, testigos a los españoles y al padre de aquella ceremonia sacrílega, determinaron un día subir al fuerte de los españoles, y pasear por allí sus ídolos, como para obligarlos a su adoración, o para tener en caso de ultraje algún motivo justo de rompimiento, y ocasión para deshacerse principalmente, como después confesaron algunos, del ministro de Jesucristo. El padre lleno de celo los reprendió de su atentado, mandándolos bajar al valle; pero ellos que no pretendían sino provocarlo y hacerlo salir fuera del recinto de la fortaleza, porfiaron en subir, hasta que advertido el capitán Francisco Reinoso, bajó sobre ellos, y al primer encuentro de un golpe con el revés de la lanza, hirió en la cabeza uno de los ídolos o enmascarados sacerdotes. Corren los bárbaros en furia a sus chozas, ármanse de sus macanas y botadores, y vuelven en número de cincuenta o poco menos al fuerte; pero hallando ya la tropa de los españoles puesta sobre las armas, hubieron de volverse sin intentar subir a la altura.

Entretanto el hermano Villa Real en Teguxta, hacia grandes progresos en el idioma de aquella nación, y en medio de unos indios más dóciles, no dejaba de lograr para el cielo algunas almas. Bautizo algunos párvulos, confirmó en la fe muchos adultos, y aun dio también algunos de estos el bautismo. Entre otros, le fue de singular consuelo, de una mujer anciana cacique principal, en quien con un modo particular quiso el Señor mostrar la adorable Providencia de sus juicios en la elección de sus predestinados. O fuese efecto de la enfermedad, o singular favor del cielo, le pareció que veía o vio en realidad un jardín deliciosísimo, y a su puerta el mismo hermano, que bautizándola, se la abría y le daba

franca entrada. Lo llamó: refirióle llena de júbilo lo que acababa de ver. Pareció de una suma docilidad a las instrucciones del buen catequista, que comprendía con prontitud, y bautizada con un inmenso gozo, partió luego de esta vida a las delicias de la eterna. En esta continua alternativa de sustos y fatigas temporales, y de espirituales consuelos, habían pasado ya un año los soldados de Cristo; sin embargo, al cabo de este tiempo no se veía crecer sino muy poco el rebaño del buen pastor. Habíanse plantado algunas cruces grandes en ciertos lugares para juntar cerca de aquella victoriosa señal los niños y los adultos, e instruirlos en los dogmas católicos. Adultos se bautizaban muy pocos, y los más volvían muy breve, con descrédito de la religión al gentilismo. Los niños pocos que se juntaban a cantar la doctrina, no repetían otras voces, que las que les sugería la necesidad y la hambre. El padre Juan Rogel para acariciarlos, les repartió por algún tiempo alguna porción de maíz, con que informado de los trabajos de aquella misión, le había socorrido el ilustrísimo señor obispo de Yucatán, don fray Francisco del Toral, del orden seráfico. En este intervalo, concurrían los indizuelos en gran número. Acabado el maíz, acabó también aquella interesada devoción. En medio de tantos desconsuelos, un tenue rayo de esperanza animaba a los misioneros al trabajo. Habíase descubierto no sé qué conjuración, que tramaba contra los españoles el cacique don Carlos, por lo cual pareció necesario hacerlo morir prontamente. Sucedióle otro cacique más fiel para con nuestra nación, y tomando el nombre de don Felipe, dio grandes esperanzas, de que en volviendo de España el adelantado, se bautizaría con toda su familia, y haría cuanto pudiera para traer toda la nación al redil de la Iglesia. Oía entretanto las exhortaciones e instrucciones del padre; pero muy en breve mostró cuanto se podía contar sobre sus repetidas promesas. Intentó casarse con una hermana suya. El padre mirándolo en cualidad de catecúmeno, le representó con energía cuán contrario era esto a la santidad de nuestra religión, que debería, según había dicho, profesar muy en breve. Respondió fríamente, que en bautizándose repudiaría a su hermana, que entretanto no podía dejar de acomodarse a la costumbre del país, en cuyas leyes aquel género de matrimonio, no solo era permitido, pero aun se juzgaba necesario. Pareció conducente al padre Rogel, hacer viaje a la Habana, para recoger algunas limosnas, y procurarles también el necesario socorro a los soldados, que con la ausencia de don Pedro Meléndez, padecían cuasi las mismas necesidades que los indios. Partió en efecto bien seguro de la generosidad de aquellas gentes que había experimentado bastantemente.

[Envíase nuevo socorro de misioneros] Con los informes de don Pedro Meléndez en España, donde había llegado a fines del año de 67, y con la noticia de la muerte del padre Pedro Martínez, en vez de enfriarse los ánimos, creció en los predicadores del Evangelio el deseo de convertir almas y derramar por tan bella causa la sangre. Señaló San Francisco de Borja seis, tres padres y tres coadjutores, que fueron los padres Juan Bautista de Segura, Gonzalo del Álamo y Antonio Sedeño; y los hermanos Juan de la Carrera, Pedro Linares y Domingo Agustín, por otro nombre Domingo Báez, y algunos jóvenes de esperanzas que pretendían entrar en la Compañía, y quisieron sujetarse a la prueba de una misión tan trabajosa. Mandoles el santo general, que estuviesen a las órdenes del padre Gerónimo

Portillo, destinado provincial del Perú, que entonces residía en Sevilla. Por su orden constituido vice-provincial el padre Juan Bautista de Segura, se hizo con sus compañeros a la vela del puerto de San Lúcar el día 13 de marzo de 1568. A los ocho días de una feliz navegación llegaron a las islas Canarias. Había allí llegado el año antes su ilustrísimo obispo don Bartolomé de Torres, hombre igualmente grande en la santidad y erudición: había traído consigo al padre Diego López, varón apostólico, que con su vida ejemplar, con su cristiana elocuencia, a que en presencia del santo prelado y de todo el pueblo, había cooperado el Señor con uno u otro prodigio, se había merecido la estimación y los respetos de aquellas piadosas gentes. El día 10 de febrero de este mismo año de 68, acababa de morir en su ejercicio pastoral, visitando su diócesis el celosísimo obispo, dejando a su grey como en testamento un tiernísimo afecto a la Compañía, a quien para la fundación de varios colegios en las islas, había destinado lo mejor y más bien parado de sus bienes. Los isleños, que como en prendas de la fundación habían hecho piadosa violencia al padre López para no dejarle salir de su país, viendo llegar con su nueva misión al padre Segura, dos recibieron con las más sinceras demostraciones de veneración y de ternura. Pasaron aquí ayudando al padre Diego López el resto de la cuaresma; y celebrados devotísimamente con grande fruto de conversiones los misterios de nuestra redención, se hicieron a la vela, y después de una breve detención en Puerto Rico, llegaron con felicidad al puerto de San Agustín a los 19 de junio de 68. Vino luego de la Habana el padre Rogel, quien como el adelantado tuvo la mortificación de ver arruinados todos sus proyectos. El presidio de Tacobaga, al Oeste de Santa Elena y 50 leguas del Carlos, estaba todo por tierra, muertos los presidiarios. En el Teguxta, irritados los indios de la violenta muerte que habían dado los españoles a un tío del principal cacique, habían desahogado su furia contra las cruces, habían quemado sus chozas, y apartándose monte a dentro, donde impedidos los conductos por donde venía la agua al presidio, reducidas a los últimos extremos la guarnición, fue necesario pasarla a mejor sitio en el de Santa Lucía, donde habían quedado trescientos hombres, fueron todos consumidos de la hambre, viéndose, como sabemos por algunas relaciones, (aunque no las más propicias a la corona de España) reducidos a la durísima necesidad de alimentarse de las carnes de sus compañeros, manjar infame y mucho más aborrecible que la hambre y que la muerte misma. Lo mismo había acontecido en San Mateo. Solo habían quedado en pie los presidios de San Agustín y de Carlos. Presentáronse al general los soldados todavía en algún número; pero pálidos, flacos, desnudos, al rigor de la hambre y del frío, y que muy en breve hubieran tenido el triste fin de sus compañeros. Aplicáronse los padres a procurarles todo el consuelo que pedía su necesidad, se les proveyó de vestido y de alimento, y atraídos con estos temporales beneficios, fue fácil hacerles conocer la mano del Señor que los afligía, y volverse a su Majestad por medio de la confesión con que se dispusieron todos para ganar el Jubileo que se promulgó inmediatamente.

[Parte el padre Segura con sus compañeros a la Habana] Dados con tanta gloria del Señor y provecho de las almas, estos primeros pasos, reconoció el vice-provincial, así por su propia experiencia, como por los informes del padre Juan Rogel que no podía perseverar allí tanto número de

misioneros, sin ser sumamente gravosos a los españoles o a los indios amigos que apenas tenían lo necesario para su sustento. Determinó, pues, partir a la Habana a disponer allí mejor las cosas, dejando en Sutariva, pueblo de indios amigos, cercano a Santa Elena, al hermano Domingo Agustín para aprender la lengua, y en su compañía al joven pretendiente Pedro Ruiz de Salvatierra. Nada parecía más conveniente al padre Juan Bautista de Segura que procurar algún establecimiento a la Compañía en la Habana. La vecindad a la Florida, la frecuencia con que llegan a aquel puerto armadas de la Nueva-España, de las costas de Tierra Firme, y de todas las islas de Barlovento; la multitud de los españoles e isleños cristianos y cultos que poblaron aquel país, y el grande número de esclavos que allí llegan frecuentemente de la Etiopia, y lo principal, la comodidad de tener allí un seminario o colegio para educar en letras y costumbres cristianas a los hijos de los caciques floridanos, abrían un campo dilatado en que emplearse muchos sujetos con mucha gloria del Señor. El pensamiento era muy del gusto del adelantado, que prometió concurrir de su parte para que Su Majestad aprobase y aun concurriese de su real erario a la fundación del colegio. Ínterin la piedad de aquellos ciudadanos había proveído a los padres de casa en que vivir, aunque con estrechura, vecina a la iglesia de San Juan, que se les concedió también para sus saludables ministerios. [Su ocupación en esta ciudad] Aquí entregados en lo interior de su pobre casa a todos los ejercicios de la perfección religiosa, llenaron muy en breve toda la ciudad del suave olor de sus virtudes. No se veían en público sino trabajando en la santificación de sus próximos. A unos encargó el padre vice-provincial la escuela e instrucción de los niños, principalmente indios hijos de los caciques de todas las islas vecinas, en cuya compañía no se desdeñaban los españoles de fiar los suyos a la dirección de nuestros hermanos. Otros se dedicaron a explicar el catolicismo, e instruir en la doctrina cristiana a los negros esclavos, trabajo obscuro a los ojos del mundo, pero de un sumo provecho y de un sumo mérito. Unos predicaban en las plazas públicas, después de haber corrido las calles cantando con los niños la doctrina. Otros se encargaron de predicar algunos días seguidos en los cuarteles de los soldados, y después en las cárceles, ni dejaban por eso de asistir en los hospitales. El padre Segura, como en la dignidad, así en la humildad y en el trabajo excedía a todos, y hubiera muy luego perdido la salud a los excesos de su actividad y de su celo, si el ilustrísimo señor don Juan del Castillo, dignísimo obispo de aquella diócesis, no hubiera moderado su fervor, mandándole solo se encargase de los sermones de la parroquial. El fruto de estos piadosos sudores, no podemos explicarlo mejor que con las palabras mismas de la carta anual de 69, en que se dice así a San Francisco de Borja, entonces general. «Si todo lo que resultó del empleo de los nuestros en la Habana, se hubiera de referir por menudo, pedirla, propia historia y larga relación, y aunque fuera contándolo con límite, parecería superior a todo crédito. Solo diré a vuestro padre maestro reverendo que había ya personas tan aficionadas al trato con Dios y a la oración mental, examen de conciencia y ejercicios, de mortificación, que en cuasi todas las cosas se guiaban por las campanas de la Compañía, ajustando en cuanto podían su modo de vivir con el nuestro». Por mucho que signifique esta sencilla expresión el provecho espiritual

que se hacía en los españoles, era incomparablemente mayor el de los indios. Era un espectáculo de mucho consuelo, y que arrancaba a los circunstantes dulcísimas lágrimas ver en las principales solemnidades del año de ciento en ciento los catecúmenos, que instruidos cumplidamente de los misterios de nuestra santa fe, y apadrinados de los sujetos más distinguidos de la ciudad, lavaban por medio del bautismo las manchas de la gentilidad en la sangre del Cordero. Habíase encomendado al hermano Juan Carrera la instrucción de tres jóvenes hijos de principales caciques de las islas vecinas: eran los tres de vivo ingenio, y dotados de una amable sinceridad acompañada de una suavidad y señorío, que hacía sentir muy bien, aun en medio de su bárbara educación, la nobleza de su origen. A poco tiempo suficientemente doctrinados, instaron a los padres, empeñándolos con el señor obispo, para ser admitidos al bautismo. Quiso examinarlos por sí mismo el ilustrísimo, y hallándolos muy capaces, señaló la festividad más cercana en que su señoría pretendía autorizar la función echándoles el agua. El plazo pareció muy largo a los fervorosos catecúmenos. Instaron, lloraron, no dejaron persona alguna de respeto que no empeñasen para que se les abreviase el término. Causó esto alguna sospecha al prudente prelado, y de acuerdo con el gobernador y los padres, determinó probar la sinceridad de su fervor mandando que en un barco que estaba pronto a salir a dichas islas, embarcasen repentinamente a los tres jóvenes. Ejecutose puntualmente la orden; pero fueron tan tiernas las quejas, tan sinceras las lágrimas, tal la divina elocuencia y energía de espíritu de Dios con que hablaron y suplicaron a los enviados del señor obispo, que enternecido este, conoció la gracia poderosa que obraba en aquellos devotos mancebos, que dentro de muy pocos días, siendo padrinos el gobernador, y dos de las personas más distinguidas de la ciudad, los bautizó por su propia mano con grande pompa, edificación y espiritual consuelo de todos los que asistieron a este devotísimo espectáculo.

La serie del suceso mostró bien cuanto podemos conjeturar las miras altísimas de la Providencia, y el cuidado particular con que velaba, digámoslo así, sobre las almas de aquellos tres neófitos. Los dos menos principales el mismo día que habían nacido a Dios en el han tocados de una enfermedad, dieron muy en breve sus almas al Criador. Quedó de este golpe sumamente mortificado don Pedro Meléndez, a cuya conducta los habían fiado sus padres, y temiendo que aquellos bárbaros, la gente más cabilosa del mundo, no lo culpase o de negligente o de pérfido; con estos pensamientos determinó que el tercero, que era el principal; y a cuyo padre se daba el título de rey, se embarcase luego y diese la vuelta a su patria; pero el Señor tenía sobre él más altos designios. Luego que supo esta resolución joven, pidió a Dios instantemente, que antes de exponerlo a semejante peligro lo sacase del mundo. En esta oración se ejercitó por algunos días con tan viva confianza, que hablándole de su próximo viaje el hermano Juan de la Carrera, no tengas cuidado de esto le replicó. Los hombres se cansan en balde. Yo estoy cierto que no he de volver a ver en este mundo a mis padres, porque muy breve iré a ver a Dios en el cielo. En efecto, enfermó dentro de pocos días, y a pesar de todos los esfuerzos de la medicina, que

con liberalidad le proveyó el adelantado, el mismo día destinado para el embarque arribó felicísimamente al puerto de la salud. El gobernador para poner su crédito a cubierto de toda sospecha con su padre, determinó hacerle unas exequias correspondientes a su noble, aunque bárbaro nacimiento, y al amor de toda la ciudad que le había conciliado un mérito. Asistió acompañado de todos los regidores y de los oficiales de mar y tierra, como también el señor obispo con todo su clero. Fueron testigos de estos honores muchos indios de todas las islas vecinas que había entonces en la Habana, y satisfechos de esta honra, concurrieron después tantos otros, que según se dice en la annua, no les bastaba a los padres el tiempo para instruirlos, y proveerlos a costa de su necesidad, de sustento y hospedaje.

[Vuelven algunos a la Florida] En medio de tan gloriosas fatigas, el padre Juan Bautista de Segura, tenía siempre vueltos los ojos a la Florida, y tomaba sus medidas para pasar cuanto antes a promulgar el Evangelio. Pareciéndole tiempo, dejó en la Habana al padre Juan Rogel para ejercitar los ministerios, y con él a los hermanos Francisco Villa Real, Juan de la Carrera y Juan de Salcedo, para cuidar de lo temporal y de la instrucción de los españoles, principalmente de los indios caciques, en la escuela que había tenido tan bellos principios. Al padre Gonzalo del Álamo, con un compañero señaló para la provincia y fuerte de Carlos. Al padre Antonio Sedeño, con otro de los hermanos que poco antes se había recibido en la Compañía, mandó a Guale, provincia poco distante al Norte de Santa Elena, donde trabajaban también los hermanos Domingo Agustín, y Pedro Ruiz de Salvatierra. El padre vice-provincial, con el adelantado, partieron a la provincia de Teguxta favorablemente para la composición de las ruinas pasadas. Había vuelto de España, entre otros neófitos floridanos, un indio llamado Santiago, hermano del cacique de aquel país, a quien por mucho tiempo habían creído muerto a manos de los españoles. Luego que lo vieron no solo vivo, sino, tan honrada y distinguidamente tratado, como no hay gente más fácil en deponer sus sentimientos y sospechas, que aquellos que por su necedad suelen ser más prontos a concebirlas, determinaron renovar la amistad y antigua alianza con el rey católico. Se hizo esta ceremonia con toda el aparato y solemnidad que permitía el tiempo, y en testimonio, se erigió con las mayores demostraciones de regocijo y de veneración, una cruz formada de dos grandes pinos en aquel mismo lugar donde poco antes la habían tan indignamente ultrajado.

Por otra parte, el cacique don Felipe, que como arriba dijimos, vuelto de España el adelantado, había prometido bautizarse, cada día con nuevas promesas y ratificaciones, fomentaba las esperanzas de los siervos de Dios. En consecuencia de estas fingidas expresiones cuando llegó allí don Pedro Meléndez con el padre Juan Bautista Segura, pareció haberse rendido a sus fervorosas instrucciones: con singular consuelo del misionero y del gobernador, permitió que se quebrasen y ultrajasen sus antiguos ídolos. Los soldados, que conocían mejor al pérfido cacique no quedaron aun satisfechos, y el suceso dio breve a conocer sus dañados intentos. Poco después de la partida del adelantado para España, estando en la provincia su sobrino don Pedro Meléndez Márquez, descubierta una conjuración que urdía contra los españoles él, y otros catorce caciques, sus cómplices,

fueron castigados de muerte. El suplicio de estos conjurados tan ilustres acabó de agriar los ánimos de los indios. Se sublevaron repentinamente, quemaron sus chozas y sus templos, y huyeron a los montes. Fue preciso desamparar el fuerte y demolerlo, no pudiendo perseverar allí los soldados por la falta de alimentos. El padre Gonzalo de Álamo y su compañero tuvieron orden de retirarse a la Habana. Pero aun aquí no pudieron perseverar largo tiempo. No se abría camino alguno para la fundación del prometido y esperado colegio. Las limosnas de los particulares no podían mantener muchos días tanto número de sujetos. Desamparada ya tanto de los naturales como extranjeros la vecina costa de la Florida, no podía subsistir aquella especie de seminario de indios, que hasta entonces había sido el principal objeto de aquella residencia. Las poblaciones de españoles e indios amigos que restaban en la Florida, no tenían comercio alguno con la Habana. Estas razones determinaron al padre vice-provincial a hacer pasar todos los sujetos de la isla de Cuba al continente.

[Incomodidades y peste del país] Era difícil la elección del sitio en que se hubiesen de alojar los misioneros. En las poblaciones donde había guarnición española, era muy gravoso a los indios haber de partir con los presidiarios aquellos pocos alimentos, que apenas les bastaban para la vida. Los soldados, obligados de la necesidad, usaban alguna vez de la fuerza. Así el odio de las personas, como frecuentemente acontece, hacía aborrecible la religión, y cerraba el paso al Evangelio. Se escogieron, pues, las provincias de Guale y Santa Elena, donde se habían arruinado los antiguos presidios, y donde siendo la índole de los naturales más apacible y dócil se podía trabajar con más fruto. Una epidemia que asolaba aquellas provincias dio desde luego materia bastante a su caridad y a su paciencia. Corrían a todas horas del día y de la noche de pueblo en pueblo, de choza en choza, animando al último trance a los cristianos, bautizando a los catecúmenos, anunciando el reino de Dios a los gentiles, y procurándoles en lo espiritual y temporal todos los alivios que podían. Tuvieron la sólida satisfacción de enviar al cielo muchos párvulos, y aun procurar según toda apariencia la eterna salud a muchos adultos. Los enfermos, aunque bárbaros, sensibles a tan continuas demostraciones de amor, parecían comenzar a amar a sus médicos, y hacerse más dóciles a sus sabios consejos. [Enferman todos y muere el hermano Domingo] En fin, hubieron de ceder al trabajo, a la incomodidad de la habitación, a la inclemencia de la estación y del aire inficionado que respiraban en la cura de los enfermos, en la asistencia de los moribundos, en la sepultura de los muertos. Fueron todos sucesivamente tocados de la peste; pero se contentó el Señor con una sola víctima: murió el hermano Domingo Agustín, por otro nombre Báez. Apenas podía haber caído la suerte sobre otro que hiciese más falta a la misión. Destinado desde luego que llegó de Europa por su rara habilidad para aprender en Saturiva la lengua del país, a los seis meses la poseía tan perfectamente, que pudo traducir a ella el catecismo, y componer un arte que fue de mucha utilidad a sus compañeros, de una alegría de ánimo, y un celo de la gloria de Dios a prueba de los mayores trabajos. Era de una familia muy distinguida en las islas Canarias, y había hecho en la retórica, filosofía y teología grandes progresos en Salamanca; pero fue incomparablemente mayor la humildad con

que pretendió ocultar todas estas brillantes cualidades en el humilde estado de coadjutor temporal.

[Fruto de la misión] Pasada esta borrasca, y muchos meses después con sumo trabajo de los padres, ya no parecía quedar medio alguno para la conversión de los floridanos. Con la peste acabó juntamente su agradecimiento y su docilidad. El padre Juan Rogel y el hermano Juan Carrera en Santa Elena, el padre Sedeño y el hermano Villa Real en Guale, habían sudado un año sin otro fruto que el de su paciencia y de su mérito. Los indios cada día más groseros y más bárbaros, no oían con gusto las instrucciones, sino cuando se acompañaban con el alimento. Con alguna atención superficial a ciertos artículos de nuestra religión en tratándoles de las penas preparadas después de la muerte, o a los impíos de la inmortalidad de nuestras almas, cerraban enteramente los oídos. El expediente que se había tomado de retirarse a las provincias de Guale y Santa Elena, algo distantes de los presidios españoles, y que había sucedido felizmente hasta entonces, se halló después expuesto a las mismas y aun mayores dificultades. La escasez de alimentos obligaba a los soldados del presidio a hacer algunas excursiones en las provincias vecinas. Los indios que no podían sin un sumo dolor verse violentamente privados del necesario sustento, y expuestos a todos los rigores del hambre, buscaban amparo y defensa en los misioneros. Así estos que ni quisieran faltar a la necesidad de los españoles, ni dejar de mirar por la inocencia de los afligidos indios, se hacían a unos y a otros aborrecibles igualmente. Venía el padre Luis de Quiroz destinado de nuestro padre general, en lugar del padre Gonzalo del Álamo, hombre de raros talentos, pero para la cátedra y el púlpito, no para los bosques y las chozas, en que sin poderse servir de su literatura dañaba más con la delicadeza de su genio y dureza de su juicio. Tuvo orden el padre Álamo de pasar a Europa, y partió luego. Pensaba el padre Segura entrar más adentro de la tierra hacia la provincia de Axacan, distante como ciento y setenta leguas al Norte de Santa Elena, a los 37 grados de latitud.

[Noticia del cacique don Luis] Había inclinado al padre a tomar esta resolución un indio natural de aquella región, que había venido de la Habana acompañando a los padres. Era éste hermano del cacique de Axacan, y algunos años antes pasando por allí para Nueva-España unos misioneros del orden de predicadores, partió con ellos a México, donde instruido con prontitud en los dogmas de nuestra fe, fue con grande solemnidad bautizado y llamado Luis, en honra de don Luis de Velasco, segundo virrey de México, que tuvo la dignación de ser su padrino. De aquí pasó a España, y en atención a su ilustre nacimiento, que acompañaba un entendimiento pronto y un exterior agradable, le honró el señor don Felipe II manteniéndolo a sus reales expensas todo el tiempo que estuvo en la corte. Volvió de Europa en compañía de unos religiosos de Santo Domingo con el destino de ayudarlos en la conversión de su nación; pero habiéndose impedido no sé con qué ocasión el pasaje de estos misioneros a la Florida, celoso de la reducción de sus compatriotas se agregó a nuestros padres. Verosímilmente no podía encontrar el padre vice-provincial socorro más oportuno para sus piadosos proyectos. La restitución a su patria de un personaje tan distinguido entre los suyos, sus maneras dulces e insinuantes, su fervor y celo para la religión, el agradecimiento que profesaba a la honrosa acogida que

había debido a don Luis de Velasco, la liberalidad y honra de que se había visto colmado en la corte del mayor monarca de Europa, su ingenio agudo y vivo acostumbrado ya al modo de tratar de los europeos, la piedad con que se llegaba con frecuencia a la participación de los sagrados misterios; todo conspiraba a hacer creer que depuesta toda la perfidia y ferocidad de su nativo clima, se tendría en don Luis no solo un cabal intérprete y un fiel amigo, sino también un fervoroso catequista.

[Parte el padre Segura con sus compañeros a América] Juntó el padre vice-provincial en Santa Elena a los padres para comunicarles su resolución; pero nunca quiso poner en consulta quienes habían de ir a aquella peligrosa expedición, queriendo tomar sobre sus con sus hombros todo el trabajo, aunque los padres Sedeño y Rogel se le ofrecieron muchas veces con las mayores veras. Resuelto el viaje tomó consigo el padre Segura, al padre Luis de Quiroz con seis hermanos. Gabriel Gómez, Sancho Cevallos, Juan Bautista Méndez, Pedro de Linares, Gabriel de Solís, y Cristóbal Redondo. Fuera de estos, iba don Luis y un niño hijo de un vecino español de Santa Elena, llamado Alonso. Todos los padres y hermanos que cultivaban las provincias de Guale y Santa Elena, tuvieron orden de retirarse a la Habana. El vice-provincial y sus compañeros se embarcaron en un puerto cercano a Santa Elena para Axacan a fines de agosto, después de haber con fervorosa oración y otras muchas obras de virtud encomendado a Dios el éxito feliz de una empresa, que no tenía otro objeto que la gloria de su santo nombre. Llegaron a la provincia de Axacan, que hoy en día en poder de la Inglaterra, hace parte de la nueva Georgia y la Virginia, a los 11 de setiembre, y dieron fondo en el mismo puerto de Santa María, (hoy Saint George) patria del cacique don Luis. Luego que pusieron pie en tierra, mandó el padre Segura al capitán del barco que con toda su tripulación y soldados volviese a Santa Elena, de donde no debía volver a aquel puerto sino después de cuatro meses a traer las necesarias provisiones de que dejaba encargado al padre Juan Rogel. No faltaron al hombre de Dios fuertes razones para determinarlo a una acción que a los ojos de la prudencia humana pudiera parecer temeridad. Seguramente las costumbres de la tropa y gente de mar, no eran las más a propósito para confirmar con su ejemplo la ley santa que se iba a predicar a los gentiles. La tierra no era tan abundante de alimentos que se pudiesen mantener todas aquellas gentes, sin notable incomodidad de los naturales, y dejarlos expuestos a las vejaciones ordinarias, era sofocar desde luego la semilla del Evangelio que se procuraba fomentar con el sudor y con la sangre.

[Conducta de don Luis] Por otra parte, no se tenía motivo alguno para desconfiar del cacique don Luis. Fuera de la piedad para con Dios y de la amistad para con los padres, que hasta allí había observado constantemente en toda su conducta, acababa de darles pruebas bien sinceras de su fidelidad y su fervor. Luego que se presentó a sus gentes sobrecogidas del gozo de verlo después de tantos años restituido a su patria, valiéndose de aquellos primeros movimientos de alegría, los interesó para que entre todos se fabricase a los padres una casa capaz, aunque grosera, y una ermita o pequeña capilla, donde se celebrasen con decencia los sacrosantos misterios. A su arribo había muerto el cacique de Axacan su hermano mayor, y actualmente mandaba en la provincia otro menor que don Luis. Viose

entonces con un ejemplo digno de proponerse a los más cultos pueblos de la Europa, cuanto la grandeza de alma y la nobleza sostenida de un buen fondo de equidad, es superior a la más grosera educación, y a la barbaridad del clima. El hermano menor reconociendo en don Luis la prerrogativa del nacimiento, vino luego a ofrecerle el mando de toda aquella región la más grande y la más bien poblada de la Florida, en cuya posesión, decía, no había entrado sino por la ausencia de su hermano, a quien la naturaleza daba sobre él y sobre toda la nación un derecho incontestable. Don Luis, a quien fuera de su grande genio, acompañaba una instrucción pulida, e ilustraban las luces de la fe, no se dejó vencer en generosidad de su menor hermano. La fortuna, dijo, quitando los hijos a mi hermano y sacándome a mí de mi patria, ha depositado en vuestras manos las riendas del gobierno. Vos estáis amado de vuestros súbditos, temido de vuestros enemigos, y que unos y otros me mirarían a mí como extranjero. Por mucho derecho que me asista para pretender el mando o para aceptarlo de vuestras manos, no quiera Dios se piense de mí que haya sido este el motivo de restituirme a los míos. No, mi amado hermano: yo no he venido a despojaros de vuestros dominios, sino a contribuir solamente de mi parte al celo de estos piadosos hombres, que dejando su patria, y sacrificándose a los mayores trabajos, os vienen a anunciar el reino de Dios vivo, de quien por mi dicha soy; y quiero ser uno de los adoradores más sinceros.

[Su mudanza y obstinación] Con estos ejemplos y expresiones de don Luis, comenzaron los bárbaros a tener en gran veneración a los siervos de Dios, y a dar favorables oídos a sus consejos de paz. Por siete continuos años había sido aquella gente trabajada de una epidemia en que tuvieron bastante que fatigarse los padres, con quienes de concierto obraba en todo don Luis. Así pasaban llenos de esperanza hasta fines del año. Don Luis, entonces, dejado el vestido europeo, de que hasta entonces había usado apareció un día repentinamente en el trago de su nación, protestando, que lo hacía por no disgustar a sus gentes, y atraerlas con más dulzura a sus designios. Se vio muy presto como con el traje se había vestido otra vez de toda la corrupción de su país, y experimentaron los padres, cuanto es difícil que vuelva la fiera a su bosque nativo, sin que deponga toda aquella mansedumbre, que contra su natural inclinación había aprendido en las jaulas. Ya no asistía con tanta frecuencia a las exhortaciones de los padres. La libertad, el ejemplo de los suyos, la impunidad en los mayores delitos, habían tentado su corazón, y el amor a las mujeres acabó de corromperlo enteramente. La cualidad de cacique le permitía tener muchas a un tiempo. Los padres Segura y Quiroz, a quienes dolía infinitamente verse arrancar de entre las manos aquella alma, y con ella todo el fruto de sus trabajos y toda la salud de la Florida, con ruegos, con amenazas de parte de la justicia de Dios, y más que todo con lágrimas y continua oración a su Majestad, procuraban ganar otra vez aquella oveja descarriada. Pero la maldad había echado ya muy hondas raíces en el ánimo de don Luis. La corrupción pasa muy fácilmente del corazón al espíritu, y la impureza la llevó como en otro tiempo a Salomón, a la más infame apostasía. Cansado de las exhortaciones de los padres a quienes no miraba ya sino como tiranos de su libertad, se retiró de su patria cinco leguas a dentro. Usáronse todos los medios que sugería la caridad industriosa para hacerlo volver: súplicas, sumisiones, promesas, todo fue inútil.

[Ocupación de los misioneros y razonamientos del padre Segura] Los misioneros reducidos a la estrechez de su pobre choza, sin intérprete de quien pudiesen informarse en una espantosa soledad, no se miraban, sino como víctimas destinadas al sacrificio. La oración y lección, las obras de penitencia, las pías y fervorosas conversaciones, la meditación de la vida gloriosa, y sobre todo, la mesa sagrada a que se llegaban humilde y devotamente los más días, era el único manjar de que se sustentaban faltos ya aun de los corporales alimentos por haber tardado el barco, que a los cuatro meses esperaban de la Habana. Llegase el día 3 de febrero, y habiendo todos con devota ternura y muchísimas lágrimas; recibido el cuerpo del Señor, el padre vice-provincial les habló a todos juntos de esta manera: «Vednos aquí, hermanos míos, reducidos a la gloriosa necesidad de morir por Jesucristo. Por aquí está el Océano: por aquí estamos de todas partes cercados de los enemigos. Yo haría injuria a vuestra religiosidad en acordaros los motivos, que dejado el descanso de los colegios de Europa, nos ha traído a estos desiertos, y de la bella causa, porque estamos, según discurro, en vísperas de acabar nuestros días. Yo pretendo enviar tercera embajada a don Luis. Bien imagino que esto no es sino darle la señal de acometer; pero la caridad y la necesidad me obligan. Nosotros demos gracias a Dios que no podemos huir de la felicidad que su Majestad nos ha preparado, y ofrezcamos desde ahora, el holocausto de nuestra vida a gloria de su santo nombre, y confirmación de la fe, y doctrina santísima que profesamos». Estas palabras proferidas con un fervor y valentía de espíritu movido de Dios, arrancaron suavísimas lágrimas a los oyentes penetrados de los mismos sentimientos, y pasaron aquel día todo en oración y ejercicios de piedad. A la mañana mandó el padre Segura al padre Luis de Quiroz, con los hermanos Gabriel de Solís y Juan Bautista Méndez, para procurar que volviese don Luis. Partieron a una comisión tan peligrosa con la prontitud y alegría que no se puede explicar bastante. Se había escogido al padre Quiroz por el especial amor y confianza que hace entonces le había profesado el cacique. Los recibió este con bastantes apariencias de amistad, se excusó con cortedad y con respeto de su tardanza, y les prometió que a la mañana seguramente iría.

[Traición de don Luis, y muerte de los ocho misioneros] Consolado el padre Quiroz y sus compañeros con estas expresiones, que les parecieron muy sinceras, se volvieron a la tarde al puerto; pero como era algo dilatado, les cogió la noche en el camino. Cumplió don Luis exactamente su palabra. Partió luego al anochecer tras ellos. Alcanzó a los tres enviarlos en su viaje. La noche ocultaba las flechas de que venía armado, y la fiereza del semblante, pero no la tropa que lo acompañaba. Causó esto alguna sospecha; sin embargo, el padre Quiroz lo saludó amigablemente. La respuesta fue una saeta, de que atravesado el corazón, cayó muerto. Corrió el traidor a despojar el cuerpo, mientras sus compañeros con las flechas y las macanas enviaron al cielo a los hermanos Gabriel de Solís y Juan Bautista Méndez; juntaron los cadáveres para quemarlos, aunque no sé con qué motivo lo dejaron de hacer, y volvieron cargados de los pobres y religiosos despojos con grandes alaridos a su pueblo. Pasados algunos pocos días, viéndose el apóstata don Luis necesitado a acabar con los misioneros, y pensando que con algunas pocas hachas y machetes que tenían, y habían visto traer para

sus usos domésticos, pudiesen los cinco que quedaban defenderse de su violencia, mandó muy de mañana unos indios, que con pretexto de ir a hacer leña al monte, les pidiesen prestados aquellos instrumentos. El artificio era bastantemente grosero; pero los siervos de Dios, que aunque por la tardanza de los tres compañeros habían entrado en vehemente sospecha, a imitación del Salvador del mundo, no pensaban defenderse con este género de armas, antes estaban más deseosos de recibir la muerte por Jesucristo que sus enemigos de dársela, no creyeron deberles dar algún motivo de resentimiento. Luego que los tuvieron a su parecer desarmados, corrieron al monte, donde encontrando al hermano Sancho Cevallos que había ido a buscar leña para aderezar su pobre sustento, le dieron cruel muerte. Juntáronse con don Luis, que los esperaba, y corriendo todos con horribles gritos a la casa de los padres, el apóstata, vestido de los despojos de los muertos, como que por ser el más malvado de los hombres tuviese derecho para escoger la mejor víctima, entrando en el aposento del padre Juan Bautista Segura, le hendió con una hacha la cabeza. Lo mismo ejecutó su bárbara tropa con los tres hermanos, Gabriel Gómez, Pedro Linares y Cristóbal Redondo.

Este éxito tuvo la expedición del padre Juan Bautista de Segura a la Florida, región infeliz en que no podemos dejar de admirar con espanto la profundidad de los juicios Dios. Regada con la sangre de tantos fervorosos misioneros, primero, de la orden de predicadores, bajo la conducta del vuestro siervo de Dios fray Luis de Balbastro, después de los de la Compañía de Jesús, y últimamente, cultivada por doscientos años de la seráfica familia, como la sangrienta Jerusalén, sin ceder jamás la indomable ferocidad de sus naturales, solo parece haber subsistido en ella este tiempo la nación española, y con ella la verdadera religión, para justificar la causa del Señor, hasta que colmada la medida de su iniquidad, ha cedido en estos mismos años por el tratado de las últimas paces, enteramente a la Inglaterra, y consumido el día 12 de marzo de 1763 el adorable Sacramento, no sin un gravísimo dolor de todos los católicos, se ha negado su Majestad a una nación infame, dejándola fuera de su Iglesia santa, y haciendo parte de aquel pueblo infeliz, cui iratus est Dominus in aeternum.

[Muerte del padre Segura] Al padre Juan Bautista de Segura dio cuna Toledo, estudios Alcalá, con no pocas aclamaciones de su raro talento, que le mereció la borla de maestro. Entrado en la Compañía pretendió instantemente el grado ínfimo de coadjutor temporal, no subió sino obligado de la obediencia al sacerdocio, ni después de ordenado se hubiera atrevido jamás a celebrar el primer sacrificio, si no lo hubieran compelido los superiores. Esta humildad profunda, este respetuoso temor, fueron como los ejes de toda su vida religiosa. San Francisco de Borja, aquel espíritu ilustrado, y guiado siempre del cielo, lo destinó rector del colegio de Villimar; de allí pasó con el mismo cargo a Monterrey para que debiese aquel colegio, reciente fundación del conde del mismo título, las primicias del espíritu a uno de los más fervorosos operarios de aquel tiempo. De Monterrey salió para rector de Valladolid, y de aquí para la misión de la Florida, donde le esperaba la corona.

[Noticia del Padre Quiroz y los restantes] El padre Luis de Quiroz era de una de las familias más ilustres de Sevilla, había allí entrado en la

Compañía, y pasado a poner como un noviciado de su misión apostólica en el colegio que en el Albaicín de Granada tiene la Compañía para la instrucción y educación de los moriscos. Solo sabemos de su carácter, que era de una inocencia, candor y suavidad de costumbres, que los hacían extremadamente amable a los hombres, y que lo hicieron, según toda apariencia, digno holocausto de las aras del Señor. De los seis hermanos que murieron, Pedro Linares, Gabriel Gómez, y Juan Bautista Méndez, habían sido admitidos en España. El hermano Sancho Cevallos y Cristóbal Redondo, habían venido con el padre Segura, en calidad de pretendientes, y probados suficientemente en largo en el largo viaje y algunos meses en la Habana, tomaron allí la ropa. El hermano Gabriel de Solís era de un ilustre origen, y sobrino del adelantado don Pedro Meléndez, a cuya sombra le brindaba el mundo con mil esperanzas. Edificado de las costumbres y la austera vida de los misioneros en la Florida, pretendió vivamente ser de su número, y lo consiguió para ser muy breve compañero de su triunfo. Esto es lo que hemos podido decir con certidumbre de estos gloriosos varones, y no hay duda sino que serían en la piedad y religiosidad muy conforme a aquellos a quienes, como tomándole a San León las palabras, dijo muy bien el padre Florencia: et electio pares, et labor similes, et finis fecit aequales.

[Dejan con vida al niño] Entre el tumulto y la confusión de aquella horrible escena, el niño Alonso, que como dijimos, para que les ayudase a misa y sirviese de intérprete, habían llevado consigo los padres, sin tener lugar seguro, corría por las calles bañado en lágrimas. El cacique hermano de don Luis, en quien parece había quedado algún rastro de humanidad, de que se había despojado el pérfido apóstata, lo acogió benignamente, y lo escondió para hurtarlo al furor de su malvado hermano; pero don Luis no había pretendido apagar su cólera sino en la sangre de aquellos que querían sujetar su libertad al yugo de Jesucristo. Así permitió el Señor que cegándose aquel bárbaro, dejase en Alonso un testigo tanto menos sospechoso, cuanto más sencillo de su maldad y de las maravillas de Dios, y un argumento evidente e irrefragable de la gloriosísima causa que le había movido a deshacerse de los misioneros. Hízole traer a su presencia don Luis. Un extraordinario consuelo de creer que iba a morir por Jesucristo. Presentose con un denuedo muy superior a su edad, dispuesto, como repetía después, a confesar la fe, y a acompañar a sus amados padres. Vive seguro entre nosotros, (le dijo el tirano) que solo hemos procurado quitar de nuestra vista unos importunos censores de nuestras acciones. Ya estamos en posesión de nuestra libertad. Ven conmigo, daremos sepultura a los cuerpos, según el rito que he visto usar a los cristianos. En efecto, hicieron entre todos un foso capaz en la capilla misma donde decían misa: juntaron los ocho cuerpos y los enterraron con honor, rezando con grande fuerza de lágrimas el niño Alonso algunas oraciones que había aprendido de los padres.

Apoderáronse los indios de todos los vestidos y despojos de los siervos de Dios, y de los sagrados vasos, que ignorantemente profanaban, mas no con tanta impunidad muy largo tiempo.

[Caso prodigioso] Referiré el caso (para no faltar por una parte a la fidelidad de historiador, y por otra parte que no se imagine que a mi albedrío le he quitado las circunstancias con que se halla en algunos

autores) con las palabras mismas del padre Juan Rogel, que de su letra y pluma se halla entre los papeles del archivo de esta casa profesa, y que es incontestablemente el más antiguo y más auténtico monumento que puede alegarse en la materia: «Sucedió, (dice) que un indio con la codicia de los despojos, fue a una caja dentro de la cual estaba un Cristo de bulto, y queriendo abrirla y quebrarla para sacar lo que dentro había, y comenzando a desherrarla cayó allí muerto. Luego le sucedió otro indio, que con la misma codicia, quiso proseguir el mismo intento y también cayó muerto. Otro tercero intentó lo mismo, y también le sucedió lo mismo. Entonces no osaron llegar más a la arca, sino que la tienen hasta hoy en día, con mucha veneración y espanto, sin atreverse a llegar a ella y de esto mismo me dieron noticia aquí unos soldados viejos que vinieron de la Florida, los cuales habían estado en Axacan, y les dijeron los indios, como aquella arca está todavía en pie, y nadie osa llegar a ella, aun agora al cabo de cuarenta años». Hasta aquí la sencilla relación del padre Juan Rogel, cuya autoridad sola pone nuestra sinceridad a cubierto de toda crítica, y nos alivia la pena de impugnar otras relaciones poco compatibles con este original.

[Excursión a Cuba y su motivo] Entretanto los padres Antonio Sedeño y Juan Rogel, y los hermanos Francisco Villa Real, Juan de la Carrera, Juan de Salcedo y Pedro Ruiz de Salvatierra, según la orden que les había dejado el vice-provincial, navegaron a la Habana; y mientras los unos con grande utilidad y ventajas del público, se ejercitaban en el recinto de la ciudad, el padre Antonio Sedeño con otro compañero, recorrían todas las poblaciones de la isla, haciendo en ellas fervorosas misiones, y de dejando por todas partes en las restituciones de lo mal adquirido, en las composiciones de las enemistades y los litigios, y en la frecuencia de los Sacramentos de confesión y comunión, que se veía renacer luego donde quiera que entraban; pruebas bien claras de aquel gran celo que animó siempre sus acciones, y que aun en su última vejez le llevó, como veremos después, a morir en las islas Filipinas. Arribaron a este mismo tiempo a Cuba, puerto famoso en la costa austral de la misma isla a quien dio su nombre, once jesuitas bajo las órdenes del padre Díaz, compañeros de aquellos cuarenta; que sin más delito que el de católicos y celosos defensores de la Sede Romana, habían en la isla de Palma conseguido la de la inmortalidad a manos del pirata Jaques Soria. Voló a Cuba el padre Antonio Sedeño, y ayudado de la caridad de aquellos ciudadanos, los hospedó y alivió de los trabajos de una navegación tan penosa. Por su consejo pasaron a la Habana, donde sabida la dichosa suerte de sus compañeros, y mirados ya como confesores de Jesucristo, se atraieron la veneración de toda la ciudad. Ni los engañó su piadosa credulidad, porque partiendo de la Habana a principios del año siguiente, y juntándose en Angra, una de las islas terceras, con otros compañeros, que llevados de la misma tempestad habían arribado a la isla española algunos de ellos (porque de treinta que habían quedado en los dos navíos, hubo de rebajarse en Angra la mitad) cayendo en manos del pirata Cadaville el día 13 de setiembre de 1571 con diversos géneros de muertes, glorificaron al Señor. El padre Juan Rogel, que había quedado encargado de enviar a los cuatro meses a Axacan los necesarios alimentos, hizo cuanto podía por remitirlos a tiempo. Luego que hubo oportunidad, se hizo a la vela el piloto Vicente

González, y en su compañía el hermano Juan de Salcedo. Dieron fondo en el puerto de Santa María; pero avisados de no sé qué interior movimiento no quisieron saltar en tierra. Echaron menos cierta señal que el padre Segura les había prometido hallarían en la costa. Veían a los indios con alguna ropa, que les parecía no podía ser sino de los padres. Los bárbaros para atraer a tierra a los españoles se vistieron algunas sotanas de los difuntos padres, y paseándose por la playa, venid, les gritaban, aquí están los padres que buscáis. Este grosero estratagema los acabó de confirmar en su sospecha. Al mismo tiempo dos indios más atrevidos destacándose de los demás, se arrojaron a nado, en que son velocísimos y alcanzaron el barco. Arrestáronlos a bordo, y sin más esperar levadas a gran prisa las anclas, pusieron proa a la Habana. Para evitar la fuerza de las corrientes, que en el canal de Bahama corren impetuosísimas de Norte, es preciso navegar muy empeñados en la tierra, y por consiguiente muy vecinos a los cuyos islotes, que bordean por largo trecho el continente de la Florida. Esto dio ocasión a que uno de los indios se arrojase atrevidamente al mar. Se aseguró al otro, y se le condujo al puerto. Ni la dulzura con que se le trató en nuestra casa, en donde estuvo hospedado, ni las amenazas fueron bastantes para hacerle descubrir la verdad. El adelantado, que poco antes había venido de España, y tenía que navegar allá muy en breve, determinó pasar por Axacan para averiguar la verdad de un hecho, de donde dependía todo el fruto de sus conquistas. Llevó consigo a los padres Juan Rogel, y a los hermanos Carrera y Villa Real. Entró en la tierra escoltado de tropa suficiente. Los indios habían huido al monte. Se encontró con el niño Alonso, de quien se supo puntualmente lo sucedido. Se les signó el alcance a los fugitivos: se hubieron a las manos ocho o diez de los parricidas, y se les dio sentencia de muerte. Se instruyeron, se bautizaron, y a lo que podemos conjeturar, movido el Señor a los clamores de aquella sangre inocente que pedía el perdón de sus enemigos, entraron a la parte de la herencia eterna. [Éxito de don Luis] Concluida la ejecución, pidió el padre Rogel al gobernador le concediese una escolta de soldados para entrar al lugar de don Luis, y trasladar de allí a la Habana los huesos venerables de sus amados compañeros. Estaba la estación muy avanzada para el viaje de Europa, y no pudo don Pedro Meléndez condescender con tan piadosa petición. Prometió que a la vuelta, él mismo en persona pasaría a ejecutarlo. Don Luis, mucho antes de esta, expedición se había desaparecido de su pueblo y de sus gentes. Huyendo de los españoles y de aquel sepulcro, testigo de la fe, a que tan vergonzosamente había faltado a Dios y a los hombres, se retiró lo más lejos que podía, monte a dentro. El padre Tannero en el elogio de estos gloriosos varones, y el padre Sachino en el libro 8 de la historia general de la Compañía, sobre opinión común muy válida en aquellos tiempos inmediatos en la Florida y en la Habana, escriben: que acongojado de los remordimientos de su conciencia, y apartado de todo comercio humano, pasó en el fondo de los bosques el resto de sus días en un continuo llanto. No desdice esta narración de la piedad que mostró luego después de pasados aquellos primeros transportes de su cólera. Perdonó la vida a aquel niño que podía y debía ser siempre testigo de su maldad. Procuró el entierro de los padres con la mayor decencia. Era dotado de un bello entendimiento, a que se añadía una muy cristiana

educación, y el ejercicio que había tenido hasta entonces de alta constante virtud, sobre todo la oración misma de aquellos a quienes dio la muerte, y la infinita clemencia de nuestro Dios nos hace gustosamente creer que pudo conducirlo a un sincero y saludable arrepentimiento.

[Descripción general de Nueva España] Mientras el terreno infeliz de la Florida no producía sino abrojos y zarzales bajo los pies de sus apostólicos ministros, la providencia del Señor preparaba a la Compañía de Jesús un suelo afortunado en que se lograra con infinitas cruces el fruto de sus trabajos. Había cincuenta años que Hernando Cortés, general de las armas españolas, había conquistado a la corona de Castilla la imperial ciudad de México, justamente aquel mismo año en que San Ignacio de Loyola, dejadas las grandes esperanzas que le daba su nacimiento y su valor, había pasado de la milicia del César a la de Cristo, como que ni a la fama de Carlos V ni al celo de Ignacio bastasen los estrechos límites del antiguo mundo. De México se extendieron las conquistas con increíble rapidez a todas las regiones vecinas, y se dio el nombre de Nueva-España a todo aquel gran país, que por más de seiscientas leguas se extiende desde el río y fuerte de Chagres en la costa oriental del istmo de Panamá, hasta el río Bravo o río del Norte, que por la parte septentrional la divide del Nuevo-México. El gobierno civil está dividido en tres audiencias o chancillerías residentes en México, Santiago de Guatemala y Guadalajara. El eclesiástico en diez obispados y dos arzobispados. El arzobispo de México tiene por sufragáneos los obispos de Tlaxcala o Puebla de los Ángeles, de Oaxaca, Yucatán, Guadalajara, Michoacán y Durango². El arzobispo de Guatemala tiene a los obispos de Chiapa, Nicaragua y Honduras. Hablar de la riqueza, de la extensión y de la fecundidad de estos vastos países, sería ocioso después de lo que con tanta curiosidad como exactitud han escrito los naturales y extranjeros. Sin embargo, no podemos excusarnos de apuntar algunas particularidades, que acaso serán más del gusto de nuestro siglo. Parece que la naturaleza ha hecho en las demás partes un ligero ensayo de lo que quería perfeccionar en la América, y singularmente en la Nueva-España, que es como el centro de toda ella. Dejo aparte la fertilidad de sus campos, que cuasi sin respeto a las estaciones del año vuelven con prodigiosa multiplicación las semillas en cualquiera tiempo que se siembren. Dejo la fecundidad de sus [...] ³ de que sin interrupción alguna han pasado a España tantos millones en espacio de dos siglos, sin otras muchas que se descubren cada día, y que no pueden a proporción cultivarse por las precauciones que ha parecido tomar a nuestros reyes. Dejo la infinita variedad de sus maderas, de sus frutas igualmente abundantes en todas las estaciones del año, de sus pescas tanto en los ríos, como en las costas de sus mares; solo sí no podemos dejar de ponderar la multitud innumerable de sus antiguos habitantes. Leyendo las historias de los antiguos mexicanos, y de aquellos que fueron testigos oculares en los primeros tiempos de la conquista, como Bernal Díaz del Castillo, Gómara, fray Bartolomé de las casas y otros semejantes, podrá formarse alguna idea de su número, y mucho mayor si se atiende a las epidemias que en diferentes años han asolado estas regiones. En la del año de 1575, que duró hasta los fines de 76 a diligencia del Excelentísimo señor don Martín Enríquez que gobernaba entonces, se averiguó haber muerto más de dos millones de los naturales.

Subió aun más en la antecedente epidemia de 65, y mucho más en la que siguió inmediatamente al sitio y toma de la ciudad de México por los años de 1525. Sin embargo, a pesar de tan lamentables estragos, en la relación impresa, del famoso desagüe, escrita por don Fernando de Zepeda, y publicada el año de 1637, hallamos haber trabajado en esta obra importante desde 28 de noviembre de 1607 hasta 7 de mayo de 1637, 471151 indios, y 1666 indias que les asistían para el necesario sustento. Argumento grande de la innumerable multitud de los habitantes, y de la incomparable grandeza de los emperadores mexicanos de que a principios del siglo pasado apenas había quedado ya una tercia parte.

A proporción de la multitud de sus habitantes era y es la de sus montes, la de sus ríos, la de sus llanos y sus bosques, que por todas partes les proveían habitaciones cómodas y oportuno sustento. Entre sus montes se encuentran varias cordilleras nada inferiores a los Alpes y Pirineos. Desde cinco leguas de la Veracruz hasta el confín de los obispos de Puebla y Oaxaca, corre la encumbrada sierra del Cofre que los naturales llaman Xaupatheutli, como si dijéramos cuatro veces señor, por estar persuadidos, aun a la simple vista, a que eran estos montes cuatro veces más altos que el de Xuchimilco, cinco leguas al Sur de México, de quien llamaron Teuthtli. Se distinguen en esta cordillera el Cofre de Perote, y en otro de sus ramos el famoso volcán de Orizava, que según la observación de un misionero francés en el presente siglo excede en mucho al pico de Tenerife, que hasta ahora se había tenido por el monte más alto de la tierra. Otra cordillera divide las provincias de Nicaragua y Honduras, y se extiende hacia el Sur hasta el istmo de Panamá. En esta angostura un alto monte ofrece la vista del uno y otro mar. Es también famoso en esta cordillera el volcán de Masaya, distante cinco leguas del mar del Sur; la subida es declive y fácil la cima, tiene una llanura de quinientos pasos en contorno, y en medio un pozo como de treinta pasos de diámetro, desde cuyo brocal se ve en el plan, como a cuarenta brazas de distancia, un fuego como de metal derretido en un continuo hervor de que tal vez salen a fuera llamas muy claras, y que dicen haberse visto a treinta leguas de distancia por el mar del Sur. El ilustrísimo señor don Fray Bartolomé de las Casas, obispo de Chiapa, tuvo la curiosidad de ir de noche a su falda y de rezar alguna parte de las horas, sin más luz que la que comunicaba la llama misma del volcán. Cerca de la ciudad de Guatemala, y entre los confines de este obispado y el de Chiapa, corren otros montes hasta comunicarse con los Miges y los Chontales en la vecindad del obispado de Oaxaca. A la ciudad de Santiago de Guatemala tienen en continuo susto por sus temblores y erupciones dos vecinos volcanes. Al Sur de la ciudad de México está el monte de las Cruces, que por varios ritmos se entiende hasta muy dentro de la tierra. Al Oriente de la misma ciudad divide el arzobispado, del obispado de la Puebla, la Sierra Nevada y el volcán que los naturales llaman Amalameca. Como a diez y siete leguas de la misma ciudad en la provincia de Chalco está el volcán de Popocatepetl, así llamado en la lengua mexicana por los penachos de espeso humo que muchas veces le observaron los naturales⁴.

En medio de esta se forman fortísimos valles, especialmente al Norte de la Nueva-España en los obispos de Puebla, México, Michoacán, Guadalajara. Es celebrado por su fecundidad el valle de Oaxaca, que dio nombre a

aquella ciudad, capital de aquella diócesis, y en que concedió Su Majestad a don Fernando Cortés el título de su marquesado. Los valles de México, de Toluca, de Chalco, de Apam, de San Juan de los Llanos, y el que fecundiza en extensión de muchas leguas la laguna de México, son igualmente aplaudidos, o por la cría de los ganados, o por la abundancia de sus cosechas. Son en esto también bastamente felices, los obispados de Michoacán y Guadalajara. Débese esta maravillosa fertilidad en la Nueva-España, así a lo templado de su clima, aunque tendido por la mayor parte dentro de la zona tórrida, como a las muchas vertientes, que bajando de tantos elevados montes, se forman en ríos, en arroyos y en lagos. Son los más famosos de sus ríos el de Alvarado, de Goatzacoalco, el de la antigua Veracruz, el de Medellín, a que dio nombre la patria del conquistador de estos países, el de Zempoala, el de Atoyaque, el de Cotasta, el de Cuautitlán, el de Tala, el de Xilotepec, y el río grande de Guadalajara; los de Nagualapa, Zacatula, Petatlán, y varios otros que bañan diferentes regiones. No son menos en el número y en el caudal de sus aguas las grandes lagunas que se encuentran en toda la extensión de la Nueva-España. La de Nicaragua, se tiene con razón por la mayor del mundo. No faltan autores que le conceden cerca de cien leguas de circunferencia: en esta desagua otra de cuarenta leguas de circuito. La de Chapala, en el obispado de la Nueva-Galicia, ha merecido por su grandeza le diesen los antiguos geógrafos el nombre de mar Chapalico; sin embargo, no es comparable con las de Nicaragua. Recibe esta laguna al río grande, que naciendo desde la provincia de Toluca⁵ la atraviesa con tanto ímpetu, que conserva sin confusión sus aguas, y sale del Poniente del mismo lago a desembocar en el mar del Sur. Son, aunque no tan grandes, bastamente celebradas la de Zinzunza, compuesta de varias en el obispado de Michoacán, la de Zumpango, San Cristóbal, Texcuco y Chalco, cuya comunicación ha causado a México tan perniciosas inundaciones en diferentes tiempos. [Descripción de México] Esta ciudad, la más bella, la más grande y la más opulenta de la América, es la ordinaria residencia del virrey, gobernador, y capitán general de toda Nueva-España, como lo fue antes de los emperadores mexicanos los mayores del mundo en riqueza, y en la extensión de su imperio, solo inferiores a los antiguos romanos. Está situada a los 19 grados 20 minutos de latitud septentrional, y a los 268 grados 20 minutos de longitud, en medio de tres hermosas lagunas, que en todo componen más de treinta leguas de circunferencia, y fertilizan un valle de más de noventa, en que está colocada la ciudad, y le facilitan una increíble abundancia de todo lo conducente a las delicias de la vida por el comercio de innumerables pueblos situados en los bordos mismos de los lagos. Según el cómputo de don Carlos de Sigüenza, parece haberse fundado esta ciudad por los años de Jesucristo 1327, ciento noventa y cuatro años antes de la conquista. El terreno es igual, unido y extremamente fértil. Las aguas cristalinas y delgadas, aunque a causa del terreno salitroso por donde corren no las más saludables. Las que se hallan estancadas e inmóviles en los grandes lagos que costean la ciudad, no inficionan los aires, que se respiran bastamente puros. Su temperamento es cuasi igual en todas las estaciones del año. No siente los rigores del invierno, ni los excesos del estío, entre los cuales, según aquella aplaudida y celebrada respuesta que se dio a Carlos V, no hay más

distancia que la del sol a la sombra. Los altos montes que por todas partes coronan su horizonte, la defienden de los vientos fuertes e impetuosos. La hermosa vega en que está situada, la termina al Oriente la Sierra nevada, y el volcán de Amalameca. Al Poniente el monte de Xaltepec, célebre por la acogida que en su falda hicieron en su retirada los españoles al tiempo de la conquista, y ennoblecido después mucho más con el Santuario de la milagrosa imagen de los Remedios. Al Sur una parte del monte de las Cruces que llaman Cerro Gordo, y al Norte el de Cuatepec, infame en la antigüedad por los impuros misterios de la idolatría, y consagrado después por haber milagrosamente aparecido en una de sus cimas, que llaman Tepeyac, la admirable imagen de nuestra Señora de Guadalupe diez años después de la toma de México. Las lluvias duran por lo general cinco o seis meses, de mayo, a setiembre y octubre, con una fuerza y abundancia, que espanta a los que nunca han estado en la América. Las calles son muy derechas, muy espaciosas, todas empedradas en el centro de la ciudad y bastantemente limpias, respecto de las ciudades de Europa, que pueden competirle en el número de sus habitantes. El padre Tallandier hace a México igual con León de Francia. Hay en él veintisiete casas religiosas de hombres, y veinte de mujeres; diez y seis sujetas al ordinario, y de las cuatro restantes, tres a los franciscanos, y una a los dominicos. Ocho hospitales generales, y uno para los hermanos de la orden tercera; siete colegios o seminarios para la educación de la juventud; cuatro convictorios o colegios para la instrucción y crianza de niñas españolas, y uno para indias. Dos casas o recogimientos de mujeres escandalosas. Doce parroquias, cuatro de españoles, y las demás de los naturales. Pasan de sesenta los templos, que merecen este nombre, y todos por lo general son de bella arquitectura, muy limpios ricamente aderezados. La plata y el oro brillan por todas partes en los muebles, en los ornamentos, en los retablos, en las cornisas y en las bóvedas. Los de más considerable fábrica, son la catedral, San Agustín, Santo Domingo, y la casa profesa de la Compañía. Los edificios son bastante altos, y ciertamente mucho más de lo que permite el débil cimiento sobre que se levantan. El ordinario material es una piedra ligera y esponjosa, semejante en parte a la que se saca del mar, pero de un color de almagre muy subido, que con el ceniciento de la cantería sólida, hace el exterior muy agradable a la vista. Del resto de los edificios públicos los de más arte y hermosura son el palacio o residencia del gobernador y capitán general, real casa de moneda, real aduana, real universidad, la inquisición, real colegio de San Ildefonso, casa de ejercicios, hospital del orden tercero, y la vastísima y suntuosísima fábrica, que para la educación de las hijas de vizcaínos pobres ha construido y liberalísimamente dotado el cuerpo de esta noble nación. Fue erigida la ciudad en chancillería por el emperador Carlos V, año de 1526, por auto expedido en Burgos a 29 de noviembre, que se halla inserto en la ley 3, libro 2, título 15 de la Recopilación de Indias. En el año siguiente vino la primera audiencia, y con ella Fray Juan de Zumárraga, religioso franciscano de grande virtud y literatura, en calidad de protector de los indios, que vuelto después a España, fue consagrado a 27 de abril de 1533 por obispo de la Carolina, que así pareció bien llamar entonces a la Nueva-España, y quedó después por primer obispo de México, habiendo

erigido esta iglesia en catedral nuestro Santísimo Padre Clemente VII, por bula expedida a 9 de setiembre de 1534. Paulo III, por los años de 1547, la hizo Metrópoli de todos los obispados de la América Septentrional, en cuya posesión estuvo muchos años hasta que se erigió en arzobispado Santiago de Guatemala, de que hablaremos a su tiempo. El tribunal de la santa inquisición lo fundó en las Indias don Felipe II por auto expedido a 25 de enero de 1569, como se ve por la ley 1, título 19, libro citado de la Recopilación, y su residencia en México determinada por la ley tercera del mismo título, fecha en San Lorenzo a 26 de diciembre de 1571. Veinte años antes el emperador Carlos V había creado la universidad, por auto expedido en 21 de setiembre de 1551 inserto en la ley 1, título 22 del mismo libro. La confirmó después Paulo V, y le concedió los estatutos de Salamanca el año de 1555.

[Historia de la insigne y real colegiata de Guadalupe] Dejando para los que han tratado más largamente las historias de la América, la relación circunstanciada de aquellas cosas, que o por su de naturaleza o por arte ennoblecen la capital de Nueva-España, de que pueden verse Torquemada, Betancourt, Bernal Díaz, Lacalle, don Francisco Cervantes, y otros autores, no podemos dejar de hacer especial mención de la gloria que la ilustra con la Aparición milagrosa de nuestra Señora de Guadalupe, a cuya historia, bien escrita ya por varias piadosas plumas, no tendríamos que añadir, si cultivándose cada día más estas regiones no se hubiera aumentado en estos últimos años con la piadosa devoción de la ciudad, un nuevo lustre a este piadoso santuario en la creación de la insigne y real colegiata, de cuya historia por no estar escrita aun en otra parte, y por haber tenido en ella no poca intervención la Compañía de Jesús en la persona del sabio y devoto padre doctor Francisco Javier Lazcano y de otros esclarecidos varones, que por vivir aun no podemos nombrar sin mortificar su modestia, haremos aquí un breve pero exacto compendio. Murió en México por los años de 1707 el noble y piadoso caballero don Andrés de Palencia, dejando en su testamento cien mil pesos para la fundación de un convento de religiosas agustinas, o en su defecto de una colegiata en el santuario de Guadalupe, una legua al Norte extramuros de esta ciudad, y añadiendo al dicho legado todos los frutos de sus haciendas, dinero y escrituras para esta erección, asignando para los gastos el remanente de sus bienes. La majestad del señor don Felipe V y su real consejo, no tuvo por conveniente la fundación del monasterio, y por despacho de 26 de octubre de 1708 mandó aplicar el legado a la colegiata, cometiendo al Excelentísimo señor don Francisco Fernández de la Cueva, duque de Alburquerque, formase una junta de personas doctas, y representase a su Majestad lo que pareciese conveniente en el asunto. El excelentísimo pidió su dictamen al ilustrísimo señor don F. José Lanciego, ya entonces arzobispo de México, al Cabildo eclesiástico, al fiscal de la real audiencia y al beneficiado del mismo santuario, que todos de un mismo parecer determinaron haber caudal suficiente para la pretendida fundación. Había por este mismo tiempo don Pedro Ruiz de Castañeda, albacea testamentario de don Andrés de Palencia, ofrecido otros ocho mil pesos, réditos de sesenta mil, y añadieron otros tres mil del santuario y parroquia, en cuya virtud el Excelentísimo señor don Fernando de Alencastre, duque de Linares, que había sucedido al señor Alburquerque,

propuso a su Majestad en 30 de julio de 1714 el plan de un abad, cuatro canónigos, cuatro racioneros y demás ministros correspondientes al servicio de la iglesia. Aprobado por el real consejo este plan, ocurrió su Majestad a Roma por las bulas necesarias, pidiendo a su Santidad, que de las cuatro canonjías, dos fuesen de oficio, que el curato se agregase al Cabildo, que se dignase concederle el título de insigne, que fuese del real patronato, y como tal permitiese a su Majestad presentar a las prebendas, cuya ejecución se cometiese al arzobispo de México. En estos términos se expidió la bula en 9 de febrero de 1725. En el año siguiente, en 27 de setiembre, se entregaron en las reales cajas los ciento sesenta mil pesos, y habiendo muerto en el ínterin el ilustrísimo Lanciego, ocurrieron por nueva bula los apoderados de don Pedro Ruiz de Castañeda, pretendiendo para la mayor brevedad se cometiese la erección al obispo de Michoacán. En Roma, o por evitar contingencias, o por estilo corriente de la curia, o por alguna otra razón que se ignora, se despachó bula en 18 de agosto de 1729 dando la facultad, no al obispo de Michoacán, sino a su vicario. En consecuencia de este despacho se hubiera luego procedido a la ejecución, a no haberse opuesto el Cabildo metropolitano sede vacante: entre tanto llegó a México el nuevo arzobispo don Juan Antonio de Vizarrón, y mudado enteramente el sistema, se determinó recurrir a España. Por enero de 1746 se pretendió de su Santidad nueva bula, suplicando se diese la comisión al arzobispo; en su defecto, a su vicario, y en el de ambos al obispo de Gerón, auxiliar de la Puebla, y en el de éste a los canónigos de oficio de la catedral de México. Obtenida la bula en 15 de julio de 1746, expuso la cámara en 25 de enero del año siguiente, que el fondo de la colegiata eran quinientos veintisiete mil ochocientos treinta y dos pesos, cuyos réditos importaban cada un año, veintiséis mil trescientos noventa y un pesos y cuatro reales, a que debían agregarse tres mil pesos del santuario que componen veintinueve mil trescientos noventa y un pesos y cuatro reales. Arreglado a este fondo formó la cámara un nuevo plan, de un abad con dos mil doscientos y cincuenta pesos, diez canónigos a mil y quinientos cada uno, seis raciones, cada uno a novecientos, seis capellanes con doscientos cincuenta, un sacristán mayor con cuatrocientos, otro menor con trescientos, un mayordomo con seiscientos, seiscientos para música, cuatro acólitos con ciento veinticinco cada uno, dos mozos de servicio con doscientos veinte y los dos mil seiscientos uno y cuatro reales para la fábrica y necesidades de la parroquia. Informaba también a su Majestad la cámara, que para la imposición de este capital ningún otro medio le parecía más propio, más fijo, corriente y desembarazado, que los novenos de la catedral de México, o los de la Puebla en caso que estos no alcanzaran. El señor don Fernando VI (ya entonces reinante) se sirvió aprobar esta determinación; pero mandó que en los novenos de México solo se cargasen doce mil pesos, y lo restante en los de la Puebla, ínterin que se proporcionaban otras seguras fincas para lo correspondiente a dichos réditos. En consecuencia de esta resolución proveyó su Majestad las prebendas, destinando para primer abad al señor don Juan de Alarcón y Ocaña. Y atendiendo la cámara lo mucho que se había retardado esta erección, por espacio de cuarenta y un años en que había tenido gran parte la distancia de los lugares, y estando por entonces en la corte el ilustrísimo señor doctor don Manuel José Rubio y

Salinas, electo arzobispo de México, se resolvió por despacho de 31 de diciembre de 1748, rubricado por su Majestad en buen Retiro, y refrendado por don Juan Antonio Valenciano, que la dicha erección la hiciese en Madrid el referido ilustrísimo electo, a quien después de tantos años reservaba el Señor y su Santísima Madre esta gloria, como presagio seguro de su feliz y acertadísimo gobierno. Se finalizó este importante negocio en 26 de marzo de 1749. Después acá, creciendo con el mayor culto la devoción y la confianza para con esta milagrosa imagen, aunque desde el año fatal de 1737 se había jurado patrona mandado guardarse el día de su Aparición 12 de diciembre en la ciudad de México; sin embargo, y debiendo gozar el beneficio de tan singular patrocinio todo el reino de Nueva-España, se extendió finalmente a toda ella, jurándose patrona universal con grande aplauso de toda esta ciudad y reino a 9 de noviembre de 1756.

[Primeras noticias de la Compañía en la América] Aunque hacía algunos años que trabajaban en la cultura de esta viña muchos predicadores evangélicos, se deseaba la Compañía de Jesús que acabada de nacer, hacía ya un gran ruido en el mundo. Las primeras noticias que de ella se tuvieron en la América, vinieron por dos de los primeros compañeros que tuvo San Ignacio, inmediatamente después de su conversión. Calixto Sá, había sido un discípulo tan fervoroso del Santo, que más de una vez lo acompañó en las Cadenas, y aunque dejó después aquella vida apostólica que había emprendido, navegando en cualidad de comerciante a la una y a la otra América, sin embargo, conservó siempre un alto concepto del fundador de los jesuitas y de la Compañía, que vio fundada después de pocos años. Aun más pudo contribuir a los designios de Dios en esta parte don Juan de Arteaga. Este se había dedicado también enteramente a la instrucción de San Ignacio. Pasando el Santo a París a continuar sus estudios, Arteaga, como Sá, habiendo algún tanto descaecido de su fervor, aunque dedicado al servicio de la Iglesia, se engolfó en la pretensión de honores y dignidades. Logró en efecto, el obispado de Chiapa erigida en catedral por Paulo III, poco tiempo después de confirmada la Compañía. El afecto con que miraba al Santo y la nueva religión, le hizo escribir a San Ignacio ofreciéndole el obispado para alguno de sus compañeros que quisiera entrasen con él a la parte de la pastoral solicitud. Ni hay duda que si el ilustrísimo Arteaga hubiera llegado a tomar posesión de su rebaño, hubiera sido el primero que trajese a los jesuitas a la América; pero convaleciendo en México de algunas leves tercianas de que había adolecido en Veracruz, y aquejado una noche de una sed ardiente, por agua bebió la muerte en un vaso de solimán, que no sé a qué efecto estaba sobre una mesa en su misma recámara. La buena opinión que este prelado había esparcido de la Compañía, junto con la fama de los prodigios de San Francisco Javier, y de los trabajos de los demás compañeros de Ignacio, que llenaba por entonces toda la tierra, movió al reverendísimo Fray Agustín de la Coruña, del orden de San Agustín, a que consagrado de allí a algunos años obispo de Popayán, pretendiese con las más vivas instancias llevar algunos de la Compañía, sobre quien descansara alguna gran parte del peso de su mitra.

[Pretende traer jesuitas don Vasco de Quiroga] Más singular y eficazmente que todos los demás apreció la Compañía de Jesús el ilustrísimo señor don

Vasco de Quiroga, uno de los más santos y doctos prelados que ha tenido la Nueva-España. Viviendo aun su Santo fundador, mandó a España a don Diego Negrón, chantre de su santa iglesia de Michoacán, encargado entre otros graves negocios, de procurar con la mayor actividad la venida de los jesuitas a su diócesis. Murió San Ignacio de Loyola poco después de llegado el chantre a España, y en aquella desolación en que se hallaba todo el cuerpo después de un golpe tan sensible, y mientras se procedía a la elección de nuevo general, no le pareció haber oportunidad para establecer su pretensión. Sucedió dignamente a San Ignacio el vicario padre Diego Laines, en cuyo tiempo habiendo navegado a Cádiz en persona el ilustrísimo don Vasco a tratar con el rey católico asuntos más dignos de su carácter y de su celo, consiguió del padre general le señalase cuatro jesuitas que traer consigo a Michoacán. No había llegado aun la hora en que el Señor quería servirse de la Compañía en estos países. Los cuatro padres señalados enfermaron tan gravemente en el puerto de San Lúcar, que el celosísimo prelado tuvo la mortificación de volver sin ellos a su iglesia. Murió poco después lleno de años y merecimientos, y consolado con la firme esperanza de que vendrían después de sus días a Michoacán los jesuitas, como expresamente afirmó no pocas veces. Algunos años después el noble y poderoso caballero don Alonso de Villaseca, procuró por medio de sus agentes en Europa, que pasase a estos reinos la Compañía, poniendo a este efecto dos mil ducados en España, y ofreciendo lo demás que se necesitara para su transporte y subsistencia. Finalmente, la llama que hasta entonces no había prendido, digámoslo así, sino en el pecho de uno u otro particular, se extendió luego por todo el cuerpo de la ciudad, y aun del reino.

[Escribe la ciudad al rey y este a San Borja] El virrey, la audiencia, la ciudad, el inquisidor mayor don Pedro Moya de Contreras, el señor Villaseca, y muchos otros particulares, de común acuerdo, determinaron escribir a su Majestad sobre un asunto tan interesante. Justamente llegaron estas cartas a tiempo que acababa el rey de recibir otras de los reinos del Perú, en que el virrey de Lima, la audiencia y la ciudad, daban a su Majestad las gracias de haberles enviado poco antes al padre Gerónimo Portillo, y sus fervorosos compañeros. Esta misteriosa contingencia dio a conocer al prudente príncipe lo que podía esperar de la pretensión de la audiencia de México. Despachó luego cédula al padre Manuel López, provincial de Castilla, en estos términos, que significan bastantemente el celo verdaderamente católico de Felipe II, y su afecto particular a la Compañía. «Venerable y devoto padre provincial de la orden de la Compañía de Jesús de esta provincia de Castilla. Ya sabéis que por la relación que tuvimos de la buena vida, doctrina y ejemplo de las personas religiosas de esa orden, por algunas nuestras cédulas, os rogamos a vos, y a los otros provinciales de dicha orden, que en estos reinos residen, señaládes y nombrádes algunos religiosos de ella, para que fuesen a algunas partes de las nuestras Indias a entender en la instrucción y conversación de los naturales de ellas, y porque los que de ellos habéis nombrado han sido para pasar a las nuestras provincias del Perú y la Florida, y otras partes de las dichas Indias, donde mandamos y ordenamos residiesen y se ocupasen en la instrucción y doctrina de los dichos naturales, y tenemos deseo de que también vayan a la Nueva-España, y se ocupen en lo susodicho algunos

de los religiosos, y que allí se plante y funde la dicha orden, con que esperamos será nuestro Señor servido por el bien común que de ello redundará en la conversión y doctrina de los dichos indios; por ende vos rogamos y encargamos, que luego señaléis y nombréis una docena de los dichos religiosos, que sean personas de letras, suficiencia y partes, que os pareciere ser necesarias para que pasen y vayan a la dicha Nueva-España, a se ocupar y residir en ella en lo susodicho en la flota que este año ha de partir para aquella tierra, que demás del servicio que en ello haréis a nuestro Señor, cumpliréis con lo que sois obligado, y de como así lo hiciéredes nos daréis aviso para que mandemos dar orden como sean proveídos de todo lo necesario a su viaje. De Madrid a 1.º de marzo de 1571. Yo el rey. Por mandado de su Majestad Antonio de Eraso».

Respondió a su Majestad el padre Diego López, que la resolución de aquel negocio, y elección de los sujetos, pertenecía privativamente al padre general. Despachó luego el rey correo a Roma con carta al general y encargos para que su embajada hiciese toda diligencia para el pronto éxito de la pretensión. [Señálanse los fundadores] Oyó San Francisco de Borja con increíble júbilo la petición del rey católico. Prontamente señaló con el padre Sánchez doce sujetos de las provincias de Toledo, Castilla y Aragón, que hubiesen de navegar en la próxima flota. El padre Pedro Sánchez destinado provincial de la nueva provincia, era un sujeto muy digno de que cayese sobre él la elección del santo Borja. Antes de entrar en la Compañía, había sido miembro muy distinguido de la Universidad de Alcalá, su doctor, catedrático y rector; lo fue después del colegio de Salamanca, y gobernaba actualmente con grande acierto el de Alcalá, cuando recibió la orden de pasar a la América. La carta del padre general decía así: «Quisiera que la armada que va a la Nueva-España, diera lugar a que nos viéramos antes que vuestra reverencia se embarcara; mas porque mi jornada se hará conforme a como querrá caminar el señor cardenal Alejandrino, legado a la Majestad católica y al rey de Portugal, con quien su Santidad me ha mandado vaya, que creo será muy poco a poco por ser muy flaco; y aunque está ya de partida la armada, como entiendo se hará a la vela al fin de agosto, para lo cual su Majestad por una su carta me ha pedido doce sujetos, y es vuestra reverencia uno de los que para esta nueva empresa he escogido. Vaya, padre mío, con la bendición de nuestro Señor, que si no nos viéremos en la tierra, espero en su divina majestad nos veremos en el cielo. Y con la brevedad que sea posible, se parta con los demás de esa provincia, que aquí diré a Sevilla. De todos va vuestra reverencia por superior y provincial de la Nueva-España. Placerá a la infinita misericordia del Señor daros a todos copiosa gracia, ut referatis fructum sexagesimum, et centesimum. Enviarse ha a Sevilla su patente. Creo que ya en Madrid estará pasada la licencia, y lo que será menester. Y para procurar en Sevilla su viático, flete y matalotaje, será bien ir con tiempo. De Roma a 15 de julio de 1571. Francisco».

Los nombres de estos doce sujetos, expresa el mismo San Francisco de Borja en carta escrita al padre provincial de Toledo, en estos términos: «Para la misión de Nueva-España he hecho elección de doce que su Majestad pide, y son estos. De la provincia de vuestra reverencia, el padre Pedro Sánchez, rector de Alcalá por provincial; el padre Eraso; el hermano Camargo en Plasencia; Martín González, portero de Alcalá, y Lope Navarro,

residente en Toledo. De Castilla irán, el padre Fonseca, el padre Concha, el padre Andrés López, el hermano Bartolomé Larios, y un novicio teólogo. De Aragón, los hermanos Esteban Valenciano y Martín Mantilla». Recibidas estas cartas, partió prontamente el padre doctor Pedro Sánchez a despedirse de los duques del Infantado, a quienes debía particular estimación. Estos señores que le amaban como a padre, procuraron por todos caminos impedir su viaje, escribiendo para el efecto al padre provincial de Toledo. Pero como la partida no dependía de su arbitrio, se excusó este con la determinación del padre general, a quien pasó luego la noticia. Su paternidad muy reverenda procuró satisfacer con la importancia del asunto a los excelentísimos duques, que no fueron los únicos en procurar se impidiese el viaje del provincial. Los excelentísimos de Medina, Sidonia, lo pretendieron con más ardor, y cuasi lo hubieran conseguido si el mismo padre llevado del amor de la obediencia no hubiese aquietado sus ánimos, para que aunque con dolor, le concediesen su grata licencia para embarcarse, y aun le regalasen con muchas y preciosas reliquias de las que adornaban la capilla de su excelentísima casa.

[Detiéndose no sin especial providencia] De Guadalajara pasó el padre provincial a la corte a besar la mano a su Majestad, y ofrecerle de parte del padre general y de sus compañeros, sus personas y obsequios. El rey que tenía largas noticias de la doctrina y eminente virtud del padre Sánchez, gustó mucho de conocerle, y dio después benignamente las gracias al padre general de haber destinado a las Indias un sujeto de tan celebrado mérito. Dio orden a la casa de contratación en Sevilla para que se les proveyese de todo lo necesario, lo que aun prescindiendo de la orden de su Majestad, ejecuto muy gustosamente don Juan de Ovando, presidente del real consejo de Indias, que había tenido en Salamanca estrecha amistad con el padre provincial, y amaba tiernamente a la Compañía. Por mucha diligencia que hizo el padre Pedro Sánchez para su despacho en la corte de Madrid, no pudo llegar a Sevilla, donde le esperaban los demás compañeros hasta el 10 de agosto, puntualmente el mismo día en que se hizo a la vela la flota de San Lúcar. El sentimiento de no haber podido cumplir con las órdenes de su Majestad bajo cuya protección y a cuyas expensas pasaban a la América, y de haber perdido un convoy tan apetecible en la carrera de Indias, afligió no poco a los padres; pero la serie del tiempo descubrió los ocultos designios de la Providencia. La flota había salido muy tarde, y por próspera que fuera la navegación era preciso les cogiesen los movimientos del equinoccio, cuasi sobre las costas de la América: alléganse los nortes, que desde principios de octubre, hasta fines de enero son los vientos reinantes de estos mares. Los más de los navíos sin poder tomar el puerto de Veracruz, más temible aun en el Norte, que los mares mismos, naufragaron en las costas vecinas con pérdida de toda la gente, y lo más precioso de la carga. Partida la flota, quedaba a los misioneros el consuelo de los galeones, que estaban surtos en el puerto, a cargo del adelantado don Pedro Meléndez, que a principios de aquel año había llegado de la Florida. Los galeones habían de hacer escala en Cartagena, y pasar de allí a la Habana, de donde juzgaban muy fácil el transporte a Veracruz. Habíase ya alcanzado de su Majestad la gracia de que en estos puertos se diese a los padres de su real erario lo necesario a su sustento, y se tenía ya ajustado el

pasaje en el galeón San Felipe. Algunas personas muy afectas a los padres, les representaron lo avanzado de la estación, lo dilatado del viaje, en que emplearían forzosamente otro tanto tiempo, y aun más de lo que podían esperar en el puerto, las incomodidades de los puertos, y la dificultad de hallar en la Habana barco pronto a Veracruz, que en aquellos tiempos era muy raro. Estas razones de que el mismo general don Pedro Meléndez estaba persuadido, obligaron a los padres a deshacer el viaje; pero logrando la ocasión el padre Sánchez, escribió al padre Antonio Sedeño, que pasase a Nueva-España a dar al virrey y audiencia, noticia de las causas de su demora, y a prevenirles hospicio en las ciudades por donde hubiesen de pasar. Partieron poco después los galeones a principios de enero, y

el de San Felipe en el golfo de las Yeguas prendió fuego sin que pudiera librarse un solo hombre. Era visible el cuidado con que volaba el cielo sobre la misión en América, en que no pudieron dejar de convenir aun sus mismos émulos, y cuyos efectos admiramos aun hoy, pudiendo afirmar que en doscientos años no ha perecido misión alguna de cuantas han venido a la provincia de Nueva-España.

[Consecuencias de la detención en Sevilla] Ni fueron estas solas las felices consecuencias de la detención de los padres en Sevilla.

Entretanto, había llegado a España el eminentísimo Alejandrino, legado del santo pontífice Pío V, cerca de sus majestades, católica y fidelísima, para unir las fuerzas de estos dos pontífices a las del estado eclesiástico, Venecia y Génova contra el Turco. Había venido con el eminentísimo San Francisco de Borja, y habida su licencia, pasó el padre provincial a la corte a recibir de aquel hombre inspirado, las lecciones de prudencia, de caridad, y de fervor con que debía plantarse la nueva provincia. En efecto, se reguló la conducta que debían tener los provinciales de Andalucía con las misiones de América, lado los procuradores de Indias, y diligencias que en la casa de contratación debían hacer para su despacho, todo conforme a las órdenes de su Majestad y a la modestia de la Compañía. Aun más, como había sido tanta la detención, se dio lugar a que o sus provincias, o sus deudos se interpusiesen por algunos de los padres y hermanos destinados a la Nueva-España, y que finalmente hubieron de quedarse en Europa, y fueron los padres Eraso, Fonseca, Andrés López, un hermano novicio de la provincia de Castilla y de Aragón: el hermano Esteban Valenciano: en lugar de estos cinco señaló ocho el padre general, y fueron el padre Diego López, destinado rector del primer colegio que se fundase; el padre Pedro Díaz, para maestro de novicios; el padre Diego López de Mesa; el padre Pedro López; el padre Francisco Bazán, y tres estudiantes teólogos, Juan Curiel, Pedro Mercado y Juan Sánchez, sacados de las provincias de Andalucía, Toledo y Castilla. Vuelto a Sevilla con su nueva recluta el padre provincial, mientras se proporcionaba el embarque, repartió a sus compañeros en las ciudades vecinas; Rota, Medina, Sidonia, Cádiz, San Lúcar, y Jerez de la Frontera, sintieron muy luego la fuerza de sus palabras y ejemplos. Veíanlos en los hospitales y en las cárceles servir humildemente a los presos y enfermos: predicar al rudo pueblo en las plazas: explicar la doctrina a los niños en las escuelas, y cantarla con ellos por las calles. Estos humildes y provechosos ministerios, juntos con la grande; opinión que se tenía de su literatura, hicieron tanta

impresión en los ciudadanos de Jerez, que desde luego determinaron fundar en su ciudad un colegio de la Compañía, como en efecto lo consiguieron después de pocos años.

[Embárcanse día de San Antonio de 1572] Tal era el ejercicio de los misioneros en España por las costas de Andalucía, y del mismo modo y con igual fruto trabajaban en la Habana los padres Sedeño y Rogel con los hermanos que restaban de la misión de la Florida. Con la llegada de don Pedro Meléndez, y cartas que traía del padre provincial, pasó el padre Sedeño a Nueva-España a dar noticia al señor virrey, y preparar hospedaje a la misión. Llegó a México a fines de julio con el hermano Juan de Salcedo. Gobernaba en la Nueva-España don Martín Enríquez, quinto virrey de México, que había muy bien conocido en Europa, y aun tenía alguna relación de parentesco con San Francisco de Borja. Oyó con gusto la noticia, y sabiendo que venía de provincial el padre Pedro Sánchez quedó dudoso si sería aquel célebre doctor de Alcalá, que conocía, no persuadiéndose a que quisiese, o la provincia de Toledo, o la Compañía, privarse de un sujeto que podía hacer a la religión tanto honor en la Europa. La sede arzobispal vacaba por muerte del ilustrísimo don Fray Alonso de Montúfar desde el año de 68. Pasó luego el padre Sedeño a presentarse al señor inquisidor mayor, y a la ciudad y Cabildo eclesiástico, y desechando las grandes promesas que le hacían todos estos señores, a ejemplo de San Ignacio y de nuestros mayores, no quiso otra cosa que el hospital de la Concepción, bajo el nombre de Jesús Nazareno. Entretanto el padre Pedro Sánchez y sus catorce compañeros conducidos hasta la playa del excelentísimo señor duque de Medina, Sidonia, y algunas otras personas de respeto, se habían embarcado el día 13 de junio a bordo de la flota, divididos en dos navíos. Un trozo de la flota no pudo partir hasta el siguiente día. En todo el tiempo de la navegación después de comer se explicaba cada día la doctrina cristiana. De noche se rezaba el Rosario y cantaba la Salve, y se concluía con alguna conversación provechosa, a que se añadía algún ejemplo. Todos los domingos y días festivos, se predicaba con increíble fruto de confesiones de aquella pobre gente. Asistían los padres al consuelo y alivio de algunos pocos enfermos, y en los puertos cuasi toda la tropa, tripulación y pasajeros, confesaban y comulgaban, siguiendo el ejemplo del general don Juan de Alcega, y el almirante don Antonio Manrique, que en la dignidad no menos que el cargo tenían el principal lugar.

[Arribo a Canarias, a Ocoa y a Veracruz] Con este favor y religiosa distribución llegó el primer trozo de la flota a los ocho días a la gran Canaria. No pensaba el general detenerse en la isla; pero le fue necesario hacerlo tres días para que allí se le incorporase el resto de las naves que habían salido un día después con la Almiranta. Esta feliz contingencia fue de un increíble consuelo a los isleños, que tuvieron la satisfacción de volver a ver en su país al padre Diego López, de cuyos gloriosos trabajos en esta isla, en compañía del ilustrísimo señor don Bartolomé de Torres, dejamos hecha mención por los años de 1568. Todo el tiempo emplearon nuestros misioneros en oír confesiones hasta bien entrada la noche. El padre López y sus compañeros tuvieron el sólido consuelo de ver después de cuatro años tan fresca aun la impresión que la divina palabra y los heroicos ejemplos de virtud de aquel prelado incomparable, habían

hecho en los ánimos dóciles de aquellos ciudadanos. Los colegios que el señor obispo había deseado fundar en su diócesis, no habían tenido efecto, y sobre no sé qué artículo se había pretendido anular la donación que de sus bienes había hecho a la Compañía; sin embargo, consiguieron algunos se diese a la nueva provincia la librería de su Ilustrísima. A los tres días, sin haber obtenido noticia alguna del otro convoy que había pasado al Este de las islas, partió la flota para Nueva-España, y el día primero de agosto a la misma hora entraron con igual felicidad los dos trozos en Ocoa, puerto a la costa austral de la isla española, diez leguas al Oeste de Santo Domingo. Aquí fue necesario detenerse algunos días en que los navegantes, y a su ejemplo los moradores de la tierra tan sensiblemente asistidos del cielo, dieron grandes muestras de su piedad, frecuentando los sacramentos, repartiendo con mano liberal muchas limosnas, y aun saliendo después del sermón que se hizo de misión todos los días en trajes y ejercicios de penitencia. Así merecieron que con la misma clemencia que hasta allí los trajese el Señor el resto de la navegación que concluyeron con inaudita felicidad, arribando a San Juan de Ulúa a los 9 de setiembre. Una tempestad, una muerte, un contratiempo no hubo entre tanta multitud de gentes, en tan diversos temperamentos, y en ochenta y nueve días que estuvieron en el mar. Solo sucedió un principio de desgracia que no sirvió sino para aumentar el gozo y dar a conocer más abiertamente la protección del Señor que los conducía bajo de sus alas. Una noche muy serena, con muy clara luna, y un viento como se podía apetecer, navegaban en conservar todos los navíos, cuando improvisamente cayó al agua un joven y se aviso con una pieza a los demás navíos. De todos se echaron prontamente cables, boyas, barriles como suele acontecer. El último venía el barco donde estaba el padre Pedro Sánchez. Mientras que los padres absolvían y oraban por aquel infeliz, uno del mismo navío echó un tonel atado a un cable. Al momento mismo que acabó de desenvolver toda la cuerda, sintió asirse el náufrago. Comenzó a cobrar con diligencia, llamó en su socorro a otros compañeros, y al mismo al subirlo a bordo en sus brazos reconoció a su hermano. Esta aventura llenó de júbilo a toda la gente y a los padres, que no dejaron de tomar ocasión para hablar del nuevo amor y obligaciones que tenemos a la sociedad, pues en efecto, a su hermano sirve, aunque sin conocerlo, quien sirve a su prójimo.

[Acogida que se les hizo en Veracruz vieja] El puerto o rada de San Juan de Ulúa se halla a los 19 grados de latitud boreal, y 280 pocos minutos menos de longitud. El año de 1572, de que vamos hablando, no tenía aun forma de ciudad la Nueva-Veracruz. Solamente Labia algunas bodegas y almacenes en la playa para la guarda de algunos efectos, que no podían tan prontamente transportarse a la Veracruz Vieja, y un hospital que poco antes había hecho edificar don Martín Enríquez. La descarga se hacía en la antigua Veracruz, cinco leguas más al Norte, donde eran por el río conducidos los efectos. Estuvieron los padres en dicho hospital que les había preparado el padre Sedeño, bajado allí poco antes con mucha pobreza, aunque con muy grande caridad. El señor virrey e inquisidor habían encargado a algunos sujetos el cuidado y regalo de los padres, que sin poderlo resistir se hallaron abundantemente abastecidos, y a no haber prevalecido en ellos clamor de la humildad y abatimiento, los hubieran sacado del hospital. Los pasaron luego a Veracruz, y aunque por no

mortificarlos, hubieron de prepararles posada en el hospital de la ciudad, pero fue con tanta opulencia y comodidad en todo, que correspondía muy bien a la grandeza y dignidad de los aposentadores y a su amor a la Compañía. A la entrada de la ciudad salieron a recibirles con mucha fiesta y aparato, el gobernador, clerecía, regimiento, oficiales reales, y lo más florido de la tierra, con no poca mortificación de su religiosa modestia. Fueron conducidos a la iglesia a dar gracias al Señor de la felicidad del viaje. Aquí se detuvieron nueve días sin poder moderar en fuerza de sus representaciones los excesos de liberalidad y benevolencia con que se veían asistidos de parte de su excelencia y del señor inquisidor. A los dos o tres días de llegados celebraba la ciudad la fiesta de su titular la Santa Cruz, el día 14 de setiembre. Y aunque estaba tan estrecho el tiempo, instaron al padre provincial, por la grande opinión que se tenía de su literatura, honrase el púlpito aquel día. Predicó el padre, aunque cuasi de repente, con tanta elocuencia, doctitud y energía, que confirmados en el alto concepto que tenían de la erudición y piedad de la Compañía, suplicaron se quedase allí alguno de los padres para principio de fundación. El padre provincial respondió, que según las órdenes de su Majestad debía presentarse con todos sus compañeros al señor virrey: que esperaba poderles dar gusto luego que estuviese en México establecida la Compañía, en cuya memoria viviría siempre la gratitud debida a tanta caridad y devoción.

[Su viaje a Puebla] El comisario del santo tribunal quiso costear a los padres el viaje hasta México, enviando con ellos alguno de los ministros, con cuya autoridad hallasen lo necesario en el camino, entonces muy embarazado con las muchas gentes que atrae la flota. Esto pareció a los padres no poderse admitir sin contravenir a su amada pobreza. El ánimo generoso de su Majestad, dijeron, se ha dignado mandar a los oficiales de esta su real caja nos provean de todo lo necesario para el camino. Agradecemos la buena voluntad del señor inquisidor, y no podemos despreciar el honor que nos hace su Majestad, a cuyas órdenes hemos partido de la Europa. Admitir uno y otro sería desmentir de la pobreza que profesamos. Los oficiales reales por su parte aunque quisieran haber cumplido con las órdenes del rey, y enviar a los padres con la mayor comodidad que fuese posible, no se les dio lugar a ejecutarlo. Los misioneros quisieron por sí mismos proveerse de equipaje y cabalgaduras de muy poca comodidad. Fletaron una recua o arria, y el día 18 de setiembre salieron de Veracruz para México, muy gozosos de sentir los efectos de la pobreza, y persuadidos a que esta era la piedra más sólida y escogida que podían poner por cimiento de la nueva provincia. Caminaban los siervos del Señor en unas cabalgaduras de muy poca comodidad, algunos en medio de dos tercios, los que mejor acomodados iban, sin más silla ni estribos que una dura enjalma, cubiertos con una pobre y grosera frazada, por no tener o no haber habido tiempo para desembarcar los manteos. Una caravana como esta no parecía la más propia para hacerse lugar en las ventas y poblaciones por donde pasaban, llenas entonces de muchos y ricos comerciantes que bajaban y subían de Veracruz a México. Sin embargo, descuidados enteramente de sí mismos velaba en su cuidado la Providencia, de suerte que los hospederos, gente por lo común interesada y grosera, los atendían mejor que a los más ricos pasajeros, y estos cuanto eran más

distinguidos, tanto más se edificaban y compungían de la pobreza y humildad de unos hombres, cuya piedad y sabiduría tenía en expectación a todo este reino.

[Pretende esta ciudad detenerlos y pasan a México] Así llegaron a la ciudad de la Puebla situada a los 279 grados 40 minutos de longitud, 19 grados 30 minutos de latitud boreal 22 al Sur Este de México. Hospedáronse en un mesón aquella noche; pero sabiéndolo a la mañana don Fernando Pacheco, arcediano de aquella santa iglesia, los condujo a su casa, que poco antes acababa de fabricar con ánimo de darla a la Compañía que ya se esperaba en Nueva España. O con alusión a este piadoso intento, o por algún otro fin que ignoramos, se habían grabado sobre la puerta principal aquellas palabras del salmo 117. *Justi intrabunt per eam*. El piadoso arcediano creyó haberse cumplido la profecía de su inscripción viendo entrar por sus puertas a los jesuitas. Lavó por sus mismas manos los pies a todos, con un ejemplo de benevolencia y humildad cristiana que mortificó no poco la modestia de los padres. Ofrecióles su casa, pidiendo que se quedasen allí algunos sujetos, a que concurrieron muchas otras personas de la ciudad. Y aunque por entonces no pudo el padre provincial condescender como quisiera, prometió, sin embargo, atender como debía al buen efecto de aquella cesárea ciudad, lo que como veremos tuvo efecto después de algunos años. Pasaron de allí a México donde entraron conducidos por agua desde Ayotzinco el día 28 de setiembre. El Excelentísimo señor don Martín Enríquez, el señor inquisidor don Pedro Moya de Contreras, y algunas otras personas del mayor respeto, habían prevenido se hiciese a la misión un honroso recibimiento. La prudencia del padre Pedro Sánchez previno un lance tan ajeno de la humildad religiosa. Dispuso la jornada de suerte que entró en la ciudad a las nueve de la noche, sin saberlo más que el padre Antonio Sedeño, que para prepararles el alojamiento, se había adelantado desde Puebla. Fueron derechamente al hospital de que arriba hablamos, fundación y monumento grande de la piedad de Hernán Cortés, primero marqués del Valle, de quien tomó el nombre. Allí en unas desacomodadas piezas, sin puertas ni ventanas, ni más colchón que unas esteras de palma, que allí llaman petates, pasaron con grande incomodidad y mucho júbilo de espíritu aquella primera noche.

[Triste situación de la juventud mexicana] Cuando llegó a esta gran ciudad la Compañía, no había más que tres religiones. La de San Francisco que se fundó por los años de 1524. La de Santo Domingo, el año de 1526, a 23 de junio. La de San Agustín, el año de 1533 a 1.º de junio. De nuestra Señora de la Merced habían venido tres desde el principio de la conquista, como capellanes del ejército de Hernán Cortés; pero no hicieron cuerpo de religión, ni vinieron en comunidad hasta el año de 1574. Todas estas religiones venidas de Europa con el apostólico designio de convertir indios infieles, se habían consagrado enteramente a este ministerio con tantas bendiciones del cielo sobre este penoso trabajo, que en tan pocos años como precedieron a la Compañía habían bautizado más de seis millones de gentiles. Siendo tanta la mies y los operarios tan pocos, no podía sobrarles tiempo para emplearlo en el cultivo de los ciudadanos españoles, y en la educación de sus hijos, que en estos países es aun más que en todo el resto del mundo, de la mayor importancia. [Carácter de los mexicanos] El clima de México es el más uniforme, el más templado y benigno de la

tierra. Suma su fertilidad y su abundancia. Las complexiones delicadas, los genios dulces e insinuantes, los ingenios por lo general vivos y penetrantes. Mucha la riqueza, el fomento más cierto de todos los vicios. Pacificada ya la tierra había cesado enteramente el uso y profesión de las armas. El comercio era poco necesario en una región que suficiente a sí misma no necesita de otra alguna. La multitud de los indios para el servicio del campo, y demás oficios mecánicos, los excusaba de este trabajo, y siendo la mayor parte de la juventud en aquellos primeros tiempos hijos de los conquistadores, o de ricos comerciantes, se juzgaban poco decentes. No quedaba para los jóvenes más ejercicio que el de las letras. Se había fundado la universidad algunos años antes. El genio de la nación es nacido para las ciencias, tenía muy doctos maestros la universidad; pero por falta de no buen cimiento en latinidad y letras humanas, se trabajaba mucho, y se estaba siempre en un mismo estado, con harto dolor de los catedráticos, y con gran temor de los españoles cuerdos. Este era el gran motivo que tuvo presente don Martín Enríquez, hombre de una prudencia consumada, y toda esta ciudad para pedir a su Majestad los jesuitas.

[Preséntanse al señor virrey con la cédula de su Majestad] Divulgose en México luego a la mañana el día de San Miguel la venida de los padres, la pobreza con que caminaban, la modestia con que habían evitado el honor con que se intentaba recibirlos, la incomodidad de su alojamiento, y la humilde y religiosa alegría con que llevaban los trabajos, no dejándose servir aun de los familiares del hospital en el aderezo de sus aposentos. El señor inquisidor don Pedro Moya de Contreras, dos prebendados de la santa iglesia catedral en nombre del venerable deán y cabildo sede vacante, y los preladados de las religiones pasaron aquella mañana misma a incitarles de su arribo. La fama había llegado al palacio del señor virrey antes que los padres, desembarazados de visitas de tanto respeto, hubiesen podido, según las órdenes de su Majestad presentarse a su excelencia. Oyó la humildad y modestia de su entrada y porte, y lleno de júbilo... bien se muestra (dijo) que son hijos de su santo padre y fundador Ignacio de Loyola. Luego que llegaron a su presencia los quince misioneros, reconociendo, aunque después de algunos años, por algunos rasgos, el semblante, al padre doctor Pedro Sánchez, él es, dijo a los que le hacían corte, y levantándose de su asiento le salió al encuentro con suma dignación algunos pasos. Abrazó con grandes demostraciones de afecto y de alegría al padre provincial y algunos de los más graves sujetos. Entregósele la cédula de su Majestad, que no podríamos omitir sin defraudar a nuestros lectores de una pieza que muestra el celo y amor con que miraron desde su cuna a esta provincia nuestros reyes. «Sabréis (decía) mi virrey, gobernador y capitán general de la Nueva-España, como nos tenemos gran devoción a la Compañía de Jesús, y a esta causa por la grande estima que de la vida ejemplar y santas costumbres de sus religiosos tenemos, hemos determinado enviar algunos varones escogidos de ella a esas nuestras Indias Occidentales, porque esperamos que su doctrina y ejemplo haya de ser de gran fruto para nuestros súbditos y vasallos, y que hayan de ayudar grandemente a la instrucción y conversión de los indios. Por lo cual, de presente os enviamos al padre doctor Pedro Sánchez, provincial, y a otros doce compañeros suyos de la dicha Compañía

que van a echar los primeros fundamentos de su religión a esos nuestros reinos. Siendo, pues, nuestra resolución ayudarlos en todo, vos mando, que habiendo de ser esta obra para servicio de Dios y exaltación de su santa fe católica, luego que los dichos religiosos llegaren a esa tierra los recibáis bien, y con amor, y les deis y hagáis dar todo el favor y ayuda que viéredes convenir para la fundación de dicha religión, porque mediante lo dicho hagan el fruto que esperamos. Y para que mejor lo sepan hacer, vos les advertiréis de lo que os pareciere como persona que entiende las cosas de aquesa tierra, señalándoles sitios y puestos donde puedan hacer casa e iglesia a propósito».

Leyó el virrey la cédula, la besó y pasó, según costumbre, sobre su cabeza, y añadiendo, que aun prescindiendo de órdenes reales tan precisas, él estaba por sí mismo muy dispuesto a favorecer en todo y contribuir al establecimiento de la compañía en Nueva-España, lo que haría en toda la posteridad muy recomendable el tiempo de su gobierno, que conocía la casa y familia de su santo fundador; que tenía a mucho honor haber tratado en España, y aun tener alguna sangre de su general San Francisco de Borja; motivos todos, que fuera del principal de la obediencia y rendimiento debido a la real cédula, lo empeñaban en obedecerla gustosamente, muy seguro de que la Compañía de su parte cumpliría con las obligaciones que le imponía el haber merecido al rey católico su augusta confianza.

Visitaron aquella misma mañana al Cabildo eclesiástico y religiones, y por ser tiempo ocupado, dejaron para la tarde la visita del señor inquisidor. De todos fueron recibidos con demostraciones del mayor aprecio; pero singularmente del señor don Pedro Moya de Contreras, cuyo nombre nunca puede repetirse sin que haga eco el agradecimiento en nuestros pechos. Este ilustre personaje había sido en la gran Canaria provisor del ilustrísimo don Bartolomé de Torres, y heredero del singular afecto que siempre tuyo a la Compañía aquel varón apostólico. Allí había tratado al padre Diego López, y tenido bajo su dirección los ejercicios de nuestro padre San Ignacio, de donde sacó mucha luz para desempeñar después con tanto acierto los grandes cargos que fió a su prudencia el rey católico, haciéndolo inquisidor mayor de estos reinos, después arzobispo de México, visitador general de su audiencia, y finalmente, presidente del real y supremo consejo de las Indias, en que murió con singulares muestras de piedad.

[Resístense a salir del hospital, y enferman todos] Muchas personas, así religiosas como seculares, intentaron sacar a los padres del hospital, y entre ellos con especialidad el reverendísimo fray Juan Adriano, provincial del orden de San Agustín, y el reverendísimo fray Melchor de los Reyes, de la misma religión, que desde antes de llegar les tenían prevenidos cuartos en que hospedarlos. No habiendo podido conseguirlo explicaron su buena voluntad en muchos regalos de aves, y varios otros géneros comestibles. Entre todos brilló la caridad de don Hernando Gutiérrez Altamirano, que luego el primer día, sabiendo la falta de ropa que padecían los recién llegados, les envió dos piezas de paño, una negra para sotanas, y otra parda para sobre ropas, que de este color se usaron por más de cien años en la provincia, y una frazada o gruesa colcha para cada uno de los sujetos. Lo mismo practicó después en todas las necesidades de los nuestros que llegaron a su noticia, remediándolas

prontamente, sin aguardar a que nada le pidiesen, y no podemos dudar sino que esta magnanimidad que usó con la Compañía y con otras cosas religiosas, premió nuestro Señor aun en lo temporal, multiplicando sus riquezas, y haciéndolo tronco ilustre de los condes del valle de Santiago de Calimaya, una de las más nobles y más antiguas casas de México. Bien se conoció luego al día siguiente de llegados el consejo de la providencia en haberles dado por casa el hospital. Adolecieron todos, y entre los que más gravemente, el padre provincial. La enfermedad era una fiebre aguda y maligna con raptos a la cabeza, que ocasionaba un profundo letargo, de que había perecido una gran parte de los recién llegados en la flota. Los padres fuera de la común causa de la mutación de tantos templos desiguales y de diversos alimentos, habían dado bastante motivo a que hiciese presa en ellos el accidente. En la navegación y en los puertos donde arribaban habían trabajado mucho en predicar y oír incesantemente confesiones. La caminata había sido sumamente incómoda, la habitación en que estaban muy desabrigada, y para unos forasteros muy expuestos a inficionarse de las vecinas salas de los enfermos. El alimento que se les daba aun después de tocados de la enfermedad, era escaso, grosero, mal sazonado, y ordinariamente frío, porque se repartía primero a las otras salas del hospital. Y aunque muchos sujetos, y con especialidad el Cabildo eclesiástico, enviaban muchos y copiosos regalos de cuanto podía necesitarse para el delicado sustento de nuestros enfermos, todo se entregaba al mayordomo de la casa para que repartiese con los demás, contentándose los nuestros con lo que él quisiese darles de limosna. Pero cuanto más se mortificaban y abatían en todo los siervos del Señor, tanto más su Majestad los ensalzaba y hacía respetables a toda la ciudad. Los visitaba diariamente lo más lucido de México. Los canónigos de la Santa Iglesia, los enviados del señor virrey, los religiosos de todos órdenes, pasaban largos ratos en la cabecera, ya del uno, ya del otro, aunque estuviesen los lechos tan pobres y las piezas tan mal aseadas, que no parecían conformes a la gravedad de sus personas. El señor inquisidor con un exceso de ternura, digno de su virtud, repasaba todas las camas, abrazando paternalmente a cada uno. Los prelados con un admirable ejemplo de caridad, mandaron hacer comunes oraciones en sus respectivas familias por la salud de nuestros enfermos; que amaban y trataban como a hermanos; y el reverendísimo provincial de San Agustín, no contento con hacer lo mismo que todos, ordenó al reverendísimo reverendo padre doctor Fray Agustín Farfán, religioso e insigne médico del mismo orden, que en compañía del doctor Fuentes asistiese con el mayor esmero a los padres. Admiraban todos en los enfermos la humildad en sus muebles y personas, la mansedumbre y paciencia en sus dolores, la modestia que observaban aun en los accesos de una fiebre violenta, y sobre todo, la alegría invariable del semblante, a pesar de la incomodidad de la pobreza, y aun del peligro de la vida. Con la cuidadosa asistencia de tan hábiles médicos y regalos de todos los órdenes de ciudadanos, que a pesar de la resistencia de los padres, crecían cada día, y en mejor forma para evitar los piadosos ardidés que les inspiraban su mortificación y su pobreza, sanaron todos, excepto el padre en Francisco Bazán, que murió a los 28 de octubre, día de los santos apóstoles San Simón, y Judas.

[Muerte del padre Bazán, su elogio y exequias] Era el padre Francisco

Bazán natural de Guadix, rama ilustre de los marqueses de Santa Cruz. Entrando en la Compañía el año de 1558, halló su ingeniosa humildad modo de ocultar la nobleza de sus cunas, haciéndose llamar Arana: sus grandes talentos, de que eran testigos las universidades de Alcalá y Salamanca, pretendiendo el grado de coadjutor temporal, y sirviendo mucho tiempo en la cocina, sin dejar salir de sus labios jamás una palabra por donde se viniese en conocimiento de los grandes progresos que había hecho en la filosofía, teología y derecho canónico. Háblele dotado el Señor singularmente del talento de la palabra, que ejerció con mucho fruto, corriendo en misiones la Galicia, y más en la navegación que hizo en la Almiranta, con el hermano Juan Sánchez, testigo ocular de cuanto hasta aquí hemos escrito, que se halla de su puño en uno de los más antiguos manuscritos del archivo de la Profesa. En componer las querellas de la gente de mar, en explicarles la doctrina, leerles algún libro devoto, rezar con ellos el Rosario, y atender a sus confesiones, gastaba la mayor parte del día y de la noche. Lo que le daban para su sustento, enviaba muy secretamente a algún enfermo, habiéndolo antes superficialmente gustado; hallando así en su grave mortificación, con que fomentar la caridad. Era de unas maneras muy dulces, y religiosamente festivo, dotes de que se valía maravillosamente para atraer sin violencia a la virtud a todas las personas que trataba. Una provincia tan observante y religiosa, bien merece haber tenido en su cimiento, y haber dado al cielo por primicia sujeto de tan rara humildad, y tan acreditado fervor.

Intentaron nuestros padres, conforme a la modestia que usa la Compañía, y al estado presente de los negocios, se diese al cadáver sepultura sin aparato alguno, como a los demás pobres que mueren diariamente en los hospitales; pero divulgándose la nobleza del difunto; y lo principal, sus heroicas virtudes en la ciudad, no pudieron impedir que la providencia del Señor no glorificase los funerales de aquel humilde Padre, que por su amor había tanto procurado abatirse. El entierro se hizo con la mayor solemnidad, se le puso un ornamento riquísimo. Cantó la misa uno de los señores prebendados, y la ofició la música de la Catedral. Esperan sus huesos la universal resurrección en la iglesia del mismo hospital.

Entretanto, convalecidos los demás, dispuso el reverendo padre fray Agustín Farfán, pasasen a convalecer al pueblo de Santa Fe, dos leguas al sudueste de México, perteneciente al obispado de Mechoacán. Había allí fundado un hospital la caridad de aquel gran prelado don Vasco de Quiroga, de cuyas virtudes tendremos que hablar aun en más de un pasaje de esta historia, y su administración, como el curato del pueblo estaba vinculado a una de las prebendas de aquella Santa Iglesia, y lo obtenía entonces el noble caballero don Diego Bazán: este, que como los demás ilustres miembros de aquel Cabildo, habían heredado del señor don Vasco un tierno amor a la Compañía, se ofreció a llevar y mantener allí a su costa a todos los enfermos hasta estar enteramente restablecidos.

[Primeros ministerios en México, y donación de un sitio] Con la caritativa asistencia y regalo que allí tuvieron, convalecieron muy breve nuestros padres y volvieron a su antigua morada del hospital de nuestra Señora. Predicaba frecuentemente el padre Diego López, hombre de un raro talento y fervor, de que había dado más de una prueba en la Europa. Muy lejos de aquellas curiosidades y agudezas que entretienen el entendimiento, y no

llegan jamás al corazón, eran sus exhortaciones de una fuerza y claridad admirable, de una doctrina llena de espíritu y verdad. Concurrían de todas partes de la ciudad y todo género de personas a escucharlo con ansia. La iglesia, los patios vecinos y la calle, en todo aquel distrito en que podía oírse su voz, todo se llenaba. Como caía la semilla del Evangelio sobre un terreno dócil se comenzó muy en breve a coger a manos llenas el fruto. Se estableció la frecuencia de los Sacramentos, a que se daba comúnmente principio por una confesión general. Se vio la reforma en los trajes, las sinceras reconciliaciones de muchos enemistados. Los jueces, los mercaderes, no daban paso sin parecer de aquellos que miraban por maestros. A estos felices principios, ayuda poco la necesidad de servirse de ajenas iglesias y ajenos púlpitos. Dos meses habían ya pasado sin que hubiese algún fijo bienhechor sobre quien pudiesen contar seguramente los padres para su subsistencia en México. Esto es tanto más notable, cuanto han sido siempre muy famosas, aun de los autores extranjeros, la piedad y liberalidad de los mexicanos para con las familias religiosas; pero el Señor con las enfermedades, con el desabrigo y la escasez de tantos días, tentaba verosímilmente la confianza de sus siervos, y los enseñaba a descansar tiernamente en el seno de su Providencia. En silencio y paciencia, por no ser gravosos a la ciudad, determinaron encomendar a su Majestad el negocio, ni quedó burlada su esperanza. Don Alonso de Villaseca, el más opulento ciudadano de México, que algunos días antes había enviado al hospital cien pesos de limosna, adoleciendo de no sé qué leve indisposición, llama una noche a su casa al padre provincial: propónele como allí cerca tenía unos solares despoblados que ocupaban un grande sitio, que si parecían a propósito los ocupasen los padres, a quienes hacía desde luego entera donación. El lugar estaba en aquel tiempo cuasi fuera de la ciudad. Los pocos edificios arruinados, solo servían para los carros, y las recuas que le venían de sus haciendas, sin embargo, no se abría por otra parte brecha alguna: se debía mucho agradecimiento al señor Villaseca, y pareció no deberse agriar su ánimo ni de los demás que pudiesen aprovecharnos con una repulsa, que tuviera visos de soberbia.

[Sentimiento del virrey, y composición de un pequeño pleito] Se admitió la donación, y con el mayor secreto se pasaron todos una noche a aquel sitio sin noticia aun del señor virrey. Este piadoso caballero había meditado dar a los padres mejor lugar en la plaza del Volador, quiere decir, en el centro de la ciudad, cercano a su palacio; pero se declaró tarde. Él tuvo la mortificación de que otro le hubiese prevenido y algún amoroso sentimiento de la suma modestia y religiosidad de los jesuitas en no haberse declarado con su excelencia sobre la cualidad del sitio que se les ofrecía, por no parecer que pretendían se les mejorase. Pasaron a su nueva habitación a principios de diciembre: vivían con suma incomodidad, de cuatro en cuatro, y dedicaron para capilla la pieza menos mala, viniendo a quedar el altar debajo de una escalera, justamente donde está ahora la puerta principal del colegio. Luego que se divulgó la nueva morada, que ya ocupaban como propia los padres, comenzó a frecuentarse de todo género de personas nuestra pequeña ermita. Decían misa uno a uno, con ornamentos muy pobres, con cáliz y patena de estaño. Don Luis de Castilla, caballero del orden de Santiago y regidor de México, remedió luego esta

necesidad, enviando todo el aderezo y muebles más preciosos de su oratorio. Muchas piadosas señoras convirtiendo en sagrados los profanos adornos, nos proveyeron asimismo de paliás, de frontales, manteles y toda la demás ropa necesaria para la decente celebración de los divinos misterios. El primer cuidado del padre Pedro Sánchez, fue formar algún género de clausura de adobes o ladrillos crudos, y que poco a poco se fuesen practicando nuestros ministerios. Aunque el sitio era tan escusado, pareció a los religiosísimos padres predicadores, que caía dentro de sus cannas o lindes, y modestamente expusieron su dicho a la real audiencia, para que tomásemos lugar en que no se perjudicase a sus excepciones. Noticioso el padre Pedro Sánchez de tan justa oposición, pasó a verse con el reverendo padre fray Pedro Pravia, procurador que era entonces, e inmediatamente fue electo prior de aquel imperial convento. Propúsole con grande modestia, que la Compañía no recibía estipendio por misas, sermones, ni algunos otros ministerios: que sus colegios se mantenían de sus rentas propias, y no pedía limosna por las calles; que en consecuencia de esto, la Sede Apostólica había concedido a la Compañía el privilegio de edificar intra cannas de los otros órdenes religiosos, aun mendicantes, y sentenciado a su favor en la causa del colegio de Palencia, como constaba por las bulas de los sumos pontífices Pío IV, que comienza: Et si ex debito pastoralis officii, expedida el año de 1561, que su paternidad expedida se dignase pasar por ella los ojos, y que si no quedaba su religión enteramente satisfecha, que en el nombre de la Compañía cedía desde luego aquel sitio, y antepondría la paz y el respeto que debía al orden sagrado de predicadores a todas sus comodidades e intereses. [Religiosa caridad de los padres predicadores] La humildad y modestia del padre Pedro Sánchez, sostenida de la justicia de la causa, hizo todo el efecto que podía esperarse en el ánimo de un padre predicador, varón tan religioso y docto. Cesó luego la contradicción, y para dar a conocer al público aquella observantísima familia que la justa representación que habían hecho en fuerza de sus privilegios, no disminuía un punto el tierno amor que nos habían profesado y manifestado hasta entonces, vino el reverendo padre prior a ofrecernos su bella y majestuosa iglesia, para celebrar en ella la fiesta de la Circuncisión del Señor, y titular de nuestra Compañía, trasladando entonces, y después hasta ahora para la tarde, la solemne función de procesión de las huérfanas, que ese día dota la archicofradía del Santísimo Rosario. En efecto, no pudiéndose resistir a tan afectuosas y sinceras instancias, se hubo de celebrar nuestra fiesta en aquel hermoso templo. Cantó la misa el padre provincial. Predicó el padre rector Diego López, dando un elocuente testimonio de los grandes favores que en la Europa había debido la Compañía desde su cuna, a tan esclarecida religión. El padre doctor Pedro Sánchez pagó como podía aquella religiosa caridad, haciendo que dos de nuestros estudiantes que no habían aun acabado la teología, pasasen a oírla a las escuelas de Santo Domingo, con tanto afecto y esmero de aquellos sabios maestros, como se vio en varias públicas funciones con que los honraron. En la pobre casa crecía cada día más el concurso de gentes piadosas. La juventud, que por lo que oía decir a sus padres, esperaba tener algún día por maestros los jesuitas, comenzó a aficionárseles mucho. En determinados días salía por las calles una inocente tropa de niños cantando la doctrina cristiana.

Gobernaba la procesión el padre rector Diego López, con una caña en las manos, hasta la plaza mayor, donde con increíble concurso y mucho provecho de un vulgo innumerable, explicaba alguno un punto de la doctrina, y concluía otro con alguna exhortación moral. Las primeras veces que se practicó este ejercicio, uno de los más importantes y provechosos que usa la Compañía, muchas personas de todas calidades, refirieron a los padres como en los tiempos inmediatos a su venida, se había escuchado cuasi diariamente por las calles de México, aquel tono mismo en que cantaban con los niños la doctrina, y como nadie había podido descubrir al autor de aquellas voces, que sin duda, decían, eran angélicas.

Así lo hallamos uniformemente testimoniado en todos los antiguos manuscritos de la provincia, y escrito por autores gravísimos, dentro y fuera de la Compañía; y a la verdad, como este prodigio no tanto cedo en alabanza de nuestros primeros fundadores, como en gloria de la santísima doctrina de la Iglesia católica, ¿quién no cree cuán agradable será al cielo, a los ángeles y al mismo Señor Autor y consumidor de nuestra fe, que sus más grandes misterios se cantasen públicamente por boca de niños inocentes, en una región que acababa de salir por su piedad de las tinieblas, y sombra de la muerte, a la admirable luz? ¿Y a quién no se le hará muy verosímil que los santos ángeles con una tan sensible demostración, quisiesen mostrar su júbilo y no tanta aplaudir al celo de la Compañía, cuanto excitarlo a un ministerio tan glorioso, y que hace una de las partes más sustanciales de su apostólico instituto?

[Edifican la primera iglesia de la Compañía los indios Tacuba] Con la recomendación de este prodigio era muy sensible a toda la ciudad que no tuviésemos un fondo de templo capaz de los grandes concursos que prometían tan bellos principios; sin embargo, los padres no querían importunar a los vecinos, y de parte de estos no se daba paso a una obra que no podía dejar de ser muy costosa. En estas circunstancias se dejó ver cuanto las ideas de Dios son superiores a los consejos humanos. El excelentísimo señor don Martín Enríquez, don Pedro Moya de Contreras, don Alonso de Villaseca, sobre quienes podía fundarse la más sólida esperanza, todos desaparecieron, todos cedieron a la piedad y al tierno afecto que mostró a la Compañía un noble indio. Era este don Antonio Cortés, cacique, y gobernador del pueblo de Tacuba, una legua al Oeste de México, entonces numerosísimo. Presentose acompañado de los principales de su nación, al padre Pedro Sánchez, y hablando en nombre de todos: «Bien habrás sabido, padre, (le dijo) como nuestros mayores, en agradecimiento de haberlos traído el Señor al seno de la Iglesia, edificaron a su Majestad la iglesia catedral. Imitadores de su fe no queremos nosotros serlo menos de su reconocimiento y de su piedad. Persuadidos a que la vuestra es una religión enteramente consagrada a la pública utilidad, sin excepción alguna de personas, hemos creído no podíamos hacer a nuestro Señor obsequio más agradable, ni más importante servicio a esta nuestra capital, que edificar el primer templo de la Compañía de Jesús. Movidos a este intento únicamente por la gloria de Dios y utilidad de nuestros hermanos, deberás hacernos la justicia de persuadirte, a que no esperamos más paga que la que el Señor quisiere darnos en el cielo. El templo, bien que no tan magnífico y suntuoso como nosotros querríamos, y como lo exige la grandeza de los divinos oficios; pero a lo menos conforme a nuestras fuerzas, será sólido, hermoso, y capaz

para vuestros santos ministerios». El padre provincial agradeció, como debía, tan grande beneficio, y prometió tenerlo muy presente para procurar que toda, la provincia lo correspondiese, dedicándose con particularidad al cultivo de los naturales. Abrieron luego los cimientos para un templo de tres naves y cerca de cincuenta varas de fondo. Trabajaban en la obra más de tres mil indios con tanto fervor y alegría, que en tres meses, quedó perfectamente concluido, muy hermoso por dentro, aunque por fuera cubierto de paja, lo que hizo se le diese por muchos años el nombre de Xacalteopan. Se fabricó el nuevo templo no sin especial disposición del cielo, en el lugar mismo donde hoy está la iglesia del colegio Seminario de San Gregorio a quien se dio después⁶.

[Resolución de desamparar la Habana] Entre tanto el padre provincial, extendiendo a todas partes las miras de su caridad, no pensaba sino en la Florida. Esta misión debía por orden de San Francisco de Borja incorporarse en la nueva provincia. Desde la venida del padre Antonio Sedeño no se habían tenido de ella nuevas algunas, ni podían tenerse por el poco o ningún comercio que había entonces de la Habana a Veracruz. El padre Pedro Sánchez había venido encargado de nuestro padre general San Francisco de Borja de visitar aquella misión y la residencia de la Habana. La experiencia le mostró cuán difícil era cumplir con esta orden. En la carrera de España a las Indias no se hace ni puede hacerse escala en la Habana, y mucho menos en la Florida, sin un grande extravío. Pasar de México allá, era dejar la nueva provincia en su cuna sin aquel materno abrigo de que tanto se necesitaba en el sistema presente de las cosas. Todos los padres consultores fueron de opinión que no convertía faltase un punto de México el provincial. En consecuencia de esta resolución, encargó la visita de aquellas residencias al padre Antonio Sedeño. Volviendo este a la Habana halló enteramente arruinada la vice-provincia de la Florida. Los españoles habían desamparado la tierra, ni les quedaba más presidio que el de San Agustín. Los indios aborrecían cada día más a los europeos, y habían huido a los montes, de donde no salían sino para causar continuas inquietudes a los moradores del presidio. La residencia de la Habana no podía subsistir sin la misión de la Florida, único fin por la cual se había procurado. Determinó, pues, el padre Sedeño que todos los padres y hermanos pasasen a la Nueva-España. No se pudo entender en la ciudad esta resolución sin un grande sentimiento. El ilustrísimo señor don Juan de Castilla y el ayuntamiento de la ciudad, suplicaron al padre Sedeño no quisiese privarlos de tanto bien como traía a su ciudad la Compañía, o a lo menos sobrediese un tanto mientras daban cuenta a su Majestad de cuya clemencia esperaban un suceso muy glorioso a la Compañía y muy saludable a su país.

[Representación hecha sobre esto al rey] En efecto, escribieron al rey don Felipe II cuanto importaba en aquella ciudad un colegio de la Compañía. El fervor de espíritu incansable con que predicaban, y la universal reforma de costumbres que seguía su predicación: la grande oportunidad que allí tenían para hacer, conforme a su instituto, correrías y apostólicas expediciones por todas las innumerables islas vecinas llenas aun de indios bárbaros, cuya conversión a nuestra santa fe por sí misma tan apetecible y tan digna del celo y cuidados de su Majestad católica contribuiría no poco para hacerlos más dóciles al suave yugo de la dominación española, y

acabaría de afianzar sobre sus sienes la corona de tantos y tan remotos pueblos cuya fidelidad vacilaba en los errores de su gentilidad; que sobre todo reconocían una suma necesidad de esta nueva religión para la crianza y educación de la juventud, así en las letras como en virtud y política, para que parece los había dotado singularmente el cielo, y de cuya aplicación y esmero en esta parte podían ser testigos ellos mismos en todos aquellos años, en que con ocasión de la misión de la Florida, habían morado en su ciudad los jesuitas. Concluían pidiendo se dignase su Majestad darles el consuelo que pretendían, interponiendo su autoridad y augusto nombre para que no desamparase la Compañía un país tan dócil hasta entonces a sus instrucciones y ejemplos. El padre Antonio Sedeño escribió también de su parte al rey la comisión de que se hallaba encargado. La ninguna esperanza que restaba de la Florida, que por lo que miraba a la Habana, la Compañía tenía mucho que agradecer a aquella ilustre ciudad, y estaba muy dispuesta a servir a la Santa Iglesia y a sus reyes en aquel o en cualquiera otro lugar el más bárbaro de la tierra; solo hacía presente a su Majestad, que aquella era hasta entonces una ciudad muy corta y de muy pocos caudales para poder mantenerse en ella de limosna. Que hasta allí lo habían pasado con trabajo de las que voluntariamente habían querido darles algunos piadosos, y sobre las cuales no se podía contar para una perpetua subsistencia. Que en seis años no había tenido aquella residencia fondo alguno, ni aparecía alguna luz de fundación para lo de adelante. Que si su Majestad de sus reales cajas daba orden que se les proveyese de lo necesario, o la ciudad se obligaba a mantenerlos, de muy buena gana se sacrificarían a cualquiera trabajos e incomodidades.

[Limosnas en México] Ínterin que su Majestad resolvía, determinó que el padre Juan Rogel y los hermanos Francisco Villa Real y otro compañero, partiesen a Nueva-España para dar cuenta de todo al padre provincial, y desahogar aquella residencia de tres sujetos que no podía mantener sin trabajo; pero en México no se pasaba con más abundancia. Don Alonso de Villaseca, hombre anciano y demasiadamente recatado, no aventuraba un paso sin mucha consideración. Dado el suelo y aquellos pocos edificios observaba en mucho silencio la conducta de nuestros padres. Nada, de fundación, nada de iglesia. El virrey don Martín Enríquez y algunos otros señores que en mucho pudieran aliviarlos, lo juzgaban poco necesario creyéndolos bajo la protección del señor Villaseca. Las pocas limosnas que este daba, y siempre con un aire de desdén y de enfado, apenas bastaban para las necesarias obras de cerca y oficinas de casa que había emprendido el padre Pedro Sánchez. En esta situación se hubieran visto desde luego muy necesitados a pedir por puertas alimento, si la piadosa caridad de las religiosas de la Concepción no les hubiese socorrido.

[Las monjas de la Concepción socorren a los padres jesuitas] Este monasterio, el primero que se había fundado en México el año de 1530, florecía entonces, y llena aun hoy en día toda la América del suave olor de sus religiosas virtudes. Enviaban cada semana estas señoras una gruesa limosna de pan y carne, de que se mantuvieron nuestros religiosos hasta que tuvo el colegio suficientes fondos. Noticioso nuestro padre general de esta liberalidad, mandó las gracias a dicho monasterio, encargando a los de la Compañía que en todo procurasen servirles con particular esmero, como lo ha hecho hasta aquí toda la provincia, testificando un eterno

agradecimiento a tan singular beneficio. Hizo lo mismo después que se divulgó la cortedad del nuevo colegio don Damián Sedeño, abogado insigne de la real audiencia, y otros bienhechores, entre los cuales resplandeció singularmente el licenciado don Francisco Losa, cura entonces de la Catedral. Este edificativo eclesiástico, no contento con gastar toda su renta en los pobres, recogía cada año de personas muy parecidas a él en la caridad gruesas limosnas que repartía a los vergonzantes de la ciudad, y pasaban algunas de catorce y quince mil pesos. Enterado de las necesidades que padecían nuestros religiosos había tratado con varios de sus amigos de los medios de remediarlas, y para este efecto remitía cada semana setenta o más pesos, con que se podían pagar algunos operarios e ir poco a poco poniendo en forma regular de colegio nuestra incómoda habitación. Así lo practicó por espacio de cinco años, hasta que renunciando el cargo de ajenas almas, se entregó enteramente a cuidar de sí mismo en la Soledad de Santa Fe en compañía de aquel gran varón Gregorio López, con quien vivió diez y ocho años, dejándonos escrita su admirable vida como testigo ocular, de que tendremos que hablar más largamente en otro pasaje de esta historia.

[Ministerios] Cada día crecía más en los ánimos la estimación y aprecio de nuestros ministerios. En toda la ciudad se sentía el buen olor de tanta humildad, de tanta paciencia en los trabajos, de tanto desinterés en todo, de tanta pobreza, y de tan religiosa afabilidad. Llegado el santo tiempo de cuaresma se hubieron de repartir aquellos pocos sujetos por todos los templos. Predicaba el padre Diego López los domingos en el hospital de nuestra Señora. Los miércoles en el colegio de las niñas. Los viernes en el hospital del Amor de Dios. Los padres Pedro Díaz, Hernando Suárez de la Concha, y los demás que podían, hicieron lo mismo en el convento de la Concepción y en todas las parroquias, con tanta ansia y aplauso de los oyentes, que muchos, dejada la estrechez de los templos, hubieron de hacerlo en los patios, en los cementerios y plazas vecinas. Una aclamación tan general no pudo dejar muy breve de llegar a oídos del ilustre Cabildo. Estos señores que siempre se han distinguido en favorecer a la Compañía, determinaron que la nueva religión entrase con las otras tres en tabla para los sermones de catedral. Juzgó la seráfica religión que en sede vacante no residía en el venerable deán y cabildo autoridad para innovar cosa alguna en esta parte, y obtuvo un exhorto de la real audiencia para que se suspendiese la asignación hasta la promoción de nuevo arzobispo. Esta pequeña diferencia no sirvió sino para mayor lustre de la Compañía. Los señores del Cabildo, obedeciendo por entonces, señalaron para Semana Santa, en que cesa la tabla, al padre Pedro Sánchez, y por muchos años después no tuvieron otro predicador para los días más solemnes de Ramos y Mandato. Electo a fines de este mismo año por arzobispo de México el señor don Pedro Moya de Contreras puso luego en tabla a la Compañía para el año siguiente de 1574. Obedeciera a su señoría ilustrísima algunos años, hasta que el amor de la paz le hizo renunciar este honor, cediéndolo a las otras religiones, y teniéndose entre todas por mínima, según el espíritu de su santo fundador.

[Dedicación del primer templo] Concluida a fines de abril la fábrica de nuestra iglesia, quiso el venerable deán y Cabildo, o por mejor decir, toda esta nobilísima ciudad, mostrar el sumo regocijo que les

causa nuestro templo. Dispúsose una solemne procesión, con asistencia del señor virrey, audiencia real, inquisidores, religiones. Y toda la flor de la nobleza. Concurrieron como a cosa suya los indios todos de la comarca, convidados por el cacique de Tacuba, con sus respectivas insignias. Uno de los vecinos había dado para este día un muy hermoso tabernáculo: otro una custodia de plata sobredorada, no sin alguna pedrería. El altar, ornamento y púlpito, se adornaron de rica tela de oro, sobre fondo carmesí, donde uno de los más distinguidos caballeros regidores de la ciudad, don Luis de Araóz, se trajo de la Catedral con este acompañamiento el Santísimo. El altar y el púlpito, se cedió al insigne orden de predicadores, y con su beneplácito entraron a la parte en Evangelio y Epístola las dos sacratísimas religiones de San Francisco y San Agustín. Predicó el reverendísimo padre maestro fray Domingo de Salazar, sujeto de un elevado mérito, y de no inferior talento, electo después arzobispo de Manila. Debióle la Compañía las más grandes y más honrosas expresiones, y la serie del tiempo manifestó bien que era su corazón el que había hablado. Después de la función, honraron las más de estas personas el refectorio, en que a pesar de las modestas representaciones del padre Pedro Sánchez, quiso hacer el mismo don Luis de Araóz una pública demostración de cuanto parte tomaba en nuestro regocijo. Así se dedicó el primer templo que tuvo en la América la Compañía de Jesús, con universal júbilo de todos los órdenes de la ciudad, que parece presentían todo el provecho que de él había de resultar al público. Con su mayor capacidad creció el concurso. Ocho sacerdotes en el trabajo incesante de oír confesiones la mayor parte del día, y descuidados enteramente de las incomodidades de su pobre morada, no dejaban jamás el puesto sino para asistir a los moribundos, para servir a los enfermos en los hospitales, para consolar a los presos en las cárceles y procurarles el sustento, que no buscaban para sí mismos. De aquí se repartían por las calles, por las plazas públicas y los barrios de la ciudad, a predicar al pueblo y enseñarles los principales misterios de nuestra santa fe, de que había en la ínfima plebe una extrema ignorancia. El espíritu de la caridad los traía siempre en un continuo movimiento. [Ofrece la ciudad mejor sitio] Acaso un día en que con más aparato se habían convidado todos los maestros de escuelas para acompañar con la respectiva juventud que tenían a su cargo a los padres hasta la plaza mayor, y hecho allí después de la explicación de la doctrina un fervoroso sermón el padre Pedro Sánchez, vinieron a casa dos diputados de la ciudad, y hablando en nombre del ilustre ayuntamiento dieron a los padres las gracias del trabajo que tomaban por el bien común de la ciudad, en que ellos tanto interesaban como padres de la república. Solo sentimos (añadieron) que la grande distancia de esta habitación, o no nos dejará gozar sino pocas veces del celo y doctrina de vuestras reverencias, o las hará añadir esta nueva incomodidad, a las muchas otras que tienen la paciencia de tolerar por nuestro provecho. En atención a este doble motivo, nuestro Cabildo ofrece a vuestras reverencias un sitio más cómodo en el centro mismo de esta capital, de donde sin tanto trabajo participe igualmente rayos de tanta piedad y sabiduría toda su vasta circunferencia. Para su compra da de pronto veinte mil ducados, y nos obligamos a contribuir en lo de adelante cuantos sufrieren los propios de la ciudad para una obra que la experiencia nos ha mostrado, será de tanta gloria de

Dios, y bien común de todo el reino. El padre provincial dio a los diputados, y en ellos a su respetable cuerpo, las gracias de tan piadosa magnificencia, y añadió que para casa de estudios, donde se criase nuestra juventud, era bastantemente acomodado el lugar que ocupaban algo retirado del bullicio. Que el que le hacían el honor de ofrecerle, podía servir para casa profesa, que es, digámoslo así la fuente principal de los ministerios de la Compañía. Que en dejar el que tenían podían incurrir en la desgracia del señor virrey, que había tenido la benignidad de ofrecerles también otro mejor sitio, y desairar al señor Villaseca que tanto se había muchos años antes interesado en su venida, y que aunque no abiertamente, había dado sin embargo señales nada equívocas de intentar la fundación de este primer colegio.

[Carácter del señor Villaseca] En efecto, don Alonso Villaseca había comenzado con la vecindad a frecuentar nuestra casa. Tal vez enviaba algunas cargas de cal para algunas pequeñas fábricas que emprendían. Algunas semanas se hacía cargo de pagar a los operarios. Las principales fiestas de nuestra casa eran siempre acompañadas de algún señalado don suyo. Ya un rico cáliz, ya mi ornamento, o alguna de aquellas otras cosas de que hallaba la iglesia o la casa más necesitada. Se observó que poco a poco y con mucho secreto, iba comprando ya uno, ya otro de los solares vecinos. Era hombre de extremada madurez, y de una prudencia consumada, de grande liberalidad; pero en su trato extremadamente seco y sombrío; gustaba de dar, pero su semblante no mostraba mucho gusto en que le pidiesen, y menos en que le diesen gracias por algún beneficio recibido. Siempre austero, y al parecer intratable. Vendía muy cara a los padres la confianza que habían concebido de su piedad, despedidos siempre con dureza; bien que luego les mandaba mucho más de lo que habían tenido la mortificación de pedirle. Tal era para con los primeros jesuitas la conducta del señor Villaseca, y con tales dudas probaba el Señor la filial confianza de sus siervos, mucho más heroica en la ocasión presente, en que con la común aclamación de nuestros ministerios habían comenzado a inclinarse muchos ánimos a seguir el mismo piadoso instituto. [Pretende a la Compañía el doctor Santos, ofrece ciudad y sitio] El primero que con edificación de toda la ciudad pretendió entrar en la Compañía, fue el doctor don Francisco Rodríguez Santos, tesorero de la Santa Iglesia Metropolitana de México. Este ilustre anciano, de más de sesenta años, postrado de rodillas a los pies del padre doctor Pedro Sánchez, le pidió se sirviese la Compañía de su persona, casas, y caudal, que quería sacrificar enteramente al Señor. El padre Pedro Sánchez, admirado de tan profunda humildad y tan piadosas lágrimas, creyó sin embargo, deberlo disuadir. Díjole que su edad no estaba para los rigores de un noviciado como el nuestro; que en el estado presente de su salud, sería nuestro Señor más servido de él en el distinguido lugar que ocupaba en el coro de aquella santa iglesia, en que era el ejemplar de todo el clero y el amparo de muchos pobres que vivían de sus limosnas. Instó el venerable tesorero, que ya que su edad no lo permitía gozar tanto bien, se admitiese por lo menos la donación que hacía de todos sus bienes; que señaladamente quería más que alguna otra cosa, aceptase la Compañía unas casas vecinas a la plaza del Volador, de una situación ventajosa para los estudios y ministerios.

[No se admite y se le exhorta a la fundación del colegio de Santos] Aun esto no pareció deberse admitir. El padre provincial supo que en otros tiempos este piadoso señor había intentado fundar un colegio de estudiantes pobres. Él, como había pasado toda su vida en Alcalá, sabía muy bien la utilidad que podía esperar el reino de tan noble proyecto. Respondióle, que por lo tocante a nuestra fundación, no podían admitirla sin faltar al debido agradecimiento a don Alonso de Villaseca: ano esto mismo había sido parte para no admitir otras semejantes donaciones que el señor virrey y la ciudad se había dignado hacerles. Que a su caudal no faltaría empleo muy digno de su persona y de su piedad: que un colegio de estudios mayores para jóvenes pobres bien nacidos, y de esperanzas en virtud y literatura, como se decía había pensado en otro tiempo, cedería en mucha gloria del Señor, y mucho provecho de la Nueva-España, y la Compañía miraría siempre como a su insigne bienhechor, a quien tanta parte tomaba en la educación de la juventud, una de las más principales de su apostólico instituto. Consolado el doctor Santos, y animado con estas razones, que por el alto concepto que había formado del padre Pedro Sánchez, le parecían dictadas del espíritu de Dios, desistió de su pretensión, y dedicó la mayor parte de su caudal a la fundación del colegio, que de su nombre, se llamó de Santa María de todos Santos. Dotó en él diez becas, que se hubiesen de dar por oposición, cuatro de teología, cuatro de cánones, y dos de filosofía, a que se agregaron dos fámulos. Dioles muy sabias y prudentes constituciones con la dirección del padre Pedro Sánchez, que aprobó el ilustrísimo señor don Pedro Moya de Contreras, arzobispo de México, a 16 de enero de 1574, (y quiso ser el mismo prebendado su rector mientras vivió, que fue poco, llamándolo Dios a gozar el premio de sus grandes virtudes). Después de su muerte le vino cédula de su Majestad en que lo tenía presentado para obispo de Guadalajara. Esta noticia es de Gil González Dávila en su Teatro Eclesiástico del Nuevo-Mundo; pero no concuerda muy bien con la cronología de aquella iglesia.

[Primeros novicios. El licenciado Saldaña] El primero que fue efectivamente recibido en la Compañía en la América, fue el licenciado don Bartolomé Saldaña, cura beneficiado de la parroquia de Santa Catarina Mártir, hombre de extraordinaria piedad, y de quien se dice había bautizado personalmente más de quince mil adultos. Aunque muy avanzado en edad, que casi llegaba a los sesenta, fue recibido por lo mucho que podía servir a los indios, no habiendo aun entre nuestros misioneros alguno que hubiese tenido lugar para aprender su idioma. La presunción de su habilidad y experiencia para el grave y honroso cargo que ocupaba, lo hizo recibir sin el mayor examen. En los dos años de noviciado descubrió una total insuficiencia: verosímilmente la escasez de eclesiásticos en los principios de la conquista en que pasó a las Indias, había dado motivo a que obtuviese los beneficios y lustrosos empleos a que no habría subido en otras circunstancias. Estuvo cuatro años de novicio, mientras que consultado nuestro padre general, determinó que fuese admitido a los votos. Vivió después otros cuatro, y murió el de 1581, sin haber tenido en la religión licencias de confesar, edificando con humildad en los más pequeños ejercicios de casa a todo el pueblo de que era tan conocido y amado de todos por la suavidad e inocencia de sus costumbres.

Este ejemplo siguió después con más gloria de la Compañía y utilidad del público don Juan de Tobar, prebendado de la Santa Iglesia Metropolitana, y secretario de su ilustre Cabildo, sujeto de grandes prendas, y excelente en la lengua mexicana, con que sirvió muchos años, y de cuyas grandes virtudes habrá mucho que hablar en adelante.

Fue recibido en esto mismo, don Alonso Fernández, natural de Segura de la Sierra, doctor en derecho canónico, provisor y visitador que había sido de este arzobispado, y cura que actualmente era del partido de Ixtlahuaca. Pretendió ser admitido en unas circunstancias muy poco favorables a la Compañía: de cerca de sesenta años de edad, y cargado de achaques, no parecía poder llevar el rigor del noviciado, ni aun sobrevivir sino muy pocos meses a su recibo. Obró Dios que lo llamaba. Entró, vivió en la Compañía catorce años, con fuerzas suficientes para ser enemigo irreconciliable de sí mismo por su austera penitencia, y todo a todos en el apostólico trabajo. Murió en el colegio del Espíritu Santo de la Puebla, con grande opinión de santidad.

Fuera de estos tres ejemplares sacerdotes, se escogieron entre muchos otros pretendientes, ocho estudiantes y algunos coadjutores de mayor esperanza. Entre los primeros fueron muy señalados por sus talentos y calidad, los padres Antonio del Rincón, descendiente de los antiguos reyes de Texcuco, su patria, y el padre Bernardino de Albornoz. Era este joven hijo único de don Rodrigo de Albornoz, regidor de esta ciudad, alcalde de las reales Atarazanas, y tesorero de la caja de México, de amables costumbres y vivo ingenio. Despreciadas las grandes esperanzas que le daba la nobleza y opulencia de su casa, y aun el extraordinario favor que debía su padre el rey católico, pretendió seguir nuestro instituto. Rehusó el padre Pedro Sánchez recibirlo sin la licencia de su padre. Este no era más noble y rico, que piadoso. Pasó a nuestra iglesia con don Pedro Moya de Contreras que acababa de recibir la noticia de su promoción al arzobispado de esta ciudad, y en presencia de los padres y mucho concurso, ofreció ir Dios en las aras de la religión a su unigénito, con una devoción y grandeza de ánimo, que sacó lágrimas a muchos de los circunstantes. El cuidado e instrucción de los novicios se encargó, como de Roma estaba prevenido, al padre Pedro Díaz, hombre de trato muy familiar con Dios, y de un espíritu de dulzura muy propio para este empleo, uno de los que miraba con más celo y atención la Compañía.

[Primeros fondos del colegio máximo] En estas circunstancias en que con los nuevamente recibidos había crecido otro tanto la comunidad, movió el Señor muchos ánimos para hacernos bien. El señor virrey don Martín Enríquez dio al colegio una cantera con algunos sitios en el territorio de Ixtapalapa, grande y populosa ciudad en tiempo de los antiguos mexicanos, y que hoy se ve con asombro hecha un montón de informes ruinas. Esta donación fue de grande alivio para la obra que se emprendió de noviciado, y para las muchas otras que se continuaron en la serie. Poco después un honesto labrador llamado Llorente, o Lorenzo López, aplicó una hacienda de campo, que tenía tres leguas al Sud Oeste de México, avaluada entonces, según dejó escrito el padre Pedro Sánchez, en catorce mil pesos. La parte desmontada llevaba bellos trigos. Lo demás eran cortes de leña, a causa de los altos montes, en cuya falda misma esta situada. La cercanía, la amenidad y la ventajosa situación de esta hacienda, que domina todo el

plan de México, y ofrece a la vista uno de los más hermosos espectáculos, hizo que se destinase desde entonces para casa de recreo de nuestros estudiantes en tiempo de vacaciones, en que continúa hasta el presente. Dióle el padre provincial en memoria de la que para el mismo fin tiene el colegio de Alcalá, el nombre de Jesús del Monte. Hizo al principio el buen labrador donación de esta hacienda, reteniendo para sí el usufructo; pero después viendo que el solo dominio de propiedad no aliviaba en nada las urgencias presentes del colegio, cedió también esta parte, quedándose él mismo de administrador, y tornando de ella lo necesario a su alimento, hasta que retirado al colegio murió tranquilamente, y yace en el mismo sepulcro de aquellos a quienes amó tan tiernamente. El ayuntamiento de la ciudad, dio también a la casa un sitio de huerta a su elección en las cercanías de México. Se escogió en un lugar muy fértil, entre la ciudad y el collado de Chapultepec, antiguo palacio de los emperadores mexicanos, junto a la arquería y convento de recoletos de San Cosme, que allí se edificaron después de muchos años.

[Fundación del colegio Seminario de San Pedro y San Pablo] Con estos socorros y otros que hizo en dinero al colegio el señor Villaseca, cediendo varias acciones y deudas cobrables, que juntos hacían la suma de veinte mil pesos, se edificó noviciado y algunos cuartos de habitación, muy capaces y acomodados, que se incorporaron tres años después en la obra principal, que emprendió a su costa el mismo insigne fundador. No faltaba ya a nuestro colegio otra cosa, que abrir los estudios. Esto era puntualmente lo que el virrey y toda la ciudad más deseaban; sin embargo, aun no se daba paso alguno. San Francisco de Borja, entre otras prudentes instrucciones que había dado al padre provincial, le había con especialidad encargado que no se empeñase en abrir escuelas públicas, hasta tener bien zanjados los cimientos de la nueva provincia, conocida la tierra, y seguro del beneplácito de la universidad y comunidades religiosas, cuya amistad y cuyo respeto debía ser uno de sus más principales cuidados. Ínterin que esto plazo se cumplía, pareció al padre doctor Pedro Sánchez, debía plantear primero un colegio seminario, sin el cual no podía sacarse el mayor fruto de las escuelas. En los sermones y en las conversaciones privadas trataba muy ordinariamente de la alta dignidad del sacerdocio, de los cargos gravísimos de los pastores de almas, de la virtud y talentos de que deben estar adornados los que se dedican al servicio de la Iglesia, la costumbre antigua de criarlos en recogimiento, tan recomendada en aquellos últimos tiempos por un concilio general; y finalmente, la particular necesidad que había de esto en un pueblo tan numeroso y tan opulento como este, en que la paz, la riqueza y la abundancia, no ofrecían por todas partes, sino lazos y precipicios, tanto más amables, cuanto menos conocidos de una edad incauta. Movidos con estas razones los ánimos de algunos ricos ciudadanos, determinaron fundar un colegio seminario, de cuyo origen no podemos dar más viva y auténticamente idea, que con las palabras mismas con que se halla referido en un manuscrito de cerca de 200 años, que se encuentra en el archivo del real y más antiguo colegio de San Ildefonso, y dice así:

Razón del origen que tuvo la fundación del colegio de los gloriosos y bienaventurados apóstoles o príncipes de la Iglesia católica San Pedro y San Pablo de la ciudad de México.

En el año de 1563, poco después de haber venido y hecho asiento en esta ciudad de México los padres y hermanos de la Compañía de Jesús, el ilustre y muy reverendo padre doctor Pedro Sánchez, provincial de la dicha Compañía, con celo de servir a la divina majestad y acudir al remedio y socorro de las necesidades espirituales que la juventud de esta insigne ciudad de México padecía, trató con algunas personas principales de ella, que entre todos ellos se fundase un colegio de que fue en patronos, los que en él situasen y fundasen cien pesos de oro común de renta en cada un año, con los cuales honestamente se pudiese sustentar el colegio, que el tal patrón en el dicho colegio presentase, y que yéndose fundando de esta manera, él con los demás padres presentes y futuros, ayudaría a su acrecentamiento con la doctrina, así de letras como de virtudes y buena política, que para el dicho fin fuese necesaria, quedando a cargo de los tales patronos el régimen y gobierno del colegio en las temporalidades de él.

Respecto de lo cual muchas personas principales ansí mesmo con celo del servicio de Dios nuestro Señor, de cuya mano habían recibido los bienes temporales que tenían, y de que sus hijos herederos de ellos se criasen en recogimiento con loables y santas costumbres, se ofrecieron a fundarla dicha renta, luego que el dicho padre provincial alcanzase de su Majestad y su muy excelente virrey en su nombre, permisión y licencia para ello, lo cual tratado por el dicho padre provincial con el muy excelente señor don Martín Enríquez, virrey de esta Nueva-España, que a la sazón era; su excelencia concurriendo a tan santa obra, y con el propio celo del servicio de nuestro Señor, y de que esta su república y ciudad de México fuese más ilustrada, no solo permitiéndolo, pero agradeciéndolo, dio licencia para ello. El tenor de lo cual es el siguiente.

Don Martín Enríquez, virrey, gobernador y capitán general de esta Nueva-España, y presidente de la audiencia real, que en ella reside. Por cuanto el doctor Pedro Sánchez, provincial de la Compañía del nombre de Jesús, me ha hecho relación que él con intención de servir a Dios nuestro Señor, y hacer bien a la república de esta ciudad, ha tratado con algunos hombres ricos y de calidad, para que hagan un colegio en ella de la advocación de San Pedro y San Pablo, y que a su costa lo doten de renta para el edificio y sustentación de los colegiales que en él se hubieren de poner, los cuales vienen en lo hacer, con que el proveer de las colegiaturas sea de las personas que lo fundaren, y que él y ellos puedan hacer las reglas y constituciones que para su buen gobierno convinieren hacerse; y por mí visto, teniendo consideración que la obra sea muy conveniente y necesaria. Por la presente doy licencia y facultad al dicho provincial para que pueda tratar lo susodicho con las personas que le pareciere, y con lo que quisieren de su voluntad fundar y dotar el dicho colegio, lo puedan hacer, y hagan para el buen gobierno de él las reglas y constituciones que les parezca convenir, y que la elección de los colegiales que en dicho colegio hubiere de haber perpetuamente, sea de las personas que fundaren y dotaren el

dicho colegio, conforme a las constituciones que para ello hicieren, y tarden que en ello dieren, según dicho es, y en nombre de su Majestad les aseguro que será guardado lo susodicho, y en ellos no les será puesto embargo ni contradicción alguna, y que para el dicho efecto de lo fundar y dotar, y hacer las dichas reglas y constituciones, se puedan juntar con el dicho provincial sin incurrir por ello en pena alguna. Fecho en México a 12 días del mes de agosto de 1573 años. -Don Martín Enríquez.- Por mandado de su Excelencia, Juan de Cuevas.

El dicho padre provincial, en virtud de la dicha licencia, en seis días del mes de setiembre de dicho año de 1573, estando juntos los señores don Pedro García de Albornoz, don Pedro López y Juan de Avendaño, en nombre, y como hermano de la señora doña Catarina de Avendaño, viuda, mujer que fue de Martín de Ayanguren, y persona que ya había situado renta para una colegiatura, y Alonso Domínguez, Alonso Jiménez y Francisco Pérez del Castillo, como personas que ya tenían ansí mesma situada su renta, juntamente con el señor Melchor de Valdés que así mismo la impuso y situó para dos colegiales, les dijo y propuso el tenor de la dicha licencia, y dijo que en virtud de ella podían ya tenerse por patronos de dicho colegio, y como tales recibirse los unos a los otros, y hacer y ordenar estando juntos en forma de Cabildo las constituciones y cosas necesarias a la fundación y conservación de dicho colegio. Los cuales todos aceptaron la dicha licencia; y en virtud de ella, y teniendo aquella junta por legítimo Cabildo, se recibieron por patronos de dicho colegio los unos a los otros, y desde entonces nombraron sus colegiales, para cuyas antigüedades, por evitar discordias se echaron suertes, y cayeron por el orden en que están puestos los patronazgos, y es el siguiente:

1. Gaspar de Valdés, hijo segundo de Melchor Valdés.
2. Baltazar de Valdés, hijo mayor del mismo.
3. Luis Pérez del Castillo, hijo de Francisco Pérez del Castillo.
4. Juan de Ayanguren, hijo de Martín de Ayanguren.
5. Baltazar de Castro, presentado por don García de Albornoz.
6. Agustín de León, hijo del doctor Pedro López.
7. Alonso Jiménez, hijo de Alonso Jiménez.
8. Bartolomé Domínguez, hijo de Alonso Domínguez.

Todos estos colegiales tomaron la beca el día 1.º de noviembre de 1573, y luego en cuerpo de comunidad se presentaron al virrey, de donde pasaron a asistir a la apertura, que en memoria del nombre de su ilustre fundador se celebró con una oración latina ese día mismo, aunque no tuvo forma de colegio ni se aprobó su erección y constituciones por el señor virrey y arzobispo hasta el mes de enero de 1674. El gobierno del colegio de San Pedro y San Pablo confirieron los patronos al licenciado Gerónimo López Ponce. Muy en breve creció tanto el número de los colegiales dotados y de

convictores, que fue necesario fundar otros varios colegios bajo las advocaciones de San Miguel, San Bernardo y San Gregorio, de cuya reunión en el de San Ildefonso hablaremos a su tiempo.

[Muerte de San Francisco de Borja] A fines de este año, en flota que arribó a Veracruz en 26 de setiembre, se tuvo la triste noticia de la muerte de San Francisco de Borja, tercero general de la Compañía, y fundador de las provincias de la América. Este golpe doloroso para todo el cuerpo de la Compañía, debió serlo incomparablemente más para esta provincia, a quien como engendrada a su vejez, amaba el Santo con la mayor ternura. En el colegio se le hicieron justamente al año de llegada a México la Compañía el día 29 de setiembre, muy honrosas exequias con asistencia de los señores arzobispo y virrey, a quien como adeudo, tocaba no pequeña parte del dolor en la pérdida de uno de los más grandes santos que había tenido en estos últimos tiempos la España y aun la Iglesia. La seráfica religión, que miraba con razón a este gigante como hijo de su espíritu en el venerable siervo de Dios Fray Juan de Tejada, y como perfecto imitador de un humildísimo patriarca, lo hizo también en su convento unas honras magníficas. Le sucedió en el cargo de general el padre Everardo Mercuriano.

[Va a ordenarse a Pátzcuaro el hermano Juan Curiel] Con tan rápidos progresos como estos caminaba a su perfección la nueva provincia de México. Hasta aquí el celo de sus primeros fundadores había estado como enclaustrado en el recinto de la ciudad. En este año comenzó a dilatar esta viña hermosa sus pámpanos y sus guías del uno al otro mar, y a recoger copiosos frutos en toda la extensión del reino. Se intentaba abrir a fines de este año los estudios de latinidad y poesía. De los tres hermanos estudiantes que habían venido de Europa y proseguido, como dijimos, sus cursos de teología en el convento de Santo Domingo, el uno, que era el hermano Juan Curiel, había acabado ya sus estudios, y faltaba muy poco a los hermanos Juan Sánchez y Pedro Mercado. Estos tres hermanos, que en las escuelas del orden de predicadores y en las literarias funciones con que los habían honrado sus sabios maestros, se habían atraído la estimación de todos los hombres de letras que tenía entonces la ciudad, sordos a las lisonjeras voces de estos aplausos, no se empleaban dentro de casa sino en los ministerios humildes de refectorio, de cocina, y los demás propios de hermanos coadjutores, de que había grande escasez para los oficios temporales. De cuatro que habían venido de España, uno se empleó en la hacienda de Jesús del Monte, otro cuidaba de la huerta de San Cosme, otro de la fábrica y corte de leña, cantera, etc. El hermano Lope Navarro, acostumbrado al descanso y puntual asistencia de los colegios de Europa, no pudo sufrir las cortedades de un colegio recién fundado, y fue despedido de la Compañía. Los que habían venido de la Habana hubieron de volver allá muy breve con la ocasión de que hablaremos luego. Con el recibo de algunos que dejamos escrito el año antecedente, se alivió algún tanto esta necesidad, y pudo disponerse promover al sacerdocio al hermano Juan Curiel. Vacaba el obispado de la Puebla, y no estaba aun consagrado el señor don Pedro Moya de Contreras, electo arzobispo de México. Se determinó que pasase el hermano Curiel a Pátzcuaro, donde residía entonces la Catedral de Michoacán. Era muy del gusto del padre provincial que con esta ocasión fuese Pátzcuaro la primera ciudad después de México en que

hubiese de residir algún jesuita. Son bien sabidos los esfuerzos que por traer la Compañía a su obispado había hecho don Vasco de Quiroga. El ilustrísimo señor don Antonio de Morales, que entonces gobernaba, mostró bien en el gozo con que recibió al hermano Juan Curiel, que no cedía en esta parte a su dignísimo antecesor.

[Su ejercicio en aquella ciudad] Destinole un alojamiento muy cómodo en el colegio de San Nicolás, el más antiguo de toda la América, fundación del ilustrísimo don Vasco, y cuya administración, gobierno y cultivo había deseado ardientemente encomendar a la Compañía. Un espíritu tan activo como el del hermano Juan Curiel no era para estar algún tiempo en la inacción y en el descanso. Sabiendo que faltaba maestro que leyese gramática a aquella juventud, determinó ocuparse en este ministerio mientras llegaba el tiempo de recibir las órdenes. El ilustrísimo prelado y Cabildo, patrón de aquel colegio, no pudieron ver sin mucha edificación y complacencia tanto retiro, tanta virtud y tanto celo por el público, persuadidos a que la sabiduría y el fervor del espíritu no está siempre vinculada a la edad: le hicieron las mayores instancias para que predicase en su Catedral; esto era justamente probarle por el lado más sensible a su humildad. Sin embargo, hubo de obedecer. Predicó con tanta elocuencia y espíritu, y por otra parte fueron tan sensibles los progresos, que en aquel corto tiempo se experimentaron en toda la ciudad, los antiguos deseos de procurar fundar un colegio, que consiguió el año siguiente. Se ordenó con singular consuelo del ilustrísimo prelado, y él mismo no contento con haberle hecho el honor de ser su padrino en la primera misa, quiso aun con un exceso de benignidad predicar en ella, explayándose en muchas alabanzas del nuevo sacerdote, y de la religión que procuraba ministros tan dignos de los altares y tan útiles a la Iglesia.

[Orden del rey para que no salgan los padres de la Habana, y éxito de este negocio] Apto ya para los ministerios de la Compañía, volvió con sentimiento bastante de todo aquel pueblo al colegio de México, donde nunca sobraban operarios, bien que en la primavera de este año se añadieron dos que valían por muchos en el espíritu experiencia. Dijimos como la ciudad de la Habana había representado a su Majestad para que no saliese de aquella isla la Compañía. La resolución de la corte fue muy conforme al celo y amor con que procuró siempre consolar a sus pueblos Felipe II. Escribió al padre Antonio Sedeño que se mantuviese con los demás padres y hermanos en la ciudad. En consecuencia de esto se dio orden al padre Juan Rogel para que en compañía de los dos hermanos volviese otra vez a la Habana, como lo ejecutó prontamente, y fue recibido con las demostraciones de estimación que lo había profesado siempre aquella buena gente. Fuera del continuo ejercicio de sermones y confesiones que siempre hacían con nuevo fruto, tuvieron este año bastante en que ejercitar su caridad y su paciencia en la instrucción de muchos negros que se compraron de las costas de Guinea para el servicio de las obras públicas. Sensibles a la dulzura y caridad con que los trataban, recibieron con tanto gusto la doctrina, y echó en sus corazones tan hondas raíces la semilla evangélica, que fueron dentro de poco tiempo un ejemplar de edificación. Bautizados sub conditione con parecer del ilustrísimo don Juan de Castilla, no se ocupaban jamás en el trabajo sino rezando a voces el rosario de María Santísima que traían todos al cuello. Preguntados sobre esto de algunos

religiosos que burlaban de su piedad como de una supersticiosa ceremonia, recibieron respuestas que les hicieron conocer, no sin confusión, que no está la virtud vinculada al color, ni es la gracia aceptadora de personas. Tal era la ocupación de los jesuitas en la Habana, y tales las bendiciones que el cielo derramaba sobre sus trabajos. Entre tanto no se tomaba providencia alguna ni de parte de los ministros de su Majestad, ni de parte de los vecinos, que no tenían facultades para tanto. Dio el padre Sedeño noticia exacta al padre provincial, y se determinó que todos los padres y hermanos se retirasen a México. Los que habían quedado en la Habana eran los padres Antonio Sedeño y Juan Rogel, con los hermanos Francisco de Villa Real, Juan de la Carrera y Pedro Ruiz de Salvatierra. Los tres primeros eran hombres de muchos años de religión, envejecidos; en las hambres, pobreza y necesidades, de que fue siempre muy fértil la misión de la Florida. Todos (dice un antiguo manuscrito) mirados siempre en esta provincia con grande admiración y reverencia, por su altísima oración y trato tan familiar con nuestro Señor, acompañado de una rara mortificación de sus pasiones.

[Pretende misioneros el señor obispo de Guadalajara] Poco después de llegado a México este nuevo socorro de obreros evangélicos, vino de Guadalajara un capellán de aquella santa iglesia, encargado de llevar consigo algunos misioneros jesuitas para aquel obispado, donde había llegado ya la fama del colegio de México, y del copioso fruto espiritual con que Dios bendecía sus trabajos. Era autor de esta embajada el señor don Francisco de Mendiola, varón admirable, y cuya memoria vive aun en la veneración y en el respeto de toda la Nueva-España. Vino a las Indias de oidor para la audiencia de Guadalajara, como don Vasco de Quiroga había venido a la de México. Tales ministros eran los que merecían la confianza del rey don Felipe II, que como otro San Ambrosio, pasaron de los tribunales para ser de los más santos y celosos preladados que ha tenido la Iglesia en estos últimos tiempos. Promovido a obispo de Guadalajara no juzgó que podía hacer servicio más importante a su nuevo rebaño, que procurarle algunos misioneros de la Compañía. Oportunamente, para que por la escasez de sujetos no se faltase a la pretensión de un pastor tan vigilante, dispuso el Señor, que pasando por México el ilustrísimo señor don Antonio Morales promovido de Michoacán a la mitra de Tlaxcala o Puebla de los Ángeles, ordenase a los dos hermanos Juan Sánchez y Pedro Mercado. El primero de estos con el padre Hernando Suárez de la Concha, fueron enviados a Guadalajara juntamente con el capellán de su Ilustrísima, que traía orden de no volver a la ciudad sin los padres. La ciudad de Guadalajara está al Poniente de México, en cuya extensión se comprenden no pocos pueblos del arzobispado, y muchos del obispado de Michoacán. Iban por todo este largo camino nuestros misioneros sembrando la divina palabra con tanto consuelo y provecho de aquellas buenas gentes, que no pudiendo los padres detenerse en cada población cuanto deseaba su celo, y pedía la necesidad, los seguían por el camino confesándose y gustando de sus saludables instrucciones, hasta que llegando a algún lugar donde había oportunidad para celebrar el santo sacrificio, comulgaban y volvían llenos de regocijo y de serenidad a su trabajo.

[Sus ministerios] La fama de este constante y fructuoso trabajo había llegado a Guadalajara mucho antes que los padres. A su arribo, el

venerable prelado con un exceso de humildad y benevolencia, acompañada de una amable sencillez que realzó siempre mucho su mérito, salió un largo trecho fuera de la ciudad. Los abrazó con muestras de mucho gozo, y excusándose con la grande estrechez de su palacio, que en efecto era una casa bastantemente incómoda, les dijo: que acomodándose a su gusto y religiosidad les tenía preparado hospedaje en el hospital de la Veracruz. Dieron principio a la misión saliendo con los niños de las escuelas hasta la plaza mayor. Se cantó por las calles la doctrina, después de cuya explicación hizo el padre Concha una exhortación llena de fuego y de energía. Este era el hombre más propio del mundo para este género de ocupación. De un celo y caridad a prueba de los mayores trabajos, de un carácter dulce e insinuante en el trato con los prójimos, de un espíritu de penitencia, que tuvieron muchas veces que moderar sus superiores. Su rostro apacible y macilento, su vestido pobre y raído, su conversación siempre al alma, todo respiraba humildad y compunción. Bajo tal maestro se formó muy semejante a él el padre Juan Sánchez. Los domingos predicaban en la Catedral, cuasi todos los días en las calles y plazas o en las cárceles y hospitales. Muy breve tomó toda la ciudad un nuevo semblante. Los prebendados y personas de distinción fueron, conforme a su dignidad, los primeros que dieron ejemplo a lo demás del pueblo haciendo los ejercicios de nuestro Santo Padre, frecuentando los sacramentos, repartiendo gruesas limosnas, y entregándose a obras de piedad. Algunos días de fiesta se repartían por caridad a decir misa en los pueblos vecinos, que de otra suerte no la oyeran por la cortedad de ministros. Notó el buen padre Concha la muchedumbre que acudía, y la devoción que mostraban en sus semblantes. Vivamente condolido de no poderles aprovechar por ser extraño su idioma, buscó un libro en que leerles, y lo hacía con tanto afecto y fervor, aunque sin entender una palabra, que cooperando el Señor a su industrioso celo, no se dejaron de experimentar muy buenos efectos en los indios que le escuchaban.

[Parten a Zacatecas y pretende colegio] Edificado el señor obispo, y gozoso de haber traído a su diócesis unos misioneros tan celosos iba muchas veces a comer con ellos al hospital. Persuadido a que procurar un establecimiento de la Compañía en aquel país, sería descargarse de una gran parte del peso de la mitra, comenzó a tratar sobre el asunto con los prebendados de su iglesia, y entre tanto señaló a los padres de la mesa capitular una gruesa limosna. El padre Concha juzgó conveniente pasar a Zacatecas, y a los otros reales de minas vecinos, mucho más poblados entonces de españoles que Guadalajara. Aunque el venerable prelado y toda la ciudad sentían privarse de la presencia y provecho que traían los jesuitas, sin embargo, como era Zacatecas lugar de su jurisdicción, se alegraron que participase de tanta utilidad. Esta expedición no carecía de gravísimos peligros. Se había de pasar forzosamente por las fronteras de los chichimecos, nación belicosa y carnífera, y que parecía no haber de sujetarse jamás ni a la dominación de España, ni al yugo de la fe. Pero el Soler que quería servirse de los padres para mucho bien de aquella cristiandad, dispuso, que pasando a Zacatecas por el mismo tiempo el capitán don Vicente de Saldívar, los llevase con la mayor seguridad escoltados de una compañía de soldados que traía a sus órdenes. La ciudad de Zacatecas y los reales vecinos eran entonces la parte más poblada

después de México, de toda la América Septentrional. La codicia del oro y la plata que atraía tanta gente, no ocasionaba menos vicios. Los tratos usurarios, el juego, la disolución, y sobre todo, la impunidad de todos los delitos, eran una consecuencia necesaria del oro que rueda aun entre las manos de la gente más despreciable. Los padres llegaron en circunstancias en que pudieron muy brevemente hacerse cargo de todo el sistema del país, que fue hacia los fines de cuaresma. El confesonario les enseñó cuáles y cuán monstruosos eran los vicios que tenían a la frente. Comenzaron a atacarlos con viva fuerza en los sermones, en las conversaciones privadas, en los consejos que daban a los penitentes. Como los más eran españoles, y había mucho tiempo que no oían quien les hablase con tanta claridad y les descubriese las interiores llagas de sus conciencias, las voces de los misioneros hacían un eco saludable en cuasi todos los corazones. Comenzaron a deshacerse los tratos inicuos, se hicieron muchas restituciones de grandes cantidades, se quitó una gran parte del juego. Día y noche eran continuas las confesiones y las consultas; no fiándose ya de su dictamen, y no atreviéndose a dar paso sin consultar el de los padres.

[Pasa el padre provincial a Zacatecas y vuelve a México] Con tan bella disposición de los ánimos publicaron los misioneros el jubileo plenísimo, que con ocasión de su exaltación al pontificado, había concedido a toda la universal Iglesia la Santidad de Gregorio XIII. Lo mismo, no con menor fruto, ejecutaron sucesivamente en Pánuco, Sombrerete, San Martín, Nombre de Dios y Guadiana, que todas pertenecían entonces a la mitra de Guadalajara. A la vuelta de estas apostólicas correrías se comenzó a tratar de fundación. Habían los de la ciudad ofrecido casa, y juntado entre todos algunas limosnas, y prometido otras que parecieron muy suficientes al padre Concha. Dio cuenta exacta al padre provincial, quien para examinar mejor la naturaleza y fondos del país, partió luego confiadamente a Zacatecas sin temor de los indios que infestaban el camino. Reconoció los fondos que ofrecían, que no le parecieron proporcionados, Por otra parte, creyó que siendo aquella, como son generalmente las de minas, una población volante, precisamente vinculada al descubrimiento de los metales, no podía tener subsistencia alguna, y agotados estos, impedida o prohibida su extracción, se acabaría también la ciudad. Se excusó, pues, con los habitantes pretextando la escasez de sujetos de la nueva provincia para poder ya extenderse a términos tan distantes, y más que por aquel octubre pensaba abrir los estudios en México, para lo cual se necesitaba del padre Juan Sánchez, a quien tenía destinado a una de las claves. Que por lo tocante a la instrucción y cultivo de aquella región que tanto afecto había mostrado a la Compañía, él tendría cuidado de enviarles la cuaresma quien les predicase y enseñase con igual fervor que lo habían hecho entonces los dos misioneros. Con esta promesa, y con haberles predicado algunos sermones con mucho espíritu y no menor fruto, dejó muy consolada y edificada la ciudad, y dio con sus dos compañeros la vuelta para México.

Pocos días después de su llegada, presidiendo en la real universidad unas conclusiones teológicas el reverendísimo padre maestro Fray Bartolomé de Ledesma, obispo después de Oaxaca, y uno de los mayores hombres que ha tenido en la América la religión de Santo Domingo, quiso hacer a los

jesuitas el honor de convidarlos para argüirles. Se hubo finalmente de admitir la réplica. El padre Pedro Sánchez y algunos otros de los padres, juntaron tanta agudeza, tanta claridad, tanta concisión, con tanta modestia y humildad, que los mismos maestros de las religiones, los doctores y personas de lustre que habían asistido, quedaron no menos admirados de su literatura que edificados de su religiosidad. De aquí se tomó ocasión no solo para instar al padre provincial a que abriese estudio la Compañía, pero aun para obligarla interponiendo la autoridad de los señores arzobispo y virrey. Se había cumplido exactamente con el orden prudentísimo del Santo Borja, no abriéndose las clases hasta el octubre de 1574, dos años después de establecida en México la Compañía. Por otra parte, no había en la universidad sino un maestro de gramática para toda la juventud de México, y aun de todo el reino. Esto determinó al padre provincial a condescender con la súplica de toda la ciudad. Señaló por maestros a los padres Juan Sánchez, y Pedro Mercado. La elección de este último, que era americano y de una de las familias más distinguidas de esta capital, fue muy aplaudida de los naturales del país, reconociendo en un sujeto de tanta virtud y tan raros talentos la que podían esperar de los ingenios mexicanos. Entre tanto que los dos padres se prevenían para comenzar la tarea de sus clases, llegaron a México un padre y seis hermanos que habían arribado a Veracruz a 1.º de setiembre, y fueron el padre Vicencio Lanuchi, y los hermanos Francisco Sánchez, Bernardo Albornoz, Pedro Rodríguez, Antonio Marchena, Juan Merino, y Esteban Rico. Habíanse embarcado en un navío muy viejo que a pocos días de salir del puerto comenzó a hacer agua por todas partes. Todo hombre se veía obligado a darle a la bomba, faltando ya el aliento y las fuerzas a la gente de mar. El viaje fue muy largo, y con muchas incomodidades. Murió la mayor parte del equipaje, muchos otros enfermaron peligrosamente. Todo el trabajo de la bomba y demás maniobras hubo de repetirse entre nuestros hermanos, y algunos pocos pasajeros. De este continuo y violento trabajo llegaron a México tan quebrantados, que algunos murieron luego, y otros después de pocos meses, rotas las venas del pecho, y extravasada la sangre que echaban por la boca en abundancia.

[Estudios menores] El día 18 de octubre de 1574 se dio principio a nuestros estudios. Se había convidado para esta función el señor virrey don Martín Enríquez, que asistió acompañado de la real audiencia y de toda la ciudad, muchos de los señores prebendados y las religiones. Hizo una elegante oración latina el padre Juan Sánchez, uno de los maestros, costumbre que se ha observado después constantemente, y que han honrado por lo común con su presencia los señores virreyes, mostrando en esto el grande aprecio que hacen del cuidado que se toma la Compañía en la educación de la juventud. Desde este día comenzaron a cursar nuestras escuelas los colegios de San Pedro y San Pablo, de San Bernardo, de San Miguel y San Gregorio. La competencia que como suele suceder, se encendió luego entre los estudiantes de los distintos gremios, comenzó a producir grandes progresos que hicieron esperar serían en la serie el seminario de toda la literatura de estos reinos. El efecto mostró cuánto eran bien fundadas estas esperanzas. Lo más lucido y noble de la juventud mexicana ha distinguido siempre a este colegio, que de todos los cuatro hoy persevera con el nombre del real y más antiguo de San Ildefonso. Las

catedrales, las audiencias, las religiones de toda Nueva-España, se proveen de aquí de sujetos insignes en piedad y en letras. Bastan para ennoblecerlo un don Juan de Mañosca, presidente de la real chancillería de Granada, electo obispo de Mallorca, arzobispo de México, y visitador del Santo tribunal de la Inquisición de la misma ciudad, el señor don Francisco de Aguilar, electo arzobispo de Manila, el ilustrísimo señor don Juan de Guevara, arzobispo de Santo Domingo, primado de las Indias, los ilustrísimos señores don Nicolás del Puerto, don Tomás Montaña, don Juan de Cervantes, obispos de Oaxaca; los ilustrísimos señores don Juan Ignacio Castorena y Ursúa, y don Juan Gómez Parada, obispo de Yucatán. Los ilustrísimos señores don fray Andrés de Quiles, del orden de San Agustín, y don José de Flores, obispos de Nicaragua, dejando otros muchos de Zebú, de Porto Rico, de Caracas, de Comayagua, de Nueva-Vizcaya, de Guatemala, de Michoacán, de Guadalajara. Solo si no podemos dejar de hacer especial mención del ilustrísimo señor don Antonio Rojo, arzobispo de Manila en las islas Filipinas, que fuera de las virtudes propias de su oficio pastoral, en que siguió las huellas de los más grandes obispos de la antigüedad, supo juntar el bastón al cayado haciendo en esta última guerra y triste sitio que padeció aquella metrópoli, que gobernaba como capitán general y presidente de la real audiencia, todos los oficios de un celosísimo prelado, y de un experimentado jefe; y aunque, finalmente, consumido al peso de tan gloriosas fatigas, y mucho más del celo y caridad de su pueblo e iglesia afligida, murió como otro San Agustín, ofreciéndose víctima al Señor por la quietud y libertad de su rebaño el día 31 de julio del pasado de 1764, dejando la Asia y la América llena de la suavísima fragancia de sus virtudes, y singularmente una tierna memoria a este real y más antiguo, de que fue siempre agradecido alumno, y constantísimo protector.

Sería emprender una historia aparte contar los famosos catedráticos que ha dado a esta insigne universidad, comparable (dice un juicioso escritor) con las más ilustres de Europa en lo numeroso, lo noble y lo florido de sus estudios, los oidores a todas las audiencias de Nueva-España, y los prebendados insignes a todas las iglesias catedrales, tanto en los tiempos pasados como en los presentes, en que los coros de México, Michoacán, Oaxaca, Guadalajara, están llenos de ilustres hijos de este colegio. A él debe su primer abad la insigne y real Colegiata de nuestra Señora de Guadalupe. Ilustraron la corte de Madrid tres jóvenes hijos del excelentísimo señor don Luis de Velasco, virrey, gobernador y capitán general de Nueva-España, el señor don Antonio Casado y Velasco, hijo del excelentísimo señor marqués de Monte León, abad de Sicilia y embajador plenipotenciario del rey católico don Felipe V a la corte de Londres para el ajuste de las paces entre las dos coronas; y actualmente puede contar entre sus hijos a los señores don Tomás de Rivera y Santa Cruz, gobernador y presidente de la real audiencia de Guatemala, y al actual corregidor de esta ciudad, a don Francisco Crespo Ortiz, caballero del orden de Santiago, mariscal de campo de los reales ejércitos, gobernador que fue muchos años del puerto de Veracruz don Martín Enríquez, que como hombre prudente, previó desde luego toda la utilidad que este grande establecimiento podía traer al reino, pasando de allí dos años a virrey del Perú, fundó en Lima su capital, el colegio mayor de San Martín, que

tanto lustre ha dado a aquella parte de la América.

[Pretende el Cabildo eclesiástico de Pátzcuaro colegio de la Compañía] Tal era por entonces la ocupación del padre Pedro Sánchez después del viaje de Zacatecas, cuando le fue forzoso hacer otra excursión más corta y de mayor utilidad. Hemos ya más de una vez hablado del grande afecto que tuvo a la Compañía el venerable obispo don Vasco de Quiroga, del seminario que fundó en Pátzcuaro, y que, tan ardientemente debió encomendar al cuidado de los jesuitas. Vimos la diligencia que hizo tanto por su chantre don Diego de Negrón como por sí mismo en su viaje a España para traerlos a su diócesis, y como la enfermedad de los cuatro sujetos que había conseguido del padre Diego Laines dejaron frustrados sus deseos. Vuelto a su obispado, aunque nadie por entonces sino su Ilustrísima había pensado en traer jesuitas a la América, se le oyó decir más de una vez con un tono afirmativo y resuelto: La venida de la Compañía de Jesús se dilatará, pero al fin vendrá después de mis días. Esta esperanza dejó en prendas a su grey y a su Cabildo, cuando lleno de años y merecimientos pasó el año de 1566 a gozar el premio de sus heroicas virtudes. La promesa del santo prelado, que se miraba con razón como un oráculo, y la experiencia que habían tenido poco antes de la religiosa vida y utilísimas fatigas del padre Juan Curiel, encendieron de nuevo sus ánimos para procurar la fundación de un colegio. Por la promoción del ilustrísimo señor don Antonio Morales a la Santa Iglesia de los Ángeles, y muerte del señor don fray Diego de Chávez que debía sucederle, se hallaba vacante la silla de Michoacán. El ilustre Cabildo envió uno de sus prebendados, al padre Pedro Sánchez, ofreciendo fundación. El padre Juan Curiel, que había estado en Michoacán algunos meses, y los padres Juan Sánchez y Hernando de la Concha, que en el viaje que hicieron a Guadalajara hubieron de correr una gran parte del mismo obispado, contribuyeron no poco representando la extensión de la tierra, la multitud de sus habitantes, los grandes principios de piedad que en ella había por el cuidado y vigilancia pastoral de su santo obispo, la bella disposición de los pueblos, la facilidad de su idioma, y sobre todo, el grande afecto a la Compañía, que parecía haber nacido en aquel país con la religión y con las primeras luces del cristianismo.

[Descripción del país] En efecto, Michoacán es una de las más bellas regiones de Nueva-España. Su obispado se extiende por más de ciento y treinta leguas de Norte a Sur, tomando por sus límites hacia el Norte el Río Verde, y al Mediodía la punta de Petatlan, que es la que avanza más en el mar Pacífico. Por la costa de dicho mar corre más de ochenta leguas desde el río de Nagualapa hasta adelante del cabo de Petatlan. La bañan muchos caudalosos ríos, de los cuales desembocan siete en el mar del Sur. El río grande de Guadalajara corre por su territorio más de sesenta leguas de Oriente a Poniente⁷, fuera de muchos grandes lagos en que es tan abundante la pesca, que hizo dar a toda la provincia el nombre de Michoacán, que significa lugar de muchos peces. La ciudad principal era entonces Pátzcuaro, coronado de varios grandes pueblos, en cuya vecindad está Zintzunzan, antigua corte de los reyes de Michoacán.

Enfrente de este al Oriente, está otro mucho más grande que solo se navega por las orillas, y en medio tiene un remolino o euripo de corrientes por donde parece se comunica con alguna otra de las vecinas. Cerca de la laguna de Cuitzeo se ven algunas magníficas ruinas de un antiguo palacio o

casa de recreación de los reyes del país. Como a dos leguas del pueblo de Tzacapo se dice haber una alberca de agua muy cristalina y deleitosa al gusto, cayo vaso cavado en un monte pequeño, y perfectamente redondo, tiene desde el borde hasta el agua un brocal tan unido y tan igual, que no parece sino obra hecha a mano, y habría lugar de creerlo así según la magnificencia que se admira en otras obras de los antiguos indios, si no lo desmintiera la profundidad hasta ahora insondable. En toda la circunferencia de este grande estanque, que será poco más de una milla, no se ve nacer jamás una yerba. Toda la región, singularmente al Mediodía, tiene muchos ojos de agua, unos dulces, otros salobres, algunos calientes y sulfúreos, provechosos para diversos géneros de enfermedades. Los más famosos baños son los de Chucándiro, en que se encuentra alivio a muchas dolencias, excepto el humor gálico que se agrava de muerte. Con tantos ríos, lagos y fuentes que fecundizan los campos, no se hará difícil de concebir la admirable fertilidad de la tierra. Sabemos que en los tiempos vecinos a la conquista un vecino llamado Francisco Terrazas⁸ sembradas cuatro anegas de maíz alzó en la cosecha seiscientas.

Hallamos también de aquellos mismos tiempos haber descubierto uno de los primeros pobladores una mina extremadamente rica, por los años de 1525; pero habiéndosele querido despojar violentamente del derecho que le había dado la fortuna, no se pudo saber después del lugar donde estaba. Se hallan en los confines de este obispado las minas de San Pedro, las de San Luis Potosí, las famosas de Guanajuato, y algunas no de tanto nombre en los contornos de la villa de León; las de Sichú, pocas leguas al Este Nordeste de San Luis de la Paz; las del Espíritu Santo a doce leguas de la costa y de la boca oriental del río de Zacatula. Fuera de estas hay muchas minas de cobre que trabajan con grande habilidad sus naturales, y de que hay fundición en el pueblo de Santa Clara, poco distante de Pátzcuaro hacia el Sur. Se hablan en toda la extensión de este país cuatro lenguas: la mexicana, hacia el Sur y costa del mar Pacífico, que es verosímilmente el camino que trajeron los antiguos mexicanos. En el centro del obispado la tarasca, idioma muy semejante al griego en la copia, en la armonía y en la frecuente y fácil composición de unas voces con otras. Partiendo de Guanajuato hacia el Norte, se habla en muchos lugares la otomí, lengua bárbara, cuasi enteramente gutural, y que a penas cede al estudio y a la más seria aplicación. En otra gran parte se habla la chichimeca, que parece haber sido en otro tiempo el lenguaje común de toda Nueva-España antes de la venida de los mexicanos, como diremos más largamente en otra parte. Este idioma confunden algunos con el otomí, que es el que vulgarmente se habla hoy en los chichimecas cristianos de San Luis de la Paz; pero que no era este el antiguo y propio de la nación, lo convencen muchos argumentos que no son propios de este lugar. Todo el terreno de Michoacán está entrecortado de montes, no muy altos, excepto el volcán de Colima, a cuya falda nace el río Nagualapa. Los aires son muy puros y templados, y el clima tan apacible y sano, que van allí muchos a convalecer y a recobrar las fuerzas. Los naturales son de buena estatura, vigorosos, vivos de entendimiento, de grande espíritu y muy aplicados al trabajo. Abunda el país en muchas raíces medicinales, de que otros han hablado por extenso, singularmente Laet en su descripción general de la América. Hay grande diversidad de pájaros, de cuyas plumas se adornaban,

según el uso general de todo el nuevo mundo. Lo particular de Michoacán era el arte de pintar con las plumas de diversos colores, con tanta gracia y propiedad, que han sido las imágenes admiradas en la Europa, y presentes dignos de la persona de nuestros reyes⁹.

Los primeros pobladores de este bello país, es común opinión, fueron los mexicanos, que atraídos de la amenidad del sitio y comodidad de sus lagos, quisieron permanecer allí mientras otras de sus familias pasaban al Este, y que después corrompido el lenguaje y mudadas las costumbres, fueron sus mayores enemigos. En efecto, como dejamos notado, se ven hacia la costa del Sur muchas poblaciones que conservan aun sus nombres mexicanos, y en que se habla generalmente el mismo idioma. Ni sabemos que estribe esta opinión sobre otro fundamento; pero por lo que mira al centro de la provincia de Michoacán, no parece esto lo más natural. En lo interior de la tierra y al derredor de los grandes lagos, no se encuentran sino pueblos tarascos. Decir que este idioma es un dialecto del mexicano corrompido, no tiene alguna verosimilitud, porque siempre las lenguas originarias conservan mucha semejanza, cuando no en la pronunciación y terminaciones, a lo menos en las raíces con la matriz de donde descienden, como se ve en el portugués, respecto al castellano; en éste, en el francés e italiano, respecto al latino; en el inglés y holandés, respecto al alemán; en el siríaco, respecto del hebreo, y otros muchísimos, lo cual no se halla en las lenguas tarasca y mexicana. Antes sí es un grande argumento por el contrario, que la alteración del idioma nunca pudo ser tanta, que se inventaran nuevos elementos, y se añadieran nuevas letras a su alfabeto, como sería preciso confesar para sostener la pretendida corrupción, pues es una observación que se viene luego a los ojos, que los mexicanos carecen de la r, y usan mucho de ella los tarascos. Por estos y otros fundamentos sobre que hemos hablado más difusamente en otra parte, parece más natural discurrir que estos países fuesen poblados mucho antes de la venida de los mexicanos, que fueron, según hacen fe todas las antiguas historias, los últimos que vinieron a buscar establecimientos en lo que ahora llamamos Nueva-España: que estos a su pasaje se apoderaron de algunos parajes de la costa, sobre cuya conservación comenzaron las guerras con los tarascos, a quienes no podía dejar de dar celos la cercanía de una nación guerrera, cuya política, como en otro tiempo la de Roma, no tenía otro designio que el de engrandecerse sobre las ruinas de sus vecinos.

Sea de esto lo que fuere, ello es cierto que ninguna otra nación de estos reinos estaba en más bellas disposiciones para abrazar el Evangelio. Se conservaba entre ellos muy fresca con veneración la memoria de un antiguo sacerdote o sabio de su país, que ellos llamaban Surites. Este, muy al contrario de los demás sacerdotes de los ídolos, había procurado cultivar en sí mismo y en los suyos, aquellas máximas de honestidad y humanidad, que el autor de la naturaleza ha impreso con caracteres indelebles en el corazón del hombre. Todas las mañanas los juntaba y les repetía las mismas instrucciones, exhortándolos a que viviesen siempre atentos y cuidadosos para recibir unos nuevos sacerdotes y predicadores que les vendrían del Oriente, y les enseñarían a practicar de un modo más perfecto, cuanto él les predicaba. Dispuso que se celebrasen al año varias fiestas, dándoles en su lengua los mismos nombres con que las llama la Iglesia

católica. Una intituló Perúncuaro, que quiere decir Natividad; otra Zitacuaréncuaro, que significa Resurrección. Al pueblo en que vivió más constantemente, le quedó el nombre de Cromícuaro; quiere decir, lugar de vigía o de atalaya; y una antigua tradición de aquellos naturales, afirma haber sido efectivamente aquel el lugar en que fue primeramente anunciada la ley de Jesucristo por boca de aquel varón apostólico fray Martín de Jesús, del orden de San Francisco. Cuando entraron los españoles reinaba en México, Tzintzunzan, corte de Michoacán Zintzicha, a quien los mexicanos, sea por elogio o por apodo, según las varias interpretaciones de los autores, llamaron Caltzontzin¹⁰, y que bautizado después, se llamó don Antonio, México no podía caer sin envolver en su ruina muchas otras ciudades. En efecto, unas por dependientes, otras por temerosas, enviaron sus embajadores, y se sometieron al vencedor. Caltzontzin, o llevado de una maligna alegría de ver abatida aquella rival, que le causaba tanta inquietud, o lo que es más cierto, por no traer sobre sí las armas victoriosas de Cortés, a que más que otros estaba vecino, determinó enviarle embajadores que lo felicitasen de su victoria, y a dársele por uno de sus más fieles aliados. Cortés los recibió con benignidad, les dio para su rey algunas preciosidades de Europa, y despachó con ellos dos españoles que ratificasen la alianza, y agradeciesen de su parte a su Majestad una demostración de tanto honor. El traje de los europeos, su color, sus maneras, y la relación que le hicieron los enviados, encantó a este príncipe; de suerte, que pensó ir en persona a visitar al conquistador. Los grandes del reino no llevaron a bien tanto exceso de confianza, y resolvió enviar un hermano suyo con otros embajadores, y algunos regalos del país. Hernando Cortés, detuvo a estos segundos algunos días más cerca de sí, y para hacerles formar a aquellos bárbaros alguna idea de la grandeza y majestad del rey su amo, los paseó por las ruinas de aquella gran ciudad: hizo navegar en su presencia los bergantines, jugar la artillería, hacer el ejercicio a la tropa, y llenos de espanto y de respeto, los despachó, y con ellos a Cristóbal de Olid con 100 infantes, y 40 caballos para que poblasen en el país, y trajesen a aquel monarca a la obediencia del de Castilla.

En ninguna otra diócesis de la América hay tantos y tan grandes lugares de españoles. El maestro de campo Cristóbal de Olid dejó algunos de sus compañeros en Tzintzunzan, de que se fundaron después Pátzcuaro y Valladolid. La primera, por el primer obispo de Michoacán don Vasco de Quiroga, y la segunda por orden de don Antonio de Mendoza, primer virrey de Nueva-España algunos años después. La de Colima la fundó el año de 1522 Gonzalo de Sandoval, y un año después a Zacatula Juan Rodríguez Villafuerte. La de San Felipe la fundó don Luis de Velasco el viejo para baluarte a las continuas invasiones que hacían en el país los chichimecas. La Concepción de Zelaya la fundó con el mismo motivo don Martín Enríquez por los años de 1570. Don Luis de Velasco el joven en su primer gobierno acabó de sujetar aquella nación inquieta con la fundación de San Luis Potosí y San Luis de la Paz. Fuera de estas, son grandes villas la de San Miguel, la de Zamora y la de León, y ciudad de Guanajuato. Paulo III por los años de 1536, erigió el obispado, cuya primera residencia estuvo en Tzintzunzan, antigua capital del reino. El ilustrísimo señor don Vasco de Quiroga por los años de 1544, pasó la Catedral a Pátzcuaro, que él mismo

había cuasi fundado con más de treinta mil indios, y algunos españoles. Este gran prelado había nacido en Madrigal, y venido a las Indias de oidor de la real audiencia de México por los años de 1530. Electo obispo de Michoacán siete años después, es inexplicable el celo con que se entregó al bien espiritual y temporal de sus ovejas. Dispuso que todos los oficios mecánicos estuviesen repartidos por los distintos pueblos¹¹, de suerte, que fuera de los destinados, en ninguno otro se profesaba aquel arte. En unos las fábricas de algodón, en otros las de pluma. Unos trabajaban en madera, otros en cobre, otros en plata y oro. La pintura, la escultura, la música para el servicio de los templos, todo tenía sus familias y poblaciones destinadas. Los hijos aprendían así el arte de sus padres, y lo perfeccionaban más cada día. La ociosidad no se conocía, ni el libertinaje, su fatal consecuencia. Todo el país estaba siempre en movimiento. Los pueblos se mantenían en la dependencia unos de otros. Esto fomentaba una caridad y un mutuo amor, y juntamente procuraba con el continuo comercio una abundancia grande de cuanto es necesario a la vida. ¡Qué no puede un gran talento, cuando desnudo de toda ambición e interés se dedica enteramente al bien y la sólida felicidad de sus hermanos! El santo obispo fuera de sus otras grandes limosnas, les procuraba y proveía de los instrumentos propios de sus oficios: les mandó traer buenos maestros; atendía él mismo a las fábricas de sus casas; corregía a los perezosos en su arte; animaba a los aplicados; finalmente, un hombre solo era la alma, y como el primer resorte de más de ciento treinta pueblos que en su caridad, en sus oraciones y en su sabia dirección, tenían puesto todo su amor y su confianza.

Inspiró a todo su rebaño un tierno afecto para con la Virgen Santísima. En cuasi todos los pueblos fundó hospitales dedicados a la misma Señora, en que cada semana entraban los sábados en la tarde una o dos familias, según el número de los enfermos a servir a la Reina del cielo en sus pobres. Antes de dedicarse a este oficio de tanta misericordia, se cantaba en la parroquia del pueblo la Salve, y salían de allí coronadas de guirnalda de flores las personas que debían servir en el hospital aquellos ocho días. Iban por la calle, y entraban en él cantando las alabanzas de la gran Madre de Dios, que repetían en el mismo tono por las mañanas al levantarse. Lo más admirable y que no podía verse sin grande edificación, era la piadosa liberalidad con que dejaban a la casa, o todo, o la mayor parte de cuanto habían ganado en la semana, y la honestidad con que vivían aun los casados en aquellos días en que se creían como consagrados al culto de la reina de las vírgenes. Estableció en todas las parroquias determinado número de músicos y cantores para la decente celebración de los divinos misterios. Fundó para los hijos de españoles el Seminario de San Nicolás, que es incontestablemente el más antiguo de toda la América, bien que no ha fallado quien para sostener lo contrario haya pretendido borrarlo del número de los colegios seminarios. Solo rico en la misericordia supo hallar fondos para el fomento de todo su obispado, en lo que se negaba a sí mismo. Su palacio era una casa bastantemente estrecha. Su vestido interior no solo pobre; pero aun penitente. Su báculo, que se conservó mucho tiempo en nuestro colegio, de madera. Tal era el fundador de la santa iglesia catedral de Pátzcuaro, a cuyo ejemplo habían ya trabajado algunos años las religiones de San Francisco y San Agustín,

cuando el venerable deán y cabildo sede vacante emprendieron fundar el colegio de la Compañía. Ofrecían aquellos señores 800 pesos en cada un año para alimentos; con más, 300 que había dejado de renta el señor don Vasco para un maestro de latinidad, y 100 para un predicador, de que quisieron se hiciese también cargo nuestra religión. Daban asimismo para iglesia de nuestro colegio, la que hasta entonces les había servido de Catedral, por haberse pasado el coro a una de las naves que estaba ya perfecta de la suntuosísima fábrica, que había emprendido el mismo venerable obispo. Para sitio de la fundación señalaron el que lo había sido del Cué, o Templo mayor de Pátzcuaro en tiempo de su gentilidad, junto con un grande bosque que había sido teatro de la alta contemplación y de las rigurosas penitencias del señor Vasco. Solo pusieron por gravamen (y no dejaba de serlo muy doloroso) que no habían de poner los jesuitas embarazo a la traslación del cuerpo de este santo prelado, si acaso llegaba a trasladarse a Valladolid la silla episcopal, como se había pretendido desde el tiempo del señor Morales.

El padre provincial pasó personalmente a Pátzcuaro, reconoció la comodidad y la importancia de fundar en aquel sitio, admitió la Iglesia, la casa, y los 800 pesos que habían querido ofrecerle. Respecto de los 400 para maestro de latinidad y predicador, respondió que no podían admitirse: que la Compañía tendría a grande honor servir a sus señorías en cátedra y púlpito; pero que siendo este uno de los ministerios esenciales de nuestro instituto, no podía recibir por ello estipendio ni limosna alguna: que por lo demás luego que llegase a México, enviaría sujetos que efectuaran la dicha fundación, la que desde entonces admitía en nombre del reverendo padre general, de quien tenía para este efecto singular comisión. El ilustre Cabildo agradeció al padre Pedro Sánchez la pena que había querido tomarse de ir en persona a tratar de aquel asunto, quedó muy edificado de la religiosidad y desinterés de la Compañía, y le suplicó que si no había en ello inconveniente alguno, se sirviese señalar por uno de los fundadores de aquella casa al padre Juan Curiel; añadiendo que su voz en esta parte era la de todo aquel pueblo, que no podía carecer sin dolor de un hombre, cuyos talentos, religiosidad y dulzura habían robado el corazón de todos los ciudadanos. Luego que llegó a México el padre provincial, señaló al padre Juan Curiel, por superior de la nueva residencia, al padre Juan Sánchez por rector del seminario: al hermano Pedro Rodríguez, recién llegado de España, para una clase de gramática; y para la escuela de niños y cuidado de lo temporal, al hermano Pedro Ruiz de Salvatierra uno de los que poco antes habían venido de la Habana. Fueron recibidos en Pátzcuaro con demostraciones de muy sincera alegría; sin embargo, en medio de la buena voluntad de aquellos ciudadanos, no quiso el Señor que se zanjasen los cimientos del nuevo colegio, sino en humildad y pobreza. No tenían más casa que unos aposentillos desacomodados, vecinos a la sacristía de la iglesia. No había con que comenzar el edificio, ni con que dar nueva forma a lo edificado, porque era menester que pasase el año para cobrarse la renta prometida. Muy breve con la muerte de un anciano prebendado, cayó sobre los padres el trabajo de predicar en la Catedral. Alternábanse los dos sacerdotes las mañanas de los días festivos, sin dejar por eso de predicar también en nuestra iglesia, donde eran muy floridos los concursos, y grande la frecuencia de Sacramentos. Añadíase el

cuidado de dos clases de gramática y el servicio del hospital, a que eran frecuentemente llamados.

[Pretensión de colegio en Oaxaca] Apenas se había dado cumplimiento a la fundación del colegio de Pátzcuaro, cuando fue forzoso acudir a otro muy distante de la primera, y de no menor utilidad. Mientras el padre Pedro Sánchez estaba en Michoacán, vino a México D. Antonio Santa Cruz, canónigo de la santa iglesia catedral de Oaxaca, hombre activo y de quien había fiado varios importantes negocios aquel ilustre cabildo, bien inclinado, y por su mucho caudal en estado de ejecutar cuanto le sugería su ánimo piadoso. En el tiempo que le obligaron a detenerse en esta capital las comisiones de que venía encargado, observó cuidadosamente la conducta de los jesuitas. Parecióle hombres apostólicos, y cuyo establecimiento podría ser de mucha utilidad a su patria. Determinó declararse con el padre Diego López, rector del colegio y vice-provincial en ausencia del padre Pedro Sánchez, a quien se pasó luego la noticia. [Fundan en Oaxaca] Esta le hizo apresurar su vuelta de Pátzcuaro, y ofreciéndose el señor Santa Cruz, a fundar el colegio de Oaxaca, despachó en su compañía a los padres Diego López y Juan Rogel, para que reconociesen la tierra y determinasen lo más conveniente a la gloria del Señor y servicio del público. Fueron recibidos en la ciudad los padres con grande acompañamiento y concurso de lo más florido de ella, que sin noticia suya les había prevenido su ilustre conductor. No solo era esto motivo la mortificación a la modestia y religiosidad de nuestros misioneros, sino también de un interior desconsuelo, sabiendo bien que no es este el modo con que suele recibir el mundo a los predicadores de la verdad, y que el abatimiento, la contradicción¹² y la pobreza, son la librea del Redentor, y el carácter de sus verdaderos discípulos. Pasaron inmediatamente a dar la obediencia al ilustrísimo y reverendísimo señor don fray Bernardo de Alburquerque, obispo de aquella ciudad, del orden de predicadores, hijo, y uno de los más celosos operarios de indios que había tenido aquella religiosa provincia, varón de una sencillez evangélica y de muy sanas intenciones. El canónigo Santa Cruz los hospedó en su misma casa, desde donde procuraron luego informarse del afecto e intenciones de los republicanos, y del fruto que podían hacer en la ciudad, y se resolvió el padre Diego López a admitir en nombre del padre provincial aquella fundación. Comenzaron de allí a poco con las previas licencias, que gustosamente les había concedido el Ilustrísimo, a ejercitar los ministerios. Confesaban y predicaban en la Catedral, no teniendo aun propia iglesia, ni habiendo otra en que poderlo hacer.

[Contradicción con el motivo de las cannas] Los padres Diego López y Juan Rogel, eran sujetos de mérito y doctrina muy relevante, y muy acostumbrados al manejo de estas armas espirituales. Eran grandes los concursos, y a su proporción el fruto en los oyentes. Tanta estimación acabó de inclinar el ánimo piadoso de don Antonio Santa Cruz. Hizo donación a la Compañía de unas casas muy acomodadas, adjuntos unos grandes solares, que ofrecían un sitio muy apropiado para la fábrica de iglesia y colegio. Muchos ricos ciudadanos comenzaron a hacernos gruesas limosnas, ofreciendo cuidar con sus caudales en todas las necesidades de la casa.

[Persecución de los jesuitas en Oaxaca] Esta bonanza y felicidad no podía dejar de prorrumpir en una borrasca espantosa. Por desgracia, el sitio y

casa que había dado el señor Santa Cruz caía dentro de las cannas de uno de los conventos de la ciudad. Los religiosos de aquel orden no tenían alguna obligación de saber las particularidades del instituto de la Compañía, ni los privilegios especiales con que habían querido honrarla los Soberanos Pontífices, siendo una religión recién venida a la América y aun al mundo. La justa defensa de sus privilegios les hizo recurrir al señor obispo. Se mandó reconocer el terreno, y efectivamente se halló comprendido el sitio en las ciento y cuarenta cannas privilegiadas. El Ilustrísimo llevado de la justicia de la causa que le parecía incontestable, se opuso abiertamente al establecimiento de la Compañía. Les negó el púlpito de su catedral. Cada día más agrio, viendo que alegaban sus privilegios, les suspendió las licencias de predicar y confesar en toda su diócesis. Los fijó por públicos excomulgados, y prohibió bajo censuras y penas pecuniarias, que nadie los tratase ni ayudase con su persona o bienes al asunto de la fundación. El canónigo Santa Cruz, más propio por su buen corazón para emprender obras de piedad, que para sostenerlas con entereza, se mostró arrepentido de la donación que había hecho, temiendo al señor obispo, cuya indignación creyó le podía traer muy tristes consecuencias. Aunque la donación se había celebrado con todas las formalidades, y se le podía obligar en justicia a su cumplimiento; sin embargo, no juzgó el padre López que podía ser de mucho provecho un hombre de este carácter. Cedió todo el derecho adquirido, y fió enteramente de la Divina Providencia. La ciudad estaba toda dividida en facciones, y la inconstancia de don Antonio no hizo sino acrecentar el partido de los que nos miraban con amor. Muchos secretamente por evitar el escándalo del pueblo, visitaban y socorrían frecuentemente a los padres. [Conducta edificativa de los padres y su recurso] En medio de esta horrible tempestad fue un espectáculo de mucha edificación; primero, el silencio, después la moderación y mansedumbre en las defensas, más admirable aun que el silencio mismo. Se había procurado por todos los caminos que dictaba la prudencia y la caridad, que la voz de la verdad llegase hasta los oídos del celoso pastor; pero se hallaban cerrados todos los conductos. Entre tanto, se divulgó falsamente por la ciudad que los padres iban a ser violentamente arrojados de su casa y aun de todo el obispado. A esta voz se conmovió todo el afecto de nuestros partidarios. Se quitaron resueltamente la máscara, tomaron las armas, y hubo algunos que pasaron la noche en las vecindades de nuestra casa. El noble ayuntamiento de la ciudad se declaró desde aquel día enteramente a nuestro favor. El padre Diego López, viendo que con los medicamentos suaves se encanceraba más la llaga, y que todo caminaba ya a un rompimiento escandaloso, tomó la resolución de partir a México, y presentarse por vía de fuerza al señor virrey como vice-patrono de toda Nueva-España, al señor arzobispo y real audiencia. Estos señores, que en caso semejante acontecido en México, se habían informado del instituto y privilegios de la Compañía, dieron una sentencia muy favorable y pronta. La real audiencia pronunció que hacía fuerza el Ilustrísimo. El señor arzobispo como juez de apelación revocó la sentencia, alzó la excomunión y restituyó a los padres el libre ejercicio de sus ministerios. El excelentísimo señor don Martín Enríquez mandó a las justicias de Oaxaca asistiesen a la Compañía y la mantuviesen en la posesión de aquel sitio.

Mucho ayudó al feliz éxito de esta importante negociación el grande afecto de todo el cabildo secular de Oaxaca, y la actividad de don Francisco de Álvarez, uno de sus miembros, encargado de aquel ilustre cuerpo de defender en los tribunales de México, en nombre de la ciudad nuestra causa. Esta sentencia y órdenes se remitieron a Oaxaca con muchas cartas, en que los mismos jueces y otras personas de respeto, encargaban a su Ilustrísima que mudase de conducta con los jesuitas, a quienes preocupado de siniestros informes, no había tenido lugar de conocer; que el tiempo le mostraría cuán fieles coadjutores le eran en el oficio pastoral. Cuando estas cartas llegaron ya las cosas habían tomado otro semblante. Había llamado el señor obispo al padre Juan Rogel, hombre dotado de extraordinaria apacibilidad y dulzura, y a quien el haber sido compañero de aquellos ilustres jesuitas que habían muerto en la Florida a manos de los bárbaros, y partido con ellos las apostólicas fatigas, lo conciliaron la veneración y el respeto de cuantos le trataban. Le mostró este la bula del señor Pío IV. Dióle la razón en que se fundaba de poder tener bienes raíces los colegios de la Compañía, y estarle absolutamente prohibido por su instituto recibir estipendio por alguno de sus ministerios. Que esta misma razón había bastado en Zaragoza, en Palencia, y últimamente en México para sufocar desde sus principios toda semilla de discordia, y habría bastado también en Oaxaca si se hubiera querido dar nidos a sus proposiciones de paz. Sobre todo, Señor, (añadió) para que vuestra señoría ilustrísima vea que la Compañía ha recurrido a tribunal superior, no con espíritu de contradicción a los sentimientos de vuestra señoría ilustrísima, sino por la defensa de sus privilegios apostólicos y restitución de su honor ultrajado; conviene que vuestra ilustrísima no ignore como tenemos ya renunciado el sitio que nos había dado don Antonio Santa Cruz, queriendo antes perder el derecho que nos daba una donación por su naturaleza irrevocable, y que hacía todo el fondo de nuestra subsistencia en Oaxaca, que el que padeciese porque lo era nuestro insigne bienhechor, o se incomodase alguna de las sacratísimas religiones. Este discurso hizo todo el efecto que se podía desear en el ánimo recto y sincero del señor Alburquerque. Vuelto de sus preocupaciones, reconoció la justicia de los padres, su desinterés y su humildad. Les agradeció la cesión que habían hecho del sitio que hasta entonces verosímilmente ignoraba. Alzó luego la excomunió y dio franca licencia para el ejercicio de los ministerios. No contento con esto quiso dar aun pruebas más claras de su sincera reconciliación, y ejemplo a sus ovejas del aprecio que debían hacer de la Compañía. Escribió al padre provincial Pedro Sánchez para que volviese a Oaxaca el padre Diego López, y que enviase con él algunos otros padres, para cuya morada dio unas casas en mejor sitio, y más acomodadas que las que habían dado ocasión a aquel disturbio. Todo el tiempo de su vida se valió de los jesuitas para cuantos arduos negocios se ofrecieron a su mitra, y finalmente, en manos de nuestros operarios, de quienes quiso ser singularmente asistido en su última enfermedad, entregó su alma al Criador en 23 de julio de 1579. Los religiosos, desengañados y persuadidos a ejemplo del señor obispo, quedaron después, y han sido siempre los que más se han empeñado en favorecernos. Los republicanos que hasta allí nos habían socorrido, lo hicieron con mayor esmero y liberalidad en lo sucesivo. Distinguiéronse mucho don

Francisco Alavez, don Julián Ramírez y don Juan Luis Martínez, deán de la santa iglesia catedral. Este último que sobrevivió muy poco a nuestro establecimiento en Oaxaca, dejó al colegio trescientos pesos de renta en cada un año, y que del remanente de sus bienes se fundase a cargo de la Compañía un colegio seminario con la advocación de San Juan; y caso que no tuviese efecto se distribuyese en obras pías, según la voluntad de los albaceas. Fundose el seminario, y fue su primer rector el padre Juan Rogel. Con estos fondos y algunas otras limosnas, el padre Pedro Díaz, que por enfermedad del padre Diego López había sucedido en el gobierno de la nueva fundación, comenzó la fábrica bastante capaz y cómoda, y quedó en pacífica posesión la Compañía a fines de aquella primavera.

[Bula del señor Gregorio XIII] Este éxito tuvieron las contradicciones de la Compañía de Jesús en Oaxaca, glorioso por la favorable sentencia obtenida en los tribunales más respetables de toda Nueva España; más por el reconocimiento y honorífica recompensa del mismo prelado don Bernardo de Alburquerque, por la tranquilidad y honras que le siguieron con el aplauso y benevolencia de toda aquella nobilísima ciudad, e incomparablemente más, por haber merecido la atención de la cabeza de la Iglesia, el Santo Pedro Gregorio XIII, en la bula que fue expedida con ocasión de esta fundación, y comienza Salvatoris Domini, honrosa a la Compañía y a esta religiosísima provincia¹³.

Se mandó asimismo de la curia pontificia una citatoria al señor obispo de Oaxaca, para que dentro de dos años hubiese de parecer personalmente en Roma a dar razón de su conducta. El original se conserva aun en el archivo de aquel colegio; pero estando ya el Ilustrísimo no solo desimpresionado, sino hecho aun insigne bienhechor de aquella casa, no pareció notificarla y volver a atizar el fuego apagado.

[Descripción de la ciudad de Oaxaca] Con tan sensible protección del cielo, comenzaron los dos padres a trabajar con grandes concursos, fruto y aplauso de toda aquella gente. La ciudad sola ofrece un campo dilatado. Es grande y poblada de muchos españoles. Los indios son los más vivos, cultos y ladinos de toda Nueva-España. El temple, aunque cálido, es muy sano, muy bellas aguas y mucha fertilidad del terreno. A la ciudad dieron sus fundadores el nombre de Antequera, por no sé qué pretendida semejanza con la de España. Le concedió Carlos V el título de ciudad por los años de 1532. Cuando entraron en ella los primeros jesuitas, no había sino muy pocos templos; en el día cuenta dos conventos de Santo Domingo, uno de recoletos de San Francisco, de San Agustín, de la Merced, de San Juan de Dios, del Carmen, de Belén, Oratorio de San Felipe Neri, cuatro conventos de monjas, un colegio de niñas, dos seminarios, fundaciones de los ilustrísimos señores don fray Bartolomé de Ledesma y don Nicolás del Puerto, dos hospitales, y como otras nueve o diez iglesias de diversas advocaciones. La iglesia del convento de Santo Domingo es la mejor fábrica de toda Oaxaca. Tomás Gage hace montar su tesoro a tres millones. La Soledad es muy bello templo y un santuario de mucha veneración. El plan de la ciudad es muy hermoso, sus calles bastante anchas y tiradas a cordel. Tiene al Poniente el marquesado o valle de Oaxaca, de donde toma el nombre común la ciudad, y sobre que dio Carlos V a Hernando Cortés el título de marqués del Valle, año de 1525. Al Oriente el valle de Tlacolula, al Norte el monte San Felipe, y al Sur el valle de Zimatlán. No

lejos está el pueblo de Xalatlaco, de indios mexicanos, de que cuidó algún tiempo la Compañía, hasta que por justos respetos se descargó de su cuidado. La Catedral la comenzó don Sebastián Ramírez de Fuenleal, gobernador y presidente de la real audiencia de México. Se erigió en silla episcopal por nuestro Santísimo Papa Paulo III en 21 de junio de 1535, bajo el título de la Asunción de nuestra Señora. Fue el primer obispo don Juan López de Zárate, por muerte de don Francisco Jiménez que no llegó a consagrarse. Ha tenido esta Catedral más obispos americanos que ninguna otra iglesia de Nueva-España. El ilustrísimo señor don Juan de Cervantes por los años de 1609 trasladó a ella del puerto de Aguatulco la Santa Cruz que allí se venera en una hermosa capilla. El obispado alcanza del Seno mexicano al mar del Sur, y confina con el de Chiapa y de los Ángeles. Del uno al otro mar corre como ciento veinte leguas, cincuenta o poco más por la costa del Golfo y como ciento por la del mar Pacífico, desde los Mosquitos hasta la embocadura del río Tlacomama y montes de Ixquiteque. Dos grandes ríos, entre otros muchos menores atraviesan casi todo su territorio, y entrambos corren de Sureste a Nordeste a desembocar en el Seno mexicano, de Alvarado y Goazacoalco. En estas dos poblaciones se han fabricado tal vez muy buenos y fuertes barcos en los años pasados. Enriquecen a estas provincias el cacao, el añil, el algodón, la miel, cera, seda, y sobre todo la grana o cochinilla, que cultivan solos los indios por privilegio que han obtenido de nuestros reyes católicos. Las principales poblaciones de españoles son San Ildefonso, que llaman de los Zapotecas, como veinte leguas al Este Nordeste de Antequera sobre el río de Alvarado, y hasta allí se conducen desde la costa de Tacotalpa, río arriba los efectos de la Europa. La fundó Alonso de Estrada. Santiago de Nexapa dista de Oaxaca como veintidós leguas al Este, sobre un río del mismo nombre que desagua en el de Alvarado. La villa del Espíritu Santo, fundada por Gonzalo de Sandoval el año de 1522 sobre el río de Goazacoalco en la costa del Seno mexicano, y casi en los confines de Tabasco, dista como noventa leguas de Antequera. El río de Goazacoalco nace cerca de la costa del mar Pacífico, al pie de una alta serranía que de Sur a Norte, corta todo el obispado, y acaba en el Promontorio o Sierra de San Martín, tan conocida de cuantos navegan las costas de Nueva-España. Fuera de estas grandes poblaciones la de Tehuantepec, puerto del mar del Sur, como a cincuenta leguas de la capital, casi en los confines de la provincia de Socunusco, a los 15 grados y algunos minutos de latitud septentrional. El puerto de Aguatulco a la misma costa, a los 16 grados cortos de latitud. Mantienen estos dos puertos comercio con el Perú. El de Aguatulco fue saqueado por el inglés Francisco Drake, según se cree, en aquel viaje en que dio vuelta a toda la tierra, atravesando por el famoso estrecho de Magallanes. Conforme a esta tradición, y la relación de viajes que tenemos de este célebre náutico, debió ser por los años de 1578, gobernando aun el señor don fray Bernardo de Alburquerque, pues sabemos que emprendió su viaje a la mitad del año de 1577.

[Santa Cruz de Aguatulco] Algunos le atribuyen segunda invasión en el puerto de Aguatulco por los años de 1586. Dicen haber hallado el lugar desocupado que los habitantes habían huido y asegurado en los montes sus familias y sus bienes. Desfogó su cólera en las pobres casas, e intentó

quemar una Santa Cruz que desde tiempo inmemorial se conservaba en aquel sitio, que se hizo después cementerio de una iglesia. La acción nada desdice de la religión y el carácter de los más celosos luteranos. Refieren algunos que estuvo tres días haciendo diferentes tentativas para reducirla a cenizas, o hacerla inútiles pedazos. Vueltos de su fuga los moradores después que se hizo a la vela, hallaron sin lesión alguna la Santa Cruz en medio de otros muchos leños que había consumido el fuego. Se procuró autorizar en las mejores formas el suceso, y creció la veneración tanto, que desde fines de algunos años hubo de trasladarse, como dijimos, a la Catedral, en que se le hace anualmente una solemne fiesta el día 14 de setiembre. No carece de fundamento discurrir que fuese el autor de este atentado el famoso Tomás Candich célebre pirata de los mares de la América. De él concuerdan todos los autores y relaciones de viajes, que fue el tercero que dio vuelta al mundo por el estrecho de Magallanes, que asaltó, saqueó y quemó el pueblo e iglesia de Aguatulco el año de 1586. Esto hemos dicho, sin embargo de la común opinión que atribuye tan negra acción a Francisco Drake. Uno y otro era muy a propósito para insultar a la verdadera religión; la tradición del prodigio queda en su vigor. El vulgo pudo confundir groseramente los nombres o creer que era el mismo pirata que allí había estado ocho años antes. Nadie les envidiará la preferencia; pero por el segundo está más clara la cronología. La cruz se dice ser de una madera muy pesada y diferente de todas las de aquella provincia. Es constante y piadosa tradición haberla encontrado los primeros españoles colocada en las playas de Aguatulco, aunque se ignora desde cuando. Esto ha dado lugar a discurrir que alguno de los apóstoles o de sus inmediatos discípulos, hubiese predicado aquí el Evangelio en los primeros siglos del cristianismo, y con más verosimilitud cae la conjetura sobre el apóstol Santo Tomás. En las historias de la Isla española, del Paraguay, de Yucatán, del Cusco y del nuevo reino de Granada, hallamos no poco fundamento para discurrir que haya predicado este grande apóstol en nuestra América. Allégase lo que escribimos del Surita o sacerdote de Michoacán, y de las fiestas que desde la antigüedad celebraban. Por lo que mira a Aguatulco hay argumento aun más poderoso. Los indios, preguntados, respondieron que en tiempos pasados un extranjero de color blanco y barba venerable la había colocado en su costa, y que su nombre se conservaba aun en la provincia de los Chontales. Efectivamente, según escribe fray Gregorio García, encontraron después de algunos años los religiosos del orden de predicadores, que entraron predicando el Evangelio hacia aquellas partes, que un pueblo de ellos tenía aun el nombre del Santo apóstol.

[Fundación de Oaxaca] Se fundó esta ciudad, según Gil González, por los años de 1622, y parece haber sido la ocasión y principio, el viaje que hicieron los españoles bajo la conducta del capitán don Pedro de Alvarado a la conquista de los reinos de Guatemala. Se tienen por unos de los primeros pobladores Juan Núñez Sedeño y Hernando de Badajoz. No sabemos que costase mucha sangre a los españoles su establecimiento en este país, ni que algún rey o potencia allí dominante les defendiese la entrada. Solo sabemos, que visitando después de algunos años su obispado el ilustrísimo señor don fray Bernardo de Alburquerque, lo visitó con grande acompañamiento y majestad una señora que se decía y era venerada de los

naturales como reina o princesa de la sangre de los antiguos reyes Zapotecas. Esto escribe el reverendo padre fray Francisco de Burgos: y lo que no se puede dudar es, que era una nación de las más opulentas y pulidas de toda Nueva-España. Se fundó Antequera en el valle de Oaxaca, de cuyo nombre es comúnmente conocida en la América, y habiendo después el emperador Carlos V premiado los grandes servicios de Hernando Cortés con el título de marqués del Valle, en que quedaba comprendida esta nobilísima ciudad, los vecinos que eran aquellos mismos compañeros que le habían ayudado a la conquista de tan vastas regiones, rehusaron rendirle vasallaje. Cortés, cuán celoso de extender los dominios de la religión y de la corona, tan moderado y prudente en sus particulares intereses, no envidió a sus capitanes la arte que habían tenido en sus acciones inmortales. Cedió el derecho que le parecía tener sobre la ciudad, cesó en la construcción de un gran palacio que había comenzado a edificar como en la capital de su señorío y el rey católico no menos prendado de su bondad que lo había sido de su valor, le recompensó aquel terreno con los tributos de otras cuatro villas. Hay no pocos indicios de haber muchas minas de oro y plata en todo este obispado; pero los indios las han siempre ocultado, a lo que se cree, temerosos de lo que con ocasión de este tesoro saben haber acontecido a muchos otros pueblos de la América. Los temblores de tierra son aquí muy frecuentes, por lo cual nunca son muy elevados sus edificios. Se dice que eran más continuos y más fuertes antes de haber jurado la ciudad por su patrón a San Marcial obispo cuyo día es de precepto y se celebra con la mayor solemnidad. Se cuentan en toda la extensión de esta diócesis poco más de trescientos y cincuenta pueblos.

[Fábrica del colegio de México] Todo este campo se abría al cielo de los padres Juan Rogel y Pedro Díaz, en cuyo lugar se había encomendado al padre Alonso Camargo el cuidado de los novicios en el colegio de México. Los viajes del padre provincial a Zacatecas y a Pátzcuaro, no le habían dado lugar a la ejecución de la fábrica que tenía proyectada del primer colegio de la provincia. Con la cantera que había dado el señor virrey, con la hacienda de Jesús del Monte de Llorente López, de donde podía sacarse todo el maderaje con un horno de cal a dos leguas de México, de que este mismo año hizo donación Melchor de Chaves, y con las limosnas, que aunque con mucho arte y recato, no dejaba de hacer cuantiosas don Alonso de Villaseca, emprendió el padre Pedro Sánchez la fábrica, que hasta hoy persevera, del colegio máximo de San Pedro y San Pablo, la más suntuosa y capaz que hubo por entonces en México. Se delinearon en cuatrocientas y cuarenta varas de circunferencia, y ciento y diez de travesía cuatro patios. En el primero y principal se pesa al Sur el general de teología, al Oriente las clases de filosofía, al Norte el refectorio, y al Oeste varias piezas de portería y bodegas. Arriba sus tránsitos y aposentos correspondientes, menos por el lado del Norte que ocupa una hermosa y bien poblada librería. En el segundo patio se colocaron al Este las clases de gramática, al Sur el general para las funciones literarias y la clase de retórica, al Norte algunas piezas para los mozos y surtimiento de las haciendas, y arriba sus respectivos tránsitos con aposentos de uno y otro lado, menos al lado del Norte que lo ocupa una grande y hermosa capilla de nuestro padre San Ignacio. Los otros

dos patios los parten por arriba aposentos, y por abajo las demás piezas necesarias de sacristía, despensa, procuraduría, etc. Para iglesia se destinó el lado del Poniente de todo el cuadro donde la fabricó después el señor Villaseca, y se concluyó por los años de 1603, como en su lugar veremos. Ínterin que así crecía la fábrica material de la casa, crecían aun más los domésticos oficios de literatura y de piedad. Los dos maestros de latinidad se habían dado tanta prisa, ayudados de los excelentes talentos de este país, nacidos para las bellas letras, que en poco tiempo pareció necesario establecer nuevas clases. Se destinó para maestro de retórica al padre Vicencio Lanuchi, siciliano de nación, que a fines del año antecedente había venido a la América, y muy pulido en las letras humanas. Recitáronse varias piezas de sus ventajosos discípulos en presencia del señor virrey, que siempre procuró mostrar cuanto aprecio debe hacer de la educación de la juventud un príncipe y un padre de la república.

[Misión a Zacatecas y caso raro y ejemplar] Ni se olvidó el padre Pedro Sánchez entre tantas ocupaciones de la palabra que había dado a Zacatecas, bien instruido del ascendiente que se había adquirido sobre aquellos ánimos la energía y piedad del padre Hernando de la Concha, a quien desde la cuaresma del año antecedente, no se le daba otro nombre que el de santo, y el de apóstol de Zacatecas en ocasión en que tuvo bastante que trabajar su celo apostólico. Pocos días antes de su llegada, una de las personas de más caudal, le envió a predicar también este año. Con la opinión que se tenía de su virtud y el singular talento de la palabra, de que le había dotado el cielo, no predicaba vez que no ganase a Dios muchas almas. Llegó a Zacatecas en ocasión en que tuvo bastante que trabajar su celo apostólico. Pocos días antes de su llegada, una de las personas de más caudal y de más lustre en la ciudad, había recibido una pública afrenta, de que pedía en justicia la más rigurosa satisfacción. El agresor era hombre de igual carácter. Todo el vecindario estaba dividido en facciones. Había venido de la audiencia real de Guadalajara un oidor encargado de hacer justicia, y todo ardía en averiguaciones, en deposiciones y en odios. El padre había procurado por muchos modos sosegar los ánimos; pero había sido todo en vano, aunque uno y otro se habían mostrado siempre muy afectos a la Compañía y a su persona. Llegábase el fin de la cuaresma, y sentía vivamente el siervo de Dios haber de partirse de aquella su amada ciudad, dejándola en presa a la disolución y al escándalo. Recurrió instantemente al Señor, dobló sus austeridades en aquella semana santa, para que añadiese un nuevo espíritu y gracia a sus palabras. Con tan bellas disposiciones subió el viernes santo a predicar la Pasión del Salvador. Pintó con viveza aquella tempestad de oprobios y de afrentas, en que moría sumergido el Hijo de Dios, aquellas entrañas de dulzura y de caridad con que pidió a su Eterno Padre el perdón de sus enemigos. Lloraba el predicador, lloraba el auditorio. La persona ofendida que se hallaba presente, luchó por algún tiempo con los interiores movimientos de su corazón y repetidos golpes de la gracia, hasta que vencida de un ejemplo tan heroico, se levantó del lugar distinguido que ocupaba, y en alta voz concedió al agresor en pública forma perdón de la ofensa: desistió solemnemente de la acción que contra él había intentado, y con tanta edificación y consuelo del pueblo, cuanto

había sido su escándalo, se compuso todo con tranquilidad, y el padre dio con notable sentimiento de todos la vuelta a México.

[Peste en México, año de 1575] Se necesitaba aquí de un hombre del carácter del padre Concha para lo mucho que había en que trabajar. En la primavera de este año de 1575 encendió en toda la ciudad una epidemia, cuyos tristes efectos experimentó muy breve toda Nueva-España. Los indios fueron la principal, o por mejor decir, la única víctima de esta espada del Señor. El padre Juan Sánchez, testigo de vista, y uno de los que con más actividad trabajaron en ella, asegura haberse por un cómputo muy prudente averiguado, que murieron más de las dos tercias partes de los naturales de la América. No bastando para sepulcros las iglesias, se hacían grandes fosas, y se bendecían los campos enteros para estos piadosos oficios. Se cerraban las casas, se destruían los pueblos cercanos por la falta de habitantes. En muchas partes postrados todos al contagio, nadie había que procurase a los enfermos la medicina y el alimento; y la sed, la hambre y la inclemencia, acababan lo que había comenzado la enfermedad. Quedaban los cadáveres en los campos, en las plazas, en los cementerios, y muchas veces faltando por muerte de todos los de la casa quien diese aviso a los párrocos, quedaban en sus mismas chozas, hasta que la caridad llevaba allá algunos piadosos, o el mal olor avisaba a los vecinos. Iban a visitarlos en sus casillas, y no se podían contener las lágrimas al ver la miseria e infelicidad de aquellas gentes sin asistencia y sin abrigo. Encontrábanse muchas veces los párvulos a los pechos de sus madres muertas, unos agonizando, y otros bebiendo ansiosamente la muerte en aquel humor corrompido. Venían funestas noticias a los señores arzobispo y virrey y demás magistrados, de los grandes estragos que en todos los contornos hacía la enfermedad, de la suma necesidad y desamparo de los vecinos. El virrey tomó luego las más prudentes y piadosas providencias. Dio por su mano muchas y gruesas limosnas, y más por las de muchos religiosos que podían informarse mejor de las necesidades de los indios. Se erigieron a su costa, y de muchos otros piadosos, nuevos hospitales, donde con grande liberalidad se les proveía de todo. El ilustrísimo señor don Pedro Moya de Contreras contribuyó igualmente en lo temporal y espiritual al alivio de los enfermos. Visitaba por sí mismo algunos de los hospitales. Dio licencia a los regulares para que pudiesen administrar el Santo Viático y la Extrema Unción, siendo muchos los que morían sin este celestial socorro, por la escasez de los ministros. Los jesuitas se repartieron por los diversos cuarteles de la ciudad.

De nuestra casa se llevaba a muchos el alimento. Salían los padres por las calles ayudados de los sirvientes del colegio, llevando las ollas, los platos y toallas. Entraban a las casas sin algún temor del contagio; repartían la vianda a los que tenían algún aliento; a los más era forzoso dárselas por su mano. Administraban la Eucaristía y Extrema Unción; sacaban de las casas los cadáveres, y les procuraban sepultura, no pudiendo aun ayudarlos de otra suerte por la ignorancia de su idioma. Solo pudieron aplicarse a oír confesiones los padres Bartolomé Saldaña, Juan de Tovar y Alonso Fernández, los tres primeros que se habían recibido en la provincia. El hermano Antonio del Rincón, cuanto le permitía su estado ayudaba a los moribundos, consolaba a los enfermos, y servía de intérprete

para las necesidades que se ofrecían, y que ellos no podían expresar. Se señaló mucho entre los demás la caridad del padre Hernando de la Concha. Le cupo en suerte el barrio de Santiago Tlaltelulco, el más poblado de indios que había entonces en la ciudad. Eligió unas grandes casas para hospital, donde él mismo y sus compañeros conducían los enfermos. Su industriosa caridad les proveía de camas, de médicos, de botica y de enfermeros, de quienes él era el principal. Asistía con el médico a la visita, escribía los medicamentos y las horas; lo ejecutaba todo con una extrema puntualidad, y daba cuenta al otro día de cada uno de sus enfermos, como la madre más cuidadosa. El poco tiempo que le permitía esta piadosa y continua ocupación, daba vuelta a caballo por la ciudad para recoger limosnas, que todos le daban muy gustosamente para un destino tan piadoso. El señor virrey fuera de las grandes sumas de plata que le dio en diversas ocasiones, le mandó abrir su repostería y llevar las cajas de exquisitos dulces, y todo cuanto necesitase en este género para el regalo de sus pobres. Suplicó luego al padre provincial mandase algunos padres a Tacuba y otros lugares comarcanos, donde era más grande la necesidad por el mayor número de los indios, y mucho menor de los ministros. Repartiéronse algunos jesuitas con mucha prontitud y alegría por todos aquellos pueblos. Era un espectáculo de mucho dolor ver aquellas pobres gentes salir de sus casas huyendo de la muerte y encontrarla en los caminos, donde los hallaban a cada paso yertos, o ya acabando de la debilidad. Los padres Lenguas corrían incansablemente de choza en choza, con grande edificación de cuantos los habían conocido antes de entrar en la Compañía, que no cesaban de admirar tanto celo, con tanto abatimiento y pobreza. Los demás acudían al alivio de la salud corporal y administración de aquellos Sacramentos, que no pedían inteligencia del idioma. Veíanlos muchas veces llevar a las casas que servían de hospital, a los que caían en las calles, y sacar de sus chozas los cuerpos muertos a darles sepultura. Este utilísimo trabajo ocupó cuasi todo el año de 75, y una gran parte del siguiente.

[Estudios mayores] Mientras que repartidos por los barrios de la ciudad y pueblos vecinos así trabajaban nuestros operarios, los maestros promovían con el mayor ardor y lucimiento los estudios de gramática y retórica. Los niños de 12 y 14 años componían y recibían era público piezas latinas de muy bello gusto en prosa y verso con grande admiración y consuelo de los oyentes, que confirmaban más cada día la común opinión de que amanece y madura más temprano la razón a los ingenios de la América. Con motivo de una juventud tan aventajada, pareció forzoso abrir los estudios mayores antes de lo que se había pensado. Destinose para el primer curso de filosofía el padre Pedro López de Parra, que lo comenzó efectivamente el 19 de octubre de aquel mismo año de 575.

[Año de 1576] Acabó el año y comenzó el de 76, haciéndose sentir cada día más pesada la mano del Señor sobre los pobres indios. Entretanto, se hacían en todas las iglesias fervorosas oraciones a su Majestad para que cesase el azote de su justicia. Se oían por todas partes las rogativas y plegarias. Se hicieron por disposición de los señores arzobispo y virrey varias procesiones, y algunas de sangre; se mandaban decir muchas misas; se hacían grandes promesas; todo fomentaba la piedad, y se dirigía a implorar por medio de María Santísima y de los santos la misericordia

del Señor. Finalmente, se dispuso traer del Santuario de los Remedios la estatua de Nuestra Señora, que bajo este título se venera tres leguas al Oeste de la ciudad. Una antigua tradición lleva haber sido hallada por un indio llamado Juan esta Santa Imagen, veinte años después de la conquista de México, y diez de la milagrosa Aparición de Nuestra Señora de Guadalupe. Verosímilmente en aquella noche, en que oprimidos de la multitud los españoles, se vieron precisados a salir fugitivos de México, y hacer asiento en aquellas alturas, algún soldado la ocultó entre la maleza, donde se le fabricó después un suntuoso y riquísimo templo. El recurso que siempre se ha experimentado muy [...]14 Soberana Imagen, le ha hecho dar el nombre de los Remedios. En la ocasión de que vamos hablando, se manifestó muy bien cuán justamente le ha dado la devoción este título. Vino la Señora acompañada del Señor don Martín Enríquez, real audiencia, ayuntamiento y lo más lucido de la ciudad; del ilustrísimo señor arzobispo, cabildo eclesiástico, clero y religiones, con hachas en las manos por todas aquellas tres leguas hasta la Catedral, donde por nueve días se le cantaron misas con la mayor solemnidad; se le hicieron muchas y cuantiosas oblacones con la experiencia de haberse luego comenzado a disminuir, y a poco tiempo enteramente apagado la fuerza del mal.

[Peste en Michoacán] Este no se había contenido precisamente en los límites del arzobispado de México. Puebla y Michoacán entraron a la parte de esta fatalidad. En Michoacán, puede decirse, fue donde hizo menos estrago por la providencia de los hospitales, que como vimos, había fundado en cuasi todos los pueblos de su jurisdicción don Vasco de Quiroga. Con la cuidadosa asistencia de las familias que se alternaban cada semana, y ayuda de los padres que se hacía sin notable incomodidad por estar muy cercano al colegio el hospital de Pátzcuaro, sanaron muchos y se preservaron muchos más. Del número de los nuestros fue don Pedro Caltzontzin, nieto del último rey de Michoacán. Este, admirado de la constancia y fervor de los padres, singularmente del padre Juan Curiel, se arrojó a sus pies pidiendo ser admitido en el colegio a servir, como decía, todo el resto de su vida a unos hombres a quien tanto debía su nación. La perseverancia en estos ruegos a pesar de las modestas repulsas del padre rector, mostraron, bien que era una vocación particular del cielo. Fue admitido: suplía el oficio de maestro de escuela, cuando la obediencia empleaba en otros ministerios al hermano Pedro Ruiz, y dentro de pocos meses, tocado del contagio, lleno de una extraordinaria alegría, de paz y tranquilidad, recibido con asistencia de nuestra comunidad los Sacramentos, murió víctima de la caridad en servicio de sus hermanos. Hiciéronsele en el colegio exequias correspondientes a sus nobles cunas, y yace sepultado en el sepulcro de los de la Compañía con grande agradecimiento de los indios que lo miraban como heredero de la sangre y del amor de sus antiguos soberanos.

[Muerte del padre Juan Curiel] A esta muerte siguió otra mucho más sensible del padre Juan Curiel, primer rector de aquel colegio. Había servido a los enfermos con una aplicación muy sobre sus débiles fuerzas. Apenas le dio este trabajo algunas treguas: hizo un viaje muy ejecutivo a México a principios del año. Volvió a Pátzcuaro a las tareas de Cuaresma. Al bajar del púlpito un viernes, en que su celo le había encendido más de lo ordinario, sin tomar algún leve descanso, se sentó a oír confesiones, y

se levantó herido de un pasmo mortal, que lo arrebató después de diez días de paciencia y de edificación. Era natural de Aranda del Duero, diócesis de Burgos. La pobreza de sus padres le obligó a mendigar en Alcalá para concluir sus estudios. En la Compañía estuvo cuatro años sin hacer los votos por un continuo dolor de estomago, a que su humildad solo halló remedio, haciendo voto de servir por su mano la comida a los pobres en la portería de los colegios. Leyó curso de artes antes de ordenarse en Ocaña, y no sin particular providencia pasó a México. Más de una vez revestido del espíritu de Dios amenazó con repentina muerte a los pecadores, y el infeliz suceso siguió siempre a sus amenazas. Su celo le arrojó la indignación de un libertino poderoso que puso públicamente las manos en el venerable sacerdote. Dios volvió por su honor y su carácter. Aquel infeliz acabó desastrosamente dentro de pocos días, y el padre lo pagó sus alientas con asistirle hasta el último suspiro que dio en manos de la desesperación. Una mujer hermosa y rica con pretexto de confesarse, le solicitó lascivamente. Huyó el casto José, admirado, como después contó con gracia, que no le hubiese defendido de aquel peligro su semblante, que era efectivamente muy poco agradable. Una leve murmuración no se oyó jamás de sus labios, ni se halló más alhaja en su aposento, dice el padre Juan Sánchez, que vivió con él algunos años, sino los breviarios, el Rosario, y un vestido pobre. Tal fue el primer rector del colegio de Pátzcuaro, muy digno del aprecio que de él se hizo en todo el obispado. Los prebendados y el ilustrísimo y reverendísimo señor don fray Juan de Medina, que perdía, como dijo, el más fiel coadjutor de su mitra, asistieron, a su cabecera y a su entierro con lágrimas, que acompañaba toda la ciudad, y singularmente los indios. Quedó su rostro antes extenuado, desapacible y moreno, con un aire de gracia y de hermosura, que mostraba bien la dichosa suerte de su bella alma. No se halla en ningún impreso o manuscrito el día fijo de su muerte. Solo sabemos que fue por marzo, y domingo, aunque en nuestro menologio se pone su memoria el día 1.º de enero.

[Muerte del padre López] No bien enjugadas las lágrimas de un golpe tan doloroso al colegio de Pátzcuaro, sobrevino otro mayor al de México con la muerte del padre Diego López, hombre verdaderamente grande, y tan formado al espíritu de San Ignacio, que aun no habiéndose promulgado las reglas particulares de la Compañía, que se sacaron después del sumario de las constituciones, no se vio que faltase jamás a alguna de ellas. En Salamanca fue admitido en la Compañía, y de allí pasó por uno de los fundadores del colegio de Sevilla, donde brilló grandemente su caridad y celo con los presos y mujeres públicas, en quienes logró muchas y ruidosas conversiones. Se le debe la fundación del colegio de Cádiz, donde con algunos prodigios quiso el Señor acreditar su celo. Su grande teatro fueron las Canarias, donde pasó con el ilustrísimo señor don Bartolomé de Torres, de que hablamos ya en otro lugar. Fue señalado por San Francisco de Borja, por primer rector del colegio de México, y a costa de muchas fatigas fundó el de Oaxaca. Incansable en el confesonario, fervorosísimo en el púlpito, edificativo en sus conversaciones, prudente con sus súbditos, circunspecto con los seculares; siempre humilde, siempre tranquilo, siempre recogido, mereció bien el amor y veneración de toda la ciudad. Enfermó de un dolor cólico en la infraoctava, de la Epifanía; pero el dolor pareció ceder breve al cuidado de los me dices. El señor

arzobispo le llevó consigo al campo. Aquí le acometió con tal fuerza, que con beneplácito de su ilustrísima, que tuvo la dignación de venirle acompañando, hubo de volver al colegio, donde a pesar de la más puntual asistencia, a pocos días entre las lágrimas y fervorosas oraciones de sus súbditos, entregó la alma al Señor. El Ilustrísimo cantó la misa en su entierro, que ofició la misa de la Catedral, y honró el cabildo eclesiástico y religiones. Murió de 45 años el 9 de abril de 1576. La religión de Santo Domingo, que aquel día no pudo asistir a sus exequias, mostró el alto concepto, que tenía de su virtud, haciéndoseles mucho unas solemnes al día siguiente en su imperial convento.

[Fundación del colegio máximo] Hasta aquí este año no había traído sino calamidades muy sensibles Fundación a la nueva provincia; pero muy breve se tuvo el gran consuelo de ver sólidamente establecida en México la Compañía, y concluida la fundación de su colegio máximo. Este grande asunto causaba no poca inquietud a los padres. Con los cortos fondos que habían podido adquirirse, se emprendió una fábrica suntuosa. Aun cuando ésta hubiera podido concluirse, la pequeña hacienda de Jesús del Monte no era capaz de proveer a la subsistencia del colegio y noviciado. Se habían renunciado sitios muy oportunos y dotaciones cuantiosas, sin más esperanza que la que se tenía en don Alonso de Villaseca. Este había dado sitio, alhajas y mucho en dinero, y había razón de temer no se contentase con eso, creyendo que no se necesitase más, atendido el número actual de los sujetos, que sin embargo no podía dejar de crecer mucho. Si tenía otras intenciones, como no se podía dejar de presumir, no las había manifestado en 4 años, sino muy equivocadamente, aun en ocasión de ver que nos labraban iglesia los indios de Tacuba, y que se fabricaba ya el colegio a costa de nuestros pocos bienes. Por otra parte, él se había en la actualidad retirado a sus haciendas, y era muy recatado en sus palabras para que pudiesen sondearse y conocer sus designios. En tales dudas fluctuaba el ánimo del padre provincial, cuando recibió un propio del señor Villaseca, en que le decía pasase a verse con él en las minas de Ixmiquilpan. Allí le declaró como algo nos años antes que el virrey escribiese a su Majestad, él había dado orden a su hermano don Pedro Villaseca para que procurase traer a su costa los jesuitas a la América. El Señor, añadió, no quiso por entonces servirse de mi caudal para una obra de tanta gloria suya. La piedad del rey condujo a vuestras reverencias con mayor honra y comodidad, que yo hubiera podido procurarles. He dado lo que hasta ahora me ha parecido conveniente, con intención de dar más en tiempo oportuno. Este ha llegado para mí; y así declaro que es mi ánimo fundar en México el colegio, que ha de ser el principal y como la matriz de toda la provincia, si a vuestra reverencia pareciere aceptarlo. El padre Pedro Sánchez le dio las gracias por tan generosa piedad, y volvió a México a tomar el dictamen de los padres, con cuyo consentimiento partió a Ixmiquilpan, acompañado de un escribano, que autorizó el instrumento en la forma siguiente:

En las minas do Ixmiquilpan de esta Nueva-España, en el asiento, fundiciones y haciendas que allí tiene Alonso de Villaseca, vecino de la ciudad de México en 29 días del mes de agosto, año del nacimiento de Nuestro Salvador Jesucristo de 1576, por ante mí el escribano y testigos de sus escritos el dicho Alonso de

Villaseca, dijo: Que por cuanto viendo cuán conveniente cosa era, que en esta Nueva-España y ciudad de México se hiciese y fundase casa de la Compañía del Santo nombre de Jesús, lo que a él fue posible, hizo escribiendo de que la dicha Compañía viniese a Nueva-España por el gran bien y fruto que de ello se esperaba, y por consolación suya, y escribió a su hermano Pedro de Villaseca: que de su hacienda que él allá tenía, diese 2000 ducados para las costas y gastos que hubiesen de hacer los padres y hermanos que viniesen a esta Nueva-España, y que su Majestad por justas causas que le movieron, tuvo por bien que a costa de la real hacienda pasasen a estas partes, donde mediante la voluntad de Dios nuestro Señor, vinieron a esta Nueva-España el doctor Pedro Sánchez, provincial, y Diego López, rector, y Diego López de Mesa, ministro, con otros padres y hermanos, donde llegado a México con los intentos que siempre tuvo de fundar la casa de la Compañía de dicha ciudad, les ofreció y dio unas casas con ciertos solares junto a las casas de su morada, y ha tenido siempre intento de favorecer la dicha casa y colegio. Y ahora entendiendo que convenía dar asiento a la fundación de dicha casa y colegio, ha comunicado con el muy ilustre y reverendo señor doctor Pedro Sánchez, provincial, de fundar el dicho colegio de la Compañía en la ciudad de México, y con deliberado acuerdo y consejo, habiéndolo encomendado a Dios nuestro Señor, y con algunos sufragios, suplicádole tuviese por bien de alumbrarle encaminándole a efecto de hacerle fundador, queriendo pagar en alguna parte a nuestro Señor las mercedes que de su mano ha recibido, y espera recibir, pidió al dicho señor doctor Pedro Sánchez le admitiese por fundador de dicho colegio, porque su voluntad era de los bienes que nuestro Señor le ha dado dar para la dotación de dicho colegio, obra y sustento de los religiosos que hay y hubiere de aquí adelante, 4000 pesos de oro común, en plata diezmada; los que les tiene para el dicho efecto, y está presto a dar y entregar al dicho Señor provincial, o a quien su poder hubiere, etc., etc., etc.

[Venida de nuevos compañero] Establecida así la fundación del colegio máximo de San Pedro y San Pablo, se pudo dar más prisa a la fábrica sumamente necesaria, así para la comodidad del noviciado y los estudios, como para la habitación de los sujetos, cuyo número se acrecentaba más cada día. A principios de setiembre llegó de España nueva tropa de operarios, enviados por el padre general Gerardo Mercuriano, tan aventajados en virtud y en letras, que se conoció bien el especial cuidado que desde sus cunas debió a su padre maestro reverendo esta religiosa provincia. Fueron estos el padre Alonso Ruiz, que vino por superior; el padre Pedro de Hortigosa, el padre Antonio Rubio; el padre doctor Pedro de Morales, el padre Alonso Guillén, el padre Francisco Báez, el padre Diego de Herrera y el padre Juan de Mendoza, con los hermanos Marcos García, Hernando de la Palma, Gregorio Montes y Alonso Pérez. Vino el padre Pedro de Hortigosa destinado a leer una de las cátedras de teología; pero no

habiendo por entonces quien la oyese pareció más acertado por no carecer tanto tiempo de tan hábil maestro, que siguiese el curso de artes con los discípulos del padre Pedro López de Parra, o lo volviese a comenzar, como en efecto lo ejecutó el 19 de octubre de 1576. En Oaxaca se abrieron también las clases de gramática y retórica, que pasó a leer de México el padre Pedro Mercado.

FIN DEL LIBRO PRIMERO

Libro segundo

Progresos de los estudios en el colegio de México. Lee el padre Pedro Sánchez casos morales en el arzobispado. Cristiana humildad del señor arzobispo. Pretende el virrey que lea en la universidad el padre Hortigosa, y gradúase en ella con el padre Antonio Rubio. Ministerios, en Pátzcuaro y sus gloriosos frutos. Ministerios en Oaxaca. Celébrase en México la primera congregación provincial. Curso de filosofía por el padre Antonio Rubio. Envía el Sumo Pontífice un gran tesoro de reliquias al colegio de México. Incendio en Pátzcuaro, y amor de aquellos naturales a la Compañía. Inténtase la traslación de la Catedral de Pátzcuaro a Valladolid. Descripción de esta ciudad, y principios de aquel colegio. Inquietud de los naturales con esta ocasión, que sosiegan los jesuitas. Misión del padre Concha a la Puebla de los Ángeles, y principios del colegio del Espíritu Santo. Solemnes fiestas en la colocación de las santas reliquias. Aumentos del colegio de Valladolid. Principios de fundación en la antigua Veracruz, y descripción de aquel puerto. Dase razón de no haberse encargado hasta aquí la Compañía de ministerios de indios. Principios de ellos en Huixquiluca. Nuevo socorro de misioneros, o historia singular del padre Alonso Sánchez, y novedades que introduce en lo doméstico. Cédula de concordia en los estudios de la real universidad y del colegio máximo. Llega el padre doctor Juan de la Plaza, primer visitador de la provincia, con el hermano Marcos. Carácter del padre Plaza. Tentación del padre Lanuqui y algunos otros. Pide el ilustrísimo señor arzobispo de Manila jesuitas para Filipinas, y compendiosa descripción de aquellas islas. Principios de la fundación de Tepotzotlán y sus efectos. Mudanza en el Seminario de San Pedro y San Pablo. Ministerios en los demás colegios. Fundación del Seminario de San Gerónimo. Muerte de don Alonso de Villaseca, y su elogio. Muerte del hermano Diego Trujillo, y estado del colegio de la Puebla. Intenta el señor arzobispo dar a la Compañía el Seminario de San Juan de Letrán. Auto

de la real audiencia para que se encargue la Compañía del Seminario de San Pedro y San Pablo. Misión en Guatemala y en las villas de Zamora y Guanajuato. Pretende la Compañía ausentarse de Tepetzotlán, preséntanse los indios al señor arzobispo, y auto honorífico de su ilustrísima en el asunto. Ocupación de los misioneros de Filipinas, y embajada del padre Alonso Sánchez a Macao, sus trabajos y feliz éxito. Reunión de los seminarios de San Bernardo, San Gregorio y San Miguel en el famoso colegio de San Ildefonso. Seminario de San Martín en Tepetzotlán. Pretende el visitador don Pedro Moya de Contreras se gradúen los jesuitas en la universidad sin propinas. Aumentos de los colegios de Pátzcuaro, Puebla y Valladolid. Sucesos de Filipinas y nuevos misioneros. Concilio quinto mexicano. Segunda congregación provincial, y misión a Teotlalco. Principios del colegio de Guadalajara, y descripción del país. Noviciado en Tepetzotlán. Partida del arzobispo y virrey don Pedro Moya de Contreras. Sucesos de Filipinas. Viaje a Europa del padre Alonso Sánchez. Ventajoso establecimiento del colegio del Espíritu Santo por don Melchor de Covarrubias, y breve descripción de aquella ciudad.

[Progresos de los estudios en el colegio máximo] La recluta de los nueve sujetos en que se había aumentado la nueva provincia, era la más a propósito del mundo para llevarla a su perfección, y darle todo aquel lucimiento, y todo aquel crédito de que se necesita por lo común en los principios de las grandes empresas. Se determinó como dijimos, que el padre Pedro de Hortigosa prosiguiese o comenzase de nuevo con la misma juventud el curso de artes que había comenzado el año antes el padre Pedro López. La profunda erudición de este insigne maestro, su prudencia y destreza en manejar los tirados de la América, y la emulación de los distintos seminarios, parecieron desde luego en las públicas funciones con aplauso de la real universidad y cabezas de la República, que se distinguieron en grandes demostraciones de sólido aprecio. El señor arzobispo, no pudiéndose resolver a que la luz de tanta doctrina se limitase a sola la juventud en los privados estudios del colegio, en que a muchos por sus ocupaciones o su carácter les sería imposible, o pudiera parecer indecorosa la asistencia; determinó que alguno de los padres leyese la teología moral en su mismo palacio. Escogió para esta importante ocupación al padre Pedro Sánchez, que en medio de los grandes afanes del gobierno de la Provincia, se encargó con gusto de un cuidado tan provechoso. Juntaba su ilustrísima todo su clero en días determinados, y asistía personalmente a oír de boca del padre los principios de la moral cristiana, las resoluciones de casos prácticos, que se proponían con la más humilde atención. Así debemos entender las palabras del maestro Gil González Dávila, en su Teatro eclesiástico de la América, cuando dice: «que este señor, deseoso del aprovechamiento de su clero, pidió del padre Pedro Sánchez leyese el catecismo en su palacio, y que el mismo arzobispo era de los oyentes». Sin duda por la palabra catecismo debió de entender, no precisamente la exposición de las doctrinas y artículos de nuestra fe, sino todo el fondo de la doctrina evangélica, aun en la parte que mira a los preceptos y obligaciones en que nos empeña la profesión del cristianismo. No contento aun este ejemplar prelado con una distinción tan

ruidosa, reconociendo en las mismas conferencias morales la falta que le hacia el método, la precisión y el orden de la filosofía y la teología escolástica, quiso que el padre Hortigosa le leyese privadamente una y otra. Sin embargo del grande peso de la mitra, daba lugar bastante a este penosísimo género de literatura. Hacía muchas veces el honor de convidar a su mesa a algunos maestros de la universidad y de las religiones para gustar de su erudita conversación, y de las disputas escolásticas que hacía nacer con arte entre los manjares. Esta especie de actos literarios era tal vez con más formalidades, retirándose a la granja de Jesús del Monte en tiempo de vacaciones, donde como uno de nuestros hermanos estudiantes se dedicaba enteramente a la tarea de lecciones, repeticiones, conferencias y demás ejercicios de la escuela. Raro ejemplo de sinceridad, que prueba bien cuánto la cristiana humildad es propia de las grandes almas. No fue tan fácil a la Compañía condescender a la honra que quiso hacerlo el señor virrey, como lo había sido dar gusto al ilustrísimo arzobispo. Intentó su excelencia que el curso de filosofía lo leyese el padre Hortigosa en la real universidad, y que allí mismo continuase después la teología. Muchas otras personas graves, y aun no pocos miembros del claustro, convenían en lo mismo; parte por hacer este honor a la religión; y parte por evitar los disturbios que pudieran nacer en la serie de los tiempos sobre el mutuo embarazo de unas y otras lecciones. Esta razón es por sí misma de tanto peso, que en fuerza de ella se ha visto después obligada la Compañía en tiempo de los reyes católicos don Felipe IV y don Carlos II; admitir las dos cátedras de prima y vísperas de que sus majestades se dignaron hacerle merced en las famosas universidades de Salamanca y Alcalá. Sin embargo, la modestia de nuestros primeros fundadores no se determinó a aceptar este honor, y para precaver las funestas consecuencias de una discordia entre los estudios, se resolvió ocurrir a su Majestad para que diese a nuestras escuelas un establecimiento sólido, y con que ponerse siempre a cubierto de cualquiera contraria pretensión; no porque hubiese entonces ni haya, habido después razón alguna de temerlo de parte de la real universidad, con quien se ha corrido siempre en una perfecta armonía, y que ha reconocido en nuestros estudiantes una entera sujeción a sus prudentísimos estatutos, y una materia fecundísima de sus mayores lucimientos. Uno y otro artículo, quiero decir, tanto el empeño de no admitir en la universidad cátedra alguna, como la subsistencia de los estudios públicos en el colegio máximo, ha sufrido en parte alguna variación que tendrá oportuno lugar en otro pasaje de nuestra historia. Pero ya que no se pudo omitir aquella honra, tampoco se pudo resistir a las grandes instancias con los señores arzobispo y virrey pretendieron que a lo menos los dos insignes maestros Pedro de Hortigosa y Antonio Rubio recibiesen el grado de doctores, como se ejecutó con grande aplauso y aceptación de todos los miembros de la real universidad, y singular honor de la Compañía.

[Ministerios en Pátzcuaro] No eran menores los progresos en los espirituales ministerios, tanto en México como en Pátzcuaro y en Oaxaca. En la capital de Michoacán correspondía maravillosamente el fruto a la expectación con que habían sido recibidos en ella los jesuitas. La escuela de niños, que cultivaba con el mayor esmero el hermano Pedro Ruiz de Salvatierra, para un taller donde se formaban desde los primeros años muy

ajustados cristianos, aun entre los indios, cuya amable simplicidad favoreció no pocas veces el Señor, aun a costa de algunos prodigios. Se estableció desde luego el uso de las misiones circulares por los pueblos vecinos, ocupación en que florecieron en este colegio hombres insignes, heredando, digámoslo así, unos de otros el fervor y el espíritu apostólico, de quienes esperamos hablar más largamente en otra parte. Un solemne jubileo que se publicó este año, ofreció buena ocasión para comenzar con esplendor este ejercicio. El confesonario y el púlpito partían todo el tiempo de nuestros operarios. El primer cuidado fue traducirles en lengua tarasca las oraciones y la explicación de nuestros dogmas y preceptos, de que había mucha ignorancia en los pueblos algo distantes. Se les procuró introducir el uso santo de cantar la doctrina cristiana, en que entraron con tanto ardor, que en las calles y plazas, y aun trabajando en sus oficios o labranzas del campo, se oían incesantemente los misterios de la fe, haciendo unos pueblos a competencia de otros, grandes progresos en esta sabiduría del cielo. La veneración en que tenían a su sacerdote y hechiceros, era uno de los mayores obstáculos a su salud. Estos fanáticos, fingiéndose en hombres inspirados, les amenazaban con la muerte y con la desolación de sus tierras, y publicaban tener en su mano la salud, la riqueza y la fertilidad, cuyas vanas esperanzas vendían muy caras a aquella gente infeliz, haciéndola servir a su ambición, a su sensualidad y a su codicia. Esto fue lo primero que procuraron extirpar los misioneros, exponiéndose a todos los resentimientos de aquellos ministros del infierno, que llegaban a experimentar no pocas veces; pero el Señor por otra parte autorizaba sus empleos apostólicos, y disponía en su favor los corazones de los pueblos. En uno de ellos, estando el padre bendiciendo agua en la sacristía, entraron muchos indios extremadamente afligidos del estrago que los ratones causaban en sus cementeras, sin que hubiese bastado a exterminarlos diligencia alguna. Suplicábanle que pasase a visitar personalmente sus heredades, creyendo que a la presencia de un ministro de Dios cesaría aquella calamidad. La viva fe de aquellos nuevos cristianos animó la del padre, y saliendo a la iglesia les hizo una breve exhortación sobre los desórdenes de su vida, fuente ordinaria de los temporales trabajos. Hízoles luego traer muchas vasijas y cántaros, y bendiciéndoles, les mandó que echasen de aquella agua santa en sus milpas, nombre que dan a las cementeras del maíz. El Señor, según su palabra, concurrió al fervor y devoción de aquella gente humilde y afligida, y pasando poco después por aquel pueblo el misionero, le dieron las gracias del alivio de sus miserias y felicidad de la cosecha.

Los indios, que según costumbre, guiaban a los padres en los caminos, no pocas veces con un piadoso engaño, los extraviaban y hacían pasar por otros pueblos de donde ellos eran, o donde habían tratado conducirlos, a instancias de sus habitantes. Los hombres de Dios se dejaban gustosamente engañar con este inocente artificio, de que tal vez se valía el Señor para la salud de sus escogidos. En un pueblo, como legua y media de Pátzcuaro, les salió arrastrándose al camino una india anciana, que estando ya desahuciada, y en los últimos términos de la vida, supo que pasaba por el lugar un padre, y anteponiendo al cuidado de la vida temporal el de la eterna, había salido a confesarse. Extraño espectáculo, sobre que no

podemos dejar de admirar las fuerzas de la gracia, y de hacer un triste paralelo con la delicadeza y el orgullo de los poderosos del mundo. El padre, dando a Dios muchas gracias de tanta fe y de tanta piedad, la confesó, la consoló y la animó con la esperanza bien fundada de su predestinación y de su dicha, que pasó a gozar (según podemos creer) dentro de pocos instantes. Llegando a otro pueblo concurrieron en gran número los paisanos con grandes demostraciones de veneración y de júbilo, pidiendo a los padres les hablasen algo de Dios y de lo perteneciente a sus almas, de que en más de quince años no habían oído una sola palabra. La hambre piadosa de los oyentes hizo esperar el gran provecho con que recibirían el pan de la celestial doctrina, como se vio desde luego en las confesiones y ejercicios de piedad a que se entregaron. En otro, no bastando los ruegos para detener al misionero que pretextaba la necesidad de anunciar el reino de Dios a otros lugares, determinaron escribir al padre rector de Pátzcuaro para obligarlo a detenerse otros dos días. Santa importunidad que el padre no pudo dejar de agradecer, y a que correspondió el cielo con abundantes bendiciones de inmenso fruto. El pueblo principal a que se destinaba la misión estaba sumergido en un profundo abismo de superstición y de desorden. Parecía a los padres, para explicarme con sus propias voces, que como en otro tiempo a San Pedro, se les tendía a la vista un lienzo lleno de bestias fieras, y de las más ponzoñosas sabandijas. La hechicería, la embriaguez y supersticiosa consecuencia, la más torpe sensualidad, estaban cuasi santificadas de la costumbre. Trabajose por algunos sin que hubiese aun alguna esperanza de remedio. El principal cacique el más interesado en la venta de los pulques (así llaman a una especie de vino o licor fuerte que extraen de la planta del maguey) y su pernicioso ejemplo arrastraba todo el lugar. Esto mismo dispuso Dios que fuese, el instrumento de la reforma. Uno de aquellos días, saliendo del sermón, en que el orador había declamado contra este vicio con extraordinaria energía, tocado de la gracia, mandó luego derramar todo el pulque, quebró las cubas donde se guardaba y los instrumentos necesarios a su extracción. Mandó asimismo pregonar en el pueblo que todos hiciesen lo mismo, so pena de ser públicamente azotados los transgresores, como lo ejecutó con la mayor severidad en lo de adelante. Omitimos otros muchos casos que hallamos en los antiguos manuscritos, que con lo edificante juntan mucho de maravilloso, no por que hagamos alarde de la incredulidad conforme al espíritu del siglo, sino porque juzgamos deberse acomodar mejor en las vidas de los varones ilustres por cuyo medio se obraron, de que esperamos formar el último tomo de esta historia.

[Ministerios en Oaxaca] En Oaxaca, muy desde sus principios, se había encargado la Compañía de la administración espiritual de un pueblo vecino a la ciudad que da su nombre el valle de Xalatlaco. Con esta ocasión eran muchos los indios que venían aun de otros pueblos a oír la palabra de Dios, y no menos abundante el fruto. En dicho lugar una india joven había sido por algún tiempo escandalosa red de muchas almas. Oyendo una de aquellas piadosas exhortaciones se confesó con extraordinarios afectos de compunción, y con tan eficaz deseo de enmendarse, como manifestó después con mucho mérito. En efecto, a pocos días la memoria de los pasados placeres comenzó a darle una guerra tan viva, que sin alguna tregua día y

noche la ponía en un riesgo evidente de desesperar. Entregose por dirección del confesor a los ejercicios de la más áspera penitencia. Eran frecuentes y rigurosos sus ayunos, diarias y sangrientas sus disciplinas, continuo el silicio, fervoroso y humilde su recurso al Señor; sin embargo, aun no se apagaba la llama con que quería el cielo probar su fidelidad o inspirarle una saludable desconfianza. Se tomó el trabajo de subir descalza con una pesada cruz sobre los hombros el repecho de un monte bastantemente declive y fragoso. Se consagró al servicio del hospital, donde entre los ascos y los espectáculos más tocantes a la miseria humana, se le olvidase y borrarse enteramente aquella molesta impresión del deleite. No hallando remedio en tantos piadosos ejercicios, determinó hacer, digámoslo así, el último esfuerzo del valor. Había entre los enfermos uno asquerosísimo, cuya cabeza encancerada era un manantial de podre y de granos. El hedor no era soportable aun a alguna distancia. La india afligida sentía en sí todo el horror de la naturaleza en solo acercarse a su lecho; pero animada de su mismo peligro, y llevada de un extraordinario impulso de la gracia, se arrojó a lamer la llaga hedionda, y lo que apenas se puede creer, perseveró en este ejercicio una semana entera, hasta que sacudió aquella peligrosa tentación. Acción admirable que aun en el grande apóstol de la India se hace mucho lugar a la atención, y que alcanzó de Dios, justo reconocedor del mérito, el singular privilegio de no sentir en lo de adelante las rebeldías de la carne. A otra india principal le había atraído su hermosura la persecución de un noble y poderoso, a que había resistido con heroico valor algunos años. En tanto intervalo de tiempo, y en la cualidad del pretendiente, es fácil imaginar los artificios, las amenazas, las mediaciones y promesas que haría jugar para sus vergonzosos designios. Finalmente, a pesar del recreo y cuidado que ella ponía en robarse a sus ojos, hubo de lograr con no sé qué ocasión la de hablarle y preguntarle el motivo de tanta resistencia. La virtuosa doncella, que asistía con frecuencia a la explicación de la doctrina y a recibirlos sacramentos en nuestra iglesia; y qué, señor, le respondió, ¿no habéis oído decir a los padres que de que se llega a la santa comunión se hace un cuerpo con Jesucristo?, y ¿permitiréis que yo haga esta injuria al Señor que frecuentemente recibo, haciendo servir el mío a la deshonestidad? Estas graves palabras bastaron para contener a aquel libertino, y librarla para siempre de su importuno amor. Ni eran los indios solos los que se aprovechaban tan bellamente de aquellas fervorosas exhortaciones. Una señora de lo más noble del país, aunque lo manifestaba poco en su vida licenciosa, vino por este mismo tiempo a confesarse. Su amargo llanto daba bien a conocer las disposiciones de su espíritu. Había oído pocos días antes un sermón en que el predicador había ponderado con grande energía aquel texto de San Pablo, que el pecador vuelve a sacrificar al hijo de Dios. La imagen de Jesucristo, a quien le parecía había crucificado tantas veces, hizo por entonces mucha impresión en su alma; pero concurriendo poco después con aquel la misma persona que había sido hasta entonces el motivo de sus disoluciones, cedió fácilmente a su inclinación. Divertíase con él a deshoras de la noche en sus amatorias conversaciones, cuando repentinamente sin viento o alguna otra causa que pudiera ocasionarlo, se apagó la luz que los alumbraba. ¡Saludable obscuridad que fue todo el principio de su dicha! Determinó

pasar a encender la luz a otra cuadra, y había de pasar forzosamente por una pieza grande obscura y sola. El suceso mismo de haber faltado la luz, que tenía no sé qué de maravilloso y extraordinario, el silencio de la noche, la oscuridad, el pavor tan natural a su seso, y más que todo, el mal estado de su conciencia, junto con la memoria de aquel pensamiento que poco antes había agitado su espíritu, todo esto, digo, le perturbó la imaginación de tal manera, que le pareció que veía, o vio en realidad, a Jesucristo clavado en la cruz y bañado en la sangre que corría de sus llagas aun recientes. Este espectáculo le deshizo en dulcísimas lágrimas, y vuelta al cómplice le suplicó por último favor que la dejase llorar las culpas que él había ocasionado; y hecha una sincera confesión, vivió después ejemplarmente el resto de sus días.

[Primera congregación provincial] Con tales sucesos como estos, bendecía Dios los trabajos de nuestros operarios. De todas partes venían al padre provincial noticias que lo llenaban del más sólido consuelo, y creyendo que causarían este mismo efecto en el ánimo del padre general Everardo Mercuriano, y de todos los jesuitas de Europa, determinó no tenerlos más tiempo privados de tan agradables maestros. Juntó congregación provincial para elegir procuradores a las dos cortes de Roma y Madrid. Esta providencia, fuera de estar muy recomendada en nuestro instituto, pareció necesaria en las circunstancias de una nueva provincia para la confirmación de los colegios, asignación de sus respectivos rectores, y una individual relación de sus progresos. Debían pedirse varios reglamentos para lo venidero a nuestro padre general, y darse cuenta muy exacta al rey católico de una obra que su Majestad había querido mirar como suya y promover con tanta dignación.

Los únicos vocales de semejantes asambleas, según nuestras constituciones, deben ser los profesos de cuarto voto. Pero en treinta sujetos, o poco más, de que entonces se componía la pequeña provincia, no se hallaba de este carácter sino uno solo, fuera del padre provincial, que era el padre Pedro Díaz. Tanto se ha juzgado siempre digna de aprecio esta cualidad en la Compañía. El padre doctor Pedro Sánchez, para suplir este defecto, nombró consultores de provincia y admonitor suyo. A estos, dice el padre Juan Sánchez en un retazo de historia que nos ha quedado de su mano, se dio voto en congregación que con tanta simplicidad y lisura se procedía en aquel tiempo, y juntos todos, que fueron cinco, eligieron por procurador al padre Pedro Díaz, actual rector del colegio de Oaxaca, sujeto capaz de dar en aquellos grandes teatros mucho crédito a la provincia, y de manejar con aire los importantes asuntos de que se había encargado. Se le dio por substituto al padre Alonso Ruiz, que un año antes había venido de la Europa. Esta fue la primera congregación de la provincia de Nueva-España, celebrada el 5 de octubre de 1577. Por estar ya tan avanzada hacia el invierno la estación, no pudieron los navíos salir de Veracruz hasta la siguiente primavera. Fuera de los domésticos negocios llevaban a su cuidado algunos otros del señor arzobispo, y muchos curiosos presentes de este prelado para el Sumo Pontífice Gregorio XIII, en que no tanto hacía alarde de sus rentas y riquezas como de la veneración y respeto con que reconocía y protestaba la dependencia y unión a la soberana cabeza de la iglesia. Imágenes muy exquisitas de pluma de diversas especies, de bálsamos, piedras bezoares, singulares raíces, y

otras cosas medicinales; grande acción de piedad, en que conforme a la antigua disciplina se hizo servir a la religión y a la fe lo que sacrifica el mundo a su profanidad y ambición. A fines de este mismo mes comenzó a leer su curso de filosofía el padre doctor Antonio Rubio. Los grandes aplausos que tuvo este docto escritor en la América, merecen que se haga de él esta particular memoria. Después de algunos años de cátedra, que gastó en pulir aquellas mismas doctrinas, partiendo a Roma de procurador de la provincia, imprimió en España el celebrado curso filosófico que ha eternizado su nombre. La Universidad de Alcalá por auto muy honorífico a la Compañía y al padre Rubio, mandó que todo los cursantes de aquella famosa academia, siguiesen aquel mismo plan de filosofía con grande gloria de la Universidad de México, de cuyo gremio salió tan celebrado maestro. El padre procurador Pedro Díaz con el hermano Martín González, después de una larga detención, salieron de San Juan de Ulúa y con próspera navegación llegaron a Cádiz. En México a principios del año de 1578, o a fines del año antecedente, se había remitido de Roma un riquísimo tesoro de reliquias. La Santidad de Gregorio XIII llevado de aquel paternal amor que mostró siempre a la Compañía, sabiendo como trabajaban por la gloria de Dios en estas partes de la América, quiso excitar su fervor, y animar la de recién plantada en estos reinos con los preciosos despojos de muchos santos, que desde sus primeras cunas ha conservado con veneración la Iglesia santa, como pruebas de la verdad de nuestra religión, como memorias de su virtuosa vida, y como prendas de su resurrección gloriosa. Para este efecto, dio facultad a nuestro maestro reverendo padre general Gerardo Mercuriano, para que de los inmemorables sepulcros y memorias antiguas que conserva y venera aquella patria común de los mártires, extrajese reliquias y las remitiese en su nombre a las provincias de Indias. A la de México, se remitió desde el año de 1575 una crecida cantidad en un aviso de España, que naufragó a la costa de Veracruz. La gente de mar se apoderó de aquel rico tesoro, que apenas apreciaba sino por los exteriores adornos. A pocos días de verse libre del naufragio por la pasada fatiga y el poco favorable temperamento de aquel puerto, se apoderó de ellos una epidemia de que morían cada día muchos. Los que habían repartido entre sí las reliquias, dieron parte al comisario del santo oficio, que allí residía, añadiendo que los cajones en que venían, según el rótulo, parecían pertenecer a los padres de la Compañía. Restituyó cada uno lo que había tomado, y el comisario las remitió luego a México, donde se recibieron con grande veneración; pero con el pesar de no poderlas exponer al público culto por la falta de auténticas o certificaciones necesarias, de cuya conservación no habían cuidado los marineros. Diose a Roma noticia del naufragio, pidiéndose nuevas auténticas; pero Su Santidad quiso añadir otro nuevo favor, mandando extraer mayor porción de ellas, que llegaron con felicidad. Muchas vinieron insignes por su magnitud, y muchas por los santos de cuyos cuerpos se tomaron. Entre estas, las más especiales fueron una espina de la corona de nuestro Salvador, un Lignum Crucis, otras del vestido de la Santísima Virgen, de su castísimo Esposo y de Señora Santa Ana. Dos de los príncipes de los Apóstoles San Pedro y San Pablo, y once de los restantes: veinticuatro de santos confesores, catorce de santos doctores, veintisiete de algunos santos particulares, cincuenta y siete de santos mártires de

nombre conocido, con otras muchas, que por todas eran doscientas y catorce de algunos bienaventurados, cuyos nombres ignora la Iglesia Militante, y espera leer en el libro de la vida. Luego que se recibieron en casa, conformándose a la disposición del Sacro Concilio Tridentino, se dio parte al ilustrísimo señor don Pedro Moya de Contreras, que pasó luego a reconocerlas y las adoró el primero. Estuvieron por algún tiempo en una decente pieza interior del colegio, ínterin se disponía lo necesario para la colocación, en que se interesó la ciudad para hacerlo con el aparato más magnífico que hasta entonces ha visto en la América. En presencia de aquel sagrado depósito, (dice un antiguo manuscrito de aquellos tiempos) pasaban los nuestros muy largos ratos de oración, y se experimentó en todos un nuevo y sensible fervor, que se atribula justamente a la intercesión de aquellos amigos de Dios, a quienes ha querido honrar su Majestad excesivamente.

[Incendio en Pátzcuaro] Mientras que en México se disponía todo para una función ruidosísima en la colocación de las santas reliquias, cuyos preparativos ocuparon cuasi todo el año, en Pátzcuaro un voraz incendio consumió una gran parte de nuestra iglesia, y habría acabado con toda ella si no lo hubiera impedido la gran diligencia de los indios. Ellos dieron en esta ocasión una prueba bien sensible del grande amor que profesaban a la Compañía. Cayó un rayo en la techumbre de nuestro templo, que había sido, como dijimos, la antigua Catedral. Su maderaje antiguo y seco, y un viento fuerte que reinaba del Sur, animaban la llama. Los truenos y centellas eran frecuentes y espantosas. Iglesia y colegio se tenía muy en breve reducido a cenizas. Los padres en aquella repentina consternación, no habían podido poner en salvo cosa alguna. La intrepidez de los tarascos suplió a todo. Divididos en tres tropas que conducían los tres principales caciques de la ciudad, unos tomaron a su cargo transportar los muebles de la casa: otros con mayor peligro desalojar los altares y asegurar las alhajas de la iglesia; otros finalmente, más valerosos, montaron las paredes armados de los instrumentos necesarios para destrozarse el artesonado, y de mantas, capotes y otros géneros mojados, y muchos cubos de agua para sofocar la llama, como en efecto lo consiguieron, sin muerte o fatalidad notable. El valor, la actividad, y sobre todo, el orden con que se ejecutó, hubiera sido admirable en la gente más disciplinada y más culta de la Europa. Los padres volviendo al colegio, no hallaron sino las paredes enteramente desnudas. Del techo de la iglesia se había consumido una gran parte; la mayor y principal se había preservado. Gustosamente daban por perdidos los padres los muebles de la casa. Sentían los vasos sagrados y demás alhajas de sacristía; pero no era posible averiguar donde estaban, ni por otra parte querían ofender a aquellos mismos a quienes se confesaban agradecidos. Poco les duró este embarazo. Serenado todo aquel alboroto, y reconocido a su satisfacción todo lo que necesitaba de reparo, con el mismo orden fueron restituyendo cuanto habían llevado. Una estampa, una pluma no falló, con grande admiración y reconocimiento de los padres.

Fue mayor aun su sorpresa cuando los tres caciques después de haber tomado sus medidas y conferenciado con los de su nación, volvieron a presentarse al padre rector. Este les dio muy afectuosas gracias por el importante servicio que acababan de hacer al Señor y a la Compañía; pero ellos que no

tanto querían mostrarse acreedores al agradecimiento, cuanto empeñarse en nuevos servicios: «Por mucho, dijeron, que a tu buen corazón parezca, padre, que hemos hecho nosotros en preservar de su total ruina la casa de Dios y la vuestra, a nosotros no nos parece haber cumplido con nuestra obligación, mientras vemos destechada y expuesta a las injurias del tiempo vuestra iglesia. Este edificio lo levantaron nuestras manos. A ellas pertenece también repararlo. Tiene también para nosotros la grande recomendación de haber trabajado en ella el primer pastor y padre de nuestras almas, y estar ahí sepultado su cuerpo venerable, cuya atención, prescindiendo de cualquiera otro motivo, sería bastante para empeñarnos a procurarle toda la decencia que alcanzan nuestras fuerzas. Solo te pedimos, pues, nos hagas el honor de reedificarlo a nuestra costa. Sabemos las cortedades que padecéis, y podéis estar seguros, que en esto no os hacemos favor alguno, ni miramos sino a nosotros mismos, y a todo este gran pueblo, a cuyo bien os habéis enteramente dedicado, y en cuya utilidad ceden todos vuestros saludables ministerios». El padre rector agradeció, como debía, tan singular atención a los caciques. Y en efecto, aunque algunas otras piadosas personas concurrieron de su parte con algunas limosnas, todas, ellas no habrían bastado sin la liberalidad de los indios. Se emplearon en esta obra más de quinientos. Venían por las mañanas a trabajar, y sacian al campo coronados de guirnaldas de flores, y de la misma suerte conducían a la iglesia las maderas, con música de sus clarines y flautas, como consagradas al culto de Dios, en que mostraban al mismo tiempo la piedad y la alegría, que tanto aprecia el Señor en las dádivas que se ofrecen a su culto. Con semejantes trabajadores, dentro de muy poco se renovó y aun mejoró la fábrica de nuestro templo, de que algunos días después tuvieron mucho que sentir y en que manifestar de mil modos la aflicción y singular aprecio que hacían de los jesuitas.

[Inténtase la traslación de la Catedral de Pátzcuaro a Valladolid] Había determinado por este mismo tiempo el ilustrísimo señor don fray Juan de Medina Rincón, que actualmente presidía aquella iglesia pasar de Pátzcuaro a Valladolid la Catedral de Michoacán. Habíase intentado esta traslación desde el tiempo del señor don Antonio Morales, segundo pastor de aquella iglesia. Obtúvose la bula de su santidad y la licencia del rey católico; pero las dificultades con que se tropezaba en la ejecución, fueron tantas, que dicho señor pasó, como cirros, al obispado de Tlaxcala sin haberse podido resolver a poner en práctica sus designios. El señor don Juan de Medina, que le sucedió en el obispado y fomentaba el mismo deseo, tuvo que luchar algún tiempo con muelles de los republicanos, y los más ancianos de su cabildo, que no podían resolverse a dejar sus casas y las antiguas comodidades de Pátzcuaro, a quien miraban como a hechura suya, y como una tierna memoria de su primer obispo y padre don Vasco de Quiroga. Alegaban que el santo prelado había escogido aquel lugar por divina revelación. En efecto, era fama común que solicitó el señor don Vasco de un lugar a propósito para establecer su silla episcopal, y recorriendo para este efecto su diócesis, llegó a Pátzcuaro, donde no halló más que un carrizal a la falda de una pequeña altura. Pasó allí en oración gran parte de la noche, y sobrecogido del sueño, se le apareció el doctor de la iglesia San Ambrosio, diciéndole, que dejase allí su residencia: se cree, que al golpe de su báculo brotó a la falda de aquel

montecillo un ojo de agua, saludable y cristalina, de que se provee todo el lugar, y a cuya educación milagrosa, fuera de la común tradición, favorecen no pocas de las antiguas pinturas. El suceso pareció mostrar que había sido del cielo la elección. Los indios, en número de más de treinta mil, dejaron con gusto sus pueblos por venir a establecerse en la nueva ciudad. Los más de los españoles, que desde el tiempo de Cortés, bajo la conducta de Cristóbal de Olid, se habían establecido en Tzinzunza, se pasaron a Pátzcuaro, que se hizo desde entonces el centro de todo el comercio, y como la corte de Michoacán. A pesar de la contradicción de los antiguos capitulares, que ya eran pocos en el cabildo que se juntó para explorar, según el tenor de las bulas, su consentimiento, quedó resuelta la traslación por la mayor parte de los vocales. Leyéronse luego las reales cédulas, en que su Majestad mandaba se trasladase a Valladolid el alcalde mayor, justicia y regimiento de Pátzcuaro. La nueva metrópoli no distaba de allí sino siete leguas al Este Surueste. Hasta entonces no había sido sino un ruin cortijo con ocho u diez casas de españoles, y dos conventos de San Francisco y San Agustín. Esta ciudad, pretenden algunos, haberla fundado el maestre de campo, Cristóbal de Olid, y que de su apellido y la última sílaba de su nombre, se le dio el que tiene. De esta opinión ha sido Gil González de Ávila, de donde sin duda le tomaron el padre Murillo y algunos otros modernos a quienes favorece Bernal Díaz del Castillo, autor poco exacto en este género de noticias. No sabemos que tenga más fundamento esta opinión, que la analogía del nombre, y saberse por otra parte que Hernando Cortés, mandó a Cristóbal de Olid a Michoacán con cien infantes y cuarenta caballos; pero estos, no se establecieron sino en Sinsonza, y de allí pasaron algunos a Colima a descubrir y pacificar la Costa. Parece lo más cierto, que la ciudad de Valladolid la fundó don Antonio de Mendoza, primer virrey de Nueva-España. Con ocasión de ir a pacificar los rebeldes de Suchipila, jurisdicción de la Nueva Galicia, se dice haber pasado por aquel país, cuya hermosa vista le encantó. Determinado a fundar en aquella rasa y fértil campiña una ciudad, que fuese algún día la capital de la provincia, hizo en nombre del rey merced de tierras a los que quisiesen poblar en aquel sitio. Otros piensan haber sido con el motivo de una caza. En efecto, sabemos cuanta era la afición de este señor a este noble ejercicio, y que de la que hizo uso de los antiguos mexicanos en las vecindades de San Juan del Río, dura aun fresca la fama en el llano hermoso que conserva hasta hoy el nombre del Cazadero. Sea de esto lo que fuere, la ciudad está como a sesenta leguas al Oeste de México. La abundancia del país, genio y religión de sus antiguos habitantes, es muy semejante a la de Pátzcuaro, de quien ya hemos hablado. Le dan sus naturales el nombre de Guayangaré. Herrera la pone en 19 grados 10 minutos de latitud boreal; los más modernos en 20. El primer convento que tuvo fue el de San Francisco, fundado por fray Antonio de Lisboa. Sobrevino la religión de San Agustín, que allí tiene un magnífico convento, cabecera de una religiosísima provincia. Los Carmelitas se establecieron por los años de 1593, en tiempo del ilustrísimo señor don fray Alonso Guerra, que fundó también el monasterio de Santa Catarina, sujeto al ordinario. Algunos años después, los de Nuestra Señora de la Merced y la hospitalidad de San Juan de Dios. Villaseñor le da en el día a Valladolid como veinticinco mil almas entre

españoles, mestizos y mulatos. Indios hay pocos, y hubo aun menos en sus principios. El maestro Gil González, dice que don Antonio de Morales, primero de este nombre, trasladó la iglesia catedral de Pátzcuaro a Valladolid. No podemos dejar de sentir la flaqueza de su memoria, cuando en el párrafo siguiente, hablando de don fray Juan de Medina, sucesor del señor Morales, dice: este prelado trasladó la iglesia catedral de donde estaba a donde está. Fácilmente podríamos excusar y querriamos este paracronismo, entendiendo lo primero de la intención eficaz de aquel señor obispo, y de las bulas y cédulas que se obtuvieron en su tiempo; puro son tantos los descuidos que se notan, semejantes en este autor, que no podemos entrar en el empeño de defenderlo. Del señor don Vasco de Quiroga, dice que fundó en Valladolid el colegio de la Compañía de Jesús. Aun citando en tiempo de aquel ilustrísimo hubiera tenido Valladolid alguna forma de ciudad, es cierto que según el mismo autor, la Compañía no vino a las Indias sino después de algunos años de muerto el venerable don Vasco, que en el verdadero cómputo son siete, aunque en el suyo son cinco, porque falsamente hizo venir a los jesuitas el año de 1570 en 23 de junio. Esto hemos notado de paso para que nadie quiera juzgar de nuestra cronología por la del maestro Gil González. Laet en su descripción de la América, dice haberse ejecutado esta traslación el año de 1544. Este diligente flamenco confundió vergonzosamente la primera traslación de Tzinzunza a Pátzcuaro, que fue efectivamente ese año, con la de Pátzcuaro a Valladolid. Bernal Díaz del Castillo y el padre Basalenque, en la historia de su provincia, la afijan el año de 80, contando desde aquel tiempo en que acabó de trasladarse toda la ciudad, aunque se había resuelto en cabildo y comenzado a poner en ejecución desde fines del de 1578.

[Inquietud de los naturales con esta ocasión, que sosiegan los jesuitas] Traslada la Catedral, era indispensable trasladarse el colegio Seminario de San Nicolás, de que era patrono el cabildo, y de cuya dirección, tanto por condescender con los antiguos deseos del señor don Vasco, como en fuerza de cláusula de fundación de nuestro colegio, se había encargado la Compañía, en cuya consecuencia deban pasar también a Valladolid los maestros de escuela y de gramática. El padre provincial Pedro Sánchez, persuadido a que todos los españoles de Pátzcuaro, y aun la mayor parte de los indios, se procurarían establecimientos en la nueva ciudad, había determinado que se trasladase allá también el colegio. El amor de los paisanos a aquel su antiguo sitio, y el que igualmente profesaban a los padres, no dejó poner en ejecución estas prudentes medidas. Cuando vieron comenzar a despojar las iglesias de todos sus adornos, que las alhajas a que ellos habían contribuido con su trabajo y sus limosnas, que las estatuas y pinturas a que se tenía mayor devoción, eran puestas en carros para conducir las a la nueva ciudad, al que corrían por cuasi todos los semblantes, manifestaron bien las disposiciones del pueblo, que se hacía aun violencia para contenerse en los límites de un modesto dolor. Pero viendo deshacer los altares y transportar las reliquias que con tanto costo y solicitud había alcanzado de Roma el señor don Vasco, y de que había procurado hacerles concebir la mayor estimación y confianza, no guardaron medidas. Prorrumpieron en sollozos, que degeneraron breve en un tristísimo alarido. De la iglesia pasó a las calles vecinas, y muy luego a

toda la ciudad. De todas partes acudían a millares; unos cercaban la iglesia, otros los carros ya cargados. Cada uno suspiraba por el santo de su mayor devoción, cuyo nombre repetían con voces lastimosas, y entre la multitud se oía sonar con un tiernísimo afecto que aumentaba la aflicción el nombre de don Vasco, del obispo santo, del padre de los tarascos, del fundador de Pátzcuaro. Seguramente entregada la ciudad al pillaje de una nación enemiga, no se habría visto en mayor consternación. Procuraban algunos consolar al pueblo con muy bellas razones; pero eran inútiles todos los esfuerzos, mientras veían crecer a cada instante los motivos de su congoja. Intentaron descolgar una hermosa campana que había mandado fundir y consagrado con grande solemnidad y aplauso de toda la multitud el señor don Vasco de Quiroga. Era esta el único consuelo y recurso en las tempestades de truenos y rayos, de que había sido antiguamente muy molestado el país. A este espectáculo, mudaron de semblante las cosas. De un pesar agravado, se pasa muy fácilmente al furor y a la cólera. Los indios corrieron prontamente a sus casas, se arenaron de sus arcos y flechas, y volvieron en tropas a la defensa de la torre. Los españoles interpretando aquel movimiento, no tanto, como era en realidad, por una piedad imprudente, cuanto por un principio de rebelión que había hallado ocasión de prorrumper con este bello pretexto, se armaban ya, se nombraban oficiales, y se procuraban poner en estado de defensa. Pareció bien en esta ocasión todo el ascendiente que tenían los jesuitas sobre aquel gran pueblo. Persuadieron fácilmente a los españoles que aquella no era sedición contra el soberano, ni era justo alumbrarles con la misma precaución y desconfianza un delito de que ellos no habían dado hasta entonces el menor indicio a los indios: que la intención de su Ilustrísima no era privarlos de aquel consuelo; que se habían tomado aquellas providencias en la persuasión de que ellos vendrían a mudarse a Valladolid, donde se les prometían tierras más fértiles, y temperamento más sano; que si después de todo querían permanecer en Pátzcuaro, no se les molestaría más en el asunto, ni se les daría más motivo de inquietud. Con estas palabras cesó por entonces aquel tumulto, que sin duda hubiera tenido funestas consecuencias, y revivido después con mayor fuerza si no se hubiera tomado la providencia de dejar allí la campana.

Con el ruido de las armas no cesó enteramente la causa que traía tan afligido al pueblo. Supieron la determinación del padre provincial, y como se pretendía pasar nuestro colegio. Luego corrió allá toda la muchedumbre. Cercaban la casa desde afuera con grandes alaridos. Los que entraban dentro se arrojaban a los pies de los padres, preguntándoles con lágrimas si querían también desampararlos. Tuvieron por respuesta, que esa determinación se había tomado en suposición de que todo el vecindario, o la mayor parto de él se mudase; pero que si ellos no estaban en ese ánimo, no les faltaría el colegio, aunque hubiesen de sacrificarse los padres a mendigar entre ellos el sustento. Quedaron llenos de consuelo, y colmando de bendiciones a todos los sujetos de aquella casa. Solo restaba una grave dificultad. Se había dado, como dijimos, para iglesia nuestra la antigua Catedral, en que yace el venerable cadáver del señor don Vasco. Habíase éste entregado a los nuestros como en precioso depósito, que deberían restituir sin embarazo siempre que se verificase la traslación de la silla

episcopal. Cumplida ya la condición, reconviniéron a los padres para la entrega, a que no sin grave pesar, se mostraron prontos, aunque previendo bien que sería difícil ejecutarlo sin una extraña conmoción de todo el pueblo. Efectivamente, este era el golpe más doloroso para los indios. Luego que lo supieron se renovó el llanto, y aun la indignación. Volvieron a las armas y tuvieron algunos días acordonada la iglesia y el colegio, mudándose toda la noche las centinelas. Cuando ya pareció estar más descuidados, vino una de las dignidades del cabildo para que ocultamente se extrajese el cuerpo. No se ocultó este ardid a la vigilancia y celo de los tarascos. Volvieron a cercar toda la cuadra y para que jamás pudiese moverse el sepulcro sin noticia suya, cortaron una loza de enorme peso y magnitud, y lo sellaron con ella a su satisfacción. El cabildo se vio obligado con dolor a sobreseer en el asunto. Los indios triunfaron, quedándose con el cadáver de su amado padre, a que les parecía estar vinculada toda la felicidad de su país, y los jesuitas tuvieron, y tienen aun hoy el consuelo de que esté sepultado entre ellos un prelado tan santo y que profesó siempre un tan sincero amor a la Compañía. Por lo que mira al colegio, no se movió alguno de los sujetos. Esta atención pareció necesaria a la confianza y amor que habían mostrado aquellas buenas gentes. El padre provincial vio muy bien la incertidumbre y la incomodidad a que iba a exponer a los suyos, que se enviaban a Valladolid. Esta ciudad comenzaba cuasi a fundarse entonces. El señor obispo y su cabildo, aunque tan favorecedores de la Compañía, se veían empeñados en el edificio de la nueva Catedral y de sus respectivas habitaciones, como los demás republicanos.

[Principios del colegio de Valladolid] Sin embargo, por no faltar lo que se había convenido con un cuerpo tan respetable, se enviaron allá dos sujetos de grande religiosidad, que fueron los padres Juan Sánchez y Pedro Gutiérrez. El primero por superior de aquella residencia, y el segundo de maestro de gramática, a que se añadió poco después un hermano coadjutor para la escuela. El regimiento de la ciudad había prometido al padre provincial que poco antes había venido de la visita del colegio de Pátzcuaro, ayudar con lo que predicán al acomodo de los nuestros. Hospedáronse estos en una casa muy antigua y ruinoso que los demás habían despreciado. El padre Juan Sánchez, hombre industrioso y perito en la arquitectura y matemáticas, la aseguró lo mejor que pudo. De un establo y otra pieza que se le añadió reformó una pequeña iglesia, tanto más devota cuanto más semejante a la primera habitación que tuvo el hijo de Dios sobre la tierra. Dos de los regidores se encargaron de juntar entre los vecinos alguna limosna para el colegio. Estos eran tan pocos, que apenas llegaban a cuarenta, y todos pobres; sin embargo, se dieron a esta piadosa fábrica algunas deudas, aunque pocas de ellas se cobraron. A los ocho días trajeron los diputados a casa las escrituras y entregaron al padre superior diez pesos y tres reales en plata. Por la cortedad de este donativo será fácil conocer las necesidades que pasarían los fundadores de Valladolid en los primeros meses. El señor obispo entre las muchas y gruesas limosnas que hacía a toda la ciudad, no se olvidó de los jesuitas, pero más que todos se esmeraron en procurarles todo alivio las dos religiones de San Francisco y San Agustín. Los dos esclarecidos conventos, de concierto entre sí quisieron tomarse la obligación muy propia de su

caridad, de enviar cada semana al colegio lo necesario de pan y carne, y tal vez algunas cosas pertenecientes al servicio de la iglesia.

Piadosísimo ejercicio en que constantemente perseveraron todo el tiempo que aquella casa destituida de fondos no podía sostenerse por sí misma, que dura aún y durará siempre en la memoria y agradecimiento de aquel colegio y de toda la provincia. Tales fueron los principios de esta fundación, fecundos en abatimientos y en pobreza, que llevaban aquellos primeros jesuitas con una alegría y prontitud de ánimo muy propia de su instituto apostólico y poderosa para conciliarse el afecto y veneración de toda la ciudad. Hombres, que abandonándose enteramente al cuidado de la Providencia, solo procuraban el alivio y la salud de sus hermanos. Como si no tuvieran cuerpos que sustentar y que vestir, se les veía del todo ajenos de aquellas congojas que tercian embargada la ciudad, recogidos dentro de casa entregados a la educación de la juventud y a sus religiosas distribuciones. No parecían en las calles sino predicando los días de fiesta, o con la campanilla en la mano juntando a los niños y gente ruda para la explicación de la doctrina.

[Misión del padre Concha a la Puebla, y principios de aquel colegio] Cuasi al mismo tiempo que sobre estos cimientos se fundaba el colegio de Valladolid, el padre Hernando Suárez de la Concha corría en fervorosas misiones el territorio de la Puebla. En todas partes hallaba mucho en que emplearse su celo infatigable. En los pocos años que llevaba de América había caminado ya en este apostólico ejercicio todo el arzobispado de México y obispado de la Puebla; dos o más veces había corrido el de Michoacán, otras tantas la Nueva Galicia, y una gran parte de la Nueva-Vizcaya. De los cuatro colegios que hasta entonces contaba la provincia, dos puede decirse con verdad, se debían al buen olor de edificación que este grande hombre había dejado de la Compañía en sus excursiones apostólicas. Presto lo veremos echar los fundamentos de otro más ilustre en la ciudad de los Ángeles. Ocupábase el padre en hacer misión en la villa de Carrión o de Atlixco, a pocas leguas de Puebla, cuando recibió orden de pasar allí a predicar la cuaresma. No era esta la primera ocasión que había hecho cruda guerra a los vicios en aquel mismo campo. En la ocasión presente pareció haberse excedido mucho a sí mismo en la fuerza y energía de su elocuencia, y haberse multiplicado el trabajo. No parecía posible que un hombre solo pudiese predicar con tanta frecuencia y tanto ardor, entregarse tan de espacio y con tanta tranquilidad al consuelo de los penitentes, responder tantas consultas, y componer tantos litigantes, que con una entera eficacia se comprometían en su persona. Una caridad tan oficiosa y tan enteramente consagrada sin algún interés personal a la utilidad pública, convirtió así los ojos de toda la ciudad. Comenzose a tratar con ardor de la fundación de un colegio; no eran nuevos estos deseos en aquella ilustre república. Desde que pasaron por allí los primeros jesuitas en su viaje a México había pretendido detenerlos. Dijimos como el doctor don Alonso Gutiérrez Pacheco, primer comisario del Santo Oficio y segundo arcediano de aquella Santa Iglesia, los había sacado del mesón y obsequiados en su casa. Este ilustre prebendado no olvidó jamás la palabra que le dio entonces el padre Pedro Sánchez, y había procurado fomentar en su cabildo los mismos deseos. El ilustrísimo señor don Antonio Ruiz Morales, quinto obispo de aquella

ciudad, que había quedado muy edificado de las religiosas virtudes del padre Juan Curiel en Michoacán, y de los otros padres que había tratado en México, contribuyó no poco a hacerles formar un alto concepto de nuestro instituto, como que de cuya observancia acababan de ver una prueba bien sensible en el deseo de aquella misión y de otra antecedente. Este señor había muerto un año antes, y gobernaba el cabildo Sede vacante, en el cual don Alonso Pacheco tenía una grande autoridad y estimación, aun más que por su dignidad, por su gran virtud y literatura, que lo merecieron algunos años después el honor de ser diputado a Roma, para impetrar del Sumo Pontífice Paulo V la confirmación del concilio mexicano. No le fue difícil persuadir a los demás miembros del cabildo y a la ciudad, un asunto a que por sí mismos estaban ya bastantemente inclinados. Trataron de acuerdo con el padre Concha, y este pasó la noticia al padre provincial, que admitió gustosamente la propuesta. El arcediano, ya que algunas justas obligaciones no le daban lugar a hacernos, como había deseado, donación de la casa en que había hospedado a los misioneros, hizo por lo menos toda la caridad que pudo rebajando mucho de su valor, y vendiéndola a la Compañía en solos nueve mil pesos, a pagar en diversos plazos. Estaban las casas en el sitio mejor de la ciudad, a una cuadra de la Catedral, plaza mayor y casas de cabildo, justamente en aquel mismo lugar en que hoy está el colegio. Para dar asiento fijo a la fundación, pasó a la Puebla el padre Pedro Sánchez con el padre Diego López de Mesa, a quien dejó por superior de aquella casa, de que se tomó jurídica posesión el día 9 de mayo de 1578.

[Colocación de las santas reliquias] Dejamos disponiéndose en el colegio máximo la solemne colocación de santas reliquias. El excelentísimo señor virrey, los cabildos eclesiásticos y secular, los colegios, los republicanos, y las señoras mismas, quisieron tomar mucha parte en la dedicación y hacer alarde no tanto de su riqueza, como de su piedad, y lo que acaso pudiera hacerse increíble, de la grande aceptación y general aplauso que en tan pocos años se ha granjeado la Compañía. De la relación de estay fiestas, sacó a luz un tomo el padre Pedro Morales; pero por ser hoy muy exquisito este libro y tener aquí su propio lugar, daremos una idea general, dejando aquellas particularidades que están bien en una circunstanciada relación, y no tienen lugar decente en una historia.

Mandáronse imprimir unos breves sumarios de todas las reliquias, de las muchas indulgencias que la Santidad de Gregorio XIII concedía para el día de su colocación, que se señalaba el 1.º del próximo noviembre, y de otra, que había añadido de su parte el señor arzobispo. Con esto se convidaron las cabezas eclesiásticas y seculares, y las personas más distinguidas de esta ciudad. Y pareciéndoles a los diputados poco concurso el de todo México, despacharon fuera de él muchas copias a todas las ciudades y lugares del reino, con una relación del grande aparato que se prevenía. La devoción o la curiosidad fue tanta, que de muy lejos se vieron correr en tropas a la capital, y su notó, no sin admiración que fuese en fuerza del convite, o lo que parece más verosímil, por una rara y misteriosa contingencia, que de todas las catedrales del reino se hallaron para el día 1.º de noviembre algunos capitulares que la iglesia metropolitana, como si fuera de su mismo gremio, abrazó y honró cuanto fue posible con los más distinguidos puestos. La ciudad y ayuntamiento publicó un cartel

literario con siete certámenes, señalando ricos premios y jueces que reconociesen el mérito de las piezas y los adjudicasen a las que debían ser coronadas. Este cartel, con el noble acompañamiento de los diputados y algunos otros caballeros, de muchos colegiales de los seminarios, y otros de los más principales de nuestros estudios, con ricos vestidos y jaeces, al son de trompetas y clarines, se paseó por las calles. Llegando la vistosa caravana a las casas de cabildo, un heraldo lo leyó en alta voz desde el balcón, y al mismo, en un dosel de damasco carmesí con franjas de oro, estuvo puesto algunos días. Se dispusieron diez y nueve relicarios, cuyo adorno fue de cuenta de las más nobles señoras, que con una piadosa porfía procuraron excederse unas a otras, no menos en la disposición y simetría, que en el número y preciosidad de las joyas. El señor virrey mandó venir los caciques de los pueblos comarcanos con sus respectivas insignias y música. Trajeron consigo los santos patronos de sus pueblos, y tuvieron a su cargo asear las calles y alfombrarlas de yerbas y llores que aun por noviembre no faltan en la América. Hizo, fuera de esto, Su Excelencia visita de las dos cárceles públicas de la ciudad, y en atención a la solemnidad del día, dio libertad a muchos presos, cuyas causas lo permitían, ofreciéndose Su Excelencia y los reales ministros que lo acompañaban, con grande ejemplo de liberalidad y caridad cristiana, a pagar las deudas que muchos de aquellos infelices eran el único delito que los había conducido a aquel lugar. Acción que enseñó a toda la república, que aquel exterior magnífico no podía ser agradable a los santos, si no le añadían los interiores afectos de piedad, y la práctica de las virtudes cristianas de que ellos nos dejaron tan heroicos ejemplos. Las santas reliquias se condujeron ocultamente de nuestra iglesia a la catedral, de donde debía salir la procesión. Desde aquí hasta nuestro colegio se levantaron cinco arcos triunfales, el que menos de cincuenta pies de alto, todos de muy bella arquitectura de diversos órdenes, con varias pinturas o propias o simbólicas, y sus compartimientos para las tarjas y letras dedicatorias y alusivas, de muy bello gusto. Fuera de estos pusieron los indios a su modo más de otros cincuenta, revestidos de yerba y flores olorosas y adornados de flamillas y gallardetes con varios colores, y de trecho en trecho algunos árboles con sus respectivas frutas, unas naturales, otras fingidas o de cera o de arcilla, y muchos pajarillos, que atados con hilos largos, volaban con alegre inquietud entre las ramas. Las puertas, balcones y ventanas se adornaron con ricas tapicerías y varios doseles de oro y seda. La riqueza de los adornos, y el artificio y disposición fue tal, que el excelentísimo señor don Martín Enríquez, después de verlo todo muy espacio, dijo a los padres y señores que lo acompañaban, que todo el poder del rey en las Indias no era capaz de aventajar lo que en la presente ocasión había hecho la Compañía. A la mañana concurrieron a la catedral todo el clero y beneficiados comarcanos con sobrepellices, las religiones, los colegios y cofradías con sus diferentes insignias. Los dos cabildos, eclesiástico y secular, y el señor virrey con el gravísimo senado de oidores, alcaldes de corte y demás ministros de real audiencia, toda la nobleza de la ciudad e innumerable pueblo. Ya todo se disponía a la marcha cuando repentinamente llegó a Su Excelencia un correo de Veracruz con la noticia del feliz arribo de la flota a aquel puerto, y vuelto a los circunstantes, ya comenzamos,

dijo, a experimentar el patrocinio de los santos. Y efectivamente, fuera de ser tan plausible esta nueva en México, lo era mucho más en las circunstancias de estar tan entrado el invierno, y de ser el tiempo de nortes, a cuya violencia se temía que peligrasen los navíos sobre la costa. En acción de gracias se mandó luego entonar el Te Deum con universal regocijo que contribuyó no poco para hacer este día de los más bellos y festivos que ha tenido la América. Comenzó luego a ponerse en orden de concurso. Los diez y ocho relicarios llevaban otros tantos señores prebendados revestidos de riquísimos ornamentos, seguía con la sagrada espina don Francisco Santos, tesorero de la Santa Iglesia e inquisidor, electo después obispo de la nueva Galicia. El ilustrísimo señor don Pedro Moya de Contreras, ocupado en la visita de su diócesis, no pudo hallarse a la función que había sin duda autorizado gustosamente. Con este orden llegó la procesión al primer arco situado en aquel ángulo de la plaza que da fin a las casas del marqués del Valle, y donde desemboca la calle de Tacuba, alto de cincuenta pies y ancho de treinta y ocho. Era de orden toscano, con dos fachadas, una al Sur que miraba a la gran plaza, y otra al Norte hacia la calle de Santo Domingo. Tres hermosas portadas daban paso, dos colaterales y una en medio más alta en un tercio: en el friso que miraba al Sur se veía la dedicatoria a San Hipólito mártir, patrón principal de esta ciudad, por haberse conquistado en su día esta corte de la América. La reliquia de este insigne mártir, junto con otra que se venera en la iglesia catedral, marchaba la primera en un brazo de plata de dos tercias de alto. Al llegar la sagrada reliquia salió del arco una danza de jóvenes vestidos a la antigua mexicana, con mucha seda y hermoso plumaje. Cantaron en alabanza del santo mártir en la lengua del país, con metro castellano, algunos motes al compás de varias escaramuzas que hicieron con mucho aire. Al fin de esta cuadra, en medio de las cuatro esquinas, estaba un majestuoso edificio que se elevaba sobre todas las azoteas en forma de trono, sobre treinta y dos pies de ancho, con cuatro frentes a otras tantas calles. En cuatro gradas se levantaban otras tantas columnas, histreadas de dieciséis pies, y orden jónico, que recibían cuatro aiosos arcos. Sobre estos corría al rededor un zoclo en que se leía la dedicatoria a los santos Crispín y Crispiniano, y sustentaba una hermosa cúpula que terminaba en un globo dorado y bellamente bruñido. En las cuatro esquinas se habían dispuesto unos doseles con vistosas tarjas y poesías en alabanza de aquellos ilustres mártires. Cuatro pinturas de su martirio adornaban las cuadro frentes del zoclo inferior, y dentro, en un altar riquísimamente adornado, se veían sus estatuas, y se colocaron también sus reliquias mientras se cantaba un villancico, se admiraba su hermosura y se tomaba aliento.

De este edificio volvió la procesión al Oriente por la calle que hoy llaman de los Cordovanos, adornada de ricos tapices y paños de Flandes. Poco después del principio de la cuadra, que tiene de largo setecientos cincuenta pies, se entraba por tres portadas en una bóveda que corría por más de ciento y sesenta, toda curiosamente entretejida de flores y yerbas olorosas, y entre las ramas pendientes muchas frutas. Sobre los arcos de las portadas se veía graciosamente imitado un edificio rústico, y dentro los caciques y gobernadores indios con muchas banderas y gallardetes, y gran golpe de flautas, trompetas y clarines. Al pasar la procesión con

varios artificios se desprendían de arriba innumerables flores, se abrían pomos con aguas olorosas, se soltaban pájaros, y brotaban entre la yerba mil juegos de agua diferentes. A los lados de la bóveda se veían muchas tarjas con pinturas y poesías alusivas al martirio de San Juan Bautista, a quien estaba el arco dedicado. En medio de la cuadra estaba un altar magnífico, y se entraba luego en otro arco o bóveda semejante a la primera que los caciques de Chalco y otras provincias habían adornado a competencia. Entrose siguiendo el mismo rumbo en otra cuadra que llaman hoy de Montealegre. Toda ella se veía llena de hermosos cuadros de muy bello pincel, y mucha tapicería de seda y oro. Al fin de ella habían erigido los vecinos otro arco de más de cincuenta pies de alto, sobre treinta y dos de ancho. Era de obra toscana fingido de ladrillo, excepto el cornijamento de piedra parda que hermoseaban algunas fajas plateadas. Era de tres órdenes de muy bella arquitectura: En el tercero, que era de tres arcos sobre el frontispicio del medio, se leía la dedicatoria a la Virgen nuestra Señora y a su Santísima Madre y esposo. A uno y otro lado, dos corredores en forma de tribunas con balaustas doradas cerraban el paso y obligaban a volver hacia el Norte. En estas tribunas se hallan dos coros de música, y llegando allí las sagradas reliquias que venían a los dos lados del preste, ocho de nuestros estudiantes, ricamente vestidos, las recibieron y les dedicaron el arco con bellas poesías y danzas muy curiosas. Entre tanto en la cuadra que mira hacia donde ahora está el convento de religiosos carmelitas, a mano derecha el primer edificio, era el colegio Seminario de San Pedro y San Pablo. Esta calle aventajaba a todas las precedentes en la riqueza y gusto de sus adornos. Los seminaristas habían elegido en medio de ella el tercer arco dedicado a sus titulares los príncipes de los apóstoles. Era suntuosísimo, y tal, que cuantos lo vieron aquel día dijeron a una voz no haber visto en la Europa cosa más perfecta en este género.

No ofrecía sino una sola entrada. El alto de todo el edificio era de setenta pies sobre cuarenta y ocho de ancho. Su color remedaba el del mármol, su fábrica de orden dórico, fuera de los balcones y pilastras que eran del rústico o toscano, trabajadas de muchas fases a manera de brillantes. Sobre la cornisa del primer compartimiento estaban las estatuas de los doce apóstoles. El cornijamento de piedra parda con algunas fajas de oro, el claro del arco de en medio, era de quince pies y en proporción duple la altura. La frente del medio era compuesta de cuatro columnas y traspilares de jaspe turquesado. En lo bajo de los pedestales algunos de los jeroglíficos dorados de medio relieve.

En los intercolumnios dos encasamientos cuadrados con el frontispicio agudo, y en ellos las estatuas de los dos hermanos San Pedro y San Andrés. Sobre cada estatua una tarja hermosa, y dentro de su óvalo alguna sentencia a propósito que interpretaba un dístico latino en la repisa. A los lados, en unos medallones de cartón plateado, se habían entretejido algunas sentencias en idioma y caracteres griegos y hebreos. Debajo de la cornisa corría un friso de cartón dorado y bien bruñido en que se leía la dedicatoria. Sobre la cornisa de este primer orden subían el segundo y tercero en buena proporción, con varias letras, símbolos y pinturas. La fachada que miraba al Norte era en todo semejante a la primera, fuera de las sentencias, jeroglíficos e imágenes. Todo terminaba en un vaso o copa

de oro muy grande, lleno de frutas y flores, y a sus lados dos ángeles. Al llegar las sagradas reliquias, unos niños bien aseados entonaron con voces suavísimas algunos motes alusivos a la solemnidad y al colegio. Detrás de un altar, a que hacía fondo un dosel de terciopelo verde bordado de oro, y de dos ventanas que se abrieron improvisamente a los dos lados del arco, salieron tres jóvenes con traje y hermosura de ángeles, que en verso heroico, representaron un coloquio muy acomodado a las circunstancias del día. Apenas acabaron estos doce seminaristas, vestidos todos de acero al uso de los antiguos romanos, y entretejidas muchas joyas, escaramucearon un rato, haciendo al son de los instrumentos músicos las evoluciones militares con una prontitud y gallardía, que fue muy aplaudida de todo el concurso. Jugaron después un torneo quebrando lanzas y regando el aire y el suelo con pomos de aguas olorosas que lo llenaron todo de una suavísima fragancia. Acabó toda la estación en una multitud de pajarillos de varios colores a que repentinamente se dio libertad de lo superior del arco.

Al fin de esta cuadra, donde hoy está la iglesia del colegio, estaba cerrado el paso con un bosque hermoso. En una gruta que formaba en medio, inicia con bello artificio de una lámpara encendida, una fuente que arrojaba la agua muy alta. Los árboles del contorno estaban llenos de todas las especies de frutas propias del tiempo, y muchas otras remedadas, con algunos otros géneros comestibles que pendían de sus ramas. Volviendo a la derecha hacia el Oriente, se presentaba a la vista el cuarto arco, que a los santos doctores de la iglesia, había consagrado la juventud de nuestros estudios. Ocupaba su fábrica toda la anchura de la calle de más de doce varas. El claro del medio era de doce pies, y diez y ocho de alto: cuatro pilastras, dos a cada lado sostenían un cornijamento jónico, sobre el cual se levantaban siete columnas dóricas con capiteles y cornisas corintias; en el friso se leía con letras de oro: *Domus sapientiae*. Las columnas sostenían una especie de cúpula. En medio se veía un sol de oro muy bruñido con el santo nombre de Jesús, y en los intercolumnios sobre repisas voladas, estatuas de los cuatro doctores mayores de San Buenaventura y Santo Tomás, cuya reliquia venía en la procesión, y del místico y melifluido San Bernardo, cuyo nombre tenía uno de nuestros seminarios. Sobre la cúpula terminaba una estatua del Arcángel San Miguel, a cuya sombra estaba otro de los colegios. Pasado este cuarto arco, y caminando hacia el Oriente, se llegó a la portería de nuestro colegio, que venía a corresponder, poco más acá de donde está ahora la puerta reglar de San Gregorio, donde está el general. Habíase fingido una portada muy alta, sustentada de dos pilastras, sobre la cornisa se veía un cuadro grande de bellísimo pincel, que representaba al Sumo Pontífice Gregorio XIII, dando a nuestro maestro reverendo padre general el cofre de las santas reliquias, con esta letra: *In novan Hispanian*. Como sesenta pasos más adelante se levantaba el quinto y último arco. Todo este espacio estaba de uno y otro lado enriquecido de muchas colgaduras, cuadros, emblemas o ingeniosas poesías. De las azoteas pendían los estandartes, banderas y pendones de innumerables pueblos, con sus respectivas armas. Se consagró este arco a la sagrada espina y Cruz de nuestro Redentor¹⁵. Los jeroglíficos, letras y pinturas, eran todas de la sagrada pasión. La fábrica era de orden jónico, fundada sobre cuatro pedestales de una vara

en cuadro, y vara y media de alto. Sobre ellos se levantaban cuatro columnas istriadas, sin basas ni capiteles, que recibían tres arcos escarzanos. Por encima de sus claves corría un friso muy gallardo en que se leía la dedicación, con la arquitrabe y cornisa, que como todo el arco, remedaban el jaspe turquesado con algunos perfiles de oro. Aquí se levantaba un frontispicio plano de doce pies en alto con hermosos símbolos y pinturas. Terminaban el edificio tres ángeles de ocho pies de alto cada uno con una insignia de la pasión. Al fin de la cuadra otro bosquejo muy natural impedía la salida, y en medio una fuente con pilar y taja de mármol, cuyas aguas después de haberse levantado mucho al aire, formaban por ocultos conductos varios juegos de mucha diversión.

La iglesia en la riqueza y disposición de los adornos, excedía en mucho todo lo que hasta allí se había visto. Celebró la misa el señor don Francisco Santos, y predicó otro de los señores prebendados. Los tres días siguientes fueron de altar y púlpito por su orden, las tres esclarecidas religiones, de Santo Domingo, San Francisco y San Agustín. Los cuatro últimos hizo la casa. Los más de ellos honró con su asistencia el excelentísimo señor virrey, real audiencia y tribunal de la fe. La capilla de la Catedral y toda la plata de esta iglesia, sirvió en nuestro templo todos los días de la octava.

Para las funciones de la tarde, se dispuso una especie de tablados, y en medio un teatro levantado para las representaciones y coloquios. Los cuatro primeros días hicieron por su orden los colegios seminarios de San Pedro y San Pablo, San Bernardo, San Gregorio y San Miguel. El quinto, los estudiantes seglares. El sexto, con innumerable concurso y aplauso, se leyeron las piezas de retórica y poesía sobre los asuntos que se habían señalado en los certámenes. Los jueces en un tribunal majestuosísimo, que se había erigido a este fin, reconocieron las piezas y repartieron los premios. El séptimo día, se representó la tragedia de la Iglesia perseguida por Diocleciano; y el octavo, su triunfo, bajo el glorioso reinado de Constantino el Grande, con tanta propiedad y viveza, que encantado el pueblo, exclamó muchas veces al concluirse, que se repitiera el domingo siguiente, como se hubo de hacer con mucha mayor asistencia, y extraordinaria conmoción de afectos piadosos. Estas dos piezas, eran composiciones de los maestros de latinidad y retórica. Los arcos duraron puestos por toda la octava, y el del colegio de San Pedro por todo el mes de noviembre. Pasada esta solemnidad, se ofrecieron muchos particulares a hacer óvalos de plata y de cristal para algunas reliquias de su mayor devoción, y todas se colocaron con bella simetría en un altar, que para este efecto se dispuso. En el centro de él se colocó una imagen de nuestra Señora del Populo, copia de la que se cree pintada por San Lucas, y se conserva en Roma en el templo llamado de Santa María la Mayor, Santa María ad Nives o Santa Maria ad Presepe. A ruegos de San Francisco de Borja, tercero general de la Compañía, concedió la Santidad de Pío V se sacasen algunos trasuntos, de los cuales se añade haber mandado cuatro a esta provincia el santo general, y ser los que se veneran en el colegio máximo en Pátzcuaro, en Oaxaca y en Puebla.

El padre Francisco de Florencia es el autor de esta distribución, y dice haber venido dichas copias al cuidado del hermano Gregorio Montes. Un antiguo manuscrito, dice haber sido encargadas al hermano Alonso Pérez. En

todo hay dificultad, lo primero porque ninguno de los dos hermanos venía derechamente de Roma. Lo segundo, porque viniendo en la misma misión siete sacerdotes, no es verosímil que se encomendase de Roma a España el cuidado de ellas algún hermano coadjutor. Fuera de esto, todos convienen que San Francisco de Borja mandó sacar las copias, que las repartió por varias provincias, y que algunas cupieron a la nuestra, que era, digámoslo así, su Benjamín, o la última hija en Jesucristo. Siendo esto así ¿cómo puede decirse que vinieron al cuidado de aquellos padres o hermanos que no vinieron a la América hasta cuatro o cinco años después de muerto el santo Borja? Que dichas imágenes sean, pues trasuntos fielmente sacados del original de San Lucas, no lo dudamos; que esto lo concediese el Soberano Pontífice con privilegio nunca antes visto a los piadosos ruegos de San Francisco de Borja, lo afirman constantemente todos los escritores de su vida. Solo creemos que haya intervenido yerro en el tiempo de su remisión, sobre el cual no podemos aventurar alguna racional conjetura, faltándonos la luz de los antiguos documentos.

A nuestro insigne fundador don Alonso de Villaseca, no le habían dado lugar sus enfermedades de asistir, como deseaba, a la colocación de las reliquias. Suplicó que le llevasen las de los apóstoles San Pedro y San Pablo, el Santo Lignum Crucis y la sagrada espina, que veneró con singular piedad. Mandó luego que se hiciesen a su costa tres curiosos relicarios de plata; de los cuales no sabemos por qué causa solo se hizo uno, aunque su muerte no aconteció hasta año y medio después. Se le llevó asimismo carta del padre general, Everardo Mercuriano, en que le daba las gracias de su benevolencia y liberalidad para con la Compañía, y le incluía la patente de fundador, concebida en estos términos:

Everardo Mercuriano, propósito general de la Compañía de Jesús, a todos los que las presentes vieren, salud sempiterna en el Señor. Teniendo entera relación de cierta fundación de un colegio de la misma Compañía, que el ilustrísimo señor Alonso de Villaseca ha hecho en la ciudad de México, en la mejor forma y manera que en derecho haya lugar, por nos y en nombre nuestro y de nuestros antiguos sucesores los propósitos generales de esta dicha Compañía que por tiempo fueron, y de toda ella, por la presente damos amplia facultad al padre doctor Pedro Sánchez, provincial de la dicha Compañía en la provincia de México, para poder contratar con el dicho señor, celebrar el contrato de la dicha dotación y fundación, según y como en el Señor le pareciere; lo cual desde ahora, para cuando fuere otorgado, otorgamos, confirmamos y aprobamos, y aprobaremos, y confirmaremos de nuevo. Y para mayor satisfacción y consolación espiritual en el Señor de dicho señor Alonso de Villaseca, desde luego le admitimos por tal fundador, y concedemos todos los sufragios, privilegios y participación de méritos de la misma Compañía en el mismo Señor, que según las constituciones y privilegios de ella, se conceden a los tales bienhechores y fundadores de los colegios. Rogamos a la infinita bondad de Dios nuestro Señor, que así como ha sido servido darle gracia para llamar a la Compañía y ser el primer fundador de ella en aquellos reinos, así en el cielo le conceda copiosamente la dicha participación con cien doblada retribución. Amén. En fe y testimonio de lo cual, dimos

esta nuestra carta patente, firmada de nuestra mano, y sellada con el sello de nuestra Compañía, que en semejantes casos usamos. Fecha en Roma a siete días del mes de marzo del año de mil quinientos setenta y ocho.-Everardo.

Esta carta le llenó de un sólido consuelo, y desde entonces se aplicó con nuevo fervor a la conclusión de la fábrica, y aun prometió adornar la iglesia, si llegaba a verla dedicada: trataba a los jesuitas con una familiaridad y cariño paternal, muy ajeno de su genio naturalmente rígido y austero. Su muerte, que sucedió dos años después, no le dio lugar a cumplir lo mucho que había prometido.

[Aumentos de Pátzcuaro y Valladolid] No había gozado solo México del tesoro de las reliquias, algunas se enviaron también a Oaxaca y Pátzcuaro. Esta ciudad, a quien se había despojado poco antes de las que había mandado traer de Roma, y colocado en su iglesia el señor don Vasco de Quiroga, se llenó de sumo júbilo, cuando las vio reemplazadas por las que se colocaron en nuestra casa, disponiendo así la Providencia, que para merecer la afición de aquella provincia, entrase la Compañía en todos los derechos y acciones de aquel venerable prelado. Sobre todo, les había encantado la benevolencia con que habían querido permanecer entre ellos, aun con pérdida de los bienes temporales. En efecto, el padre provincial Pedro Sánchez, de concierto con los señores capitulares, partió la renta que estos se habían obligado a dar para alimentos del colegio de Pátzcuaro. Viviendo los fundadores, y habiendo sido aquella primera fundación, como provisional, mientras se verificaba la traslación intentada ya desde en tiempo del señor Morales, no se necesitaba más que el consentimiento del padre provincial, quien hubo de condescender, y cuya condescendencia aprobó después el padre general, a quien privativamente pertenecía, según nuestro instituto. Este socorro pareció necesario al colegio de Valladolid que se miraba ya como el principal de aquellas provincias; pero hacía notable falta al de Pátzcuaro. La Providencia del Señor remedió bien pronto esta necesidad. El licenciado don Juan de Arbolancha, noble vizcaíno, y de un conocido afecto a nuestra religión, vino enfermo poco después a la ciudad del partido de Guacana, cuyo pingüe beneficio había obtenido por muchos años. Quiso vivir en el colegio, y pidió con instancia ser admitido en la Compañía. La avanzada edad y enfermedades, no dejaron arbitrio para recibirlo. Sin embargo, el poco tiempo que sobrevivió, se mantuvo en el colegio, a quien quiso dejar por heredero de todos sus bienes. Fue enterrado en el mismo sepulcro de los nuestros, y mandáronse hacer en la provincia los acostumbrados sufragios, como insigne bienhechor, a quien debió aquella casa las grandes creces que gozó después por largo tiempo. En el colegio de Valladolid pagó también el Señor a los padres la modesta y edificativa alegría que habían mostrado en sus trabajos. Un año pasaron sin más renta que la caritativa limosna de San Francisco y San Agustín, y lo poco que de puerta en puerta mendigaban entre la corta y pobre vecindad, que se veían obligados a partir con algunos pocos estudiantes. Informado el señor virrey don Martín Enríquez de semejantes necesidades, conforme a su piedad y

afecto a la Compañía, mandó se diesen a aquel colegio mil pesos cada un año de las carnicerías de Páztcuaro. Se comenzó a edificar casa proporcionada con una pequeña pero suficiente y acomodada iglesia, a que se agregó después una huerta capaz y hermosa, de mucha recreación y utilidad, según dejó escrito el mismo padre Juan Sánchez, a cuya actividad e industria debe todo su ser aquel colegio.

[Incomodidades y contradicciones en Puebla] No se pasaba con tanta comodidad en la nueva fundación de Puebla. Se habían juntado entre los vecinos limosnas bastantes para la subsistencia de los sujetos. Don Mateo de Maulión, rico y piadoso caballero, cedió a la casa una deuda de mil pesos, de que se cobró la mayor parte; pero todo esto no era suficiente hallándose empeñados en los nueve mil pesos de las casas a que era forzoso satisfacer. Fuera de eso, se habían ido agregando no sé con que esperanza, algunas otras vecinas, como previendo la futura grandeza de aquel insigne colegio. Estos créditos obligaron al padre rector Diego López de Mesa a salir mendigando por las haciendas y pueblos vecinos: los prebendados se sirvieron de darle muchas cartas de recomendación para los beneficiados de aquellos partidos, que son muchos, y de los más pingües del reino. Sin embargo, después de grandes fatigas y de los no pequeños sonrojos que traía consigo un ministerio tan penoso, volvió a casa con solos quinientos pesos. En medio de tantas estrecheces, se veía en los sujetos una paciencia a prueba de muchos mayores trabajos. No parece que vivían sino de la caridad. El utilísimo ministerio de las cárceles y hospitales, fue el que más procuró promover el padre Diego López, y en que heredándose unos a otros el espíritu, ha florecido hasta ahora singularmente este colegio. Un ejercicio de tan poco brillo a los ojos del mundo, de tanta mortificación y de tan común utilidad, lo veremos luego premiado del cielo con una opulenta dotación, y con la más constante prosperidad en lo temporal, que ha gozado algún otro de los colegios de Nueva-España. En la actualidad, de un tenue motivo de ofensión que soplaban algunos espíritus tumultuosos, pudo levantarse un incendio que no acabara sino con la ruina total de aquella residencia. Uno de nuestros predicadores arrebatado de su celo (quizá también con alguna imprudencia, que no pretendemos santificarlo todo) declamó altamente contra la nimia familiaridad y licencia de ciertas personas, cuya profesión y carácter, decía, por grande y respetable que fuese en la Iglesia de Dios, no los ponía, sin embargo, a cubierto de toda sospecha, y cuya conducta en esta parte debía ser por lo mismo tanto más responsable, cuanto más ajena de la pureza y de la santidad que profesar. Esta invectiva pareció mal a cierta persona del auditorio. Creyó que el predicador quería desacreditar a los demás eclesiásticos y religiosas familias para levantarse sobre sus ruinas con estimación de toda la ciudad. Se comenzó a dar mayor extensión a las palabras del orador. Ya se creía ver en ella los caracteres de tal religión, y aun de tal sujeto. Esta calumnia enfrió mucho los ánimos de los republicanos, y atrajo a los padres una suma pobreza y despego de toda la ciudad, que no venció sino después de mucho tiempo la constancia y el silencio.

[Principios del colegio de Veracruz] Entretanto, un nuevo y fecundísimo campo se abría a nuestros operarios de merecimientos y de trabajos en el mismo obispado de la Puebla. Dijimos antes el bello hospedaje que se había

hecho a los nuestros en el Puerto de Veracruz, las singulares demostraciones con que fueron recibidos, los ruegos e instancias que obligaron al padre provincial Pedro Sánchez a predicar allí el primer sermón, y que le abrían obligado a dejar en aquella ciudad algunos de sus compañeros, a no ser necesario conforme a la real instrucción presentarse todos al virrey. Estos deseos que la necesidad hacía crecer, les hicieron pedir después misioneros, que en dos cuaresmas predicaron con grande suceso y reforma de las costumbres. A principios del año antecedente había estado allí por algún tiempo el padre Pedro Díaz esperando ocasión de embarque para Europa. La humilde y modesta circunspección del padre procurador, junto con aquellas maneras dulces e insinuantes que fueron siempre su carácter, su prudencia y expedición en las resoluciones de las muchas consultas que a cada paso le hacían, con ocasión de su comercio, todo esto, digo, les hizo formar idea de la suma utilidad de un colegio de sujetos del mismo desinterés, de la misma literatura y del mismo espíritu. Trató la ciudad seriamente de procurar a la Compañía establecimiento en el país, e informado de sus deseos y prudentes medidas, el padre Pedro Díaz antes de partirse para España, escribió al padre provincial cuan justo le parecía condescender con las piadosas intenciones de aquel ayuntamiento. Verosímilmente fuera de México, en ninguna parte parecía más urgente una residencia. Era una población en que necesariamente habían de mantenerse siempre muchos españoles por la comodidad del puerto, el único por donde se comunica la Nueva-España con la antigua. El comercio de Europa, que es todo el ser de la pequeña ciudad, aunque la enriquecía muchísimo, le traía en lo moral muy fatales consecuencias. Los soldados y la gente de mar, dos géneros de gentes que hacen como una pública profesión del libertinaje, y los mercaderes y ministros reales, eran todo el vecindario distinguido. Los tratos injustos y usurarios, las extorsiones, el juego, la embriaguez, los homicidios, la blasfemia, dominaban cuasi impunemente como en su región, y eran una continua materia de sobresalto y de dolor para los cuerdos y los piadosos. Se carecía cuasi enteramente de pasto espiritual, no bastando el cura para todo: ninguna de las familias religiosas tenía casa aun en la ciudad, ni era muy fácil acomodarse a un temperamento de los más inclementes de la América. El padre provincial vino gustosamente en la propuesta del padre Pedro Díaz, y petición de la ciudad, a que fuera del provecho y utilidad común, se allegaba la comodidad de tener en aquel puerto algún hospicio o casa donde se recibiesen nuestros misioneros, que después de una navegación tan dilatada, padecían bastante con el rigor e intemperie de aquel clima, o se veían precisados a ser onerosos al vecindario. Se enviaron, pues, a la Veracruz los padres Alonso Guillén y Juan Rogel. Este había estado hasta entonces gobernando el colegio seminario de Oaxaca. Acostumbrado al temple caluroso de la Habana y al genio de la tropa y marineros, pareció el más a propósito para fundar, y dar crédito a la Compañía en un país semejante. [Descripción del puerto] La ciudad de Veracruz no estaba antiguamente donde hoy está. Su situación era cinco leguas más arriba hacia el Norte a la rivera de un río caudaloso, que a poco menos de una legua, desagua en el mar. Por este río se conducían las mercaderías de Europa a la antigua Veracruz en barcas chatas proporcionadas a la poca profundidad del agua. Su barra varía incesantemente de fondo. El mar excitado de los nortes, más

furiosos en esta costa que en alguna otra del mundo, suele cuasi segarla con la mucha arena que mete en la resaca, hasta que estando más sereno, la misma fuerza de la corriente se abre camino, y vuelve a arrojarlas al mar. Sus aguas son muy cristalinas y puras. Abundan varios géneros de pejes: de los más apreciados es el bobo, de que en lo más crudo del invierno se pesca un número increíble. Es también abundantísima la del pámpano a principios de la primavera. El temperamento del país es extremadamente cálido y húmedo. Los fríos y calenturas son la enfermedad regional. Los mosquitos de varias especies y otros insectos perniciosos, causan a los extranjeros una suma inquietud. Esta antigua población, la primera de españoles en la Nueva-España, la fundó Hernando Cortés por los años de 1519. Le dio el nombre de Veracruz por haber desembarcado en esta región en viernes santo. Algunos le dieron entonces, y no deja de conservar aun entre algunos geógrafos el nombre de Villarica, o a causa de la riqueza que halló entre aquellos indios, o lo que es más verosímil, por la esperanza que le dio de gozar los tesoros de todo el imperio mexicano. Sus primeros alcaldes se dicen haber sido Alonso Hernández Portocarrero y Francisco de Montejo, a quien en premio de sus grandes servicios, de que hablaremos después, honró su Majestad con el título de adelantado. Un origen tan noble, parecía prometer mayores progresos que los que ha tenido en la serie. Según parece por las historias de la conquista, había en la vecindad de esta villa, muchas y muy numerosas poblaciones de indios, de que algunas pasaban de setenta mil. Si merece alguna fe Tomás Gage (autor por otra parte infame y de estilo tan corrompido, como lo fueron sus costumbres) en el año que llegó a este lugar, que fue el de 1634, había aun muchos indios, cuyo rendimiento y sumisiones refiere con un aire de sátira. En el día en más de diez leguas alrededor, no se encuentra una población considerable de indios, y por lo demás es el lugar más despreciado del mundo. Cuatro o cinco docenas de chinos y mulatos, que pasan de la pesca, son todas sus familias, sin más españoles que el cura y un teniente de gobernador. Las casas son de cañas y los techos de paja¹⁶. En todo el territorio no se podrá descubrir aun el más leve indicio de las ruinas antiguas. El motivo y suceso de esta desolación, tendremos lugar de exponer más oportunamente en otra parte. Por los años de 1568 el pirata Juan Jaween, habiendo entrado en este puerto causó notable cuidado por no haber en él fuerzas suficientes a resistirle. Al día siguiente, 15 de setiembre, llegó con trece navíos de flota el excelentísimo señor don Martín Enríquez, que tuvo el honor de señalar los principios de su gobierno con la expulsión de aquellos famosos corsarios. Toda la esperanza de un establecimiento cómodo que pudiera fundarse en la riqueza de la pequeña villa, era seguramente muy inferior a lo que podían prometerse los jesuitas de la buena voluntad de aquellos republicanos. En ninguna parte habían sido tan constantemente deseados, ni recibidos con más aplauso. Luego se les procuró comprar sitio a su elección. Los padres con la poca experiencia que tenían del terreno, escogieron justamente uno de los peores. Los vecinos, conforme a su promesa, contribuyeron a la fábrica y subsistencia de los sujetos con una liberalidad que fue preciso moderar. Edificose una casa e iglesia con todas las comodidades de que era capaz aquel clima ardiente. Las personas de alguna distinción, fuera de lo mucho que daban en dinero, enviaban a

porfía sus esclavos a trabajar en la obra todos los ratos que no hacían falta a su servicio. En breve llegó a su perfección la fábrica, cuyo costo pasaba de diez y seis mil pesos. Ningún colegio había gozado en sus principios de semejante prosperidad, y debemos hacer a aquellos vecinos la justicia de confesar que en ninguna otra parte ha sido siempre tan universal y constante la estimación y aprecio de nuestros ministerios, de que dieron aun en lo de adelante pruebas muy sinceras. Los padres de su parte no se valían de este favor sino para el provecho de sus almas. El padre Juan Rogel predicaba diariamente a los negros y mulatos, de que había un gran número en la ciudad, después de su trabajo. El padre Guillén o los españoles; uno y otro apenas tenían rato libre de muchas y enredadas consultas. Poco a poco se vieron desterrados los tratos inicuos, se exterminaron las deshonestidades, los juramentos y las blasfemias que habían sido hasta entonces común lenguaje de las gentes de mar. Se reconciliaron muchos enemigos, se refrenó la licencia y disolución del juego, se introdujo la frecuencia de sacramentos, y finalmente, de una mezcla confusa de libertinos, se hizo en breve una república cristiana, y en que desde entonces hasta ahora se ha propagado felizmente en las familias la lealtad en los tratos, la tranquilidad y honrada correspondencia entre los bienes, junto con una constante aplicación a los ejercicios de piedad.

[Dase razón de no haberse encargado la Compañía de ministerios de indios] Acaso desde los primeros pasos de la Compañía de Jesús en Nueva-España, se habrá ofrecido a alguno de nuestros lectores una duda a que no podemos pasar adelante sin dar una entera satisfacción. Donde que la caridad del señor don Alonso de Villaseca dotó tan opulentamente al colegio máximo, comenzaron a divulgar con arte algunos espíritus inquietos que aquella fundación no era conveniente en México. Que en el seno de una ciudad suficientemente abastecida de sacerdotes y ministros, jamás cumpliríamos nuestro instituto y con las órdenes de su Majestad que no había costado tan liberalmente nuestro viaje a la América, sino para que nos ocupásemos en la conversión de los infieles, como lo expresaba en su real cédula. Estas sordas murmuraciones tomaron considerable cuerpo después que se vieron ir sucesivamente fundando algunos otros colegios. No conteniéndose en los límites de Nueva-España, pasaron a representaciones a su Majestad en el consejo real de las Indias. Efectivamente, a quien ignorase los motivos y principios de nuestra conducta, no podrían dejar de persuadir unas razones que parecían tener toda la verosimilitud y tanto peso. Los mismos jesuitas recién venidos a Nueva-España parecían haber entrado también en los sentimientos de nuestros émulo. Rehusaban la negligencia e inacción de los primeros fundadores en haberse contenido en el recinto de una u otra ciudad, y no haber corrido luego a llevar la luz del Evangelio a las regiones más remotas en que reinaba aun pacíficamente la idolatría. Sin embargo, no faltaron al padre doctor Pedro Sánchez razones muy fuertes que lo determinaron a tomar este partido, y que puedan en cualquier ánimo desapasionado poner bastantemente a cubierto de todas estas contrarias impresiones el crédito de aquellos primeros padres. Ello es cierto que había mucha gentilidad cuando vino a México la Compañía; pero en todos los lugares accesibles al celo de los misioneros católicos, había ya muchos ministros de otras religiones que trabajaban en su

conversión. Estos obreros evangélicos, siguiendo las huellas del Redentor y de sus primeros apóstoles, no habían escogido para sí sino la gente más infeliz y despreciada a los ejes del mundo. Se habían enteramente dedicado al cultivo de los indios, y condenándose por su salud a los más penosos trabajos. Entre tanto ni su ministerio ni su número les daba lugar para ocuparse en la educación de la juventud y en la reforma de las costumbres entre ley españoles. Este doble objeto era entonces de la mayor importancia. Estaba muy fresca aun la memoria, y se llora hasta hoy de cuanto estorbo fueron para la conversión de los indios la codicia y los desórdenes de algunos pocos europeos, y lo mucho que aun en lo temporal perjudicaron a la tranquilidad y provecho de estas conquistas. Nuestros fundadores se persuadieron que ayudando a la reforma de su propia nación, contribuirían mucho a la reducción de los indios y a su temporal felicidad. Por otra parte, con la instrucción de la juventud formaban dignos ministros de los altares de que aquellos tiempos había suma necesidad y proveían también a los otros órdenes regulares de sujetos aptos para ocuparse con honor de la religión en los empleos apostólicos. Provecho que dentro de pocos años se comenzó a sentir, y de que solo pudieron ser testigos los que lo habían sido de la escasez y de la ineptitud de muchos de los primeros curas que la necesidad obligó a poner encargo de tanta importancia. Dejamos de esto atrás un grande ejemplo en el primer sujeto que se recibió en esta provincia.

[Principio de ellos en Huixquiluca] Es cierto que uno de los principales motivos de Felipe II, rey católico, en el designio de enviar jesuitas a las Indias fue la conversión de sus naturales, y que este es también el más sublime fin de nuestro santísimo instituto; pero según él mismo, las misiones deben agregarse a algunos colegios, que era preciso fundar desde el principio, donde en virtud y letras se formasen, conforme al espíritu de nuestra Compañía, misioneros aptos para ocuparse después en la reducción de los gentiles, lo que bastantemente declaró su Majestad en la real cédula al excelentísimo señor don Martín Enríquez, virrey de Nueva-España, mandándole que diese e hiciese a la Compañía todo el favor que riese convenir para su fundación, y les señalase sitios y puestos para casa e iglesia. Esta indispensable obligación embargó los primeros años toda la atención de los primeros sujetos que vinieron de Europa, sin dejarles lugar para instruirse en las lenguas de los indios. Fundados los primeros colegios luego se les vio aplicarse con ardor a este penoso ejercicio. Esto es lo que veremos comenzar con suceso en este mismo tiempo, y dentro de pocos años llenar de misioneros jesuitas las vastas regiones de Sinaloa, de Sonora, del Nayarict, de California, y derramar pródigamente su sangre por la salud de los bárbaros, dar a Jesucristo innumerables almas, levantar al verdadero Dios infinitas iglesias, y añadir juntamente inmensos países a la corona del mayor monarca de la tierra. Tal es el nuevo plan que breve se presentará a los ojos en el cuerpo de esta historia, y cuyos principios tuvieron la ocasión que vamos a referir había vacado el beneficio del pueblo de Huixquiluca, situado cuatro leguas al Oeste de México, y poco más de una legua de la hacienda de Jesús del Monte de que arriba hemos hablado. Pareció al padre provincial enviar allá algunos sujetos para aprender la lengua otomí, una de las más universales y la más difícil de toda la América. El señor

arzobispo condescendió gustosamente a una petición tan saludable a su rebaño. Se envió por superior al padre Hernán Juárez, y por maestro de lengua al padre Hernán Gómez, y con ellos otros doce sujetos. El padre Hernán Gómez había sido beneficiado de un partido semejante, y entrado en la Compañía se había distinguido mucho en la mortificación y celo de las almas. Estos catorce sujetos, sin más ejercicio que el de la oración y estudio de las lenguas, pasaban en aquel desierto una vida semejante a la de los antiguos anacoretas. La región es extremadamente fría, la habitación muy estrecha para tantos. No quisieron admitir las obviaciones del beneficio vacante, aunque el padre Hernán Gómez administraba los sacramentos y ejercía con suma exactitud todos los oficios de párroco. Su ordinario sustento era el de los indios, sin probar pan sino de maíz, y con bastante escasez. Todo lo endulzaba el frecuente trato con Dios y el deseo de hacerse dignos instrumentos de su Majestad para la satisfacción de sus escogidos. Se redujo a arte aquella lengua bárbara, se compuso un copioso diccionario que ha sido después de grande alivio a todos los que han sucedido en este ejercicio. Con una aplicación tan constante, en tres meses se hallaron en estado de poder confesar en otomí, y explicar la doctrina cristiana a los ignorantes; estos eran tantos, que aun los más del mismo pueblo no tenían más de cristianos que el bautismo. En algunos había aun muchas reliquias de la antigua superstición. Determinaron los padres salir en peregrinación de dos en dos por los pueblos vecinos de la misma lengua. Estas expediciones eran de un sumo trabajo; se caminaba a pie y con suma pobreza por unos caminos escabrosos. En las poblaciones se juntaban los niños, se cantaba con ellos la doctrina, se hacían fervorosas exhortaciones, se visitaban los enfermos, que eran muchos, por permanecer aun en las cercanías algunas reliquias de la pasada epidemia.

[Nuevo socorro de misioneros] Tal era la ocupación de los padres en Huixquiluca, que podemos llamar un seminario de varones apostólicos, cuando llegó a Veracruz un nuevo socorro de compañeros, que habían de hacer después un gran papel en la provincia. El padre Antonio de Torres, dotado de un singular talento de púlpito, y después de algunos años volvió a la Europa, y a quien hasta hoy reconocen como a su apóstol las islas Terceras. El padre Bernardino de Acosta, de una prudencia consumada en el gobierno, de que gozaron por algunos años los colegios de Valladolid, Oaxaca, Guadalajara y la casa profesa de México. Padre Martín Fernández, insigne ministro de espíritu, de cuyas luces y maternales entrañas se sirvió muchos años la provincia en la importante ocupación de maestro de novicios. El padre Juan Díaz, que después de haber leído con aplauso de Córdoba y Sevilla, y ocupado en la Nueva-España puestos muy lustrosos, se redujo a la simplicidad de la infancia, aprendiendo en su vejez las lenguas de los indios, y acomodándose a su rusticidad para ganarlos a Jesucristo. El padre Andrés de Carried incansable operario. Los padres Francisco Ramírez y Juan Ferro, cuya memoria vive aun en olor de suavidad en la provincia de Michoacán y nación de los tarascos, de que pueden llamarse apóstoles, y otros muy distinguidos en letras y en virtud. [Historia del padre Alonso Sánchez] Entre todos merece particular atención el padre Alonso Sánchez, gran siervo de Dios, pero de un espíritu vehemente y austero, que fue necesario a los superiores moderar muchas

veces: magnánimo para emprender cosas grandes cuando le parecían conducentes a la gloria de Dios, y constante y tenaz en proseguirlas a pesar de las persecuciones y estorbos que a semejantes empresas nunca deja de oponer el mundo. Para la perfecta inteligencia de lo que habremos de decir, conviene tomar la cosa desde más alto, y hacerles tomar a nuestros lectores una idea justa del carácter de este hombre raro. Estudiando la filosofía en Alcalá el último año de su curso, determinó, a imitación de los antiguos anacoretas, pasar el resto de sus días lejos del bullicio del mundo en la contemplación y el ayuno. Confió su resolución a un clérigo condiscípulo y grande amigo suyo. Era de una singular energía y felicidad en explicarse, y en el ánimo de un sujeto inclinado a la virtud, tuvieron sus discursos toda la eficacia que se había prometido. El buen eclesiástico le aprobó el proyecto y se ofreció a acompañarle. Resolvieron antes de retirarse visitar a algunos de los principales santuarios de España. De Alcalá salieron a Guadalupe, de allí a la Peña de Francia, y luego a Monserrate en el reino de Cataluña. Caminaban a pie y descalzos, si no es a la entrada de los pueblos, en que entraban calzados, por evitar la nota. Mendigaban de puerta en puerta el necesario sustento en traje de peregrinos, y el padre Alonso Sánchez en todo el tiempo de la romería trajo ceñida al cuerpo una soga muy áspera. Iban en silencio y continua oración que no interrumpían sino para tratar algún rato de su principal designio para tomar las medidas conducentes a su ejecución, y animarse a la perseverancia. Tal era la disposición de entrambos ánimos, cuando el sacerdote, hombre más maduro y también más versado en las cosas de Dios, comenzó a disgustarse de aquel género de vida. Parecíale que un género de vida tan irregular y tan extraño, no debían haberlo emprendido sin encomendarlo mucho tiempo al Señor sin haberlo pesado muy maduramente, y sin haber consultado algunos sujetos graves y muy versados en el camino del espíritu. Estos pensamientos le atormentaban bastante, y sin embargo, se veía precisado a callar y disimular su congoja. Tenía bien conocido el carácter de su compañero, y veía cuanto le había costado aquella resolución, haber cortado el hilo de sus estudios, perdido su colegiatura, y divulgándose ya su ausencia en la universidad, en que era generalmente conocido y estimado por sus talentos nada vulgares. En esta lucha de pensamientos, habían llegado ya a la sierra, en cuya cumbre está el famoso monasterio de San Benito y Santuario de Monserrate. Parecióle al buen clérigo tiempo y lugar oportuno para abrirse a su compañero, manifestándole que le parecía errado aquel camino, que mejor les estaría seguir otra vez el rumbo de sus estudios, o que a lo menos se siguiese el dictamen de hombres cuerdos e ilustrados, que supiesen discernir el carácter de la verdadera vocación de Dios. Que si su Majestad los llamaba a estado más perfecto, tenía la Iglesia religiones santísimas, y diferentes institutos, que podían seguir sin peligro. El padre Alonso Sánchez no pudo oír razones tan graves sin una extrema indignación. Lo trató de cobarde e inconstante en sus resoluciones, añadió otras muchas injurias con un tono agrio e insultante, de que quedó bastante mortificado el eclesiástico, que se retiró en silencio y encomendó muy de veras a Dios el éxito de aquella empresa. Visitaron aquel famoso santuario, y el padre Sánchez, que se había apartado gran trecho de su compañero, salió primero de la iglesia, y comenzó a visitar las ermitas

que están en lo más alto del monte, en que hacen vida solitaria y penitente algunos de los monjes. La vista sola de aquella santa soledad, aquel silencio, aquella opacidad, todo le inspiraba deseos ardientes de dejar el mundo y retirarse a pasar semejante vida en los desiertos. Con estas disposiciones llegó a la última y más encumbrada ermita, consagrada a San Gerónimo. Halló sentado a la puerta un anciano monje de rostro venerable y macilento, que con un tono grave, entrad, le dijo: haced oración y salid luego, que me conviene hablaros. En efecto, al salir de la pequeña iglesia, le tomó por la mano y llevándolo a una roca algo apartada del camino, le descubrió sus intentos, y lo que había tenido con su compañero en el camino. Le reprendió severamente su dureza de juicio, y le mandó seguir el consejo de aquel piadoso eclesiástico: y no dudéis, le dijo, que haréis en eso la voluntad de Dios.

El buen joven sobrecogido de temor y persuadido a que Dios para su remedio había manifestado a aquel siervo suyo sus más ocultos pensamientos, prometió obedecerle prontamente. Se juntó con su compañero refiriéndole el caso y pidiéndole con lágrimas perdón de los excesos a que le había conducido su imprudente fervor. Bajaron al monasterio, y después de haberse confesado y recibido la sagrada Eucaristía, volvieron a Alcalá, donde habiendo el padre Sánchez recobrado su colegiatura, y acabado con grande aprovechamiento el curso de artes, determinó y consiguió con facilidad ser admitido en la Compañía. En el noviciado se distinguió luego entre todos, por un extraordinario fervor y excesiva penitencia, en que tuvieron los superiores mucho que corregirle. Concluidos los dos años, reconociéndose en él un fondo de voluntariedad y un espíritu de singularizarse, determinaron que convenía mortificarle en lo más vivo del honor, y hacerle conocer cuanto este género de mortificación es más doloroso y meritorio, que las corporales asperezas. Se le mandó que con sotana parda caminase a pie al colegio de Plasencia a estudiar la ínfima clase de gramática; señalaronle por contrario un niño muy hábil de feliz memoria y de una gran viveza y prontitud en las reglas del arte. Este, con aquella inocencia propia de su edad, le provocaba cada día a la disputa, le corregía con mofa el menor descuido, y argüía con él de aquellas menudencias de tiempos, y de declinaciones como con otro su igual. En un ejercicio de tan sensible humillación perseveró seis meses, con una paciencia y modesta alegría, de que satisfechos los superiores, le mandaron a estudiar la teología al colegio de Alcalá. Aquí fue discípulo del padre Juan Sánchez, que confiesa haberse debido toda su aplicación y aprovechamiento en las matemáticas, en que fue aventajado. Salió el padre Alonso Sánchez excelente teólogo, buen latino, buen orador, y con singulares aplausos de poeta latino y castellano. Acabados sus estudios, conforme al decreto de San Pío V, que se guardaba en aquel tiempo, hizo su profesión de tres votos, y se ordenó de sacerdote. Después de algunos años fue elegido rector del colegio de Navalcarnero, cuyo curato estaba a cargo de la Compañía en la diócesis de Toledo. Sus demasiados fervores y la rigidez inflexible de su genio, le atrajeron sobre sí y sobre la Compañía la indignación del gobierno de aquel arzobispado. Para satisfacerle y corregir al padre, lo enviaron con sotana parda a leer gramática al colegio de Caravaca. Este golpe acabó de desengañarlo. Resolvió entregarse del todo a la penitencia y a la oración.

En ella empleaba constantemente cuantos ratos le dejaba libre la obediencia, cosa que observó después toda su vida. En este intermedio fue señalado de nuestro padre general para esta provincia. De aquí fue nombrado con el padre Antonio Sedeño para la vice-provincia de Filipinas. Pasó después de algunos años a la gran China, con el proyecto de establecer entre este imperio y aquellas islas un comercio franco. Penetró más de setenta leguas de la tierra adentro. Pasó de ahí a Macao, llevando allá la nueva de la muerte del rey don Sebastián, y de haberse incorporado el reino de Portugal a la corona de Castilla, en la persona del rey católico don Felipe II. Sosegó los ánimos conmovidos de aquellos portugueses, y pudo tanto con su autoridad y sus razones, que fue aquella ciudad la primera que en la Asia portuguesa reconoció y juró obediencia a aquel gran príncipe. Navegó al Japón, y habiendo naufragado a la costa de la Formosa, estuvo tres meses en aquellas playas, hasta que de los fragmentos de la nave destrozada, pudieron formar un pequeño barco en que volvió a Filipinas. Todos los órdenes de estas nuevas islas, le nombraron por su procurador a la corte de Esparta, para tratar con su Majestad asuntos importantes al comercio y buen gobierno de aquella república, y singularmente sobre la conquista del imperio de la China. Las sólidas razones del padre, su felicidad en proponerlas, y los arbitrios que le sugerían su imaginación fecunda en este género de expedientes políticos, tenía ya muy inclinado el ánimo del rey y de sus consejeros. Mientras acababan de tomarse las medidas proporcionadas para una empresa de tanta importancia, partió a Roma con la doble comisión de tratar con Su Santidad y con nuestro muy reverendo padre general negocios pertenecientes al gobierno eclesiástico de aquellos países, y al establecimiento de la nueva vice-provincia. Hizo en aquella capital del mundo su profesión de cuarto voto, y enviado a España por el padre general, murió en el colegio de Alcalá.

[Novedades que introducen en lo doméstico] Esta serie de sucesos tan desiguales y tan varios, le había profetizado al padre Alonso Sánchez una persona de sublime virtud y probado espíritu desde que leía gramática en el colegio de Caravaca, y testifica el padre Juan Sánchez haberlo oído de su boca, desde que llegó a esta provincia mucho tiempo antes de que se abriese paso de esta provincia a Filipinas, y sin querer tomar parte alguna en la calificación de su espíritu, debemos decir, que su conducta iba a causar un trastorno universal en toda la provincia. Luego recién llegado de Europa, se le observó entregarse con mayor fervor que nunca al retiro, a la penitencia y a la oración. El noviciado estaba entonces en el colegio máximo. El ejemplo de una vida tan austera hizo una fuerte impresión en los novicios y en los más sujetos del colegio, en que parecía haber entrado una reforma, aunque como se conoció muy en breve, nada conforme al espíritu de la Compañía. El padre Alonso Sánchez, como hemos ya notado, tenía una singular dulzura, y no menor energía en explicarse. En sus sermones y en sus conversaciones privadas, pocas, pero eficaces y sostenidas de una conducta tan edificativa y tan constante, extendió muy en breve los ánimos de todos en su imitación. El padre provincial, aunque gozoso de aquel nuevo fervor, tan digno siempre de aprecio y tan recomendado en la iglesia, era sin embargo muy prudente y muy ejercitado en la vida espiritual, para no conocer que una penitencia

tan rigurosa y una oración tan continua, no podía dejar de causar un grande atraso a nuestra juventud en los estudios, y un tedio a los ejercicios y ministerios exteriores, muy ajeno de una religión e instituto apostólico. Lleno de estos pensamientos, destinó al padre Alonso Sánchez para rector del colegio Seminario de San Pedro y San Pablo. Aquí, sin testigos, ni arbitrios algunos, se entregó a todos los excesos que le inspiraba su genio rígido y austero, a una abstinencia rigurosísima, a un total retiro, a una penitencia continua, pasaba en oración cuasi todo el día y la mayor parte de la noche, siempre de rodillas, sin dejar esta postura incómoda, aun el poco rato que daba al sueño. Un género de vida tan irregular, hizo un grande ruido entre los seminaristas. En breve se divulgó a toda la ciudad. Muchos quisieron imitarlo, y comenzaban ya a notar que no siguiese el mismo plan el resto de los jesuitas. Entre estos comenzaba a soplar con la diversidad de caminos el espíritu de la disensión. Unos se entregaban mucho a la oración, y entretanto se desamparaban los ministerios más esenciales del confesonario, del catecismo y del púlpito. Otros se daban a muchas y ásperas penitencias, y mientras se enfriaba todo el ardor y empeño tan necesarios para los estudios, que profesa la Compañía, se debilitaba la salud, y muchos se inhabilitaban para las demás funciones necesarias a la santificación de los prójimos, como el tiempo lo dio a conocer bastantemente. Estos misioneros, habían venido bajo la dirección del padre Pedro Díaz, que con una extrema diligencia concluidos todos sus negocios en entrambas cortes, dio vuelta a la Nueva-España por agosto de 1579. La razón de tanta aceleración da el padre Everardo Mercuriano, en carta escrita al padre visitador Juan de la Plaza, quien ya había llegado a México. [Cédula de concordia en los estudios de la real Universidad del colegio máximo] Hase juzgado conveniente, dice, que torne el padre Pedro Díaz, antes de la congregación de procuradores que aquí se hará por el mes de noviembre de este año, porque siendo el primer procurador que viene de esa provincia con la relación del estado de ella, y estando pendiente el asunto de las cosas más principales de esa provincia, nos ha parecido importar más su vuelta tan breve, que no el hacerlo esperar aquí otro año más. La cual cosa no se traerá a consecuencia en lo porvenir, pues ha habido esta causa particular para ello. En el mismo despacho vino real cédula de su Majestad, conforme a lo que se había pedido en la congregación provincial en que daba forma y reglamento a los estudios de la real Universidad y del colegio máximo, en el tenor siguiente: «El rey, don Martín Enríquez, nuestro vice-rey, y capitán general en la Nueva-España, y en vuestra ausencia a la persona o personas a cuyo cargo estuviere el gobierno de aquea tierra. El padre Francisco de Porras, procurador general de la Compañía de Jesús, nos ha hecho relación que los religiosos de la dicha Compañía, con fin de que los hijos de los vecinos de esa tierra se ocupasen en recibir buena doctrina, y en el ejercicio de las letras, han fundado algunos colegios en esas partes, y principalmente uno en esa ciudad, en que se ha hecho y hace gran fruto; y que los hijos de los habitantes de ella y de otras comarcas, se han empleado y emplean allí en loables ejercicios el tiempo que antes solían pasar en ociosidad, leyéndoles latinidad, retórica, artes, teología y casos de conciencia, con que han descubierto muy buenos sujetos y habilidades, y van con

continuación en tendiendo en leerles dichas facultades, y que por estar fundada universidad en esa ciudad, se podían ofrecer algunas dudas entre ella, y los religiosos de la dicha Compañía sobre oír los estudiantes algunas lecciones en los dichos colegios, para residir sus cursos y ser graduados. Por lo cual, no se tomando concordia que a los unos y a los otros estuviere bien, podía resultar algún inconveniente que turbase los buenos efectos que esa república recibe con el buen enseñamiento y doctrina de los dichos religiosos. Suplicándonos, que para que esto se estorbare y esta buena obra pasase adelante, mandásemos, que leyendo los religiosos de la dicha Compañía en sus colegios gratis, sin llevar ningún estipendio, latinidad, retórica, artes y teología, en forma de seminario para universidad y matriculándose todos y graduándose en la dicha universidad, y acudiendo a los prebendados, de modo que todo redundase en aumento suyo, pudiesen los estudiantes oír en los dichos colegios las lecciones que se leyesen de dichas facultades, o como la nuestra merced fuese: e visto por los de nuestro consejo de Indias, fue acordado, que se os debía remitir, como por la presente os lo remitimos, y mandamos, que cursando los dichos estudiantes en la universidad, y graduándose en ella en lo demás, concordéis y conforméis a los dichos religiosos y a la universidad, de manera que el fruto que se hace, pase adelante, y tendréis cuidado que las personas que entendieren en la dicha doctrina y enseñamiento, sean siempre muy favorecidas y ayudadas. Fecha en San Lorenzo a catorce de abril de 1579 años. -Yo el rey. -Por mandado de su Majestad, Antonio de Herazo». Presentáronse al excelentísimo señor don Martín Enríquez con esta cédula de su Majestad dos bulas de Pío V y su sucesor Gregorio XIII, expedidas a 10 de marzo de 1571, y a 7 de mayo de 1578, en que los soberanos Pontífices conceden a la Compañía las cátedras de dichas facultades, aun en lugares donde hay universidad, como se lean en distintas horas, sin perjudicarse unos a otros los estudios, e impone a los claustros y sus rectores pena de excomunión, para que de ningún modo impidan o prohíban a la Compañía un ministerio tan esencial a su instituto, y de tanta utilidad como ha confesado y experimentado siempre todo el orbe católico. Instruido el señor virrey de tales documentos, con acuerdo y convenio de entrambas partes, determinó las horas en que hubiesen de leer para que en nada se faltase a los derechos incontestables y primitivos de la real universidad, como se ejecutó y se ha observado después constantemente con la más perfecta armonía.

[Venida del padre visitador Juan de la Plaza, con el hermano Marcos] En este mismo viaje del padre procurador Pedro Díaz, vino también patente de provincial al padre Juan de la Plaza. Este sujeto había sido enviado de visitador al Perú, de donde debía pasar después con la misma comisión a la provincia de México. Había algunos meses que se esperaba en Nueva-España, y la congregación provincial había pedido a nuestro muy reverendo padre que concluida su visita lo dejase en esta provincia. Por otra parte, el padre don Pedro Sánchez, después de ocho años, poco menos, de un gobierno trabajoso en cimentar y echar los primeros fundamentos de tantos colegios, había suplicado al padre general lo dejase gozar del reposo de una vida privada. Así lo hallamos en carta del mismo padre Everardo, su fecha a 31 de enero de 1579. Verá vuestra reverencia (dice) en qué podrá emplear al padre Pedro Sánchez cuando haya dejado el gobierno, de cuyo celo

y religión aquí estamos edificados, y de las buenas partes que tiene y opinión que de él hay en ese reino. Podrá vuestra reverencia ayudarse de él para buenos efectos. Él me ha pedido con mucha instancia que lo deje reposar sin cuidado de otros algún tiempo, y yo se lo he concedido. En consecuencia de estas dos peticiones, se determinó que el padre Plaza después de su visita, tomase a su cargo el gobierno de la provincia. Y aunque no había llegado aun a Nueva-España cuando vino esta misión, llegó poco después por diciembre de 1579. Desembarcó en el Realejo, puerto del mar del Sur, con el padre Diego García, con el hermano Marcos y el hermano Juan Andrés. El hermano Marcos sabemos haber sido destinado por el santo fundador de la Compañía para compañero de San Francisco de Borja, y a cuyo arbitrio debiese moderar los excesos de su fervor. El mismo San Borja, se dice haberle profetizado algunos años antes su venida a las Indias. El padre Francisco de Florencia, en el libro 4, capítulo 10 de su historia, escribe haber muerto este buen hermano en el colegio de Oaxaca, y asegura lo mismo el padre Andrés de Cazorla. No podemos concordar esta noticia con lo que en el capítulo último de la citada historia, escribe el mismo Florencia. De su venida a México tenemos el testimonio más auténtico en una carta del padre Everardo Mercuriano, fecha en Roma a 25 de febrero de 1580. Esta (le dice) os hallará en México, de donde espero tener aviso de la llegada del padre Plaza, y si le es ese cielo tan propicio, como le ha sido el del Perú, pues ahí su residencia no ha de ser de paso con el Divino favor, etc. En un retazo manuscrito hallamos, que quedando el padre visitador en México, el hermano Marcos navegó otra vez a la Europa, y murió en el camino a Roma. Del Realejo, pasó el padre doctor Plaza a Guatemala. Empeñáronse el presidente y audiencia para que quedase en aquella ciudad el padre Diego García, y aun antes de la venida de estos padres habían pretendido lo mismo con el padre Pedro Sánchez, según consta de informe que hizo la primera congregación a nuestro padre general. No pudo el padre visitador por entonces condescender a los deseos de aquella ilustre ciudad; pero prometió enviarles para el año siguiente misioneros, de cuyo trabajo hablaremos a su tiempo.

[Carácter del padre Plaza] El padre doctor Juan de la Plaza era el hombre más a propósito del mundo que se puede escoger para un empleo de tanta consecuencia. Juntaba a una grande sabiduría, una eminente virtud, mucha experiencia e íntimo conocimiento del espíritu de la Compañía.

Se había hallado en Roma a tres congregaciones generales, y en la última en que fue electo el padre Everardo Mercuriano, tuvo también para general algunos votos; demostración que prueba bastantemente el concepto que se hacía de su mérito en aquella respetable asamblea. Por orden de la misma congregación se ocupó en rever las actas de ella, juntamente con los padres Claudio Acuaviva, Diego Juiron, Francisco Adorno y Gaspar Balduino, sujetos todos cuya memoria hace grande honor a nuestra religión. Comenzó su visita haciendo tomará muchos de los sujetos unos largos ejercicios, que él mismo se tomó el trabajo de darles con el mayor fervor y exactitud. Mandó observar algunos rigurosos ayunos, e impuso algunas otras penitencias. Es preciso confesar que no era este el remedio que demandaba el estado actual de la provincia. Presto conoció el varón de Dios que venía mal prevenido, creyendo que estaba muy resfriado en Nueva-España el uso santo de la oración y de las corporales asperezas. Se informó de los

excesos que había en esta parte, y mudando enteramente de conducta, se aplicó luego a poner en ello la más prudente moderación. En efecto, las austeridades e irregular proceder del padre Alonso Sánchez habían incitado a muchos a seguir un ejemplo de que no eran capaces todos los espíritus y todas las fuerzas. Solía el padre aconsejar algunos modos de oración poco conformes a aquel divino método que la Compañía ha aprendido de su santo fundador, y muy expuesto a las ilusiones del propio y del maligno espíritu, mientras no los caracteriza una vocación particular del Señor, que tal vez fuera de toda regla y diligencia humana, eleva algunas almas puras al ósculo de sus labios en la más sublime contemplación. Esta dulce unión y transportes suavísimos de amor, eran frecuente materia de sus conversaciones, por los cuales se dejaba ya aquel arte metódico y seguro de mover con la meditación las potencias, y de observar aquellas menudas pero importantes adhesiones que nos dejó San Ignacio en el libro admirable de sus ejercicios. Por otra parte, se observó que el padre Sánchez, por aficionar los ánimos a la oración mental, hablaba de las oraciones bocaless en estilo poco ventajoso, y con que el vulgo pudiera verlas con desprecio o tenerlas por inútiles. Esto se hizo más notable en algunos de sus sermones, los cuales, oyendo el ilustrísimo señor don Pedro Moya de Contreras, no pudo dejar de decir que la perfección cristiana, aunque altísima, no le parecía tan difícil como la pintaba el padre Sánchez.

Que la devoción de rezar el Padre nuestro y Ave María había sido siempre usada y venerada en la iglesia como sumamente provechosa, y aun para el pueblo necesaria. Con estas y semejantes especies, es fácil concebir la turbación e inquietud de las conciencias. Había ayudado en gran parte a esta revolución el padre Vicencio Lanuchi, el primero que como vimos, enseñó las letras humanas en el colegio de México, hombre amigo de novedades y demasiadamente pagado de su dictamen. Siendo maestro de retórica, intentó que no se leyese a la juventud los autores profanos. Procuró disuadirlo el padre provincial y que siguiese el estilo común de nuestras escuelas. No sosegándose aun, escribió a Roma, de donde se le respondió con fecha de 8 de abril de 1577: No conviene que se dejen de leer los libros gentiles siendo de buenos autores como se leen en todas las otras partes de la Compañía, y los inconvenientes que vuestra reverencia significa, los maestros los podrán quitar del todo, con el cuidado que tendrán en las ocasiones que se ofrecieren. Pretendió después volver a la Europa con pretexto de pasarse a la Cartuja, y se valió para esto de medios ajenos de nuestro instituto, mendigando la intercesión del regente de Sicilia que se hallaba en la corte de Roma. Estas particularidades sabemos por carta del padre general Everardo, fecha en 31 de enero de 1579. El padre Vicencio Lanuchi, dice, habiendo mostrado hasta ahora mucho contento de estar en esas partes, ahora ha hecho grande instancia para volver por acá, usando del medio de seculares, a quienes ha puesto por intercesores para esto. Vea vuestra reverencia la causa de esta novedad, y procure consolarle y ocuparle, supuesto que no conviene que acá venga. Cuando llegó esta carta ya el padre provincial Pedro Sánchez, importunado de sus ruegos, y viendo que en Nueva-España no podía ser de algún provecho, antes sí de un pernicioso ejemplo, lo había enviado para Europa. Sobre este asunto escribió así a nuestro padre general con fecha de 25 de febrero de 1590. De la venida del padre Vicencio Lanuchi, me ha

pesado, no tanto por la falta que hará en esa provincia su ausencia, como por el ejemplo de otros flacos que no faltan, según vuestra reverencia me escribe. Efectivamente, con la ocasión del padre Lanuchi y el amor a la vida austera y solitaria que había encendido en los ánimos el padre Alonso Sánchez, se hallaron muchos tocados del mismo contagio. Como en una nueva provincia escasa de sujetos, era necesario que trabajaren todos igualmente en la salud de sus prójimos, comenzaron algunos a volver los ojos a la Europa y a extrañar la quietud de aquellos colegios, en que con menos interrupciones y trato exterior, podían darse más largamente a la oración, y entregarse a todos los excesos de la más rigurosa penitencia. Muchos pretendieron abiertamente pasarse a la Cartuja. El hermoso pretexto de mayor recogimiento y más continua contemplación, no era en realidad sino una fuga vergonzosa de la fatiga y del trabajo, que acompaña los ministerios apostólicos. Había sido muy común esta tentación en algunos misioneros de la India Oriental, y el juicio que formamos de estos jesuitas de la América, es precisamente el mismo que formó la cabeza de la Iglesia San Pío V, y que explicó con palabras gravísimas en su constitución, equum reputamus, expedida el día 17 de enero del año de 1565.

[Pide el señor obispo de Manila jesuitas para Filipinas] Todo este desorden tuvo que remediar el padre Plaza, y lo consiguió con la mayor felicidad, mezclando con maravillosa prudencia la entereza y la dulzura, según las diversas circunstancias. El padre Lanuchi había ya pasado a Europa cuando vino el padre visitador, y por lo que mira al padre Alonso Sánchez, breve le proporcionó ocupación en que emplearse con más extensión y más honor de la Compañía, su celo y sus talentos. Acaso por este mismo tiempo había vuelto de la Europa el excelentísimo reverendísimo señor don fray Domingo de Salazar, del sagrado orden de predicadores, destinado del rey católico para primer obispo de Manila en las islas Filipinas. Este sabio y religioso prelado conoció desde luego todo el trabajo vinculado a aquella alta dignidad, en unas islas recién descubiertas, y en que apenas comenzaba a rayar la luz del Evangelio. Suplicó a su Majestad le permitiese llevar consigo algunos religiosos de la Compañía de cuyo celo, decía, por la salvación de las almas, de cuya utilidad para la Iglesia y fidelidad para con los reyes sus soberanos, podía seguramente prometerse los más felices sucesos en lo espiritual y temporal de aquellas recientes conquistas. Don Felipe II, por sí muy piadoso y singularmente afecto a nuestra Compañía, condescendió gustosamente, mandando que de la provincia de México se le diesen algunos sujetos de conocido espíritu y letras para fundar misiones en las nuevas islas, que a su constante protección, no menos que a la época feliz de su descubrimiento, debieron el nombre de Filipinas. Poco tiempo antes había pretendido esto mismo el excelentísimo señor don Martín Enríquez, como se ve por una carta de nuestro padre general fecha en 31 de enero de 1579, escrita al mismo señor virrey, que dice así: «Excelentísimo señor Por la relación que he tenido hasta aquí del padre Pedro Sánchez, y la que de fresco me ha dado el padre Pedro Díaz, entiendo la protección continua que vuestra excelencia tiene de las casas de nuestra Compañía, y las buenas obras que hemos recibido de su mano. Mucho me ha consolado el buen suceso que el Señor ha dado hasta aquí a los ministerios nuestros, y la gran puerta que se abre para emplearnos

según el fin de nuestra vocación. El padre Pedro Díaz lleva consigo buena provisión de gente, como la majestad católica me ha pedido, y he señalado algunos que puedan ir a las Filipinas, por haberme escrito de ella que vuesa excelencia lo desea. Es pero que como vuesa excelencia hasta aquí nos ha cuidado, así también lo hará de aquí en adelante, especialmente en lo que yo tanto deseo, de que sean los naturales socorridos como cosa tan propia de la misión de los nuestros a esas partes. Nosotros, como con la gracia divina procuramos de no faltar a nuestra obligación en esta empresa, así también procuraremos reconocer las obligaciones que tenemos a vuesa excelencia, a quien nuestro Señor guarde y prospere, etc.». El padre visitador Juan de la Plaza, en consecuencia de la real orden, señaló a los padres Antonio Sedeño y Alonso Sánchez, con el hermano Gaspar de Toledo, estudiante, y un coadjutor. La asignación del padre Alonso Sánchez, dio el lleno a la predicción que de su viaje a Filipinas había tenido algunos años antes, y aunque en las circunstancias pudiera parecer de alguna resolución nacida de la política y de la prudencia humana, el suceso mostró que era elección de Dios, y que aquel celo ardiente que lo consumía en el retiro de una vida privada, hallando entre los bárbaros una esfera y un pábulo proporcionado a su actividad, había de hacer de él un digno instrumento de la salvación de muchas almas. Seguiremos algún tanto en la Asia las huellas hermosas de estos ministros evangélicos: ni será de extrañar que siendo la provincia de Filipinas una extensión de la de México, e hija suya en el espíritu, extendamos la pluma más de tres mil leguas más allá de la América, pues tan lejos se dispararon sus saetas de salud, y volaron como benéficas nubes sus hijos apostólicos.

[Compendiosa descripción de aquellas islas] Las islas que hoy llamamos Filipinas ignoramos qué nombre tuvieron antes de su conquista, aunque es bastantemente verosímil sean las mismas que llama Ptolomeo Maniolas. El lugar, el número, la longitud, latitud y abundancia de imán con que las caracteriza este famoso astrónomo, no distan mucho de lo que se ha visto después en estas islas. El primer español que las descubrió fue Hernando de Magallanes, en aquel célebre viaje en que dio vuelta al mundo por los años de 1521. Después de él tentaron la conquista de este país distintos capitanes, don García de López enviado de España, y Álvaro de Saavedra encargado de esta honrosa expedición por su pariente el marqués del Valle. Los dos murieron en el mar. Don Pedro de Alvarado, adelantado de Guatemala, obtuvo del rey la misma comisión, y murió estando para hacerse a la vela. Don Rui López de Villalobos que le sucedió por orden del virrey de México, después de muchas desgracias ocasionadas de su mala conducta, acabó consumido de tristeza en Amboino el año de 1546. El adelantado Miguel López de Legaspi fue el segundo que desembarcó en Zebú y luego en Manila. Zebú fue la primera población de los españoles en la Asia y el primer obispado de estas islas. Establecióse allí la religión de San Agustín de 1565. La conquista costó muy poca sangre. Después de una breve resistencia, se añadieron todas las islas, fuera de Mindanao que hasta ahora no se ha conquistado enteramente a la corona de Castilla. Los religiosos de San Francisco se fundaron en Manila por los años de 1577. Las más considerables islas de todo este archipiélago, que Magallanes llamó de San Lázaro, son la de Luson o Manila, la de Mindanao, en que predicó en otro tiempo San Francisco Javier, la de Paraguay, Babau y

Lette, las de Mindoro, Panai, Isla de negros, Zebú y Bool. Estas están cercadas de otras muchas que pasan por todas de ciento sesenta. Ocupan desde el quinto hasta el vigésimo grado de latitud boreal poco menos. La isla principal de Luson tiene de largo como doscientas leguas, y como de treinta a cuarenta en su mayor anchura. Es de todas la más septentrional y la más poblada. La ciudad de Manila la fundó Miguel López de Legaspi el 21 de junio de 1571. El rey católico le dio armas y título de ciudad el 21 de junio de 1571. Gregorio XIII le hizo ciudad episcopal el de 78, y Clemente VIII la erigió en metropolitana el de 1595. La primera audiencia fue a Manila el año de 1584, y por primer presidente el doctor don Santiago de Vera. Está situada en la embocadura del río Pasig, que nace de la laguna de Bay y corre del Este a Oeste a arrojar en el océano estragangen en 14 grados y 40 minutos de latitud septentrional. Las calles son anchas y tiradas a cordel. Guarnece la plaza, que es un polígono irregular, una alta y espesa muralla con algunos baluartes y buena artillería, de que hay fundición allí mismo, como también fábrica de pólvora. Tiene muy buenos edificios: los principales son, la catedral, que fabricó el ilustrísimo señor don Miguel de Poblete en 1654, los conventos e iglesias de San Agustín, de San Francisco, de Santo Domingo y colegio de la Compañía. Dos colegios seminarios, el de San Juan de Letrán, a cargo de religiosos dominicos, y el colegio real de San José bajo la dirección de los jesuitas. El arzobispo tiene tres sufragáneos, el de Zebú en la ciudad del nombre de Jesús, fundación del mismo Legaspi en la costa oriental de la isla de este nombre, y la primera población de los españoles. El de Camarines en la nueva Caseres, que en memoria de su patria fundó el doctor don Francisco Sandi, segundo gobernador de Filipinas, y fue instituido por Clemente VIII el año de 1595, y el de Cagayán erigido el mismo año, y cuya capital es la Nueva-Segovia, que fundó el tercer gobernador don Gonzalo Ronquillo. Estos dos últimos están en la misma isla de Luson, el primero en la parte austral y el segundo en la septentrional, quedando el arzobispado en el centro del país. El temperamento es bastante cálido; pero sin embargo, saludable. El terreno fértil, y abundante de todo lo necesario a la vida, mucha la pesca de varios y exquisitos pejes, con quien compite la caza. Son muchos los animales, las aves y las plantas, no conocidas en la Europa. Los renglones de su comercio son el oro, las perlas, el ámbar, el imán, la algalia, la cera, la miel, la sal, el añil, el palo del Brasil, que allí llaman sibucaco, el ébano y otras maderas exquisitas, mucho tabaco, alguna canela y más pimienta, aunque estas dos especies poco o nada se cultivan. Si a esto se junta la seda, la porcelana, el maque, el papel, la cotonía y otras especies preciosas que le vienen de China y del Japón: el clavo, la nuez moscada, el incienso, las chitas, zarazas y otras telas, el marfil, el alcanfor, el nácar, los diamantes y rubíes que vienen de toda la India Oriental y de la Persia. La plata, la grana y otras muchas cosas que llevan de la América, y por ella de la Europa, se formará un conjunto de preciosidades que la hacen una de las más ricas ciudades del mundo. [Descripción de Manila] Esta opulencia atrae allí gentes de todas las naciones. La plaza de Manila es una asamblea de japoneses, de chinos, de árabes, de persas, de armenios, de malabares, de americanos, de españoles, de portugueses, de holandeses, de franceses, de ingleses y otros muchos de Europa que causan una hermosa

variedad de trajes, de idiomas, de profesiones, de fisonomías y de talles. La comodidad y riqueza de estas islas les han atraído la persecución de algunas potencias. Los portugueses resistieron por algún tiempo a su conquista. Limahon, pirata chino, la embistió con setenta navíos por los años de 1574. El Cofegn o Pumpuam, famoso corsario de la misma nación, a la mitad del siglo pasado, después de haber echado a los holandeses de Isla Hermosa, mandó intimar a la ciudad que se rindiese, aunque no tuvieron efecto alguno sus amenazas, el año de 1600. Oliverio Wander Nooxt acometió a Maravidez, isla pequeña, frente de la bahía de Manila, y puso en armas a la ciudad, de que salió mal despachado. No desistieron los holandeses de su intento. El gobernador don Juan de Silva los derrotó sobre Playa Honda por los años de 670 y tomó sobre ellos un rico botín. Los sangleyes, por los años de 1605, los japoneses en número de más de quinientos, en 1606. Los chinos, en número de más de tres mil, por los años de 1639, se amotinaron tomando las armas contra los españoles. Pero unos por arte y otros por fuerza, entraron presto en su deber. Finalmente, en esta última guerra los ingleses, bajo la conducta de un almirante después de haber dado la nación pruebas nada vulgares de su valor y de su fidelidad para con la corona de Castilla, la tomaron por asalto siendo el ilustrísimo señor don Antonio Rojo Río y Vieya, su dignísimo arzobispo y presidente entonces de su real audiencia, hizo en la ocasión cuanto podía esperarse de un prelado vigilante, de un prudente gobernador, y de un consumado general. El padre Murillo da a estas islas todas 900000 cristianos. Tal fue el teatro de los apostólicos sudores de estos dos misioneros, y tal ha sido el copioso fruto de sus trabajos. [Fundación de Tepotzotlán] Mientras que se preparaban los hijos de esta provincia para el viaje a las islas Filipinas, sobre muy débiles principios comenzó a levantarse uno de los más grandes y útiles colegios de Nueva-España. Con ocasión de haberse proveído por este tiempo el beneficio de Huixquiluca, no juzgó el padre visitador que podía subsistir allí aquella especie de seminario que se había formado para el estudio de las lenguas. Retiráronse todos los sujetos a México, y el padre Plaza suplicó al señor arzobispo señalase si le parecía bien, alguna otra población en que los padres pudiesen servir a los indios y a su Ilustrísima. Vacó en estas circunstancias el beneficio de Tepotzotlán, que pareció a don Pedro Moya de Contreras lugar muy a propósito para los designios de la Compañía. Enviáronse allá los padres Hernán Gómez y Juan de Tobar, insignes en la lengua otomí, masagua y mexicana, con algunos otros sujetos que voluntariamente quisieron dedicarse a este trabajo, de que solo queda memoria de los padres Diego de Torres, Juan Díaz y Vidal. Del colegio de México, de donde solo dista siete leguas, se proveían los padres de todo lo necesario, sin recibir cosa alguna de la feligresía, aunque como en Huixquiluca ejercitaban con el mayor cuidado y vigilancia todas las funciones de párrocos. El primer trabajo fue reducir a una sola población las muchas en que estaban repartidos los indios. A estos diferentes cantones, se les iba todos los días de fiesta a decir misa, y a predicarles la doctrina cristiana, con lo que atraídos de la dulzura y suavidad de sus ministros, comenzaron a pasarse a Tepotzotlán muchas familias, lo que cuasi en todo el resto de los pueblos de Nueva-España no había podido conseguirse sin violencia. Uno de aquellos

fervorosos neófitos que habían tomado esta resolución, se vio dentro de muy pocos días muy perseguido de sus amigos y parientes, que querían volverlo a sus antiguas poblaciones. Resistió constantemente a todos sus discursos y amenazas, y con esta ocasión descubrió a los padres el motivo de aquellas eficaces instancias. No eran solo la embriaguez y la disolución el único motivo que obligaba a estos indios en no consentir en la traslación de sus familias; había aún entre ellos mucha idolatría, de cuyo ejercicio y profesión se guardaban todos los cómplices un secreto inviolable. Tenían las asambleas para estos misterios de iniquidad, o de noche, o en los bosques más espesos, o en las quebradas y cimas inaccesibles de los montes. La dificultad de la lengua otomí que hablan los más de ellos, y que verosímilmente habían ignorado hasta entonces los beneficiados de aquel pueblo, los ponía bastante a cubierto de todas las diligencias conducentes a su conversión. Entre estos infelices se halló una familia cuyo tronco era el jefe, y como el principal autor de toda su desgracia. Este era un indio muy anciano que desde los principios de la conquista, o por odio a los españoles, o por nimia adhesión a su idolatría, se había retirado con todos sus hijos y nietos a lo más alto y escarpado de una sierra vecina. Allí ocultaban todos los recién nacidos para no verse en la precisión de bautizarlos, y cuando por alguna contingencia se veían obligados a exponerlos al bautismo, por no descubrir su irreligión, les daban por padrino otro de los idólatras no bautizados, procurando poner este óbice a la divina eficacia del bautismo. Este infeliz, envejecido en malos días, oyó acaso un día la explicación de la doctrina cristiana, y llevado de una mera curiosidad, continuo algún tiempo en este ejercicio. La gracia del Señor obraba al mismo tiempo en su corazón. Pidió ser bautizado, y descubrió al predicador el artificio con que a sí y a todos los suyos había procurado cerrar para siempre el camino de la salud. Entró en el número de los catecúmenos, entre quienes comenzó luego a distinguirse por un extraordinario fervor. A pocos días se sintió herido de un mortal accidente. Se le confirió el bautismo y murió poco después, dejando al misionero un largo catálogo de todos sus descendientes no bautizados, y habiendo antes empleado toda la autoridad que se había tomado sobre ellos, para persuadirles que bajasen al pueblo y se apartasen del culto de los ídolos. Efectivamente, todos ellos se acercaron en Tepetzotlán, se bautizaron, y fueron después ejemplares cristianos.

[Mudanza en el seminario de San Pedro y San Pablo] Establecida con tanto provecho de las almas la residencia de Tepetzotlán, había satisfecho el padre procurador uno de sus mayores cuidados, que era emplear algunos sujetos de la Compañía en la instrucción y culto de las indias, sin perjuicio de las demás religiones que desde muchos años antes tenían fundadas doctrinas. Con el mismo celo se atendía en todas partes al provecho de los españoles. En México se ocupaban todos en los ministerios con un nuevo fervor, serenada ya del todo la turbación e inquietud que había causado la diversidad de espíritus el año antecedente, obra en que se mostró bien la prudencia y magisterio místico del padre doctor Juan de la Plaza. Solo ofrecía alguna ocasión de disturbio la administración del colegio seminario de San Pedro y San Pablo. Desde que se fundó por setiembre de 73 este insigne colegio, había hecho oficio de rector, aunque

sin formal nombramiento, el licenciado Gerónimo López Ponce, docto y piadoso sacerdote. A este mismo, cuyo celo, fidelidad y entereza tenían ya bastantemente reconocida, nombraron por rector los señores patronos, a quienes privativamente pertenecía en una junta o cabildo, tenido a 9 de marzo de 1574, con asignación de cien pesos anuales a que en 7 de marzo de 1576 añadieron ciento y cincuenta. Gobernó este hasta el 5 de enero del siguiente año de 1577, en que entró en la Compañía. En consecuencia de su renuncia suplicaron los señores del cabildo al padre provincial Pedro Sánchez, que se dignase tomar a su cargo la Compañía la dirección de aquel seminario, como tenía muchos en la Europa. El padre provincial agradeció mucho su confianza, y respondió que en un asunto de tanta importancia, le parecía deberse pesar con más atención, y que entretanto quizá habría llegado el padre visitador Juan de la Plaza, a quien se esperaba del Perú; que su reverencia mejor informado de las intenciones del padre general, podía resolver lo más conveniente. Instáronle que a lo menos señalase una persona de su satisfacción que lo administrase en el ínterin. Con el consentimiento de los mismos patronos señaló al licenciado Felipe Osorio, que con la renta de ciento y cincuenta pesos y los réditos de una capellanía vinculada de oficio, perseveró en él hasta 2 de marzo de 1578. En este día, viendo que tardaba aun el padre Plaza y lo mucho que perdía la juventud en virtud y letras, bajo la conducta de la Compañía, instaron segunda vez al padre provincial para que señalase algún padre para rector de aquel colegio, y no pudiendo dejar de condescender, señaló por vice-rector al padre Vicencio Lanuchi. Este, después de un año, pretendió pasar a la Europa con motivo de entrar en la Cartuja; y efectivamente, se embarcó para España a la mitad de 79, y entró en su lugar el padre Alonso Ruiz. Había pocos meses que administraba, cuando los patronos, no sabemos por qué ocasión, se presentaron en un cabildo al padre visitador pidiendo que la Compañía deshiciese los otros seminarios que tenía México, o dejase la administración del de San Pedro. A una proposición tan irregular y tan atrevida que hizo bastante eco en el honrado proceder del padre visitador y del padre Alonso Ruiz, se le respondió que no convenía deshacer los otros seminarios de que tanto bien resultaba a la ciudad, ni había fundamento alguno para una resolución tan improvisa. Que por lo que miraba al de San Pedro y San Pablo, podían desde luego señalar persona de su confianza a quien se diesen las cuentas. En acabando el padre Plaza de proferir estas palabras, tomó las llaves del colegio, y poniéndolas sobre la mesa, a vista de aquellos señores se retiró con los otros padres, y el seminario volvió a su antiguo gobierno en que no pudo permanecer largo tiempo.

[Ministerios en Oaxaca] En Oaxaca había muerto el año antecedente en 23 de julio el ilustrísimo señor don fray Bernardo de Alburquerque, con notable sentimiento de aquel colegio, a quien perfectamente reconciliado, había favorecido mucho. En su última hora dio un ilustre testimonio de la sincera estimación que profesaba a la Compañía, mandando que le asistiesen, como lo hicieron, con el mayor esmero y vigilancia. Esta misma protección hallaron en su sucesor el ilustrísimo señor don Bartolomé de

Ledesma, del orden de predicadores. Los estudios y ministerios de la Compañía florecieron en aquella ciudad, y crecía cada día más el afecto que desde el principio habían manifestado aquellos republicanos. En lo temporal se pasaba con bastante descanso. El seminario para que había dejado su caudal, don Juan Luis Martínez, deán de aquella iglesia, no había podido subsistir, y se había repartido la renta, parte en el convento de la Concepción, y parte en nuestro colegio, según que al prudente arbitrio de sus albaceas, lo había permitido el piadoso testador. [Veracruz] En Veracruz se trabajaba con igual suceso, admirando los vecinos la constante aplicación de los padres a sus penosos ministerios. El tierno amor con que miraban a la Compañía, les hizo advertir que el sitio del colegio era sumamente incómodo para la asistencia diaria a los enfermos y a la gente de mar, que todos por la mayor frescura y proporción de sus oficios y negocios, procuraban alejarse a las orillas del río. Determinaron, pues, rondar el colegio a la vecindad del surgidero, donde con más frecuencia y menos trabajo, se pudiese ocurrir a todas las necesidades del pueblo, y sin que los sujetos tuviesen la menor parte en la negociación, buscaron quien comprase la antigua casa, con cuyo costo y la acostumbrada liberalidad de los vecinos, se fabricó otra con una proporcionada iglesia en el más bello, más saludable y acomodado sitio. Bien se merecía toda esta afición el celo infatigable de los padres Alonso Guillén y Juan Rogel. No pareciendo bastante esfera a su caridad la gente de la ciudad ni el hospital de ella, en que tenían un ejercicio no interrumpido de mortificación y de paciencia, capaz de fatigar cualquier espíritu menos fervoroso; sabiendo que en la pequeña isla de San Juan de Ulúa morían algunos a quienes la enfermedad no daba lugar aun para aquella corta travesía, penetrados del más vivo dolor de que muriesen sin los santos Sacramentos; pretendieron y alcanzaron del excelentísimo señor don Martín Enríquez; se fabricase allí una especie de hospital, como algunos años antes lo había mandado fabricar en el sitio mismo donde hoy está la nueva Veracruz, y se dice un cuarto de él y lo necesario para el sustento de uno o dos de los nuestros, que estarían allí de pie todo el tiempo que el despacho o descarga de los navíos tuviese ocupada en aquella isla a la gente de mar. Cuando este trabajo daba algunas treguas, se les veía recorrer las estancias vecinas, doctrinando la gente ruda, ejercicio utilísimo y el más propio del instituto de la Compañía; sobre qué jamás deja de derramar el cielo copiosas bendiciones.

[Valladolid] El colegio de Valladolid, cuyas necesidades había remediado en parte desde el año antecedente la piedad del señor don Martín Enríquez, acabó de ponerse sobre un pie regular con la liberal donación de don Rodrigo Vázquez. El maestro Gil González en su Teatro de Michoacán, hace a este piadoso caballero y a don Macor Velázquez, fundadores de este colegio. Del segundo no hemos podido hallar qué fundamento tuvo el escritor. Del primero solo consta haber dado a la casa una estancia con tres mil cabezas de ganado menor, limosna, que aunque suficiente para dar descanso a un colegio de pocos sujetos, y que tenía ya algunas otras, aunque pequeñas fincas, pero no bastante para que podamos darle el título de fundador. En el último despacho había venido orden de nuestro padre general; para que conforme a lo dispuesto, se partiese entre Pátzcuaro y Valladolid la renta de ochocientos pesos a que se habían querido obligar

los señores prebendados, y que en Pátzcuaro quedase solo una residencia inmediatamente sujeta al rector de Valladolid, como estuvo efectivamente hasta el año de 1589, en que determinó otra cosa el padre general Claudio Acuaviva.

[Fundación del Seminario de San Gerónimo] Tal era la bella disposición de los demás colegios de la provincia, cuando en la residencia de la Puebla se padecía la más estrecha necesidad, y según toda apariencia, se podía temer su total ruina. Las murmuraciones de algunas personas, por otra parte respetables, habían encendido una llama que cada día parecía deber tomar más cuerpo. Había cesado la mayor parte de las antiguas limosnas; sin embargo, en medio de las tribulaciones, con la venida del nuevo prelado el ilustrísimo señor don Diego Romano, comenzó a rayar alguna luz de serenidad. Este celoso pastor que en Valladolid de Castilla acababa de fundar a la Compañía el insigne colegio de San Ambrosio, se mostró siempre muy afecto a los jesuitas, que favoreció abiertamente en todas ocasiones. Con esta protección, se pensó en abrir estudios de gramática, y se encomendó este cuidado al padre Antonio del Rincón. El desinterés de la Compañía en este ministerio tan importante, y el afable y religioso trato de los padres en la dirección de aquella juventud, comenzaron a granjear los ánimos y hacer renacer en ellos la antigua afición. Desde fines del año de 1579 se había formado el proyecto de un colegio seminario, y con el cuidado y solicitud, se acabó de plantear a principios del año de 80. Un escritor, bastantemente respetable por su literatura y su carácter, dice haberse fundado este colegio el año de 1585, citando para esto la autoridad del padre Colin en su historia de Filipinas. Si este autor no hubiera hecho profesión de engañar al público y obstinándose en defender una causa insostenible, hubiera visto en la misma historia que cita, que el padre Alonso Sánchez, que llegó a Filipinas por setiembre del año de 81, había ya sido rector del Seminario de San Gerónimo; y bien que este haya sido equívoco del cronista de Filipinas, pues el padre Alonso Sánchez no fue rector de San Gerónimo, sino de San Bernardo en México, sin embargo, se viene luego a los ojos la mala fe del autor, que atribuiríamos gustosamente a descuido si muchos otros pasajes de aquel su bárbaro discurso no nos tuvieran convencidos de su maliciosa infidelidad. Ayudó mucho para la fundación de este colegio el noble y piadoso caballero don Juan Barranco, a quien debieron también algún alivio las necesidades de aquella residencia que habría erigido en colegio y magníficamente dotado, si prevenido poco después de la muerte no se hubiese dignamente empleado su opulento caudal en el convento de las señoras religiosas de San Gerónimo, a quien conservó toda su vida muy particular devoción, y que verosímilmente tuvo un grande influjo en la advocación del seminario. Al principio fueron como treinta o pocos más los convictores, cuyo número ha crecido después mucho, y dado un gran lustre a aquella ciudad con los insignes sujetos que de él han salido para los claustros, las audiencias, los coros y las mitras.

[Muerte de don Alonso de Villaseca, en 8 de setiembre de 1580] El colegio máximo de México y toda la provincia de Nueva-España, tuvo que llorar a fines de este año la muerte del señor don Alonso de Villaseca, tenido, con razón, como el padre común de todos los colegios. Había muchos días que sus achaques no le habían permitido salir de las minas de Ixmiquilpam.

Aquí le visitaban frecuentemente los padres visitador, provincial y algunos otros. Muchos días antes mandó llamar al padre Bernardino de Acosta, su confesor, en cuyas manos entregó su espíritu al Señor. En los días últimos de su enfermedad, mandó a su colegio en barras veinticuatro mil pesos. Los diez y seis para la fábrica, y el resto para limosnas a los pobres, a arbitrio de los padres. Hizo también dos escrituras en que cedía dos cuantiosas deudas, la una de ocho mil y trescientos pesos aplicó a su colegio, y otra de veintidós mil y cien pesos, de que dio cuatro mil al hospital Real, dos mil al de Jesús Nazareno, tres mil a las recogidas, dos mil y ocho cientos a varios pobres y dotes de doncellas, y el resto de diez mil y trescientos a disposición de los padres visitador y provincial para otras obras de piedad, que les tenía comunicadas. Su cuerpo se trajo embalsamado en una litera de Ixmiquilpam al santuario de Nuestra Señora de Guadalupe, donde se detuvo tres días, pagándole así Dios las cuantiosas limosnas con que había procurado promover el culto de su Madre. Entre ellas se cuentan una estatua de plata de la misma Señora, de treinta y nueve marcos y dos onzas de peso: una rica colgadura de terciopelo carmesí, y una capellanía de misas que fundó en el mismo santuario. Los tres días que estuvo allí depositado el cadáver, mientras que en México se disponían unas magníficas exequias, se le cantaron otras tantas misas de cuerpo presente, y luego fue conducido a su casa. De aquí salió para nuestro colegio, acompañado de los señores arzobispo, virrey, audiencia, ciudad y tribunales, con innumerable pueblo. Los señores de la real audiencia disputaron a los padres el honor de cargar el féretro. Esta singularísima demostración no intentaban hacerla sin un motivo poderoso. En un motín que había precedido algunos años antes, en ocasión que gobernaba la audiencia, hubiera sido necesario ceder este tribunal a las violencias de la plebe, si don Alonso de Villaseca a la frente de doscientos caballos, armados a su costa, de los criados y familiares de sus haciendas, no se hubiera presentado ofreciéndose al rey con su persona y bienes para el remedio de aquel desorden. Un servicio tan importante y oportuno, de que no había podido borrarse la memoria, movió a aquellos ministros de su Majestad para que procuraran corresponderle con una significación tan distinguida de aprecio. Sin embargo, contentos con haber mostrado su gratitud, cedieron al mucho mayor derecho que asistía a los nuestros para tomar por suya la acción. Se había erigido en la iglesia un suntuoso túmulo adornado de jeroglíficos muy propios e ingeniosas poesías alusivas a las insignes prendas y virtudes del difunto. Por nueve días se le hicieron honras, cantando la misa alguno de los señores prebendados, y la última el señor arzobispo don Pedro Moya de Contreras, con no interrumpida asistencia de la música de la Catedral y sermones, en que procuró mostrar aquel colegio su inmortal agradecimiento. Murió el día de la Natividad de Nuestra Señora, 8 de setiembre de 1580.

Fue don Alonso de Villaseca, hijo legítimo de don Andrés de Villaseca y doña Teresa Gutiérrez de Toramo, cuya nobleza declaró la real chancillería de Valladolid en 22 de agosto de 1623: nació en Arsisola, pequeño lugar de la diócesis de Toledo, y aunque no se sabe determinadamente el año que vino a las Indias; pero consta que el de 1540 ya era muy rico y muy conocido en la América, donde había casado con doña Francisca Morón, hija única de padres muy poderosos. Era hombre rígido y severo, de muy pocas

palabras, pero sobre que se podía contar seguramente. Su grande liberalidad para con los pobres y obras de insigne piedad, se ocultaban a la sombra de un semblante austero, o porque no esperaba la recompensa sino del cielo, o porque su genio esquivo le hacía tomar por adulaciones aun las muestras de un sincero agradecimiento. Sus resoluciones eran todas hijas de una madura atención. Habiendo sido de los primeros que pretendieron la venida de los jesuitas a la América, estuvo después cuatro años para declararse por fundador del primer colegio, observando cuidadosamente la conducta de los sujetos, siempre socorriéndolos; pero manteniéndolos siempre en una suspensión que casi llegó a desconfianza. Lo que dio a este colegio pasó de ciento y cuarenta mil pesos, extendiendo al mismo tiempo sus liberalidades a cuantas casas religiosas y obras de piedad se hicieron por entonces en México. A pesar de su circunspección y silencio, se publicó bastantemente después de su muerte su caridad en opulentísimas limosnas, que constaron de sus papeles. Entre ellos se hallaron cartas del gran maestro del orden de San Juan de Jerusalén, conocida hoy por los Caballeros de Malta, en que aquel gran príncipe le daba las gracias por una de más de sesenta mil pesos con que socorrió aquel cuerpo ilustre en la triste situación en que se hallaba, después del largo sitio que aquella isla había tenido que sufrir de los Otomanos el año de 1565. Otras del santo Pontífice Pío V por ciento y cincuenta mil pesos que había remitido a Su Santidad para el culto de los sagrados Apóstoles San Pedro y San Pablo en su templo Vaticano y sustento de los pobres de Roma. En diversas ocasiones se hallaron dados para redención de cautivos diez mil y más pesos, más de cuarenta mil para los santos lugares de Jerusalén, y casi otros tantos para la parroquia y pobres de su patria Arsisola. En lo que dejamos escrito en el párrafo antecedente, se ve que en solos los días últimos de su vida, dio a los pobres treinta y nueve mil pesos, ¿quién, pues, podrá decir cuantas fueron sus limosnas en todo lo restante, y singularmente en las epidemias, que en su tiempo casi asolaron la ciudad? Tal fue el fundador del colegio máximo de San Pedro y San Pablo, al pie de cuya estatua pudo ponerse aquel glorioso epígrafe: *Stabilita sunt bona ilius in domino, et eloeymosinas ilius narrabit omnis ecclesia. Descansaron sus huesos en la antigua iglesia de Xacalteopam, hasta que se concluyó la fábrica del nuevo templo por los años de 1603; de que hablaremos a su tiempo.*

[Muerte del hermano Diego Trujillo, y estado del colegio de la Puebla] A la muerte del fundador, siguió la del hermano Diego Trujillo, natural de Madrigalejo, que dejando, las armas se alistó en la Compañía el año de 1576. Se aplicó desde luego con sumo cuidado a la mortificación de sus pasiones, de que en cinco años de religión dejó muy singulares pruebas. Lo más de este tiempo pasó en el humilde oficio de hortelano, a que sentía al principio grande repugnancia. Le doto el cielo de un espíritu de oración, que se puede decir que jamás interrumpía, y en que mereció del Señor singulares favores. El padre Pedro Morales certificó después, que había tenido noticia cierta del día de su muerte, que fue a los 9 de noviembre del mismo año. Dos días después el padre don Juan de la Plaza, concluida su visita, tomó posesión del oficio de provincial que había obtenido ocho años el padre Pedro Sánchez. Señaló luego por rector del colegio de México al padre Pedro Antonio Díaz; de Puebla, al padre

Pedro Morales; de Oaxaca, al padre Francisco Báez; de Valladolid, al padre Diego López de Mesa. En Veracruz continuó el padre Alonso Guillén, y en Tepotzotlán, el padre Alonso Ruiz. La asignación del padre don Pedro de Morales a la residencia de la Puebla, fue en las circunstancias la más acertada. En esta casa se había comenzado a hacer un gran fruto con el colegio seminario, a pesar de la pequeña persecución, de que quedaban algunas reliquias en los ánimos. Las necesidades domésticas habían tenido algún alivio; pero muy luego se acabó aun la esperanza que habían hecho renacer algunas cortas limosnas. Don Melchor de Covarrubias, noble republicano, prometió catorce mil pesos para la fundación del colegio. La dotación no pareció bastante para un colegio de la segunda ciudad del reino, en que eran necesarios estudios de todas las facultades. Esta repulsa agrió mucho a aquel insigne caballero, y cerró la puerta a muchos socorros, que parecía prometer el afecto con que miraba a la Compañía. El padre Plaza en atención a estas circunstancias, había intentado deshacer aquella residencia hasta que el tiempo ofreciese oportuna ocasión, en que pudiesen trabajar con más descanso. En efecto, hubiera sido necesario tomar dentro de poco tiempo una resolución tan agria, si con el nuevo gobierno del padre doctor Pedro de Morales no se hubiese mejorado la situación de aquella casa. Era el padre dotado de una singular dulzura y amenidad en su conversación, de un pronto expediente, y de una franqueza y abertura de genio, que se insinuaba fácilmente y dominaba a cuantos le trataban. Añadíase la gentileza del cuerpo, la hermosura y la modesta alegría de su semblante, sobre escrito, que cuando concuerda con las prendas interiores del alma, les da para con los hombres más severos no sé que estimación, tanto más grande, cuanto más conforme a aquel deleite, que se gusta pocas veces en hallar perfectamente de acuerdo la razón con los sentidos¹⁷. Con estas bellas cualidades, se atrajo muy breve el padre doctor Morales la estimación de toda la ciudad. El padre Antonio del Rincón, daba un espectáculo muy diferente. Este operario infatigable, atendía al mismo tiempo a las clases de gramática, a la educación, dirección de los colegiales en el Seminario de San Gerónimo, y a la instrucción de los indios, cuyo idioma poseía en un grado eminente. Los pocos ratos que le dejaban libres estas graves ocupaciones, los empleaba en explicar la doctrina, y exhortar a los presos en las cárceles y obrajes, que había muchos en aquella ciudad, y que podían llamarse, con razón, escuelas de maldad, y unos pequeños ensayos del infierno. La blasfemia, la obscenidad, los perjuros, las más atroces calumnias, eran el ordinario estilo de sus conversaciones. La pobreza, la hambre, la desnudez, la reclusión, los arrojaban en un continuo despecho; el poco tiempo que no les ocupaba un crudo y siempre involuntario trabajo, lo daban a la embriaguez, al juego y a la más vergonzosa torpeza. El celo incansable del padre Antonio del Rincón, le hacía buscar estas almas estragadas, y entrar, digámoslo así, a la parte de sus miserias para ganarlas a Jesucristo. Fuera de esto, tomó el trabajo de explicar todos los domingos la doctrina en la iglesia del hospital de San Pedro, vecino a nuestra casa, mientras que algunos otros padres repartidos por las salas hacían fervorosas exhortaciones, y confesaban a los enfermos, ministerio que hasta ahora se continúa en aquella casa, con grande aplicación y constante fruto.

[Sucesos de Manila] Entretanto los padres Antonio Sedeño y Alonso Sánchez navegaban a llevar la luz del Evangelio a las islas Filipinas. El hermano Gaspar de Toledo que los acompañaba, joven de muy inocentes costumbres y digno hermano del padre don Francisco Suárez, murió a pocos días de navegación. Los demás habiendo llegado a la costa oriental de la isla de Luzón, en un tiempo en que ya los vendavales muy temibles en aquellos mares, no permitían pasar el estrecho, desembarcaron en aquellas playas y caminaron por tierra hasta Manila, donde llegaron a principios de setiembre del año de 81. Hicieron los padres esta navegación con tanta pobreza, que mendigaban de los pasajeros su cotidiano sustento, aunque las órdenes de su Majestad eran muy francas, y grande el cuidado del señor obispo en procurarles toda la posible comodidad, a que con grande edificación renunciaban. Llegaron a Manila sin más tren que una caja da libros, ni más ropa que unas sotanas raídas, sin manteos, que la larga navegación y viajes por tierra habían dejado inservibles. Con ocasión de haber ido en compañía de unos religiosos de San Francisco, estos caritativos padres que habían quedado muy edificados de su virtud, les procuraron alojamiento en su misma casa. Tres meses poco menos, se mantuvieron en el convento, hasta que informados de la buena disposición de las naturales del país, determinaron pasarse a vivir entre ellos en un pueblo muy cercano, y cuasi arrabal de la ciudad, que llamaban Lagio. Tomaron una pequeña casa en que la caja de los libros les servía de mesa para tomar algún sustento, que ordinariamente era solo arroz, y tal vez algún peje.

[Intenta el señor arzobispo se encargue la Compañía del colegio de San Juan de Letrán] La religiosidad y celo de nuestros operarios en los demás colegios de Nueva-España, esparcía tan bello olor de edificación, que movido de ella el señor arzobispo don Pedro Moya de Contreras, pretendió se encargase la Compañía del cuidado y administración del hospital y colegio de San Juan de Letrán. El católico rey don Felipe II por cédula fecha en Valladolid a 8 de setiembre de 1557, en una instrucción dirigida a los virreyes de Nueva-España, les encarga el aumento y administración de este colegio, señalando rentas de su real erario para la subsistencia de los niños que en él hubieran de educarse, y les da las ordenanzas más prudentes para su conservación, haciéndole algunas otras mercedes, de que en general se hace mención en la ley XIV, título 23, libro 1 de la Recopilación de Indias.

Toda esta recomendación le había granjeado a este colegio la actividad y fervoroso celo de su venerable fundador el hermano fray Pedro de Gante, religioso lego del orden seráfico. Este piadoso varón, mucho más recomendable por su singular piedad que por la ilustre sangre de los reyes de Escocia, e inmediato parentesco con el emperador Carlos V, después de haber catequizado y bautizado por su mano más de un millón de indios, y quebrado más de diez mil ídolos¹⁸, se entregó a la educación de los niños y niñas indias para quienes fundó distintos colegios, que hasta el año de 1572, en que murió, gobernó por sí mismo con admirable prudencia y utilidad. Varón verdaderamente humilde, y digno de que el nuncio apostólico de España, el reverendísimo fray Vicente Lunel, ministro general de la orden, y el Sumo Pontífice Paulo III, lo exhortasen a recibir el orden sacerdotal que recusó siempre, aun cuando el

emperador Carlos V le brindaba con el arzobispado de México. Digno de que el ilustrísimo señor don fray Juan de Zumárraga, primer prelado de la iglesia de México le propusiese a capítulo general de Tolosa como uno de los obreros más fervorosos y más útiles que tenía la Nueva-España, y de que su sucesor don fray Alonso de Montúfar del orden de Santo Domingo, se gobernase en todo por su dirección y su consejo. El colegio, que mientras vivió este santo hombre estuvo siempre en una ventajosa situación, cayó después en sumo abatimiento. Para precaver conforme a las intenciones de su Majestad su total ruina, intentó el dicho señor arzobispo, y aun pidió a nuestro muy reverendo padre general se encargase de él la Compañía. El padre Everardo Mercuriano en carta fecha en Roma a 25 de febrero del presente año, respondió así a su Ilustrísima: «En el particular que vuestra señoría reverendísima me propone del hospital y colegio de San Juan Leterano, no he tenido información alguna. Al padre Plaza, a quien envié en mi nombre a visitar esa provincia, doy orden para que trate con vuestra señoría reverendísima este negocio, de suerte que sea guiado todo a mayor gloria divina, y al modo de la Compañía, como sé que vuestra señoría reverendísima lo desea y pretende, a quien Nuestro Señor tenga en su continua protección para bien de su santa Iglesia, etc.». El padre Juan de la Plaza, ya entonces provincial, después de conferenciado y examinado a fondo este negocio, con el señor ilustrísimo y los padres consultores, fue de dictamen de no poderse admitir el honor que se pretendía hacernos, sin contravenir a las costumbres más venerables y al estilo común de nuestra Compañía, a que de ningún modo intentaba oponerse aquel prudentísimo prelado¹⁹.

[Auto sobre el colegio Seminario de San Pedro y San Pablo] El colegio Seminario de San Pedro y San Pablo, dejado a la administración de sus patronos, experimentaba mutación en cada uno de los cabildos. Antes de cumplirse el año de haberlo dejado la Compañía, se celebró otra junta a de agosto de 1581, desde el año antecedente con ocasión de la diversidad de dictámenes, que aun en las más santas y bien gobernadas asambleas, suele traer perniciosas consecuencias, había determinado el excelentísimo señor don Martín Enríquez que presidiese siempre a los cabildos alguno de los señores oidores, como en efecto asistió en esta el doctor don Hernando de Robles. Procediéndose a la elección de rector, el señor don Pedro López propuso que el colegio volviese a la dirección de la Compañía. Concordaron otros votos, cuya resolución aprobó el presidente y confirmó la real audiencia con un auto muy honroso a nuestra religión, del tenor siguiente.

En la ciudad de México a 18 días del mes de agosto del año de 1581, los señores presidente y oidores de la audiencia real de Nueva-España, habiendo visto lo pedido por el doctor Damián de Torres, Pedro Gallo de Escalada, Alonso Ximénez, y otras personas que dicen ser patronos de ciertas colegiaturas que se han instituido en el colegio de San Pedro y San Pablo de esta ciudad, cuya administración han tenido los padres de la Compañía de Jesús. Dijeron: que para que mejor se perpetúe la fundación de dicho colegio, y en él se consiga el fin que se pretende a más próspero estado del servicio de Dios Nuestro Señor y bien y provecho de los colegiales que en él residen y hubieren de residir, así en virtud y

buenas costumbres, como en las ciencias de las letras, de que tanta necesidad hay en esta tierra, para la doctrina y buen ejemplo de los naturales de ella; ha parecido se debe encargar al rector que es, o fuere, de la Compañía de Jesús, el gobierno y régimen de dicho colegio en lo espiritual, reservando en los dichos patronos el derecho que tienen a presentar en las dichas colegiaturas a los que hubieren de subrogar los presentados. Por lo cual, sin embargo de lo por ellos pedido, e intentado, rogaban y encargaban al que es o fuere rector de la dicha Compañía, se encargue, reciba y tome debajo de su gobierno el régimen y administración de dicho colegio, en lo tocante a lo espiritual, y para ello ponga un vice-rector el que le pareciere para que lo rija y administre, conforme a las constituciones y estatutos que les diere y ordenare, el cual pueda remover y quitar cada y cuando le pareciere, y el tal rector tenga cuidado particular de visitar el dicho colegio, e inquirir y saber si en él se conserva y guarda lo que para su buen gobierno se hubiere ordenado e instituido, corrigiendo lo que se debiere corregir y enmendar; de manera, que siempre haya la perfección que pide semejante obra, y en ella se sirva a Nuestro Señor, y los colegiales vayan en aumento de virtud y ciencia. Y porque hasta ahora no está asentado el orden que se ha de tener en lo temporal de dicho colegio y cobranza de sus rentas y distribución de ellas, mandaban y mandaron, que los doctores Plaza, provincial, y Pedro Sánchez, religioso de la dicha Compañía, y el doctor Pedro López y Álvaro de Figueroa, vecinos de esta ciudad, dos de los dichos patronos, personas nombradas y señaladas en el cabildo, que tuvieron en 22 de noviembre del año pasado de 580, con asistencia del dicho don Hernando de Robles, hagan las ordenanzas que para el buen gobierno de dicho colegio parecieren y fueren necesarias, teniendo respeto y consideración a que las rentas de él se distribuyan y gasten a más utilidad y provecho de dicho colegio, excusando las cosas superfluas que podían ser causa de empobrecer el dicho colegio, o que se le siguiese alguna, penuria o pobreza. Y las dichas ordenanzas y constituciones que los susodichos así hicieren, se guarden y cumplan por los dichos colegiales y patronos que hoy son, y adelante fueren, y por las demás personas a quien tocaren y pudieren tocar, so las penas que en ellas les fueren impuestas, lo contrario haciendo; las cuales desde luego, les imponían y habían por impuestas, y para que más puntualmente se guarden y cumplan después de hechas, se traigan al real acuerdo para que se aprueben o confirmen. Así lo proveyeron y mandaron, y que este auto se asiente en los libros de los patronazgos de dicho colegio. Rubricada de su excelencia y los señores doctores Farfán, Miranda, Sedeño y Robles. Pasó delante de mí. Miguel López de Agüero. En consecuencia de este auto, el padre Pedro Díaz, rector del colegio de México, tomó a su cargo el seminario, y señaló por vice-rector al licenciado Bernabé Sánchez de Betamos, que lo había administrado con crédito desde 22 de noviembre del año, antecedente, y en este estado se prosiguió hasta el año de 1588, en que le aconteció nueva mudanza.

[Misión a Guatemala y villas de Zamora y Guanajuato] El siguiente año de 82, no olvidado el padre provincial Juan de la Plaza de la palabra que había dado a la ciudad de Guatemala, determinó enviar en misión algunos padres: escogió para este efecto al padre Antonio de Torres y al padre Alonso Ruiz con un hermano estudiante, que bajo la conducta de tales maestros, aprendiese el grande arte de los ministerios apostólicos. El camino largo y de los más pesados y escabrosos del reino, les ofreció desde luego bastante materia de sufrimiento. El fruto de la misión correspondió bien al celo de los misioneros y al gran deseo y aplauso con que fueron recibidos en la ciudad. Instaron tercera vez para que quedase de asiento allí la Compañía, y escribieron prometiendo gruesas limosnas, que seguramente hubieran cumplido, si el padre provincial no hubiera tenido justos motivos que le obligaron a no condescender por entonces. Al mismo tiempo salió del colegio de México otra misión para las millas y lugares vecinos en que fue mayor el trabajo y no inferior el suceso. Para estas pasajeras expediciones, se formaban los sujetos en el colegio con el continuo ejercicio de la mortificación y de las demás virtudes religiosas, cuyo buen olor se difundía por todo México. El importante ministerio de la explicación de la doctrina, ocupaba varios sujetos por las calles y plazas. Mendigaban a veces el sustento en las porterías de los conventos, no solo los novicios, pero aun los estudiantes y sacerdotes que en este, como en las demás humillaciones y mortificaciones domésticas, precedían a la juventud con heroicos ejemplos. Pedían otros limosna por la ciudad para los hospitales y las cárceles, y a su celo piadoso se debe la cofradía de la misericordia que fundaron algunos de los republicanos para el socorro de los presos. No había género alguno de miseria o de escándalo, que no procurase remedio la industriosa caridad de aquellos fervorosos operarios. Consiguieron se fundase una casa para mujeres divorciadas en que tuviese refugio su honestidad y su fama, todo el tiempo que estaban apartadas de sus maridos. No florecía solamente el espíritu apostólico en el colegio capital de la provincia, antes de aquí se comunicaba a los demás con un fervor que no disminuía la distancia de los lugares. De Pátzcuaro, salieron para los pueblos vecinos. De Valladolid se hizo una fervorosa misión a la villa de Zamora, población considerable al Oeste de Pátzcuaro, y cuasi en los confines del obispado de Michoacán. Llegaron los padres a tiempo que estaban divididos los ánimos. El cura de aquel partido creía haber recibido injuria de cierto religioso que pocos días había predicado con alguna libertad que el beneficiado interpretaba a sátira. Esta disensión había prorrumpido en públicas demostraciones, con no poco escándalo del pueblo que fácilmente toma partido en semejantes lances, conforme el interés o el capricho. Los misioneros tomaron a su cargo disipar antes de todo aquella sombra que verosímilmente no hubiera permitido hacer a la misión considerable fruto. Efectivamente, como personas eclesiásticas, virtuosas y prudentes, después de algunos días convinieron fácilmente en una recíproca amistad. Se abrazaron públicamente en la iglesia con mucha edificación de todo el lugar. Este heroico ejemplo de caridad, de mansedumbre, y de humildad cristiana, fue un poderoso exordio que dispuso

los ánimos a la misión. El predicador, sin dar lugar a que se enfriaran aquellos primeros movimientos y lágrimas que les había sacado aquel tierno espectáculo, habló con tanto espíritu de las estrechas obligaciones de la caridad evangélica, que públicamente se pidieron muchos perdón de pasadas injurias, y toda la villa pareció por mucho tiempo una sola familia. ¡Tanto poder tiene para arrastrar a los súbditos el ejemplo de sus mayores! Las confesiones y comuniones, y la reforma de las costumbres fue tan sensible, que corriendo la fama vino en persona el vicario de Guanajuato, real de minas no poco distante de Zamora, a suplicar a los misioneros que quisiesen pasar a su partido. Pareció necesario condescender con el celoso pastor: le acompañó uno de los padres, no sin bastante riesgo de los chichimecos que con frecuentes correrías inquietaban los contornos. El vicario contribuyó mucho de su parte al grande fruto de la misión. Predicaban juntamente con mucha vehemencia; pero el trabajo de las confesiones cargó todo sobre el misionero hasta que se le enviaron compañeros, que por largo tiempo tuvieron que recoger una mies abundante. En el colegio se habían añadido a las demás ordinarias tareas la administración y gobierno del colegio de San Nicolás. Este, según la mente de su venerable fundador, lo había dirigido la Compañía todo el tiempo que estuvo en Pátzcuaro después de fundada allí la residencia, y por motivos urgentes lo había dejado después de pocos meses de trasladada a Valladolid la catedral. A poco tiempo se reconoció en aquella juventud tanto atraso en las letras y tanto descarrío en las costumbres, que verosímilmente se hubiera arruinado del todo. Determinaron, pues; por común acuerdo del cabildo suplicar al padre provincial Juan de la Plaza, se encargase de él la Compañía. No se juzgó conveniente aceptar sin algunas condiciones bien ajenas de la opinión que algunos mal afectos habían procurado esparcir en el público. La primera, que los trescientos pesos que para el rector había dejado señalados el señor don Vasco; se repartirían para alimentos de colegiales pobres. La segunda, que el cabildo debería señalar un mayordomo seglar en cuyo poder entrase la renta, y a quien los ilustres patronos pudiesen tomar cuenta y remover a su arbitrio sin alguna intervención de nuestra parte. Con estas condiciones, que aprobaron los señores prebendados de común acuerdo, determinó el padre provincial señalar al mismo padre Juan Sánchez que había estado antes con grande aceptación en aquel cargo; sin embargo de tanta moderación, no faltaron algunos a quienes su interés en la causa armó contra la Compañía. Ganaron estos la voluntad de algunos capitulares, diciéndoles que estando a nuestro cargo el seminario, breve impetraríamos bulas de su Santidad para administrarlo con independencia del cabildo, quitándoles el patronato que tan prudente y sabiamente les había concedido el fundador. El ilustrísimo señor don fray Juan de Medina y el alcalde mayor disiparon con facilidad estos mal fundados discursos, y el padre Juan Sánchez que ya se revolvía del camino, entró en Valladolid y gobernó por algún tiempo el seminario hasta que por otro semejante motivo pareció necesario abandonarlo.

[Puebla] No hubo menos que sufrir por este tiempo en la Puebla de los Ángeles a causa del seminario de San Gerónimo. Se decía públicamente que el colegio se aprovechaba de las rentas, y que manteniéndose los padres a expensas del colegio, admitían el salario que por un motivo de vanidad

parecían rehusar en lo público. Una calumnia tan negra y que tocaba en el honor de la Compañía, movió al padre Antonio del Rincón a pretender que se deshiciese el seminario, y se habría deshecho en efecto, si no hubiéramos hallado en el señor don Diego Romano, obispo de aquella ciudad, la misma protección que en el señor don Juan Medina. Tomó por suya la causa de los jesuitas, de quien en todas ocasiones se mostraba padre. Su autoridad hizo cesar muy en breve aquellas voces sediciosas. Sostuvo el seminario, y alivió con nuevas limosnas a nuestro colegio que honraba muchas veces con su presencia. Un nuevo accidente acabó de ganar al público en favor de la Compañía, dando al mismo tiempo crédito a los estudios, y un establecimiento sólido al dicho seminario. Llegó acaso por aquellos días en peregrinación a aquel colegio uno de los hermanos estudiantes en compañía de su maestro, que teniendo ocupado todo el resto del año en sus tareas eclesiásticas, empleaban el tiempo de las vacaciones en estas apostólicas correrías con muchas creces de mortificación y de humildad, y grande edificación y provecho de los pueblos. Se dispuso un acto literario dedicado al ilustrísimo, y se convidó todo lo más florido de la ciudad, para la víspera de San Gerónimo, titular del seminario. Una función nunca antes vista en aquel país, atrajo a nuestra casa infinito concurso de todo género de gentes. Se recibió al señor obispo con una oración latina, y se procedió después a la disputa, en que replicaron algunos señores prebendados y maestros de las religiones con notable lucimiento y aplauso del público, que nada entendía menos. El colegio seminario y los jesuitas quedaron en una grande estimación para con la ciudad: crecieron en lo de adelante las limosnas con el afecto de los republicanos, y dentro de muy poco tiempo veremos comenzar a levantarse el más grande y bien dotado colegio de toda la provincia. Tanto es cierto que las mayores empresas suelen nacer de los más tenues principios, y que la aprensión en los ánimos de los hombres es más poderosa a veces que la verdad.

[Veracruz] El padre doctor Pedro de Morales, atento a todo lo que para utilidad del público abraza la Compañía, envió a la villa de Atlixco algunos padres en misión, y al mismo tiempo dio providencia para que de la residencia de Veracruz, agregada a este colegio, saliesen otros para el ingenio de Orizava y estancias circunvecinas. En una y otra parte se lograron copiosísimos frutos. Los lectores agradecerán que nos tomemos la pena de entrar siempre en una relación circunstanciada de los trabajos y sucesos de este género de expediciones, mientras no ocurran algunos acontecimientos extraordinarios que deban interesar su atención.

[Oaxaca. Caso raro] Tal fue el que se experimentó en una misión por el obispado de Oaxaca. Un hombre de una vida estragada llegó, entre otros muchos, a confesarse. La gracia del Señor obró en él con tanta vehemencia, que no pareciéndole suficientes sus serios propósitos, añadió voto de romper con una amistad que hasta entonces le había sido ocasión de muchas caídas. Perseveró por algún tiempo en estas santas disposiciones, hasta que arrebatado un día de la vista pasajera de aquel objeto, consintió y aun intentó poner por obra el deseo criminal. Caminaba ya al precipicio, cuando un repentino accidente lo derribó en tierra privado de sentido. Acudió prontamente el misionero; pero no estaba en estado de confesarse. Sus voces espantosas, su semblante y las contorsiones violentas de todo el cuerpo, parecieron de un hombre poseído del demonio. El padre, penetrado

del más vivo dolor, mandó retirar toda la gente que había atraído aquel triste espectáculo. Se puso de rodillas pidiendo a Dios por aquella alma. Oyó Dios a su santo, y dentro de poco rato, pronunciando el Dulce Nombre de Jesús, volvió en sí el infeliz, diciendo como había consentido en aquel pecado, de que el Señor, con un misericordioso castigo, había querido avisarle. Me vi, dijo, cercado repentinamente de muchas negras y espantosas sombras, que con la eficacia de la oración se han disipado. Se confesó con muchas lágrimas, y procedió después ejemplarmente. Con tan sólidos consuelos pagaba Dios los trabajos de estos fervorosos ministros en esta y las demás misiones.

[Intenta la Compañía ausentarse de Tepetzotlán] Entre tanto había más de un año y medio que en Tepetzotlán entregados al penoso estudio de las lenguas ejercitaban con los indios el mismo empleo nuestros operarios. Todos estaban ya bastantemente instruidos en la lengua mexicana, mazaguatl y otomí, y podía en nuestros colegios enseñarlas a otros muchos.

Pensó, pues, el padre provincial retirar los sujetos a México y dar lugar a que se proveyese el curato en algún sacerdote secular como antes se había practicado en Huizquiluca. No pudieron entender los indios la resolución del padre Plaza sin una extrema sorpresa. Se presentaron al señor arzobispo, que se había instado muchas veces para que en calidad de curas administrasen aquel partido los jesuitas como santísimamente lo han practicado hasta ahora en la América las demás religiones. Ya que esto no había podido conseguirlo por falta de la necesaria licencia del general, pretendió que nos quedásemos en el pueblo para alivio y consuelo de los indios, señalando Su Ilustrísima distinto párroco que administrase el partido, y haciéndonos donación del sitio que entonces ocupábamos.

[Preséntanse los indios al señor arzobispo] Todo esto explicará mejor un edicto un auto de Su Ilustrísima, que por convenir mucho a la justificación de lo que después habremos de decir, no podemos dejar de vaciar en todo su tenor. «Don Pedro Moya de Contreras, por la gracia de Dios arzobispo de México del consejo de Su Majestad. Por cuanto los padres de la Compañía de Jesús de esta ciudad, deseosos de la conversión, doctrina y aprovechamiento espiritual de los indios de este arzobispado y de otras partes de Nueva-España; considerando que para hacer en ellos el fruto que desean les era necesario y forzoso aprender la lengua otomí por haber de ella gran falta de ministros, y juntamente la mexicana por ser la más universal de estos reinos, y que para este efecto y aprender dichas lenguas con más disposición y brevedad convenía residir entre ellos; trataron con nos que les señalásemos un pueblo cercano a México donde cómodamente pudiesen poner en ejecución su intento; y nos, teniendo respeto y atención a su santo y piadoso celo, y notable utilidad que de él resultaría a estas nuevas plantas, estimando su deseo y voluntad, les deputamos el pueblo de Tepetzotlán por ser cerca y de lengua otomí y mexicana, y más acomodado por lo susodicho que otro ninguno de la comarca; y así, con nuestra permisión y orden del reverendo padre doctor Plaza, provincial de la dicha Compañía, habrá un año y medio que fueron al dicho pueblo algunos padres y hermanos a estudiar las dichas lenguas, lo cual han continuado con tan particular cuidado, que todos las saben, administrando en este tiempo los sacramentos y doctrina, y cosas de nuestra santa fe católica a los indios de aquel partido y otros

comarcanos, donde los ministros no son suficientes en las dichas lenguas. Por lo cual, y porque aquel partido no careciese de tan singular y provechosa doctrina, pedimos y rogamos diversas veces al padre provincial se encargase la Compañía de la cura y administración de él, como la tienen los demás órdenes en los pueblos donde residen. Pero juzgando no lo podían hacer, y entendido por el gobernador y principales de dicho pueblo, que los padres y hermanos que en él estaban se querían venir, presentaron ante nos una petición de este tenor. Don Martín Maldonado, gobernador del pueblo de Tepotzotlán, y todos los alcaldes y principales del dicho pueblo, parecemos ante vuestra señoría ilustrísima y decimos: que habrá año y medio, poco más o menos, que los padres de la Compañía de Jesús han residido en dicho pueblo y nos han ayudado en la doctrina y administración de los santos Sacramentos con extraordinario fruto de nuestras almas y conciencias, según es público y notorio. Y ahora liemos sabido que nos quieren dejar, diciendo que no pueden ser curas de alma, de lo cual a todos nos ha resultado gravísimo desconsuelo, viendo que si nos desamparan cesarán y perecerán tantos y tan buenos ejercicios como han puesto en orden, así para la educación de los niños, como para la doctrina de los adultos. Y pues vuestra señoría es padre y pastor a quien incumbe procurar, como lo procura, semejante trasto a sus ovejas, y ovejas tan desamparadas como somos nosotros, pedimos y suplicamos a vuestra señoría ilustrísima, por reverencia de Jesucristo nuestro Señor, sea parte para que los dichos padres de la Compañía no nos desamparen, aunque vuestra señoría provea beneficiado en el dicho pueblo, que para ellos y él daremos casas en que vivan. Y así, siendo vuestra señoría servido, señalamos para los padres de la Compañía las casas y huerta en que al presente residen, por estar ya acomodados al modo que es necesario para sí, y para ayudarnos al beneficiado que fuere, señalamos una casa del pueblo que está cerca de la iglesia, a donde le acomodaremos como fuere justo. A vuestra señoría ilustrísima suplicamos, por amor de nuestro Señor, admita la donación que por esta le hacemos, renunciando y cediendo en manos de vuestra señoría todo el derecho que a ellas tenemos, y en que recibiremos grande bien y merced. -Don Martín Maldonado, gobernador, etc.-. En cuya virtud procuramos con instancia que la Compañía no saliese de dicho pueblo, sin embargo de que proveyésemos en él nuestro vicario y beneficiado para la administración de los Sacramentos, como haber solía, lo cual a nuestro ruego ha tenido por bien conceder el padre provincial. Por tanto, considerando los motivos de los ya referidos, y la utilidad que ese sigue y adelante resultará de que la compañía esté en el dicho pueblo, para que los presentes y futuros de ella estudien en él las dichas lenguas, y mediante ellas comuniquen su doctrina y predicación en toda esta Nueva-España en la mejor vía y forma que podemos; hacemos gracia y donación, pura, perfecta e irrevocable de las dichas casas y huertas, donde solían y acostumbraban vivir los vicarios y beneficiados de aquel pueblo de la dicha Compañía de Jesús para que sean suyas, y como suyas vivan y residan en ellas ahora y para siempre jamás. Con tanto, que si en algún tiempo dejaré la Compañía las dichas casas y huerta, y de residir en dicho pueblo, vuelvan al señorío y posesión de la iglesia y del beneficiado que en ella fuere, el cual desde ahora viviera en las casas que en la dicha petición se declara que están cerca de la iglesia de dicho

pueblo. Dada en México a 22 días del mes de junio de 1582. -Petrus, Archiepiscopus mexicanus».

En consecuencia de esta determinación, se pusieron luego los edictos para el beneficio, y entre todos los rivales, tuvo el señor arzobispo la benignidad de escoger el más adicto a la Compañía, reconociendo con suma prudencia, como había ya dicho al padre Plaza, las disensiones que podrían sobrevenir entre dos poseedores de una misma iglesia. Aun con toda esta precaución, el suceso no verificó sino demasadamente los justos temores del ilustrísimo.

[Ocupación de los padres en Filipinas, y embajada del padre Alonso Sánchez] En Filipinas por este mismo tiempo dos jesuitas de bien diferente carácter hacían al público los más importantes servicios. El padre Antonio Sedeño se instruyó con brevedad en la lengua más universal de la isla, y comenzó luego a ejercitar con los naturales del país todos los ministerios de la Compañía. El padre Alonso Sánchez, después de haber ayudado y sido como la alma del primer sínodo que convocó el celoso obispo, fue enviado a Macao, única ciudad que ocupaban los portugueses en las costas de la China, a la embocadura del río de Cantón a 22 grados y 9 minutos de la latitud. Los portugueses, que se habían establecido en ella desde el tiempo del emperador Kia-tsmg, en recompensa del importante servicio que hicieron al estado, haciendo retirar al pirata Chang-si-la que tenía sitiada a Cantón, los navíos por portugueses, que se hallaban en la rada, hicieron frente a este corsario a instancias de los mandarines que les convenía tener propicios para el comercio. En su fuga sorprendió la ciudad y puerto de Macao, en que fue muerto por los europeos. Esta se hizo muy en breve el centro de todo el comercio de la isla. Sus nuevos dueños fortificaron la plaza con una gruesa muralla y dos castillos del lado de la tierra, por el Norte, donde un istmo muy angosto une la ciudad con la isla del mismo nombre. Hemos dado estas señas circunstanciadas, porque en todos los antiguos manuscritos y aun en la historia de Filipinas del padre Colin la hallamos con el nombre de Machan o Machain una de las molucas, difundir una suma obscuridad a todo este pasaje de la historia. El fin de esta expedición fue traer a los portugueses de Macao al reconocimiento y homenaje de Felipe II, en quien por la muerte desgraciada del rey don Sebastián, se habían unido las dos coronas de Castilla y Portugal. El padre Alonso Sánchez desempeñó esta comisión con todo aquel suceso y brevedad que se esperaba de su actividad y su elocuencia. Después de haber sido arrojado a las costas de la China, y visto varias ciudades cuya curiosa relación podrá verse en la citada historia de Filipinas, arribó a Macao. La Providencia dispuso encontrarse allí personas de grande representación, por cuyo medio ganase los ánimos para una sujeción tan no esperada y tan contraria a la inclinación portuguesa. Se halló con el ilustrísimo don Melchor Carnero, obispo de Nicca, y tres patriarcas de Etiopía con el padre Alejandro Valegñano, conductor de los príncipes del Japón, que pasaron a Roma a rendir la obediencia en nombre de su nación al Sumo Pontífice Gregorio XIII. Acción que vio con pasmo la Europa como prueba nada equívoca de los trabajos y sudores de la Compañía, que en vano ha procurado después desfigurar la envidia. Ayudaron también al feliz éxito de aquella ardua empresa, el ilustrísimo don Leonardo Sea, obispo de Macán, y don Juan de Almeida, gobernador de aquella plaza. Unos espíritus

tan racionales entraron luego en las ideas del padre Alonso Sánchez, y su autoridad, junta a las privadas conversaciones y poderosa energía del enviado, reunieron lo restante del pueblo para la jura del nuevo monarca. Macao fue la primera ciudad de la Asia que reconoció a Felipe II, y a su ejemplo y diligencias del padre Alonso Sánchez, le rindieron todas las demás una gustosa y pronta obediencia. Este solo ejemplo daría a conocer que la fidelidad y el celo para con los reyes sus soberanos ha sido siempre uno de los caracteres que han distinguido a la Compañía, y bastaría para convencer y llenar de confusión a sus antiguos y modernos calumniadores, si una ciega e inveterada pasión fuera capaz de convencerse o de avergonzarse.

Concluida tan felizmente esta negociación, y no hallando barco en que volver derechamente a Manila, se embarcó en uno que habla para el Japón y debía volver luego a Filipinas. En este viaje naufragó a la costa oriental de la isla de Formosa. Esta región, cuya situación y naturaleza había sido hasta ahora tan poco conocida de los geógrafos, acaba de recibir una grande luz en este siglo con el nuevo mapa que del imperio de la China trabajaron por tarden del emperador Canchi los misioneros jesuitas, y publicaron el año de 1717. El tomo 8.º de las Cartas edificantes y la historia general de viajes que compilo monsieur Prevost, nos da una idea completa de este país. Una larga cadena de montañas lo parte de Norte a Sur. La costa occidental la ocupan los chinos desde los años de 1561. La oriental unos isleños bárbaros de quienes verosímelmente no podían los náufragos esperar buen cuartel. Una gran parte de la tripulación había perecido en el mar. El padre Alonso Sánchez mostró bien toda la extensión de su caridad y de su genio en unas circunstancias tan críticas. Muy lejos de aquel abatimiento que inspiran las desgracias, animaba a todos con su ejemplo. Trató lo primero de fabricar algunas barracas en que pudiesen hospedarse, y luego de fortificarlas contra los insultos de los paisanos que se dejaban ver a lo lejos armados de sus flechas. Se le ofreció fabricar algunas de las reliquias del navío maltratado un pequeño barco en que volver a Macao. Este trabajo era necesario, pero muy difícil. Todo lo allanó con su industria y con su ejemplo. Era el primero en cualquier género de fatiga, y haciendo alternativamente los oficios de capitán, de constructor, de vigía, de cocinero, de piloto, logró conducir después de algunos meses pasados en una suma incomodidad aquella pobre gente, segunda vez a Macao. El capitán don Juan de Almeida escribió al gobernador de Filipinas don Gonzalo Ronquillo, en estos términos. «Fue nuestro Señor servido que la nao que iba al Japón se perdiese, y que entre las personas que escaparon fuese uno el padre Alonso Sánchez que mostró bien en la ocasión su valor y espíritu en lo mucho que allí hizo en servicio de Su Majestad y de vuestra señoría que le son en grande obligación, así por lo mucho a que se arriesgó en emprender este viaje, como en los muchos trabajos que en él ha pasado. ¡Qué bien supo escojer vuestra señoría para esta empresa persona tal cual se requería!, etc.». De aquí volvió con felicidad a Manila por marzo de 1583.

[Año de 1583] Sus grandes talentos no permitieron que se le dejase por largo tiempo en quietud. En efecto, a fines de este mismo año le fue necesario hacer segundo viaje a Macao, en cuyo éxito interesaba no menos

el rey que los particulares de aquella república. El padre Antonio Sedeño, solo con un hermano coadjutor en toda la isla de León, empleó este tiempo en enseñar a los naturales las artes más necesarias para la vela. El cultivo de los campos, la arquitectura y otras semejantes mecánicas, en que después han mostrado tanta habilidad en los filipinos que lo reconocen por maestro. Edificó la primera casa de piedra que se vio en aquel país, y fue la del señor obispo, y sucesivamente otras muchas, manejando él mismo con una humildad que encantaba la escuadra y el nivel, y sufriendo los yerros de aquellos peones novicios con una paciencia y dulzura inalterable. La Nueva-España no nos ofrece en todo este intervalo cosa alguna digna de atención fuera de los ordinarios ministerios y misiones, si no es la reunión de los tres colegios seminarios. [Reunión de los tres seminarios en el San Ildefonso] Estando la provincia escasa de sujetos pareció mejor que los colegiales de San Miguel, San Gregorio y San Bernardo, se redujesen a uno solo, a quien desde entonces parece habersele dado el nombre de San Ildefonso, que con tanta gloria ha conservado hasta el presente. Con el nombre de San Miguel se instituyó poco después una especie de congregación de indios en el colegio de Puebla, y el de San Gregorio se reservó al seminario de la misma nación en México.

[Año de 1584. Seminario de San Martín de Tepotzotlán] A estos precedió el Seminario de San Martín, fundado a diligencias de la Compañía en el pueblo de Tepotzotlán. Don Martín Maldonado, cacique de los principales del pueblo, después de haber hecho al colegio la donación de casa y huerta que arriba referimos, fue el autor de este pensamiento. En una asamblea de los de su nación, propuso que en los tiempos de la gentilidad, sus antepasados, tenían en las principales poblaciones casas de comunidad, y maestros que instruyesen la juventud en las obligaciones políticas, y en las ceremonias de su bárbara religión. Este cuidado, dijo, nos interesa infinitamente más en la ley santísima, que por nuestra dicha profesamos. La caridad de estos padres nos excusa la pena de buscar maestros, que jamás podríamos hallar tan cabales. Yo pensaba, pues, agregar nuestra juventud a su dirección en una casa común, donde gozasen mejor de su doctrina, y se formasen a la virtud con sus domésticos ejemplos. Para su subsistencia, desde ahora destino una parte de mis tierras. Se determinó luego dar a la Compañía unas casas vecinas a la iglesia y plaza del pueblo, y se añadieron algunos otros cortos retazos de tierra. Aquí se juntaron como treinta colegiales hijos de caciques. Fuera de la religión y la urbanidad, se les enseñaba el canto eclesiástico y demás ceremonias para el servicio de los altares. Se ocupaban en la dirección de este colegio uno o dos sujetos de la Compañía, sabios en la lengua mexicana y otomí, y tenían cuidado de la escuela de leer y escribir, donde se cultivaban en el uso de nuestra lengua. Esto que mandó después tan apretadamente el concilio mexicano, como uno de los medios más oportunos para la propagación de la fe, y que los reyes de España habían encargado en muchas cédulas, y últimamente insertaron en más de un lugar de su sabia y piadosa recopilación de leyes de Indias, fue materia de ofensión para algunos espíritus preocupados. El grande esmero y aplicación con que se cultivaban los genios de los indios, enfureció a aquellos que querían se mantuviesen en su antigua rusticidad para tenerlos siempre expuestos a sus violencias. Por otra parte, al beneficiado, que se había proveído el año

antecedente por adicto que se mostró a los principios a la Compañía, presto le comenzó a dar celos la grande estimación y ternura con que nos miraban los indios, y el concurso libre y voluntario a las exhortaciones y confesonario nuestro. Después de haberse quejado inútilmente y de haber padecido largo tiempo un tormento, en que a nadie podía culpar sino a sí mismo, hubo de renunciar el beneficio. Lo mismo hicieron consecutivamente algunos otros; y siendo así que gozaban plenamente de todo el ejercicio de su jurisdicción, y en ninguna manera se les disminuían las obvenciones, por no recibir nosotros aun aquellas limosnas de misas que se reciben lícitamente en todas partes, sin intervención alguna de la autoridad o el interés, se hizo crimen a los jesuitas del celo con que les aliviaban la pesada carga del oficio parroquial y cuidado de las almas.

[Pretende el señor arzobispo se gradúen los jesuitas en la universidad sin propinas] Era ya por este tiempo virrey de México y presidente de su real audiencia el mismo arzobispo don Pedro Moya de Contreras, que por muerte del excelentísimo señor don Lorenzo Suárez de Mendoza, que había muerto a 20 de junio 1583, conde de la Coruña, había tomado posesión del gobierno, juntamente con el cargo de visitador general, de que aun en vida del mismo conde le había venido cédula. Este príncipe, cada día más inclinado a favorecer a la Compañía, y por la autoridad y cargos que le merecían sus grandes cualidades, cada día más en estado de poderlo hacer, resolvió conceder a los jesuitas el privilegio de graduarse en la universidad sin propinas algunas, creyendo que sobradamente le pagaban con el cuidado de la instrucción de la juventud, en que daban a la real universidad tanto lustre, con lo cual pretendía abrir camino a su antigua pretensión, de que tuviese la universidad algunos maestros de la Compañía. Sentían con el arzobispo y virrey muchas personas del claustro, algunos por inclinación, pocos por lisonja, y los demás por fuerza. Nuestra religión, no tuvo por bien admitir este honor. Creyó siempre que la profesión de cuarto voto, según nuestras constituciones, era un premio muy sobrado al literario trabajo de sus miembros. Que un privilegio tan singular no podía dejar de ser muy odioso y aun nocivo al cuerpo en que por este camino podía temerse se introdujera la ambición, y las competencias siempre expuestas, tanto entre sí, como en los seculares en la oposición a las cátedras. El sabio visitador conoció todo el peso de estas razones, y experimentó no sola una vez, que en las honras que pretendía hacer a los jesuitas jamás hallaba contradicción sino en ellos mismos.

[Aumentos en los colegios de Puebla, Pátzcuaro y Valladolid] Este recato y circunspección colmaba el Señor de bendiciones, no solo en el fruto espiritual de los ministerios, pero aun en lo temporal de los colegios. A Pátzcuaro favorecía mucho por este tiempo doña Beatriz de Castilleja, nieta del último rey de Michoacán, y su hija doña Juana, casada con un cacique principal, don Juan de Puruata, señor de San Ángel Tzurumucepeo, y gobernador que fue muchos años de la ciudad. Dio esta familia ilustre al colegio la mayor parte de las tierras de la hacienda de San Antonio o la Jareta. En Valladolid, el piadoso caballero don Luis Rodríguez, había prometido al padre rector una corta limosna. Entró a la iglesia a hacer oración ante la devota imagen de Nuestra Señora del Populo, que pocos años antes había traído de Roma el padre Pedro Díaz. En el fervor de su oración creyó que no podía hacerle mayor obsequio, que ofrecerle una gran parte de

su hacienda para culto suyo y sustento de aquella casa religiosa. En efecto, quedó sorprendido el superior al ver que en lugar de algunos carneros que esperaba, le puso en la mano la escritura de una donación que él y su mujer hacían de mancomún al colegio, de una hacienda de cuatro mil cabezas de ganado menor y algunas piezas de esclavos. El colegio de la Puebla, que hasta entonces había sido el más necesitado, comenzaba a respirar con la benevolencia y frecuentes limosnas de don Melchor Covarrubias, con esperanzas bien fundadas de una breve y opulenta dotación. Por otra parte, las varias y fervorosas misiones del padre Hernando de la Concha, al obispado de Jalisco y ciudad de Guadalajara, habían dispuesto los ánimos de aquellos ciudadanos y de su ilustrísimo obispo, tan en favor de la Compañía, que no esperaban sino oportunidad para pretender un colegio.

[Audiencia de Manila y nuevos misioneros] Hacia este mismo tiempo envió su Majestad a Filipinas la primera audiencia, y su señaló gobernador y presidente de ella al doctor don Santiago de Veras, ministro de suma fidelidad y entereza, que había manifestado bien en las audiencias de Santo Domingo y México, en que había servido a su Majestad muchos años. Este piadoso caballero, no dio paso alguno a la disposición de su viaje antes de pedir al padre provincial algunos misioneros que le acompañasen a Manila. Aunque eran pocos los sujetos para los colegios y ministros de Nueva-España, sin embargo, no se pudo dejar de condescender a las instancias del presidente, ni de atender a la necesidad de aquella nueva colonia, en cuyos frutos y gloriosos trabajos tanto interesaba la Providencia. Destináronse para la misión los padres Hernán Suárez, castellano, como superior, el padre Raymundo Prat, o Román de Prado, catalán, el padre Francisco Almerico, italiano, y el hermano Gaspar Gómez, coadjutor temporal. Llegaron estos padres a Manila a principios del año de 1585. El padre Hernán Gómez, se entregó luego a los ministerios más penosos, con un extraordinario celo, de que fue muy presto la víctima. El padre Almerico se dedicó a aprender la lengua de los chinos y japonés, para la instrucción de aquellas naciones desamparadas. El padre Raymundo Prat, tomó a su cargo a los indios, cuya lengua aprendió con facilidad, y de que fue todo el resto de su vida un ministro incansable. Poco después de su llegada, volvió de Macao el padre Alonso Sánchez, después de haber experimentado en el viaje, cuanto tienen de furiosos los mares en las costas de la India Oriental, y un sumo peligro de caer en manos de los bárbaros en la Ensenada de Cochinchina, de que se libró por una extraordinaria providencia. Con su vuelta, prosiguió el sínodo, que el señor obispo había querido suspender en su ausencia, y en que había encargado al padre Sánchez llevase digeridas las materias y asuntos de importancia, sobre que siempre inquiría de los primeros su parecer, sin ofensión de alguno de aquella docta asamblea, que admiraba en el padre Alonso Sánchez un fondo tan grande de doctrina, junto con una modestia humilde y una constante integridad.

[Concilio Mexicano] No era menos la opinión de piedad y sabiduría con que en semejante ocasión servían los jesuitas en México a la iglesia y al estudio. Habíase juntado en México aquel año concilio provincial a diligencias del ilustrísimo y excelentísimo señor don Pedro Moya de Contreras. Asistieron los ilustrísimos señores don Diego Romano, obispo de

la Puebla, don fray García Gómez Fernández de Córdoba, del orden de San Gerónimo, obispo de Guatemala, don Bartolomé de Ledesma, del orden de predicadores, obispo de Oaxaca, don fray Juan de Medina Rincón, del orden de Agustín, obispo de Michoacán, don fray Domingo de Arzola, del orden de predicadores, obispo de Guadalajara, don fray Gregorio Montalvo, del orden de predicadores, obispo de Yucatán. Se convocaron teólogos de todas las religiones, el reverendo padre maestro fray Pedro de Pravia, de la orden de Santo Domingo; el reverendo padre maestro fray Melchor de los Reyes, de la orden de San Agustín; el reverendo padre fray Juan de Salmerón, del orden de San Francisco; y el padre doctor Juan de la Plaza, de la Compañía de Jesús. Consultores juristas fueron don Juan de Zusnero, arcediano de la santa iglesia de México; el doctor don Juan de Salcedo, catedrático de prima de cánones en la real universidad, y secretario del concilio; el doctor don Fulgencio Vic, y el padre doctor Pedro de Morales, rector del colegio de la Puebla, hombre igualmente docto en las profundidades de la teología, y en las sutilezas del derecho. Fuera de estos, el señor arzobispo en cualidad de virrey y capitán general, nombró por su teólogo y consultor al padre Pedro de Hortigosa, a quien veneraba como a su maestro. Sus decisiones eran oídas con veneración en toda aquella venerable asamblea. Trabajó por orden del concilio en la formación de sus decretos y sus cánones, juntamente con el doctor don Juan de Salcedo, a quien como a secretario cupo el mayor peso de todo este negocio. Se lo encomendó después su traducción a la lengua latina, y últimamente entre él y el padre doctor Plaza, por común consentimiento de todo aquel cónclave, formaron el Catecismo de Doctrina cristiana, que se vio por mucho tiempo en estos reinos. Comenzó el concilio a 20 días del mes de enero en la iglesia de San Agustín, y se concluyó a 17 de setiembre del mismo año de 1585. Después de visto por el real consejo, se remitió a Roma, y Sixto V, después de la aprobación de una junta destinada a este efecto, lo confirmó en 27 de octubre de 1589. La majestad del señor don Felipe IV, dio licencia para su impresión el año de 1621, y mandó se guardase en estos reinos, como consta de la ley 7, título 7, libro 1 de la Recopilación de leyes de Indias. El señor Urbano VIII, se dice haber extendido su observancia a las islas Filipinas, por bula expedida a 11 de marzo de 1626. Ello es cierto que en tiempo de su celebración, el ilustrísimo señor don Domingo de Salazar, primer obispo de Manila, que había juntado allá un sínodo, propuso varias dudas y artículos al concilio mexicano, y estuvo a su resolución.

En el intervalo del concilio había venido de España destinado provincial de esta provincia, el padre Antonio de Mendoza, que como el padre Plaza tomó muy a su cargo la conversión e instrucción de los indios, sobre que traía de Roma órdenes muy precisas. En el colegio de la Puebla, determinó que al Seminario de San Gerónimo, que estaba entonces contiguo a nuestra casa, se agregase y dispusiese una iglesia en forma de jacal, bastantemente capaz, donde el padre Antonio del Rincón cultivase aparte los indios, sin perjuicio del concurso de los españoles, que no les dejaba lugar en nuestro templo.

[Misión de Teotlalco] Dispuso asimismo, atento siempre al mayor provecho de los indios, una misión al partido de Teotlalco, a petición del señor obispo de la Puebla. Era esta una región de su dilatadísima diócesis

extremamente necesitada. La escasez de ministros en aquellos tiempos, había obligado a sujetar a la administración y vigilancia de un solo beneficiado más de sesenta pueblos. El sumo desamparo espiritual en que vivían estos infelices, junto con las memorias aun recientes de su gentilidad en las cumbres y en las quebradas de sus montes, los había precipitado de nuevo en todos los desórdenes, haciendo un monstruo de religión en que juntaban con el Dios verdadero adoración a las más viles criaturas. Algunos adoraban al fuego, otros a ciertos genios que imaginaban presidir a la caza, a las semillas, o a los árboles. Aun aquellos en quienes no había pasado la corrupción hasta el espíritu, pasaban una vida estragada en la embriaguez, en la deshonestidad, en el homicidio y en el hurto. Se conoció muy presto que aquella inundación de vicios, no tanto provenía de la obstinación de los ánimos, como de la falta de instrucción. Luego que supieron la venida de los padres a su país, salían de los pueblos a recibirlos coronados de flores con mucha música, aunque grosera, extremadamente agradable a los ministros de Dios, que de aquella benevolencia se prometían copiosos frutos para el cielo. Explicaron en los pueblos principales, a que concurrían en tropa aquellas pobres gentes, los misterios de nuestra fe, corregían los vicios y condenaban los abusos. El suceso fue mayor que la expectación. Era increíble el ardor con que venían a confesarse después del sermón, sin dejar a los misioneros otro descanso que el sólido consuelo de sus sinceras conversiones. Acabada la confesión, traían a la presencia de los padres los ídolos de varias materias, los quebraban y los pisaban, burlándose del demonio, que bajo de aquellas monstruosas figuras los había tenido engañados. Se hizo, como para una pública y solemne expiación de los pasados escándalos, una devota procesión en cada uno de aquellos pueblos. Iban los padres repartidos entre el pueblo con sogas al cuello, coronas de espinas en la cabeza y los pies descalzos, rezando en alta voz algunas devotas oraciones. Los indios les seguían en trajes de penitencia, según les dictaba su fervor y permitía el sexo y la edad. Muchos tomaron fuertes disciplinas; muchos vistieron áspero cilicio, y todos derramaban lágrimas, ofreciendo al Señor el holocausto más agradable en la compunción del espíritu. Este piadoso ejercicio fue como una disposición para la comunión general, que se hizo el día señalado con innumerable concurso y común regocijo de aquellos miserables. A la partida salían los padres acompañados de todos aquellos sus nuevos hijos en Jesucristo, cuanto gozosos de haber destruido entre ellos el reino de la idolatría y de la impiedad, tanto acongojados y sin poder contener el llanto a vista de su ternura y de las sinceras instancias con que procuraban detenerlo, para que los defendiesen, como decían, del demonio, y les enseñasen el camino del cielo.

Muy semejante a estos fueron los frutos que cogió en tierra de los chichimecas el padre Juan Ferro, insigne operario del colegio de Pátzcuaro. En esta casa, derribándose un lienzo para dar mayor capacidad a la habitación, se halló enteramente incorrupto el cuerpo de una india virgen, entre otros muchos que la humedad del terreno había ya consumido. Se hicieron las más exquisitas diligencias para saber el nombre, patria y calidad de aquella persona a quien el cielo favorecía con tan maravillosa incorrupción. Preguntados los más ancianos y de mayor autoridad entre los

indios y antiguos vecinos españoles, respondieron haber oído de sus padres que en aquel mismo lugar había fabricado el venerable obispo don Vasco de Quiroga un recogimiento para indias que quisiesen servir al Señor en castidad y pureza de alma y cuerpo, con reglas y constituciones que él mismo les había dictado, llenas de sabiduría. Que entre estas esposas de Jesucristo se sabía haber florecido una de muy especial virtud, cuyo nombre ignoraban y de quien habían oído referir a los antiguos cosas singulares, y se persuadían sería suyo aquel cadáver, que el Señor había querido honrar con tan sensible protección. Por el mismo tiempo los padres Francisco Ramírez y Cristóbal Bravo, corrían los partidos al Sur de Michoacán, bien recibidos en todas partes y con fruto correspondiente a la aceptación y al trabajo de los misioneros.

Del éxito admirable de la misión que Teotlalco habían hecho los padres del colegio de la Puebla, tan a satisfacción del ilustrísimo que la había pretendido: del continuo y penoso trabajo de los ordinarios ministerios en nuestra iglesia; del lustre y experimentado desinterés de nuestros estudios; y sobre todo, de la grande aplicación al bien y provecho de los indios en el nuevo jacal o ermita de San Miguel, junto con el genio amable y sincero del padre doctor Pedro de Morales, que se había atraído la veneración y el aprecio de toda la ciudad; resultó que el noble caballero don Melchor de Covarrubias se moviese a tratar de la fundación del colegio, añadiendo mucho más a lo que había prometido, y a lo que desde algún tiempo antes había dado en continuas limosnas. [Segunda congregación provincial] A fines del año, se celebró en México, a 2 de noviembre, la segunda congregación provincial, y quedó elegido por procurador a entrambas cortes el padre doctor Pedro de Hortigosa. [Principios del colegio de Guadalajara] Dijimos poco ha, como con la ocasión del concilio mexicano había venido de Guadalajara su ilustrísimo prelado el señor don fray Domingo de Arzola, del orden de predicadores. Este celoso prelado, concluido el sínodo, suplicó al padre provincial enviase a su ciudad y obispado algunos padres en misión, como se había hecho muy recién llegada la Compañía, y añadió, que estimaría se detuviesen allí como en residencia, mientras que tomaba con su cabildo y ciudad las medidas para un establecimiento fijo. Se enviaron aquella cuaresma los padres Pedro Díaz y Gerónimo López, gran lengua mexicana para el catecismo e instrucción de los indios, y el hermano Mateo de Illescas. El obispado de Guadalajara comprende seis grandes provincias; Guadalajara, Jalisco, los Zacatecas, Chiametlán, Culiacán, Sinaloa, a que se ha agregado después de su descubrimiento y reducción la California²⁰. Tiene por el Oriente el arzobispado de México; por el Poniente el seno Californio y la Península del mismo nombre; al Sur la costa del mar Pacífico, y al Norte las provincias de Topía, Nuevo-México, etc. El temperamento es templado, y declina más al calor que al frío. El aire puro, el cielo sereno, fuera de los meses lluviosos. En este tiempo las aguas son copiosísimas, y por lo común acompañadas de las más espantosas tempestades de truenos y rayos, que se experimentan en la América. El terreno es montuoso, por la mayor parte arenoso, seco y expuesto a temblores. Tiene minas de plata en abundancia, fierro algún poco, oro ninguno. En este obispado se hallan los grandes lagos de Chapala, de Icatlan y Zacualco. El menor tiene más de doce leguas de

circuito. Al de Chapala, su vasta extensión le mereció entre los antiguos geógrafos Mare Chapalicum, con que lo llama Abraham Ortelio. La audiencia y Catedral de esta diócesis, estuvo antiguamente en la ciudad de Compostela, de donde se pasó a Guadalajara el año de 70, según Laet, aunque algunos quieren que haya sido diez años antes. Cerca de Compostela, a las orillas de un pequeño río que desagua en el grande de Guadalajara, está el pueblo de Tepic, famoso por el prodigio de la Santa Cruz que allí se venera, cuya relación no dejará de ser muy agradable a los piadosos lectores. La escribió como testigo ocular el padre Antonio de Covarrubias, y lo confirman constantemente cuantos han estado en aquel sitio.

[Descripción de la Cruz de Tepic] En el llano (dice) que llaman de Jalisco, de la jurisdicción de Compostela en el reino de la nueva Galicia, como un cuarto de legua escaso del pueblo de Tepic, al pie de la alta sierra de Jalisco, y como a dos leguas del pueblo así llamado, está muy cerca del camino real, en una loma que hase formado en el suelo, una imagen muy perfecta de la Santa Cruz, la cual es toda de un género de grama crecida, como de media vara de alto, y todo el año está verde y bien formada, de la misma suerte que en los jardines se forman cuadros e imágenes curiosas con riego de pie; siendo así que en tiempo de seca es esterilísimo todo aquel llano, y aun en tiempo de aguas la yerba crece muy poco y es toda diversísima de aquella que forma la Santa Cruz: de suerte, que está tan distinta y bien formada, que luego se viene a los ojos. El largo que tiene la Santa Cruz, son ocho varas y una ochava; los brazos cuatro varas y cinco ochavas; el grueso de vara y media cabal. Tiene por corona uno como tarjón o rótulo en que no se distinguen caracteres algunos, de tres varas cabales. De la misma forma a los pies, hace una basa o peana de tres varas y una cuarta, el grueso a proporción, y todo excelentemente formado, y cantoneados los remates con mucha gracia y hermosura. El rumbo fielmente tomado con una buena aguja de marear, está la cabeza al Norte, cuarta al Nordeste, y la peana al Sur, cuarta al Suroeste. Al pie de esta milagrosa Cruz está una capilla pequeña pero aseada, dedicada a la Santa Cruz, la cual tiene en un costado, como capilla adjunta cerca del presbiterio esta maravillosa Cruz de grama, con una cerca de cal y canto, casi del alto de la capilla; pero sin techo por haberse notado que se marchita y seca en impidiéndole estar a cielo descubierto. Divídese de la capilla principal con un arco y una reja de madera, y los vecinos acuden con mucha devoción a esta Santa Cruz, como a su refugio, y cuentan algunas maravillas y favores recibidos del Señor en este santuario. Celébranse fiesta todos los años el día 3 de mayo, con la mayor solemnidad. No he podido averiguar el tiempo en que apareció esta maravilla. No debe de ser muy antigua, porque una buena señora anciana, vecina de aquella tierra, me ha dicho varias veces que citando ella fue a vivir allí no había tal Cruz, y que después se apareció, y generalmente por la incuria de aquellos vecinos, no hay cosa cierta en esto. Parece sí, no ser cosa natural, así por la forma en que está, y permanecer siempre verde y fresca en una tierra criaza y seca, como por haberla cavado varias veces para ver si había en aquel puesto alguna cosa enterrada, y haberse luego vuelto a formar la Santa Cruz. Del centro de ella se saca continuamente tanta tierra, que se podía formar un montón mayor que todo el santuario, y jamás se reconoce disminución. Dista

de nuestro ingenio poco más de cinco leguas, y nuestro bienhechor Alonso Fernández de la Torre labró la dicha capilla, y tuvo siempre a su cuidado el culto y aseo de aquel santo lugar. Hasta aquí el padre Antonio de Covarrubias.

A la pasada maravilla, añadiremos lo que escribiendo a nuestro padre general, afirma el padre Rodrigo de Cabredo con fecha de 1.º de mayo de 1615. Dice, pues, que habiendo llegado un padre en misión al valle de Banderas, vinieron a él así españoles como indios, a decirle que quizá le había traído allí nuestro Señor para descubrir lo que tenían noticia por tradición de padres a hijos y era que mucho antes que viniesen los españoles, llegó a aquel lugar un varón llamado Matías o Mateo, y que predicó en esta tierra, y le habían muerto los indios porque le reprendía sus vicios. Que los españoles hallaron aquí una provincia entera, que se abría coronado y la llamaban la provincia de los Coronados; que hallaron también cruces sobre la serranía de Chacala, que divide este valle del de Chela; que en esta serranía se ve hasta hoy un lugar ameno, donde está un pequeño estanque de agua con varios géneros de peces, aun de los que solos se hallan en la mar, y al pie de dicho estanque está una Cruz de piedra muy bien labrada con cinco renglones esculpidos en la peana, con caracteres antiguos y extranjeros. Además de esto afirman que en una peña de la dicha sierra está esculpido un Cristo devotísimo, debajo de él unos renglones de caracteres antiguos, y las letras, según decían estos españoles, tenían muchos puntillos y deben de ser hebreos. Óyense todos los años el mes de abril unos golpes muy sonoros como de campana, que les causa grande admiración, por oírse al mismo tiempo en todo el valle, que tiene catorce leguas de travesía, y el sonido viene de la misma sierra de Chacala, de hacia aquella parte que baila el mar con sus crecientes. Tienen también estos indios por tradición, que este santo hombre, desde aquella altura se ponía a predicar, y que le oían en aquellas catorce leguas hasta el mar, más de cien mil almas, que entonces poblaban este valle. Se ve en esta serranía una peña tajada, en la cual, a manera de escaleras, están estampadas las huellas de este santo varón, y dicen los indios que en castigo de la muerte que le dieron los de Chila, ha muchos años que está despoblado aquel valle por una peste en que murieron más de veinte mil indios que lo habitaban; se ven las ruinas de los antiguos edificios, y está tal la tierra, que ni aun ganado puede morar en ella, como lo han experimentado los españoles que varias veces han querido poblar allí algunas estancias.

Tienen por cierto está enterrado el cuerpo de este hombre santo en un lugar de la dicha serranía, tan venerado y respetado entre ellos que no osan subir a él, y añaden a esto los antiguos españoles, que queriendo muchos años ha, cavar en aquel lugar para descubrir el tesoro de sus preciosas reliquias, les cayó a todos tal pasmo, que no podían jugar los brazos. No pudo el padre llegar a ver todo esto aunque la gente se lo rogaba con instancia, por irsele cumpliendo los días que llevaba de patente, y haber de dar vuelta a su colegio; pero parece que ha querido Dios confirmar la verdad de esta relación, porque después acá vino el cura de aquel valle a la dicha ciudad de Guadalajara, y contó al señor obispo lo que había sucedido a un buen hombre napolitano llamado Bartolomé, hombre sencillo y muy buen cristiano, a quien el padre trató y confesó en

su misión. Es pescador, y estando una mañana echando un lance a la baja mar con su gente, vio venir sobre las aguas una resplandeciente Cruz, la cual vieron todos los que con él estaban. Quedaron despavoridos, y no pudiendo huir, hincados de rodillas en la playa encomendándose al Señor, aguardaban a que llegase, y afirmaba este buen hombre haber visto en medio de la Cruz un varón venerable vestido de blanco, que le dijo: Bartolomé, no te vayas, que no lo quiere Dios. Trataba él de dejar aquella pesquería y poblar otra mejor algunas leguas mar arriba: vete a Compostela y dile al cura que procure vivan bien sus feligreses, por cuyos pecados no descubre Dios un tesoro que tiene escondido en este valle. Quedó el hombre temerosísimo, dio cuenta al cura, y este vino a referir el caso al ilustrísimo señor don fray Juan del Valle, monje Benito, obispo de Guadalajara.

Hemos referido con las mismas palabras del padre Rodrigo Cabredo esta tradición misteriosa, porque aunque nada se había averiguado después, ni que según sabemos se haya hecho diligencia para ello, pero esta noticia, aunque vaga y confusa, añadida a otras del mismo género, que se han hallado constantemente entre los indios de Michoacán, de Oaxaca, de Yucatán, del Brasil, del Paraguay y de la isla Española, forman una especie de argumento bastantemente eficaz para persuadirnos que en efecto alguno de los apóstoles, o de los primeros discípulos, predicó en estas regiones la ley de Jesucristo, aunque no sea permitido averiguar el modo, ni el camino con que para este efecto pudo disponerlo la Providencia. Al obispado de Guadalajara ennoblecen, fuera de esto, los dos famosos santuarios de nuestra Señora do San Juan y Zapopam, de que hay autorizados muchos y muy ruidosos milagros. Estas regiones, se dice, haberlas descubierto el primero, Gonzalo de Sandoval, enviado por Hernán Cortés, y después haberlas sujetado el año de 1531 Nuño de Guzmán. Las frutas, las semillas y las legumbres de América y de Europa, se dan allí con abundancia y de una delicadeza de gusto muy superior al de España. El algodón, el cacao, es muy común en el país, y aquel barro precioso de que forman los búcaros, tan apetecidos en la Europa. Nuño de Guzmán fundó las ciudades de Guadalajara, Compostela, Santa María los Legos el año mismo de 31. Los primeros moradores de este país, parecen haber sido los chichimecas, a quienes desalojaron después los mexicanos en su marcha, y el idioma de estos es el más común, aunque se hablan fuera de él otros dos. La provincia en que está Guadalajara, se llamó antiguamente la provincia de Ibarra, con el nombre de un lugarteniente de Nuño de Guzmán, que en honra de su general dio a la nueva ciudad el nombre de su patria. Cerca de la ciudad corre un caudaloso río que desemboca en el mar del Sur. Concedióle el emperador Carlos V título de ciudad y escudo de armas a 8 de noviembre de 1539. Reside allí real audiencia, fundada por el mismo emperador, año de 1548. El mismo año a 31 de julio, se erigió el obispado, cuyo primer obispo fue don Pedro Gómez Malaver. Las calles son anchas y bien dispuestas; las aguas no son muy saludables; a ellas se atribuye la ordinaria enfermedad de piedra, que allí se padece a causa de ser lo más de su terreno de una piedra blanca, blanda y esponjosa, de cuyas partículas están impregnadas las vertientes de aquellas cercanías. Ha tenido esta ciudad prelados de un mérito muy relevante el señor don Francisco de Mendiola, el señor don Domingo Arzola, el señor don Pedro

Suárez, el señor don Juan Sánchez Duque, don Alonso de la Mota, el señor Mimbela, el señor Garabito²¹. Hay en la ciudad conventos de Santo Domingo, San Francisco, San Agustín, la Merced, Carmelitas descalzos, Belemitas, San Juan de Dios y colegio de la Compañía: cuatro conventos de monjas y un beaterio; dos colegios seminarios y cuatro hospitales. La catedral es un bello edificio, y muy famoso por la rara maravilla de los sombreros. Este fenómeno, sea natural o milagroso, es muy digno de atención, y ha ocupado constantemente la consideración de muchos cuerdos. El efecto constante es haberse observado en los sombreros colgados de los señores obispos un movimiento las más veces circular y algunas en cruz, en unos más frecuentemente que en otros, cuando se abren sus sepulcros, y tal vez en otras notables ocasiones. Las ventanas superiores de la iglesia están guarnecidas de vidrieras: se ha hecho repetidas veces la experiencia, abiertas y cerradas las puertas, y no parece tener el viento influjo alguno, ni por la naturaleza del movimiento, ni por su duración, ni por su velocidad, que unas veces crece insensiblemente, y otras comienza desde luego con grande ímpetu. El hecho tiene por garantes a cuasi todos los que han entrado en aquella catedral. Dejamos a los físicos la averiguación, y no reprobamos la veneración de los piadosos. El religioso obispo, sabiendo la venida de los padres, los recibió en su misma casa, donde los tuvo nueve meses sin permitir que pasasen, como pretendían, al hospital. De aquí salían a predicar en la iglesia catedral y en otros lugares a propósito. El suceso prodigioso de la misión, que bendijo copiosamente el cielo, confirmó en los ánimos el deseo que tenían de ver establecida allí la Compañía. La ciudad y el señor obispo escribieron al padre provincial. La carta del cabildo dice así: «Ilustre y muy reverendo padre nuestro. La gracia del benditísimo Espíritu Santo sea para siempre la ánima de vuestra paternidad, amén. Esta ciudad ha merecido gran consolación con la merced y caridad que vuestra paternidad le hizo en enviar a ella al padre Pedro Díaz, juntamente con el padre Gerónimo López y un hermano estudiante, Mateo de Illescas, de quienes ha tenido, especialmente con la predicación del padre Pedro Díaz, grandísimo regalo y contentamiento, en tanto grado, que nos obliga por el bien de ella y de todo este reino, a suplicarle se de orden cómo se funde en esta ciudad monasterio de la Compañía, acudiendo para esto generalmente toda ella, y así con ánimo de acudir a ello. Y esta ciudad ha acudido a su Majestad fuese servido hacernos merced en ayudar para tan importante obra, y como cosa más principal fue lo primero que se le pide entre otras cosas, teniendo de vuestra paternidad tanta confianza, que en obra tan meritoria no pusimos duda. Y así ha de ser vuestra paternidad servido hacer nos modo de dar licencia para ello y para que el padre Pedro Díaz, se nos quede en esta ciudad por ser tan acepto a ella. Y para que luego se ponga en ejecución la fundación, no resta más de ser vuestra paternidad servido hacernos esta merced de mandar se dé la licencia con la brevedad posible, porque luego se ponga en obra y se cumpla el deseo que esta ciudad tiene que ver que esto venga en efecto, y será con el favor de nuestro Señor reformación para todo este reino que está con harta necesidad de esto. Y en acudir vuestra paternidad a concedernos esta merced, será echarnos en muy grande obligación de más de la que tenemos, sin que a vuestra paternidad se le ponga cosa por delante que sea inconveniente, pues no lo hay, que a todo

lo que se ofreciere para el cumplimiento de esto, están las voluntades de todos tan prontas, que no hay en ello dificultad ninguna. Damos todos muchas gracias a nuestro Señor por acordarse de esta ciudad, y a vuestra paternidad que fue medio para el que tanta necesidad había de ello, quien se ha servido ordenarlo todo, de forma que su divina majestad más se sirva, y como sabe que esta ciudad y reino lo ha menester, y guarde a la ilustre y muy reverenda persona de vuestra paternidad para que siempre ayude a las cosas de su santo servicio y con mucho acrecentamiento para que lo sea de gloria en su eternidad. Amén. De Guadalajara y mayo 1.º de 1586. Ilustre y muy reverendo padre nuestro, B. a Y. P. L. M. S. S. Pedro Enciso. -Alonso Covarrubias. -Gaspar de Mota. -Pedro Núñez.

No fueron menores los conatos del ilustrísimo don Domingo de Arzola y de su ilustre cabildo. Estos señores convinieron en que de las rentas del hospital, que estaban a su cargo, y de que había rezagados 36000 pesos, aplicaron 10000 a la fundación del colegio con beneplácito de su Majestad y licencia de Roma, cuya impetración encargaban a la Compañía, aunque con la condición de que sola aquella hacienda que con los 10000 pesos se comprase, sería exenta de diezmos, y si acaso adquiriese la Compañía algunas otras no debiese usar en ellas del privilegio que tiene en esta parte, sino que hubiese de venderlas dentro de un año a personas no exentas de la paga de los diezmos. De todo esto dio noticia el señor obispo al padre Antonio de Mendoza en carta de 16 de julio de 1586, cuya respuesta ha parecido necesario poner aquí a la letra para que mejor se conozcan los términos en que aceptó y quiso obligarse la Compañía, advirtiendo que los señores oidores y oficiales de la real caja habían prometido igualmente quinientos pesos en cada un año. La respuesta del padre Antonio de Mendoza dice:

Ilustrísimo y reverendísimo señor hame sido buen testimonio del amor y estima que vuestra señoría, tiene a la Compañía el haber allanado a su cabildo en lo que toca a diezmos, y sería género de mucha ingratitud no desear acudir con todas nuestras fuerzas a servir la mucha merced que vuestra señoría nos hace, y así esté vuestra señoría cierto de que todos lo deseamos con muchas veras, y cuanto a la suficiencia que la Compañía tenía en lo temporal con los quinientos pesos de la caja real y con la hacienda que se comprare de los diez mil que vuestra señoría y el cabildo dan, como todo sea cierto, es razón que nos contentemos, y en la condición de que no podamos tener otra hacienda más que esta, tampoco entiendo se reparará, pues aun esa holgaríamos de no tener, si por otra vía nos pudiésemos sustentar. Solo hay de considerar de presente, que todo esto que se nos da así de parte de la Iglesia como de la audiencia, no tiene seguridad ninguna hasta haber beneplácito de su Majestad, y es cosa dudosa si su Majestad lo daría o no. Y que se saquen del hospital 10000 pesos para la Compañía no parece que tiene tan buen nombre para que ella lo traté con su Majestad, cuanto para que lo trate vuestra señoría y su cabildo, porque a nosotros se nos atribuyera a codicia, y no muy ordenada, y a vuestra señoría se le debía atribuir al celo del bien de sus ovejas; y cuanto a incurrir la Compañía en esta nota sería perder el negocio al tratarlo ella, y así ni a él ni a nosotros nos contiene en ninguna manera encargarnos de esto. El traer confirmación de su Santidad por lo que toca a los diezmos, entiendo será más fácil, y de esto bien se encargará la

Compañía. Los 500 pesos de la caja real también es razón que los señores de la audiencia traten con su Majestad los perpetúe a la Compañía, dándoselos libremente y sin condición de que lea la cátedra de la lengua, y como por estipendio de ella, porque de esta manera no los puede aceptar la Compañía. Y supuesto que todo esto está ahora sin firmeza y perpetuidad, está claro que yo no podré obligar por ello a la Compañía a cosa perpetua, porque sería contrato muy desigual y oneroso mucho a la Compañía; pero por la esperanza que hay de que nuestro Señor perfeccionará lo que ha comenzado, y por el mucho deseo que tenemos de servirá vuestra señoría y esa ciudad, yo enviaré luego la gente que el padre Pedro Díaz escribe ser necesaria. Al padre Gerónimo López y a los demás, tendré yo siempre por muy bien empleados en servir a vuestra señoría en lo que mandare en casa y fuera, y aunque tiene algunos achaques de viejo, pero la mucha voluntad y afición que tiene al servicio de vuestra señoría, entiendo que le darán fuerzas y aliento para la jornada, etc.

En este estado salió el ilustrísimo a la visita de su diócesis, llevando consigo al padre Gerónimo López, cuyo celo y pericia en el idioma mexicano lo fue de mucha utilidad y alivio. Los demás comenzaron luego a dar a su habitación alguna forma. El hermano Mateo de Illescas tomó a su cargo la educación de la juventud en las clases de gramática, que recibió toda la ciudad con sumo aplauso y agradecimiento. Los nobles caballeros don Luis y don Diego de los Ríos, no menos hermanos en la sangre que en la piedad y tierno amor que profesaban a nuestra Compañía, viendo la incomodidad de la morada hicieron donación de un grande y cómodo sitio en el centro mismo de la ciudad, y para la fábrica. Don Melchor Gómez de Soria, canónigo de aquella santa iglesia, provisor y vicario general de aquel arzobispado, mandó a casa 3000 pesos con que se pudo poner en buen orden la práctica de los ministerios y el ejercicio de las clases, con tan buen olor de todo aquel pueblo, que escribiendo al provincial, después de su visita el mismo prelado; no puedo, dice, dejar de pasar esta ocasión sin dar a vuestra paternidad aviso de la mucha doctrina, ejemplo y edificación que recibimos en esta ciudad y tierra, de la persona del padre maestro Pedro Díaz, del padre Gerónimo López y del padre Mateo de Illescas, etc..

[Noviciado de Tepetzotlán] Tales fueron los principios del colegio de Guadalajara, que por no tener aun la suficiente dotación, se mantuvo con el nombre de residencia algún tiempo. En este intermedio pareció mejor al padre Antonio de Mendoza pasar a la residencia de Tepetzotlán el noviciado que había estado hasta entonces en el colegio de México. El retiro de aquel pueblo se creyó más proporcionado para crear los novicios en una perfecta abstracción y despego de todo lo temporal, y por otra parte se daba mejor forma y más desahogo a los estudios y ministerios del colegio máximo.

[Partida del arzobispo virrey don Pedro] A 11 de junio de este mismo año de 86 salió de México para Veracruz el ilustrísimo y excelentísimo señor don Pedro Moya de Contreras, primer inquisidor, arzobispo, virrey, gobernador y visitador general de Nueva-España, que con sus grandes prendas y singular prudencia había ilustrado desde el año de 1571, uno antes que viniesen los primeros jesuitas, para que solicitase tan eficazmente su venida y tuviese la Compañía en él un constante protector y

un padre amorosísimo. Llevó en su compañía al padre doctor Pedro de Hortigosa, a quien veneraba como a maestro. Unos cuantos días antes de salir de México se retiró con el padre procurador y algunos otros de los padres más autorizados a la granja de Jesús del Monte, que llamaba con extrema dignación la casa de sus estudios. De allí salió para su largo viaje, llevando tras de sí los votos de toda la ciudad, y muy singularmente de los jesuitas. Tuvo por sucesor en el arzobispado al ilustrísimo don Alonso de Bonilla, a quien había traído de compañero en el cargo de inquisidor, y en el virreinato, al excelentísimo señor don Álvaro Manríquez de Zúñiga, marqués de Villa-Manrique. En España, donde su Majestad lo ocupó en la provincia del real y supremo consejo de Indias, conservó hasta la muerte una suma benevolencia para con la Compañía.

[Viaje del padre Alonso Sánchez a la Europa] En Filipinas, poco después que había vuelto de Malaca el padre Antonio Sánchez, se había comenzado a tratar de la diputación de un sujeto que informase a Su Santidad y a su Majestad católica del estado eclesiástico y político de aquellas islas. Las letras y actividad del padre, y el feliz suceso de las dos antecedentes expediciones, clamaban muy alto en favor suyo para que no se pudiesen poner los ojos en alguna otra persona. En efecto, el Ilustrísimo, con su venerable cabildo, el presidente y real audiencia, la ciudad, las religiones y todos los órdenes de ciudadanos, reunieron sus votos en el padre Alonso Sánchez. Solo él y el padre Antonio Sedeño se oponían a esta empresa. A uno y otro parecía muy ajeno del instituto mezclarse en esta especie de embajada. El padre Sánchez, después de tan largos viajes, suspiraba por el recogimiento y la quietud de la oración y penitencia a que naturalmente, si podemos decirlo así, lo conducía su genio austero. Era de temer que los superiores de México y de Roma no llevasen a bien una resolución tan extraña. Para obligarlo en favor de todas aquellas provincias a aceptar la comisión, expidió la real audiencia, en 5 de mayo de 1586, un auto de ruego y encargo al padre Antonio Sedeño, suplicándole se sirviese conceder su licencia al padre Alonso Sánchez, y aun imponerle como a súbdito precepto de santa obediencia, para que hiciese aquella jornada, tan del servicio de Dios nuestro Señor y de su Majestad, y de tan conocida utilidad espiritual y temporal de aquellas regiones.

Con tales instancias no pudo menos el padre rector que conceder la licencia con harto sentimiento del mismo padre Alonso Sánchez, que hubo de bajar el cuello a un yugo tan pesado. Hízose a la vela del puerto de Cavite, a 23 de junio de 1586, y llegó a Acapulco, después de varias y horribles tempestades, a principios de enero de 1587. Las borrascas que había padecido en el mar no fueron sino unos preludios de las muchas contradicciones que le restaban que sufrir en la Nueva-España y en la Europa. Luego que en México expuso a sus superiores el cargo y comisión de su embajada, los domésticos y extraños, aunque por mil y diferentes modos, procuraron con todas sus fuerzas oponerse. Al padre Antonio Mendoza y sus consultores parecía muy extraño mezclarse un religioso en asuntos seculares y de jurisdicción tanto civil como eclesiástica, cuyo éxito, por feliz que fuese, no podía dejar de ser muy perjudicial al buen nombre y estimación de la Compañía. Aconteció al mismo tiempo hallarse en México una misión de religiosos que deseaban abrirse paso al imperio de la China para trabajar en la conversión de aquellas dilatadas regiones. Al padre

Alonso Sánchez, a quien algunos de ellos habían consultado, le pareció conveniente desengañarlos y hablar también al señor virrey sobre este punto, uno de los principales de su comisión, en que fuera de sus particulares instrucciones, tenía para juzgar con acierto la ventaja de haberse hallado y padecido no poco en aquellos mismos países. Con estos informes pareció mejor sus pender por entonces el viaje de aquellos misioneros. Estos miraron su detención como una traza del infierno para impedir el grande fruto que verosímilmente creían deberse prometer de sus apostólicos señores, se desencadenaron contra el padre, y aun después de algunos años dos de sus historiadores no dejaron de traspasar al papel muy vivos aun sus resentimientos, a que tomaríamos la pena de responder, si el juicioso autor de la historia de Filipinas, no hubiera ya mostrado en dos rasgos muy cortos la poca fe que merecen semejantes autores. De esta persecución triunfó el padre Sánchez con la paciencia a la contradicción de sus superiores, satisfizo con la razón, hablando con tal peso y energía en la consulta, que no pudieron dejar de condescender y aplaudir su celo industrioso, que de los intereses y asuntos bajos y temporales del rey y la república, sabía sacar el único e importante asunto de su instituto, que es el servicio de Dios y bien de las almas.

[Primeros estudios en Manila] Entretanto había llegado a Manila cédula de su Majestad, despachada al doctor don Santiago de Vera, presidente de Filipinas, para que en ellas se fundase colegio de la Compañía, a que se había dado algún principio, con la piadosa liberalidad de don Gabriel de Rivera, del ilustrísimo señor obispo y otras personas. Los padres, por orden del padre provincial Antonio de Mendoza, habían ya fabricado casa e iglesia en la ciudad, dejado el arrabal de Laguio, cuya incomodidad y situación había causado la muerte al padre Hernán Suárez, infatigable operario. Con esta ocasión se dio algún principio a los estudios, por el que pareció más necesario a juicio del Ilustrísimo. El padre Raimundo Prat se encargó de leer a los sacerdotes teología moral en casa, y poco después se establecieron los estudios de gramática el año de 1594. No podemos dejar de notar en este punto el error cronológico del autor de la crónica del Santo Rosario, que hablando de la fundación del colegio de Santo Tomás el año de 1620, dice: Después de fundado este colegio, hay para oponerse a los beneficios personas que hayan estudiado, que antes no las había, ni aun quien quisiese estudiar, etc. No sé con qué verdad pudo hablar este escritor, cuando desde el año de 1586, se comenzó a leer la teología moral en nuestra casa, se plantaron el año de 1594 los estudios de gramática, cuyo primer lector fue el padre Tomás de Moya; después los de filosofía, a dirección del padre Miguel Gómez, cuando desde el año de 601, con trece colegiales, se dio principio al real colegio de San José, cuya fundación, según reales cédulas, debía haberse ejecutado desde el año de 1585, en que su Majestad se dignó mandarlo; y finalmente, cuando este colegio, en juicio contradictorio, ganó la antigüedad al de Santo Tomás, por sentencia de aquella real audiencia, en 16 de mayo de 1647.

El padre Alonso Sánchez, partió de Nueva-España y llegó a Sevilla por setiembre del mismo año. El rey católico le dio dos horas de audiencia, e hizo un grande aprecio de su dictamen, mandándole asistir a las juntas de su consejo, para la prudente resolución de los negocios. Persuadió a

aquellos señores y consiguió se deshiciese la audiencia real de Manila, aunque después de muerto el padre volvió a restablecerse. Hizo elegir un gobernador, y a su elección se confirió este cargo a Gómez Pérez Dasmariñas, gobernador que poco antes había desempeñado con crédito el gobierno de Murcia y Cartagena. Tenía ya muy inclinados los ánimos de los consejeros a la conquista de la China, y si no le hubiera sido preciso pasar a Roma, donde fuera de su comisión le llamaba con mucha instancia el padre general Claudio Acuña, acaso se hubiera intentado esta grande empresa. El cardenal de Mendoza lo introdujo a besar el pie a la santidad de Sixto V, que le dio audiencia por más de una hora. La muerte de este gran pontífice, y la corta vida de Urbano VII, Gregorio XIV e Inocencio IX, que entre los tres apenas pasaron de un año, no dio lugar a poderse concluir con tanta brevedad las conferencias de los cardenales, a que se había remitido la decisión, que muy a satisfacción dio finalmente Clemente VIII, añadiendo un breve lleno de amor paternal al obispo, gobernador, clero y religiones y pueblo de las islas Filipinas, fecha a 25 de marzo de 1592. Volvía de Roma con todos sus despachos, ansioso de volver a Filipinas, donde en su ausencia había, no poco, padecido su honor. El padre general, en aquellos tiempos en que la Compañía padecía en España una cruda persecución, creyó sería de mucha importancia en la provincia de Toledo la actividad del padre Alonso Sánchez. Las turbaciones de aquellas provincias no podían sosegararse sin una congregación general. En efecto, se decretó esta, y de esta nueva provincia fue destinado con general aceptación para pasar segunda vez a Roma, a donde se disponía a partir, cuando un dolor de costado le acabó la vida en pocos días en el colegio de Alcalá. Hemos pasado algunos años adelante de lo que lleva la serie de los tiempos, por señalar con la muerte de este hombre raro, lo que nos pertenece de la historia de Filipinas, que habiendo sido elegido a diligencias del padre Alonso Sánchez por vice-provincia, aunque conservó muchos años cierta dependencia al provincial de México, no nos parece deber ya tener lugar en nuestro asunto, especialmente habiendo tenido a los padres Francisco Colin y Pedro Murillo, que con tanta elegancia como exactitud han escrito su historia.

[Ventajoso establecimiento del colegio de la Puebla] No podemos pasar más adelante sin dar razón de la nueva forma y aumentos que logró este año el insigne colegio del Espíritu Santo. Hemos hablado ya más de una vez del insigne caballero don Melchor de Covarrubias, que muy a los principios de haber ido allí la Compañía, había ofrecido catorce mil pesos para la fundación de aquel colegio. No habiendo por entonces a los superiores parecido suficiente la dotación, quedó no poco mortificado y algún tanto sentido con los jesuitas. El padre doctor Pedro de Morales, procuró después mitigar sus resentimientos, que la fuerza misma de la razón había ya no poco debilitado. Comenzó a frecuentar nuestra casa, y a ver por sus ojos el trabajo, que por la ajena salud se tomaban con tanto ardor nuestros operarios. Hacia algunas limosnas, y comenzó a inclinarse a dotar plenamente el colegio. El padre provincial Antonio de Mendoza, no podía admitir la fundación sin licencia del padre general, a quien se escribió desde luego, y su paternidad muy reverenda, condescendió prontamente, dando muchas gracias a don Melchor de Covarrubias, y admitiéndolo a la parte de los sacrificios y obligaciones, que a sus

fundadores reconoce la Compañía. La carta de nuestro padre general Claudio Acuaviva, estaba firmada a los 24 de enero de 1586. Prometió don Melchor de Covarrubias veintiocho mil pesos de contado, y una libranza de trece mil pesos, a que daba esperanza de añadir en su testamento el remanente de sus bienes, de que hacía heredero al colegio. El padre provincial Antonio de Mendoza pasó a dar la última mano a este importante asunto, y en 15 de abril de 1587 se otorgaron las escrituras, pesando el piadoso fundador por su misma mano el dinero. Su liberalidad premió el Señor con unos interiores sentimientos de júbilo y de piedad tan singulares, que, como él mismo dijo al padre provincial, no había sentido en su vida gusto alguno de aquella cualidad. Por la singular devoción que tuvo siempre a la tercera persona de la Augustísima Trinidad, quiso que se pusiese a su colegio el nombre del Espíritu Santo, y señaló para el día de la fiesta y sucesora suya en el patronato a Santa María Magdalena, a quien había profesado siempre un tiernísimo afecto. Así después de tantas penalidades y congojas temporales, recompensó Dios la heroica paciencia y sufrimiento de aquellos sus siervos, que fiados en su providencia, habían perseverado nueve años entre persecuciones y pobreza, erigiendo sobre estos solidísimos cimientos el segundo colegio de la provincia, en la segunda ciudad del reino.

[Descripción de la ciudad de Puebla] Tal es, si no en antigüedad, a lo menos en grandeza y población, la Puebla de los Ángeles. Está situada a los 19 grados 20 minutos, según otros, 30 de latitud boreal, y a los 277 grados y algunos minutos de longitud. La gloria de su fundación la parten, según Martiniere, don Sebastián Ramírez de Fuenleal y don Antonio de Mendoza. No sabemos que tenga esta opinión más fundamento que el haber aquel primer virrey de Nueva-España amplificado y aumentado mucho esta ciudad, que ya había fundado algún tiempo antes el ilustrísimo don Sebastián Ramírez, que encomendó singularmente este cuidado don Juan de Salmerón, oidor de la real audiencia de México, que llevó consigo, por disposición del ilustrísimo presidente, al venerable fray Toribio de Motolinía, religioso franciscano, a cuya piedad y celo de sus fervorosos compañeros, debo esta ciudad las luces de la fe, y aun todo su ser, pues a diligencias de los hijos de San Francisco se resolvió a su fundación don Sebastián Ramírez. La población indios de que ocupa aquel hermoso valle, llamaban en su idioma Coetlaxcoapan, unos, otros Huitzilapam. La nueva colonia de españoles, se llamó desde luego Puebla de los Ángeles.

Habiendo el oidor, en fuerza de su comisión, convocado los indios comarcanos en número de más de diez y seis mil entre Tlaxcala, Cholula y Huexotzingo en 16 de abril de 1530, después de haber celebrado el santo sacrificio, se tendieron los cordeles y se dio principio a las fábricas y partición de los solares entre cuarenta moradores. Las casas de solo adobe y paja, no necesitaban mucho tiempo para su construcción. Dentro de pocos días, que parece haber sido o el 2 de octubre en que se celebra la festividad de los Santos Ángeles, o el 8 del mayo en que la iglesia honra a su patrón San Miguel en su aparición sobre el monte Gargano, comenzaron a habitarla sus primeros pobladores²². La iglesia catedral, que hoy reside en la Puebla, estuvo en Tlaxcala desde el año de 1524, de donde se trasladó el de 1550. El obispado es de los más grandes y ricos de la

América. Se extiende desde el uno al otro mar, sobre más de cien leguas de largo, y sesenta de ancho, y confina con los de México y Oaxaca. Una larga cordillera de montes corre cuasi por medio de todo él hasta el mar, cinco leguas al Norte del puerto de Veracruz. Entre ellos sobresale mucho el volcán de Orizava, en figura cónica, cuya cima, aun estando en tierras calientes, está perpetuamente cubierta de nieve. Un misionero francés lo juzga por más alto que el famoso pico de Tenerife, tenido hasta ahora por el monte más encumbrado de toda la tierra. Dista como treinta leguas del mar, y se ve como otras tantas antes de llegar al puerto. Las principales poblaciones de españoles son: Veracruz, Atlixco o villa de Carrión, Jalapa, villa de Córdoba, Orizava, Tepeaca y Tehuacán, Huexotzingo, Cholula y Tlaxcala; son muy antiguas poblaciones de indios. Estas dos últimas fueron en su gentilidad muy considerables y perpetuas rivales. Cholula, obedecía a los emperadores mexicanos; Tlaxcala, era una república que peleaba, por la libertad. Una y otra se hicieron célebres en la conquista de Nueva-España: Cholula, por su traición²³ y su saqueo; Tlaxcala, por su fidelidad y su valor, que le mereció la singular benevolencia y atención de nuestros reyes. Uno de los lugares más dignos de atención de esta diócesis, es el famoso santuario de San Miguel del Milagro. La aparición del Santo Arcángel es universalmente contestada y confirmada por la constante tradición. Lo cierto es que la constitución misma del lugar en que mandó se le fabricase templo, está dando bastantemente a conocer que no pudo ser humano pensamiento. Persevera en el mismo sitio un pozo cuyas aguas, se dice, ser una celestial medicina para todo género de dolencias. La iglesia está situada en una hoya o profundidad, a que se baja por muchas gradadas. Todo cuanto allí se ve inspira una veneración y un respeto, que hace muy creíble la milagrosa aparición. Aconteció veinte años después de la conquista y toma de México, el de 1541, y diez años después de la prodigiosa imagen de Guadalupe. El ilustrísimo señor don Pedro Nogales, a los principios de este siglo, fabricó de nuevo aquel santuario, y le añadió casas y hospedería para los muchos que acuden a venerar la sagrada imagen, cuya devoción promovió singularmente con su ejemplo, retirándose allí frecuentemente a entregarse con más atención a los fervores de su piedad. El clima de la Puebla y sus contornos es templado, aunque inclina más a caliente y seco; el terreno extremadamente fértil de trigo y frutas delicadas de Indias y de Europa. Dista de México la ciudad veintidós leguas al Sudeste, por donde divide una y otra diócesis la Sierra Nevada, y el volcán que los indios llaman Popocatepetl, por los penachos de espeso humo, que muchas veces le observaron en su gentilidad los naturales. Después de conquistado el reino el año de 1594, vomitó grandes llamaradas y mucho humo por algunos meses, hasta el de octubre. Lo mismo aconteció el de 1663 y el siguiente, muy a los principios de enero: se destacó con espantoso estruendo un gran pedazo de la cima, siguiéndolo cantidad de ceniza y mucha piedra liviana y calcinada. La última vez que se ha visto despedir este humo y alguna tenue luz, fue el día 25 de julio de 1660. Está la ciudad situada en una hoya o valle hermoso, que baña el río Atoyac, no muy caudaloso en este paraje, si no es en tiempo de aguas. Algunos grandes barrios están del otro lado del río, como el de San Francisco, Analco, etc., en considerable altura, respecto a lo demás que está a nivel del río. La

Catedral, San Agustín, la Soledad, San Javier, el colegio del Espíritu Santo, son sus más bellos edificios. Tiene dos conventos de Santo Domingo y una recolección de San Francisco, de San Diego, y un hospicio de misioneros apostólicos, extramuros de la ciudad, de la Merced, del Carmen, de San Juan de Dios, de Belén, de San Hipólito, Oratorio de San Felipe Neri, de San Agustín, tres colegios de la Compañía de Jesús; el uno, nuevamente fundado para solo ministerios de indios, cuatro parroquias y algunas otras con derechos de tales: once conventos de monjas, tres seminarios; el uno tridentino, a dirección de clérigos seculares, el real de San Ignacio de estudios mayores, y el más antiguo de San Gerónimo, de estudios de gramática; los dos a cargo de la Compañía de Jesús, colegio de niñas, casa de recogidas, el hospital de San Cristóbal para niños expuestos, el hospital real de San Pedro, fuera de otros que están a cargo de familias religiosas. Tiene más de cuarenta templos que merezcan este nombre, fuera de otras muchas capillas y ermitas, que en cualquiera otra ciudad menos grande podrían pasar por tales. Hay dentro de la ciudad muchos ojos de agua, aunque los más infestados de azufre, de que son muy medicinales los del ojo, que llaman de San Pablo. A causa de los vapores sulfúreos, y de la situación coronada toda de altos montes, es el terreno expuesto a tempestades formidables, de que sin embargo ha conseguido bastante alivio, después que se juró por patrón, y se erigió un hermoso templo al gloriosísimo Patriarca señor San José. En el convento de San Francisco, yace el venerable siervo de Dios fray Sebastián de Aparicio, y en el monasterio de la Concepción, la venerable Sor María de Jesús, que esperamos ver en los altares.

FIN DEL LIBRO SEGUNDO

Libro tercero

Sumario

Órdenes precisas de Roma sobre la administración del Seminario de San Pedro. Congregación de la Anunciata en el colegio máximo, y efectos de los ministerios. Raros ejemplos de virtud en los indios de Tepetzotlán. Frutos del colegio de la Puebla. Misión a Zacatecas y principios de aquel colegio. Viene de visitador el padre Diego de Avellaneda y su carácter. Principio de las misiones de Sinaloa, descripción de aquel país y sucinta relación de su descubrimiento y conquista. Pasa el noviciado al colegio de la Puebla, y casos singulares de sus ministerios y misiones. Congregación de la Anunciata en Oaxaca. Principios de la fundación de la casa profesa. Celébrase la tercera congregación provincial, en que es elegido procurador a entrambas cortes el padre doctor Pedro de Morales. Muerte de don Melchor de Covarrubias, su elogio y testamento. Muerte del padre Hernán Vázquez. Misión a Guatemala y petición de la ciudad al rey para que funde allí la

Compañía. Misión a Guadalajara. Encomienda el virrey a la Compañía la reducción de los serranos de Guayacocotla. Sucesos de Sinaloa y primera entrada a Topía. Peste entre los indios. Temblor de tierra y sus buenos efectos. Principios del colegio de Guadiana. Progresos de la Profesa y principios de sus congregaciones. Muerte de algunos sujetos en el colegio máximo. Ministerios y misiones en México, en Puebla, en Valladolid, Tepetzotlán y Veracruz. Encarga el virrey a la Compañía la reducción de los chichimecas en San Luis de la Paz. Primera entrada a la Laguna de San Pedro, y descripción de este país. Progresos de Sinaloa. Conspiración contra el padre Tapia y su castigo. Conspiración de Nacaveba, muerte del padre Tapia y su elogio. Consecuencias de este alzamiento. Arribo de nuevos misioneros, y estado de la misión. Estado del pleito sobre el sitio y fundación de la Profesa. Muerte del padre Diego de Herrera. Celébrase la cuarta congregación provincial. Ministerios y estudios del colegio máximo. Cátedra de escritura. Frutos de los demás colegios. Raros ejemplos de virtud en los indios de Pátzcuaro y en Tepetzotlán. Muerte del padre Carlos de Villalta. Misión a Acapulco y pretensión de un colegio. Sucesos de los chichimecas. Reducción de los Guasabes en Sinaloa, y de los fugitivos a sus pueblos. Pídense jesuitas para la conversión del Nuevo-México y para Californias. Progresos de las congregaciones del Salvador y la Anunciata. Misión de San Gregorio y sus efectos. Calumnias contra los jesuitas en la Puebla, peste en Oaxaca y salud milagrosa en nombre de San Francisco de Borja. Muerte del padre Gerónimo López. Pretende el cabildo de Valladolid se encargue la Compañía del Seminario de San Nicolás. Inquietudes en Sinaloa. Principios de las misiones de Tepehuanes y sus primeros frutos en el pueblo de Papátzcuaro. Sucesos de la misión de la Laguna y de San Luis de la Paz.

[Mutación en el Seminario de San Pedro y San Pablo] El colegio Seminario de San Pedro y San Pablo estaba en una situación que no podía durar mucho tiempo sin alterarse la constitución de su gobierno. La Compañía lo había tomado segunda vez a su cargo por orden de la real audiencia, como dejamos ya escrito; pero aun este superior respeto no fue bastante para que en los siguientes cabildos no intentasen los patronos algunas novedades a que no se podía condescender sin deshonor. Informado nuestro muy reverendo padre general Claudio Acuaviva, envió órdenes muy apretadas al padre provincial Antonio de Mendoza, en que le mandaba que si aquellos señores (salvo el derecho de presentación) no cedían a la Compañía todos los temas, cuanto a la temporal administración y gobierno económico del seminario, se dejase del todo la dirección y se quitase aquel motivo de discordias que podían ser de muy perniciosas consecuencias a toda la provincia. En consecuencia de esta orden, juntos en cabildo los patronos a 30 de julio de 1588, propuso el padre provincial las instrucciones que se habían recibido de Roma, bien seguro que no estaban los ánimos en disposición de admitir tan duras condiciones. Efectivamente, habiendo escuchado aun la simple propuesta, no sin muestras de indignación, el padre Juan de Loaiza, que era entonces rector, entregó las llaves del colegio, y volvió este a su antiguo estado, bajo la administración y dirección del licenciado Francisco Núñez.

Mientras que así vacilaba, y amenazaba próxima ruina el colegio de San Pedro y San Pablo, los dos seminarios de San Bernardo y San Miguel, felizmente reunidos, bajo el nombre de San Ildefonso, que se vio desde entonces como un presagio dichoso de su duración y de sus aumentos, florecían cada día más en letras y en virtudes. Para el cultivo de estas en que ha puesto siempre la Compañía su principal atención, se había emprendido algunos años antes una congregación formada de los mismos estudiantes, bajo el amparo y advocación de la Santísima Virgen María en el ministerio de su Anunciación, que honraban con particulares ejercicios. Estas piadosas congregaciones eran ya muy frecuentes en Francia, en España, Italia y Alemania. La que se había fundado en Roma, en nuestro colegio de estudios, era muy sobresaliente para que pudiese ocultarse a la paternal benevolencia del Sumo Pontífice Gregorio XIII, fundador de aquel insigne colegio. Había tenido principio desde el año de 1563; en el siguiente se le dio el nombre de la Anunciata, con que hasta ahora florece. La frecuencia de los Sacramentos, la asistencia de las exhortaciones que les hacía su prefecto, la lección diaria de algún libro piadoso, algunos ratos de oración, la devoción al santo sacrificio y al Rosario, y otras oraciones en honra de la Santísima Virgen, eran sus principales ocupaciones. Los domingos, después de vísperas, acompañados de sus maestros, visitaban las estaciones de Roma o los hospitales y las cárceles, con una modestia y una fragancia de virtud que encantaba a toda la ciudad. El Soberano Pontífice, gozoso de ver en su colegio, no solo la regular observancia de los nuestros, pero aun en la más tierna juventud, obras de tanta edificación, la enriqueció con muchas indulgencias por bula expedida a 5 de diciembre de 1584. Después Sixto V, por bula expedida a 5 de enero de 1586, concedió al general de la Compañía poder erigir en todos y cada uno de los colegios o casas, una o muchas congregaciones bajo el mismo o diferente título y facultad para agregarlas a la primaria de la Anunciata de Roma, y concederles las mismas indulgencias que aquella goza. En nuestro colegio máximo de México, cuasi con los primeros estudios de gramática que allí se establecieron, había también florecido esta piadosa congregación. Tomó un nuevo lustre y formalidad, después que juntamente con las sagradas reliquias se colocó en nuestra iglesia la bellísima imagen de Nuestra Señora, de que arriba hablamos, y a cuyo altar quedaron vinculados sus devotos ejercicios. Aun después de concluidos sus estudios, permanecían asistiendo a todas las funciones de la congregación, con la misma puntualidad y exactitud los sacerdotes y personas constituidas en dignidad. Así lo practicaron, dando heroicos ejemplos de virtud por muchos años los ilustrísimos señores don Juan Ladrón de Guevara, arzobispo después de la Isla Española; el ilustrísimo don Bartolomé González Soltero, inquisidor de México, su patria, y obispo de Guatemala; el ilustrísimo don Nicolás de la Torre, deán de la Santa Iglesia Metropolitana de México y obispo de Cuba; el ilustrísimo don Alonso de la Cueva Dávalos, deán de la misma iglesia de México, y su dignísimo arzobispo, después de obispo de Oaxaca; el ilustrísimo don Miguel de Poblete, arzobispo de Manila, y su hermano el doctor don Juan de Poblete, deán de la santa iglesia de México. Los sacerdotes fuera de los ejercicios comunes de la congregación, tenían, o alguna conferencia sobre casos prácticos del moral, o sobre los sagrados ritos y ceremonias de la misa,

de que, para común utilidad, imprimieron en nombre de la congregación un utilísimo tratado. Imprimieron también catecismos de la doctrina cristiana para la instrucción de la juventud y gente ruda, y consecutivamente algunos otros piadosos libros, entre los cuales no tuvo el ínfimo lugar uno intitulado: Sacra Poesis, con versos muy ingeniosos a varios asuntos sagrados; obra de los más bellos ingenios de nuestros estudios, capaz de servir de antídoto al veneno que suele beberse dulcemente en los más de los poetas, y que abría en la Nueva-España el camino de conciliar el amor de las musas con una solida piedad; a la manera que en otros siglos lo habían mostrado San Gregorio Nacianceno y algunos otros de los santos padres.

Si los gloriosos trabajos de nuestros operarios y maestros así fructificaban en nuestros domésticos estudios, se puede imaginar fácilmente cual sería la pública utilidad en los demás fervorosos ministerios, en que lograba su celo mayor esfera y más proporcionado pábulo. Muchos casos particulares refiere la annua del año de 1589 con ricos de milagrosa providencia, que referiríamos gustosamente si no escribiéramos en un siglo en que la libertad de la crítica ha cuasi degenerado en una irreligiosa incredulidad, y por otra parte nos persuadimos a que los ejemplos de sólidas virtudes con que más instruye la historia, aunque sin el brillo estertor, no tienen menos de milagros, y alientan más a la imitación. Había hecho en nuestro colegio, pocos días antes, confesión general, y proseguía frecuentando los Sacramentos uno de los capitanes que había entonces en la ciudad. Pasaba acaso por una calle acompañado de algunos de sus soldados, cuando un hombre temerario le disparó de muy cerca una pistola, aunque con poco o ningún efecto. Corrían ya los soldados a apoderarse del asesino y vengar la injuria de su capitán; pero éste, lleno de dulzura y caridad cristiana, los detuvo dando tiempo a su enemigo de ponerse en salvo, diciendo a sus compañeros: ¿cómo pretendería yo que el Señor me perdonase mis culpas si no perdonara la ofensa que a mí me hace un hombre? Esta moderación de ánimo fue tanto más heroica en este sujeto, cuanto era más alto el carácter que lo distinguía en la república. Habíase encendido en aquel tiempo sobre no sé que competencia de jurisdicción, el fuego de la discordia entre el excelentísimo señor don Álvaro Manríquez de Zúñiga, virrey de México, y la audiencia real de Guadalajara. La revolución había ya prorrumpido en guerra intestina, y de una y otra parte se había llegado a las manos. Roto el freno de la veneración y del respeto con que deben mirarse, y se han mirado siempre en la Nueva-España, las personas que su Majestad pone en su lugar para el gobierno de estos reinos, todo caminaba a una sedición general: comenzó a envilecerse la autoridad viendo que se le podía oponer impunemente. Una persona distinguida de la ciudad lo faltó públicamente al respeto con palabras poco decorosas y cuasi amenazadoras. El virrey lo había mandado poner preso, y se había mostrado inexorable a todas las súplicas e intercesiones de sus más favorecidos. Entre tanto oyó predicar aquella cuaresma a uno de nuestros operarios sobre el perdón de las injurias, y saliendo del sermón mandó luego poner en libertad a aquel ilustre preso, y lo trató con las mayores muestras de benevolencia y de amistad, aun sabiendo muy bien lo que él y otros de la ciudad habían escrito contra él a la corte, y que fueron la causa de que a fines de

aquel mismo año, cortado violentamente el tiempo de su gobierno, volviese a España sin honor y sin bienes, que se le mandaron confiscar. No es tanto admirable este ejercicio de virtud en personas cultas y tan arraigadas en las máximas santas del Evangelio; los indios del pueblo de Tepetzotlán las practicaban de un modo que sería muy digno de atención aun en siglos más felices. Se vio una india doncella amenazada de un puñal si no condescendía a las torpes sollicitaciones de un joven lascivo, responderle con serenidad y valor: Yo, Señor, sería dichosa con morir por la defensa de mi virginidad, y tengo entendido que esta sería para mí una especie de martirio muy agradable a los ojos de Dios. Otra que había heroicamente resistido varios asaltos, padeció del mismo que la solicitaba los más crueles tratamientos. Arrastrada por los cabellos, herida y bañada en sangre vino a la iglesia muy gozosa a dar como dijo a uno de los padres, gracias a nuestro Señor de haberle dado tanta fortaleza para guardar sus mandamientos y padecer por Su Majestad. Prometía un español perdidamente apasionado por una mujer, no sé qué suma de dinero a una virtuosa india para que practicase una diligencia conducente a su perverso designio; pero ella horrorizada; ¿y qué?, le dijo, ¿tan poco pensáis que vale mi alma que haya yo de venderla al demonio por tan bajo precio? Una india forastera, huyendo de las persecuciones de sus deudos que querían casarla, se había refugiado en el pueblo de Tepetzotlán, donde sabía que otras muchas servían al Señor en sus mismos santos propósitos. Se acogió a la casa de otra doncella muy parecida a sí en el espíritu; pero no faltándole a una y otra graves persecuciones, determinaron dirigir todas sus buenas y fervorosas obras para alcanzar del cielo una pronta muerte en virginidad y pureza; así lo habían tratado con su confesor, y esta era la más frecuente y la materia más dulce de sus conversaciones. Con ocasión de un nuevo matrimonio que en aquellos mismos días se proporcionaba a una de ellas, y que su mismo confesor, temeroso de los peligros del mundo le proponía con eficacia, fue necesario apartarlas y poner a la forastera en casa de una honrada y virtuosa española. La misma aflicción y lucha de su espíritu le encendió una calentura de que murió a los cinco días. Su piadosa compañera había cuasi al mismo tiempo gravemente enfermado, y hablando en el delirio de su enfermedad aquel mismo día, se le oyó repetir varias veces: ¿dónde vas hermana mía?, ¿dónde vas?, ¿por qué me dejas? Espérame, ya te sigo. No dudaron los circunstantes que hablaba con su querida compañera que acababa de morir poco antes, y el suceso comprobó la verdad, pues habiendo dado aquella tarde grandes muestras de un pronto alivio, al día siguiente murió, y fueron, a lo que podemos verosímilmente prometernos, a seguir juntas al Cordero de Dios, único esposo de sus bellas almas. Otra de la misma profesión, asaltada de un ligero achaque, afirmaba sin embargo que había de morir dentro de poco. No le falló su esperanza; llegó muy en breve a los términos de la vida: por sus acciones y cortadas palabras, creyeron los asistentes que la había favorecido el Señor con alguna celestial visión. En efecto, poco después de aquella especie de raptó volvió en sí, y entonando la Salve de nuestra Señora con la gracia y dulzura de un ángel en el semblante y en la voz, expiró plácidamente en brazos de su divino Esposo. Su cuerpo se halló entero e incorrupto después de un año, y aun lo que es más, (añade en su manuscrito el padre Martín Fernández) frescas las flores de la guirnalda

que en testimonio de su virginal pureza había llevado al sepulcro. Aunque en un sexo tan débil parezcan con tanto esplendor las fuerzas de la gracia, no es menos digna de admiración la virtud de un rico y noble mancebo, ni prueba menos el floreciente estado de la cristiandad de Tepotzotlán. Era este un joven de las primeras familias entre los indios, y en quien por der echo recaía después de la muerte de su padre el señorío de la populosa ciudad de Cholula, y sus contornos. Había discurrido algún tiempo sin más fin que el de la diversión y curiosidad por muchos de los lugares cercanos. Pensaba ya volverse a su país cuando llegó a Tepotzotlán. La policía en que vivían aquellos indios, la aplicación al trabajo, la instrucción y caritativa asistencia de los padres, y la quietud y hermanable unión de tantas familias, le encantó, y determinó quedarse en el Seminario de San Martín. Su capacidad nada vulgar, su juicio, aun en los pocos años, bastantemente maduro, y aquel género de circunspección y medida de acciones, que aun en las naciones unas groseras suele ser el carácter de la nobleza, le hizo muy presto distinguirse en todo el pueblo, tanto en la política como en el ejercicio de la virtud; estuvo algún tiempo en el seminario, y apenas salió cuando tuvo noticia de la muerte de su padre, y como lo buscaban con ansia por todas partes para sucederle en aquella especie de gobierno, que aun permanecía vinculado a su ilustre familia, el virtuoso, conociendo bien cuanta fuerza tiene el atractivo de la riqueza y la dulzura del señorío para mudar el corazón más recto, renunció generosamente a todo cuanto le prometía el mundo, y escogió vivir desconocido y pobre en Tepotzotlán para no exponer su alma y su virtud a una prueba tan dudosa. Se acomodó por un moderado salario en la tienda de un sastre en que pasó un poco de tiempo, dando admirables ejemplos de cristiana piedad. El Señor, siempre rico en misericordias, no dejó muchos días sin premio una acción tan heroica. De allí a poco, acometido de una enfermedad, entre tiernísimos coloquios y actos heroicos de todas las virtudes, pasó con una admirable tranquilidad a recibir el ciento por uno de lo que en la tierra había tan gustosamente sacrificado al amor de la virtud y al servicio de su Majestad. A vista de tan grandes ejemplos de virtudes heroicas, a nadie se hará increíble que una diosa infame que cerca de aquel pueblo se veneraba en la gentilidad, la viese uno de los más fervorosos neófitos desvanecerse en negro humo, quejándose de que la obligaban a desamparar aquel sitio, y de que aun los tiernos niños de los cristianos se burlasen de lo que sus padres habían adorado por tantos siglos. Tenían estos dichosos indios por un principio muy asentado, y lo confirmaba bastantemente la ajustada conducta de su vida, que el que comulgaba una vez no había de volver jamás a las culpas pasadas.

Con tan bellas máximas se gobernaba aquella floreciente iglesia; y ya que hemos propuesto estos generosos ejemplares a la imitación de todo género de personas, no será razón que pasemos en silencio un caso de que podemos sacar bastante instrucción nosotros mismos, los que por la misericordia de Dios hemos sido llamados a la vida religiosa, y singularmente a la Compañía. Hemos dicho ya más de una vez el singular esmero con que el colegio de la Puebla, desde los principios de su fundación, se había aplicado al utilísimo ministerio de los hospitales, de los obrajes y las cárceles; visitábanlas con frecuencia, procurábanles socorros de personas

piadosas, y se les llevaban del colegio luego que estuvo en estado de poderlo hacer; pero en ninguna otra ocasión lucía tanto la caridad de nuestros operarios como cuando algunos debían ser ajusticiados por sus delitos. Pasaban a su lado el día y la noche, haciéndoles aprovechar cada uno de aquellos preciosos momentos. Estaba ya en este triste estado un hombre, y llegándose la hora de sacarlo al suplicio, dirigiendo en particular su oración hacia los muchos jesuitas que se hallaban presentes, habló de esta manera, interrumpiendo a cada paso el discurso por la abundancia de las lágrimas: «Quiero decir a vuestras reverencias, padres, en este último trance de mi vida, una cosa en que pueda resarcir con el escarmiento, el escándalo que di con mis malos ejemplos. Yo, Miserable de mí, viví algún tiempo en la Compañía de Jesús; viví quieto y tranquilo todo aquel tiempo que me apliqué con fervor a la observancia de aquellas menudas y santísimas reglas. Sobre todo, experimenté un singular consuelo y aliento para la perfección en dar a los superiores una exacta y sincera cuenta de mi conciencia; pero Adán no estuvo largo tiempo en el paraíso. Me acompañé con uno de aquellos sujetos, que no contentos con su tibieza, procuran apartar a otros del fervor. Comenzó a inspirarme más con el ejemplo que con las palabras, sus fatales máximas, y entre todas aquella perniciosísima de que las reglas de la Compañía no obligan a pecado, y que no se debía hacer mucho escrúpulo de quebrantarlas. Yo, infeliz de mí, fui poco a poco perdiendo el miedo a la transgresión de las reglas, me enfrié en la oración, comencé a recatarme de los superiores, sin dar más cuenta de mi conciencia que en aquellas inexcusables ocasiones, y entonces no con la exactitud y sinceridad que debía. Finalmente, conforme a aquella sentencia del Espíritu Santo, tan experimentada en la vida espiritual, el desprecio de las cosas pequeñas me condujo insensiblemente a otras mayores, hasta que despedido de la Compañía me entregué a todo género de vicios, que me han traído a un estado tan infeliz como el de concluir mi vida con un vergonzosísimo suplicio». Así acabó aquel miserable, dejándonos la más importante lección, que ojalá no hubiésemos visto después confirmada con tantos y tan espantosos ejemplares.

En las demás partes en que había colegios o residencias de la Compañía se habían hecho misiones seguidas con aquel fruto que acompaña siempre a la fecunda semilla de la palabra cuando se predica con pureza y con fervor. De la que se hizo por este mismo tiempo a la ciudad de Zacatecas tuvo principio la fundación del utilísimo colegio que tiene allí la Compañía. Desde muy recién fundada la provincia vimos ya las fervorosas expediciones del padre Hernando de la Concha en este real de minas con mucho consuelo del venerable prelado don Francisco de Mendiola, y mucha utilidad de aquel pueblo que desde entonces había pretendido con instancia fijasen allí residencia los jesuitas. Al padre provincial Pedro Sánchez, que fue personalmente a reconocer el estado de aquella fundación, no pareció por entonces oportuna, aunque para satisfacer a la piedad de aquellos ciudadanos continuó enviando algunas cuaresmas al mismo padre Concha, de que tan alta idea se habían formado aquellas gentes, y otros sujetos muy semejantes a él en el espíritu apostólico. Después de establecida la Compañía en Guadalajara, había más oportunidad para frecuentar estas correrías, que tuvieron siempre muy felices sucesos. A instancia del

ilustrísimo señor don fray Domingo de Arzola, el padre Pedro Díaz, rector de Guadalajara, envió esta cuaresma a los padres Pedro Mercado y Martín de Salamanca. El ardiente celo de estos dos misioneros, junto con las repetidas pruebas que tenían de la piedad, el desinterés y la caridad de los jesuitas, movió últimamente a los ciudadanos a destinar una casa a que añadieron un sitio cercano a una ermita de San Sebastián, y solar muy capaz de que desde luego hicieron donación para alojamiento fijo de los padres, siempre que viniesen a hacer misión a la ciudad, y algún dinero para el necesario acomodo de las piezas. No pretendieron por entonces más, aunque no los engañó su inocente artificio, con que creyeron tener después más fácil entrada a su pretensión de que lograron el éxito cumplido al año siguiente.

En efecto, vino el año de 1590 por visitador de la provincia el padre Diego de Avellaneda, rector que había sido algunos años del colegio recién fundado en Madrid. Era el padre visitador uno de los mayores hombres en letras y virtud, que había venido a las Indias. Asistió con voto a la congregación general en que fue electo el padre Diego Laines, y este sapientísimo varón, que también podía conocer sus fondos, lo detuvo en Roma para leer teología en el colegio romano, y ser uno de los fundadores de aquellos estudios proporcionados al cultivo y grandeza de la capital del mundo. Vuelto a España no pudo ocultarse el resplandor de su literatura y su piedad a los ojos del señor don Felipe II, que en compañía de su embajador el excelentísimo señor don Francisco de Mendoza, conde de Monteagudo, lo hizo pasar a Alemania, en que consiguió gloriosísimos triunfos a nuestra santa fe, especialmente en una nobilísima princesa que trajo de la secta luterana al gremio de la iglesia, y en su seguimiento otras 120 personas de no muy inferior calidad. Mientras se detuvo el padre en la corte de Viena se efectuó el matrimonio de la serenísima infanta doña Isabel, hija de Maximiliano II, con Carlos IX, rey de Francia. El emperador, deseando que tuviese al lado un sujeto de tan alta virtud y consumada prudencia, no tuvo que deliberar, y le dio por confesor al padre Diego de Avellaneda, que en efecto acompañó a la reina hasta las fronteras de Francia. En el viaje no pudo menos que conocer la sombra que hacia su presencia a los príncipes y nobleza de Francia, que formaban aquella augusta caravana. La celosa política de esta nación no pudo disimular

la pena que le ocasionaba ver a un español, aunque de tanto mérito, introducido en el palacio de sus reyes. Con este motivo el prudente y religioso padre habló a su Majestad, y huyendo aquel honor que siempre había mirado como carga, alcanzó de ella licencia para volverse a Viena, en que dejó al emperador Maximiliano no menos edificado de su religiosidad, que admirado de su prudencia.

Tal era el nuevo visitador de la provincia de México, bajo cuya conducta comenzaremos ya a ver con nuevo semblante las cosas de la Compañía en Nueva-España, y extender esta vid hermosa sus vástagos y sus pámpanos del uno al otro mar en el descubrimiento y conquista de nuevas naciones al imperio de Jesucristo. Poco después de su llegada, sabiendo la bella disposición de los ánimos, y singular benevolencia que habían siempre mostrado a la Compañía la ciudad y real de minas de Zacatecas, envió allá a los padres Agustín Cano y Juan de la Cagina, hombre de una rara elocuencia y talento singular de manejar los corazones y aficionarlos a la

virtud. Dioles orden para que admitiesen aquella tenue donación y fijasen allí su residencia, como se ejecutó efectivamente a fines del mismo año; consiguiendo de la ciudad se nos diese la vecina ermita de San Sebastián para el ejercicio de nuestros ministerios, y añadiendo los más distinguidos sujetos de aquella república copiosas limosnas para el sustento de los padres, y para el adorno y necesidades de la pequeña iglesia. Los padres comenzaron luego a hacer un gran fruto, tanto en los españoles como en los indios y otras gentes, que en gran número se empleaban en el servicio de las minas. Estas han sido las más antiguas y las más fecundas de Nueva-España. [Descripción de Zacatecas] La provincia de Zacatecas, que dio el nombre a la ciudad, tiene al Norte la Nueva-Vizcaya, al Poniente las provincias de Culiacán y Chiametlán, al Sur las de Guadalajara, y al Oriente las tierras de Pánuco. Estas regiones, como las de Pánuco, Jalisco y Culiacán, las descubrió y conquistó Nuño de Guzmán, o según otros, Lope de Mendoza, a quien Nuño había dejado por su teniente en Pánuco, con orden de salir a descubrir por el lado del Poniente. La ciudad se fundó algunos años después con ocasión de sus ricas minas, en cuya explotación eran muy incomodados por los chichimecas, gente belicosísima, y que por armas no fue posible sujetar en muchos años. Los primeros pobladores de Zacatecas se dice haber sido Cristóbal de Oñate, que había acompañado en su expedición a Nuño de Guzmán y Diego de Ibarra. Aun después de poblado por los españoles el país no dejaron de hacer por muchos años continuas correrías los bárbaros que tenían infestados todos los caminos. Está situada la ciudad en 23 grados y 15 minutos de latitud septentrional²⁴. La región es extremadamente fría y seca, sumamente escasa de trigo, maíz y frutas, fuera de tunas de varias especies de que están cubiertos siempre los campos. El terreno es desigual y quebrado, penetrado todo de riquísimas vetas de plata. Al Norte tiene un alto monte que llaman la Bufa, de que nacen tres hermosísimas fuentes de muy bellas aguas. De esta ciudad salió por los años de 1554 don Francisco de Ibarra, por orden del excelentísimo señor don Luis de Velasco, el primero, al descubrimiento y población de las minas de Abiño, Sombrerete, San Martín, Nombre de Dios, el Fresnillo; y por medio de Alonso Pacheco, uno de sus más bravos oficiales, envió una colonia de españoles al valle de Guadiana, de que tuvo origen la ciudad de Durango, que después, erigida en obispado, fue capital de la Nueva-Vizcaya. El camino que hoy se trajina por Zacatecas, se dice haberlo abierto en los viajes de su limosna el venerable siervo de Dios fray Sebastián de Aparicio, religioso franciscano, cuya memoria respira aun en toda aquella tierra un olor de suavidad, ni menos la del venerable padre fray Antonio Margil, misionero apostólico del orden seráfico en la recolección de la Santa Cruz de Querétaro. El estático varón Gregorio López puso allí también los primeros fundamentos de aquella vida admirable, que después continuó por tantos años en Santa Fe, pequeño pueblo tres leguas al Oeste de México, en cuya catedral descansa su cuerpo. Los primeros que predicaron la fe de Jesucristo, y fundaron convento en este país, como en los más de la América, fueron los religiosos de San Francisco. El convento de Zacatecas fue erigido en cabeza de provincia en el capítulo general de Toledo, año de 1606. La ennoblecen igualmente las familias de Santo Domingo, San Agustín, la Merced; San Juan de Dios, un colegio de misioneros apostólicos

con la advocación de nuestra Señora de Guadalupe, que fundó el venerable fray Antonio Margil, colegio de la Compañía de Jesús, y un seminario de estudios de moderna fundación, a cargo de la misma Compañía. No faltaron perseguidores a los jesuitas que procuraron impedir su establecimiento sembrando rumores poco decorosos a su nombre; pero al paso que para herir se ocultaba la envidia, la evangélica simplicidad protegida de la inocencia, se manifestaba abiertamente de un modo que no es capaz de remedar la hipocresía, y que añadido a la estimación de lo más noble y lucido de la ciudad, bastó para que por sí mismas se disiparan aquellas calumnias, que como aves nocturnas no podían sostener la presencia de la luz.

Entretanto se había proporcionado este año lo que había tantos que se deseaba de poder nuestros operarios ocuparse en la conversión de los infieles, uno de los principales motivos que había tenido el rey católico para solicitar su venida a Nueva-España, y que había contribuido en gran manera para que tantos y tan sabios maestros, dejadas las comodidades de los colegios de España, se hubieran sacrificado con gusto a las penalidades de tan largos viajes. Entró a gobernar la provincia de Sinaloa don Rodrigo del Río y Loza, cuyos distinguidos servicios en el descubrimiento y pacificación de aquellas mismas regiones lo habían merecido de la majestad del señor don Felipe II el honor del hábito de Santiago. La historia de estas gloriosas expediciones escribió difusamente hasta su tiempo el padre Andrés Pérez de Rivas en un tomo de folio, intitulado Triunfo de la fe, que dio a luz a la mitad del siglo antecedente. Este autor tiene la recomendación de haber florecido a los principios de la fundación de estas misiones, y haber conocido a los sujetos de que trata, o tenido de ellos muy recientes aun las noticias. Se halló por otra parte sobre aquellos mismos lugares de que escribe, y fue testigo de los maravillosos progresos de la fe en aquellas regiones, que cultivó en cualidad de misionero algunos años, et quorum pars magna fuit. Su relación es exacta, sincera y bastantemente metódica. Debe estarle en un sumo agradecimiento nuestra provincia por el cuidado que tuvo en conservarnos las memorias de los antiguos sucesos, haciéndose lugar para escribir, en medio de las grandes ocupaciones de misionero de provincia, y de procurador a Roma dos veces, no solo la dicha Historia de Sinaloa, sino otros dos tomos manuscritos de las fundaciones de todos los colegios, que hasta su tiempo había en Nueva-España. Los pocos ejemplares que en el día se hallan de la historia del padre Rivas, su difusión, y el no defraudar esta general historia de la más bella, y más gloriosa parte de sus apostólicos trabajos, nos obliga a insertarla aquí, aunque más reducida, e interpolada con los demás sucesos de nuestra provincia, según el plan de cronología que hasta ahora hemos seguido.

[Descripción de Sinaloa] La provincia de Sinaloa está como trescientas leguas al Noroeste de México, y se entiende como ciento y treinta leguas a lo largo de la costa oriental del golfo de Cortés o seno de la California. Por el Norte tiene por límite a la provincia de Sonora: por el Sur la provincia de Culiacán, y una parte del mar Bermejo o seno californio, que la limita también al Oeste. Por el Oriente tiene la Taraumara y una parte de la provincia Tepehuana; la Calimaya, dice el padre Rivas, comienza desde 27 grados de latitud Septentrional, y se extiende el país donde se

ha predicado el Evangelio hasta los 32. El padre siguió verosímilmente la demarcación de Laet de algunos otros antiguos geógrafos, y comprendió bajo el nombre de Sinaloa una gran parte de la provincia de Sonora, en que ya desde su tiempo tenía la Compañía varias misiones, como se ve en el capítulo 18 del libro de su historia. Los últimos mapas de nuestros misioneros no dan a Sinaloa sino 4 grados de extensión por la costa desde 24, 20 hasta 28, 15. Toda la provincia de Sudeste a Noroeste, está partida por una cordillera de montes muy altos que llaman Sierra Madre, que con poca interrupción corre por toda la costa de una y otra América, hasta el estrecho de Magallanes. Esta división ha sido causa de que la nación de los Chinipas, que cae al Oriente de dicha serranía, se mire alguna vez como provincia separada de la ciudad, quedando este nombre a solo aquellos valles que corren entre el mar y la sierra, y que riegan los cinco ríos en que están partidas todas estas naciones. Todos ellos tienen su origen a la falda de los montes, y todos desembocan igualmente en el golfo de California. El más septentrional y más caudaloso es el Yaqui, que nace en la parte oriental de la sierra, y después de haber formado por la Sonora un vasto semicírculo, y enriquecido con las aguas de otros ríos, desemboca por Sinaloa, como a los 27 grados y 10 minutos. El segundo hacia el Sur, es el Mayo que sale al mar en 27 grados, aumentado con cuatrocientos cinco ríos menores. El tercero el Zuague, a cuya rivera austral estuvo en otro tiempo la villa de San Juan Bautista de Carapoa, que después fabricado el fuerte de Montesclaros, se llamó Río del Fuerte, y el padre Andrés Pérez llama por antonomasia el río de Sinaloa. En esta entra por el Sur el río de Ocoroni, y juntos desembocan a los 25 grados y 20 minutos. El cuarto es el río de Petatlán, ahora comúnmente conocido de los geógrafos por el río de Sinaloa, por haberse fabricado allí la capital de la provincia con el nombre de San Felipe y Santiago, después de la ruina de Carapoa. Llámánle también río de la Villa, y antiguamente tuvo el nombre de Tamotchala, con que le llama Laet, o Tamazuela, pequeño pueblo por donde se arroja al mar con altura de 24 grados y 38 minutos. El quinto es el pequeño río de Mocerito, así llamado a causa de un pueblo situado a pocas leguas de su origen. Antiguamente se llamó de Sebastián de Evora, y algunos lo han confundido con el de Petatlán, y aun con el de Piaztla, muchas leguas distante. El río de Mocerito es el límite de Topía y Sinaloa, y sale al mar en altura de 24 grados y 20 minutos. Estos ríos en tiempo de las lluvias, aunque en la costa no son muy copiosas, engrosados con las vertientes de la sierra, tienen como el Nilo sus desbordes periódicos, con que mudan y fertilizan las campiñas cercanas hasta dos y tres leguas. Por lo demás, el terreno, aunque plano, es por sí mismo seco, y el temple caloroso como en cuasi todas las costas de la América. En estos valles hay selvas y bosques de tres y seis leguas en que se encuentra el palo del Brasil, y no es muy escaso el ébano. Son abundantes de caza, como los ríos de pesca, singularmente en su embocadura, en que afirma como testigo de vista el padre Rivas, haber sacado los indios en menos de dos horas más de cincuenta arrobas de pescado. La tierra misma en sus arcabucos y sus breñas, está mostrando la riqueza que oculta en minas, de que se tuvo noticia muy a los principios de su descubrimiento, y que la pobreza de sus habitantes no ha podido cultivar después.

[Usos y costumbres morales de estos indios] Habitan estos vastos países

muchas diferentes, aunque poco numerosas naciones. La diversidad la causa por lo común, el idioma o la situación de sus rancherías, y muchas veces la sola enemistad, aun entre pueblos de una misma lengua. Las casas son por lo general de bejucos entretejidos o de esteras de caña, que sostienen con horcones a proporcionada distancia, y visten de barro. Las cubiertas de madera son alguna tierra o barro encima. En los pueblos de la sierra y en algún otro de los más inquietos y guerreros, fuera de estos particulares edificios, solía haber dos casas de piedra comunes a toda la nación y bastantemente grandes. En una se recogían de noche las mujeres y en otra los hombres con sus armas, para mayor seguridad y desembarazo, en caso de alguna sorpresa. Pasado el tiempo de las fundaciones que duran pocos días antes de que el trato de los españoles les enseñara otras precauciones, formaban entre las ramas de algunos árboles muy cercanos una especie de tablados con tierra encima para poder encender fuego; incomodidad que aun después de conquistados estos países han pasado tal vez los misioneros, cuando la repentina inundación no ha dado en la noche lugar a más oportuna providencia. Las puertas de sus moradas son ordinariamente muy bajas, y todas tienen alguna enramada o cobertizo como portal, en que pasan los calores del día, y en cuya parte superior secan y conservan sus frutos. Los que principalmente cultivan estas gentes, es el maíz, el frijol y algunas otras groseras semillas, que precisamente siembran a una corta distancia de sus chozas, y que cogen tres meses después de haber sembrado. Las semillas de Europa y las frutas que han plantado los misioneros, se han dado con bastante felicidad. En su gentilidad no conocían más que las tunas, las pitayas, y tal cual frutilla silvestre que contaban entre sus mayores delicias. De todas estas plantas, y principalmente del maguey, destilaban vinos o licores fuertes para sus solemnidades, y celebración de sus victorias. La embriaguez no era aquí, como es frecuente en otras naciones, vicio vergonzoso de algunos particulares, sino público y común, que autorizaba todo el cuerpo de la nación. Usábanlo especialmente en aquellas juntas en que se resolvía la guerra contra algún otro partido, y el día mismo que habían de salir a campaña para adquirir mayor brío. Vueltos de la acción plantaban en alguna pica o lanza, el pie, cabeza, o brazo de los enemigos muertos, bailaban con una bárbara música de tambores y descompasados gritos al rededor de aquellos despojos. La letra común del canto era alabar su brazo o de su nación, y afrentar a los vencidos. Al baile, en que también entraban las mujeres y los jóvenes, seguían los brindis en que no era permitido tener parte sino a las gentes de una edad varonil, excluidas las personas del sexo. Se convidaban después mutuamente al tabaco que usaban en unas cañas delgadas y huecas, con poca diferencia a manera de las pipas que usan otras naciones. Si esta ceremonia se practicaba con gentes de distinta nación, no podían admitirla sin contraer una solemne alianza, cuya transgresión se procuraba vengar con el mayor rigor. En la guerra sus armas ofensivas eran el arco y la flecha, untadas del jugo venenoso de algunas yerbas, que en siendo fresco, por poco que penetre la flecha, no lo cura antídoto alguno; usaban también para de cerca, macanas de leño muy pesado, y los principales de picas o chuzos de palo del Brasil. Su arma defensiva era una especie de escudo o adarga de cuero de caimán, que de alguna distancia resiste bien a las flechas. Para salir a campaña

se pintaban el rostro y algunas otras partes del cuerpo, y adornaban la cabeza con vistosas plumas de guacamayas, aves muy hermosas de las Indias, que procuraban criar con el mayor cuidado.

La deshonestidad sigue muy de cerca a la embriaguez; sin embargo, entre estos pueblos tenía particular estimación la virginidad. Las doncellas usan en algunos de estos pueblos una concha de nácar, curiosamente labrada, como para señal de su condición, que les era muy afrentoso perder antes del matrimonio. Este no lo contraían sino con expreso consentimiento de los padres, y lo contrario sería entre ellos una monstruosidad inaudita. El marido quita a la nueva esposa, en presencia de sus padres y parientes, aquella concha que traen pendiente al cuello las vírgenes. Repudian con pequeño pretexto a sus mujeres; pero la pluralidad no es común sino entre los jefes o caciques de la nación; una india doncella anda sola por los campos y los caminos, y pasa de unas a otras naciones sin temor de algún insulto: parecería esta una prueba evidente de continencia y circunspección admirable aun entre naciones más cultas, si no se hubieren hallado en estas gentes resquicios de otras infinitamente más abominables torpezas, aunque no tan autorizadas, como en Culiacán y Chiametlán; en Sinaloa, bien que no fuesen muy raros los ejemplares, se miraban sin embargo con horror las gentes de esta infame profesión. La sujeción de las leyes era absolutamente ignorada, como toda especie de gobierno. La autoridad de los caciques solo consistía en ciertas distinciones vinculadas a su nobleza, y en la facultad de convocar las asambleas del pueblo para convocar la guerra, o para contraer alguna alianza. La ancianidad daba entre ellos la misma prerrogativa que la sangre, y una y otra aventajaba la valentía, y la gloria de las armas. La liberalidad y la hospitalidad, la practicaban indiferentemente con todos los de su pueblo, y aun de los forasteros, como no fuesen declarados enemigos, o como si fueran hermanos, aunque jamás se hubiesen visto. Las mujeres se cubren de la cintura para abajo con mantas que tejen de algodón; los hombres rara vez las usaban, y por lo común andaban enteramente desnudos. Entre los de un mismo pueblo o sus aliados, jamás se veían pleitos o riña alguna. El homicidio, el hurto, el engaño, el trato inicuo, no tenía cuasi ejemplar entre ellos. El vicio de comer carne humana no era general sino entre los pueblos serranos, que vivían absolutamente como otros tantos brutos. En las más de estas naciones no se hallaron ídolos algunos, ni altar, o alguna especie de adoración y de sacrificio. Ninguna divinidad, ninguna especie reconocían. Si no eran puros ateístas de entendimiento, por lo menos su tal cual especie de religión solo consistía en el miedo grande que tenían a sus médicos²⁵, si merecen este nombre, ciertos viejos hechiceros que tenían el afecto de algunas misteriosas apariencias con que engañaban a estos infelices. Puede creerse por una religiosa ceremonia la de sus sermones. Estos hacían por lo común sus hechiceros y sus caciques, y los asuntos eran solo aquellos que interesaban a todo el cuerpo de la nación. Encendíase una grande hoguera en medio de la plaza; sentábanse todos al derredor, y convidábanse mutuamente con cañas de tabaco. Después se levantaba el de más autoridad. [Elocuencia varonil de estos indios] Un profundo silencio reinaba en toda la asamblea. El orador con voz mesurada comenzaba su discurso, dando al mismo tiempo vuelta a la plaza con paso

lento y majestuoso. Conforme a la fuerza de la oración, crecía también la aceleración del paso y el tono de la voz, que llegaba a oírse con el silencio de la noche en todo el distrito del pueblo. Acabada su arenga volvía aquel a sentarse a su lugar. Los circunstantes lo recibían con grande aplauso. Mi abuelo (le decían si era anciano) has hablado con acierto, te agradecemos tu doctrina; tu corazón y el nuestro están muy de acuerdo en todo cuanto has dicho. Luego le ofrecían de nuevo caña de tabaco, y otro se levantaba y hacía otro discurso en la misma forma. Cada uno hablaba poco más de media hora, y en siendo de importancia la materia, pasaban en esto la mayor parte de la noche. Los oradores no perdían jamás el fruto de su trabajo. El auditorio quedaba siempre persuadido y resuelto. Tanto aun en medio de su barbarie era viva y enérgica su elocuencia. Sus expresiones, aunque muy sencillas, eran de una simplicidad noble y hermosa, y movían los afectos con tanta mayor fuerza, cuanto el orador mismo tomaba una gran parte en el asunto, y estaba enteramente poseído de la verdad, para proponerla con viveza. Los Ahomes, decían en una ocasión de estas, han entrado en nuestras tierras, se han divertido y han bailado al derredor de las cabezas de nuestros hermanos, de nuestros más bravos guerreros. Mirad sus casas desamparadas: ahí tenéis a sus pobres mujeres viudas, a sus chicuelos huérfanos. Hablad vosotros, hijos míos. ¿Mas qué han de hablar? Su desolación, sus lágrimas ¿no están pidiendo venganza? ¿No se interesa en ello el honor de los Tehuecos? ¿Son mejores sus arcos, son más penetrantes sus flechas, son más fuertes sus brazos, más robustos sus cuerpos? ¿No los hemos vencido en tal y tal campaña? ¿No tiemblan los Ahomes (decían nombrando algunos de los más valientes) no tiemblan del arco de nuestro padre N., de la macana de nuestro hermano N.? Salid contra ellos, salid a defender vuestros hogares y vuestros maíces, poned en seguro vuestras mujeres y vuestros hijos. Aseguradnos con vuestro valor la posesión de este hermoso río, que riega nuestras sementeras, que hace tan envidiable a los enemigos nuestra morada. Ya me parece que veo sobre las picas sus cabezas y sus brazos que nos han causado tanto daño. Breve, si no me engaña mi corazón y vuestros semblantes, breve he de bailar y he de beber en este mismo lugar, mirando con gusto y con escarnio sus cuerpos destrozados. Tales eran los sermones de los indios de Sinaloa, según la relación del padre Martín Pérez, el primero de nuestra Compañía que entró en aquellos países, por donde se ve que el interés propio, el amor del bien público, la solidez de los asuntos, y el deseo de persuadirlos, es el origen de la retórica, y que el carácter de la verdadera elocuencia, es el mismo en todas las naciones. Aunque el padre Andrés Pérez y todos los manuscritos de donde este autor tomó las noticias, afirman constantemente no haber sido descubierta por los españoles la provincia de Sinaloa hasta los años de 1537, no es menester más que leer las Décadas de Herrera para certificarse, que Nuño de Guzmán, desde el año de 1532, había entrado en Sinaloa y penetrado hasta el río Yaqui, que aquel cronista con poca alteración llama Yaquimi. Y aun antes de él había llegado hasta el río de Tamotchala, o Tamazula, que ahora se llama de Sinaloa, el capitán Hurtado, que descubriendo la costa por orden del marqués del Valle, y habiendo saltado en tierra, obligado de la necesidad con poca gente, fue muerto a manos de los indios, entre quienes halló después Nuño de Guzmán señas muy recientes. Pasaron

algunos años sin que se pensara en la conquista de estos países, hasta que se excitó la curiosidad con la ocasión que vamos a referir, que aunque tiene un cierto aire de aventura fabulosa, es universalmente contestada por todos los impresos y manuscritos que han tratado esta materia. Había, como dejamos escrito al principio de esta historia, entrado a la conquista de la Florida Pánfilo de Narváez²⁶, por los años de 1529. La infelicidad siguió siempre muy de cerca los pasos de este capitán. El terreno, los mantenimientos, el clima, el furor de unos bárbaros, y la mala fe de los otros, acabaron muy en breve con todo el ejército, de que solo quedaron cuatro hombres, y fueron, Álvaro Núñez Cabeza de Vaca, Alonso del Castillo, Diego de Orantes, y un negro llamado Estevan. Estos infelices solos en medio de innumerables naciones bárbaras, sabiendo que estaban en tierra firme, y que no podían dejar de salir a tierra de españoles, tomaron la atrevida resolución de salir de aquel país, sin noticia de los indios, como en efecto lo ejecutaron a los 14 de setiembre, verosímilmente del siguiente año de 1529. Los trabajos de esta peregrinación, y el modo admirable con que atravesaron tan inmensas distancias, no solo sin persecuciones de parte de los indios, pero aun con su ayuda y socorro, cuenta difusamente don Antonio de Herrera, a quien remitimos al curioso. No nos ha conservado la historia el tiempo que gastaron en esta peregrinación, y solo sabemos que llegaron a México, siendo virrey don Antonio de Mendoza, a 22 de julio del año de 1536, aunque Grijalva escribe 35. El piadoso virrey les procuró todo regalo, y quiso informarse de todas las particularidades de su viaje, de las regiones, de los ríos, de los montes, de la naturaleza, idiomas, y costumbres de todas las naciones por donde habían pasado tan sensiblemente protegidos del cielo. Habiéndole ellos alabado mucho la fertilidad, la abundancia y géneros de Sinaloa, donde habían sido bien recibidos, y que el mismo júbilo de verse tan cerca de españoles, les había pintado como un paraíso, quedó el virrey determinado a enviar exploradores a aquellas tierras. Efectivamente, por los años de 1538 envió por gobernador de la nueva Galicia a Francisco Vázquez, y con él algunos religiosos de San Francisco, que sin el ruido de las armas entrasen descubriendo todo el país al Norte de Culiacán. Fray Marcos de Niza, uno de aquellos religiosos, partió de la villa de San Miguel, a 7 de marzo de 1539. Acompañábale por orden del virrey el negro Estevan, compañero de Álvaro Núñez. Fueron bien recibidos de los indios, a quienes procuraba inspirar conocimiento del verdadero Dios; y aunque no se sabe que bautizase algunos, sin embargo la pobreza, la benignidad y la dulzura del religioso varón, se hicieron respetar de aquellos bárbaros que le llamaban en su lengua hombre del cielo. Este piadoso explorador, habiendo avanzado mucho al Norte, de Sinaloa, desamparado de Estevan, que o le mataron, o se le escondió y quedó perdido entre aquellas selvas, y aun amenazado de los indios, que no se hallaban de humor de seguirle tan lejos de sus tierras, volvió a Compostela a fines de aquel año, y dio cuenta de su expedición al virrey en una relación maravillosa, que puede verse en muchos otros autores, y no pertenece a nuestro asunto. El famoso viaje de fray Marcos de Niza, hizo concebir a todos muy altas esperanzas de una conquista tan gloriosa. El virrey don Antonio de Mendoza, el marqués del Valle por capitán general y gobernador de las

armas, y el adelantado don Pedro de Alvarado, en virtud de cierto asiento que tenia hecho con su Majestad para el descubrimiento de las costas del mar de California, disputaron algún tiempo a quién pertenecía semejante expedición. Se dio más prisa que todos el virrey, y a principios del año siguiente puso en pie un ejército de doscientos infantes y ciento cincuenta caballos, bajo la conducta de don Francisco Vázquez Coronado. Por mayo salió de Culiacán el campo, y a cuatro jornadas llegaron al río de Petatlán, de allí, en tres, al de Zuaque, llamada entonces de Sinaloa. El general despachó de aquí diez caballos, que doblando las jornadas, llegasen al Arroyo de Cedros, de donde deberían seguir al Nordeste por una abra que hace la Sierra hacia aquella parte. Siguiendo este rumbo llegaron al arroyo y valle de los Corazones, nombre que le habían puesto los compañeros de Álvaro Núñez. Este arroyo y valle pensamos sea aquel que corriendo de Oeste a Este desemboca en el río que llaman hoy de los Mulatos, a cuya orilla está ahora el pueblo de Yecora. Lo cierto es que el valle y río estaba en los confines de Sinaloa y Sonora, como lo significan todas las relaciones. En los manuscritos hallamos haberse aquí fundado una villa con cuarenta españoles que llamaron Pueblo de los Corazones, en que quedo por alcalde y justicia mayor Diego de Alcaraz, hombre altivo e inhumano. Entre tanto pasó adelante el ejército en busca de las grandes ciudades de que había dado noticias tan alegres fray Marcos de Niza. Alcaraz comenzó a tratar con dureza a los indios, hacíalos esclavos contra las órdenes de su Majestad e intenciones del piadoso virrey. Para poblar la nueva villa, robaba las hijas y mujeres que la simplicidad del país permitía andar solas por los campos. Una conducta tan bárbara irritó a los indios. Sorprendieron la villa en una obscura noche: de cuarenta no escaparon sino seis de sus manos. Dos salieron al ejército; de los otros cuatro mataron al uno, y los otros dos, con un clérigo que había quedado de cura, fueron a dar a Culiacán. Este éxito tuvo la primera población de los españoles en Sinaloa. El resto del ejército no fue más feliz. Después de largas peregrinaciones, que por la mayor parte habían burlado sus esperanzas, recibió un gran golpe el general cayendo de un caballo de que según algunos, murió, y según otros, le quedó perturbado el juicio. Herrera da a entender que el deseo de volver a su casa y la dulzura del gobierno, le hizo fingir mayor enfermedad, con murmuraciones de sus mejores capitanes, y no poca indignación de don Antonio de Mendoza. En muchos años no se pensó en poblar a Sinaloa, hasta que gobernando la Nueva-España don Luis de Velasco el viejo, envió por primer gobernador de la Nueva-Vizcaya a don Francisco de Ibarra. Este, a persuasión de don Pedro Tovar, oficial que había sido de mucha distinción en el ejército de Coronado, después de haber atravesado con grandes penalidades y trabajos la Sierra de Topía, entró en Sinaloa con algunos religiosos de San Francisco, y a la rivera austral del río Zuaqui, fabricó la villa de San Juan Bautista de Carapoa, a trece leguas de la costa, en una hermosa península que forma este río con el de Ocoroiri, que en él desagua. Dejó por gobernador a don Pedro Ochoa de Garraga, y por cura al licenciado Hernando de Pedroza con algunos religiosos franciscanos. El general Ibarra había pasado con su campo muy dentro de la Sonora. Los indios le recibían generalmente bien, y hubiera desde luego procurado a la corona y a la religión establecimientos muy sólidos; pero en el mayor ardor de sus

descubrimientos recibió cartas de Guadalajara en que le decían, que habiéndose descubierto riquísimos minerales en Chiametlán, había dado el virrey al oidor Maroñez la comisión de cuidar de su cultura. Que viniendo en diligencia podría prevenir la llegada del oidor, y aprovecharse de tan útil descubrimiento. Con esta noticia, doblando las marchas, volvió precipitadamente a Chiametlán. Poco después de su vuelta los indios de Ocoroiri y los Zuaques dieron cruelmente la muerte a fray Pablo de Acevedo y a fray Juan de Herrera. Lo mismo hicieron con quince españoles que habían venido a comprar maíz a sus pueblos, después de haberlos falsamente acariciado con algunos víveres de que estaban muy necesitados. Prendieron fuego a la villa por dos o tres partes, y huyeron al monte. Los pocos que habían quedado en ella se retiraron a un fortín de madera que fabricaron con prisa. El alimento no se conseguía sino a costa de alguna sangre: crecía la necesidad y con ella el brío de los indios. Se determinaron a dar aviso a Culiacán, de donde efectivamente se envió un pronto socorro; pero cuando llegó, ya los españoles habían desamparado el fuerte y la villa de Carapoa, y retirándose al río de Petatlán donde podían ser fácilmente favorecidos.

Algunos años habían pasado con quietud los moradores de Petatlán cuando don Pedro de Montoya, soldado veterano y práctico, alcanzó del gobernador de la Vizcaya, que era entonces don Hernando de Trejo, facultad de entrar con gente en Sinaloa. Se alistaron en Culiacán treinta soldados, y quiso acompañarlos el licenciado Hernando de Pedroza que había antes estado en Europa. Salieron de San Miguel a fines de enero de 1583. Entrando por el valle de San Sebastián de Eborá, Orabatu y Mocerito, vieron con dolor las poblaciones quemadas y vacías. Los indios, temerosos al arribo de los españoles, huyeron a la Sierra, hasta que asegurados por un intérprete, dejaron las armas y volvieron a sus pueblos después de algunos sustos fueron bien recibidos en Bacoburitu y Chicoratu, a una y otra costa del río de Petatlán, y se pensó en el descubrimiento de minas. Se dio asiento a la nueva villa víspera de San Felipe y Santiago, de que se tomó posesión en nombre de su Majestad católica sacando el pendón con descarga de la arcabucería y algazara militar. Se le dio el nombre de San Felipe y Santiago de Carapoa en memoria de la antigua, aunque no en el mismo sitio. A don Pedro de Montoya, gobernando ya la Nueva-Vizcaya don Herrando Bazán, dieron alevosa muerte los Zuaques, de quienes incautamente había querido fiarse a pesar de los prudentes avisos de los capitanes Gonzalo Martín y Bartolomé Mondragón. Murieron con él algunos doce soldados. Se recurrió por socorro a Culiacán, de donde vino con prontitud a cargo de don Gaspar Osorio que no pudo haber a las manos sino a algunos de los agresores. Pareció a este capitán que debía desampararse aquel punto, y hechos en toda forma los requerimientos, la justicia y regimiento resolvieron todos desalojar, como se ejecutó, comenzando a marchar para Culiacán a 15 de agosto de 1584: al llegar al río de Petatlán encontraron veinte españoles a cargo de don Juan López de Quijada, que venía por capitán de Sinaloa, con orden que se les notificó de don Hernando Bazán, y so pena de la vida volviesen luego a poblar la villa de San Felipe y Santiago, a que prontamente obedecieron: repasando el río y fortificándose lo mejor que pudieron, esperaron la venida del gobernador.

Este, por mucha prisa que se dio, no pudo llegar hasta abril del año

siguiente en el día de jueves santo. Trajo consigo cien españoles y algunos indios amigos. Se detuvo en la villa quince días, y marchó luego al río de Zuaque en busca de los agresores. Dividió su pequeño ejército en dos partes; dio la vanguardia a su teniente Juan López Quijada, y él llevaba la retaguardia. Llegando a la antigua villa de Darapoa, envió por delante a Gonzalo Martín con diez y ocho soldados a explorar la tierra. Estos, siguiendo en una mañana de mucha niebla las huellas de algunos caballos que habían faltado en el ejército, se empeñaron en una espesura en que fue necesario echar pie a tierra. En lo más interior del bosque hacía un grande y descombrado plano que tenían acordonado los enemigos. Luego que entraron en él los españoles cerraron los bárbaros con grandes árboles la entrada, y descargaron sobre ellos una nube de flechas. Conocida la emboscada quisieron retirarse, pero hallaron impedido el camino. Gonzalo Martín, con cuatro de sus compañeros, muertos ya algunos de sus soldados, sostuvo animosamente la retirada de los demás. Los primeros que salieron sin más autor que el propio susto, dijeron que todos los demás habían muerto. Tomaron sus caballos y dieron vuelta al camino. Gonzalo Martín y sus compañeros salieron los últimos después de haber hecho en los bárbaros una horrible carnicería. A la salida del monte se hallaron sin los caballos y sin pólvora. Cargaron los enemigos sobre ellos y los españoles vendieron muy caras sus vidas. Duró el combate hasta el medio día, en que faltos de sangre y fuerzas, teniendo que combatir con nuevas tropas que venían de fresco, y acometidos de los bárbaros con flechas y con chuzos largos por el temor de sus espadas, cayeron aquellos cinco bravos sobre montones de cadáveres que habían muerto a sus manos. Los bárbaros Zuaques, orgullosos de su victoria, siguieron con diligencia el alcance de los fugitivos. Los más de ellos habían errado el camino de los reales, y murieron a sus flechas. Diego Pérez, muerto el indio capitán y muchos otros de los más valientes Zuaques, se abrió camino con la espada, y Diego Martínez, después de haber pasado el día escondido en un charco, llegó al campo con sus armas y caballo. Hernando de Bazán salió al día siguiente con el ejército en busca del enemigo; pero éste, contentándose con algunas ligeras y repentinas descargas en que se mataron algunos, no quiso empeñarse en una acción general. Pasó al lugar de la batalla, halló los cuerpos puestos en orden sin cabeza, y aun el del capitán Gonzalo enteramente descarnado, porque según confesaron algunos prisioneros, habían entre sí los bárbaros repartido el cadáver y comídolo para hacerse, decían, tan valientes como aquel generoso español. El gobernador se contentó con poner fuego a sus sementeras y poblaciones, y pasó al río de Mayo. Esta buena gente lo recibió de paz, y le proveyó abundantemente de víveres; pero él, o porque en realidad los creyese cómplices en la conspiración de los Zuaques, o por una avaricia muy autorizada en aquel tiempo, aunque enteramente opuesta a la dulzura y piedad de nuestros reyes, fue poniendo en cadena a los indios e indias que entraban cargados de la vitualla en las tiendas. Conducta bárbara que desaprobó después el virrey marqués de Villamanrique, mandando conforme a las reales cédulas poner en libertad a los indios, y privándolo del gobierno, de que por esta y muchas acciones se había hecho indigno. Había dejado por capitán en Sinaloa a Melchor Téllez, que poco después tuvo por sucesor a don Pedro Tovar, que distando del país se vino luego a Culiacán.

Los vecinos españoles fueron siguiendo el pernicioso ejemplo de su jefe. Solo quedaron cinco en la villa: Bartolomé Mondragón, Juan Martínez del Castillo, Tomás de Soberanis, Juan Caballero y Antonio Ruiz, de cuyos comentarios bastante exactos hemos tomado estas noticias.

Entre tanto, don Antonio de Monroy que había sucedido a Bazán vino a San Miguel, y a petición de los pocos vecinos que habían ido a recibirle a Atotonilco, señaló por gobernador de Sinaloa a Bartolomé de Mondragón, que había quedado en San Felipe, donde los diputados llegaron con instrucciones muy útiles a la subsistencia y gobierno de la nueva población, a 29 de junio de 1589. Este tiempo no se empleó sino en dos entradas que hicieron en busca de minas en la provincia de Chinipa, con poca utilidad y mucho riesgo.

A mitad del siguiente año fue señalado gobernador de Nueva-Vizcaya don Rodrigo del Río y Loza, hombre que juntaba al valor y a la nobleza de sus cunas, una rara piedad y mucho conocimiento de la tierra a que había entrado muchos años antes en compañía de don Francisco de Ibarra. Envió la villa a Antonio Ruiz a cumplimentarle a Chiametlán, donde había llegado por diciembre del mismo año. Oyó con no poco dolor el infeliz estado de la provincia y de la villa de San Felipe, y determinó aplicarse todo el cultivo y aumento de Sinaloa. Luego que se vio electo gobernador de la Vizcaya había pedido con instancias al padre provincial Antonio de Mendoza algunos misioneros de la Compañía para la instrucción de las naciones vecinas. El padre provincial, que no deseaba otra cosa que ver abierta la puerta a la conversión de los gentiles, señaló prontamente dos sujetos de un celo ardiente y de una piedad y fervor a prueba de los mayores trabajos. El padre Gonzalo de Tapia y el padre Martín Pérez, partieron a Guadiana, en que debían presentarse al gobernador y estar a sus órdenes. Cuando llegaron, ya el gobernador había mudado de dictamen; y recibiendo con demostraciones singulares de aprecio y de veneración a los misioneros: «Yo, padres míos, les dijo, había suplicado al padre provincial enviase a vuestras reverencias para que trabajasen en el cultivo de estos pueblos vecinos, que Dios y el rey han puesto a mi cargo; pero he sabido que hay países más necesitados en que vuestras reverencias puedan emplear su celo con mayor provecho y mayor mérito. Yo me he sentido vivamente inspirado a proponer a vuestras reverencias la conversión de las provincias de Sinaloa. Esta debe de ser la voluntad de nuestro Señor, a quien yo sacrifico de buena voluntad el gusto que tendría con la presencia y dirección de vuestras reverencias». Los hombres de Dios oyeron con increíble consuelo las palabras del gobernador, en que les pareció oír la voz de Dios que los destinaba a aquellas regiones, tanto más agradables cuanto más fértiles de penalidades y de cruces. Luego, llenos de gozo, se encaminaron para Culiacán, aunque por caminos escusados y mucho más largos a causa de la guerra en que ardían entonces los valles de Topía. Caminadas más de doscientas leguas, y dejando por todos los pueblos una alta reputación de su virtud y un gran fruto en las almas, llegaron a fines de junio a la villa de San Miguel de Culiacán. Aquí se detuvieron algunos días ejercitando los misterios con todo género de personas, con notable edificación y provecho. Escribieron a la villa de San Felipe dando razón de su destino y del sublime motivo que los conducía a sus tierras, sin otro interés que la eterna salud de sus almas y de las naciones vecinas.

Luego se determinó que Juan del Castillo y Antonio Ruiz, españoles, con algunos de los caciques aliados fuesen a conducir en seguridad a los dos misioneros que entraron cerca de Capiroto, a diez leguas de San Miguel. Fue muy sensible en los españoles y los indios el regocijo con que recibieron a los padres. Los indios (dice Antonio Ruiz, testigo ocular en su relación) hincadas en tierra las rodillas, les pidieron a voces el bautismo. Llegaron el día siguiente al Palmar, cuatro leguas antes de Mocorito. El cacique de este pueblo, que era cristiano, sabida por uno de sus hijos la cercanía de los padres, dio orden que se juntasen todos los niños del pueblo que no hubiesen recibido el bautismo. Se puso en marcha a la noche con aquella inocente caravana, que caminando con lentitud llegó a media noche al Palmar en que dormían los misioneros. Aunque muy necesitados de aquel descanso, lo interrumpieron gustosísimos de ver aquellas primicias de la gentilidad que el Señor les ponía a las manos, y de que podían prometerse un agüero tan feliz de sus piadosas fatigas. A la punta del día se formó una enramada en que dijeron misa los padres con admiración de los indios. Se administró después el bautismo a los párvulos, y se detuvieron en aquel incómodo lugar dos días. De aquí pasaron a Orobatu donde había una antigua iglesia de madera cubierta de paja. Aquí hablaron los padres a muchos indios que habían concurrido por medio de un intérprete. Nosotros, dijeron, no venimos a buscar el oro y la plata a vuestras tierras, ni a hacer esclavos a vuestros hijos y mujeres. Veisnos aquí solos, pocos y desarmados, y que solo venimos a daros a conocer al Criador del cielo y de la tierra, sin cuya fe seréis perpetuamente infelices. Los indios de su parte, a pesar de su barbarie, parecieron sensibles a una prueba tan clara de sincerísimo amor. Se mostraron agradecidos y prometieron ser dóciles a sus consejos. Al otro día entraron en la villa de Sinaloa con grande acompañamiento de indios, y un grandísimo consuelo de aquellos pocos españoles. Estos, dice Antonio Ruiz, antes de la venida de los padres pasaban todo el año sin oír misa, y aun para confesarse la cuaresma llamaban algún sacerdote de Culiacán, o se veían precisados a carecer de aquel espiritual alimento. No crecía menos el centro de la provincia en fundaciones que hubieran de traerle en lo venidero un grande lustre, y en obras insignes de piedad en lo interior de sus colegios. En el de México se veían florecer con extraordinario concurso los estudios. En la annua de este año se dice pasaron de cuatrocientos los jóvenes que cursaban nuestras escuelas. En el Seminario de San Gregorio se cultivaban con incansable esmero los indios. Los caciques de los pueblos vecinos entregaban a porfía sus hijos a la dirección de los nuestros, y se veía entre los mexicanos una devoción y un fervor en la frecuencia de los Sacramentos, que sería digna de grande alabanza entre los pueblos más cultos y más antiguos cristianos de la Europa. Determinó por esto mismo el padre visitador Diego de Avellaneda, pasar el noviciado y casa de probación del pueblo de Tepotzotlán al colegio del Espíritu Santo de Puebla, movido no solo de los mayores fondos de este colegio, sino persuadido también y enseñado de la experiencia en las muchas provincias que había visto en la Europa, que a vista de las ciudades populosas, y en medio de todo el atractivo del gran mundo, se hacen con más fervor, con mayor edificación y con más perseverancia aquellos exteriores actos de mortificación y de humildad que

lleva la austera vida de muchos noviciados, y se acomete y se vence el mundo, digámoslo así, en sus trincheras mismas. Apenas habían puesto el pie en la Puebla nuestros novicios, quiso el Señor ofrecerles una grande cosecha de humillación y de méritos. Habíase encendido una peste en muchos recién venidos de España, de que estaban llenos dos grandes hospitales de la ciudad. Por espacio de tres meses acudían todos los días seis novicios a cada uno, consolaban a los enfermos, barrían las salas, aseaban las camas, y hacían todos los demás oficios de caridad con un fervor y una alegría que se mostraba aun en los semblantes. Para acrisolar más su virtud, permitió el Señor que en uno de los hospitales fuesen mal recibidos del mayordomo y de los enfermos. Mirábanlos con aquel horror con que se suele ver la afectación y la hipocresía. Si pedían en nombre de algún enfermo alguna cosa, eran despedidos con dureza, muchas veces les quitaban de las manos las escobas o les impedían sus demás caritativos ministerios. En ocasiones los trataban mal de palabras, con no poco sentimiento y edificación de los mismos enfermos. Finalmente, venció la paciencia y la constancia de los buenos hermanos, y aquellos mismos fueron después los testigos y los aplaudidores de tanta devoción y caridad. Entre los demás enfermos hubo un caballero principal y letrado de algún crédito. Era este sumamente desafecto a la Compañía, y padecía una enfermedad tan horrible y asquerosa, que ningún enfermero del hospital se atrevía aun a acercarse a su lecho. Doble motivo para que nuestros novicios se aplicasen con particular solicitud a su alivio. Efectivamente, eran los únicos que lo servían y ayudaban hasta tomarlo en sus brazos y darle por sus mismas manos el alimento; con horror de la naturaleza oficios de maternal cariño que admiraban todos, servían solo para agriar más el ánimo del enfermo que cada día los recibía con más sequedad; pero esta no pudo durar mucho combatida tan poderosamente de obras de tanto amor. Después de haber luchado algunos días con la dureza de su corazón, vino a confesar a voces su ingratitud, a reconocer la caridad de sus bienhechores, protestando, que si vivía no se ocuparía en otra cosa que en servir a los padres como el más humilde coadjutor. Se contentó el Señor con la buena voluntad, porque agravado el accidente sin más efectos ni más voces que alabanzas a Dios y deseos ardentísimos de verlo, en medio de actos heroicos de contrición y de humildad, con extraordinario consuelo de verse morir en un hospital y coronado su lecho de jesuitas, murió dejando muy seguras esperanzas de su eterna salud.

De esta manera triunfaba de la indiferencia y de la ingratitud el celo y caridad de nuestros novicios; victoria que se repitió más de una vez con bastante mérito suyo y edificación de los asistentes. Entre tanto, algunos otros padres del mismo colegio hacían sus piadosas excursiones por los lugares vecinos. Llegaron en una de estas a un lugar a catorce leguas de Puebla, cuyo ministro, aunque celoso, impedido de una prolija enfermedad, no había podido mucho tiempo visitarlo. Este, usando del tedio más oportuno, instruyó a un indio que le pareció más capaz en los misterios y preceptos de nuestra ley para que en ausencia los enseñase a los demás; pero o fuese negligencia o poca autoridad del catequista, a la llegada de nuestros misioneros era el único que sabía suficientemente las obligaciones santas del cristianismo. A la sombra de esta común ignorancia reinaba la impunidad de todos los delitos. La embriaguez, la torpeza, y

aun la superstición eran vicio común de todo el pueblo. Presto se vio mudar de semblante el vecindario: instruidos a tarde y a mañana, ya desde el púlpito, ya en las familiares conversaciones, se movieron a confesarse con grandes muestras de dolor. Entre estos vino a confesarse un joven a quien tenía cuasi en puntos de expirar una melancolía. Una infame mujer que vivía en su misma casa, poseída de un torpe y furioso amor, había procurado hacerlo condescender a sus deseos. La resistencia heroica del casto joven había irritado más su pasión, y roto enteramente el freno del pudor y decoro propio de su sexo: no le dejaba sosegar un punto día y noche presentándosele en todos tiempos, ya con ruegos, ya con amenazas, ya con otros medios aun más provocativos y capaces de inclinarlo a algún impuro consentimiento. En este continuo combate, pareciendo al buen joven que no podía perseverar en su santo propósito, determinó acabar con un lazo, como en efecto lo puso en ejecución con una piadosa temeridad; pero el Señor, que quiso premiarle su amor a la pureza, permitió que reventase la soga. Cayó en el suelo, y hallándole fuera de sentido, la mala mujer, que sabía muy bien que era la causa de una resolución tan inhumana, aconsejada solamente de su loca pasión, determinó no sobrevivir a su amado y acabar con el mismo lazo sus días. La soga, que se había cortado para testimonio de la inocencia, quitó la vida a aquella deshonesto; y volviendo de su aturdimiento el joven vio delante de sí el cadáver suspenso, y en él un grande ejemplar de los altísimos juicios de Dios y del rigor de su justicia. Este funesto espectáculo, que no podía apartar de su memoria, le había consumido las fuerzas del espíritu, y aun las del cuerpo. Pero consolado y animado del sabio confesor pareció volver a la vida, y emprendió dedicarse al divino servicio con un extraordinario fervor.

La congregación de la Anunciata, que pocos años antes con la licencia de nuestro padre general se había planteado en México, se extendió este año al colegio de Oaxaca. Se leyeron las bulas, y se hizo la fundación primera de la congregación el mismo día 25 de mayo en que se celebra este misterio, con asistencia del ilustrísimo señor don fray Bartolomé de Ledesma, del orden de predicadores, y su vicario general, del deán, y muchas otras personas de uno y otro cabildo, que fueron los primeros admitidos en la congregación, y se excitaban en sus piadosos ministerios, con mucha edificación del público, y singularmente de nuestros estudiantes, que se esforzaban a imitar tan ilustres ejemplos. A los indios se les predicaba en la iglesia de señor San José, que estaba a cargo de la Compañía, en lengua mexicana, y se comenzó a aprender la zapoteca. La iglesia de señor San José, que acabamos de decir, se había fundado en un solar que para este efecto había dado una india principal, y a una acción de tanta piedad, correspondía muy mal el resto de su vida. Vivía en un estado infeliz con pernicioso ejemplo de todo aquel partido. Cayó en una grave enfermedad; pero poseída de una vergüenza irracional, no podía resolverse a llamar confesor y declararle sus culpas, de que era testigo todo el pueblo; pero el Santísimo Patriarca, a quien con tanta liberalidad había cedido sus tierras, quiso premiarle este pequeño obsequio. Le pareció en un parasismo, que era llevada al tribunal de Dios, donde aguardaba ya la sentencia de su condenación. En este inexplicable susto le parecía ver que el Castísimo Esposo de María pedía a su Hijo

Santísimo la salud de aquella alma. Efectivamente, volvió en sí, llamando a uno de los padres, se confesó con muchas lágrimas, y consiguiendo con la salud de la alma poco después la del cuerpo, vivió algunos años en ejercicios de muy amarga penitencia, acumulando gran tesoro de méritos con los continuos asaltos, que le fue necesario vencer para perseverar en la virtud. La necesidad del colegio obligó por este tiempo a que saliesen dos sujetos de casa a recoger limosna por todo el obispado, ejercitando igualmente en todos los lugares sus ministerios apostólicos. Hallaron en una de las haciendas vecinas a la costa del Sur un hombre rico, que sin haber jamás tratado, o visto sujeto alguno de la Compañía, los recibió con singulares demostraciones de regocijo. Los siervos de Dios, que conforme a su santísima regla, después de las comunes saluciones, comenzaron luego a tratar cosas del cielo y de provecho de la alma, quedaron a pocas palabras admirados de encontrar en aquel buen anciano un hombre perfectamente instruido en la vida espiritual, de una sublime oración, de un admirable recogimiento interior, y pureza de conciencia. El piadoso varón, que no pudo dejar de conocer su sorpresa, satisfizo a su piadosa curiosidad, diciendo: «Mucho tiempo antes que aquí vinierais, tuve noticia de vuestro instituto y vuestras reglas, y os vi acompañados y protegidos de la Reina del cielo, en la misma forma y traje en que ahora os veo, y esta es la causa de mi júbilo. La misma Señora qua tanto os favorece, me ha significado vuestra necesidad y me ha mandado que os socorra, como lo haré con buena voluntad. En efecto, no contento con haberles dado entonces una buena limosna, les hizo una obligación de más de mil y quinientos pesos, hipotecando para ello su hacienda, y prometiendo dar cien pesos en cada un año: y el darlos en esta forma (añadió) es por tener los pocos años que viviere, el consuelo de ver en este pueblo y en mi casa, a unos hombres que el cielo tan sensiblemente protege».

En los colegios de Pátzcuaro, Valladolid, Tepetzotlán y Guadalajara, fue también muy considerable, este año el fruto de las misiones, y grande el trabajo de los operarios, por la epidemia que padecieron los naturales, y en que como todo el mundo es testigo en semejantes ocasiones, hicieron en todas partes los jesuitas todos los oficios de caridad en lo espiritual y corporal, que podían esperarse de unos hombres enteramente consagrados por su instituto al servicio del público. En la residencia de Veracruz, fuera del continuo trabajo de la ciudad y estancias vecinas, se destinaron dos padres a la isla de San Juan de Ulúa para la asistencia y cuidado de los muchos enfermos, a quienes lo ejecutivo de su mal no daba lugar para pasar al continente. En la nueva habitación de Zacatecas, fue necesario añadir, a instancias de aquellos republicanos, otros dos sujetos, uno para la escuela de leer y escribir, y otro para los rudimentos de la gramática. Así en tantos y en tan distantes hogares, en púlpitos, cátedras, confesonarios, hospitales y cárceles, ayudaban los incansables operarios a ricos y pobres, sin excepción alguna de tiempo, de país, o de personas, con un orden y una conformidad de operaciones, que solo puede producir el espíritu de Dios, y de la caridad que lo animaba. Estos saludables ministerios que se veían repartidos por los demás colegios de la provincia, se hallaban reunidos como en su centro, en el colegio máximo de San Pedro y San Pablo de México. Aquí se atendía juntamente a todas las necesidades de la más populosa ciudad de la

América, y se proveían de sujetos los demás colegios. Se formaban los predicadores, los confesores y los teólogos. Las bellas letras, la filosofía y los ministerios, todo tenía su lugar, y a todo se daba sucesivamente el tiempo y la atención proporcionada. Sin embargo, se comenzaba a temer justamente, que creciendo cada día más el número de los colegios, y debiendo respectivamente aumentarse los domésticos estudios, no se embarazasen en un mismo colegio estas diversas ocupaciones, que la admirable y celestial prudencia del fundador de la Compañía quiso que se ejercitasen en casas diferentes. Añadíase que la situación del colegio, muy acomodada para los estudios, no lo era para los ejercicios que practica la Compañía para utilidad del público. Con esta ocasión, se pensó fundar en México, conforme al instituto, una casa profesa, quedando el colegio máximo para las tareas literarias; y ya desde el año de 1584, don Hernando Núñez de Obregón, deudo cercano del padre Pedro Mercado había en su testamento dejado cuatro mil pesos, sobre unas casas que habían sido noble cuna del mismo padre, y estaban situadas en lo mejor de la ciudad, con el designio de que entrando en su posesión la Compañía, se edificase allí casa profesa. En efecto, se compraron dichas casas, y el padre Antonio de Mendoza, entonces provincial, valiéndose del favor del ilustrísimo señor don Pedro Moya de Contreras, arzobispo y virrey, obtuvo licencia para la fundación de dicha casa, que en nombre de su Majestad concedió el año de 1585. [Posesión del sitio de la casa profesa] Algunos años después don Juan Luis de Rivera, tesorero de la Posesión de la real casa de moneda, y doña Juana Gutiérrez, su esposa, hicieron a la Compañía donación de cincuenta mil pesos para el edificio y fábrica de la Profesa. Se dudó algún tiempo admitir la donación, hasta que siendo visitador el padre Diego de Avellaneda, y provincial el padre Pedro Díaz, se admitió e hizo solemne escritura a 3 de febrero del año de 1592. El excelentísimo señor don Luis de Velasco el joven, confirmó de nuevo la licencia que había dado don Pedro Mora de Contreras, y puntualmente aquella misma noche se pasaron a la nueva habitación cuatro padres, cuyos nombres conservan los manuscritos, y parece justo poner aquí, y fueron el padre doctor Pedro de Morales, el padre Juan Sánchez, el padre Juan de Loaiza, y el padre Alonso Guillén, con un hermano coadjutor que sirviese de sacristán y portero. Presentose luego el padre provincial al doctor don Sancho Sánchez Muñoz, maestre escucha y gobernador del arzobispado, pidiendo a mayor abundamiento se sirviese su señoría aprobar lo hecho, y mandase dar a la Compañía posesión jurídica del sitio y casa para la dicha fundación, como se efectuó prontamente, pasando a nuestra casa el licenciado Pablo Mateo, promotor fiscal, que en presencia de un notario, el día 5 de febrero a las diez horas de la mañana, dio al padre provincial posesión en toda forma, y lo mismo en la pequeña iglesia, que conforme a la cortedad del sitio se había dispuesto en el zaguán de la casa, con todas las solemnidades del derecho, y pidiendo al notario el padre provincial Pedro Díaz testimonio de lo actuado, que se le dio luego no sin particular providencia, que le inspiró usar de todas estas formalidades de que no había usado la Compañía en las demás fundaciones, y que se reconocieron después muy necesarias para el ruidoso pleito que se movió en esta ocasión.

En efecto, el sitio que se nos había dado para casa profesa, siendo cuasi

el centro de la ciudad, vino a estar juntamente dentro de las canas de las tres sagradas religiones, Santo Domingo, San Francisco y San Agustín. Aunque en la fundación del colegio máximo se había ya resuelto este punto en favor de la Compañía, y con mayor ruido aun en la fundación de Oaxaca, de los cuales litigios hacía expresa mención la bula Salvatoris de nuestro Santísimo Padre Gregorio XIII, confirmando de nuevo los privilegios que en esta parte había concedido a la Compañía su predecesor Sixto V; sin embargo, la autoridad de las tres religiones colitigantes, hizo, como debía, mucho peso en la consideración de los doctos y los discretos. Las tres religiosísimas familias se presentaron, de común acuerdo, a la real audiencia, suplicando de lo proveído por el señor virrey y gobernador del arzobispado, y pidiendo que la Compañía exhibiese las bulas y privilegios y demás documentos, en virtud de los cuales, pretendía edificar en aquel sitio con notorio perjuicio de sus conventos. Añadían que esta no solo era causa suya, sino también del monasterio de Santa Clara y aun de la santa iglesia catedral de que el pretendido edificio no distaba más de una cuadra. Concluían pidiendo se mandase cerrar dicha casa o iglesia, ínterin se resolvía en justicia lo conveniente. Para esforzar más esta petición, pretendieron agregar e interesar en el negocio al cabildo eclesiástico. Este gremio venerable, después de examinada seriamente la causa, viendo que la Compañía de Jesús no percibía obtenciones algunas, por misas, sermones, ni entierros, ni tenía capellanías, ni otros emolumentos del altar, y que por otra parte procedía en esto escudada con tan singular favor de la silla apostólica, no quisieron mezclarse en este asunto, ni hacer oposición alguna, antes procuraron singularmente favorecerla, como lo hicieron con particularidad el señor arcediano don Juan de Cervantes, el señor maestre escuela don Sancho Sánchez Muñoz, y el señor don Fernando Ruiz de Hinojosa, canónigo y catedrático de prima en la real universidad. El cabildo secular, aunque había antes aprobado y aun agradecido a don Juan Luis de Rivera la escritura de donación en favor de la casa profesa, de que como miembro de aquel ilustre ayuntamiento le había dado parte; sin embargo, mudada la determinación, acordó seguir el partido de las tres religiones, y contradecir la fundación con escrito, que en nombre de todo el cuerpo se presentó a la real audiencia. Este tribunal, oída la respuesta de la Compañía, determinó cuanto a lo substancial de la causa se remitiese a juez eclesiástico, a quien de derecho pertenecía. Mantuvo a la Compañía en posesión del sitio, casa e iglesia; pero mandando que antes de la definitiva, no se extendiese más el edificio, ni se comenzase en él alguna fábrica. En consecuencia de esta resolución, el padre visitador ordenó que el padre Alonso Guillén saliese luego de México para Veracruz a embarcarse en un aviso, que debía hacerse a la vela muy en breve. Las tres religiones colitigantes, habían, de común acuerdo, elegido por su procurador, o instruido de sus poderes y necesarios documentos, al reverendísimo padre fray Bartolomé Martel, varón muy autorizado y docto de la religión de San Francisco. Este, aunque se había embarcado muchos días antes que nuestro procurador, tuvo la desgracia de caer en manos de los moros, que lo cautivaron en las costas de Berbería, de donde no pudo salir hasta más de la mitad del año siguiente, en que las mismas religiones que lo habían enviado a España, lo rescataron con grande liberalidad, y llegó a Nueva-España mucho

tiempo después de que el padre Alonso Guillén, a quien el rey había recibido con mucha benignidad, así por el singular amor con que miraba a la Compañía y a esta provincia, que a su real piedad y magnificencia debía todo su ser, como por las cartas del padre Avellaneda, sujeto tan conocido en la corte, y de cuyos talentos y méritos había formado su Majestad un altísimo concepto. Entretanto, era un espectáculo de mucha edificación a toda la ciudad, que mientras las cuatro ejemplarísimas religiones, con tanto ardor litigaban por la defensa de sus exenciones y privilegios, sin que la integridad de la justicia hubiese apagado o resfriado algún tanto la caridad, se daban mutuamente las más sinceras pruebas de benevolencia y de amor, y habiendo cumplido unas y otras con lo que debían a su religión, esperaban con admirable igualdad de ánimo la resolución, que ya fuese adversa o próspera, parecía habían de quedar, como con efecto quedaron, sin algún resentimiento. El verdadero celo sostenido de la prudencia y de la caridad, está muy lejos de aquella amargura que los mundanos quieren que acompañe siempre a la justicia, como si las virtudes hubieran de tener entre sí la misma enemistad que con el vicio. En todo el tiempo del pleito, que duró hasta el año de 1595, asistieron los padres aunque con grande incomodidad, por la estrechez de la habitación, pero con mucho consuelo de la piadosa devoción y concurso de los fieles, al pequeño templo, sacando singular fruto de los sermones, con que el Señor coronaba su celo. A principios del año se había celebrado en el colegio máximo la tercera congregación provincial, en que siendo secretario el padre Francisco Ramírez, fueron elegidos procuradores el día 23 de enero los padres Pedro de Morales, rector del colegio de la Puebla, y el padre Diego García, que pasó después a Filipinas.

La elección del padre Pedro de Morales parecía haber de ser muy perjudicial al colegio de la Puebla, que le debía todo su ser, especialmente cuando pocos meses después tuvo que sufrir el golpe más sensible en la muerte de su piadoso fundador don Melchor de Covarrubias: según lo que hemos podido entresacar de varios antiguos papeles, parece haber sido sus padres Pedro Pastor de Valencia y Catarina de Covarrubias, de quien tomó el apellido, vecinos uno y otro de un lugar cercano a la ciudad de Burgos en Castilla la vieja. Se cree haber sido sus padres de los primeros pobladores que pasaron a la América, que vivieron algún tiempo en Michoacán, donde consta que el ilustrísimo señor don Vasco de Quiroga ordenó a don Melchor de Covarrubias de primera tonsura el año de 1539. Después se pasaron a la villa de Carrión, en el valle de Atlixco, en que según carta de 10 de abril de 1614 escrita por el padre Pedro de Anzuren al padre doctor Pedro de Morales, vivieron algunos años, y murieron en humildad y pobreza, aunque siempre en opinión de nobles, como parece en efecto por el testimonio de Diego de Urbina, rey de armas y regidor de la villa de Madrid, autorizado en 24 de enero de 1585. Por otras cartas y papeles consta haber sido sus muy cercanos deudos el ilustrísimo señor doctor don Diego de Covarrubias y Leyba, obispo de Segovia, varón doctísimo, como muestran sus grandes obras, y el ilustrísimo señor doctor don fray Baltasar de Covarrubias, del orden de San Agustín, obispo de Michoacán y de otras iglesias, que así lo afirma en carta propia, fecha en Valladolid a 18 de mayo de 1514. Por los años de 1581, fue don Melchor de Covarrubias alcalde ordinario de primer voto en

la ciudad de los Ángeles, y el año antecedente de 1579, se halla un testimonio autorizado por Francisco Ruiz, escribano real, en 19 de octubre, de haber sido nombrado y elegido de aquel ilustre cabildo para capitán de cierta expedición al puerto de Veracruz, a que correspondió con toda exactitud. Se hallaron entre sus papeles cartas de los señores virreyes, dándole de gracias; ya, por la fundación del colegio de la Compañía; ya, por un pronto socorro de diez mil pesos que dio liberalmente a su Majestad para los católicos de Francia. El rey don Felipe II, en cédula de 15 de setiembre de 1590, recomienda al ilustrísimo señor marqués de Villa Manrique, la persona, méritos y servicios de don Melchor de Covarrubias. Fue muy liberal para con Dios y con los pobres. Solo las limosnas dadas a los conventos de San Agustín, del Carmen y Santa Catarina de Sena llegaron a treinta y odio mil pesos. Entre sus parientes y extraños pobres pasaron de veinte mil. En su última enfermedad, aunque aconsejado para lo contrario, dejó por heredero a su colegio en el testamento que otorgó el día 16 de mayo, cuya cláusula nos ha parecido insertar aquí como un monumento eterno de su piedad y de su amor.

«Y después de cumplido y pagado este mi testamento, y todas las cláusulas y mandas de él, en el remanente que quedare e fincare de todos mis bienes, derechos y acciones, atento a que no tengo heredero ascendiente, ni descendiente, ni he sido ni soy casado, y que como patrón que soy del colegio y casa de la Compañía de Jesús de esta ciudad, pretendo su aumento y acrecentamiento, de mi libre y espontánea voluntad, por el tenue de la presente, dejo e nombro por mi universal heredero al colegio, casa e iglesia de la dicha Compañía de Jesús de esta ciudad do los Ángeles, para que lo haya y herede enteramente, para su aumento y edificio de su iglesia y casa, y sustento de los padres de la Compañía, del todo lo cual de dicho remanente, es mi voluntad que el rector e todos los padres del colegio lo hayan en posesiones, haciendas o rentas, o en lo que mejor a ellos pareciere, para que vaya siempre en aumento la dicha mi fundación del colegio, que así tengo hecha, con declaración o gravamen, que si algunos deudos o parientes míos, y quisieren aplicarse a estudiar y entrar en el colegio de San Gerónimo de esta ciudad, que la dicha Compañía tiene para estudios, y ser colegiales, en tal caso el dicho colegio y casa dicha Compañía, mi heredero, sean obligados a les sustentar y dar estudios, de comer vestir y calzar, todo el tiempo que estudiaren en el dicho colegio, con tal que no exceda el número de cuatro personas las que estuvieren juntas en el dicho colegio, y esto se guarde para siempre jamás, con que los tales mis deudos sean virtuosos e recogidos, e no lo siendo puedan ser despedidos por el rector e padres de dicho colegio, e siempre favorezcan lo posible a los que fueren virtuosos. E para la averiguación de que sean mis deudos, o personas virtuosas o no, el padre rector o demás religiosos de dicho mi colegio de la Compañía (conozcan) sin que se entremeta en ello ningún juez eclesiástico ni seglar, sino que los tales mis deudos ocurran a lo averiguar ante el rector, e padres de esta casa de la Compañía, e con estas calidades y declaraciones, dejo al dicho mi colegio e casa de la Compañía por mi heredero en lo remanente de todos los dichos mis bienes, etc.» A más del remanente, que fueron en dinero efectivo cuarenta y dos mil y ochenta y seis pesos, cedió a su colegio una escritura de trece mil. Allegáronse las casas valuadas en cuatro mil, las preseas, cadenas de

oro, armas, etc., en novecientos treinta y tres, algunas piezas de esclavos y otras alhajas, en ochocientos cincuenta; que todo suma la cantidad de sesenta mil ochocientos sesenta y nueve, a que añadidos los veintiocho mil que había dado para la fundación, vienen a ser ochenta y ocho mil ochocientos sesenta y nueve pesos, en los que el magnífico fundador dotó a este colegio. La vajilla de plata dispuso que no se vendiese, sino que en memoria suya sirviese cada año en refectorio el día de su amada patrona Santa María Magdalena. El padre doctor Pedro de Morales, estando de procurador de la provincia en Roma, alcanzó de la Santidad de Clemente VIII una licencia viviae vocis oraculo la cual el Sumo Pontífice conmutó este legado, en que se dedicara toda aquella plata a vasos sagrados, en que se sirviese diariamente el Pan de los Ángeles. Hízole su colegio unas exequias correspondientes al mérito del difunto, y al agradecimiento que a sus bienhechores profesa la Compañía. Murió a 25 de mayo de 1592.

Murió también por este mismo tiempo el padre Hernán Vázquez, peritísimo en las lenguas de los indios, e infatigable operario de esta humilde gente. Anduvo siempre en un continuo movimiento por los pueblos vecinos, supliendo el fervor del espíritu la debilidad del cuerpo. El tiempo que estaba en la ciudad era frecuente en los obrajes, en las cárceles y en las plazas. Fue uno de los que más promovieron la importante obra de la capilla de San Miguel, para la asistencia y socorro espiritual de los indios, en que se consiguieron admirables frutos. Su muerte fue muy sentida de los naturales, que sin noticia alguna de los padres, le hicieron a su modo en la capilla de San Miguel las honras, en que la sinceridad de sus lágrimas le hizo más honor que el lucido aparato y lisonjeras inscripciones a los grandes del mundo. A pocos días (le su muerte vino una india que había vivido en mal estado algunos años, y llamando a un padre, le dijo que el padre Vázquez se le había aparecido y dándole a conocer la enormidad de sus culpas, mandándole que prontamente viniese a confesarse, como lo ejecutó con muchas demostraciones de sincerísimo dolor. Estas dos grandes pérdidas recompensó la piedad divina con singular aumento de espirituales consuelos en la promoción de los estudios y ministerios, en provecho de los prójimos. El número y progresos de los estudiantes fue tal, que pareció necesario añadir a las clases de gramática y retórica, la de filosofía, que se comenzó a leer aquel mismo octubre. Y no cultivándose jamás provechosamente las letras sin el amor de la virtud, ni este sin la tierna devoción para con la Madre de Dios, se pusieron nuestros jóvenes bajo su protección y amparo, erigiéndose la congregación de la Anunciata en aquel colegio, y otras dos para los indios en su capilla de San Miguel, cuyos piadosos ejercicios de la explicación de la doctrina cristiana, continuas exhortaciones, frecuencia de Sacramentos, visitas de cárceles y hospitales, y otros semejantes, encendían tanto en nuestros religiosos como en los congregantes un nuevo fervor, y llenaban toda la ciudad del buen olor de tan edificativo ejemplo.

Del colegio de Oaxaca se emprendió misión a Guatemala, que había mostrado siempre un singular afecto a la Compañía. El fruto correspondió muy bien a la hambre piadosa de los oyentes, y a la alta idea que se habían formado de nuestros misioneros. Esta nobilísima ciudad había en

otras diversas ocasiones mostrado grandes deseos de que fundase allí la Compañía, y en la presente instaron mucho más y llevaron muy adelante la negociación. Aunque los padres, como al estilo santo de nuestros mayores, no habían querido otra morada que la de un hospital, les fue necesario condescender muchas veces con las instancias del presidente de aquella real audiencia, y otros señores que quisieron honrarlos con su mesa. Este regio tribunal, como los señores del cabildo eclesiástico y secular, y los más distinguidos republicanos, eran los primeros en asistir a los sermones, y en los fervorosos ejercicios de la misión, que las más veces honró con su presencia el ilustrísimo señor don García Gómez Fernández de Córdova, monje jerónimo, su dignísimo obispo. El celoso pastor y el presidente, no contentos con las expresiones más vivas, y las más sinceras demostraciones de aprecio, escribieron de común acuerdo a su Majestad, cuanto importaba al servicio de nuestro señor y del rey un colegio de la Compañía en Guatemala. El arcediano de aquella santa iglesia mostró grande inclinación a dar para este fin la mayor parte de su cuantioso caudal. Otra dignidad ofreció desde luego sus casas; otra prometió en cada un año cien hanegas de trigo. Cuatro caballeros de les más ilustres de la ciudad prometieron mil pesos cada uno. Tanto era el anhelo de aquellos ciudadanos porque se estableciese allí nuestra religión, lo que sin embargo no se pudo ejecutar por entonces.

[Misión del padre Gerónimo López] Aunque no tan lustrosa a los ojos del mundo, no fue menos provechosa excursión la que por aquella misma primavera hizo en el obispado de Guadalajara el fervoroso padre Gerónimo López. A petición del cabildo eclesiástico y del provisor de aquella diócesis, hubo el misionero de detenerse algunos días en un pueblo que había mucho tiempo carecía de párroco. A pocas exhortaciones que les hizo con aquella fuerza de espíritu y aquella elegancia de su idioma, que el padre poseía en grado eminente, quisieron todos los indios confesarse; pero tuvo el dolor de hallar en ellos una profunda ignorancia de los más necesarios misterios. Instruidos en lo que para confesarse debían saber y entender de la doctrina, se aplicaron con tanta diligencia, que muchos en un día, muchos en dos, y cuasi dentro de muy breve tiempo, estuvieron capaces de recibir aquel necesario sacramento. En espacio de cuarenta días, dice la sencilla relación del mismo padre, he confesado más un mil y trescientas personas, y como suele suceder en estas ocasiones, las mil habrán sido confesiones generales. Lo que más encantaba a los indios era el grande apostólico desinterés del misionero. Exhortando a un indio en cierto asunto bastantemente contrario a sus inclinaciones y a sus costumbres, aunque me muera (dijo) no he de volver a hacer costa semejante: ¿y cómo podría yo negarte a ti cosa alguna si veo que todo el día predicas, confiesas, que nos dices cada día misa, entierras nuestros muertos, y nos tratas en todo con tanto amor, sin querer jamás admitir de nosotros el don más mínimo? Bien se conoce que no es tu interés, sino nuestro provecho, el que te ha hecho cargarte de tantos trabajos. Así habló aquel indio, y la enmienda de las costumbres que en todos los demás seguía prontamente a la corrección paternal del misionero, mostraba bien cuan poderosa es esta arma para conquistar o inspirar en los corazones el amor de la virtud, y un sublime concepto de las verdades de la religión. Otro, solicitado de sus compañeros al vicio de la embriaguez, en que antes

había dado graves escándalos, respondió a sus perversos amigos: ved vosotros, los que no habéis oído lo que el padre dice de los castigos de la otra vida. Hallaba mayor dificultad el misionero en persuadirles la santa comunión, y las ocasiones que la aconsejaba a los mejor dispuestos, experimentaba una resistencia y un horror, que parecía respeto y era ignorancia y preocupación, que vencieron finalmente, llegándose al altar con una devoción y una pureza de conciencia admirable. Muchos casos pudiéramos referir semejantes de misiones en Pátzcuaro y Valladolid. En esta ciudad tenía la Compañía en el ilustrísimo señor don fray Alonso Guerra, del orden de predicadores, un padre y protector amantísimo. Confesábase con uno de los nuestros, de quienes se varía en todos los asuntos de alguna importancia, singularmente en ciertos disturbios con su ilustre cabildo, que se compusieron con grande satisfacción de entre ambas partes. En los últimos años de su vida, aunque afligido con gravísimos dolores de una larga y penosa enfermedad, no tenía de ellos algún sentimiento, cuando veía algunos de los nuestros, y trataba con ellos de cosas concernientes al bien de su alma, o al provecho de su amado rebaño. No era menor la estimación y aprecio que hizo siempre de la Compañía el excelentísimo señor don Luis de Velasco, el joven. Este caballero, no contento con la grande confianza que había hecho de los jesuitas, fiando, a su cuidado la educación de tres hijos suyos en el colegio de San Ildefonso, se servía de los nuestros en todos los negocios graves del servicio de Dios y del rey. Tenía muy encarado la católica majestad que los indios repartidos en muchas aldeas y pequeñas poblaciones por toda la vasta extensión de sus dominios en una y otra América, se redujesen a algunos lugares grandes, con el piadoso designio de que fuesen más fácilmente instruidos en la fe, y a administrados por sus párrocos después de bautizados. Noticioso el virrey de la felicidad con que sin el ruido de las armas habían conseguido esto los misioneros de la Compañía en el partido de Tepozotlán, y sabiendo que había en aquel colegio muchos operarios peritos en la lengua otomí, la más difícil de la América, pidió al padre provincial Pedro Díaz, que dos de aquellos padres pasasen a la reducción de la provincia de Guayacocotla. Se pusieron luego en marcha acompañados de un noble caballero que el prudente virrey les dio para que les ayudase con su nombre y autoridad en la ejecución de aquel gran proyecto. Después de un no tan largo como penoso camino, llegaron a la provincia que hallaron numerosa de más de dos mil y ochocientos indios, repartidos en cincuenta lugarejos pequeños, y a grande distancia unos de otros, para cuya administración espiritual no había sino dos clérigos. La imposibilidad de asistirles, o por la multitud, o por la distancia de los lugares, o por la incomodidad de su situación, que por lo común era o en lo más espeso de los bosques, o en los picachos de los montes, o en las profundidades de los barrancos, les había hecho descuidar enteramente de su cultivo. Luego que se traslució, tanto a los moradores del país, como a sus pastores, el fin de la venida, sintieron nacer una general oposición de todas partes, y cada día nuevas dificultades. Las mayores provenían de parte de los mismos ministros, de que informado el virrey, tomó la resolución de sacarlos de allí con algún honroso pretexto, mientras se llevaba a debido cumplimiento el orden de su Majestad. Los indios, con el desinterés, con el trato dulce y caritativo, y paternal asistencia de

nuestros misioneros a todas sus necesidades, les cobraron un tiernísimo amor, y aunque muy lentamente fueron accediendo a su dictamen. Lograron los siervos de Dios, a fuerza de tiempo, de paciencia heroica, y de una constante caridad y beneficencia, que en poco más de un año todos aquellos lugares se redujesen a cuatro grandes pueblos, con grande satisfacción del excelentísimo, y admiración de todos los que eran capaces de conocer la dificultad de semejante empresa. Los indios, que al principio habían tanto resistido, después de conocidas las ventajas del nuevo establecimiento, y doctrinados en los misterios de nuestra religión, no pudieron resolverse a dejar a sus amados padres, y vinieron muchos de los principales a pretender con el señor virrey que su diese a los nuestros la administración de aquel partido. Solo en esto no pudo hallar su excelencia a los jesuitas dóciles. Se negó el padre provincial abiertamente, como se habían negado tantas veces a los de Tepotzotlán sus antecesores, y el virrey, edificado, añadió, por consejo de los padres mismos, un nuevo ministro y los dos que antes trabajaban entre aquellas naciones. El campo que lograban nuestros operarios en estas ciudades y poblaciones vecinas a la capital, era muy corto, respecto a las mieses que se veían blanquear en las vastísimas regiones de Sinaloa. Los dos varones apostólicos que allí dejamos, luego que pusieron el pie en la villa de San Felipe, sin esperar a saber perfectamente la lengua, compusieron, sirviendo de intérpretes los antiguos pobladores e indios ladinos, un catecismo, y repartieron entre sí los pueblos vecinos, que parecían estar en mejor disposición. El padre Martín Pérez tomó a su cargo las poblaciones de Cubiri y Bamóa, a poca distancia de la villa, río abajo. El pueblo de Bamóa estaba a seis leguas de San Felipe, donde se habían establecido los indios que vinieron con Álvaro Núñez en su famoso viaje, y que por tanto, como los más fieles aliados de los españoles, parecían más dóciles. El padre Gonzalo de Tapia se encargó de los pueblos, río arriba, Baboria, Deboropa, Lopoche, Matapan y Ocoroiri, lugar considerable a la orilla de otro pequeño río, que desemboca en el Zuaque, o río del Fuerte. El destierro, la soledad, la habitación, los alimentos extraños y escasos, los continuos sobresaltos de parte de unos bárbaros, tanto más cavilosos y desconfiados, cuanto menos capaces de sentir la cualidad y sublimes motivos que dirigían las acciones de sus nuevos huéspedes, eran unas consecuencias necesarias del ministerio apostólico, y que los hombres de Dios toleraban con una alegría y sinceridad de ánimo que admiraba a los mismos indios. Estos a los principios se recataban mucho de los padres, pensando que fuese su conducta como la de los primeros españoles que habían entrado a la tierra. Desengañados con la afabilidad y dulzura de su trato, se les oía decir en sus asambleas, que aquellos parecían Yoris (así llamaban a los españoles) pero no lo eran más que en el color. Estos, decían, no traen armas de fuego, ni dan voces para pedir el maíz y el sustento. Contentos con lo que nosotros voluntariamente les ofrecemos, no hablan ni tratan de minas, ni de esclavos, ni de mujeres, ni de otra cosa alguna, sino de Virigeva, que era el nombre que daban a Dios. Verdaderamente (concluían) deben de ser sus hijos o hermanos. Con esta opinión, que en breve se divulgó entre ellos, comenzaron a venir en tropas de veinte y treinta; los padres, que a costa de un sumo trabajo podían ya explicarse medianamente en su idioma, y ayudándose también del catecismo,

les daban a entender su lamentable ignorancia, y suavemente procuraban irles inspirando las verdades de nuestra santa religión. El fruto fue conforme a su celo. En el primer año se bautizaron, de solos los dos primeros ríos, de Sebastián, de Evora, o Mocorito y Petatlán, olas de dos mil, entre párvulos y adultos. De los primeros que se bautizaban, fueron muchas mujeres que vivían entre los españoles mismos en cualidad de criadas y aun de esposas, y de que muchas lo fueron después, elevando a Sacramento aquel comercio infame. Los indios gustaban mucho y tenían a grande honor que fuesen los españoles sus padrinos para el bautismo, sucediendo este santo y espiritual parentesco a una especie de bárbara adopción, de que hablaremos más largamente, en otra parte.

El padre Gonzalo de Tapia, luego que le pareció estar bastantemente hábil en la lengua más universal del país, determinó llevado de su caridad, penetrar la tierra dentro. Llegó en esta expedición hasta el río del Fuerte. Bautizó muchos párvulos y muy pocos adultos, entre muchos que ardientemente lo pretendían; pero el padre, no pudiendo permanecer entre ellos, ni teniendo otro ministro que enviarles, quiso antes dilatarlos este consuelo, que exponer a la profanación de la idolatría aquel divino carácter. Prometió volver a visitarlos y procurarles algún padre que los cultivase, y dio la vuelta a sus primeros cristianos.

Aquí no lo fue posible trabajar mucho tiempo. Los españoles que trabajaban las minas en el real de Topía, en quienes la avaricia y el libertinaje que reina por lo común en semejantes lugares, no había aun sofocado enteramente todo sentimiento de piedad, sabiendo que había en Sinaloa, distante como cincuenta leguas al Oroeste ministros tan celosos, y careciendo ellos entre aquellas serranías de todo pasto espiritual, escribieron al padre Gonzalo para que pasase a favorecerlos, añadiendo que fuera de los españoles, tendría bien en que emplearse su celo, en muchos pueblos de indios, que encontraría sobre su camino, y muchos otros de que estaba lleno aquel valle. El fervoroso padre se puso luego en marcha, no sin grande sentimiento de sus neófitos, de que algunos quisieron acompañarle. En el real de Topía pasó aquella semana santa, celebrando entre les suyos los sagrados misterios de nuestra redención con singular consuelo. Predicó aquellos días y confesó a todos los europeos; halló entre ellos muchos indios tarascos que trabajaban las minas, cuyo idioma hablaba con elegancia, a quienes con particular amor consoló con los santos Sacramentos, animó a la virtud con fervorosas exhortaciones. Bajó prontamente al valle; recorrió los pueblos que había de antiguos cristianos, que en nada lo eran sino en el nombre, y dejando alguna forma de cristiandad en aquellas desamparadas naciones, y borradas muchas huellas de la antigua superstición, singularmente un ídolo de aquellos montes vecinos que santificó, colocando solamente la insignia santa de la Cruz, dejando en todas partes señales nada equívocas de aquel fuego que interiormente lo consumía; dio con la mayor brevedad que pudo vuelta a su amada Sinaloa, cuyos pueblos en su ausencia había visitado y mantenido en su primitivo fervor, y aun aumentado con algunos bautismos el padre Martín Pérez, añadiendo cuasi enteros los pueblos de Ures, Guazave y Sisimicari, al rebaño de Jesucristo.

Cuanto más florecía la misión, tanto se aumentaba el trabajo de los padres, sobre quienes cargaba todo aquel gran peso. El catecismo era

ocupación de todo el día. Se explicaba la doctrina por la mañana en la pequeña iglesia. A esto seguía salir el misionero a visitar las rancherías, a consolar a los enfermos, a inquirir de una en otra choza los pleitos, las supersticiones, los escándalos, a impedir los abusos, y animarlos al trabajo. Las más veces era necesario salir el padre con ellos a sus cortas sementeras, y enseñarles el manejo de algunos instrumentos que les había procurado. Ínterin los hombres estaban en su trabajo, volvía el misionero al pueblo, se juntaban los niños y niñas, se les enseñaba el catecismo, o dejando este cuidado a alguno de los más fervorosos catequistas, era necesario ir a recorrer los demás pueblos, repitiendo en todos este mismo ejercicio. El santo sacrificio, el rezo, la oración, un escasísimo y muy grosero alimento, a que no sin horror llegaba a acostumbrarse el estómago, y un corto e interrumpido sueño partían lo restante del día y de la noche; y aun en estos pequeños intervalos tenían mucho que ofrecer a Dios, o en la piedad importuna de los neófitos, o en las irracionales sospechas de los gentiles, o en la grosera curiosidad de unos y otros, que todo el día habían de estar al derredor y cuasi sobre el padre, admirando todas sus acciones e interpretándolas, o ya con superstición que era preciso corregir, o con necedades que era necesario disimular. Todo este tropel de incomodidades pasaban con una celestial alegría los padres Martín Pérez y Gonzalo de Tapia, hasta que teniéndose en México individuales noticias de sus gloriosísimos trabajos, se les enviaron por cuaresma del afeó siguiente nuevos compañeros, muy semejantes en el espíritu, que fueron los padres Alonso de Santiago y Juan Bautista de Velasco; se le encomendó al primero el Río de Sebastián de Evora, con los pueblos de Bacoburitu y Orobatu, y algunos otros menores, y se fijó su residencia en Mocerito. El padre Martín quedó con los pueblos del segundo Río, como antes estaba. Al padre Alonso de Santiago encomendó el padre Gonzalo de Tapia los pueblos de Lopoche y demás que tenía a su cuidado, mientras para negocios importantes de la misión, partía a México, como prontamente lo ejecutó. El virrey don Luis de Velasco recibió al padre y a algunos indios que trajo consigo con suma dignación, los mandó vestir, y concedió al hombre apostólico cuanto pretendía para la fundación y aumento de aquella nueva cristiandad. Dió algunos ornamentos, campanas e instrumentos músicos, de que mostraban mucho gusto los indios, y de las cajas reales señaló a cada misionero trescientos pesos por año. Dio el padre con suma diligencia la vuelta a Sinaloa, y ciertamente era allí muy necesaria su presencia.

Había el Señor por sus justos juicios afligido a aquella recién nacida iglesia con una epidemia, hasta entonces no conocida entre los indios. Acometía una fiebre violenta, que después de dos o tres días de un furioso delirio, prorrumpía en unas pústulas o viruelas pestilentes que los cubrían todo el cuerpo. Muchos fuera de sí salían de sus casas, y obrando en ellos la costumbre, se echaban a bañar en los ríos, otros se retiraban a los bosques, especialmente en los pueblos distantes de la cabecera, y allí postrados debajo de los árboles, se hallaban llenas las llagas de gusanos. Algunos que huyendo del contagio se acogían a los picachos y concavidades de los montes, allí acometidos del mal acababan sus vidas, y se hallaban después sus cuerpos comidos de las fieras. Tal era el estado de las misiones cuando llegó el padre Gonzalo. No llegaban

los padres a puerta de alguna choza, donde no oyesen dolorosos lamentos de las familias en la muerte de sus hijos, no se veía mujer alguna que no tuviese cortado el cabello, ni hombre que no lo trajese trenzado, o que se adornase de sargas o de plumas, que son las ceremonias de su luto. Los misioneros en estos días de aflicción, después de ofrecer por sus amados hijos el adorable sacrificio, salían a recorrer todas las casas del pueblo. Bautizaban a los párvulos, catequizaban a los adultos cuanto permitían las circunstancias, confesaban a unos, ayudaban a otros, a otros enterraban. Dábanles por su misma mano muchas veces el alimento, proveíanles de algunas medicinas; y finalmente, practicaban con sus hijos en Jesucristo cuanto les inspiraba el amor y la ternura. El padre Juan Bautista de Velasco, hablando de la epidemia, dice así en carta escrita al padre provincial: «Hemos hecho lo que se ha podido para ayudar a estos pobrecitos en su enfermedad, buscando a unos en los montes, a otros en los arenales. Yo fui a un pueblo donde bauticé como doscientos niños con mucho gusto de sus padres, y con la poca lengua que se puede catequizar a algunos adultos que estaban en peligro y bautizarlos, y como era la primera vez que oían hablar en su lengua de los misterios de nuestra fe, era notable su admiración, atención y gusto, trayéndome con mucha ansia de unas casas a otras, y acudiendo con muchos enfermos párvulos y adultos, medio arrastrando y medio cargándolos, como podían, pidiéndome con mucha instancia que los bautizase. Y algunos que con la fuerza del dolor no atendían tanto a lo que yo les decía, si querían ser bautizados y tardaban en responder, los parientes que allí tenían con grandísima ansia y eficacia, les decían que dijese hiro, que en nuestra lengua quiere decir sí, repitiéndoselo muchas veces. De los muchos que allí bauticé; se llevó para sí nuestro Señor grandísimo número. Lo que quiebra el corazón es ver que mueren muchos gentiles, sin bautismo, por ser nosotros tan pocos y ser imposible acudir a todos».

Entre tantos motivos de dolor, ninguno tocaba a los misioneros más al vivo como el que de tantos indios que se bautizaban, poquísimos o ningunos había que pasaran de treinta años. Los que habían ya envejecido en días malos, perseveraban en su obstinación y causaban no poco daño en los demás que los miraban siempre con respeto, si alguna vez se les trataba de bautismo, aun en lance extremo respondían que querían ir donde estaban sus antepasados, y a la horrenda pintura que los padres les hacían del infierno, solo decían con frialdad: ha hu haca bu, queriendo dar a entender que aunque los atormentaran querían seguirlos. Pero movido el Señor a piedad, les mudo cuasi repentinamente los corazones. Así se explica el mismo padre Velasco en otra carta: «Las mortificaciones que nuestro Señor nos envía llevándonos estos recién bautizados, nos ha recompensado en parte con un grande consuelo en las enfermedades y muertes de los viejos, sacándonos del cuidado en que estábamos deseándolos bautizar, y no satisfaciéndonos de su disposición, en este artículo nos contentamos con la precisamente necesaria, y su Majestad, que debe de quererlos para sí, se los lleva en bautizándolos, dejándonos muchas prendas de su salvación. Ocasión ha tenido el demonio con estas enfermedades de hacer guerra al Evangelio, y en la rusticidad de estos indios, es cosa sobrenatural, que advirtiéndolos mismos que las enfermedades habían venido después que aquí entramos, y tratando esto

entre sí, ni por eso extrañan ni dejan de bautizarse, antes ellos mismos se responden que no mueren por nuestra causa, pues en sus enfermedades antes los buscamos y les procuramos todo alivio. El padre Tapia fue a un pueblo en que no había habido peste. En comenzándose a bautizar, comenzaron a morir aprisa, y van muriendo tantos, que nos causa no poca lástima, aunque por otra parte consuelo de verlos ir bautizados... Son tantos y tan maravillosos los efectos que cada día se ven de la predestinación en esta peste, que en parte nos suaviza el dolor de ver morir tantos, y se hace suavísimo el trabajo que se pasa en andarlos a buscar por los montes, espesos bosques, arenales y sementeras: yo hice una salida a unos pueblos de gentiles, cuya lengua no sabía. En llegando, me ofrecieron con muy buena y alegre voluntad más de doscientos y cincuenta niños que bauticé, y para ayudar a los adultos, hice un catecismo en su lengua por medio de intérprete, y con cuatro palabras que les decía de nuestro Señor, y las más por el papel, era grande la atención con que oían. Bauticé algunos enfermos, por pedirlo ellos con instancia, y cuando por no hallar mayor peligro dilataba el bautismo a alguno, para instruirlo mejor, quedaban ellos y sus deudos muy desconsolados diciéndome que los bautizase, pues estaban enfermos y habían venido a eso. Bauticé una gran cantidad de adultos, que me pareció tener peligro, sin los niños que se ha dicho, y casi todos los bautizados murieron». Hasta aquí el fervoroso padre Juan Bautista de Velasco.

Ni fue la peste el único azote con que Dios quiso castigar a estos pueblos, si castigo puede llamarse el que les trajo tantos bienes: otro con menos estrago no dejó de hacer en ellos mucha y saludable conmoción. Apenas iba mitigando un poco el furor de la epidemia, unos súbitos y violentos temblores de tierras se hicieron sentir por toda la extensión de la Sinaloa. Este fenómeno nunca antes visto entre ellos, los llenó de susto y admiración, singularmente a los Zuaques, en cuyo pueblo principal llamado Mochicagui un montecillo vecino de viva roca, partiéndose a la violencia del movimiento arrojó por la abertura mucha agua. Los habitantes de Mochicagui, menos bárbaros que los antiguos romanos en los tiempos de Curcio, se contentaron con echar en aquella caverna algunas mantas, y otros de sus más preciosos adornos. Poco después persuadidos a que aquella calamidad les había sobrevenido por no tratar de bautizarse y seguir los consejos del hijo de Virigeva, que así llamaban por veneración al padre Gonzalo de Tapia, vinieron a aplacar su cólera ofreciéndole muchos frutos de la tierra. El santo hombre tomó de aquí ocasión para desengañarlos de su grosero error, y darles a conocer el poder y majestad del Dios que adoraba y que había venido a predicarles, y a quien jamás podrían tener propicio, sino recibiendo el santo bautismo. El susto de que estaban sobrecogidos, les hizo prometer por entonces lo que verosímilmente no se hallaban en ánimo de cumplir. Algo más se aprovecharon los Sinaloas, nación numerosa a las orillas del mismo río del Fuerte, de quien tomó el nombre toda la provincia. Estos, con algunas más luces enviaron semejante diputación, pidiendo al padre Tapia que pasase a sus pueblos, y bautizase siquiera a sus párvulos. No juzgó el padre deber desconfiar de aquellas gentes que parecían obrar de buena fe. Se puso en camino, y como a diez o doce leguas de la villa, encontró una Cruz. Unos gentiles que encontró sobre su derrota, le dijeron, que ellos habían

colocado aquella santa señal, instruidos de unos cristianos que se habían retirado allí de Culiacán, huyendo del duro trato que les daban algunos españoles: que a sus nuevos huéspedes debían algunas noticias de la doctrina santa, y que noticiosos de su viaje, le habían preparado una enramada en que descansase. Sobrevinieron entre tanto los cristianos de Culiacán suplicando al padre que quedase allí aquella noche, prometiéndole para acabarlo de persuadir, que le fabricarían otra enramada semejante en que pudiese a la mañana decir misa, que había algunos años que no oían. Condescendió el padre con la piedad de aquellos fieles, bautizó algunos, y celebrado el santo sacrificio que oyeron con grandes demostraciones de devoción e interior consuelo, los exhortó a cumplir con las obligaciones de cristianos y a procurar la salvación de otros muchos, y con promesa de volverlos a visitar y de proveerles de un ministro, pasó a los pueblos de los Sinaloas. Examinó las disposiciones de aquellas gentes que le parecieron no estar muy distantes del reino de Dios, y con algunas más noticias por la vecindad de la antigua villa de Carapoa. Les hizo algunas exhortaciones, que parecían oír con gusto, promovió volver de espacio, y bautizó algunos párvulos, y dio con diligencia la vuelta a Ocoroiri. Por diciembre de este año, se juntaron todos los padres a celebrar la pascua de Navidad. Estas pequeñas asambleas que apenas podían ser más de una vez al año, eran de un extraordinario consuelo a aquellos ejemplarísimos varones, que aunque agobiados al peso de tantas apostólicas fatigas, hacían un grande aprecio de las menudas observancias de su santísima regla. En ellas daban al superior exactísima cuenta de su conciencia: conferenciaban el modo de proceder uniformemente en la labor de aquella viña: renovaban en manos del superior sus votos religiosos, y con los ejercicios de nuestra caridad y espirituales coloquios, salían animados y encendidos en nuevos deseos de emplearse únicamente en la obra del Señor. Tal es la edificativa idea que de la junta de esta pascua nos dé el padre Alonso de Santiago en una suya en que dice así: «En uno de estos días de pascua, antes de amanecer, renovarnos nosotros los votos, precediendo la confesión general, y el dar cuenta de la conciencia, y aunque somos poquitos no fue pequeño sino muy extraordinario el consuelo y gozo espiritual que sentimos, etc.». Fuera de los misioneros, se habían embocado todos los españoles de la villa, y todos los cristianos de los tres primeros ríos, de Mocerito, Petatlán y Ocoroiri. Se convidaron también los gentiles de los pueblos vecinos, para cuyo hospedaje se dispusieron grandes enramadas. Era un espectáculo de mucho consuelo para nuestros operarios, y de admiración para los mismos indios, verse muchos centenares de hombres tan hermanados y tan unidos en unos mismos sentimientos de piadosísima alegría, que antes no se veían jamás juntos, sino para las guerras y para las más atroces hostilidades. Cuando estaban fabricando las enramadas, se oyó un indio venerable por su ancianidad, y muy fervoroso cristiano hablar a los demás de esta manera: «Trabajemos, hijos y hermanos míos, con mucho gusto y alegría para la fiesta grande del Señor. Ya se acabaron las enemistades y las guerras; ya somos como los españoles, y no tenemos más que un corazón con que nos amamos mutuamente. Esto es lo que han hecho en nosotros nuestros amados padres por el santo bautismo, nos han quitado nuestros malos corazones, y nos han dado a todos uno mismo, lleno de caridad y de amor. ¡Cuánto agradecimiento

debemos a estos hombres que sin más interés que el de nuestro bien, han dejado sus tierras, sus casas grandes, sus manjares delicados, por venimos a enseñar el camino del cielo». Así habló aquel neófito con atención y aplauso de los demás. Sin embargo, como la dulzura con que el Señor anima a sus siervos en el mundo, jamás está separada de la Cruz, permitió su Majestad que aquella misma noche no careciesen de un gran susto. Un indio llamado Alonso Sobota, que en años pasados se había bautizado, y apostatado después de la fe, sabiendo que para la mayor solemnidad se habían convidado los gentiles Zuaques, se fue a ellos y les dijo: «Yo soy vuestro amigo y no puedo daros mayor prueba, que revelaros un secreto en que se interesa vuestra vida. El convite que los padres nos han hecho, no es sino para acabar con nosotros. Intentan poner fuego a las enramadas en lo mejor de vuestro sueño. Los españoles armados cercarán las casas y darán la muerte o harán esclavos a los que perdonaren las llamas. El padre Gonzalo de Tapia es el autor de este ardid, que ya en otra ocasión le salió bien en México a costa de la vida de muchos indios incautos. Si por no dar sospecha a los españoles hubieren de ir algunos de vuestros pueblos, sean pocos y prevenidos para no entrar en la iglesia, ni dormir en las casas que tienen preparadas. Dejad que perezcan solo los de Ocoroiri, que son vuestros enemigos y han querido fiarse de semejante gente. Los Zuaques no dejaron de pasar la noticia a algunos de Ocoroiri. El cacique de este pueblo respondió que él y todos los de su pueblo estaban muy satisfechos de las piadosas intenciones de sus amados padres; pero a pesar de esta generosa respuesta, no dejó de echar aquel aviso alguna impresión en los ánimos. Asistieron pocos a los maitines, que se cantaron a son de instrumentos con grande sorpresa y gusto de los asistentes. Entre tanto, en el aposento del padre Gonzalo, vecino a la iglesia en que todo era de paja y de leña, con la luz que acaso quedó encendida, prendió fuego la mesa, que era del mismo material. Este pequeño accidente iba a arruinar del todo la obra de Dios y cerrar la puerta al Evangelio. El fuego habría consumido muy en breve la casa, la iglesia y ornamentos. Los indios se habrían confirmado en la traición de que los previno el malvado apóstata y hubieran dado muerte a los padres y los españoles, o huido para siempre a los montes. La providencia del Señor previno tanto daño disponiendo que al mismo tiempo entrara un indio que servía al padre y apagara fácilmente el incendio».

Después de celebrado el santo sacrificio, les hizo el padre Martín Pérez una declaración del misterio tiernísimo de aquella noche y una fervorosa exhortación. El resto de la noche, ya recobrados del susto y desengañados, la gastaron los más de ellos en danzas y en bailes que era su modo de celebrar las fiestas. «El padre Tapia y yo (dice en una suya el padre Martín Pérez) vimos muchos indios, que adornados de plumajes y cascabeles, entraban y salían bailando en una casa vecina. Fuimos temerosos de alguna superstición, y hallamos muchos sentados cerca de un círculo de arena, mayor que un mapa-mundi, en que tenían pintadas con colores varios muchas figuras de animales, y entre ellos la de un hombre, una mujer y un niño. Dijeron que aquellas figuras representaban a Dios padre y a la Virgen con su niño. Esta, añadieron, es la sementera; este es el río; esta es tal culebra o tal animal. Pedimos al Señor y a la Virgen, y a su hijo, como nos dijiste esta noche, que nos libre de que crezca el río y de que nos

ofendan estos animales, y que cuiden de nuestras sementeras». Sin embargo de una interpretación tan piadosa, no juzgaron los padres deberles permitir una ceremonia tan semejante a la antigua superstición. Dijéronles que en la iglesia estaba el niño con su madre muy hermosa, y como ellos no podrían jamás pintarla, que allá podían ir a danzarle y pedirle el remedio de sus necesidades. Estos grandes círculos de arena, estas figuras y esta danza por ocho días continuos, era el rito con que celebraban una especie de adopción en su gentilidad; pero a más de esto añadían entonces algunas otras ocasiones no menos simbólicas que las figuras, los que habían de ser adoptados estaban recogidos aquellos ocho días en otra casa semejante frente de aquella en que se hacían los círculos, y en las cuales en todo ese tiempo no podía entrar mujer alguna. Pasados estos días venían a tomar cada uno sus adoptivos, les armaban del arco, les abrían mucho los ojos demostrando la vigilancia necesaria para ver venir y evitar las flechas enemigas. De allí, convidándolos con cañas de tabaco, los llevaban a la casa de enfrente, borraban las figuras y les fregaban el cuerpo con la arena, y en una especie de procesión los pasaban luego a sus casas donde los cuidaban sin diferencia alguna a sus hijos naturales.

La misión de Sinaloa, en que ya había fundadas como veinte iglesias, no podía sostenerse sin un cercano colegio, a que en caso de enfermedades o semejante otro acontecimiento, se retirasen los sujetos, y a que reconociesen por cabeza. Algunos años antes de ser destinado a Sinaloa el padre Gonzalo de Tapia, había hecho con el padre Nicolás de Ardaya una fervorosa misión en la ciudad de Guadiana, que preció el lugar más a propósito, donde desde entonces habían quedado los ánimos muy propicios a nuestra religión. Esto movió a su gobernador don Rodrigo del Río y Loza a pedir al padre visitador a los dos padres, que después, mudada la determinación, se destinaron a Sinaloa. Por los años de 1593, con ocasión de cierto negocio, pareció necesario enviar a aquella ciudad al padre Martín Pérez con otro compañero. Estos religiosísimos padres, persuadidos a que en la Compañía ningún oficio o comisión debe quitar el tiempo a los ministerios que ceden en provecho de las almas, todo el tiempo que les fue forzoso detenerse en Guadiana, lo ocuparon en la diaria explicación de la doctrina cristiana, en las exhortaciones y confesiones. Compusieron por medio de intérpretes un catecismo en la lengua más universal del país para la instrucción de los indios. Entre los españoles, y singularmente entre personas de distinción, se compusieron varias enemistades ruidosas. De la ciudad se extendió su celo a los lugares vecinos. En uno de estos, dos personas ricas y principales fomentaban entre sí más había de ocho años, un odio mortal. La gente popular, que con poco motivo toma partido en casos semejantes, estaba dividida en dos facciones. Llegaba a tanto el rencor, que no habiendo más de una iglesia en el pueblo dejaban de asistir al santo sacrificio aun en los días de precepto las dos familias, por no concurrir con sus enemigos en el templo; bien se deja entender el escándalo y las fatales consecuencias de tan loca pasión. Muchas personas celosas habían procurado inútilmente el remedio. El padre Martín Pérez, después de algunos sermones y conversaciones privadas, lo consiguió con facilidad. Los dos jefes de partido convinieron en ciertas capitulaciones, se abrazaron públicamente, y comieron juntos a una mesa con asombro y edificación de todo el lugar. Había entrado en

poder de un hombre rico no pequeña parte de los bienes de un difunto; pero tomándole juramento lo negó todo abiertamente. Se le conminó primero y se le reconvino después con excomunión. Nada bastó; antes sin hacer caso alguno de las censuras, asistía con horror del pueblo a los divinos oficios cada día más obstinado. El padre le habló a solas; le presentó con viveza el funesto estado de su alma, y el pernicioso ejemplo que daba al pueblo. Resistióse con bastante dureza algún tiempo; finalmente, tocado interiormente de la gracia por medio de los ruegos de las súplicas, de las amenazas, y de todos los artificios de una elocuencia viva y penetrante, confesó haber entrado en su poder nueve mil pesos, que restituyó luego al mismo padre, pidiendo con muchas lágrimas misericordia a la Santa Iglesia, y absolución de la censura. Estos y otros muchos casos semejantes habían sido muy públicos para que no se conociera la utilidad de un instituto que formaba hombres tan provechosos. Habiendo de partir para México el padre Martín Pérez y su compañero, fue necesario satisfacer a sus piadosas instancias, enviándoles otro padre que perpetuase el fruto. El gobernador y algunos otros de los más distinguidos ciudadanos, ofrecían para la fundación veintidós mil pesos y unas casas. Escribieron también de su parte a nuestro muy reverendo padre general, y el padre provincial Pedro Díaz en carta de 31 de marzo de 1594, esfuerza bastantemente la utilidad de aquel establecimiento. En efecto, la ciudad de Guadiana es la puerta de los vastos países en que para la salud de innumerables almas ha trabajado tantos años la Compañía de Jesús. Las provincias de Tepehuana, Tarmaura, Sinaloa, Topía, Nayarit y Nuevo-México, cuyos límites hacia el Norte no están aun conocidos, son de su jurisdicción, especialmente después que por los años de 1621 se dividió entre Durango y Guadalajara el obispado de la Nueva-Galicia. Este país conquistó por los años de 1551, de orden del virrey don Luis de Velasco, el primero, Francisco de Ibarra, cuyo nombre conservó algún tiempo. Desde Zacatecas, por medio de Alfonso Pacheco, uno de sus mejores oficiales, mandó una colonia al valle de Guadiana, que fue después la capital de la Nueva-Vizcaya. Esta tierra, bastantemente fértil de todo género de frutos de Europa y de América, la riegan muchos ríos, entre quienes las principales son el de Conchos, que desemboca en el río grande del Norte, el de las Nasas, que forma la gran laguna de San Pedro, y el de la punta, que desagua en el mar del Sur. Los ríos del Norte y el Conchos se juntan como a noventa leguas al Nordeste de Chihuahua, pequeña villa en la provincia de Tarmaura. El terreno hasta ahora conocido se extiende desde los veinticinco hasta los treinta y tres grados de latitud septentrional. El primer obispo de esta diócesis fue el ilustrísimo señor don fray Gonzalo de Hermosilla. Todo el país generalmente es montuoso y preñado de las más ricas minas de la América. Las más famosas son las de Indehé de Guanacevi, las de Topía y muchas en el Nuevo-México y la Sonora, singularmente la de Arizona, de que en estos últimos años, según la relación del ilustrísimo señor don Pedro Tamarón, se han sacado pedazos de plata hasta de ciento y cuarenta arrobas²⁷. La ciudad tiene conventos de San Francisco, San Agustín, San Juan de Dios, colegio de la Compañía, y un seminario a dirección de los mismos padres, a que está adjunto el Tridentino con doce becas que mantiene la mitra. Villaseñor da a Durango como veinticinco mil almas fuera de los indios. En este obispado, dice el maestro Gil González

Dávila, la religión de la Compañía de Jesús con la solicitud de sus piadosos y vigilantes obreros, ha cogido abundantes y maravillosos frutos para el cielo, asistiendo en sus provincias por orden de su Majestad, que de sus rentas reales sustenta en ellas setenta y cinco religiosos sacerdotes. Han convertido en ellas más de trescientas mil almas, edificado más de cien iglesias, y con su blandura y paciencia cristiana han amansado la fiereza de infinitos bárbaros, persuadiéndoles a vivir en poblado, con ley, religión y gobierno. Estos bellos progresos de la fundación de Guadiana se debían a las expediciones continuas que hacían nuestros operarios desde la residencia de Zacatecas. Aquí se vió una nueva experiencia de aquella verdad tan averiguada en todas nuestras historias, y nunca para nuestro consuelo bastantemente repetida, que nunca son más gloriosos ni más útiles nuestros ministerios que cuando los fecundizan las aguas de las muchas tribulaciones. Las murmuraciones privadas y aun públicos sonrojos que en esta ciudad habían sufrido con heroica paciencia los padres, acabaron de manifestar a los vecinos todo el fondo de su caridad, y les granjearon mayor estimación. A instancias de los más nobles españoles, que nada apreciaban más de la Compañía que el cuidado de la educación de la juventud, se puso este año un maestro de gramática, y poco tiempo después se agregó otro, que tomando desde más alto el cultivo de aquellas tiernas plantas, les diese con los principios de leer y escribir los primeros elementos de la virtud. Con este nuevo motivo de frecuentar nuestra habitación vinieron los mismos ciudadanos en conocimiento de su incomodidad. Estaba algo distante para la diaria asistencia de los niños, y en el declive de un cerro de los muchos que coronan a esta ciudad y que la enriquecen con sus minas.

[Año de 1594] El siguiente año de 1594 fue fecundo en sucesos muy milagrosos a nuestra provincia. A principios de él habían venido con el padre provincial treinta y siete sujetos, y por superior de todos el padre Esteban Páez, destinado provincial de Nueva España. No podemos omitir un pasaje de tanta edificación en carta de él mismo a nuestro padre general. «Dionos, dice, nuestro Señor, muy feliz navegación (aunque se temía trabajosa) por medio de las oraciones de vuestra paternidad y de toda la Compañía, especialmente de esta provincia y de la de España, en que se señaló bien la de Andalucía, como más cercana al punto, y que tanta experiencia tiene del riesgo que se corre en estas navegaciones tan tardías; porque entre otras cosas que los padres y hermanos de aquella provincia con su mucha caridad ofrecieron por el buen suceso de nuestro viaje, fueron un mil setecientas y cinco misas, dos mil setecientos y catorce rosarios, y mil ochocientas y veintiséis disciplinas. Venimos todos los treinta y ocho en un navío, y aunque con alguna estrechura por ser tantos, pero con mucho consuelo y unión extraordinaria, y bien ocupados así en ejercicios espirituales para el aprovechamiento propio, siguiendo la misma distribución que en un colegio concertado, llamándose a oración y exámenes, a levantarse y recogerse con campanilla, y diciéndose

todos los días a la mañana el itinerario y a la noche las letanías, a que asistían los de la nao, como también en ocupaciones cotidianas de lecciones y disputas de letras humanas, filosofía y teología, por venir estudiantes de todas estas facultades, y en la explicación de la doctrina cristiana, exhortaciones y todo género de ministerios con los prójimos, con que los de nuestra nao fueron bien ayudados y edificados». Hasta aquí el padre Esteban Páez, dándonos en breves palabras un vivo retrato de la caridad de unas provincias y sujetos con otros, y de la regular observancia, aun cuando las incomodidades de una larga navegación parecían deber remitir algún tanto el rigor de la religiosa disciplina. Ya después de esto no se ha de admirar que el navío donde vino nuestra misión, llevado, digámoslo así, por la amable providencia del Señor, sobre las alas de los vientos, siguiendo un rumbo extraordinario, llegase al puerto de Veracruz mucho tiempo antes que el resto de la flota, sin muerte o enfermedad de alguno de los pasajeros, y sin más susto que el de algunos amagos de mal tiempo, que solo parece los permitía el Señor para que se viese más claramente la confianza de sus siervos y la eficacia de su fervorosa oración.

Vino también destinado de Roma primer propósito de la casa profesa el padre doctor Pedro Sánchez para que la cabeza de la provincia bebiese el espíritu propio de la Compañía de aquella misma fuente de donde con tanta felicidad lo había tomado toda ella. Esta reciente fundación, aunque pendiente todavía el pleito de las Cannas, tomaba cada día nuevas creces, así en el número de los sujetos, como en el concurso, utilidad y esplendor de sus ministerios. Singularmente se abrazaron desde luego los más humildes en las plazas, en los hospitales y las cárceles. Un suceso bastante irregular dio para con el público mucha estimación a este piadoso ejercicio. Habíase ya llegado a uno de estos infelices el día del suplicio, y aun llegado al pie de la horca. El padre que le ayudaba en aquel trance suplicó a los ministros de justicia que detuviesen un tanto la ejecución ínterin daba cuenta al juez. No pudo saberse el motivo de aquella novedad. El padre partió con diligencia: a la nueva excepción que propuso en favor del reo se vio claramente la nulidad del proceso y la inocencia del acusado. Salió luego orden para que lo volviesen a la cárcel, de donde poco después salió absuelto. Los jueces dieron al padre muchísimas gracias; el vulgo y toda la ciudad, en que parece había sido persona conocida el condenado a muerte, prorrumpían en públicas aclamaciones de la caridad, del celo y sabiduría de la Compañía. En lo interior de la casa no era de menos edificación la regular observancia y la asistencia jamás interrumpida a confesionario y púlpito. El padre Pedro Sánchez estableció, sin embargo de las ocupaciones de propósito, la explicación de la doctrina y exhortación moral cada ocho días, de que tuvo principio la ilustre congregación del Salvador, que por muchos años estuvo unida a la de la Buena Muerte, y las doctrinas, ocupaciones gloriosísimas que hasta ahora después de doscientos años permanecen con tanto brillo y utilidad, y en que han florecido sujetos tan ilustres en todos tiempos. El padre doctor Pedro Sánchez unía en sí todas las cualidades de un orador cristiano. En sus labios se veían a una clarísima luz aun los misterios más oscuros, y tenían una energía admirable aun en las verdades más comunes. Una presencia venerable, una voz sonora, y sobre todo, una vida

irreprensible, daban mucha gracia y una grande autoridad a todos sus discursos. La ciudad y religiones que habían movido el pleito, no podían dejar de convenir de la utilidad de estos ministerios, y reconociendo en dos años que la vecindad de nuestra casa en nada perjudicaba a sus privilegios, antes fomentaban con caridad y celo nuestros ejercicios. A pesar de la prohibición de la real audiencia para que no se emprendiese en aquel sitio alguna fábrica, se obtuvo de aquellos señores facultad para dar mayor capacidad y nueva forma a nuestra iglesia, no solo sin oposición, pero aun con gusto de las religiones y de la ciudad, que ayudó considerablemente con limosnas, así para la fábrica como para el sustento de sus individuos, y había mucho lugar de creer que aunque no hubiera sido tan favorable a la Compañía la sentencia, siempre hubiera permanecido en aquel sitio.

El colegio máximo, descargado de una gran parte de los ministerios públicos con los prójimos, florecía con caridad y letras. Con la venida de los nuevos padres, que los más se hubieron de destinar a esta casa, tuvieron bien en que ejercitarse, probando el Señor a los recién llegados de Europa con alguna enfermedad. De los antiguos moradores del colegio murieron tres, dejando grandes esperanzas de su salvación. El hermano Teófilo Chioti, italiano, había sido probado con diez años de una molesta enfermedad que sufrió con una serenidad admirable. En su humilde estado halló modo de aprovechará los prójimos con santas conversaciones en que tuvo tan singular don del cielo, que rendidos a la fuerza de sus palabras, se dice haber entrado en religión más de doce jóvenes. Frecuentaban su pobre aposento aun las personas de más autoridad a encomendarse en sus oraciones y pedirle consejo. El excelentísimo señor don Luis de Velasco mostró mucho sentimiento de no haber podido asistir a su entierro, y estimó toda su vida y usó con veneración del rosario que había sido de nuestro buen hermano. Otro fue el padre José Cabrato, también italiano. Toleró con invicto sufrimiento cinco años de enfermedad. En los últimos meses, un poco convallecido, se ordenó de sacerdote por orden de nuestro padre general, que le había ordenado volver a Italia. Algunos días después de las órdenes recayó con más fuerza. Comulgaba en este tiempo todos los días. En uno de estos, habiendo dado gracias con su acostumbrada devoción, volviendo con un rostro muy alegre dijo a los circunstantes: ya no iré a Italia. El Señor me ha dado prendas de que para el día de San Ildefonso me ha de sacar de este destierro. Estaba ya, muy próximo el día 23 de enero, que vio llegar con singular consuelo. Pidió a los padres que le asistían que le ayudasen con el credo para ser fortalecido en la fe, con el salmo del miserere para implorar por sus culpas la misericordia del Señor, y con la fórmula de nuestros votos para que fuese acepto a Dios el sacrificio de su vida. Luego entregó un catálogo de los santos de su revolución, para que faltándole el sentido invocasen por él su favor, y poco después, en medio de estas piadosas preces, expiró con tranquilidad. Las muertes preciosas de estos sujetos inspiraron un nuevo fervor a todos los demás. [Comedia latina representada en el patio del colegio máximo] Para juntar la sabiduría con la piedad, y el provecho de los prójimos con los ejercicios literarios, dispusieron nuestros profesores de humanidad una comedia latina que se representó en el patio de nuestro colegio con singular concurso el día de San Hipólito, patrón de esta metrópoli. La

historia de este Santo mártir dio asunto. Los estudiantes fueron los actores, y la ciudad quiso interesarse repartiendo premios correspondientes a muchas latinas y castellanas composiciones que ellos añadieron formando una especie de certamen²⁸.

Fuera de estas piadosas estratagemas, que tal vez inventaba la caridad industriosa para hacer por medio de la diversión del entendimiento el tiro al corazón en el Seminario de San Gregorio, anexo al colegio de San Pedro y San Pablo, se hacía una viva y continua guerra a los vicios, y se procuraba ayudar con todo género de ejercicios espirituales a la gente más desvalida. En los de fuera y los de dentro, que eran más de veinte hijos de los gobernadores y los caciques de los pueblos vecinos, ofrecía bastante cosecha este año una mortal epidemia que afligió a los indios; penetró en el seminario a pesar de las más prudentes precauciones. Cayeron todos; pero ayudados con todas las medicinas proporcionadas y una maternal asistencia, todos se libraron de la muerte que hacía por todas partes grandes estragos en esta infeliz gente. Se les procuró después una regalada convalecencia, enviándolos con personas de satisfacción a un lugar muy ameno, distante tres leguas de la ciudad. El amor, la veneración y la confianza que una conducta tan amorosa para con sus hijos inspiraba a los indios, los hacía venir muchas leguas a entregarlos a la educación de los padres y entregarse ellos mismos a su dirección en temor de Dios y frecuencia de sacramentos; singularmente se esmeraban en esto los congregantes de nuestra Señora, que poco antes se habían establecido. Algunas veces, entre año, salían en compañía de los padres por las calles públicas a llevar el sustento a los encarcelados. Esta misma obra de misericordia ejercitaron con más liberalidad en las dos pascuas de Navidad y Resurrección. Se hizo un solemne convite de cerca de trescientos pobres en cada una. Juntos en el patio de la casa salieron los padres más ancianos y venerables a servirles el agua de manos y los demás la comida. Se les repartieron más de cincuenta vestidos nuevos, y a los que no pudieron alcanzar se les dio en dinero, y a muchos otros porciones de cacao que es moneda de que ellos usan. La liberalidad de los congregantes y la devoción de los padres, sacaba a los asistentes lágrimas de ternura con edificación de toda la ciudad y no poca confusión de los españoles ricos que veían en los indios tan raros ejemplos de piedad. Debían también mucho al Seminario de San Gregorio los pueblos vecinos a México a que salían cada año en misiones. De la que hizo esta cuaresma el padre Martín de Salamanca, en compañía del padre Juan Laurencio, escribe al padre rector del colegio de México en estos términos: «El beneficiado está muy agradecido a la que le escribió vuestra reverencia, y se confiesa muy obligado a la Compañía. Luego que llegué a este pueblo de Zumpango les declaré el fin de mi venida y el del padre Juan Laurencio, que llegó aquí miércoles de ceniza, y ha ocho días que está en Zitlaltepec confesando y trabajando con aquellos indios. Entiendo estará allá toda esta semana, y aun no acabará. Aquí estoy confesando con el beneficiado, y la gente es tanta, que nos obliga a estar de sol a sol. Predico dos sermones cada semana: los viernes de la penitencia, y aun siendo día de trabajo se llena la iglesia, que como vuestra reverencia sabe, es bien grande y capaz. Acuden algunos con sus túnicas de cilicio y cruces a cuestras a oír los sermones, y permanecen hincados de rodillas mientras se predica; después

salen en procesión por el cementerio de la iglesia, y los cantores van cantando las letanías de los santos. Muchos se van disciplinando: vueltos a la iglesia remata todo con la Salve de nuestra Señora. Estos sermones de los viernes introdujo aquí desde el año pasado el padre Antonio del Rincón, en los cuales, con su mucho espíritu y buena lengua, hizo mucho fruto, del cual gozo yo ahora. ¡Plegue a la Divina Majestad todo sea para su mayor gloria, etc.!».

La misma caridad con que se atendía a los indios en el Seminario de San Gregorio, animaba a nuestros operarios en el colegio del Espíritu Santo. Habíase visto en todos un nuevo fervor para este ministerio, después de la venida del padre doctor Pedro de Morales. Este grande hombre no parece que había ido a Roma y Madrid, sino de procurador de los indios; tanto era lo que había informado y lo que había procurado traer en su favor. Luego que volvió a su gobierno del Espíritu Santo, procuró que se repartiese entre ellos un grande número de medallas, Cruces, estampas, ceras de Agnus, Rosarios y otras muchas cosas de devoción, a que la benignidad de nuestro santísimo Padre Clemente VIII había vinculado muchas indulgencias, singularmente para los indios. Estos preciosos dones que se hacían en los principales concursos de ellos a la capilla de San Miguel, acompañaba siempre una explicación de su significación, de su valor y de las prácticas de devoción con que debían reverenciarse, y mostró el Señor en algunos casos caros cuanto se agrada más de la fe humilde y sencilla de esta gente, que de las luces estériles y profana sabiduría de las personas más cultas. Los misioneros que cada año salían de este colegio a los pueblos comarcanos, iban también igualmente proveídos de estas preciosidades que repartían con mucho fruto. En uno de estos pueblos tuvo el padre noticia que algunos indios de los más ancianos solían hacer en un monte no muy distante algunas secretas asambleas. Temeroso el siervo de Dios de alguna superstición, se puso en camino con el beneficiado del lugar. Vencida no sin grande fatiga la cumbre del monte, tuvieron el dolor de hallar una multitud innumerable de pequeños y ahumados idolillos en diferentes monstruosísimas figuras. El padre, vuelto al pueblo, hizo poner algunos de ellos en la plaza pública, mandando a los niños que los quebrasen y ultrajasen con irrisión y mofa. Los indios, que estaban ya muy bien instruidos, se avergonzaban del error de sus antepasados, pisaban con grande alegría y algazara aquellas obras de sus manos, que habían por tantos años engañado a sus mayores, dando con esta saludable confusión e inocente enojo una prueba grande de la pureza y sinceridad de su fe. Algunas de estas abominaciones, como gloriosos despojos de Jesucristo, trajo el mismo padre al señor don Diego Romano, obispo de la Puebla. Esta vista enterneció grandemente a aquel celoso pastor, y le inspiró un nuevo deseo de la salud de los indios, y de que fuese en toda su diócesis adorado y reverenciado el vivo y verdadero Dios. Para formar su Ilustrísima dignos ministros y pastores de almas, quiso y pidió con instancia que hubiese en el colegio, algunos días a la semana, lección de caso moral, a que asistiesen todos sus clérigos, al modo que en México lo había practicado muchos años en su mismo palacio el ilustrísimo señor don Pedro Moya de Contreras, y se continuó después con tan conocida utilidad en nuestra casa profesa.

Esta misma lección se estableció también en Valladolid a petición de su

Ilustrísima, y de los mismos eclesiásticos. El ministerio de los hospitales se hacía en esta ciudad con más lustre y frecuencia, que en alguna otra parte. Todos los domingos salían los padres acompañados de los más autorizados eclesiásticos, de los republicanos y nuestros estudiantes. Servían el plato a los enfermos, se los dejaba alguna limosna, se les aderezaban los lechos, y concluía todo con una breve plática, de que quedaban igualmente aprovechados los enfermos y los sanos. Las misiones a pueblos de indios eran comunes a los colegios de Pátzcuaro, Guadalajara y Tepotzotlán. Este colegio era, digámoslo así, el seminario de los misioneros. El padre Hernán Gómez, excelente en las lenguas otomí, mazagua y mexicana, parece que en las noticias del idioma habla infundido a los demás el mismo espíritu apostólico y la misma ternura y amor, para con los indios, de que estaba este insigne operario enteramente poseído, y habiéndole faltado ya con la salud las fuerzas necesarias para apartarse lejos de Tepotzotlán, enviaba a todas partes hombres incansables. Tales fueron los padres Diego de Torres, Juan Laurencio, Martín de Salamanca y otros varios, que en aquel y en los siguientes tiempos florecieron. El amor y veneración de los indios para con estos padres de sus almas, y la buena opinión que dejaban de sí en los pueblos por donde pasaban beneficiando a todas, no podemos explicarlo mejor, que insertando aquí un capítulo de carta del beneficiado de San Juan del Río al padre Diego de Torres, en que (omitiendo grandes y extraordinarios elogios de la Compañía, que causarían confusión aun en la pluma) dice así: «Todos los indios y vecinos se han congregado y pedídomes que llame a vuestra reverencia para que me ayude a confesarlos en su lengua, y todos ellos una voz, dicen que vuestra reverencia ha sido la causa de que conozcan a nuestro Señor. Yo conozco, padre y señor mío, que no tengo merecimientos para suplicarle que me haga esta merced; mas de rodillas, y por reverencia del bendito nombre de Jesús, que vuestra reverencia tanto profesa amar y querer, se lo pido y suplico, pues vuestra reverencia es tan deseoso de salvar almas, y más las nuestras, que estamos acá careciendo de tanto bien y doctrina. Por amor de Dios, use vuestra reverencia de esta misericordia, que lo será grande por no ser ni tener suficiente lengua para estos pobrecitos, que yo y los demás de este pueblo, de rodillas serviremos a vuestra reverencia, aunque no será conforme a nuestro deseo y a sus merecimientos; cuya respuesta aguardamos, y la buena venida de vuestra reverencia, cuya vida y salud aumente nuestro Señor largos años, etc.».

Nada menos grande y edificativa idea de los ministerios de la Compañía, de otra carta del vicario de la isla de San Juan de Ulúa en la bahía de Veracruz. Dijimos como el ilustrísimo señor don Pedro Moya de Contreras había concedido a los padres de aquel colegio una pequeña casa y capilla en aquella isla, para el cultivo de las gentes de mar en el tiempo de las flotas, y alivio de los enfermos. Con la ocasión de los muchos navíos que habían venido a principios de este año, hizo allí su residencia el padre Alonso Medrano; asistió a los enfermos, que fueron muchísimos, y tanto por la enfermedad, como por dar lugar a la descarga dilató la misión hasta el adviento, en que publicó el jubileo de la Concepción, titular de nuestra ermita. Confesaba el padre hasta las nueve de la noche, con tanto fervor y constancia de aquella gente, no la más dócil del mundo, que en

los corredores mismos se quedaba a pasar la noche para tener lugar por la mañana, en que desde las tres volvía el misionero a su tarea, y aun habiéndole asaltado una recia calentura, en veinticuatro horas que le duró, no dejó de satisfacer a la piadosa importunidad de los penitentes, que por una ventana baja y mal guarnecida, se entraban a ponerse de rodillas ante su pobre lecho. Hablando en este asunto el vicario de aquella isla, escribe al padre provincial en estos términos: «Con la de vuestra reverencia y el portador, recibí tanta merced y regalo, que no sabré encarecer. Páguelo nuestro Señor a vuestra reverencia, que cuando no haya de hacer el padre más fruto que el que ha hecho estos días, es de mucha consideración, porque habiendo predicado el adviento y encomendado en uno de los sermones el santo jubileo de la Concepción, fue tanta la gente que acudió, que si como eramos tres confesores, fuéramos treinta, había gente para todos, y con trabajar día y noche, se quedaron muchos con el buen deseo. Al fin le ganarían casi setecientas personas de mar y tierra, que no se ha visto tal en este puerto. El padre Medrano ha quedado con muchos alientos de servir a nuestro Señor, y hacernos merced a todos. Dios le dé las fuerzas que son menester. Del trabajo de los días de confesión nos dieron a los dos sendas calenturas. No serán más con el favor de Dios. Lo que encarecidamente suplico a vuestra paternidad, es que el padre Medrano no salga de aquí a otra misión, ni a la Veracruz, porque será un gran desconsuelo para toda esta gente, etc.».

[Progresos de los jesuitas en otras naciones de este continente] Tal era la ocupación de los jesuitas en el seno de la provincia. Pero ¿quién podrá contar las muchas almas que entre las tierras de infieles salían cada día de las tinieblas y sombra de la muerte a la admirable luz de la fe? A los muchos que copiosamente renacían en Sinaloa, se añadieron este año dos importantes establecimientos entre otras naciones mucho más bárbaras. Los chichimecas era una gente belicosísima que no habían podido domar setenta y tres años de guerras casi continuas con los españoles. Los virreyes de México, para asegurar los caminos a las minas de Zacatecas habían tomado inútilmente varios arbitrios. Don Luis de Velasco, el primero, había fundado para este efecto los presidios de San Felipe y San Miguel el grande. Don Martín Enríquez, por los años de 1570, añadió la Concepción de Celaya para este mismo fin; pero estos presidios hacían poco o ningún daño a una nación que en la extensión de muchas leguas no tenía asiento fijo alguno. Ellos, a la manera de los árabes, andaban siempre por aquellos arenales y campañas, haciendo una guerra tumultuaria, en tropas desbandadas a que no era posible resistir. No moraban en algún lugar, sino el tiempo que tenían en él frutas silvestres de que alimentarse, enteramente desnudos, ligerísimos en la fuga, y tan diestros y certeros en el manejo del arco al cometer, como al huir, lo que celebraban tanto los romanos en los antiguos Partos. Chichimecas habían ocupado el valle de México y poblado la Nueva-España antes de los mexicanos. Bien es verdad que a distinción de estos chichimecas incultos y salvajes, había otros de que descendían los reyes de Tescuco, más racionales y más políticos. Estos sucedieron a los toltecas en la dominación de la Nueva-España. Vestían martas o pellejos, curtidos con bastante honestidad hombres y mujeres, y los capitanes y señores las pieles de leones, tigres, osos y lobos que habían muerto en la caza. Esto les daba el alimento y la

materia de sus víctimas. A la primera ave o fiera que mataban, cortaban la cabeza, y levantada la mano la tenían expuesta un rato a los rayos del sol, a quien adoraban, dejándola después en el mismo lugar clavada en una pica. Estas con el arco y la flecha eran sus armas en la guerra, aunque para la caza los caciques y señores usaban también de cerbatanas, de que se dice haber sido ellos los inventores en la América. No tenían sino una mujer aun los príncipes, y la pluralidad de ellas o el incesto con parientas cercanas, era entre ellos un crimen inaudito. Había entre estas naciones su jerarquía y forma de gobierno, dividido en varias ciudades, provincias y señoríos, de los cuales permaneció hasta el tiempo de la conquista el de Ixtlilxuchitl, que bautizado después se llamó don Fernando, señor de Texcuco, que ayudó mucho a Cortés en la toma y sitio de México. Es muy verosímil que los bárbaros chichimecas, de que ahora hablamos, fuesen de estos antiguos que al arribo de la numerosa nación de los mexicanos se hubiesen retirado más adentro de la tierra, como a cuarenta leguas al Oeste Noroeste de México, donde vivían de un perpetuo salteo. Esta conjetura la confirma maravillosamente lo que sacado de las primeras relaciones de los españoles, escribe Laet, y algunos otros antiguos, haberse hallado señales nada equívocas entre los chichimecas, de que sus campos habían sido en otro tiempo curiosamente cultivados, y en no pocos lugares bastantes muestras de grandes y populosas ciudades, que solo habían quedado para mostrar cuán fácilmente roto el freno de la sujeción, la monarquía degenera muy breve en irreligión y en barbarie. Las continuas guerras con estos salteadores costaron mucha sangre a los mexicanos, sin haberles podido sujetar ni avanzar, sino muy poco sus conquistas al lado del Norte; cuando por el Oriente, Poniente y Mediodía, habla Moctheuzoma reunido a su corona tantas y tan remotas provincias.

La pacificación de estas regiones estaba reservada al piadoso virrey don Luis de Velasco el segundo, o por mejor decir, a la humildad y simplicidad de la Cruz. El virrey, viendo frustradas las esperanzas todas e inútiles los esfuerzos de sus predecesores y consumida en vano una gran parte de la real hacienda, en presidios, en casas fuertes, en carros cubiertos, y otras providencias que se habían tomado para la seguridad de las caravanas que pasaban a las minas, determinó que los pobres y humildes religiosos probasen en esta expedición las armas de su milicia, y a que habían tenido tan poco efecto las de los soldados. Una parte de aquella región encomendó a los religiosos de San Francisco, siempre venerados justamente como los padres y fundadores de la religión en la América. En la frontera principal de la nación, mandó fundar un nuevo pueblo, a quien por devoción al santo de su nombre llamó San Luis, y en atención al piadoso designio de la pacificación y reducción de los chichimecas, añadió el sobre nombre de la Paz, con que es hasta ahora conocido. Está situado a las orillas de un pequeño río en la altura de 22 grados y cuarenta minutos al Noroeste de México, setenta leguas. Este nuevo pueblo quiso el excelentísimo se encargase a la Compañía, obligándose en nombre de su Majestad a mantenerlos de la real hacienda, y señalando considerable renta que se repartiese entre; los mismos indios, los más interesados del mundo, en carne, en maíz y ropa. [Descríbense las feroces costumbres de los chichimecas] Se mandó asimismo deducir una colonia de indios otomís, antiguos cristianos, asignándoseles tierras y agua para sus sementeras, y

habiéndolos por exentos del tributo que pagan a su Majestad los demás. Unas órdenes tan prudentes y cristianas, no podían dejar de tener todo el éxito feliz que el virrey se prometía. Partieron prontamente por setiembre de este año los padres Francisco Zarfate y Diego Monzalve, con otro compañero, cuyo nombre callan nuestros manuscritos, llevando consigo cuatro indizuelos del Seminario de San Martín de Tepotzotlán, que les sirviesen de catequistas. Su entrada en el país y principios de su predicación, expone el mismo padre Zarfate en carta al padre provincial, fecha en 20 de noviembre del mismo año, en los siguientes términos: «A este pueblo de San Luis de la Paz venimos el setiembre pasado a petición e instancia del señor virrey. Vase por la gracia y favor de Dios haciendo algún fruto, y cada día se espera más: solo tememos la inconstancia natural de estos indios. Por lo que hemos experimentado, podemos decir que no es poco lo que se hace en esta frontera, que aunque en otra parte hicieran más los chichimecas, pero aquí cualquiera cosa es mucho por ser estos los peores de todos y los mayores homicidas y salteadores de toda la tierra. Precian tanto de esta inhumanidad, que como por blasón traen consigo en un hueso contadas las personas que han muerto, y hay quien numere veintiocho y treinta, y algunos más. Es gente muy holgazana, especialmente los hombres; las mujeres son las que cargan y traen leña y lo demás de su servicio. Ahora han sembrado algún maíz con la esperanza del provecho, porque cuasi todo lo venden al rey para que vuelva a dárselo. Las mujeres hacen el vino, y ellos lo beben largamente hasta perder el sentido cada tercer día. El material de que sacan este licor es de la tuna: el modo de fabricarlo es quitar la cáscara a esta fruta, colar el zumo en unos tamices de paja, y ponerlo al fuego o al sol, donde dentro de una hora fermenta y hierve grandemente. Como esta especie de vino no es muy fuerte les dura poco la embriaguez y vuelven a beber. Este es uno de los mayores obstáculos para la propagación del Evangelio. La tuna dura siete y ocho meses: los que la tienen en casa, están perdidos con la ocasión; los que la tienen fuera, están remontados, y desamparan sus chozas sin dejar en ellas más que un viejo o una vieja. El amancebamiento no es deshonor entre ellos; antes las mujeres lo publican luego, y si algunos las celan o las riñen, con gran facilidad se van a otra casa y no vuelven sino después de muchos halagos. No hay cabeza entre ellos, ni género de gobierno, si no es en la guerra, y esta es la mayor dificultad, porque es menester ganar a cada uno de por sí; tanto, que el hijo no reconoce al padre o madre, ni le obedece. En sus operaciones no tienen más motivo ni más fin que su antojo, y preguntados no dan otra causa sino que así lo dice y lo quiere su corazón. Son muy codiciosos de lo ajeno, muy avarientos de lo suyo, y extremadamente delicados. Una palabra, un mal gesto basta para ahuyentarlos. Los indios de la tierra dentro, como criados en más simplicidad, tienen mejores respetos: aquí tenemos de ellos algunos Pamíes, que son como los otomíes de por allá, y en estos se puede hacer mucho más fruto. Ellos se han venido a convidar que quieren poblar aquí y ser cristianos. Dios lo quiera, porque con estos de aquí lo más que se podrá hacer será domesticarlos, e ir muy despacio imponiendo bien a sus hijos. También es mucha la dificultad del idioma, porque en treinta vecinos suele haber cuatro y cinco lenguas distintas, y tanto, que aun después de mucho trato no se entienden sino las cosas muy

ordinarias. La paz se va fomentando con el buen trato, aunque de una y otra parte no faltan temores. Nosotros llegamos aquí el día 10 de octubre con salud, aunque no sobrada, por los serenos y soles. Fuimos bien recibidos de los indios, que aun, lo que es muy admirable entre ellos, nos ofrecieron de lo poco que tenían. Lo mismo hicieron en San Marcos, donde el sitio no es tan bueno, aunque hay más gente. Vuelto aquí, les envié un indio bien instruido que los enseñase y dispusiese al bautismo; pero el padre Monsalve, que fue allá a los dos o tres días, lo ganó de tal modo, que tenían preparadas las ollas del vino, y no bebieron en diez o doce días, y el padre comenzó a catequizar algunos en la lengua guaxabana, y bautizó diez y seis adultos, y casó seis pares. Indias gentiles no hay ya más que dos, y esas han pedido el bautismo. De estas, la una se catequiza, porque tenemos ya el catecismo traducido en su idioma. La otra es una vieja que vino a mí cuasi desnuda con un presente de tunas, y puesta de rodillas me pidió que la bautizase. La consolé y di de comer, y procuraré que se bautice cuanto antes. Dos pares han pedido aquí casarse, y mandándolos apartar mientras se doctrinaban, obedecieron con prontitud, que en gente tan acostumbrada a una entera libertad no es poco. Todos nos van teniendo respeto y se dejan reprender, aunque sean capitanes, y se va consiguiendo alguna enmienda de la embriaguez. La escuela de los niños va bien, aunque con harto trabajo, porque no se les puede castigar. Con su mucha habilidad aprenden y empiezan ya a cantar. Sus padres que gustan mucho los dan de buena gana y vinieron a verlos a la escuela. Un capitán que no halló a su hijo, lo mandó buscar y lo castigó. Esta semana nos han traído sus padres dos de cuatro leguas de aquí. Cada día acuden mejor, y hoy se me vino a quejar uno muy escandalizado de que otro le había llamado diablo. El padre Monsalve les ayuda y enseña canto, y otro muchacho de los que vinieron de Tepotzotlán. Estos son de mucho provecho: nos hacen compañía aquí y donde quiera que vamos, y atraen a otros niños y aun a sus padres; proceden con mucha edificación confesando y comulgando a menudo para la enseñanza de los demás; no entran a ninguna casa de los indios del país, ni salen de la nuestra sin licencia; a uno de estos dijo no sé qué chanza poco honesta la hija de un capitán; el joven se horrorizó, y con admirable simplicidad dio cuenta al padre de la moza, que vino a contármelo muy edificado porque es de mucha razón, y castigó a su hija. Los chichimecas, según lo que entiendo, son de más brío y capacidad que los demás indios; no se sientan en el suelo; son amigos de honra y de interés, y si ellos diesen en buenos, me parece lo serían ventajosamente». Hasta aquí la carta del padre Francisco Zarfate, que como un padre tiernamente amante de sus pequeñuelos hijos, se goza en referir aun las más menudas acciones mirándolas en una cristiandad recién nacida, como flores de esperanzas que prometían en la serie felicísimos progresos de la religión entre aquellas naciones. Aun con más rapidez se adelantaban las espirituales conquistas por el lado de Guadiana²⁹. De esta residencia y la de Zacatecas salían los misioneros avanzando siempre hacia el Norte, por donde está más poblado y más abierto el terreno de la América. Habíase tenido noticia de los muchos pueblos al rededor de la gran laguna de San Pedro. Está situada esta laguna a los 28 grados y cerca de doscientas leguas al Norte de México, y la forma el río de las Nasas, que nace a las faldas de la gran sierra de Topía del lado de la provincia de Tepehuanes.

Tiene de circunferencia el lago muy cerca de cuarenta leguas, y pasa algunas veces de sesenta en sus crecientes. Estas las causan en tiempo de las lluvias las avenidas del río, y en un país por otra parte tan seco, son bastantemente provechosas. Riegan y fertilizan las campañas circunvecinas, y traen a sus moradores una cantidad prodigiosa de peces, de que hacen su más ordinario alimento, como también de los patos, de que quedan llenas las praderas en los esteros y charcos que dejan las inundaciones; el terreno es llano y unido; el clima seco y algo más caliente que frío. Condimentan la bebida, y forman el pan de una raíz muy frecuente en sus lagunas, semejante a las que llaman aneas en España. Eran los habitantes de esta región bastantemente hábiles, más bien hechos de talle, y mucho más dóciles que los demás infieles, de que hasta este tiempo se había encargado la Compañía: muy tímidos, y por tanto extremadamente inclinados a la superstición. En pariendo la mujer el marido se abstiene por algunos días de toda carne y pescado. Comiéndolo, creerían menor la indignación de estos animales, que no cederían a ningunos esfuerzos para dejarse prender en la pesca o en la caza. Cuando tomaban en esta algún venado, conservaban intacta la cabeza, como una divinidad que había de favorecerles en la Caza de muchos otros de su especie. El temor de los malos espíritus, que en su idioma llamaban Cachimipa, hacía todo el fondo de su religión. Este los hacía sacrificar muchas veces a sus primogénitos, y honrarlo con ciertos bailes nocturnos, aunque con entera separación del uno y el otro sexo. Una de sus más notables supersticiones era la de los torbellinos o remolinos de aire, que como en tierra llana y seca, oran muy frecuentes en, aquellos países. En observando alguno de estos, aunque fuese muy lejos, se arrojaban con el pecho en tierra diciendo a voces el nombre de aquel imaginario Dios a quien temían. Los fervorosos padres Francisco Ramírez y Juan Agustín fueron los primeros que sembraron en esta tierra inculta las semillas de la divina palabra, y fundaron la misión que aun hoy subsiste en Parras, nombre que después le dieron los españoles a causa de la fecundidad de sus viñas. Los principios de esta reducción los tomaremos de las mismas cartas en que dieron al padre provincial cuenta exacta de sus trabajos. El padre Francisco Ramírez escribe así: «Trájonos su Majestad a principios de agosto a este pueblo de Concueme (hoy comúnmente de Cuencamé) el cual está en un valle muy espacioso y muy ancho coronado de hermosos montes, que por estar algo lejos hacen una vista apacible, y es todo poblado de grandes frescuras que conservan siempre en su verdor unas fuentes que manan en medio, con que se cultivan las milpas. Tiene mucha caza y grande abundancia de dátiles muy sabrosos, mucha miel, tunas y otras frutas de los indios, que son aquí muy domésticos y afables. No usan arco ni flecha sino para la caza, y visten ropas que por su trabajo les dan los españoles. Son bien agestados y de gentiles talles, y los niños muy hermosos, muchos de cabello rubio, aunque las familias que hay en este pueblo apenas llegan a treinta. Está este pueblo entre los dos ríos de las Masas y Guanabal: del primero solo dista ocho leguas al Oriente. Cuando vine me salieron a recibir algunos a caballo con gran comedimiento, y a la entrada del pueblo salieron todos, divididos los hombres de las mujeres, y algunos principales me ofrecieron sus dones de pescado, melones y sandías. Me hospedó en su casa, la única que había de adobes en todo el lugar, un

indio tarasco con mucha caridad, y, ciertamente hubiéramos pasado sin él muchos trabajos para el sustento. Luego vino a vernos un indio de Culiacán que tiene estancia media legua de aquí, el cual nos proveyó de carne y leche algunas veces. La pieza que me tenían para dormir hallé tan blanca y aseada, que luego la hice iglesia, y cercando un patio pusimos en él muchas flores ya para brotar, y los indios cubrieron con brevedad y mucha gracia un portalico y dos aposentos. Hemos hecho un huerto y sembrado algunas legumbres para tener que comer, y lo riega un venero de agua que pasa por la puerta. Está todo esto arrimado a un risco hermoso tan alto y tan lleno de verdura, que convida a hacer muy largos ejercicios. Comencé luego a aprender la lengua y traducir el catecismo y oraciones que ya saben todos. No me atrevo a bautizar hasta tener aquí asiento: solo lo hice con una india in articulo mortis, y con un viejo que parece lo guardaba el Señor para recibir el bautismo, y habiendo estado muy atento y percibido los misterios de la fe, dando muestras de dolor de sus pecados, luego que lo recibió perdió el juicio y así murió. Los indios están extremadamente contentos, y agradecen y ponderan mucho lo que hacemos con los muertos y enfermos. A estos visito con el fiscal y los compañeros: llevoles agua bendita y lo que puedo de cosas de comer, y voy de cama en cama diciendo evangelios a que ellos atribuyen la salud que el Señor les da. Dicen que si me voy de aquí se han de ir conmigo. Entiendo que si el virrey y gobernador ayudan, será fácil atraer muchos otros que no viven en pueblos ni siembran como estos. Dios mueva a los que gobiernan para que se compadezcan de ellos, y a nosotros nos dé luz para que acertemos con su santa voluntad, etc. Cuencamé y agosto 21 de 1594».

El padre Juan Agustín refiere así los bellos principios de su misión: «El primer pueblo a que llegué de esta provincia de Zacatecas está al pie del Cerro Gordo, llamado así de los nuestros por su grandeza y altura.

El cacique del pueblo, con algunos otros, salió a recibirme a seis u ocho leguas, y a buen trecho se apearon de sus caballos y me pidieron la bendición. Otro día llegamos al pueblo donde estaban todos juntos a una pequeña iglesia, y salieron en procesión a encontrarme. Fuimos juntos a la iglesia, y habiendo pedido ardientemente a nuestro Señor diese feliz principio al bien de aquellas almas, los despedí. Al otro día domingo, dedicamos la pobre iglesia, colocando una imagen de la Asunción de nuestra Señora y los Santos Apóstoles San Pedro y San Pablo, bajo cuya protección se levantase el edificio espiritual de estas almas. Levantamos también una campana, y después de haber dicho todos en voz alta en su lengua zacateca la doctrina cristiana, se dijo la primera misa con la mayor solemnidad que pudimos, y no poca admiración de los gentiles. Desde este día se entabló la doctrina cristiana, a que acuden mañana y tarde con tanto fervor, que aun de noche los oíamos estarse enseñando en su casa unos a otros. Hallé en este pueblo algunos cristianos solo de nombre: ni había memoria ni escrito por donde constase de su bautismo, y en la vida, costumbres, y aun en los abusos y supersticiones, eran tan gentiles como los demás. Algunos de estos, después de instruidos, casé conforme al rito de la Santa Iglesia, y entre ellos a un cacique y otros tres o cuatro de ochenta años, y a un joven hijo del cacique. Solo he bautizado cuatro bien doctrinados: han tomado estos indios un alto concepto del bien que les ha venido por medio de los sacerdotes, y se les ha oído decir, que pues Dios les ha

enviado un hijo suyo (que así llaman en su idioma al padre) para salvarlos, han de dar de mano a todos sus vicios. Después que entré en este pueblo no ha habido un baile ni una embriaguez, y una vez que les advertí que no convenía llorar un año entero a sus muertos, no se ha vuelto a oír. Un indio ladino y principal vino a confesarse, diciendo con muchas lágrimas: Yo, padre, antes de tu venida, todos los días a mañana y tarde me embriagaba sin temor de Dios y sin acordarme que era cristiano. Cuando tú viniste sentí que me decían en mi corazón: este padre viene para que te salves, no vuelvas a beber; y así lo he hecho estos cuatro meses, absteniéndome con la bebida de otros muchos pecados que ella me ocasionaba. Han comenzado a venir muchos caciques de esta provincia y algunos de la laguna, pidiéndome que pase a sus pueblos, proponiéndome la comodidad de la tierra, y que tienen ya saca de agua para el pueblo y sementeras, hecha iglesia y prevenida pasa para mi habitación. A pocos días vinieron otros tres caciques del río de las Nasas pidiendo lo mismo, representando que había entre ellos peste de viruelas, de que morían muchos niños sin el santo bautismo. Yo me detuve algún tanto en responder, y uno de ellos proseguía diciendo: Bien sabemos que no buscas oro ni plata, ni cosa alguna de nuestra tierra, sino solo nuestro bien. Dios te ofrece lo que buscas: no repares en nuestra pobreza ni en el vil vestido que tenemos; bien sabes que la alma que está dentro vale más que el oro y la plata, y pues estas buscas, no las dejes ahora que perecen. No pude dejar de condescender a razones tan fuertes. Partí con ellos el día siguiente para su pueblo, donde fui recibido con grande contento. Bauticé diez y siete o diez y ocho de los más necesitados párvulos, confesé diez o doce, que aunque cristianos viejos, nunca lo habían hecho. Expliqué en su lengua la doctrina cristiana con mucha admiración suya. Estando aquí llegó un capitán español en busca de algunos indios que le debían dineros. Apretaba más que a los otros a uno que le debía más, y por no tener con que pagarle intentó llevárselo consigo. El indio, viéndolo airado, lo respondió con mucha paz: Señor, bastante tiempo te he servido: tu tienes razón por lo que te debo; pero déjame aquí algún tiempo para aprender la doctrina y hacerme buen cristiano, y te iré después a servir si no tuviere con que pagarte. El capitán, edificado, lo dejó, y el indio convirtió después a otro hermano suyo, y lo mismo hizo otro cacique con su hijo. Tres días estuve en este pueblo, y después de haberles dado a once caciques que me lo pedían, buenas esperanzas de ir a poblar entre ellos, di la vuelta a mi asiento, donde me recibieron con tanta alegría como si hubiese estado un año ausente. Traté luego de lo bien que me había parecido el otro pueblo, y que sería mejor hacer allí el asiento de la misión. El cacique que me oía se estremeció mucho, y dijo: Padre, aunque esta es mi tierra, yo estimo más mi salvación; si te vas, yo y toda mi gente iremos tras de ti. Esto es lo que nuestro Señor ha sido servido hacer en estas tierras. El que por su misericordia ha querido dar tan buen principio a esta misión, se ha servido llevarla adelante para su mayor gloria, etc.».

Entre tanto, los cuatro misioneros de Sinaloa cultivaban incesantemente aquella vida con no pocos trabajos. El padre Martín Pérez, después de haber reconocido los pueblos del río abajo, pasó por cuaresma a Ocoroiri, donde había mayor necesidad. El domingo de ramos bendijo en aquel pueblo

las palmas, explicando a los neófitos la significación de aquella augusta ceremonia. Tuvo el padre la sólida satisfacción de ser entendido de los indios, y haber penetrado estos todo el espíritu de aquella solemnidad, cuando saliendo después en procesión de aquella pequeña iglesia vio que comenzaron a regar el suelo con yerbas, y a tender sus mantas, no permitiendo que en todo lo que anduvo pusiese el pie sobre la tierra. Pasó después de semana santa a los pueblos de Navitama y Comanita, muy bien dispuestos para el bautismo que pretendían con instancias. He ahí a la serranía de Bacoburitu, había en cinco pueblos de esta Sierra, y algunos otros vecinos, más de mil cristianos de la provincia de Culiacán y Topía, que apenas sabían las oraciones en latín como había sido costumbre enseñarlos a los principios de la conquista. Se les señalaron catequistas, aunque no a todos los pueblos por no haber suficiente número. Se convidaron otros dos pueblos vecinos. Los moradores del uno, que celebraban en la actualidad no sé que fiesta, estaban sumergidos en la embriaguez. Los del otro fueron más dóciles y vinieron con prontitud: su alegría era tanta, que una noche destempladísima de mucho hielo y agua, la pasaron en la danza y el canto al descubierto, previniéndose para ser catequizados, y con tanto fervor, que desde aquella misma noche se cortaron el pelo, sacrificio entre ellos muy apreciable, y en que se distinguían los más fervorosos catecúmenos. A pesar de tan bellas disposiciones fue necesario dilatarles por mucho tiempo el bautismo, a causa de su rudeza. El mismo desconsuelo tuvieron los del pueblo de Terabio, aunque unos y otros con admirable docilidad se sujetaban y perseveraban en la instrucción. Uno de los ministerios más provechosos y necesarios para la reducción de estas gentes, era asegurar la paz entre ellos para que tuviesen el tiempo necesario de instruirse, a que no les daban lugar las hostilidades de sus vecinos. Para esto interponían los padres su autoridad de palabra o por escrito, nunca inútilmente. Un billete del misionero era para ellos muy apreciable. Poníanle en lo alto de una pica, y llevábanle como bandera de unos pueblos a otros. El portador y los que le acompañaban podían pasar impunemente por fronteras y aun por medio de los países enemigos. El papel que mostraban era un salvo conducto a que los infieles mismos obedecían. Los biaras y los matapanes habían sido por muchos años irreconciliables enemigos. El padre Martín Pérez dio a unos indios, que no pertenecen ni a una ni a otra nación, una de estas cartas. Enterados de su contenido los biaras, aunque en los más reencuentros les había sido favorable la fortuna, sin embargo, como si hubieran sido los vencidos, pusieron la carta en una caña alta y enviaron con ella diputados a ofrecer la paz a los matapanes, con quienes conservaron después una estrecha alianza, de que para mayor seguridad quisieron fuese garante el mismo padre y toda la cristiandad del pueblo de Saconatu.

El padre Gonzalo de Tapia, en consecuencia de la palabra que había dado el alto antecedente a los zuaques, volvió a su pueblo. El apostólico varón tuvo el dolor de hallarlos en unas disposiciones muy contrarias a la santidad y pureza del Evangelio. Pasada aquella vehemente impresión que había hecho en sus ánimos el nunca visto temblor, olvidaron también los deseos del bautismo. Justamente llegó el padre al primer pueblo a ocasión en que después de una de aquellas sus nocturnas arengas estaban aun

sepultados en el sueño y en la embriaguez. La confusión propia cuando supieron la venida del padre, y la presencia de un censor importuno a sus disoluciones, les hizo tomar la resolución de deshacerse del misionero. El cacique principal del pueblo era también el jefe de la conspiración; pero aun no era llegada la hora del Señor. El indio temerario haciendo en una asamblea semejante, pocos días después, alarde de su ligereza y valentía, ya perturbado con el calor de sus licores bárbaros, dio un salto desde la cima de una roca hasta lo más profundo del infierno, donde pasó después de una muerte desastrada. El hombre de Dios, aunque advertido de los designios del malvado cacique, sin embargo, prosiguió con valor intrépido visitando los demás pueblos de aquella misma nación. Halló en algunos mejor disposición, e hizo algunos bautismos. De ahí partió a visitar a aquellos indios que el año antes le habían recibido y levantado la cruz en el camino, a siete leguas de Ocoroiri. La solicitud de las iglesias que tenía a su cuidado, no le dio lugar para detenerse mucho, y encargó su cultivo al padre Martín Pérez, a cuya diligencia se vio entre aquellas gentes, después de algunos años, una cristiandad muy florida. El padre Gonzalo de Tapia volvió a sus pueblos: todo parecía prometer la más constante serenidad. Habíanse bautizado algunos miles; las naciones vecinas se veían venir en tropa a pedir el bautismo, y congregarse en pueblos con algún género de gobierno y policía. Iban desapareciendo insensiblemente las costumbres gentílicas, y los neófitos se empleaban con tanto fervor en el cumplimiento de nuestra santa ley, que de dos y tres leguas venían a pie y mal vestidos en lo más crudo del invierno por oír la doctrina, y asistir al santo sacrificio. Se habían erigido al verdadero Dios más de sesenta templos, aunque pequeños y pobres, pero en que los fervorosos cristianos ofrecían al Señor un culto muy sincero, y sus ministros el holocausto de su celo y las primicias de santa fe. A mañana y tarde se oían en la vecindad de las iglesias cantar en diversos coros las alabanzas de Dios y la santa doctrina del Evangelio. Tal era el semblante de aquella cristiandad. Sin embargo, le faltaba aun para dar el fruto cumplido ser regada con la sangre de sus predicadores, y esto es lo que vamos a ver ejecutado en la gloriosa muerte del padre Gonzalo de Tapia.

Mientras este ministro infatigable visitaba con tanta caridad, e instruía con tanta diligencia los pueblos, un indio principal de Tovorapa, pueblo vecino a la villa de San Felipe, incitaba contra él a los demás, y turbaba con sediciosas conversaciones la tranquilidad de que se había gozado hasta entonces. Llamábase este indio Nacabeba, envejecido en el arte infame de hechicería, que aun había conservado siempre la misma inclinación a las supersticiones, y el mismo libertinaje en las costumbres. Su casa era el teatro de aquellas nocturnas asambleas y de aquellas vanas ceremonias en que el calor del vino y del tabaco, añadido a sus discursos impíos, daban lugar a las resoluciones más negras. Pocas veces se le veía asistir a la misa, menos aun a la explicación de la doctrina. [Muerte del padre Tapia] El padre Tapia había procurado muchas veces, ya con halagos, ya con amenazas, volver al rebaño de Jesucristo esta oveja descarriada; pero todo inútilmente. El misionero con sus buenos oficios en vez del agradecimiento, atrajo sobre sí toda la indignación de aquel malvado. Se quitó la máscara y comenzó a tratar abiertamente de dar la muerte al

padre; pero con toda la fuerza y energía de sus sacrílegas arengas, no pudo conseguir que los del pueblo se resolviesen a poner las manos en el ungido del Señor. Dos hijos suyos, un yerno, y otros dos o tres de sus parientes, fueron los únicos que pudo traer a su partido. Estos eran bastantes para un hombre que cada día ofrecía a su Majestad el sacrificio de su vida. Partió el celoso operario del pueblo de Ocoroiri para Teboropa, sábado 10 de julio, llevando consigo al cacique don Pedro y otro cristiano llamado Francisco. Nacabeba, que no esperaba sino esta ocasión, previno secretamente a sus cómplices. No pudo ser tanto su disimulo, que no se trasluciesen sus designios. Los del pueblo dieron aviso a don Pedro, y este lo pasó fielmente al padre Tapia, suplicándole el domingo después de haber dicho misa, que se volviese con él a Ocoroiri, y previniese las intenciones de aquella gente que parecían sospechosas. El buen padre, satisfecho con la respuesta de su conciencia, respondió con su ordinaria dulzura: Yo no les he hecho mal alguno, antes los amo como a mis hijos. Con esta confianza, no solo no quiso volverse a Ocoroiri, sino que despachó al cacique mandándole que no le esperasen hasta el siguiente miércoles. Don Pedro, después de mucha resistencia obedeció con dolor, y el padre quedó solo con un muchacho, expuesto al furor de sus enemigos. En efecto, a poco rato de la noche, estando el siervo de Dios empleado en rezar el Rosario de la Santísima Virgen, entró en su pobre aposento Nacabeba, disimulando con sumisión y reverencia sus pérfidos intentos. Comenzó a hablar, y a poco rato lo siguieron dos de sus compañeros. Proseguía la conversación el anciano, y cuando les pareció, descargaron repentinamente un golpe de macana con que le hendieron la cabeza. El santo hombre regando con su sangre el terreno y cuasi fuera de sentido, se fue para la iglesia, y puesto de rodillas, abrazado con una Cruz que estaba a la entrada acabó de expirar a los golpes de las hachas y las macanas. Cortáronle la cabeza y el brazo izquierdo, llevaron la sotana, y su lecho, que era solo una frazada, entraron con furia en la iglesia, robaron el cáliz y sagrados ornamentos, y huyeron al monte después de haber flechado a una india cristiana que murió poco después.

Así acabó su vida mortal este religiosísimo y apostólico misionero, el primero de la Compañía que regó con su sangre estas regiones. Fue natural de León en Castilla, en que dejó burlada la nobleza y floridas esperanzas del mundo. En la religión, la pobreza, el desprecio de sí mismo, a pesar de unos talentos singulares para cátedra y púlpito, y una dulzura inalterable, lo hicieron un digno instrumento de la gloria del Señor. Si no tuvo un milagroso don de lenguas, tuvo por lo menos para aprenderlas una admirable felicidad. Seis supo con perfección, y en otras muchas tenía lo bastante para instruir a los gentiles y traducirles la doctrina católica. Murió a los treinta y tres años de su edad, diez de venido a las Indias, y cuatro de haber sido destinado a las misiones. El padre Alonso de Santiago, concluye así la relación que hizo al padre provincial de su preciosa muerte: «Era de mucha caridad y grande ánimo, y así fue tanta la prisa que se dio en trabajar, como que había de acabar presto: Consumatus in brevi, ex, plevit tempora multa, plausa enim erat Deo animo illius. Yo pienso quiso nuestro Señor coronarlo, no solo con corona de virgen, como lo era, sino duplicársela con la de mártir, que por tal lo tengo. Y aunque para a cumplir con la obediencia le he dicho las misas, no me he

podido resolver a ofrecerlas por él, y antes pedía a Dios perdón de mis culpas por los merecimientos de ese su escogido tan ansioso de amplificar la gloria de su nombre. Varón verdaderamente apostólico, y verdadero imitador de nuestro padre Francisco Javier. El padre Juan Bautista de Velasco, que por algún tiempo fue su compañero, dice así: Jamás me acuerdo haberle visto airado o descompuesto, y juntaba a esta serenidad una grande eficacia cuando se determinaba en lo que convenía. El tiempo que daba al alimento y demás necesidades de la vida, era cortísimo para ocuparse en la contemplación y modo de adelantar la cristiandad. De lo demás que me acordare, daré aviso a vuestra reverencia solo digo ahora que era admirable su prudencia y latitud de corazón, invencible su paciencia, etc.». Así hablaban del padre Gonzalo de Tapia sus compañeros y súbditos. Su vida la escribió el padre Andrés Pérez en los tres últimos capítulos de su historia de Sinaloa. El padre Juan Eusebio Niremberg, el padre Andrade, el padre Henao, y Juvencio en la historia general de la Compañía. A la mañana se supo en la villa. El capitán y los más distinguidos vecinos que todos tiernamente le amaban, pasaron a Tovoropa y hallaron a la entrada de la iglesia el cuerpo del venerable padre con el pecho en tierra, cortada la cabeza y el brazo izquierdo, desnudo de todos sus vestidos, fuera de las medias. El brazo derecho con un golpe de hacha, que parece habían también pretendido cortárselo. La relación que se envió a Roma en la annua de este año, dice así: «Hallaron levantado el brazo derecho, herido por la muñeca, y formando con los dedos índice y pulgar, la señal de la Cruz. Los españoles, penetrados de respeto y de admiración, compusieron con la mayor reverencia el cadáver, y lo llevaron a la villa, donde el padre Juan Bautista de Velasco, que había partido en diligencia de Ocoroiri, lo enterró, dice en su relación el padre Martín Pérez, con más lágrimas que solemnidad por haber poco aparejo para hacerlo, como merecía aquel santo cuerpo. Los indios de Tovoropa y de los pueblos vecinos, Lopoche, Baborio y Cubiri, aunque no habían tenido parte alguna en el atentado de Nacabeba, sin embargo, temiendo ser envueltos en la sospecha y castigados de los españoles, huyeron a los montes. Nacabeba y sus aliados, se habían acogido en su fuga a los zuaques, y comprado su amistad al precio de los despojos del padre, que repartieron con ellos. Aquí se entretuvieron por varios días, celebrando como una gloriosa victoria la muerte de aquella víctima inocente con regocijos y con bailes. La ordinaria materia de sus cantos sacrílegos era la religión sus más sagradas ceremonias y leyes santísimas. Vestía uno la casulla, otro la alba y demás ornamentos. La mujer del viejo homicida, llevaba en sus manos el cáliz; uno tomaba la cabeza venerable; otro el brazo, repitiendo muchas veces, como se supo después y dejó escrito el padre Martín Pérez, aquellas palabras tan honrosas a la santa doctrina, y que mostraban bien el motivo por que habían dado tan cruel muerte al pastor de sus almas: veis aquí, se decían mutuamente, la cabeza del padre Tapia, ¿cómo ahora no impide nuestros bailes? ¿Cómo no corrige nuestra embriaguez? ¿Cómo no nos reprende porque tenemos más de una mujer? Si eres hijo de Dios y su amigo; si eres el padre de todos estos pueblos, y tan venerado y temido de los españoles, como hombre del cielo, ¿por qué caíste luego a los golpes de nuestras macanas? En una de estas impías asambleas intentaron, dice en su relación el padre Martín Pérez, asar el brazo del venerable padre; pero

poniéndolo repetidas veces a este efecto en sus barbacoas, salía siempre tan fresco, que nunca pudieron comerlo. Entonces lo desollaron, cortaron la punta de los dedos, y los hincharon de paja. El cráneo de la cabeza, pintado por fuera de almagre, les sirvió por algún tiempo de vaso en que bebían. Resueltos a acabar con toda la cristiandad de Sinaloa, Nacabeba y sus cómplices conspiraron con los zuaques en dar la muerte a los otros padres y al resto de los españoles. La vigilancia de estos previno e impidió la ejecución de sus designios; sin embargo, se acercaron a algunos pueblos desamparados de los indios fieles, quemaron una u otra sementera, flecharon algunos caballos y bestias de carga. Para reprimir estas correrías; vino de Culiacán, a donde se había prontamente dado aviso, don Pedro Ochoa de Galarraga con algunos soldados. El arribo de esta pequeña tropa no pudo servir al castigo de los rebeldes, que se habían retirado a los bosques y quebradas inaccesibles, y fue de mucho perjuicio a muchos pueblos del río abajo, cercanos a la villa, que al ruido de esta expedición tomaron también la fuga. No tuvieron poca parte en esto los indios de Ocoroiri, que, como más interesados en la muerte de su amado padre, quisieron tomarse la mayor parte de su venganza. Con este especioso pretexto pretendían cubrir los odios y particulares enemistades, que hasta entonces había contenido la profesión del cristianismo, y que la presente ocasión hizo renacer muy breve. No costó poco trabajo a los padres Martín Pérez y Juan Bautista de Velasco, refrenar el imprudente celo de estos neófitos, que no pudiendo haber a las manos los pocos culpados, dieron la muerte a algunos inocentes.

Al mismo tiempo que el venerable padre Gonzalo de Tapia consumaba tan gloriosamente el curso de su vida apostólica, caminaban para Sinaloa a trabajar bajo de sus órdenes los padres Hernando de Santarén y Pedro Méndez. La noticia de la muerte del santo hombre los sorprendió en el camino, y recibieron orden del padre Martín Pérez de detenerse, haciendo misión en Culiacán, hasta que pasase aquella tempestad. El padre Alonso de Santiago había procurado cultivar aquella viña con un fervor muy desigual a sus fuerzas corporales, que a poco tiempo hubieron de rendirse, y fue necesario retirarlo a países más benignos. Los dos nuevos misioneros, escoltados de dos soldados para mayor seguridad, entraron poco después en Sinaloa. No les fue de poco dolor, aunque por otra parte de singular consuelo, ver todos los cristianos de Mocerito salir a recibirlos cantando en procesión la doctrina cristiana, aunque con voz tan lúgubre, y con un semblante tan triste, que fue necesario a los padres consolarlos por medio de un intérprete, y aun mezclar con las suyas sus lágrimas. Al padre Méndez se le encomendaron los pueblos y lenguas de Ocoroiri, Nio, y algunos otros de los que había tenido a su cargo el padre Tapia. Al padre Hernando de Santarén, los de Ure, Sisimicari, Guasavo y algunos otros del río abajo. Con la diligencia de los misioneros, volvieron dentro de poco a sus pueblos los más de aquellos indios, que el temor de las armas había traído fugitivos. Los de Ocoroiri, amenazados que no volverían más allá los padres, entraron breve en su deber. El tiempo que habían estado preocupados de aquel espíritu de venganza tan ajeno del cristianismo, se mostró bien la piedad del cacique don Pedro. Este, no pudiendo contener el ímpetu furioso de los suyos, que habían hecho ya algunas muertes, ni llevar en paciencia los bailes que conforme al rito de su gentilidad

hacían con las cabelleras de los muertos, se pasó con toda su familia a la villa de San Felipe, diciendo que más quería dejar su patria y vivir desterrado de su nación, que exponer a riesgo su fe o ver por sus ojos las transgresiones de los santos mandamientos. Una india cristiana de avanzada edad había huido con otra compañera suya a los montes. Aquí con los trabajos le llegó con más brevedad el término de sus días. Estaba ya para expirar cuando vio que unas indias gentiles venían con varios afeites y colores, conforme al uso de los paganos, para pintarle el rostro y el cuerpo. La indignación santa le dio alientos, reprendió ásperamente a aquellas infieles, diciendo que ella creía y adoraba en el Dios verdadero. Cristiana soy, repetía, y vosotros los que tenéis esta misma dicha y estáis aquí presentes, no permitáis que aun después de muerta se haga conmigo cosa alguna indigna de la santa y pura ley que profesamos. Luego, volviéndose a su marido, le rogó que perseverase en los caminos del Señor, y siguiese los consejos del padre Gonzalo de Tapia. Que si casase con alguna otra mujer, fuese cristiana. Después de lo cual dijo a una compañera suya: «María, me verás este día, y mañana no me verás: yo me voy a ver a Dios, porque he creído en él de todo corazón, y procurado guardar su ley con esperanza de verlo». Entre estos actos, repitiendo el nombre de Jesús y besando la Cruz que tenía formada con los dedos, murió, a lo que podemos persuadirnos, una muerte preciosa. Los indios fugitivos, con estos y otros semejantes ejemplares, volvieron a sus pueblos con un fervor y un aliento, que puso admiración y lo infundía a los misioneros; persuadiéndose con esta, aun más que con alguna otra señal, que había sido agradable al Señor el sacrificio del fundador de aquellas misiones, cuya inocente sangre era semilla de nuevos y fervorosísimos cristianos. La muerte de este generoso soldado de Jesucristo, en vez de acobardar encendió más los ánimos de sus compañeros, y este mismo efecto causa luego que se supo en México y en todos los colegios de la provincia. El celo de la salvación de las almas y el deseo de ayudarlas a costa de la sangre y de la vida, animaba todos los corazones. No contribuyó poco a este mismo la publicación de los decretos de la quinta congregación general, que con ansia se esperaban, y en que se veis, representado con tan vivos colores el espíritu propio de la Compañía. En la Profesa de México concurría también el feliz éxito del pleito pendiente sobre el sitio. El rey católico había recibido con suma benignidad al padre Alonso Guillén, y en consecuencia de sus informes, cometió la causa al consejo real de las Indias. La sentencia de este tribunal fue desde luego adversa. Confirmó el consejo el decreto de la audiencia de México, mandando que no se fabricase en dicho lugar: que los religiosos de la Compañía volviesen a sus colegios, y se pidiesen nuevos informes al virrey y audiencia de México. Suplicó de este auto el padre Alonso Guillén, y no estando de acuerdo los dictámenes, determinó su Majestad que a los señores de su consejo real de las Indias, se asociasen cinco del consejo de Castilla. Esta junta resolvió que debía remitirse el conocimiento de la causa al juez eclesiástico, a quien de derecho pertenecía. Las religiones suplicaron de esta providencia, sostenidas del fiscal de su Majestad, que abiertamente favorecía sus pretensiones. Entre tanto llegó a la corte fray Bartolomé Pérez Martel, y con los nuevos documentos e informes de este religioso, pareciendo cada día de mayores consecuencias la causa, cometió su Majestad

el examen a los tres consejos juntos de Órdenes, de Indias y de Castilla. Esta asamblea respetable, sin embargo de la suplicación interpuesta por el fiscal y las tres comunidades religiosas, confirmó el auto de 27 de junio de 1594, en que se remitía la causa a juez eclesiástico. Hallábase en la actualidad en Roma, en cualidad de procurador de esta provincia, el padre doctor Pedro de Morales, el cual había, antes de salir de Roma, obtenido de la Santidad de Clemente VIII, supremo juez de la causa, que su conocimiento se cometiese al nuncio apostólico, residente en España, que lo era en la ocasión el ilustrísimo y reverendísimo señor don Camilo Gaetano, patriarca alejandrino. Este pronunció la siguiente sentencia:

En la villa de Madrid a 21 días del mes de junio de 1595 años, el ilustrísimo y reverendísimo señor don Camilo Gaetano, patriarca de Alejandría, nuncio de su Santidad en estos reinos de España; habiendo visto este pleito, que es entre partes; de la una los padres de la casa profesa de la Compañía de Jesús de la ciudad de México, y los religiosos de Santo Domingo, San Francisco, San Agustín y las monjas de Santa Clara, y la dicha Ciudad de México de la otra: dijo que daba, y dio licencia a los padres de la Compañía para proseguir en la obra comenzada de la dicha Casa, dando fianzas en cantidad de cincuenta mil ducados ante el ordinario de la dicha ciudad de México, de que demolerían lo que se labrare, siéndoles mandado por su señoría ilustrísima u otro juez competente. Para lo cual dijo que alzaba y alzó cualesquier embargos mandados hacer o hechos en esta causa por cualesquier jueces a pedimento de los dichos religiosos de Santo Domingo y consortes, sin perjuicio del derecho de las partes, en lo que toca al negocio principal. Y así lo proveyó y mandó dar sus letras con censuras y penas en forma, para que se guarde y cumpla lo susodicho, y lo firmó su señoría ilustrísima. Conforme a lo cual, mandamos dar y dimos las presentes, por las cuales y su tenor, y por la autoridad apostólica que en esta parte usamos, los exhortamos y requerimos primo, segundo, tertio y peremptorie; y en virtud de santa obediencia y so pena del ingreso de su iglesia, y de mil ducados de oro, aplicados a pobres y obras pías a nuestra disposición, en cuanto al venerable en Cristo arzobispo, y en cuanto a los demás, so pena de excomunió mayor, y doscientos ducados de oro, aplicados según desuso, les mandamos que luego que por parte de los reverendos padres de la dicha casa profesa de la Compañía del Nombre de Jesús, fueren requeridos con estas nuestras letras o su traslado, signado y sacado por autoridad de justicia, por ante escribano o notario público, fiel y legal, y sin sospecha que a ellos presente sea, las acepten, y aceptadas vean el dicho nuestro auto desuso incorporado y visto, lo guarden y cumplan, y hagan guardar y cumplir en todo y por todo, como en él se contiene, y contra el tenor y forma de él no vayan, ni pasen, ni consientan ir ni pasar en manera alguna, que para todo ello, y lo a ello anexo, concerniente y dependiente, les damos nuestro poder cumplido, y cometemos nuestras veces plenariamente, con facultad de citar, excomulgar y absolver hasta la invocación del brazo secular, y so las dichas penas de excomunió y pecuniaria, mandamos a cualquier notario o escribano que para ello fuese requerido, lea,

intime y notifique estas nuestras letras a las personas que les fuere pedido y dé fe de ello, sin las de tener pagado de sus justos derechos. En testimonio de lo cual, mandamos dar, y dimos las presentes firmadas de nuestro nombre, y selladas con nuestro sello, y refrendadas de nuestro secretario y notario de nuestra audiencia infrascripto. En la villa de Madrid, diócesis de Toledo, a 26 días del mes de junio de 1595 años. -C. Patriarc. Alejand. Nuncius Apostolicus.

A este auto interlocutorio siguió muy en breve una definitiva tan favorable como la prometían estos bellos principios. Una y otra fue recibida en México con general aplauso, aun de los mismos colitigantes, que habían conocido ya bastantemente la utilidad de aquel edificio en la variedad y universidad de sus apostólicos trabajos. A fines de este mismo año faltó a esta casa, aun recién nacida, uno de sus más incansables operarios en el padre Diego de Herrera. A sus fervorosos consejos debieron su virginidad y su religiosa vocación más de trescientas doncellas en diversos tiempos y lugares. Una de ellas, de lo principal de esta ciudad, la tarde antes de dar la mano a una de las personas más distinguidas, huyó, como otro San Alejo, a refugiarse en un observante monasterio, y resistió a las sollicitaciones de sus deudos con una constancia superior a su sexo y a su edad. Dentro de muy pocos días siguieron su ejemplo dos sobrinas del tesorero don Juan de Rivera, insigne fundador de aquella casa. Estuvo treinta años en la Compañía, veinte en esta provincia. El último año de su vida, muerto medio lado de una grave enfermedad, hacía poner una silla en la puerta de su aposento, donde se hacía llevar cargado para oír confesiones. Era dicho común que el padre Diego de Herrera jamás estaba sino orando o confesando. Un operario tan celoso fueron las primicias que ofreció al Señor la casa profesa, donde con tanta uniformidad y constancia había de ejercitarse siempre este trabajosísimo ministerio³⁰.

Poco antes de la muerte del padre Herrera se había celebrado en el colegio máximo la cuarta congregación provincial, en que siendo secretario el padre Juan de Loaiza, fue elegido segunda vez procurador a entrambas cortes el padre Pedro Díaz, y en segundo lugar el padre Francisco Báez, prepósito de la casa profesa, sábado 4 de noviembre de 1595. Los ministerios de los indios que practica este colegio en el seminario anexo de San Gregorio, tomaron por este tiempo nuevo aumento. En efecto, aunque desde el año de 1586, en que se fundó este seminario, se había procurado con el mayor fervor ayudar en todo a los naturales del país, no había podido conseguirse con tanta franqueza y libertad como al presente. Los curas y vicarios de las parroquias vecinas habían concebido no sé qué opinión de que la Compañía intentase atraer a sí los feligreses de su jurisdicción para poder con el tiempo erigirse en parroquia con perjuicio de sus derechos. Con este motivo procuraban apartar a los indios del trato de los nuestros, y aun tal vez los castigaban con rigor. La enfermedad grande que en los meses antecedentes habían padecido estos infelices, la prontitud, la caridad y celo con que los jesuitas acudían principalmente a

este seminario; el mucho trabajo de que en todo aliviaban a sus párrocos, y la justa subordinación que observaban y protestaban siempre a los derechos parroquiales; les hicieron conocer cuan distintos eran de lo que vulgarmente se pensaba los designios de la Compañía. Convertido aquel vano temor en una estimación respetuosa, los mismos curas y sus tenientes hacían llamar a los nuestros para que les ayudasen. Era de mucha edificación a todo el pueblo ver religiosos de profesiones e institutos tan diversos asistir con una caridad y confianza hermanable a confesar el uno, mientras el otro administraba el Sagrado Viático; procurar juntos limosnas para los enfermos, repartirles de cama en cama, por su misma mano los alimentos, cuidar de su entierro, y ejercitar todos los demás oficios que pedía la necesidad, como si fueran de una misma religión; obrando en todos el mismo espíritu de amor y mostrando a todo el mirado con una gustosísima experiencia, que en nada se impiden unas a otras las diversas profesiones y estados de la Iglesia católica; antes con su misma variedad se ayudan mutuamente cuando les anima el mismo celo y el mismo ímpetu divino que hacía caminar con tanta uniformidad los animales que tiraban el carro de Ezequiel. La aplicación a estos espirituales ministerios en el colegio de México, en nada disminuía el fervor de los estudios, nunca más provechosos que cuando tienen por basa y por cimiento el temor de Dios. Los colegiales del seminario de San Ildefonso y los seglares, con una piadosa y noble emulación, se esmeraban igualmente en uno y otro. Se vieron en todas facultades funciones muy lucidas, y tanto deseo de la perfección, que solo este año pasaron de treinta los que dejando el mundo se acogieron al puerto de varias santísimas religiones. Algunos de estos entraron en el orden sagrado de predicadores, y hablando en este asunto con uno de los nuestros un grave y docto religioso de la misma familia, aseguró que en el solo convento de México había más de sesenta que debían no menos las letras que el desengaño a los estudios del colegio máximo. En la Compañía solo se admitió, entre muchos que lo pretendían con ansia, un sacerdote a quien brindaba el mundo con las más bien fundadas esperanzas, tanto por sus singulares talentos, como por la nobleza de su sangre.

En los colegios de Puebla, Oaxaca y Guadalajara, y demás de la provincia, era el mismo el fervor y el fruto en las misiones, la misma asistencia al confesonario y en todos los demás ministerios. En Oaxaca se fundó para los indios, en la iglesia de San José de Xalatlaco, de que se había encargado la Compañía, una congregación bajo la protección del mismo santo, en que se cogían los mismos frutos que en el seminario de San Gregorio de México y San Miguel de Puebla. Hubo entre los congregantes dos fortísimas vírgenes, que la una por espacio de dieciséis años resistió a las sollicitaciones más vivas de un hombre apasionado. La otra, con una batalla menos prolija, consiguió aun mayor gloria, resistiendo por cinco años a todas las promesas, amenazas e importunos asaltos de dos personas cuyo estado era muy contrario a tan torpes designios. En Guadalajara, a la lección de latinidad se había añadido otra pública de casos de conciencia, para lo cual, de orden del ilustrísimo, se juntaban todos los clérigos que había en la ciudad un día a la semana. La primera lección autorizaron con su presencia el presidente y oidores de la real audiencia, junto con el cabildo eclesiástico y religiones. El señor obispo, que era

entonces don Francisco Santos, singularmente afecto a la Compañía, no solo a este primer ejercicio, sino a muchos otros después asistía personalmente con no poca edificación y provecho de su clero. A esta lección de casos morales, que a petición del ilustrísimo señor don Alonso Guerra se había comenzado algún tiempo antes en Valladolid, se añadió este año otra lección pública de la lengua tarasca, con que dentro de pocos años se proveyó a la escasez de ministros con grande utilidad de los indios. La grande estimación que habían hecho siempre de la Compañía los señores obispos de Michoacán, desde el ilustrísimo señor don Vasco de Quiroga, hasta el dicho señor don fray Alonso de Guerra, que acababa de morir en brazos de los jesuitas, y la que a su imitación hacía también el ilustrísimo cabildo, no permitían que hubiese negocio de alguna consecuencia que no hubiese de pasar por mano de los padres. Esta confianza se mostró bien en la sede vacante con mucho crédito de la Compañía. Se compuso una grave discordia que traía divididos los miembros del cabildo eclesiástico, y aun toda la ciudad, con grande satisfacción de entrambas partes. Se vencieron grandes dificultades para el progreso y perfección del monasterio de Santa Catarina de Sena, obra que había comenzado el difunto obispo, y que debió a la Compañía no haberse visto sofocada en sus cunas. Las señoras de aquel religiosísimo convento correspondieron a estos buenos oficios, queriendo que uno de los nuestros predicase el día de su dedicación, y fiando al padre Diego de Villegas, rector de aquel colegio, y a otros de los padres la dirección de sus conciencias, tanto en el confesonario, como en las morales exhortaciones que pidieron se les hicieran en los días señalados.

Los indios de Pátzcuaro crecían cada día más en la instrucción y aprovechamiento de sus almas, y en el afecto a los de la Compañía, que miraban como autores de su felicidad. El Señor procuraba alguna vez con extraordinarios sucesos a la sincera fe de estas gentes. [Sucesos raros y edificantes] Una india, postrada al rigor de una enfermedad y privada del uso de sus miembros, había estado muchos días con el deseo de confesarse con alguno de nuestros misioneros que frecuentemente pasaban por aquel pueblo. Oyendo un día repicar las campanas (que con esta solemnidad reciben a los sacerdotes que entran en sus tierras) y sabiendo que era jesuita el recién llegado, se hizo llevar a la iglesia. Se confesó no sin mucha incomodidad porque fue menester que la tuviesen; pero acabando de recibir la absolución se levantó por su pie a dar ante el altar las gracias de la espiritual y corporal salud, que había juntamente recibido. La admiración y gozo del pueblo fue grande cuando la vieron volver a su casa enteramente sana. Un indio, cuasi del todo ciego, vino al mismo padre a que le dijese un evangelio, con el cual recobró perfectamente la vista. Otra sanó sin más medicamento de unos mortales y frecuentes desmayos que le habían afligido algún tiempo. Singularmente resplandecía en ellos mucho la devoción con la Santísima Virgen. Con esta leche había formado aquella cristiandad recién nacida el venerable señor don Vasco de Quiroga, y la hermosa imagen que se había colocado en nuestra iglesia la fomentaba, con notable fruto. Una india joven, hija de uno de los principales caciques, fervoroso cristiano, había quedado de una enfermedad baldada, y sin poder sostenerse sobre los pies. La madre, animada de una vivísima fe, la trajo consigo a la iglesia, y haciéndola

poner ante el altar de la Santa imagen perseveró en oración y acunó desde la mañana hasta la noche. No permitió la Santísima Virgen quedase burlada la esperanza de su sierva. La enferma sintió luego en sí un extraordinario movimiento, principio de salud que recobró perfectamente dentro de pocos días: ni fue este solo el beneficio que hizo Dios a la enferma. En agradecimiento de la sanidad milagrosa, volvió la iglesia, y llevada de un fervor que en otra persona pudiera parecer imprudente, hizo al Señor por mano de la reina de las vírgenes, voto de perpetua virginidad. No tardaron en poner a un grande riesgo su constancia las sollicitaciones importunas de sus deudos para el matrimonio. Aun su confesor mismo, imprudentemente temeroso, no creyendo que pudiese permanecer entre las ocasiones mucho más frecuentes y temibles en la pobreza de estas gentes, le aconsejaba lo mismo; sin embargo, ella, con razones superiores a su edad y su cultivo, consiguió persuadirle que no la molestase más en este asunto. En efecto, poco después, fundándose en Valladolid el monasterio de Santa Catarina, de que arriba hemos hablado, logró poner a cubierto su amada virginidad entrando a servir a aquellas religiosas en compañía de otra su hermana a quien había hecho seguir el mismo propósito, y que fueron aun entre las esposas de Jesucristo ejemplares de toda virtud.

Estos bellos progresos, favorecidos no menos que con prodigios del ciclo, se veían en la cristiandad de Tepotzotlán, singularmente entre los jóvenes del seminario de San Martín. Un niño de doce años, hijo del gobernador de Chiapa y descendiente muy cercano de los antiguos reyes de aquella provincia, se había criado en aquel colegio con tanta piedad, circunspección y virginal recato, que era llamado comúnmente el indio santo. Acometióle una enfermedad en que no podía disimular el gozo interior de su espíritu por salir de la prisión del cuerpo. Se confesó en ocho días cinco veces, y habiendo hecho todas las diligencias para ganar la indulgencia, y ayudándose con fervorosos coloquios a un crucifijo que tenía en las manos, y arrancando lágrimas de devoción a todos los circunstantes, expiró plácidamente. Aquella misma, noche a la hora en que murió, se dejó ver de una persona lleno de vida y hermosura, y preguntóle cómo había sanado tan presto: yo estuve enfermo, dijo, para gozar ahora de tan buena salud. Voy al cielo: de mis padres tengo lástima y de los que quedan aun luchando en este mundo. Otro joven estando al parecer poco agravado de la enfermedad, aseguró, más de una vez, que a la noche siguiente moriría a las tres de la mañana; que un hombre hermosísimo vestido de blanco se lo había prometido. Y la verdad del suceso correspondió justamente a la predicción. Bien sabemos que este género de apariciones son de ordinario sospechosas y muy mal recibidas en aquellas gentes que precian de un gusto delicado, y de no abandonarse jamás ciegamente al a buena fe, o la demasiada credulidad de ciertos autores que por lo común las refieren con poca discreción. No ignoramos también lo que ha dejado escrito en deshonor de las historias religiosas cierto escritor de nuestro siglo, por cuyas obras se trasluce el mismo libertinaje en la fe que en las costumbres. Yo no veo que estos adoradores de la antigüedad acusen de flaqueza o de mala fe a Tito Livio, a Plutarco, a Valerio Máximo, y a tantos otros autores paganos que nos refieren mayores y más increíbles prodigios, y a quienes a pesar de la grande libertad de juicio que se profesa en estos tiempos, no se deja de dar crédito por el respeto

que se imagina deber a tan famosos hombres. No se reprende que Pórcida había apagado sin lesión en su mano las brasas; que había llovido unas veces ceniza y otras sangre en Italia; que hablen los bueyes y las estatuas de los falsos dioses; que se haya oído en Roma una voz que previniese la venida de los antiguos franceses. ¿Y los lectores cristianos habrían de reprender en los autores de la historia religiosa y eclesiástica sucesos autorizados por tantos otros semejantes que se hallan en las Santas Escrituras y en los padres más respetables de la Iglesia, y que parecen pertenecer de un modo muy particular al orden de la Providencia, singularmente para la extensión y propagación del Evangelio entre naciones bárbaras?

La residencia de Veracruz perdió este año un misionero infatigable en el padre Carlos de Villalta. Había sido muchos años beneficiado y excelente en la lengua mexicana, cuando el Señor, a los sesenta años de su edad, con un modo maravilloso, lo llamó a la Compañía. Recibido no sin dificultad, vivió en ella catorce años, siempre trabajando con la fortaleza de un joven, y tan conforme a las menudas observancias de nuestras reglas, como si hubiera entrado niño en la religión. Varón verdaderamente humilde, austero y riguroso consigo, cuanto amable y apacible con todos. En los últimos días de su vida trayéndole cartas de un hermano que tenía en el Perú, no permitió que se las leyeran, diciendo: *Conversatio nostra in Caelis est*. En efecto, empleado en afectos muy ardientes, y respondiendo él mismo a la recomendación de su alma, vio venir la muerte con aquella misma serenidad y devota alegría con que había hecho frente a los más penosos trabajos en el ministerio apostólico. Murió a 9 de enero de 1595. Poco tiempo después, habiendo de partir para Filipinas una recluta de nuevos misioneros, pareció necesario que algunos padres fuesen por delante, tanto para prevenir el pasaje de la misión, como para ayudar en aquella cuaresma la gente de los navíos, y muchos otros que de todo el reino bajan atraídos de la comodidad del comercio. En efecto, se vio ser muy saludable este pensamiento. En todos los vecinos, y singularmente en la gente de mar se hizo una extraordinaria conmoción. Fueron muchas las confesiones con grande trabajo y no poco con suelo de los misioneros. Se singularizó entre todos uno de los padres, uno por la extensión que tenía en lenguas extranjeras podía ayudar, igualmente a los indios, a los mercaderes y soldados de diversas naciones, franceses o italianos. No contentándose su celo en los cortos límites de aquel puerto, se extendieron a los pueblos comarcanos por más de treinta leguas. Los vecinos quedaron tan agradecidos, que trataron con muchas veras fundar allí un colegio de la Compañía, ofreciendo para esto no pequeña parte de sus haciendas, y señalando desde luego alguna renta para el sustento de los sujetos, para cuya seguridad enviaron algunos por escrito y firmados de sus nombres las ofertas que hacían, que pasaban de dos mil pesos. Se les agradeció su buena voluntad, y ya que no se pudo condescender con sus piadosos deseos, se les prometió que los padres que hubiesen de pasar a Filipinas, se enviarían siempre algún tiempo antes para que llevasen adelante aquellos brutos de penitencia y de piedad, que el Señor se había dignado obrar por medio de sus santos ministerios. Para conocer los rápidos progresos que hacía el Evangelio en la fiera nación de los chichimecas, bastará decir que en poco más de quince días,

en solo el pueblo de San Marcos, se bautizaron más de noventa adultos, y se dieron las manos conforme al rito de la Santa Iglesia, repudiadas sus antiguas concubinas, sesenta y ocho pares de indios, de los más valerosos capitanes de su gentilidad, y entre ellos uno que contaba en sus sartas treinta y seis muertos: se sujetaban a los padres y se dejaban corregir aun estando con las armas en las manos, con la mansedumbre y simplicidad de unos niños. Aun en tiempo de la tuna, que era para ellos la tentación más vehemente en que solían desamparar sus chozas y vivirse en los montes, en no interrumpida embriaguez, no se vieron salir del pueblo, sino dos sin licencia del misionero. Los demás la pedían con el mayor rendimiento, y con beneplácito del padre iban escoltados de los mejores cristianos para precaver la embriaguez o algún otro desorden, y volvían a dormir al pueblo. De los dos que habían salido de él sin licencia, eran un cacique de los más temidos entre ellos, y cuyo ejemplo pudiera ser de muy fatales consecuencias. El buen pastor, advertido de su fuga, salió luego por aquellos desiertos en busca de la oveja descarriada. El Señor, que guiaba los pasos de su celo, lo llevó puntualmente al lugar donde estaba acompañado de su mujer aquel bárbaro. ¿Y qué, le dijo, siendo vos el capitán y la cabeza de este pueblo habéis de dar tan mal ejemplo a vuestros hijos, y a mí una pesadumbre tan sensible? Si vos me faltáis ¿cómo podré yo contener a los demás? Estas pocas palabras, dichas con amor y con blandura, hicieron que avergonzado el indio, que era naturalmente de muy altos pensamientos, pidiese al padre perdón de su falta, y se viniese con él para el lugar. Esta docilidad tan no esperada en la nación más fiera y más inculta de la América, daba a los operarios una firme esperanza de ver muy presto reducidas todas aquellas gentes al culto del verdadero Dios. El padre provincial Esteban Páez, visitando el colegio de Zacatecas, quiso pasar por San Luis de la Paz; y dando cuenta de su visita al padre general, escribe así: «Una legua antes de San Luis salieron a recibirme muchos indios chichimecas a caballo con sus espadas ceñidas a la española, y otros muchos con sus arcos y flechas que causaban horror. A la puerta de la iglesia nos esperaba el resto del pueblo muy en orden, los hombres a un lado y las mujeres a otro. Después da una breve oración, hice que se preguntaran el catecismo unos a otros, y en este género los chichimequillos de la escuela o seminario nos fueron de mucha recreación, porque se preguntaban y respondían con mucha presteza, no solo las preguntas ordinarias de la doctrina, sino el ayudar a misa, y lo que se responde a los bautismos solemnes, lo cual decían con tanta distinción y buena pronunciación, como si hubieran estudiado latín algunos años. Al día siguiente dijo misa, oficiándola los mismos indios en canto llano con tanta destreza, que los españoles no lo harían mejor. Con esto se van domesticando, y aficionando a la virtud, y con su ejemplo, otros infieles de la misma nación, grandes salteadores y homicidas, van saliendo a poblado. Entre estos vi un indio que había muerto más de treinta españoles, y contando los indios llegarían a ciento, y ahora está tan sujeto, que es uno de los que responden de rodillas el catecismo. En San Marcos vino a nosotros un indio que servía de intérprete, diciendo que un indio y una india muy viejos y enfermos querían ser cristianos. Fui a verlos a sus chozuelas, les hice catequizar y los bauticé con gran consuelo de mi alma porque debían de tener entre los dos infantes

reengendrados en Cristo, hasta doscientos y cincuenta años. Al día siguiente pasé por la casa del viejo, y oyendo el nombre de Pablo, que lo había puesto en el bautismo, porque ya de vejez no tenía vista; se rió y pronunció con mucho contento los dulcísimos nombres de Jesús y María, como para mostrar lo que tenía en su corazón. Uno y otro nutrió dentro de muy pocos días, que no parece esperaban sino el bautismo. Repartía toda esta cristiandad medallas, cruces, rosarios y otras cosas de devoción que agradecieron mucho, y a la despedida me pidieron por intérprete tres cosas: la primera, que no les quitasen los padres que los doctrinaban, que era todo su consuelo; la segunda, que les fabricasen iglesias en que pudiesen oír misa y encomendarse a Dios; la tercera, que les diesen trompetas y otros instrumentos músicos para celebrar sus fiestas. En todo he hecho que se les dé gusto. Estas son algunas de las cosas que vi de paso en esta pobre gente, y como algunas pocas espigas de las grandes macolla que nuestros padres cogen en esta ciega, etc.».

Con semejante velocidad se adelantaban las espirituales conquistas en las cercanías de Guadiana y laguna grande de San Pedro. No así en Sinaloa, en que el ruido de las armas y expediciones militares, habían atemorizado y revuelto extrañamente aun a los que se hallaban inocentes. Por enero de 1595 entró en la tierra con 25 hombres don Alonso Díaz, vecino de Guadiana, enviado del gobernador de Nueva-Vizcaya, en calidad de su teniente, para proceder en la causa de aquella rebelión. Llevó consigo al padre Martín Peláez, hombre de raro mérito, que fue después provincial de esta provincia. Su primer cuidado fue asegurar a los moradores de la villa. Mandó fabricar una especie de fortín cuadrado con gruesas murallas de adobe, y alguna piedra con torreones en dos de los ángulos opuestos, que cubriesen cada uno dos lienzos del muro, y pudiese servir de asilo y ciudadela a los españoles en caso de algún repentino insulto. Informado del lugar en que vivía oculto Nacabeba y sus cómplices, envió a Miguel Ortiz Maldonado en su seguimiento. No pudieron penetrar el monte con tanto silencio no fuesen sentidos de los bárbaros. Hicieron prisioneras tres mujeres de las malhechoras, que no habían podido seguirlos en su fuga. Entre estas, era la mujer del impío Nacabeba, a quien uno de los indios amigos en el primer transporte de su cólera, sin poderse contener, tronchó con la mano la cabeza y recobró el cáliz quebrado, en que el padre celebraba el santo sacrificio. Nacabeba con su compañía sacrílega, no creyéndose bastantemente a cubierto de las armas españolas, procuró la alianza de los tehuecos, y la consiguió al vergonzoso precio de cederles él y sus compañeros todas sus mujeres. Los zuaques que en su primera fuga habían acogido a Nacabeba, vinieron a disculparse con el capitán, ofreciendo en prueba de su sinceridad enviarle, como les pedía, lo que hubiese quedado en sus pueblos del venerable padre. En efecto, recibidos a la gracia de los españoles, y vueltos a su nación, enviaron al otro día la cabeza del padre Tapia. El capitán Alonso Díaz, dejando en su lugar a Juan Pérez de Cebreros, vecino honrado de Culiacán, dio la vuelta a Guadiana, y el padre Martín Peláez para México, llevando consigo el sagrado cáliz, y la venerable cabeza del siervo del Señor. Entre tanto, los cuatro misioneros procuraban, a pesar de la turbación y el miedo de los pueblos, adelantar cuanto pudiesen la obra del Señor. El cacique de Nio, que cultivaba el padre Pedro Méndez, se había bautizado y casado, conforme al

rito de la Iglesia. Este nuevo cristiano mostró desde luego mi celo ardiente por la conversión de los suyos. Hacia con ellos todos los oficios de caridad para atraerlos al rebaño de Jesucristo, los buscaba entre las malezas y las breñas; prometíales seguridad de parte de los españoles y buen recibimiento de los padres. Daba a estos noticia de las supersticiones de los indios, para que pusieran oportuno remedio. Entre otras cosas reveló al misionero un ídolo que tenían muy oculto, y en que adoraban la pitaya (fruta deliciosa de que hacían también un licor fuerte). El padre, por las señas que le dio el fervoroso neófito, halló colgada de un árbol una figura con rostro humano, y lo demás no podía distinguirse. Estaban todas las ramas adornadas de varias pinturas, aunque groseras, y de arcos de flores y de yerbas olorosas, que en el poco cultivo de aquellas gentes, le causó no poca admiración. No le causó menos la docilidad con que a pocas palabras entregaron al padre el idolillo para que hiciera de él lo que quisiese. El misionero lo quemó en su presencia, haciéndoles al mismo tiempo una provechosa instrucción.

Otro triunfo muy semejante consiguió el padre Hernando de Santarén en el pueblo de Guazave. Salía para la villa escoltado de dos soldados españoles y algunos indios. Uno de estos, que iba más avanzado, se entró por una senda del monte, dejando el camino ordinario. El padre se sintió movido a seguirlo, y vio que a poca distancia se detenía, haciendo ciertas señas de adoración ante una piedra en forma de pirámide, como de una vara, poco más de alto, en que estaban toscamente grabadas algunas figuras. El padre, que oculto le observaba, lleno de una santa indignación, le mandó derribar aquella piedra, y temiendo el bárbaro tocarla por no morir, como decía, al instante. Esto acabó de encender el celo del misionero, que ayudado de los españoles le llevaron arrastrando hasta la plaza de la villa, donde la expusieron al público ultraje de los cristianos. Los guazaves que se hallaban presentes, sobrecogidos de horror, discurrían muy funestamente, pronosticando enfermedades y muertes. Entre otros, se le oyó decir a un anciano que aquella misma noche un violento torbellino o huracán de vientos, pondría en consternación los pueblos y derribaría las casas y las iglesias. O fuese efecto de su mal deseo o sugestión del demonio, que por medio de aquella piedra se decía haberles hablado varias veces, o lo más cierto, prudente conjetura del mal viejo, fundada en ciertas observaciones que suelen hacer a los rústicos, más acertados que a los astrólogos en este género de predicciones, aconteció que saliendo de la iglesia, donde para hacerles una exhortación los había juntado el padre Santarén, una furiosa tempestad de aire turbó tan repentinamente la atmósfera, que no pudiendo estar a descubierto por el polvo y arena que los ahogaba, tampoco podían refugiarse a sus chozas, que como eran de paja y esteras, volaban muchas a discreción del viento. El justo cumplimiento de esta predicción, a pesar de las razones con que se procuraba desengañarlos, confirmó a los guazaves en la idea de su imaginaria, y mirando al padre como un hombre sacrílego, sobre quien debía caer prontamente la venganza del cielo, lo dejaron solo y huyeron a los montes, de donde no salieron sino a costa de muchas fatigas, viajes y ruegos del padre Santarén. Para esto, le ayudó notablemente una india cristiana, que había sido en Culiacán esclava de españoles y restitúdose a su patria. A diligencias de uno y otro volvieron los indios a su pueblo. -La buena

india servía de catequista juntándolos dos veces al día para la explicación de doctrina, visitando los enfermos y avisando al padre de su disposición y su peligro. Fue tanta la docilidad y aplicación de los guazaves, que aun de noche se juntaban voluntariamente a cantar la doctrina, el tiempo que antes solían emplear en los bailes supersticiosos y en los cantos bárbaros.

La mayor dificultad era hacer que volviesen a sus pueblos algunos indios de los que administraba el padre Tapia, y que el miedo había confundido con los malhechores, y hecho refugiarse entre los tehuecos. Estos bárbaros tenían bajo su protección a Nacabeba, y no parecían estar de humor de ser visitados de los padres. Sin embargo, sabiendo el padre Juan Bautista de Velasco que en los primeros pueblos había algunos caciques bien dispuestos a favor de los cristianos, determinó pasar a verlos y reducir los descarriados a sus antiguos rediles. Había en el primer pueblo un indio a quien los españoles habían dado el nombre de Lanzarote, de un talle gentil, de muchas fuerzas, y de un ánimo mayor que ellos, muy hábil, sin la astucia y cavilosidad en que suelen caer los muy sagaces, antes de un espíritu justo, y de una elevación y exactitud de pensamientos muy superior al genio de su país. Gentil, pero extremadamente afecto a los españoles y a su religión, que conocía ser muy racional. Este salió a recibir al padre hasta tres leguas de su pueblo, y hablando con los soldados que le acompañaban. Yo bien conozco (les decía) las intenciones de los padres. Estos hombres no buscan sino nuestro bien. Lo primero a que hacen la guerra son los licores fuertes y las mujeres. En lo primero no tengo mucho que sacrificar; en lo segundo de cinco mujeres que he tenido hasta ahora, ya dejé las cuatro y me ha quedado con la más joven, para que en mí no hallen estorbo sus buenos consejos. Entrando en el pueblo, si encontraba alguno que no tuviese más de una mujer, decía a los padres: este era bueno para cristiano. Hospedó al misionero en su casa, y mostrándole un niño pendiente aun a los pechos de su madre, este niño, (la dijo) es la cosa que más amo en el mundo y deseo mucho verlo cristiano. Si a mí, o por la guerra o por algún otro accidente me aconteciere morir fuera de los míos, desde ahora os le entrego para que como a hijo vuestro le eduquéis en la religión y en las costumbres que profesáis, aunque sea contra la voluntad de su madre y de los míos. Las frutas, pescado y otras cosas con que regalaba a su huésped, todo se lo ofrecía en nombre de Miguelito, nombre que le impuso mucho antes de recibir el bautismo. Un cacique de tan bellas luces y que era tenido como el héroe de su país, fue el instrumento que Dios preparó al padre Velasco para la reducción de sus medrosos neófitos, y para principio feliz de la conversión de aquellas gentes. Volvieron muchos de los indios huidos a sus tierras: no contento con estos buenos oficios el bravo cacique, determinó vengar él solo la injuria hecha a la fe y a la nación en la muerte del padre Tapia. Supo que en uno de los pueblos de su nación tenían los asesinos una de aquellas sus nocturnas arengas y bailes. Se armó de su arco y flechas, y llegó a tiempo en que el bárbaro orador, bajo una enramada, inflamaba los ánimos de sus oyentes, incitándolos a acabar con el resto de los españoles. Aunque algo distante y muy entrada la noche, al primer flechazo cayó en tierra el predicador. Todo el pueblo corrió a las armas; pero Lanzarote, que no conocía el temor, corrió en medio de tantos enemigos a cortar la cabeza al

herido; pero movido de sus lágrimas y ruegos, le perdonó la vida, generosidad inaudita entre estas gentes; solo así tomando puños de tierra le llenó la boca, diciendo: habla ahora contra los españoles y contra los padres que no te han hecho daño alguno. Entre tanto, todo el pueblo con armas había corrido al lugar de la asamblea. El valeroso cacique sostuvo solo todo aquel golpe de bárbaros por mucho tiempo, hasta que herido en el cuello dio la vuelta a su pueblo, sin que ninguno se atreviese a inquietarlo en su retirada.

Mientras que los tres padres así trabajaban con los indios, el padre Martín Pérez había partido con el capitán Bartolomé Mondragón y algunos soldados a las minas de Baymón. Estuvieron estos, según la relación del mismo padre, en los confines de Sinaloa y la provincia de Tepehuanes, al Oriente de la Sierra Madre, que hubieron de pasar con no pocos trabajos. Confesados aquí todos los españoles y bautizados algunos acajes, que era la nación más vecina, un suceso que interesaba su celo, le hizo tomar el camino de Topía, no poco distante. Un español, acusado de una torpeza abominable, había denunciado por cómplices más de treinta personas del mismo real, y entre ellas cuatro o cinco inocentes, y que un motivo de venganza le había precipitado a denunciar. Informado el padre de la inocencia de aquellas personas muy honradas, se puso a grandes jornadas en Topía. Se había ejecutado ya la sentencia en algunos, y se procedía ya a sacar al suplicio a los inculpados, sin haber podido obtener que se desdijese el denunciador. El padre Martín Pérez, poniéndole vivamente a los ojos la condenación que le esperaba, en una y en otra exhortación fervorosísima, hubo de mudarle el corazón. Se desdijo solemnemente con mucho honor de los acusados, y fue tanto el arrepentimiento del falso acusador, que estando sin prisiones, y pudiendo fácilmente salir de la cárcel con toda que le prometían, nunca quiso, diciendo que quería con aquella pública afrenta satisfacer al Señor por sus pecados, y pagar con su cuerpo lo que en él había ofendido a su Majestad.

El grande fruto que unos pocos misioneros hacían entre las naciones bárbaras en Sinaloa y en las demás misiones, dieron motivo a que se pretendiese emplear el celo de nuestros operarios en todos los reinos que de nuevo se descubrían o pretendían conquistarse en la América. Había sucedido a don Luis de Velasco el segundo, en el gobierno de Nueva-España, el excelentísimo señor don Gaspar de Zúñiga y Azevedo, conde de Monterrey. Entre las instrucciones que traía de la corte, era una la conquista del Nuevo-México, que efectivamente encomendó luego a don Juan de Oñate, a principios del año de 1596. Este noble vizcaíno no se distinguía menos por su valor y su conducta, que por su insigne piedad. Luego que se vio revestido de esta importante comisión, escribió al padre provincial en los términos siguientes: «Yo doy toda la prisa del mundo para el buen despacho de esta jornada del Nuevo-México. Y lo principal para que tenga el éxito que nuestro Señor quiere, y el principio sea santo, y el medio y el fin sea con glorioso triunfo, me resta llevar solo dos padres de la Compañía ahora de presente, porque parece que tienen particular gracia del Señor para plantar la planta nueva y tierna del Evangelio en los corazones de los hombres, y para componer pasiones, y atropellar dificultades. Suplico a vuestra reverencia me haga merced de concederme esta súplica, que no se me puede negar por ser tan justa, y en servicio de Dios nuestro Señor y

aumento de su santa fe. Sobre esto escribo también al señor virrey». No se pudo condescender a las instancias de uno y otro, porque el rey católico, informado del ardiente celo y copioso fruto con que habían plantado y promovido el culto del verdadero Dios en la América los religiosos de San Francisco, mandaba que pasasen a promulgar el Evangelio al Nuevo-México, los que con tanto acierto y felicidad lo habían plantado en el antiguo. Sin embargo de esta repulsa, equipando pocos meses después el mismo virrey una armada para la conquista de la California, quiso que los jesuitas acompañasen en esta expedición al capitán Sebastián, vizcaíno, que también ardientemente lo deseaba. La escasez de sujetos que había aun en la provincia, y la poca esperanza que podía fundarse sobre aquel armamento, no dio lugar a admitir esta proposición y emprender una conquista que el cielo tenía reservada a la Compañía en tiempos más oportunos, que ocuparán un gran lugar en esta historia.

El excelentísimo conde de Monterrey mostraba en todas ocasiones un singular aprecio a la Compañía. El grande ejemplo de personaje tan ilustre dio mucho esplendor, y acabó de poner en toda su perfección la congregación del Salvador, a cuyos ejercicios asistía con frecuencia los domingos en medio de las ocupaciones de un gobierno tan dilatado. Redimía con gruesas limosnas muchos presos de los que por deudas estaban en las cárceles, imitándole con esto muchas personas de las que componían el gremio de aquella congregación. Con la licencia que el año antes se había conseguido del nuncio apostólico, se dispuso para el día 2 de febrero la dedicación de la nueva iglesia que se había fabricado ínterin se edificaba el suntuoso templo que pretendían hacer los insignes fundadores de aquella casa. Era bastantemente capaz, y a su proporción crecieron los concursos, y pareció dilatarse tanto la caridad de sus moradores en todo género de espirituales ministerios, como la generosidad de los vecinos en las frecuentes y copiosas limosnas con que contribuían a su sustento.

El colegio máximo de San Pedro y San Pablo correspondió de su parte al grande afecto que el señor virrey mostraba a la Compañía. Habiendo querido el excelentísimo honrar con su asistencia el inicio general, y siendo esta la primera ocasión que visitaba nuestros estudios, se le recibió con un coloquio de varios metros latinos, dando a conocer toda la utilidad que resultaba al público de la instrucción de la juventud, y el paternal empeño de su excelencia en este importante asunto. Después de esto, doce de los mejores estudiantes, ricamente vestidos, le presentaron otros tantos carteles con varias empresas y jeroglíficos alusivos a las armas de su nobleza, aplicándolos en verso castellano al lustroso empleo que ejercía, y a los grandes talentos y cristianas virtudes que ilustraban su persona. Con semejantes funciones literarias celebraron los estudiantes del colegio máximo a los ilustrísimos señores don fray Ignacio de Santibañes, primer arzobispo de Filipinas, del orden de San Francisco, y don Bartolomé Cobo Guerrero, inquisidor mayor de México y electo arzobispo de la Nueva-Granada. El cultivo de las musas y de la bella literatura no disminuía un punto en los maestros y en los discípulos el amor de la virtud. Los mismos que con tanto acierto los guiaban al templo de la sabiduría, se reían por las calles públicas de la ciudad a la frente de aquella tierna juventud, ir a servir a los pobres de Jesucristo en los hospitales y en las cárceles, y salir de allí a las fuentes de la ciudad a

llevar agua a los presos que padecían en aquellos tiempos mucha escasez; ejemplo de grande caridad, de mortificación y abatimiento en que por muchos días se ejercitaron nuestros hermanos estudiantes, a quienes acompañaban algunas veces los seculares y los seminaristas de San Ildefonso. El mismo fervor y la misma constancia había en los demás ejercicios de la congregación de la Anunciata de que todos eran miembros. El buen olor de tanta edificación no llenaba solo a México, sino que había corrido a toda la extensión de la América. Unos devotos sacerdotes de Guatemala, distante más de trescientas leguas de la capital de Nueva-España, escribieron al padre prefecto de la congregación de México les mandase los estatutos de la congregación para formar ellos otra semejante. De parte de la de México se les respondió confirmándolos en sus buenos deseos, y dándoles esperanza de alcanzar por medio de nuestro muy reverendo padre general alguna gracia de la sede apostólica para que tan buenos principios se perpetuasen a gloria del Señor y de la Virgen Madre. Finalmente, no podemos pintar con más vivos colores la regularidad de costumbres y anhelo de la perfección en que florecían nuestros estudiantes, que con las palabras de la annua que se escribió al padre general. Hállanse, dice, movidos muchos a entrar en diversas religiones, tanto, que en sola la de San Agustín se recibieron en un día diez y ocho estudiantes de nuestras clases, escogidos entre más de cuarenta que andaban en la misma pretensión.

Entre las frecuentes misiones que del seminario de San Gregorio se hacían a pueblos de indios, fue este año una de las más señaladas.

Llegando a cierto lugar los misioneros hallaron que una india malvada, favorecida del demonio, había con sus predicciones y hechizos trastornado los ánimos de aquella pobre gente, para que sin temor alguno, o esperanza de los castigos y premios de la otra vida, se entregasen a la más infame idolatría, y a las abominaciones más brutales. Comenzaron luego a persuadir con todas las razones más fuertes la verdad de este artículo fundamental de nuestra fe. Verosímilmente en la disposición presente de los ánimos hubiera sido muy poco el fruto de su predicación, si el cielo no se hubiera declarado a favor de su santa fe con uno y otro caso que les puso ante los ojos cuanto debían esperar y temer de la vida venidera. Un indio que había sido tullido toda su vida de pies y manos, y pasaba mendigando, acometido repentinamente de una apoplejía quedó yerto y fuera de sentido. [Sucesos raros] Creyéronlo todos por muerto, y aun el padre que acudió prontamente a confesarlo, se contentó con decirle un responso. Volvió en sí después de dos horas llamando a grandes voces al padre. Hallole con el aliento en fatiga y bañado de un copioso sudor nacido de la interior congoja que manifestaba bien en los ojos y en todo el aire del semblante. Se confesó con muchas lágrimas, y añadió que en aquel tiempo habían pasado por él cosas muy grandes. Luego que me acometió el accidente, dijo, me pareció ir por un camino muy ancho siguiendo a muchos que marchaban delante de mí con grande ruido y fiestas; mas a poco trecho vi un despeñadero profundo que terminaba en una olla de fuego, como un horno de cal. Oí dentro de aquella caverna grandes alaridos y ruido de cadenas, y unas voces espantosas que decían: Aquí pagarías ahora vuestra embriaguez y deshonestidad; aquí veréis qué era lo que teníais en tan poco. En esta confusión, una persona de hermoso y apacible semblante me

condujo por la mano a una senda muy angosta por la ladera del mismo monte, y a su falda vi un hermoso valle y campos muy floridos, a que era necesario entrar por una puerta de donde salía mucha luz. Quise entrar; pero el compañero me detuvo, diciendo que aun no podía, que debía antes confesarme, y dar de parte de Dios algunos avisos. Anda, me dijo, y dile a la india hechicera, que tanto estrago hace en el pueblo, que dentro de tres días morirá y vendrá a pagar sus maldades en este lugar de tormentos. Avisa también al cacique de tu gente que aquí tiene el lugar prevenido para castigo de sus liviandades. Era este indio tan distinguido entre los suyos por su antigua nobleza, como infame por la corrupción de sus costumbres, y que en su continua embriaguez, roto el freno de la vergüenza, se vestía de mujer y corría todo el lugar entregado a los más torpes desórdenes, con vergüenza y horror de la humanidad. Pidió el penitente consejo al padre, e instruido de lo que debía hacer, quedó suspenso y dudoso de la verdad del caso hasta que lo confirmase el éxito. En efecto, la india pernicioso, que ninguno se había atrevido a descubrir al misionero por el temor que tenían todos de su poder, luego que fue avisada del indio quedó sobrecogida de un espanto que lo trajo muy presto la enfermedad. La criminal vergüenza de confesarse le hizo resistir dos días a todas las sollicitaciones. Al tercero día, más horrorizada con la vecindad del peligro, se confesó con señales de verdadero arrepentimiento, y acabada de recibir la absolución expiró, dejando bastante fundamento para creer que por una oportuna penitencia previno, como los ninivitas la sentencia de su condenación. El cacique vio después ejemplarmente otra india rica del mismo pueblo, pero que había mostrado siempre un corazón de piedra para con los pobres de Jesucristo y no mereció que el Señor usase con ella de su misericordia. Murió repentinamente: una piadosa sobrina suya había hecho en quince días mucho bien por su alma. Una noche que había en su casa más de doce personas oyeron por lo largo de la calle ruido de cadenas arrastradas y gemidos amarguísimos, que cada instante se percibían con más claridad. Llegó a las puertas de la casa, y con una voz funesta y ronca, no hagáis, dijo, más bien por mi alma, ni me digáis misas que antes me son de mayor pena; bástame mi gran trabajo. Dicho esto pareció que la arrastraban, oyéndose el sonido de las prisiones y los tristes alaridos como de quien se iba alejando. Los circunstantes todos adolecieron del espanto, y se confesaron generalmente. El fruto que provino de uno y otro caso, mostró bien que era su autor el que lo es de la verdad, en cuya confirmación cedieron con mucha gloria suya y provecho de las almas, estos y algunos otros maravillosos sucesos que por la semejanza omitimos.

De esto se vio mucho en dos misiones que se hicieron por este mismo tiempo del colegio de la Puebla; pero aun fue mayor la gloria que dieron al Señor y a la Compañía los sujetos de aquella casa con su heroica presencia, persuadidos a que el padecer cosas grandes, no menos que el hacerlas, es propio de los que se precian de seguir las huellas del Salvador. Levantaron a uno un falso testimonio en la materia más delicada del sigilo de la confesión. Una denuncia como esta no era precisamente contra el crédito de aquel sacerdote, sino que parecía deber arruinar el ministerio santo con que se ganaban a Dios tantas almas. Sin embargo de este tan hermoso pretexto para emprender una apología en que se interesaba

todo el cuerpo de la religión, el acusado determinó callar y dejar la defensa al Señor que era testigo de su inocencia. Este constante silencio tuvo más fuerza que cuanto hubiera podido decir en su favor: el calumniador se avergonzó de haber puesto a tan dura prueba la virtud del padre, y movido de un verdadero arrepentimiento retractó de palabra y por escrito cuanto había depuesto. Semejante satisfacción dio otro joven rico y libertino, que lleno de furor de que uno de los nuestros le intentase apartar de una mala amistad en que vivía con escándalo, había divulgado por toda la ciudad, que bajo el pretexto de aquel celo santo de depositar la mujer en una casa honrada, la tenía a su disposición y vivía deshonestamente con ella. Grandes ejemplos de la malicia y obstinación de ciertos genios, y de la caridad, celo y paciencia de los calumniados, que al mismo tiempo nos enseñan la precaución y prudencia que debe acompañar al celo apostólico para este género de empresas a que tanto contradice el mundo.

[Preservación de los jesuitas en Oaxaca] Mientras que así se padecía en la Puebla, se trabajaba gloriosamente en Oaxaca. Una enfermedad, que hacía igual estrago en los españoles y en los indios, ofrecía a nuestros operarios una abundante mies de merecimientos y de gloria. Fue de notar que en dieciocho o más sujetos que moraban en aquel colegio, ninguno fuese herido de la epidemia, tratando incesantemente día y noche con los apestados y respirando aires corrompidos; antes en este tiempo crítico, quiso el Señor dar cuasi milagrosa salud a uno de nuestros coadjutores, molestado desde mucho antes de una tenacísima quartana. Era justamente día en que debía acometerle, y en que, según la costumbre de la Compañía, había en casa una de aquellas recreaciones de cada tres meses, en que se relaja un tanto el arco de la religiosa mortificación, para volver con mayor aliento al trabajo. El hermano, sintiéndose ya con algunos indicios de próxima quartana, se abstuvo de comer al tiempo de la comunidad, y preguntado, respondió que se sentía herido ya algún tanto de la fiebre. Dígale que no venga, replicó uno de los padres, a que el buen hermano respondió, eso podrá hacerlo vuestra reverencia. Yo lo haría, dijo el sacerdote, si tuviese la santidad y el dominio que sobre ese mal tuvo nuestro padre Francisco de Borja. Pues a lo menos, dijo el coadjutor, en nombre del siervo de Dios mándelo vuestra reverencia. Entonces el padre, animado de la sincera, dijo, en nombre da nuestro padre Francisco de Borja que no vuelva más a molestarle. En efecto, desde aquel mismo instante sintió disiparse aquellos fatales pronósticos que tenía de la fiebre, no volvió más, y el hermano empleó su salud en servir a los enfermos como todo el resto de nuestros operarios. La caridad y fervor que mostraron en esta importante ocasión les ganó nuevas estimaciones de parte del ilustrísimo don fray Bartolomé de Ledesma, que habiendo fundado un monasterio de monjas en aquella ciudad, quiso que los jesuitas le ayudasen a darle la mejor forma para su establecimiento y perpetua observancia. En Guadalajara faltó un grande operario de indios en el padre Gerónimo López. Había sido beneficiado de uno de los más pingües beneficios, y provisor de indios en el arzobispado de México. Todo lo dejó por consagrarse en la Compañía al servicio de sus prójimos. Fue juntamente con el padre Pedro Díaz primer poblador del colegio de Guadalajara, y mereció grande estimación y confianza del señor don Domingo de Arzola, que luego

quiso que le acompañase en la visita de su diócesis. Hombre de mucha humildad, de sinceridad y pobreza admirable, y de un amor para con los indios, que les dejó materia de mucho dolor. Murió a 27 de noviembre con el género de enfermedad que había pedido al Señor, breve para no ser gravoso a sus hermanos, y que no le privase de sentido para poder aprovechar aquellos últimos y más preciosos momentos. Por lo demás, esta grande pérdida se procuró reparar bien presto, enviando otro sujeto que siguiese el mismo plan en socorro de los indios. Semejante cuidado había en el colegio de Veracruz, de Pátzcuaro, de Zacatecas y Valladolid. En la sede vacante del ilustrísimo señor don fray Alonso Guerra, gobernaban aquella santa iglesia los señores capitulares, y cuidadosos de la instrucción y aprovechamiento del colegio de San Nicolás, de que son patronos, procuraron se encargase de nuevo la Compañía de la educación y gobierno de aquella juventud; la carta que para este efecto escribió el ilustre cabildo al padre provincial dice así: «El principal blanco a que se debe tirar en las partes que piden recogimiento, es el servicio de Dios y buenas costumbres, que precediendo esto, lo demás, que es la ciencia, les es muy fácil a los que echan por ese camino. Y a esta causa la santa Compañía ha resplandecido siempre. Y aunque es verdad que este cabildo está muy agradecido a la merced que vuestra paternidad poco ha nos hizo en dar a este colegio quien le enseñase, lo que pueden aprender son letras, que no satisfacen a lo que este cabildo pretende, que son virtudes. Resta que para que la merced sea cumplida alargue la mano en hacernos la de que el padre que les lee, o que vuestra paternidad fuere servido, esté en el colegio dentro, que con eso estará este cabildo muy consolado, porque la experiencia nos muestra algunos inconvenientes que trae el salir fuera los estudiantes, y por entender es esto de lo que Dios se sirve; y tener a vuestra paternidad por tan siervo suyo, le suplicamos con todo el encarecimiento que podemos, a quien Dios guarde muchos años con el aumento de la vida que este cabildo desea. De Valladolid y de noviembre 13 de 1536 años. -El deán don Pedro de Aguayo. -El racionero Peñafiel. -El canónigo Gerónimo Yepes. -Por el deán y cabildo sede vacante, el racionero Gerónimo de Yepes, secretario».

Aun con mucha mayor eficacia escribió separadamente el dicho canónigo don Gerónimo Yepes: «Hanme dicho mis hermanos de la Compañía tener vuestra paternidad salud, y que muy de próximo será vuestra paternidad por esta provincia, dolo que recibo muy particular contento, porque espero que lo que no pude acabar con vuestra paternidad los días pasados, que fue que la Compañía volviese a entrar en nuestro colegio de San Nicolás, ahora viendo tan al ojo el deservicio de nuestro Señor en que los colegiales salgan tan a menudo, demás que ellos no tienen rector a quien respetar y otros inconvenientes muy graves, como entiendo que mis padres rector y Cristóbal Bravo han escrito a vuestra paternidad, le moveré a que cesen tantas ofensas como cada día se hacen a Dios de parte de estos colegiales, etc.». Sin embargo de tan vivas representaciones, el padre provincial Esteban Páez, informado de los motivos que había tenido la Compañía largo tiempo antes para dejar la administración de aquel seminario, y sabiendo lo que contra la Compañía comenzaba a publicar un cierto Carmona que aspiraba al rectorado de San Nicolás, sostenido de uno u otro de los capitulares más jóvenes, admitió que al estudio de latinidad viniesen los estudiantes a

nuestras clases, y procuró excusarse lo más modestamente que pudo sobre la administración y gobierno del colegio.

La Sinaloa era por este tiempo un terreno seco e ingrato, que no producía sino abrojos y espinas bajo los pies de sus apostólicos ministros. Poco pretexto bastaba para hacer renacer en aquellos corazones toda la ferocidad que parecía inspirarles el clima. Tres indios guazaves, nación que poco antes, a costa de muchas fatigas, había hecho el padre Santarén restituirse a su pueblo, con muy ligero motivo dieron muerte a una india cristiana, y temerosos del castigo, alborotaron a los demás y huyeron a los bosques y quebradas inaccesibles de los montes. Los niños, los vacaives, los matapanes y aun los ocoiriris, que habían sido tan fieles discípulos del venerable padre Gonzalo de Tapia, siguieron un ejemplo tan pernicioso. Los matapanes se acogieron a los tehuecos; mas estos no estaban en estado de poder socorrerlos. Una grande hambre se había hecho sentir en todo su país. Vinieron los tehuecos a Cacalotlán, población que de los buenos indios de las Cruces había fundado y promovido grandemente el padre Martín Pérez con el pretexto de comprar algunos víveres. Recibidos de paz abusaron de la confianza de los buenos cristianos, dieron muerte a unos, robaron a otros y talaron a muchos las sementeras. No tuvieron los cacalotlanes paciencia para tolerar tanto agravio, ni tenían fuerza para hacer frente a una nación numerosa y guerrera. Breve se les presentó ocasión en que les hizo olvidar la cristiandad, el amor de la vergüenza. Los matapanes, amigos de los tehuecos, vinieron poco después de su pueblo, atraídos de la misma necesidad y fiados en la antigua alianza de entrambas naciones. Los cacalotlanes acometieron repentinamente a sus huéspedes. Dieron muerte a diez, y cautivaron muchos niños y jóvenes de uno y otro sexo. Dejaron sus cuerpos a las fieras y a las aves, y se acogieron a sus bosques. El misionero, penetrado del más vivo dolor de ver descarriadas así sus ovejas, y desamparada la iglesia y el pueblo, anduvo muchos días por los zarzales y las breñas, convidándolos y llamándolos a su pueblo. La presencia de su pastor, a quien amaban tiernamente, los juntó muy en breve, y pareciéndole muy expuesto aquel lugar, les hizo mudar la población a otra parte, en que con la cercanía de otras naciones, quedasen a cubierto de las incursiones e insultos de los tehuecos y matapanes. El capitán don Juan Pérez de Zebreros, teniente de don Alonso Díaz, que había ido a Guadiana a solicitar que en la villa se estableciese un presidio de españoles, hubo a las manos en la ausencia del general cinco indios de los pueblos de Navoria y Tovoropa. No se hallaron cómplices en la muerte del venerable siervo de Dios Gonzalo de Tapia; pero sí en la muerte de algunos caballos, y conspiración contra los españoles. Fueron condenados a muerte, aunque interpuesta apelación, les conmutó esta pena en seis años de esclavitud el gobernador de la Nueva-Vizcaya don Diego Fernández de Velasco. En medio de tantos disturbios, se hacían algunos bautismos, y se veían algunos ejemplos de cristiana piedad que hacían revivir las esperanzas de los fervorosos ministros. En los ríos de Petatlán y Ocoiriri, se bautizaron en seis meses cerca de trescientos. Se confesaron la cuaresma muchos pueblos enteros, y ellos de su motivo fabricaron doce o trece ermitas, plantando cruces para andar la semana santa en estaciones, y hacer sus penitencias. Fue muy singular la entereza

y valor de una india joven, había estado por algún tiempo en torpe amistad con un español, y este le había proveído de buena ropa y algunas otras alhajas de muy grande precio, respecto a la pobreza de estas gentes. La india, tocada de la divina piedad, volvió en sí, y reconociendo el miserable estado de su alma, determinó apartarse de aquella ocasión. Envolvió toda la ropa y demás fatales prendas, que a tanto precio había adquirido, y dejándolas a su malvado amigo que dormía, se salió de la casa y se retiró a la de sus padres, donde en frecuencia de sacramentos vivió después ejemplarmente. Los frecuentes consejos de los buenos cristianos que habían quedado en los pueblos, los ruegos y buenos oficios de los padres, que con solicitud los buscaban por las breñas y ardientes arenales, las protestas que muchas veces les hicieron de parte del capitán, de que no se intentaba cosa alguna en perjuicio suyo, sino de los homicidas del venerable padre Tapia, y finalmente, la hambre e incomodidades grandes que padecían en los bosques, les obligó a irse aunque muy poco a poco, restituyendo con sumo consuelo de los misioneros a sus antiguas poblaciones. A fines del año ya todo estaba con una suma tranquilidad, y el curso de las doctrinas y demás ministerios, interrumpido con tan varias resoluciones, se estableció con nuevo trabajo de los padres para desarraigar no pocos desórdenes que les había inspirado la compañía de los gentiles y la libertad de los montes.

[Descripción de la provincia de Tepehuanes] Sin tanta inquietud y trabajo se hacía un fruto copiosísimo en la vasta provincia de Tepehuanes. Se extiende esta región desde la altura misma de Guadiana, a poco menos de 25 grados hasta los 27 de latitud septentrional. Sus pueblos comienzan a las veinticinco leguas de la capital de Nueva-Vizcaya, hacia el Noroeste en Santiago de Papásquiario. Al Norte tiene a la provincia de Tarmaumara, al Sur la de Chiametlán y costa del seno Californio, al Oriente los grandes arenales y naciones vecinas a la laguna de San Pedro, y al Poniente la Sierra Madre de Topía, que la divide de esta provincia y la de Sinaloa. La religión, las costumbres, el traje y las armas de estas gentes, eran, con poca diferencia, las mismas que hemos dicho de Sinaloa. La fecundidad de sus pastos y la riqueza de sus minas en Guanasebi Indehe, y otros lugares, atrajeron a su vecindad muchos de los pobladores de Guadiana, que tuvieron buen recibimiento de los indios. Seis o siete pequeños ríos formados de las vertientes de la sierra, fertilizan estos países. De los mayores es el de Papásquiario. Los más de ellos pierden su nombre en el de las Nasas, con que se juntan poco después de su origen y que da a los tepehuanes mucho peje. Otros cuatro o cinco en la parte más septentrional de la provincia atraviesan la provincia de Tarmaumara, y van a descargar al río Grande del Norte, que después de haber regado el Nuevo-México, desemboca en el Seno mexicano. El terreno que acabamos de describir fue un teatro muy vario, pero igualmente glorioso a los misioneros jesuitas.

Abrió la puerta al Evangelio en estos vastos países el padre Gerónimo Ramírez el año de 1596 en misión que hizo desde el colegio de Guadiana. Halló gentes más cautivadas y más vivas que los de la laguna, vestidas de lana y algodón, recogidas en chozas de madera, y algunas también de piedra y barro, con algún género de sociedad y policía, de buen talle, de mucha memoria y más que ordinaria capacidad. Ha acontecido (dice en su relación el misionero) oír una vez el catecismo y quedársele a un indio tan fijo en

la memoria, que pudo luego hacer oficio de maestro y enseñarles a otros, y no uno, sino otros muchos, oyendo hoy el sermón, lo refieren mañana sin errar punto substancial; prueba grande, no menos de la felicidad de su memoria, que de la atención y buena voluntad con que recibían la santa doctrina. El padre Gerónimo Ramírez, recorriendo, según su costumbre, las estancias vecinas a Guadiana, llegó no sin disposición del cielo a la Saucedá. Era esta la más vecina a la provincia de Tepehuanes, de quienes debía ser el primer apóstol. Muchos de ellos trabajaban en aquella vecindad con los mexicanos y tarascos, cristianos viejos; pero a quienes fuera del nombre nada había quedado de religión. La instrucción de estos era el primer cuidado del padre Ramírez; pero muchos de los tepehuanes, atraídos de una saludable curiosidad, venían a escuchar sus sermones, y no dejaban de aprovecharse de lo poco que entendían del idioma mexicano y del tarasco. Mostraban una docilidad y aun inclinación grande a las verdades de la fe. El misionero procuró atraerlos con dulzura, y conocido el fondo y la buena disposición de sus ánimos, pensó seriamente en anunciar el reino de Dios a aquella nación bárbara. Por entonces se contentó con celebrar en la semana santa los sagrados misterios, con una pompa y suntuosidad capaz de conciliarse la estimación de los gentiles. El orden de las procesiones, el canto, los instrumentos, las banderas, el adorno de los altares, las ceremonias del altar las disciplinas y otras penitencias que hacían los cristianos eran un nuevo y admirable espectáculo que no se cansaban de ver los tepehuanes. Algunos de estos, siguiendo el ejemplo de un cacique, que después servía de catequista, habían ya pedido el bautismo, e instruídose suficientemente para esta gustosa ceremonia, que se dispuso para la tarde de la dominica in albis. Vinieron en vistosa procesión los catecúmenos con el cabello suelto y guirnalda de flores, muy aseados y limpios los vestidos, con vistosa plumería y otros adornos de los que ellos aprecian, singularmente las mujeres. Sus padrinos los conducían de la mano siguiendo a la Cruz y ciriales, y a un gran concurso de gentes que con candelas encendidas marchaban en el mismo orden hasta la fuente de la vida, que se habla curiosamente enramado con muchas flores y yerbas olorosas, entre las cuales gorjeaban muchos pajarillos que en el mismo bosque, se tenían presos. El júbilo de los nuevos cristianos y de todo el concurso, fue inexplicable, y más aun el del celoso ministro, por cuyo medio habían renacido al cielo tantas almas³¹.

Solo pudo aumentar el deseo que conoció en el resto de los tepehuanes de semejante dicha. Volvía el padre ya de noche a la iglesia, y mirando con alguna atención hacia la enramada, que estaba ante la puerta, vio algunos bultos blancos, que reconoció ser catecúmenos, cuyo bautismo había diferido hasta instruirlos mejor. Estos infelices lloraban amarguísimamente, y preguntados de la causa de sus lágrimas: ¿No queréis que lloremos?, respondieron. Nosotros, con tu venida creíamos que ya Dios, movido a misericordia, quería perdonarnos nuestros pecados; pero vemos que bautizas a tantos y nos dejas a nosotros sin remedio. El misionero, enternecido, los consoló diciéndoles que aprendiesen brevemente la doctrina, y luego los bautizaría con mucho gasto. ¿Y cómo?, replicaron aquellos pobres, no satisfechos aun de la respuesta; ¿y cómo has bautizado tantos ancianos que no han aprendido todas las oraciones, ni las

aprenderán en toda su vida? Se les satisfizo, diciendo el especial motivo que había para hacer esto con los viejos y enfermos, y ellos quedaron con mucho aliento para hacerse dignos de la regeneración que tanto pretendían. Esta pequeña aventura dio a conocer al padre lo que podía prometerse de la capacidad y docilidad de los tepehuanes, y así, aunque por entonces, lo fue preciso dejarlos; pero dentro de muy pocos meses volvió a ellos, y entró mucho más en la tierra, siempre bien recibido, y cogiendo a manos llenas el fruto de su celo. Desde los primeros pasos quiso Dios bendecir los trabajos de su siervo con algunos extraordinarios sucesos, que le atrajeron grande estimación de aquellos pueblos. En el principal de Papásquiario había algunos pocos cristianos que había traído a la religión el trato con los vecinos españoles. Procuró el misionero que estos se confesasen y redujesen a un género de vida que atrajesen con su buen ejemplo a los gentiles. Salió el padre acaso un día en busca de enfermos que confesar recorriendo las rancherías, cuando vio que llevaban a enterrar a un indio envuelto y liado con una pequeña Cruz en las manos. [Caso notable] Afligido extremadamente de que sin su noticia hubiese muerto aquel cristiano, y llevado de no sé qué interior movimiento, se llegó al féretro, hizo desenvolver el cuerpo, y vio, o le pareció ver, alguna señal de vida, que los demás gentiles que lo llevaban no podían descubrir. Comenzó a darle grandes voces, a que no daba muestra alguna de sentido. ¡Cuánto diera yo, dice en su carta el mismo padre, por tener propicio a nuestro Señor en aquel punto para alcanzar de su Majestad el remedio de aquella alma! Mas teniéndome por indigno, volví los ojos a todas partes buscando algún cristiano que hiciese por él oración; mas no hallando alguno, me volvía contra mí acusando mis graves culpas, que entonces me estorbaban el valimiento con nuestro Señor para que oyese mis ruegos. Penetró los cielos la fervorosa oración, acompañada de tan profunda humildad. Volvió a llamar con nuevas voces y quiso Dios que comenzase a dar algunas señas de sentido: prosiguió el padre más animado, y volviendo en sí el enfermo pudo oír y hablar lo suficiente para confesarse con muestras de verdadera contrición. Quedó absuelto, y un instante después expiró con tranquilidad.

Todo el pueblo quedó persuadido a que el padre. Ramírez había resucitado un muerto, y fuese aprehensión o realidad, contribuyó infinitamente esta opinión para hacerlos dóciles a sus santos consejos. Todos se le rendían con una docilidad admirable, como a un hombre venido del cielo, que parecía tomar a su cargo el castigo de los que resistían a sus palabras; solo un viejo obstinado en su idolatría dijo que no quería bautizarse. El hombre de Dios procuró atraerle con la dulzura a que se lavase de sus culpas en las aguas del bautismo. Yo no necesito esas aguas, respondió el indio. Cada día me baño y me lavo en el río. Bien, dijo el padre; mas ese baño no será parte para que después de la muerte no vayas al infierno. ¿Morir yo?, replicó el engañado viejo: ¿no sabes que yo soy inmortal? Se persuadió el ministro a que solo Dios podía curar aquella ceguedad pertinacísima, y a lo que parece con luz del cielo le amenazó delante de todo el pueblo con un castigo muy cercano. El feroz indio salió riéndose de las amenazas, con no poco escándalo de todo el concurso. No tardó Dios en darle a conocer a aquel insensato su mortalidad. Habían concurrido a la mañana siguiente de muchas rancherías a la explicación de

la doctrina cristiana, cuando en medio de todos aquellos gentiles apareció el anciano ensangrentado todo el cuerpo y lleno de heridas, y hablando al padre con un tono de voz humilde y lastimoso. Yo conozco (dijo) que tú tienes razón, y yo estaba engañado. El demonio me había prometido la inmortalidad, que no podía darme. Una fiera me ha desengañado con bien triste experiencia, y me ha hecho ver que soy semejante a los demás hombres. Yo hubiera muerto a sus garras si Dios no me ayudara: ruégote que me bautices. No tuvo tan feliz éxito la caridad del padre con otro, indio, que ni quería bautizarse ni dejar a su cristiana mujer asistir a la doctrina y a los demás ejercicios de la religión que profesaba. Reprendido del celoso pastor, disimuló algún tanto; mas saliendo del umbral arrebató por fuerza la mujer y corrió a encerrarla en una cueva entre inaccesibles peñascos; pero aquella misma noche le dio el Señor entera libertad con la repentina muerte de su bárbaro marido.

Tan bellos principios tuvo la misión de Tepehuanes. No eran tan felices los progresos en la laguna de San Pedro. Los indios de las cercanías del lago, a que iban lentamente penetrando los padres, eran aun más rudos, y más temidos que los vecinos a Durango. Al arribo de los misioneros huían a los bosques y se escondían en algunas isletas que forma la laguna, persuadidos a que con la doctrina de aquellos hombres había de entrar la enfermedad y la muerte en sus tierras. Caminaban los varones apostólicos por los arenales y las breñas días enteros sin encontrar un indio, si no lo ofrecía la contingencia; pero con grande confianza de que habían de amansar aquella fiereza. Se bautizaron este año más de setenta adultos, y muchos párvulos. Tardos en percibir los misterios y verdades de nuestra fe, eran tanto más firmes en conservarlas. Un indio, oyendo que Dios era Criador de todo, replicó prontamente. ¿Y por qué crió las víboras tan perniciosas al hombre? Otra buena anciana, pidiendo el bautismo, dijo con sinceridad al padre, que desde que un hijo suyo cristiano le había enseñado, que Dios estaba en el cielo, muchas veces entre día, y todas las ocasiones que despertaba de noche, llamaba a Dios del cielo, y profundamente lo adoraba. Pero aun era más admirable la virtud de los chichimecas y la mansedumbre cristiana que había sucedido a la ferocidad y barbarie de aquella nación. En San Luis de la Paz se añadían cada día al número de los catecúmenos muchas familias que de los bosques y las malezas sacaban los padres para que viviesen en sociedad, y se les pudiese más oportunamente instruir en la doctrina del Evangelio. La semana santa se celebró con grande devoción de los españoles y edificación de los indios. Un pequeño accidente, de que se pudo temer alguna inquietud, contribuyó más que nada al aumento de la piedad. Un indio principal muy valiente y atrevido en su gentilidad, era después de bautizado el primero en la doctrina, y en los demás ejercicios de cristiana virtud. Tuvo la criminal condescendencia de acompañar a unos gentiles, que bebieron largamente el lunes santo. Quiso poco después entrar en la iglesia, donde había concurrido todo el resto del pueblo. El padre, informado del mal estado en que se hallaba, le mandó una y otra vez que no entrase. La fuerza del licor, y la vergüenza de aquella repulsa, acompañada del fondo de su indignación orgullosa y fiera, no le permitió conocer lo justo de aquella reprensión. Comenzó a vomitar injurias contra el misionero e incitar a los indios que lo dejasen solo y saliesen de la iglesia.

Conocieron cuantos le oían que el calor del vino le ponía en los labios aquellas voces tan ajenas de la conducta que había constantemente observado después de su bautismo: retiróse a su casa, y restituido asimismo, conoció la gravedad de su delito y vino a arrojarse bañado en lágrimas a los padres, que había inconsideradamente ultrajado. Ni contento con esta privada satisfacción, quiso resarcir el público escándalo, y el jueves santo, antes de salir la procesión, se acusó del desacato cometido contra su pastor, añadiendo que él estaba fuera de sí, y que prometía de lo uno y de lo otro la entienda. Dicho esto, comenzó a descargar sobre las desnudas espaldas golpes muy recios con una disciplina, diciendo a voces, que por amor de Dios le perdonasen y pidiesen por él a su Majestad. El mismo arrepentimiento mostró otro indio, que provocado en un desafío le había dado muerte a su competidor. ¡Admirables efectos de la gracia en una nación acostumbrada a no reconocer ni aun el dominio que dio la naturaleza a los padres, y a no tener en sus operaciones más reglas que el interés y el capricho!

FIN DEL LIBRO TERCERO

Suplemento primero a la Historia de la Compañía de Jesús en Nueva-España
Escrita por el padre Francisco Javier Alegre

El departamento del Nuevo-México es hoy bastante conocido por los aventureros tejanos, y objeto de sus especulaciones mercantiles, principalmente desde que se ha puesto en contacto con los Estados Unidos del Norte: se ha abierto un camino por el que transitan numerosas caravanas de mercaderes, y por medio de las cuales se fomenta el contrabando, se introducen efectos de primera necesidad y de lujo, y por precios muy cómodos. El abandono en que el gobierno español tuvo aquellos pueblos, y por lo que carecieron de muchos auxilios y artículos necesarios a la vida, ha hecho que sus habitantes tengan por un gran bien lo que considerado exactamente es un verdadero mal, y que envidiando la suerte de los establecimientos anglo-americanos, crean que no pueden ser libres y felices sino a la sombra de aquel pabellón, renunciando a la verdadera felicidad que hoy disfrutan por una facticia y quimérica. Conviene, por tanto, que el gobierno conozca el mérito de aquellas regiones, de donde puede sacar grande aprovechamiento por medio de una administración liberal a par que justa, y con cuyo objeto nos proponemos dar aquí una ligera idea. Tenemos a la vista un manuscrito precioso que disfrutaremos en este suplemento y llenará nuestro objeto; mas para ello es indispensable formar la relación, aunque sucinta, tomándola desde que conquistaron aquellas regiones los españoles y predicaron el Evangelio los religiosos

franciscanos.

[Situación geográfica. Descubrimiento, conquista del Norte. México y sus revoluciones] Se conoce por territorio del Nuevo-México desde el grado 23 de latitud boreal hasta el 45; pero rigurosamente se ignoran sus límites al Norte³². Al Mediodía tiene la provincia de Chihuahua, al Oriente la Luisiana y provincia de Tejas, y al Occidente parte de Sonora y California Alta. Su temperamento es frío, pero el terreno muy fértil por las muchas nieves que caen en invierno. Es común opinión que este territorio es el más parecido a la península española por su feracidad, temperamento y producciones. Es despejado y ameno, y participa de la Sierra Madre que se tiene por un manantial de oro³³ y plata, y sería el país más próspero si no tuviera tan cerca la gentilidad.

La conquista de esta tierra privilegiada tuvo los mismos principios que la de la provincia de Coahuila: toda fue obra de la Providencia. Por los años de 1532 se encontró la sección de tropa que puso Nuño de Guzmán a las órdenes de Pedro Chirinos a seis españoles que en la invasión de Pánfilo de Narváez a la Florida se extraviaron en los montes, y se encontraron con una nación que a la vez padecía una epidemia que la desolaba, y habiendo aquellos españoles acertado prodigiosamente con arbitrios eficaces para su curación, la contuvieron. Este feliz suceso los defendió de la fiereza de los bárbaros, los cuales no los dejaron salir del país por el interés de que los curaran en sus enfermedades. Ellos no perdieron la ocasión oportuna de catequizar a los indígenas que pudieron en los principios religiosos, y buscando arbitrios y modo para salir de su cautiverio promovieron con los indios amigos una expedición a la parte occidental del territorio, en donde suponían encontrar a sus compañeros. En las dilatadas mansiones que hicieron se detuvieron mucho tiempo en Nuevo-México, y de allí entraron a Sonora donde se reunieron a los españoles.

La fecunda semilla de religión que habían dejado en unos corazones tan bien dispuestos como los de los indios, se conservó hasta el año de 1591 en que entró al Nuevo-México el padre fray Agustín Ruiz, misionero franciscano. Este religioso residía en una misión del territorio de Chihuahua, y fue avisado de unos indios conchos amigos, que no lejos de allí había muchas naciones, y entre ellas algunas indígenas que ya tenían noticia de la religión católica. Trató luego el padre Ruiz de buscar a estos indios con empuño, y en breves días logró su objeto, catequizando y bautizando a aquellas afortunadas gentes. Luego procuró el auxilio de algunos compañeros, que felizmente se le proporcionaron de las misiones de Sonora. Cuando el virrey de México supo los nuevos descubrimientos y sus progresos, mandó a don Antonio Espejo con alguna gente y socorros para proteger las misiones. Por algunos alborotos que se suscitaron entre las tribus inmediatas, fue de necesidad que se pidiese más tropa para fundar algunos presidios, y salió de México una nueva partida a las órdenes de don Juan de Oñate, pariente de los conquistadores de Jalisco; el cual llegó a su destino en 1595. A los cincuenta años, es decir, en el de 1644, hubo una sublevación general de las naciones del territorio, en que murieron todos los misioneros, y aun el gobernador español a manos de los bárbaros: solo escaparon muy pocos habitantes que se refugiaron en el Paso del Norte. Desde allí se hicieron nuevas solicitudes al virrey para que se reconquistase lo perdido, y muchos de

los descendientes de los primeros defensores del país se reunieron a la gente que salió de Zacatecas y otros puntos a la reconquista de tan recomendables posesiones el año de 1694, a las órdenes de don Diego Vargas.

Esta revolución la refiere más detalladamente el padre Andrés Cabo en su Historia³⁴, diciendo, que los indios ya reducidos del Nuevo-México, subían a veinticinco mil, y estaban avecindados en veinticuatro pueblos: se convinieron con los gentiles que estaban extendidos por aquellas tierras en dar sobre los españoles. Para ejecutar esto con el secreto que el negocio pedía, hubo en diversas partes varias juntas. Ignórase si los indios ya convertidos movieron a los idólatras, o estos a aquellos: lo que consta es que la trama se urdió tan bien y que se guardó tal secreto, que aquella conjuración que poco a poco se había ido disponiendo y que se extendió por más de ciento cincuenta leguas, fue ignorada de los españoles, hasta que el día 10 de agosto, improvisamente a una misma hora los asaltaron, dejando muertos veintiún padres franciscanos, que cuidaban de aquellos pueblos y trabajaban en la reducción de los infieles y a todos los españoles que andaban por aquellas vastas provincias. Desembarazados los indios de estos, tuvieron la audacia de sitiarse el fuerte de la capital de Santa Fe, donde residen los gobernadores. Por medio de algunos naturales fieles, los soldados de aquella guarnición fueron avisados de que los enemigos se acercaban a la plaza: así que, poniendo en son los pocos morteretes y fusiles que había, se aprestaron para detener el ímpetu de los conjurados, que luego aparecieron dando grandes alaridos a su usanza. Los soldados los dejaron acercar; pero cuando estuvieron a tiro, las descargas hicieron en ellos tanto estrago, que el terreno quedó cubierto de cadáveres; mas no por esto aquellos bravos indios se acobardaron: soldados frescos entraron a substituir a los muertos que disparaban diluvios de flechas contra los españoles. En estas vicisitudes pasaron los días sin que aquellos indios se movieran de sus puestos, esperanzados de que su constancia haría rendir la plaza. Al cabo de este tiempo, consumidas las provisiones de boca y guerra, y no pudiendo los españoles tolerar la hediondez que despedían los montones de muertos debajo del fuerte, determinaron abandonarlo con la población, y a media noche por caminos secretos y despoblados salieron de Santa Fe, y se retiraron al presidio del Paso del Norte, que distaba doscientas leguas, desde donde dieron aviso al virrey³⁵ de lo que pasaba. Entre tanto, aquellos indios al día siguiente, viendo que el fuego había cesado, se creyeron que consumida la pólvora se les rendirían los españoles; pero como advirtieron que no se oía ruido ni había indicio de gente, contentos de haberlos obligado a huir, y sin pensar en seguirlos, quemaron todos los edificios. El virrey, temeroso de que aquella rebelión cundiera por las provincias confinantes, mandó hacer levadas y tomar todas las disposiciones para recobrar en el siguiente año lo perdido.

Al principio del siguiente, marcharon de México los escuadrones destinados a la expedición. Ordenóseles juntar gente de aquellos presidios y sentar el cuartel general en el Paso del Norte, en donde por las diligencias de aquel gobernador hallaron dispuestas todas las cosas para hacer aquella jornada que emprendían con todo el arte militar. De aquí salieron en busca de los enemigos; pero sus diligencias fueron inútiles, porque estos jamás

midieron sus fuerzas con los españoles, y bien que tuvieron diversos campos, estos los habían sentado en puntos inaccesibles, donde espiaban la coyuntura de que algunos soldados se desbandasen para dar sobre ellos. Este modo de guerrear, el más seguro para quebrantar las fuerzas de los españoles mantuvieron los indios en aquella campaña, de lo que aburridos los castellanos, quemadas sus rancherías y maizales, se volvieron al presidio. Hasta aquí el padre Cabo.

A merced de paciencia y constancia, se recobró después el Nuevo-México; pero no toda la parte que antes poseía el gobierno español, que hoy está poseída por naciones bárbaras limítrofes, que no han cesado de hacer irrupciones, y que serán mayores en lo sucesivo, por estar auxiliadas con armamentos de que los han provisto los anglo-americanos. Hoy no son aquellos bárbaros que solo peleaban con macanas, hondas y flechas: hoy hacen la guerra con rifles y fusiles, guardan las formaciones militares, y necesitamos para combatirlos igualdad en el armamento, e igualdad numérica en nuestros soldados; reflexión importante que no debe despreciar nuestro gobierno, si no quiere perder una inmensa extensión de terreno rico por la vegetación, no menos que por los tesoros de oro y plata de sus minas. El gobierno español no supo sacar el aprovechamiento que, debiera de aquellas posesiones, y puede decirse que las condenó al olvido. La ignorancia en que sus habitantes se han visto sumergidos, es igual a la escasez y miseria a que se han visto condenados. ¿Quién creerá que hasta el año de 1833 no se vio en Nuevo-México una imprenta ni un periódico? Pues ello es cierto, y podría presentar pruebas de esta verdad. Entre tanto, aprovechándose los norteamericanos de tales circunstancias, los han abastecido de cuanto necesitaban, ora sea de lujo, ora de necesidad, y por bajos precios. Los emisarios y corresponsales de estos, situados en Santa Fe y en otros puntos, ponderándoles las ventajas de su constitución los han seducido, hasta pretender agregarse al gobierno norteamericano inspirándoles odio mortal contra el gobierno de México, llegando al extremo de asesinar al gobernador don Alvino Pérez en un motín militar las mismas tropas de su mando. Los excesos habrían pasado hasta efectuar de todo punto su emancipación, si la Providencia no hubiera deparado allí un genio de la guerra y de la política en la persona del señor general don Manuel Armijo, que ha logrado restablecer el orden interior y batir con gloria la horda de aventureros tejanos que marchaban poco ha a ocupar todo el Nuevo-México.

El resultado que da esta relación es que el gobierno debe ocuparse seriamente en reducir a todas aquellas naciones bárbaras por medio, no de soldados, que ni tiene en número bastante ni dinero para pagarlos, sino por medio de misioneros que sepan atraer con la dulzura y suavidad evangélica a aquellos indios ferocísimos. No estamos hoy en el siglo doce en que San Francisco de Asís a poco de haber establecido su orden celebró su primer capítulo general en el campo de las esteras o petates (entre Asís y la Porciúncula) reuniendo allí más de cinco mil frailes³⁶. Tampoco vivimos en el siglo dieciséis en que un hijo natural de Carlos V vino de lego a San Francisco (el padre Gante) a establecer el Evangelio, quebrando más de quince mil ídolos mexicanos, y no queriendo admitir la mitra de México con que se le brindaba; pasó esa época dorada en que el espíritu de la predicación se había generalizado por todo el mundo, e hizo que se

presentase en la India un Xavier, y que el ardor de la caridad de San Ignacio incendiase el orbe comunicándose a sus buenos hijos. Los tiempos, repito, son muy diversos, casi se ha extinguido aun en los hijos de los que entonces lo practicaron... Hay por hoy, frailes convidados para llevar el Evangelio a las Californias, para fundar una nueva iglesia y evitar los progresos que hacen allí los sacerdotes protestantes, se le resisten al gobierno y a sus prelados para marchar a aquellas regiones, diciendo... Que en los votos hechos al tiempo de su profesión no hicieron el de misionar entre bárbaros, y esto ha detenido las remisiones de operarios que se pretendía hacer de México. Solamente se presentan en la palestra los hijos de San Ignacio reanimados hoy del espíritu de su santo fundador, y dicen... «Aquí estamos... Volaremos a las partes más remotas del universo a publicar el Evangelio y a morir por su nombre y su verdad:... mandadnos... nada exigimos de vosotros, nos basta un breviario, un crucifijo y un calzado; nuestra subsistencia corre de cuenta de aquel Señor providentísimo que viste al pájaro y lo adorna con colores más hermosos y brillantes que la púrpura de Salomón en día de gala, y lo alimenta sin sembrar el trigo que lo sustenta... mandadnos, haremos felices a los hombres, los sacaremos del seno de la muerte eterna, sobre cuyo borde de un profundo abismo están colocados, les enseñaremos las artes, las ciencias, y la gran ciencia de entrar en una patria dichosa eternamente y para que han sido criados». Yo no me avergüenzo de implorar hoy este auxilio a favor de unas naciones bárbaras, a quien es acto de caridad sublime el dárselo, ni a presencia de un gobierno que ha jurado proteger esta religión que profesamos, así para dicha de los pueblos, como del mismo estado; sí, lo repito, no me avergüenzo de hablar y abogar por esta noble causa a presencia del general Santa-Anna que por lo mismo ha merecido los elogios de un escritor extranjero³⁷; que ha protestado guardar la religión de sus mayores, ofreciendo además no faltarle en lo más mínimo ni en sus dogmas, ni en sus altares, ni en sus ministros, ni en su culto, ni usurparle sus bienes tan codiciados³⁸. Mucho menos me avergüenzo de tomar la defensa de unos religiosos, que a despecho de sus enemigos, de esos hombres que no creen hoy parecer sabios si no los deturpan, si no los calumnian, y si no reproducen cuanto se ha escrito contra ellos, y de quienes ha triunfado completamente en nuestros días la verdad, vindicándolos además completamente, un autor moderno que ha escrito revisando cuanto contra ellos se había proferido para hacerlos desaparecer de la faz del mundo³⁹. En confirmación de la necesidad urgentísima en que estamos de evangelizar las bárbaras naciones del Nuevo-México, presentaré un bosquejo de sus costumbres e idolatría, que no podrá menos de entristecernos, y hacer que con toda la efusión de un corazón cristiano pidamos al gobierno su socorro moral.

[Población] Lo que está poblado de Sur a Norte tiene de distancia setenta y seis leguas, y de Este a Oeste ciento seis, cuyo espacio encierra veinticinco pueblos de indios reducidos, incluso las tres villas de Santa Fe, Santa Cruz de la Cañada y San Felipe Neri de Albuquerque. Se contienen en los términos dichos las poblaciones de los españoles ó vecinos, cuyo número de familias sube a seis mil. La tierra restante la habitan los gentiles independientes que no obedecen más que a sus pasiones particulares, entre cuyas tribus hay algunas que se comen a sus enemigos,

otras los queman, otras los mutilan; algunas están en continua guerra y otras viven pacíficas. El odio de los primeros indios sublevados a los españoles de que hemos hablado, lo han heredado sus descendientes, y como no ha habido el esmero que debía en educarlos en las máximas religiosas, ellos continúan en sus antiguos desórdenes. Aunque las naciones reducidas se diferencian en sus idiomas, convienen en todo lo demás en el vestido: se embijan de colores, se arman y gritan de un mismo modo. Su color es cobrizo, son corpulentos y briosos, pero mal agestados, las orejas largas, de las que cuelgan anillos, uñas de animales y pedazos de concha; tienen poca barba, son muy ligeros en la carrera, y aunque el clima es frío están casi desnudos, porque sus vestidos se componen de unas botas, un mediano delantal que cubre sus vergüenzas, y un algodón, todo de pieles; las mujeres usan una manta cuadrada de lana negra muy estrecha, que andan con trabajo. Su alimento es el maíz; gustan mucho del trigo, del que hacen pan y tortillas; mas para ellos es plato regaladísimo el de ratones del campo asados o cocidos, y toda especie de insectos. Sus casas tienen dos y tres altos, pero son muy pequeñas y con la puerta a la azotea, acaso por temor de sus enemigos.

[Sus bailes] Tienen además de las casas en que habitan, en cada pueblo, una, dos, o más casas subalternas, capaces de poder abrigar dentro de su espacio a todo el pueblo, a las que llaman estufas, que más propiamente deberían llamar sinagogas. En estas hacen sus juntas, forman sus conciliábulos, y ensayan sus bailes a puerta cerrada. Los bailes supersticiosos son entre otros el de la tortuga, fortuna y cachina, que precisamente celebran en viernes con la asistencia del pueblo: el segundo lo bailan en obsequio de sus ídolos, y al que llaman Dios de la fortuna, de cuya mano creen que depende el buen éxito de sus empresas en la guerra, el logro de sus cosechas, la felicidad del parto de sus mujeres, y el acierto de sus tiros en la caza. Para este baile se embijan de negro hasta cien indios gandules, y puestos en cuatro líneas que forman cuadro, esperan el nacimiento del sol para dar principio a su canto, que arreglan al son de una calabaza, y de esta manera, sin moverse de un lugar a otro, siguen su baile hasta ponerse el sol que se retiran a cumplir con las últimas abominables ceremonias de su función. Los dos bailes restantes solo se diferencian de este en el canto, y en el desorden con que se encierran de noche hombres y mujeres en la estufa cuando bailan; siendo los movimientos de sus danzas otras tantas posturas lascivas, y gestos indecentes.

[Baile de la cabellera] Siempre que estos indios salen a campaña y consiguen matar algún enemigo, entre todos le quitan la cabellera, beben de su sangre, manchan con ella sus vestidos, y se raspan el rostro: se mojan las manos hasta empaparlas, particularmente la derecha, porque a su parecer consiguen por medio de esta inhumana ceremonia desterrar la flaqueza, desterrar la pusilanimidad, y repudiar el apocamiento. Acabado este acto le quitan la cabellera con el pedazo que le corresponde de la piel y la ponen en las manos del indio que primero se llegó al enemigo, al que llaman Matador, y miran desde aquel día con particular distinción, aun cuando no haya sido él el que le quitó la vida. Guarda este la cabellera, y no le es lícito descubrirla hasta el día que llegan a su pueblo, cuya entrada se solemniza con la asistencia de los viejos, mujeres y niños que

salen a recibirlos adornados lo mejor que pueden. Luego que se incorporan estos con los que vienen de la campaña, descubre el matador la cabellera, y tomando el mejor lugar de la comitiva, da principio al canto que llaman de guerra, el que siguen todos hasta llegar a su pueblo, en cuya plaza dan una vuelta que termina en la puerta de la estufa. Allí entrega el matador la cabellera a dos indios ancianos que el pueblo elige para que la guarden, y se retira para su casa acompañado de sus deudos que lo llevan de la mano, pero sin hablarle, porque no les es lícito hacerlo hasta no lavarle los pies, brazos, y el rostro. Con esta ridícula ceremonia terminan su entrada, y desde entonces comienzan los ensayos del canto y baile para estar más diestros el día de la función. Esta dura dos días que emplean en saltar y danzar al son de un tambor que llaman tumbé; siendo todos los movimientos de sus danzas otras tantas posturas indecentes. Arrojan a los que bailan tortillas, carne, fajas, tiras de cuero, flechas, camusus, y algunos son tan pródigos en estos obsequios, que tiran cuanto encuentran en sus casas, y quedan careciendo de todo. El matador asiste a este baile infernal vestido de negro, y con sus armas en la mano; pero tan feo y horrible como pudiera parecer un demonio. No come en los dos días cosa alguna, y aunque está asistido de los viejos del pueblo y deudos más cercanos, no habla con ninguno, ni tampoco le es permitido mover la vista, baila poco; pero con mucha gravedad, y solo al tiempo de bailar la flecha que él mismo entrega a una india que sale para este fin, que adornan con plumas de diversos colores y otras alhajas para ellos preciosas, como conchas, cuentas chalchivites⁴⁰ y cascabeles, todo en tanto número, que más bien le sirven de peso que de adorno. Sale con el pelo suelto, descalzo, y con el labio inferior pintado de negro. Cuando baila esta la flecha, se coloca en medio de dos líneas que forman dos indios del baile, y puesta en cruz con la flecha en la mano comienza a dar saltos con arreglo a los golpes del tumbé que le avisa también cuándo debe parar, y cuándo correr con ligereza de uno a otro extremo. Con este baile termina la función de la cabellera, y se retiran a comer a la estufa; pero el matador no puede hacerlo hasta otro día.

[Baile de la Neñeca] Este baile se hace solo el día de viernes santo en lugar retirado del pueblo⁴¹, que por lo regular es una montaña. Lo hacen al diablo, pues esto significa la palabra Neñeca. Los que lo hacen se visten con unas máscaras de anta gorda (cuero de ciervo mayor que el común, cuya cornamenta se divide en dedos como los de la mano, según nuestro diccionario). Dichas máscaras rematan en punta semejante a la coraza: con ellas figuran los ojos con unas bolas de camusa rellenas de lana, y en el lugar que corresponde a la barba colocan crines de caballo, cuyo extremo arrastran hasta el suelo: ¡figura diabólica, vive Dios! Se ponen colas y aferran el cuerpo con pieles de oso. Vestidos de este modo dan principio a la fiesta rodeando todos una tinaja llena de agua que colocan en el medio. No se ha podido averiguar más de este baile, ni el objeto de su institución.

[Baile de Ochistecos] Este lo forma una junta de truhanes vestidos de ridículo y autorizados por los viejos del pueblo para cometer los mayores desórdenes, y gustan tanto de estos hechos, que ni los maridos reparan las infamias que cometen con sus mujeres, ni las que resultan en perjuicio de las hijas⁴².

[Bailes corrientes] Para solemnizar la función del santo patrono del pueblo, días de pascua, y fiestas de los gobernadores, usan de un baile como especie de contradanza, en el que hacen muchas figuras, y lo arreglan a los golpes del tumbé, al que sigue el canto de una multitud de indios que salen con este fin en tanto número de hombres como de mujeres: estas vestidas con decencia y honestidad, y los hombres no tanto; pero este baile nada tiene de indecencia.

[Partos] Luego que una india siente los dolores del parto, se retira al rincón, más escondido de su choza, y aunque la acompaña una vieja partera, pare sin su auxilio, y solo lo sirve para cantarle y llamar desde lejos a la criatura. Luego que sale a luz esta, sale la vieja de aquel lugar con la mano puesta en los ojos, y no se descubre hasta que no haya dado una vuelta fuera de la casa, y el objeto que primero se le presenta a la vista, es el nombre que se lo pone, a la criatura; de modo que si vio un perro, perro se llama, y si piedra, piedra se le pone. Generalmente los más de los indios se desentienden del nombre que se les impuso en el bautismo por llamarse sal, venado, piojo, cerro, etc. Esto lo tienen bien probado los antiguos padres misioneros que los manejaban.

[Abusos del bautismo] Más bien por el temor de no ser castigados los indios que por el de que sus hijos sean cristianos los llevan a bautizar; y el primer abuso que se descubre en ellos es el no querer sean los hombres padrinos de las criaturas. Por lo regular lo es una mujer, lo cual luego que sale de la iglesia ya bautizado el niño, se va con toda violencia para su casa, y allí poniendo su boca con la del infante, la chupa con toda diligencia para extraerle la sal que se le echó en el bautismo. Después le lava la cabeza hasta mudar seis o siete aguas, con lo que lo parece que no le queda la más pequeña reliquia ni virtud de cristiano.

[Confesión y comunión] Estos indios jamás cumplen con el precepto anual de la Iglesia, y solo en el artículo de la muerte suelen confesarse algunos; los demás mueren sin este auxilio porque no llaman al padre si no es cuando lo advierten difunto⁴³.

[Entierros] Cuando muere algún indio, dan prontamente aviso al padre misionero para que lo sepulte, y juntando sus deudos todas las alhajas de su peculio, se las ponen y de esta manera lo envuelven en una piel de cíbolo y lo llevan a enterrar. Así es que cuando se abre una sepultura se encuentran cuentas, cascabeles, conchas, pedazos de fierro, etc. Hácenlo con el fin de que se encuentren con los necesarios en el otro mundo, a donde pasan a vivir: tal es la idea de la inmortalidad del alma, que hoy niegan muchos llamados sabios de la Europa, que pertenecen a la secta de los indiferentes.

[Naciones ya reducidas] Tihuas, Keras, Moquinos, Pecos, Tanos, Temez, Taos, Picuries, Zuñis, Moquis. Esta última, no ha muchos años que se sublevó, y hasta hoy lo está. Mataron al padre misionero en 1809. Se encontró en campaña en aquel pueblo destruido un cáliz, y con él se servían los indios para beber agua, y lo recogió el comandante don Lorenzo Gutiérrez, honrado y valiente oficial que dio honor a nuestras armas, y a quien se debe la conquista de la belicosa nación Nabajó, y por su conducta mereció el aprecio aun de los mismos bárbaros. Era digno de recompensa, y de que a su familia se le diese el monte pío de que carece con agravio de

la justicia.

[Naciones bárbaras de indios que circundan a Nuevo-México] Yutas, Caiguas, Xicarillas, Chaguanos, Faraones, Nabajóes, Xileños, Apaches mescaleros, Lipaines, Timpanogos, Mimbrenes, Comandus, Pucaras, Sios, Pananas y otras. Esta última está al Norte confinante con los

anglo-americanos, de quienes recibe abundantes provisiones de armas de fuego, pólvora y toda clase de víveres a cambio de caballos.

Los veinticinco pueblos dichos, incluso las tres villas, ocupan casi el terreno que hay útil para labor, y por esta causa se hallan las poblaciones de los vecinos situadas en los suelos más estériles, de que se sigue la carestía que regularmente padecen. Un buen gobierno las haría participantes de la mucha tierra que los indios dejan sin sembrar, pues solo lo hacen de lo muy preciso para suplir la primera necesidad, de modo que no siembran ni la cuarta parte, porque el pueblo que tiene más familias no pasa de ciento. Por el contrario, los vecinos se han multiplicado considerablemente; son gente robusta y bien formada, de algún cultivo y hacienda.

La cría de ganado en el Nuevo-México padece considerables desfalcos, porque los enemigos la consumen, y aun los pastores suelen ser más bien que pastores, guardas de los ganados mercenarios de aquellos.

El Nuevo-México es muy interesante a la república y debe ser objeto de mucha atención del gobierno, tanto por ser un puerto terrestre a tierra firme del Norte de América, cuyos establecimientos van avanzando cada día a hacia dicho territorio por los ríos Napeste y Colorado, como por los abundantes elementos y producciones de este suelo en animales, vegetales y minerales, y de estos está enteramente virgen. En el camino de Zuñí, en un paraje llamado los Gigantes, está, completamente indicado el abundante oro que encierran aquellas lomas, y lo mismo en otras muchas partes. Por lo que parece indudable, que si no se toman en tiempo providencias por el gobierno, los angloamericanos disfrutarán a placer de estas riquezas.

He trazado el horrible cuadro de idolatría, abominaciones y supersticiones que abundan en el Nuevo-México. Un corazón cristiano no puede tolerarlas sin clamar por un pronto remedio; este consiste en el restablecimiento de las misiones, que poco pueden costar al gobierno, y rendirle en breve mucho aprovechamiento. El hombre civilizado es el ente más útil a la sociedad... ¡Ah!, si con un rasgo de pluma no hubiese proscrito Carlos III la Compañía de Jesús, hoy serían cristianas y civilizadas estas naciones, y no sostendríamos de presente una guerra a muerte con los bárbaros, a quienes no podemos oponer fuerzas armadas en el número necesario. Cuando supe la emigración de los frailes de España por las revueltas causadas en estos tiempos, solicité que se les diese asilo a los emigrados; para poner con ellos un cordón de misioneros que contuviesen aquellas irrupciones; mas el gobierno del señor Bustamante en vez de condescender con esta súplica, por el contrario mandó que se reembarcasen cuantos se presentasen en nuestros puertos, pidiendo una hospitalidad cristiana. ¡Providencia cruel, salvaje, e inhumana!... ¡Tal ha sido el desenlace del drama político en que este honrado y apreciable jefe (bajo otros aspectos) hizo de primer actor! No se ha obrado así en el Perú, pues se han costado remesas de frailes para regenerar aquellos pueblos que retrogradaban al gentilismo, y en Buenos Aires, donde el jesuita mexicano

Peña, con unos cuantos misioneros jesuitas, está obrando maravillas.
¡Cuándo conocerán los gobiernos que no pueden ser felices si no protegen la religión y sus ministros? La América data la fecha de sus desgracias desde la noche fatal del día 25 de junio de 1767, en que en la casa profesa se intimó el decreto de expulsión de los jesuitas, que oyeron hincados de rodillas; noche terrible de la que puede decirse lo mismo que Cristóbal de Thou, primer presidente del Parlamento de París, lamentando una desgracia, con estos hermosos versos de Estacio:

Excidat illa dies aevo, nec postera credant
Saecula, nos certe taceamus, et obruta multa
Nocte tegi propriae patiamur crimina gentes.

Otro rasgo de pluma, u otro decreto de salud será el que únicamente podrá curar nuestros males... ¡Dichoso y muy dichoso el hombre a quien sea dado prestarte este inefable beneficio, o cara patria mía! El editor.

Libro cuarto

SUMARIO

Fiestas en la canonización de San Jacinto. Muerte del padre Alonso López, y frutos de la congregación de la Anunciata. Ejemplos de virtud en los indios de San Gregorio de Tepetzotlán. Misión a Zumpahuacán. Misión a Huitztilapán, y muerte del padre Francisco Zarfate. Diferentes misiones a otros partidos. Sucesos de Oaxaca y Veracruz. Alzamiento de los guazaves y reducción de los ures. Guerra de ocoirris y tehucos. Otros singulares sucesos de Sinaloa. Misión a Culiacán. Progresos de la misión de Tepehuanes. Nuevos establecimientos en la misma provincia. Raros sucesos de los chichimecas. Pretende el venerable arzobispo de la Nueva-Granada llevar consigo algunos jesuitas. Sosiegan una tempestad con la reliquia de San Ignacio. Padecen nuevos trabajos, y llegan a Cartagena. Descripción del nuevo reino y de sus principales ciudades y naciones. Ministerios de los padres en Santa Fe. Muerte del padre Diego de Villegas. Don fray Domingo de Ulloa, obispo de Michoacán. Licencia para un fuerte en Sinaloa. Nuevas conquistas en Topía y la Laguna. Agregación de la congregación del Salvador a la primaria de Roma y sus frutos. Diversos establecimientos y ministerios del colegio máximo. Quinta congregación provincial. Ministerios en Puebla. Caso admirable del ministerio de las doctrinas. Sucesos de Valladolid y Tepetzotlán. Muerte de Nacabeba, y estado de Sinaloa. Misión de Topía y San Andrés. Misión de la Laguna, y nuevos establecimientos. Muerte del hermano Francisco de Villareal. Dedicación del Espíritu Santo. Sucesos de la misión del nuevo reino. Pide

todo él a su Majestad la Compañía. Reducción de los guazaves. Expedición de las minas de Chinipa. Otra intentada a California. Fundación de la provincia de Santa Fe. Muerte del padre doctor Plaza. Misión del Espíritu Santo. Misión de Topía y noticia del país. Muerte del padre Juan Agustín. Dedicación de la Iglesia del colegio máximo. Sexta congregación provincial y dos notables postulados. Castigo de los zuaques. Raros ejemplos del marqués de Montesclaros en la congregación del Salvador. Pretende la Compañía establecimiento a los religiosos de San Juan de Dios. Ministerios en cárceles y hospitales. Caso raro de San Gregorio. Calamidades del colegio de Oaxaca. Milagros de San Ignacio. Estado de los Tepehuanes. Progresos de Parras. Alzamiento de los serranos acaxeos. Sucesos de los sobaibos. Inundación en Sinaloa y fuga de los indios viaje a México del capitán Hurdaide y sus resultas. Pretensión de los tehuecos y otras naciones. Primera entrada a los zuaques. Fundación del colegio de Tepotzotlán. Principios de Guatemala. Descripción de la ciudad y sus contornos. Recibimiento de los padres. Inundación de México. Peligro de la ciudad y sus reparos. Resolución del desagüe. Encomiéndase a la Compañía el cuidado de los trabajadores. Principio del Jubileo de cuarenta horas. Muerte del padre Hernando Suárez de la Concha. Elogio del hermano Gerónimo López. Frutos de la congregación de la Anunciata. Sermón del padre Martín Peláez y sus resultas. Diferentes misiones a Sultepec y otros partidos. Peste en Tepotzotlán. Peste en Guatemala. Temblor en la misma ciudad. Sucesos de la misión de Parras. Superstición acerca de los cometas. Raros sucesos de los indios. Bautismo de tepehuanes y raros ejemplos de su fervor. Peste en la misma provincia y primera entrada a la de Taramara. Misión en San Andrés. Raros ejemplos de estos neófitos. Misión de Baymoa, y trabajos de su ministro. Gloriosas fatigas de los misioneros de Topía. Reducción de los sinaloas y otras naciones de la Sierra.

[Fiestas en la canonización de San Jacinto] Damos principio al cuarto libro de nuestra historia con una relación en que entramos tanto más gustosos, cuanto su conocimiento contribuirá, puede ser, al fomento de la religiosa caridad, de que a pesar de las preocupaciones del vulgo, han dado siempre ilustres ejemplos las dos sagradas familias de Santo Domingo y la sagrada Compañía de Jesús. Había la Santidad de Clemente VIII, el día 16 de abril de 1594, sublimado de los altares al ínclito confesor San Jacinto, del orden de predicadores. Pistos religiosísimos padres, queriendo que entrasen a la parte de su júbilo las demás familias religiosas de México, repartieron entre ellas y algunos otros cuerpos respetables los días de la octava, dejando el último para la Compañía, a quien quisieron distinguir con este singular favor. Se procuró desempeñar la obligación en que nos ponía una demostración tan sensible de estimación y de amistad. El día primero de la solemne octava se llevó la estatua del Santo, de la catedral al imperial convento, tomando el rumbo por nuestra casa profesa. A la puerta de nuestra iglesia se levantaba un hermosísimo edificio sobre dos arcos de bella arquitectura, y en medio un altar ricamente adornado en que descansase la imagen. Todo el largo de la calle, de las más vistosas y capaces de México, se había procurado colgar de cortinas y tapicerías que pendían de los balcones y ventanas. La parte inferior, que estuvo a cargo de la noble juventud de nuestros estudios, se

veía llena de doseles magníficos y galoneados de oro y plata, con tarjas, carteles, pinturas de diversas invenciones, de emblemas, empresas, enigmas, epigramas, himnos, y gran diversidad de ruedas, laberintos, acrósticos y otro género de versos exquisitos, los más en lengua latina, italiana y castellana, y algunos en griego y en hebreo⁴⁴. Llegando a nuestra iglesia la procesión salieron a recibirla todos los padres de aquella casa y del colegio máximo con luces encendidas. Seguíanlos dos docenas de jóvenes los más distinguidos entre nuestros estudiantes, gallardamente vestidos, con cirios en las manos, y tras de ellos otros cuatro, que con mucha viveza y gracia, dieron aun en un diálogo en verso el parabién al Santo de su nueva gloria, y a la religión por la que recibía de un hijo tan ilustre. El siguiente viernes, sexto día de la octava, que celebró el cabildo de la santa iglesia catedral, y asistió después a la mesa, tuvieron aquellos religiosos padres la benignidad de oír a uno de nuestros hermanos teólogos, que en tiempo del refectorio recitó con grande aplauso de los oyentes, una oración latina en alabanzas del glorioso San Jacinto. La misma tarde, tres colegiales del seminario representaron al mismo asunto, sobre un teatro majestuoso que se había erigido en la misma iglesia, una pieza panegírica repartida en tres cantos de poesía española, cuyos intervalos ocupaba la música. Obra en que el ilustre cabildo quiso mostrar no menos el aprecio que hacía de la esclarecida religión de Santo Domingo, que la confianza y alto concepto que formaba de nuestros estudiantes, a quienes quiso se encomendase el desempeño de aquella lucidísima función. El domingo, que era el día señalado a nuestra religión, celebró la misa el padre rector del colegio máximo, y predicó el padre prepósito Pedro Sánchez con aquella elocuencia y energía que acompañaba siempre a sus discursos, asistiendo toda la comunidad, como después al refectorio, en que uno de nuestros hermanos teólogos recitó un bello panegírico en verso latino. Después se ordenó una procesión que presidió con la capa de coro el padre rector del colegio máximo, anduvo al derredor del claustro interior y de la iglesia, cargando la estatua los jesuitas hasta colocarla en un magnífico retablo que le estaba destinado. Tal fue la honra que a la misma Compañía quiso hacer la insigne orden de predicadores. No contentos aquellos religiosos y sabios varones con una tan pública demostración, quisieron aumentar el honor imprimiendo la relación de aquellas solemnes fiestas, con tantos elogios de la Compañía, cuanto pudo sugerirles su amor y su elocuencia, y apenas nos permite leer el rubor.

[Muerte del hermano Alonso López y frutos de la congregación de la Anunciata] El colegio máximo perdió muy a los principios de este año un grande ejemplar de virtud en el hermano Alonso López. No podemos dejarnos de admirar que el menologio de nuestra provincia no haga memoria de este hombre admirable. Un breve elogio se halla en la parte 5.^a, libro 24, párrafo 16 de la historia general, de donde lo tomó el padre Oviedo en sus elogios de coadjutores, y el padre Petriagnani. Lo que escriben estos autores da una idea muy inferior a la que nos hacen formar los antiguos manuscritos de nuestra provincia, que esperamos representar con toda su luz en lugar más oportuno. Murió a 15 de enero del año de 1597. Los grandes ejemplos de virtud que se veían en los congregantes de la Anunciata eran muy superiores al progreso de los estudios, de que sin

embargo habían dado este año pruebas tan brillantes. Un joven, acometido de tres mujeres lascivas, las reprendió con gravísimas palabras, y no bastando este medio para reprimir el atrevimiento de una de ellas, o más apasionada o más desenvuelta, la apartó de sí con un golpe. Otro más feliz, solicitado de una doncella de noble nacimiento, no solo resistió al doble atractivo de la esperanza y la hermosura, sino que extraordinariamente favorecido de la gracia, hizo delante de ella al Señor voto de perpetua virginidad, y a ella le persuadió que imitase un acto tan heroico tomando por esposo a Jesucristo en un religiosísimo monasterio. [Ejemplos de virtud en los indios de San Gregorio de Tepotzotlán] Esta fortaleza es mucho más admirable en personas del sexo, y mucho en la pusilanimidad y flaqueza de las indias, especialmente solicitadas de los españoles, a quienes la reverencia y el temor a que se acostumbraron desde los principios de la conquista les hace mirar siempre como los árbitros de su fortuna. Sin embargo, sostenidas de la divina gracia las indias débiles han conseguido gloriosísimas victorias. Diecinueve años resistió una que frecuentaba los sacramentos en San Gregorio de México a las dádivas, a los ruegos y a las amenazas de una persona de grande autoridad, que pudiera atraerle mucho mal, y que por las obligaciones de su estado, debiera darle ejemplos muy contrarios. Otra, hallándose sola en despoblado, y acometida de un lascivo, no bastando sus razones y sus ruegos para apagar el fuego de aquella brutal pasión, se quitó el rosario que traía al cuello con una medalla de la reina de las vírgenes, y poniéndosela a los ojos, le dijo con vehementísimo afecto: por amor de la Virgen Santísima, cuyo rosario es este, te suplico, Señor, que me dejes y no quieras hacerme tan grave injuria. Esta tierna súplica fue un rayo que hizo hacer volver en sí a aquel malvado. No solo dejó libre a la virtuosa doncella, sino que dándole cuanto llevaba por el respeto y reverencia al augusto nombre de que se había valido, él, tocado de la reina del cielo, a quien había hecho aquel pequeño obsequio después de veinte años de una vida desarregladísima, se entró por un monte pidiendo al Señor misericordia, y a la Virgen madre que lo sacase de aquel estado infeliz, aunque fuese a costa de una enfermedad o de algún trabajo. Oyó la piadosa Virgen sus ruegos, y quitándole la vista del cuerpo le dio la del alma, trayéndole, después de muchas inquietudes a nuestro colegio, donde hizo una confesión general. Pasó este fervoroso penitente, después de grande pobreza y penalidades; pero con una tranquilidad y una alegría que causaba admiración, recibíendolas todas, y principalmente la ceguedad, como otras tantas prendas de la remisión de sus culpas y de la gloria que esperaba. Hubo en la cristiandad de Tepotzotlán quien olvidada de su debilidad se armase de un leño y hiciese salir avergonzado al ladrón de su virginidad. Caminaba por la calle una doncella cuando le salió al paso uno de su nación, diciéndole que un español la seguía y deseaba hablarle. Ella, recelosa, no tengo, dijo, para qué esperarlo. Entre tanto, había llegado el español, y entre los dos pretendían hacerla entrar en una casa vecina. Por fortuna vio de lejos a un indio, y volviéndose a los circunstantes; mirad lo que hacéis, les dijo, que viene allí mi marido. Dejéronla al punto, y ella, con un inocente equívoco de su idioma, triunfó de su malicia y conservó la castidad.

[Misión a Zumpahuacán] Tenía en aquel tiempo el colegio de Tepotzotlán

sujetos muy a propósito para inspirar a los indios estas generosas resoluciones. El padre Gaspar de Meneses era un hombre incansable, y animado de un celo por la salud de los indios, que todas las tribulaciones del mundo no eran capaces de resfriar. Todos los beneficiados vecinos solicitaban con ansia que hiciese misión en su partido, creyendo que entraba con él en los pueblos la reforma de las costumbres, la devoción y la piedad. Este año pareció más que nunca el ascendiente que se había adquirido sobre los ánimos más obstinados en el éxito que tuvo la misión de Zumpahuacán. Partió para aquellos países llamado del propio pastor que era muy vigilante y muy devoto, y a cuyo rebaño, bajo una hermosa apariencia de tranquilidad y de fervor, hacía el común enemigo la guerra más perniciosa y más sangrienta. En efecto, halló el misionero unos indios los más quietos y los más dóciles, los más bien instruidos del mundo, devotos en el templo en tiempo del santo sacrificio, asistentes a todos los sermones y explicación de la santa doctrina. Nada entre ellos de disolución, nada de embriaguez; pero bajo este bello exterior ocultaban la más abominable idolatría, habiendo hallado a su parecer modo de juntar la luz con las tinieblas y a Jesucristo con Belial. Adoraban al Señor y a los santos; mas para alcanzar las felicidades temporales recurrían a unos idolillos que traían siempre ocultos consigo, y que ponían en sus telares, en sus sementeras y en sus trojes. Adoraban algunos cerros de particular configuración y altura, singularmente una sierra nevada, en que creían habitaba la diosa Chicomecoatl, que era para ellos lo que Ceres para con los antiguos romanos. Ofrecían inciensos y otros perfumes al fuego, a quien con alusión al más arcano misterio de nuestra fe, llamaban unas veces Dios Padre, con nombre poco diferente del que le daban en su gentilidad, y otras veces Dios Espíritu Santo, por lo que habían oído predicar de la venida de este divino Espíritu el día de Pentecostés. Antes de llevar a bautizar los párvulos conforme al rito de la iglesia, les daban otra especie de bautismo sacrílego, bailándolos con agua en presencia del fuego, e imponiéndoles otro nombre profano, por donde fuesen conocidos en sus impías asambleas. Estas las celebraban siempre de noche y en los lugares más remotos y solitarios, sin admitir a ellas joven alguno o doncella que por flaqueza o inconsideración pudiese descubrir sus misterios de iniquidad. El diligente y coloso beneficiado quedó penetrado del más vivo dolor cuando supo las abominaciones con que era ofendido el Señor por aquellos mismos que él tanto amaba, y temiendo prudentemente que el temor les hiciese ocultar los lugares y los cómplices de aquella secta infame, se valió del favor del padre Meneses, a quien los indios singularmente amaban. No le engañó su confianza: el padre, prometiéndoles una entera seguridad, consiguió que le revelasen todos sus secretos y se confesasen todos los cómplices, trabajo, que cargando únicamente sobre el misionero por el respeto que debían al propio pastor, que era juntamente juez, lo hubiera gloriosamente agobiado si no se le hubiera enviado compañero que le ayudase a recoger una mies tan abundante. Los indios probaron bien la sinceridad de su conversión, entregando a los padres innumerables de aquellos idolillos, y haciendo por muchos días públicas demostraciones de penitencia en procesiones de sangre y otros actos de mortificación que les sugería su fervor con sumo agradecimiento del piadoso beneficiado, que no cesaba de dar gracias en repetidas cartas al

padre provincial y a los superiores de Tepotzotlán y del colegio máximo. [Misión a Huitzitzilapa y muerte del padre Zarfate] Otra semejante misión al partido de Huitzitzilapa ocasionó la muerte al padre Francisco Zarfate. Los curas de muchos partidos, que por espacio de algunos años había corrido en sus misiones, no le daban otro nombre más que el de apóstol, y solían decir que en sus pueblos había otras tantas semanas santas, cuantas estaba allí el padre Zarfate, tanto por la frecuencia de sus confesiones y comuniones, como por otros actos de piedad y ejercicios de penitencia, en que hacía entrar a cuantos oían sus sermones. Despidiéndose para salir a la misión, se percibió bastantemente que había conocido sería aquella la última de su vida, y lo afirmó así después en presencia de algunas personas. Efectivamente, llegando al pueblo de Xilotzingo predicó consecutivamente muchos sermones, preparando los ánimos de sus oyentes para la cercana pascua de Espíritu Santo. En los tres días precedentes oyó muchas confesiones. El día de pascua dio la comunión a más de quinientas perdonas, haciendo antes y después de la comunión fervorosas exhortaciones. Bajando del púlpito, más fatigado que otras veces, le llamaron para una confesión a un pueblo algo distante. La estación era rigurosa, la hora incómoda, el clima nada favorable. Todo esto, añadido a la interior fatiga y a una salud bastantemente quebrantada, le ocasionó una fiebre maligna de que se sintió herido luego que volvió a Xilotzingo. Lo procuraron de la estancia vecina un colchoncillo (que aun de este pequeño alivio jamás usó el apostólico misionero); mas el dueño de aquella estancia, no contento con enviárselo, vino en persona a llevar al padre a su casa y curarle en su enfermedad. Hubo de condescender el siervo de Dios después de alguna resistencia que le hizo hacer el amor de la pobreza. Se enviaron con diligencia del colegio de México un padre y un hermano que cuidasen de su salud, acción que aunque muy conforme a la caridad que con los enfermos prescriben nuestras reglas, el humilde padre la agradeció como un favor extraordinario; y abrazando lleno de gozo a sus hermanos, gracias a Dios, dijo, que no nos halla la muerte ociosos, sino ocupados en cosas de la obediencia y de tanto servicio de nuestro Señor, como es el bien de estos pobres indios. Al octavo día de su enfermedad, viéndolo el padre que lo asistía enteramente agravado, y temiendo que muriese sin la extrema unción, aunque ya habían partido a traerla de un pueblo vecino, le dijo con alguna congoja. Ruegue vuestra reverencia al Señor que no le lleve antes de recibir este último sacramento; y el padre Zarfate, con una serenidad admirable, le respondió: Esté vuestra reverencia cierto que Dios me ha de hacer esa merced. En efecto, vivió después dos días dando grandes ejemplos de paciencia. Pocas horas antes de morir pidió perdón al beneficiado de las faltas que pudiese haber tenido en las funciones de su ministerio, y que de limosna le diese un rincón en que ser enterrado; pero sabiendo que había orden del padre rector de que fuese su cadáver llevado a México, se alegró mucho, y añadió: Yo rogaré a nuestro Señor morir ahora en que pueda hacerse sin notable incomodidad. Así fue, porque el día 6 de junio a las tres de la tarde, entre actos fervorosísimos de fe, esperanza y caridad, entregó su alma al Criador a los treinta y cuatro años de edad y dieciséis de Compañía.

[Célebres misiones a otros partidos] Se hizo también misión a los pueblos de Teoloyuca y Huehuetoca, en que fue muy semejante el fruto de

las almas y el trabajo de nuestros operarios. Fue muy singular en esta parte la que se hizo por petición del ilustrísimo señor obispo de la Puebla a la provincia de Totonocapa. Hallaron los misioneros en los pueblos de Xonotla, Hueitlalpán, Xuxupango, Chumatlán y Xontepéc. Formaron desde luego de la lengua totonaca, que a más de la mexicana se hablaba en aquel país, un catecismo y un compendio de las cosas muy necesarias y más frecuentes en la confesión, que fue de mucha utilidad a todos los pastores de almas. Publicaron el jubileo que a las misiones de la Compañía había concedido la Santidad de Clemente VIII. No tenían aquellos indios dificultad alguna en la confesión de sus culpas. El trabajo de los padres fue persuadirlos a la santa comunión del cuerpo y sangre de Jesucristo. El demonio, bajo la hermosa apariencia del respeto debido a tan adorable Sacramento, les había infundido un horror muy pernicioso a su salud. Decían que ellos eran unos idiotas criados entre los montes: que no sabían leer los libros, ni comprender la sublimidad de aquel misterio; que no tenían monedas que ofrecer cuando comulgasen, ni vestiduras blancas con que adornarse para parecer en la presencia del Señor; que en recibiendo una vez a su Majestad, si por su desgracia volvían a caer en alguna culpa, habían de condenarse sin remedio. No favorecía poco a este error la conducta que habían tenido hasta entonces los párrocos de aquellos pueblos. Estos, llevados de un celo santo (aunque no el más discreto en lugares de muchos vecinos) apenas daban licencia de comulgar a cuatro o cinco una vez al año. Los indios estaban más obstinados en esta parte; mas querían levantarse sin absolución de los pies del confesor, que obligarse a llegar a la sagrada mesa. En realidad, la misma adhesión a sus vicios, singularmente a la deshonestidad y a la embriaguez, era la verdadera causa de su resistencia. Triunfó sin embargo la constancia de los padres de toda su dureza, y animados del ejemplo de algunos más dóciles, llegaron a beber de las fuentes del Salvador y gustar el Pan de los Ángeles con gran consuelo de sus almas, que aumentó el beneficiado de Hueitlalpán, haciendo un solemne convite en su casa, y sirviendo él mismo con el padre misionero a la mesa a todos los que habían comulgado. En Chumatlán, todos los hombres que habían de comulgar, se juntaron la víspera al ponerse el sol y tomaron en la iglesia una disciplina. En Xonotlán, depuesta aquella falsa preocupación, de que si comulgaban habían de condenarse infaliblemente porque no habían de poder abstenerse de las culpas, quedaron por el contrario muy persuadidos, a que no había de volver jamás a la deshonestidad, quien había tenido la felicidad de gustar el vino que engendra vírgenes. Esto lo confirma maravillosamente lo que dos años después experimentó y escribió agradecido a uno de los padres el cura de aquel pueblo. Confesaba a una india soltera y bien ocasionada, y examinándola con diligencia sobre el sexto, siempre respondió que en aquella materia no le reprendía cosa alguna su conciencia; porque después (añadió) que recibí la sagrada comunión por consejo de un padre de la Compañía que predicó en este pueblo ahora dos años, propuse firmísimamente en mi corazón, no ofender más a mi Dios y a mi padre con ese género de culpas, y por su misericordia así lo he cumplido.

[Frutos del colegio de Oaxaca] En Oaxaca desde la mitad del acto antecedente se había ofrecido bastante cosecha de penalidades y

merecimientos en el servicio de los apestados, a que se procuró asistir, singularmente a la gente pobre en todo género de espirituales y temporales alivios. Pero aun fue de más edificación y utilidad el importante obsequio que hicieron dos de nuestros religiosos a aquella ciudad en los principios de este año. Sobre no sé qué competencia de jurisdicción (fuente ordinaria de semejantes discordias) hubo alguna disensión entre las dos cabezas eclesiástica y secular, como suele suceder: los partidarios de uno y otro gremio llevaban más lejos los excesos de su pasión, coloreada bajo el nombre de justicia. Hervía aquella república en chismes e historietas indignas de la nobleza y de la cristiandad de sus cabezas. Después de varias tentativas, un padre de los nuestros ganando primero los ánimos con la suavidad y la dulzura, compuso entre sí a los principales interesados, cuyo ejemplo siguieron fácilmente los demás. No tuvo que luchar con pasión tan débil, ni con espíritus tan racionales otro sujeto del colegio. Era muy pública y muy antigua la enemistad de un eclesiástico con un secular, de quien seis años antes había recibido una injuria. El clérigo, hombre poderoso, había seguido la demanda según todo el rigor de la justicia; había traído de México un juez pesquisidor; había hecho pasar a su enemigo por la pena del tribunal eclesiástico, y dejándolo inhábil para representar jamás algún papel en la república. Sin embargo, aun no se daba por satisfecha su cólera y mortal rencor. Tanto, es verdad que ningunos son más obstinados en el vicio que los que por su profesión y su carácter están más obligados a la virtud, cuando una vez han degenerado de su primer esplendor. Un religioso conocido en toda la ciudad por su eminente virtud encontrándolo en la calle, había pedídole hincado de rodillas con lágrimas que perdonase a su enemigo y no diese al pueblo aquel escándalo. No bastando estas razones ni el crédito del suplicante, saco un crucifijo representándole aquel grande ejemplar de la tolerancia y mansedumbre cristiana. Nada bastó, y aquel hombre endurecido, antes recibió como nuevo agravio un oficio de tanta caridad. El señor obispo había emprendido la misma conquista, añadiendo a la razón todo el peso de la autoridad, pero por ciertas dificultades que sobrevinieron, hubo de ceder y encomendar a uno de la Compañía aquella negociación. El padre comenzó por ganar la voluntad de aquel hombre protervo. Las veces que hablaba con él de este asunto, o no contestaba a la conversación, o parecía favorecer a su pasión no contradiciendo; pero cuando se proporcionaba tratar de lo mismo en otra persona, le pintaba con los colores más negros la dureza del corazón, haciéndosela ver como una pasión infame y muy ajena, no solo de la religión, sino aun de la dignidad y nobleza del espíritu humano. Con este inocente artificio repetido siempre en aquellas ocasiones en que por no tocar inmediatamente a su persona le hallaba más dócil, fue insensiblemente disponiéndole el ánimo, hasta que hablándole abiertamente, consiguió de él cuanto pretendía, quedando muy agradecido a su benefactor, y toda la ciudad muy edificada de las demostraciones de benevolencia y de amistad con que procuró resarcir los pasados escándalos.

[Frutos del colegio de Veracruz] Los ciudadanos de la Veracruz manifestaron bien por este mismo tiempo aquel sólido aprecio de la Compañía, en que se ha distinguido después tanto esta ciudad. Con la falta de las flotas se había comenzado a sentir tanta pobreza y carestía de lo

necesario, que los religiosos de otras dos religiones se vieron precisados a desamparar la tierra, dejando en sus conventos uno o dos sujetos. Las personas más ricas y más principales de aquella república, recelando que los de la Compañía, obligados de la necesidad no tomasen la misma resolución, pasaron prontamente al colegio, ofreciendo a los padres, en nombre del cabildo todo lo necesario, no solo para los sujetos que había al presente, sino para otros muchos que vinieran. Muy presto se presentó la ocasión en que los jesuitas mostrasen a la ciudad su agradecimiento. Había a principios de aquel mismo año el pirata inglés Guillermo Parker, sorprendido el puerto de San Francisco de Campeche, como a ciento veinte leguas de Veracruz, en la península de Yucatán. Se temía que se dejase caer sobre Veracruz, y dando el miedo cuerpo a la aprensión, se había ya tocado arrebatado una noche, creyendo haber las naves inglesas dado fondo en la costa. Se avisó a México, de donde bajaron prontamente doscientos soldados. Poco después, habiéndose visto de muy lejos algunas velas, y no pudiéndose distinguir la bandera, se volvió a conmover toda la ciudad, y ya se disponían a marchar a la costa algunas compañías para impedir el desembarco. Los padres fueron a ofrecerse al gobernador para acompañar la tropa y servir de capellanes, sin más sueldo que el que promete Jesucristo a sus soldados en las incomodidades y las cruces. Quedó la ciudad muy agradecida a esta prontitud de ánimo, aunque viendo después ser de España las naves que el susto había figurado enemigas, no pasó de la voluntad el obsequio. Sin embargo, los que no habían sacrificado sus vidas a los trabajos y a los peligros de la guerra, la sacrificaron bien presto a los rigores de la epidemia, que prendió violentamente en los soldados que habían venido de México, y los recién venidos de Europa. Los jesuitas, no contentos con los ministerios espirituales, en que sin interrupción se ocupaban día y noche de las limosnas que la liberalidad de los vecinos ofrecía al colegio, mantenían, curaban y proveían de lo necesario a algunos otros, para que en Jalapa o en otro lugar menos dañoso a su salud, se preservasen de la enfermedad, o se restableciesen en la salud. Resplandeció mucho en esta ocasión la caridad y fervor del padre Juan Rogel. Este anciano, cerca de los setenta años de su edad, endurecido en los ejercicios de la vida apostólica, se encargó de los galeones, y residió en San Juan de Ulúa, predicando incesantemente y confesando a toda gente de mar, a quien el general, con ánimo de volver a España dentro de quince días, no había permitido poner pie en tierra. El padre Rogel, con la actividad de un joven asistía a todo, consolaba a los enfermos, predicaba a los sanos, confesaba a los penitentes, ayudaba a los moribundos, con una alegría y expedición que pasmaba.

[Alzamiento de los guazaves y reducción de los ures] La tranquilidad de que a fines del año antecedente se había comenzado a gozar en Sinaloa, no podía ser muy constante mientras se procedía en los informes e inquisición de los delincuentes. Los guazaves, cuanto más dóciles para el bien, tanto más fáciles a las siniestras impresiones de sus ancianos, habían, por instigación de uno de estos, conspirado en acabar con los padres. Tuvo aviso por un indio fiel don Diego de Quiroz, capitán y alcalde mayor de la villa, y partió luego con quince soldados. El jefe de los rebelados salió a recibirlos a la frente de más de doscientos indios, que se pusieron en fuga a la primera descarga, dejando a su caudillo en manos

de los españoles. Los fugitivos llevaron el espanto y la consternación a su pueblo, en que todos dejaron sus casas y se acogieron a la nación de los ures. Estos no bien seguros de las intenciones del español capitán, salieron a recibirlo en número de cuatrocientos, armados; pero hablándoles el padre por medio de un intérprete, supieron aprovecharse con una prontitud admirable de aquel momento oportuno. Mostraron mucho gusto a las proposiciones del padre, y prometieron hacer iglesias y vivir en quietud. Volviendo algunos días después el misionero, tuvo el consuelo de hallarlos muy confirmados en su primera resolución. Ellos de su voluntad habían juntado los párvulos en número de más de ciento cuarenta, que ofrecieron para el bautismo; y siendo la nación de las más numerosas, se repartieron en cuatro o cinco pueblos, cuyas situaciones demarcó el padre Villafañe, haciendo todos los oficios de padre y fundador de aquellas colonias, con que dilataba el imperio de Jesucristo. En todas se fabricaron iglesias, y se dio principio a su doctrina. Los guazaves, vueltos de su temor, y asegurados del capitán y del mismo padre que habían entrado a buscarlos, se restituyeron luego a su país, y en las siguientes ocasiones ayudaron con más fidelidad que algunos otros a los españoles en sus expediciones militares. Restablecida por este lado la serenidad, se levantó por otro la reciente tormenta. Los de Ocoroiri, en defensa de una mujer de su país, habían dado muerte a un cacique de los tehuecos, que con violencia pretendía sacarla de su casa. Esta nación numerosa y guerrera resolvió tomar una ruidosa venganza. [Guerra de ocoirir y tehuecos] Jamás se había visto entre aquellas gentes expedición más bien concertada. Convocaron a todos sus pueblos, y señalaron el lugar donde habían de juntarse, y el día de la marcha, con tanto silencio y precaución que no pudieron los ocoirir penetrar sus designios hasta que los tuvieron sobre los brazos. Dividieron su ejército en dos trozos, sostenidos unos y otros de algunos caballos que habían ya comenzado a multiplicarse en el país. Marcharon todo el día y la noche; pero por diligencias que hicieron no pudieron llegar a Ocoroiri hasta la punta del día. Flecharon a un indio que había madrugado a su pesca, lisonjeándose que sorprenderían el resto de los moradores sepultados aun en el sueño. El indio, aunque mal herido corrió a dar noticia al padre Pedro Méndez, que se hallaba en el pueblo. Los tehuecos habían dispuesto su gente, de manera que la una parte acometiese a la frente del pueblo, quedándose la otra en emboscada por el lado contrario, a cubierto de una arboleda, de donde no debía salir hasta estar los ocoirir empeñados en la acción, sin que tuviesen más aviso que el incendio de sus casas, y el alarido de las mujeres y los niños. Si la prudencia del cacique de Ocoroiri no hubiera trastornado un proyecto tan bien discurrido, aquel día hubiera sido perniciosísimo a la cristiandad de Sinaloa, y habría acabado con una de las más quietas y más fervorosas poblaciones. Él, o porque hubiese tenido noticia de la situación del enemigo, o por uno de aquellos rasgos de la providencia, poco comunes en su nación, viendo a sus gentes correr en tropel, donde los llamaba la algazara del enemigo, los contuvo, diciendo que no dejasen el pueblo, sus mujeres y sus hijos, expuestos a la invasión de los tehuecos, que podían dividirse, y amparados del bosque acometer la población. Efectivamente, mientras unos marcharon a los enemigos, quedó otro cuerpo de reserva para defensa del lugar. Los tehuecos que habían quedado en el monte corrieron

en furia a prender fuego a las casas; pero la sorpresa de ver descubierta y prevenida su estratagema les hizo perder el valor. A vista de sus prendas más queridas, los ocoirís, acometieron con un ímpetu a que fue imposible resistir. Huyeron en desorden de una y otra parte los tehuecos, dejando muchos muertos y muchos prisioneros en manos de los bravos ocoirís, que prácticos en aquellos caminos les inquietaron mucho, siguiendo el alcance hasta el medio día.

[Otros sucesos de Sinaloa] Había venido poco antes noticia al alcalde mayor, que a seis leguas de la villa se veían algunas sementeras que por no estar vecinas a alguno de los pueblos, parecían ser de los indios fugitivos, homicidas del venerable padre Tapia. Aumentaba la sospecha que los pocos indios que solían verse en ellas, se ocultaban luego y se retiraban con diligencia a lo interior del monte. Envió el capitán algunos españoles e indios amigos a reconocer la gente. Los rebeldes, o por aviso que tuvieron, o porque su poca seguridad los hacía estar siempre prevenidos, se habían ocultado entre las sementeras. Repentinamente cayó sobre los pocos españoles una nube de flechas, de que quedaron dos heridos. El resto con los indios aliados acometieron a los fugitivos, que con poca pérdida se salvaron en los montes. De los españoles heridos sanó el uno después de muchos años. El otro, cristianamente preparado, murió a las dos horas, aunque había muy poco penetrado en el muslo la flecha emponzoñada. Fue cosa singular que cavando en la villa la sepultura un criado, a quien el difunto amaba tiernamente, cayó repentinamente muerto y bañado en lágrimas en la sepultura que preparaba a su amo, donde como uno de aquellos ejemplos de fidelidad que rara vez se ven en el mundo, fueron juntamente enterrados. En medio de estas revoluciones no dejaban de recoger muchas mieses los fervorosos obreros. Habían pasado de cuatro mil los bautismos entre párvulos y adultos. Los nuevos cristianos se veían avanzar sensiblemente en el amor y adhesión de las santas prácticas de nuestra ley. A un niño de pocos años, después de haberse confesado, preguntó el padre quién podía sanarle de aquellas enfermedades del alma, a que respondió muy afectuosamente: «Nadie, padre, en el mundo sino Dios, y tú en virtud de su palabra». Un indio de la sierra en que habían entrado los padres, hallándose acometido de una grave enfermedad, y no teniendo algún padre con quien confesarse, anteponiendo la salud espiritual a la del cuerpo, caminó muchas leguas por confesarse, creyendo que había de hallar en el Sacramento de la penitencia la quietud de su conciencia y el remedio de su enfermedad, como lo halló efectivamente, cooperando el Señor a la firmeza de su fe. Sabíanse un poco excedido en la bebida algunos neófitos, inducidos de un perverso anciano: reprendió el padre la acción agriamente en el púlpito, y luego los delincuentes, hincándose de rodillas en presencia de todo el pueblo, confesaron su culpa y se condenaron a tomar una disciplina para satisfacer a la divina justicia. Faltaba uno de los culpados, y advirtiéndolo un viejo deudo suyo, le hizo que viniese al otro día a la iglesia e imitase en la penitencia a los que había seguido en la disolución. Tuvo un indio apasionado el atrevimiento de entrar a casa de una india a horas que estaba sola. Ella, revestida de indignación al proponerle su torpe deseo, se le acercó disimulando el enojo, y quebrándole la flecha que traía en la mano, le quitó el arco y le dio con él muchos golpes, diciéndole... ¿Y qué

no sabes que soy cristiana, que nuestra santa ley prohíbe toda impureza, que oigo la palabra del Señor y recibo su santo cuerpo? Así recompensaba el Señor con espirituales y sólidos frutos a sus ministros de lo mucho que cada día tenían que sufrir en los continuos movimientos e inquietudes de los bárbaros.

[Misión a Culiacán] En uno de aquellos intervalos, en que la fuga de los indios les dejó algún tanto desocupados, como no sabe acomodarse bien con la inacción aquel fuego que consume a los hombres apostólicos, el padre Hernando de Santarén con otro compañero, partió a Culiacán, donde había dejado grande opinión desde la vez primera que visitó aquella provincia. En los españoles y en los indios se hizo un fruto copiosísimo con la publicación del santo Jubileo. De ahí llamados de unos en otros pueblos, pasaron a la provincia de Topía y real de San Andrés. Los indios, por no perder la doctrina celestial de que estaban hambrientos, seguían a los padres de unos lugares a otros. En todos ellos salían a recibirlos con cruces altas cantando a coros la doctrina. Treinta poblaciones recorrieron, y hubo algunas en que pasaron de ochocientas las comuniones. La disciplina y el uso del santísimo Rosario, abrazaron con tanto fervor, que aun después de cerrada la iglesia venían muchos a disciplinarse o a rezar en el cementerio. El vicario de Culiacán, algún tiempo después de acabada la misión, escribe así: «Es de dar gracias a nuestro Señor, y después a vuestras reverencias, que los indios e indias de repartimiento que vienen por tanda de sus pueblos a servir a los españoles, traen muy de ordinario los rosarios en la mano, y que el indio con su carga a cuestras, y la india con su cántaro al hombro, van y vienen rezando con harto ejemplo, y aun confusión de sus amos». El desinterés y el dulce trato de los misioneros, robó de tal suerte los ánimos de los indios, que enviaron a Sinaloa cuatro diputados con una carta muy expresiva al padre Martín Pérez, superior de Sinaloa, para que la Compañía se encargase de aquellos pueblos, ofreciendo ellos pasar a México a negociarlo con el señor virrey y con el padre provincial.

[Progresos de la misión de Tepehuanes] Lo que la cercanía de los españoles no permitió lograr a los tahues, conseguían con grande utilidad suya los tepehuanes. El padre Francisco Ramírez avanzó este año hasta el valle de Atotonilco. Hay en él cinco pueblos que recibieron al padre con extrema alegría. Celebrados allí en la semana santa los sagrados misterios y reducidos a determinada población algunos montaraces, de ahí volvió a la Saucedá, en que la hambre había obligado a bajar de sus sierras un gran número de bárbaros, que oyeren por la primera vez las palabras de salud. Aquí tuvo noticia el fervoroso misionero de una pequeña población no muy distante, en que hasta entonces no había sido anunciado el reino de Jesucristo. Partió luego para allá, y preguntando a los moradores por qué no iban a la iglesia a oír, como los demás la palabra de Dios, y a pedir el santo bautismo, respondieronle que no iban a la iglesia por no morir: que los vivos no podían estar seguros entre los muertos; que ellos estaban en sus casas y los muertos en la suya; así llamaban a la iglesia por haber visto que en ella se daba sepultura a los cadáveres. El padre tomó de aquí ocasión para desengañarlos de su error y hablarles de la necesidad que tenemos todos de morir y de la esperanza que alienta a los cristianos de la vida eterna e inmortal para que Dios crio al hombre.

Oyéronle con suma atención, y el padre les envió luego una Cruz y un catequista que les enseñase la doctrina. Colocáronla en medio de sus pobres chozas, y al rededor de ella se juntaban dos veces al día para disponerse al bautismo. De aquí pasó a un monte cercano, en que como otras tantas fieras vivían los indios en las cuevas y las aberturas de las rocas entre quebradas impracticables. El primer día, después de mucha fatiga y cansancio, vio un indio en lo más alto de la roca. Subió luego con inmenso trabajo y poco fruto, porque el bárbaro, armado de arco y flecha en una mano, y con una sarta de pescado en la otra, a la presencia de un hombre desconocido, sin hablar palabra, le puso delante el pescado, y corrió con admirable velocidad a ocultarse en la espesura. Quedó sumamente desconsolado el varón de Dios; sin embargo, perseveró ocho días buscando entre aquellas grutas y picachos inaccesibles las preciosas almas. Bendijo el Señor su constancia, porque con una docilidad cuasi sin ejemplo, al fin de este tiempo bajaron siguiendo al misionero cargados de sus hijuelos y sus pobres alhajas a poblarse en el valle. Fabricaron chozas y una pequeña capilla en que asistían a la doctrina. En uno de aquellos días, en presencia de los salvajes y de algunos españoles que habían venido a misa, llegó de un pueblo distante seis leguas una india joven, vestida decentemente al uso mexicano, y acompañada de muchos de sus deudos a pedir el bautismo. Díjosele que no podía recibirlo sin estar suficientemente instruida en la creencia y obligaciones de nuestra religión. Bien sé todo eso (respondió) y he procurado disponerme para este favor, sin el cual he resuelto no volver a mi patria. El padre, después de algunas preguntas, hallándola perfectamente capaz, le confirió el bautismo con mucho consuelo suyo y piadosa emulación de los catecúmenos, a quienes dejó confusos la suficiencia y fervor de la extranjera.

[Nuevos establecimientos] A pocos días pasó el padre, como había prometido, al pueblo de aquella nueva neófita en que había estado de espacio el año antes. Sus antiguos hijos en Jesucristo salieron a recibirle colmados de gozo, singularmente el viejo de quien hemos hablado antecedentemente, que besando al padre la mano le dijo con lágrimas: Muchos años ha que trato con españoles sin que hagan caso de mí: tú solo me estimaste, me socorríste con el santo bautismo, y me diste la mismo nombre. Yo practico lo que me has mandado y hago oración a Dios, y le doy voces cuando me veo solo por esos campos, pidiéndole de todo mi corazón que me perdone mis pecados y salve mi alma. Se logró que se estableciesen en Papatzquiario algunos serranos que la hambre había obligado a bajar de sus picachos, y se dio alguna forma de gobierno político a esta población, que ha sido después la principal de los tepehuanes. Más dificultad costó la fundación de otro pueblo no muy distante. Había en su vecindad algunos salvajes los más fieros y desconfiados de toda la provincia, exhortábales el padre a que dejaran los bosques y las rocas y poblasen en sitio acomodado: después de muchos consejos, permanecían en su dureza, y hubieran permanecido largo tiempo, si una buena mujer, interrumpiendo al misionero, no les hubiera persuadido con sus voces e incitado con su ejemplo a la fundación de la nueva colonia, a que se dio principio a los 16 de julio con el nombre de Santa Catarina. Para el día próximo de Santiago Apóstol se dispuso un solemne bautismo de muchos párvulos y adultos, entre los cuales iba un cacique

joven que había seguido al padre desde Guanacevi, distinguiéndose entre los demás catecúmenos, no tanto por su nobleza, por la gentil disposición de cuerpo y por las bellas prendas de su espíritu, como por un singular afecto al padre, y un extraordinario fervor. El padre Ramírez formó de él un catequista diligente, y un coadjutor fidelísimo de su ministerio apostólico. Predicaba a los suyos con una claridad y una vehemencia que el mismo padre admiraba, a sus exhortaciones, sostenidas de una vida ejemplar y de la autoridad que le daba entre ellos su nacimiento, contribuyeron mucho a la cristiandad, que se vio florecer muy presto en aquel pueblo. Sus padres, gentiles, atraídos con sus consejos, y de la estimación que se hacía de su hijo, determinaron alojarse en el mismo pueblo en que después fueron ejemplares cristianos.

[Raros sucesos a los chichimecas] Aun con mayor felicidad Grecia la semilla del Evangelio entre los chichimecas de San Luis de la Paz. El excelentísimo conde de Monterey, formado de la utilidad de esta misión, había mandado fabricar, a costa de la real hacienda, la casa y templo de la Compañía en que estaban de asiento dos padres y un hermano. Había juntamente relevado a los indios que quisiesen establecerse allí de todo tributo y servicio personal fuera de la ropa, carne y maíz con que se había comprado de ellos la paz la seguridad desde el tiempo de su antecesor don Luis de Velasco. Con estos piadosos arbitrios eran muchos los que cada día se avecindaban en el lugar. El seminario de indizuelos que allí tenía la Compañía, era juntamente un seminario de virtud, y un atractivo para los padres, hermanos y parientes de aquellos niños, que los veían salir de allí mudados en otros hombres. Grande ejemplo fue, así del propio aprovechamiento como del aprecio que hacían de la educación que se daba a sus hijos, lo que aconteció por este tiempo con un indio muy racional y principal cacique del pueblo. Cayó por su desgracia en un exceso de que él solía corregir a los suyos. Estos, o llevados del mismo fervor, o de una perniciosa complacencia de venganza, lo despidieron sin dejarlo entrar a su casa cargándolo de injurias. Sufrió humildemente aquellos ultrajes, que en otro tiempo hubiera lavado con sangre, y corrió a buscar consuelo en los padres. No halló en ellos mejor acogida: prevenidos de su arribo habían mandado cerrar la puerta y decirle que no admitían en su casa ebrios y escandalosos. Extremadamente afligido fue al alcalde mayor para que los padres le recibiesen en su gracia. En efecto, lo recibieron con una grave reprensión; pero observando de el buen cacique que no le trataban con aquella misma dulzura y confianza que antes, y sabiendo que diez leguas de allí estaba un alcalde de corte que había ido de México, partió a verlo para que interpusiese su autoridad y los padres le perdonasen enteramente, y no le hiciesen la injuria de desconfiar de su arrepentimiento. Con la recomendación de aquella persona, de quien trajo cartas, y unas muestras tan seguras de la enmienda que prometía, volvió muy consolado a su pueblo y a la antigua estimación de los padres. Habíase huido en el tiempo que faltó de San Luis un hijo suyo que estudiaba en nuestra casa, y el cacique, extremadamente afligido de esta desgracia. Todo cuanto habéis hecho conmigo, padres, (les dijo) de no permitir que entrase en esta casa y haberme excluido de vuestra amistad, no ha sido para mí tan sensible como el saber que por mi maldad hayáis despedido a mi hijo. ¿Qué culpa tiene él de lo que yo hice? Si yo pequé me

hubierais reprendido a mí, y no despidierais de vuestra casa a mi hijo, pues lo habéis criado en ella, y educado tan cristianamente lejos de los malos ejemplos que ahora lo conducirán a la perdición. Los padres le desengañaron que no habían sido, ni jamás serían tan inhumanos que castigasen en un hijo inocente el crimen de su padre. Que el niño se había huido, y que después de muchas diligencias no habían podido descubrirle: que siempre que volviese sería recibido con el mismo agrado.

Esta aventura, y otras muchas que pudieran referirse de este género aunque de poca importancia entre personas cultas y criadas a los pechos de la religión, pero en la barbarie y austeridad de una de las naciones más feroces y más sangrientas del mundo, da a los que tienen ojos una idea bastantemente clara de la eficacia y suavidad de la divina palabra que con tanta facilidad saca miel y óleo suavísimo de las más duras rocas, y hace de las piedras hijos de Abraham. La situación de San Luis de la Paz era por otra parte ventajosa para excursiones frecuentes a San Luis Potosí. A nuestra Señora del Palmar, a las minas de Sichú, y algunos otros lugares en que no las necesitaban menos los españoles que los indios, y en que a unos y otros se ayudaba con igual caridad.

[El señor arzobispo de Nueva Granada pretende llevar a su diócesis algunos jesuitas] Las misiones de la provincia de Nueva-España no eran solo para fundar nuevas cristiandades entre naciones en los confines de la América septentrional, aunque tan vastos. Después de haber enviado operarios infatigables, primero hacia el Poniente hasta las Islas Filipinas, en que ya quedaba fundada una vice-provincia utilísima para las regiones de la Asia, y de haberse extendido por el Norte hasta trescientas leguas adelante de México, en partes donde jamás se había oído el adorable nombre de Jesucristo, se dispararon este año sus saetas de salud a las dilatadísimas regiones de la América meridional, en que con el sólido cimiento de la pobreza y de la incomodidad y tribulación, dieron principio a una de las más floridas y religiosas provincias de la Compañía en aquellas regiones. Hallábase en México de inquisidor mayor, y electo arzobispo de Granada, el ilustrísimo señor don Bartolomé Lobo Guerrero, hombre de un grande mérito y de un singular afecto a la Compañía. No juzgó poder satisfacer mejor a las grandes obligaciones de su nuevo carácter que llevando consigo algunos de ella, que en la Europa y en México había visto ejercitarse con tan conocida utilidad en servicio de las almas. Y a la verdad las necesidades de su iglesia pedían un socorro muy pronto. Aunque en la provincia no sobraban sujetos, era grande la autoridad y afecto del pretendiente, y mayor la importancia de la empresa para que no se hubiese de condescender de parte del padre provincial. Destinó, pues, el Padre Esteban Páez para esta expedición al padre Alonso Medrano, que por diez años continuos había ejercitado en esta provincia el oficio de misionero, y acostumbándose a la fatiga y ministerios de la vida apostólica, y por compañero al padre Francisco Figueroa, poco antes venido de la Europa, y que daba muchas esperanzas, según la virtud y prendas que le asistían, de ser heredero del doble espíritu del padre Medrano; partieron del puerto de Veracruz el día de Santa Catarina, 31 de abril de 1598. No fue muy favorable a los navegantes el mar hasta la Habana; pero pudo tenerse por muy feliz esta primera navegación, respecto de los grandes trabajos con que quiso Dios probar su paciencia en lo que les restaba.

Tuvieron que huir con bastante susto algún tiempo seguidos de un pirata inglés que infestaba aquellos mares. A la altura de Jamaica pareció haberse desencadenado todos los vientos. El cielo por once días antes había estado continuamente cubierto de negras nubes que no dejaban observar el sol ni las estrellas, como amenazando con una de las más espantosas borrascas. Sobrevino en efecto con tal furia, que a pocas horas habían ya perdido el palo del trinquete, y poco después el mayor. Procuraron remediarse con los que llevaban de respeto; pero no era este aun el mayor trabajo. El golpe del árbol mayor y del trinquete había quebrantado mucho el navío, y hacía por muchas partes tanta agua, que muchos hombres condenados día y noche al continuo ejercicio de la bomba, no podían agotarla. Fue necesario echar a la agua mucha carga, y entre los primeros baúles que se alijaron, hubieron de ser aquellos en que llevaban los padres su poca ropa, sus papeles y sus libros, para que aun después de pasada aquella tribulación tuviesen que sentir los efectos de la santa pobreza. [Sosiegan la tempestad con una reliquia de San Ignacio] Ya no parecía quedar esperanza alguna de remedio. El ilustrísimo había hecho confesión general y lo mismo los padres, y muchos de los navegantes. Por el espacio de cuarenta y ocho horas se habían mudado sobre el bajel todos los vientos, y todos igualmente furiosos. La confusión y el espanto de un próximo inevitable naufragio, había hecho callar y volver dentro de sí aun a las gentes más licenciosas. En medio de este triste silencio y turbación saludable de los ánimos, el padre Medrano después de haberlos exhortado con un crucifijo en las manos a fervorosos actos de contrición, les hizo poner toda su confianza en la intercesión de nuestro bienaventurado padre Ignacio. Les refirió para animarlos algunos casos de su admirable vida, singularmente aquel en que volviendo de Palestina se perdió el navío que no quiso recibirle a su bordo, y se salvó aquel en que fue recibido el Santo peregrino. Diciendo esto, ató a un cordel un pedazo de cilicio con que el santo había afligido su carne y lo arrojó a las olas, clamando el arzobispo y todos a una voz: Santo padre Ignacio, ayúdanos. Efectivamente, desde aquel mismo instante amainó la furia del viento y dentro de muy poco volvió la serenidad deseada. El ilustrísimo autenticó en toda forma la maravilla, y remitió el proceso al padre general Claudio Acuaviva, prometiendo celebrar al santo anual fiesta en su iglesia, siempre que la Sede Apostólica lo juzgase digno de los altares. [Padecen nuevos trabajos y llegan a Cartagena] Mas aun no era esta la última calamidad que les faltaba que sufrir. Sosegada la furia del mar y de los vientos, y vueltos en sí de aquella confusión, se hallaron sin saber a donde dirigir el rumbo después de trece días que los pilotos no habían podido observar, con el barco maltratado y haciendo continuamente mucha agua, las calmas grandes y continuas, y lo peor de todo, tan faltos de agua, que el día del seráfico patriarca San Francisco se hallaron cuarenta y cinco personas con solas nueve botijas. No permitió el Señor quedase burlada la esperanza que en su siervo Ignacio habían puesto los navegantes. Al día siguiente sopló un viento favorable, descubrieron tierra, y dentro de pocas horas se hallaron, sin saberlo, dentro del puerto que buscaban de Cartagena. El encuentro y la vista de otros más infelices los consoló bien presto de todas sus pasadas congojas. Hallaron en Cartagena dos padres portugueses que navegaban a la India oriental, y a

quienes una violenta tempestad sobre el Cabo de Buena Esperanza arrojó hasta el Brasil. Del Brasil a las Terceras, de allí a Puerto Rico, luego a Santo Domingo, de donde habían venido a Cartagena para volverse a Lisboa. Consoláronse con la mutua relación de los trabajos que con tanta resignación pasaban por Jesucristo, y partiendo los unos para Europa, caminaron los otros a Santa Fe en compañía del ilustrísimo. Dispuso la Providencia para el éxito feliz de la propagación del Evangelio, y establecimiento de la nueva provincia, que gobernase por entonces el nuevo reino de Granada, en calidad de comandante general y presidente de la real audiencia, un hombre de la misma actividad, de la misma religión y el mismo celo que el ilustrísimo arzobispo. Era este el doctor don Francisco Sande, caballero del hábito de Santiago, cuya probidad y literatura había premiado el rey católico con los distinguidos empleos de alcalde de corte y oidor de la real audiencia de México, de gobernador, capitán general y presidente de la real audiencia de Filipinas, y luego de Guatemala. En todas partes había sabido hermanar el servicio de Dios con el del César, y la severidad con la prudencia. El antiguo afecto que tenía a nuestra religión creyó le daba derecho para llevar a su casa a los dos padres. Excusáronse estos con las obligaciones que debían al ilustrísimo, a cuyas súplicas no habían sin embargo cedido en esta parte, y con amorosas quejas y mucha edificación de uno y otro, prefirieron, según la costumbre santa de nuestros mayores, el hospital de la ciudad a las comodidades de los palacios. Es verdad que el amor ingenioso del arzobispo y del presidente supo procurarles en el hospital toda la comodidad de que era capaz aquel pobre hospicio, contribuyendo con todo lo que necesitaban para el sustento y el vestido.

[Descripción de la Nueva Granada] El descubrimiento de estas regiones se debe a Gonzalo Jiménez de Quesada, que por mandato de don Pedro Fernández de Lugo, adelantado de Canarias, entró en Santa Marta por el río de la Magdalena el año de 1536, y aunque hubo alguna competencia entre él, Sebastián de Belalcázar y Nicolás Federmar, que habiendo partido el uno de Quito y el otro de Venezuela, vinieron sin noticia alguna a juntarse en las riberas del mismo río; prevaleció sin embargo el derecho de Gonzalo Jiménez, que en memoria de su patria impuso a estas regiones el nombre de Nuevo Reino de Granada. Antiguamente no se comprendían bajo este título sino los señoríos de Tunja y Bogotá. Después que fue erigida en chancillería se extiende su jurisdicción de Oeste a Este del golfo de Darién hasta la embocadura del famoso Orinoco, en que están los gobiernos de Cartagena, Santa Marta, Venezuela, Caracas, y Dorado o Nueva Extremadura. Tiene toda esta región de Este a Oeste como 400 leguas de largo y 260 poco menos de Norte a Sur, y comprende los obispados de Santa Fe, Popayán, Cartagena, Santa Marta y Caracas. El temperamento es de una perpetua primavera con poca variación, y declina un poco a frío, la tierra extremadamente fértil tanto de semillas, frutas y legumbres, como de oro y de esmeraldas. La tierra es montuosa, y la divide por medio de una larga cordillera desde Popayán hasta Pamplona, en que partiéndose en dos brazos corre la una hacia la gran laguna de Macaraibo, y la otra hacia Caracas. Riegan la región muchos y caudalosos ríos, y cuasi todos traen sus vertientes de la Sierra. Los que nacen de la parte septentrional corren al mar del Norte, de que son los más famosos, el Cauca, el de la Magdalena y

el de la Hacha. Los que nacen de la parte austral, que son innumerables, enriquecen con sus aguas al Orinoco. Del descubrimiento, curso, grandeza y propiedades de este célebre río, uno de los más grandes del mundo, no pretendemos hablar desde lugares tan distantes, en que nada podríamos añadir a la circunstanciada relación de un hábil escritor que ha pasado cultivando aquellas naciones vecinas la mayor parte de su vida. Las principales ciudades, y que propiamente pertenecen a la Nueva Granada son Santa Fe de Bogotá, Tunja y Vélez, que por los años de 1537 y 38 fundó el mismo descubridor Gonzalo Jiménez. A la de Trinidad la fundó Luis Lancharo el año de 1547 a 24 leguas de Bogotá. Pedro de Ursúa por el mismo tiempo fundó a Tudela. La Palma tuvo principio por los años de 1572. Tocaima el de 1595, y cuasi por el mismo tiempo Pamplona, Mérida y Mariquita. La relación que el padre Alonso Medrano presentó a su Majestad y al general de la Compañía en orden a la fundación del colegio de Santa Fe es muy autorizada y muy digna de la curiosidad de nuestros lectores para que podamos omitirla. Es (dice) el nuevo reino de Granada una de las tierras más fértiles y ricas de todo aquel nuevo mundo. Su temple es maravilloso, que siendo una perpetua primavera declina un poco a frío, de modo que con moderado abrigo no se hace mudanza de vestido en todo el año. Tiene el cielo alegre, la tierra es sana, y produce en grande abundancia trigo, cebada, maíz y todo género de granos de Indias y Castilla, mucha diversidad y abundancia de frutas, y todo género de legumbres. Hay muchos ingenios de azúcar, y muchas aves y toda especie de caza. Es casi innumerable el ganado mayor y menor de que se proveen las costas de Cartagena, Santa Marta y Venezuela, y las embarcaciones que llegan a esos puertos, a donde es muy fácil la conducción por el río de la Magdalena, que está muy cercano a Santa Fe, y por otro vecino a la ciudad de Mérida que desagua en la laguna de Maracaibo. Fuera de esto es la tierra más rica de oro que se sabe haya hoy en el día en lo descubierta, porque en solos cuatro asientos de minas principales que tiene, llamados Zaragoza, los Remedios, el Río de Oro de Pamplona, y los Llanos, se saca cada año lo más del oro que va en las armadas reales a Europa, que de solo el reino es más de medio millón. En el pueblo llamado la Trinidad de los Mussos están las famosas minas de esmeraldas, que son las más abundantes y las mejores que se sabe haya descubiertas ab initio mundi, pues siendo ellas finísimas, no han disminuido por ser muchas el precio de este género de piedras tan preciosas, y se llevan en grande cantidad por todas las Indias y a la Europa cada año. Finalmente el temple de todo el reino es tal, que se vive de ordinario con mucha salud. Apenas se conoce enfermedad, y los más mueren de vejez, como se experimenta cada día. Tiene grande abundancia de ríos caudalosos, y fuentes de bellísimas aguas, por ser todas de minerales de oro. También cría muchas y grandes mulas, y mucha y muy fina pita, que es un género de hilo muy estimado en las Indias y en Europa. Aunque en todo el reino se comprenden muchas naciones, tres son las principales que están recogidas y puede cultivar la Compañía desde uno o dos colegios. La primera y principal es la provincia de los indios Moscas que comprende a Tunja (que en otro tiempo se llamó Granada) y Bogotá con sus grandes distritos hasta Pamplona, que son poco menos de cien leguas. Su lengua es la general de todo el reino, por haber sido de esta nación los antiguos reyes y haber estado en ellos el sumo sacerdocio. Es gente de

buena capacidad, valientes en la guerra, y ricos, porque guardan para mañana fuera del común de los indios. La segunda nación es la de los Panches, que se extiende por Tocaima, Bague, Mariquita y la Villeta al Noroeste de Bogotá. Su lengua es hermosa y muy fácil de aprenderse. La tercera es la de los indios Colimas, que corre por la Palma, Tudela y la Trinidad hasta Vélez, como 50 leguas al Norte de Santa Fe. Son los Moscas más de cuarenta mil tributarios. Los Colimas veinte mil, y de doce mil los Panches, fuera de las demás naciones extendidas por otras ciudades, que por todos tendrán de tributarios otros cuarenta mil. Las tres naciones están en distrito de poco más de cien leguas de pueblos comarcanos unos con otros, como en España y Francia. De suerte, que siendo el número dicho de solo tributarios, que son los indios casados y cabezas de familia, se puede hacer juicio de doscientas mil almas en el reino de Granada, y que sin extenderse la Compañía a misiones apartadas (de que habría muchas como en el Perú) tendrá que doctrinar alrededor de sus colegios el dicho número de indios, fuera de un grande número de españoles; y para que mejor se vea, se dirá algo en particular de cada uno de los lugares principales. Santa Fe de Bogotá es la más grande y principal ciudad del reino, y residencia del señor arzobispo y del gobernador y presidente de la real audiencia. El arzobispo tiene por sufragáneos los obispos de Popayán, Cartagena y Santa Marta a que se añadió después el de Caracas. La ciudad está situada a los 3 grados 78 minutos de latitud septentrional, y a los 307 y 30 minutos de longitud a la ribera del río Pati. Su audiencia es la tercera de las Indias después de México y Lima. Cuando entraron en ella los primeros jesuitas, habría como tres mil vecinos españoles y veinte mil indios, tres conventos, de Santo Domingo, San Francisco y San Agustín, y uno de monjas con el título de la Concepción, un hospital y cuatro parroquias con la catedral. Está la ciudad cercada de muy bellas huertas, muchos pueblos de indios que la abastecen de todo lo necesario, aguas muy saludables y copiosa pesca, por la vecindad del río de la Magdalena. Son los edificios de Santa Fe de piedra y cal, por la mayor parte altos y hermosos, y de muy buena habitación. De los pueblos vecinos concurren en gran frecuencia cada tercero día con sus mercaderías a una feria a la plaza mayor de la ciudad. Hay fuera de estos indios otros dos mil que vienen cada semana a alquilarse al servicio de los españoles. Unos y otros carecen de quien les explique en su lengua los misterios de nuestra santa fe, y así viven como bárbaros. Tunja es una ciudad poco más de 20 leguas cuasi al Este de Santa Fe, de no menor nobleza que ella. Tiene como trescientos vecinos españoles, y veinte mil de indios. Las tierras en contorno son muy fértiles y abundantes de todo género de ganado. Los españoles son allí los más ricos del reino. La iglesia parroquial es muy bello edificio. Hay religiosos de Santo Domingo, San Francisco y San Agustín, templos muy bien edificadas, y monasterios de la Concepción y Santa Clara. Tiene muchos pueblos cercanos y obrajes en que se labran lanas y paños de todos géneros. Pamplona es una ciudad como a 80 leguas al Noroeste de Santa Fe, de mil vecinos españoles y muchos más indios. Está cercada de muchas minas de oro, y es muy celebrada la cría de mulas que de aquí se llevan al Perú y a otras partes. Tiene las mismas religiones y un monasterio de Santa Clara. Mérida es una ciudad de seiscientos vecinos españoles, cerca de 50 leguas de Pamplona al Noroeste,

situada en los confines de Nueva Granada y Venezuela, a la ribera de un río que desagua en el gran lago de Maracaibo. La Trinidad de los Mussos es ciudad de españoles y muchos indios. Está en ella la más famosa mina de esmeraldas, que siendo las mejores se dan como piedras comunes y se sacan para toda la tierra. Los españoles en su primer a entrada se repartieron entre sí siete mil, y entre ellas muchas de gran valor. Tiene iglesia parroquial y convento de San Francisco. La ciudad de la Palma es tan grande como la Trinidad. Hay en ella gran labor de lienzo que abastece toda la tierra. Tiene muchos ingenios de azúcar de que se provee todo el reino, y las armadas de Cartagena llevan en grande abundancia. Vélez es ciudad de españoles del mismo tamaño y calidad de la Palma. Ibaguá es lo mismo, y solo se aventaja en crías de ganado mayor. Mariquita, es lugar de españoles, de quinientos vecinos y muchos indios. En ella son las minas más famosas de plata que hay en todo el reino. Tocaima es ciudad de españoles igual a Mariquita. Es famosa por lo delicado de sus frutas, y de buenos edificios, aunque suelen serle muy perniciosas las inundaciones del río, por lo cual está menos habitada que antiguamente. Caseres, la Gruta y la Victoria son pequeños lugares de muchas minas de oro, no muy ricas ni pobladas por falta de indios que las cultiven. Los Remedios, por otro nombre las Quebradas, es un asiento de minas de oro que se saca continuamente por el beneficio de mil y quinientos negros esclavos. Zaragoza es ciudad de mil vecinos españoles muy ricos, por las minas de oro más abundantes de todo el reino. Hállase aquí el metal no en vetas, sino en unas como bolsas o socavones de la tierra en que trabajan tres mil negros esclavos. La tierra es mal sana. Sogamoso es un insigne pueblo de diez mil indios, grandes idólatras, por haber estado aquí el más famoso adoratorio de su infidelidad, gente inculta, dada a hechicerías y enteramente ignorante de nuestra santa ley, aunque ha setenta años que se bautizaron. En la vega de Santa Fe, hay diez o doce pueblos de indios de tres mil almas cada uno, y treinta semejantes en la comarca de Tunja.

[Casas raras de aquel país] Volviendo a lo interior del nuevo reino, (prosigue el mismo padre) es constante tradición entre los indios que habrá mil y quinientos años, los cuales cuentan como nosotros por el sol, que vino a esta su tierra del Oriente, un hombre venerable de color blanco, vestido talar, y cabello rubio hasta los hombros, que les predicó la verdadera ley y les enseñó a bautizar los niños, de que conservan hasta hoy la ceremonia de bañar los recién nacidos en el río. Dicen que caminaba en un camello, de que dan las señas puntuales, siendo así que nunca los hubo en esta tierra. Este hombre fue tenido de ellos en grande veneración, y refieren que cuando iba a predicar de unos pueblos a otros se le abrían las rocas y le formaban caminos llanos. Esta especie de calzadas, como las vías romanas, duran hasta hoy, y les llaman las carretas, y de ellas he visto dos. La una en un pueblo llamado Bojaca, de tres leguas de largo, muy ancha y pareja, y lo más de ella va por la ladera de una grande y áspera sierra. Verdaderamente si no fue hecha con milagro, es de las obras más grandes que se pueden ver de la antigüedad. La otra es en un pueblo de Bogotá a cuatro leguas de la capital de Santa Fe, y de donde ella tomó el nombre. Tendrá legua y media de largo, y de ancho poco más de un tiro de piedra, tan pareja y derecha como si se hubiera hecho a cordel.

Otras muchas hay en varias partes, a que los indios tienen tanta veneración, que aunque los españoles caminen por ellas, ellos se apartan a un lado, como lo he observado muchas veces. Las mayores están en la provincia de Sagamoso, donde es tradición que murió aquel hombre admirable, y que allí está su cuerpo y el del camello enterrados. Si esto no es fábula, se puede creer que los discípulos de los apóstoles hubiesen algunos pasado a estas regiones, como se refiere de los indios del Cuzco en el Perú, que tienen semejante tradición. Después dicen haberse aparecido entre ellos una mujer anciana que les predicó dogmas contrarios a los de aquel hombre santo, aunque ni de unos ni de otros dan razón. Dejó esta mujer cuatro hijos, llamados Cuza, Chibchacum, Bochica y Chiminiguagua. A estos como a su madre, que llamaron la diosa Bagué, erigieron templos y estatuas como a dioses, ofreciéndoles oro, esmeraldas, plumería, frutas, y todo cuanto lleva la tierra. De aquí pasaron como los romanos a dar estos mismos honores a los que morían de sus caciques. A sus sacerdotes los creen descendientes del sol. A esta dignidad se preparan con grande ayunos y terribles penitencias. No son casados, y en habiendo llegado a mujer quedan contaminados e inmundos para no poder ejercer el ministerio de su sacerdocio. Este, como el principado secular, no pasa entre ellos de padres a hijos, sino de tíos a sobrinos. Tienen dioses abogados de todo, enfermedades, partos, frutas, guerra, sementeras. Los ídolos son de palo, piedra, algodón, pluma, y muchísimos de oro, de cuya destrucción ha habido más celosos que de los demás. A todos los ídolos llaman Tunjos, del nombre de un famoso cacique que lo dio también a la ciudad. Algunos traen al pecho una lámina de oro con los nombres de muchos de sus dioses, y a estas nóminas o listas llaman Chagualas.

Todo esto es del padre Alonso Medrano. Sin embargo de lo mucho que habían poblado los españoles, permanecían siempre los indios después de setenta y un años de conquistados, en sus mismas supersticiones. La causa es fácil de descubrir en una tierra de tanto oro que deslumbraba, digámoslo así, los ojos de los descubridores para no dejarles atender a otra cosa. Las guerras con los panches y otras naciones en los primeros diez años, no dieron lugar a solidarse los indios bautizados en la doctrina del Evangelio. La primera audiencia vino a Santa Fe por los años de 1547. Las religiones que sobrevinieron a la conquista, y que en tantas otras partes de la América habían predicado con tanto fruto, no podían, a pesar de su celo, conseguir alguno en unos indios que por ser los más ricos, eran también contra repetidas órdenes de su Majestad, los más oprimidos. Allégase haber por mucho tiempo carecido el reino de propio pastor, sujeto al obispo de Santa Marta, más de ciento y cuarenta leguas distante. La catedral no se erigió hasta el año de 1564. El primer arzobispo fue don fray Juan de Barrios y Toledo. Este celosísimo pastor, informado de tan graves daños, juntó para proveer a su remedio un concilio provincial de sus obispos sufragáneos de Santa Marta, Cartagena y Popayán. Una pequeña diferencia entre estos no dejó asistir a uno de ellos, y se disiparon sin efecto las buenas intenciones de aquel prelado, que murió poco después. Su sucesor, el ilustrísimo señor don fray Luis de Zapata, de común consejo del presidente, audiencia real, y todas las personas autorizadas del reino, determinó hacer una visita general de toda su diócesis. A pocos pasos descubrió la mucha idolatría que dominaba aun a los indios.

Cuatrocientos de sus sacerdotes y maestros fueron castigados en auto público. El mucho oro de los ídolos y de los templos impidió el éxito de la empresa. Los ministros y demás familia que acompañaban al ilustrísimo no tenían un celo tan puro como el suyo. Sin saberlo el piadoso arzobispo tornaban para sí mucho de aquel oro, entrándose por las casas y ermitas de los indios a quitar los ídolos y cuanto a ellos se ofrecía de algún valor; este desorden hacía persuadir a los naturales que la guerra se hacía más contra sus riquezas, que contra la religión de sus mayores. Por otra parte, los ministros reales que veían defraudarse de una gran parte de aquel tesoro procuraron impedir que se prosiguiese la visita, e informaron de ello al consejo. Murió algún tiempo después el arzobispo, penetrado del más vivo dolor, y estuvo vacante la sede diez años, en que echó profundísimas raíces el mal. En este intermedio había venido por presidente de aquella real audiencia el doctor don Antonio González, y noticioso de la triste situación de aquellas provincias, pidió a los superiores algunos religiosos de la Compañía. Concediéronsele los padres Francisco de Victoria y Francisco Linero con el hermano Juan Martínez que estaban para navegar a la provincia del Perú. El tiempo que estuvieron en Santa Fe hizo el presidente las más vivas diligencias por que fundase allí la Compañía. Los ciudadanos que siempre han mostrado un extraordinario afecto a nuestra religión, les dieron proporcionada habitación y una capilla para el ejercicio de sus ministerios. El padre Antonio Martínez había bajado del Perú para gobernar aquel pequeño colegio. Con tan bellos principios de fundación no sabemos por qué causa, vuelto a España don Antonio González, los padres desampararon la tierra y pasaron al Perú conforme a su primer destino.

[Ocupaciones de los padres en Santa Fe] Tal era el estado del nuevo reino de Granada cuando llegaron a él los dos misioneros de la provincia de México. Sostenidos con toda la autoridad del arzobispo y presidente, comenzaron a ejercitar sus ministerios con una aplicación y un fervor que causaba espanto a cuantos veían a dos hombres solos haciendo guerra a todos los vicios y desórdenes de una populosa ciudad. Recogidos en la pobre habitación del hospital, no se les veía jamás en la calle sino para cosas de la gloria de Dios. Su distribución, según escribe el padre Medrano, era esta. Por la mañana, después de haber celebrado el santo sacrificio, visitaban los enfermos del hospital: si había algunos que quisiesen confesarse, servíanlos y consolábanlos, poniendo por cimientto del día este ejercicio de humildad. Luego se sentaban a oír confesiones hasta las ocho o nueve de la mañana. De aquí partían sus ocupaciones. El padre Medrano hacía una lección de teología moral a los clérigos y ministros de indios que por orden del ilustrísimo se juntaban a este efecto cada día. El padre Figueroa leía gramática a los pajes del señor arzobispo y algunos otros españolitos de lo más lucido de la ciudad. El rato que quedaba de la mañana lo empleaban en sus domésticas distribuciones, si les daba lugar el tropel de consultas de parte del señor arzobispo, presidente y oidores, u otras semejantes personas. Algunos ratos empleaban en aprender uno la lengua Moxca, otro la Pancha. A la tarde salían por las calles acompañados de los niños y los indios, cantando por las calles la doctrina cristiana hasta la plaza, en que uno explicaba algún punto del catecismo, y otro hacía una exhortación moral.

Por lo común no volvían a casa sino acompañados de algunos penitentes, con cuyas lágrimas y sincera conversión, bendecía el Señor sus trabajos y los animaba para proseguir con nuevo fervor al día siguiente. Antes de recogerse volvían a visitar los enfermos del hospital, y las más noches interrumpían el tenue descanso levantándose a confesiones para que eran buscados de toda la ciudad. Los domingos y los días de fiesta añadían por la mañana otro sermón en la iglesia del hospital.

[Muerte del padre Diego de Villegas] Lo interior de la provincia no ofrece este año cosa particular, ni debemos cansar la atención de nuestros lectores con la repetición de unos mismos ministerios, siempre útiles, siempre gloriosísimos; pero que suponemos bastante conocidos. El colegio de Guadalajara perdió este año al padre rector Diego de Villegas, en quien la virtud había obscurecido la nobleza de sus cunas. Hombre verdaderamente religioso e irreprochable en sus palabras, que jamás fueron sino muy necesarias y muy útiles, tiernamente devoto de la Virgen Santísima, abrazó al padre que lo dio la noticia de su cercana muerte. En pocos meses que estuvo en aquella ciudad mereció la veneración de todo género de personas que se mostró bien en su muerte. El convento de monjas y los superiores de las religiones, no contentos con otras públicas demostraciones, le hicieron honras en sus iglesias. El cabildo eclesiástico hizo el oficio sepulcral, y los distinguidos republicanos pretendían algunas de sus pobres alhajas como prendas de un hombre que juzgaban gozaba ya del Señor.

[Don fray Domingo de Ulloa obispo de Michoacán] En Michoacán había ocupado la silla episcopal el ilustrísimo señor don fray Domingo de Ulloa, del orden de predicadores. Este prelado parecía traer vinculado en su misma sangre y apellido el amor y afición a la Compañía y el motivo de nuestra confianza y agradecimiento, siendo hermano de la ilustre señora Doña Magdalena de Ulloa, fundadora de los tres insignes colegios de Oviedo, Santander y Villa García, en la provincia de Castilla. Parece que presintieron algunos émulos el favor que pretendía hacer a la Compañía el ilustrísimo, y se armaron desde muy temprano de mil imposturas para prevenirlo. Todas las disipó la presencia del padre rector, que salió más de una jornada a recibir al señor obispo. Las personas más autorizadas del cabildo habían querido servirse de la habilidad de nuestros estudiantes y dirección de nuestros maestros para algunas funciones castellanas y latinas con que felicitar a su pastor. Halló modo de embarazarlo la envidia; pero no pudo impedir sin embargo que por tres días continuos, con certámenes poéticos, con panegíricos en prosa y en verso, y otras amenísimas invenciones fuese celebrado en nuestro colegio. Esta quiso su señoría ilustrísima que fuese su primera visita, y no contento con una demostración de tanto honor, sabiendo por algunos de los capitulares el poco tiempo en que se habían prevenido aquellos festejos, y lo que no les habían permitido hacer para mostrar el gozo que sentían de su llegada, concibió tan alta estimación de nuestros estudios, que desde luego destinó a uno de los padres por examinador sinodal de órdenes y beneficios. Servíase de ellos en todos los negocios de importancia, y para dar un gaje más seguro de su tierno amor a la Compañía, dio tres mil pesos para que en la iglesia que entonces comenzaba a fabricarse, se labrase a su costa una capilla, en que después de la muerte descansase su cuerpo.

¡Cómo en esas veces ha contribuido la envidia a hacer brillar más el mérito de aquellos que persigue!

[Licencia para la fábrica de un fuerte en Sinaloa] El excelentísimo señor conde de Monterey había por este mismo tiempo condescendido a las instancias de don Alonso Díaz, capitán de Sinaloa, concediéndole veinticinco soldados que estuviesen de asiento en la villa de San Felipe y Santiago. Partieron escoltados de esta pequeña tropa a la misma provincia un padre y un hermano. El arribo de los soldados y los padres, causó grande regocijo a los españoles a los indios amigos. Solo Nacabeba cada día más atrevido con el favor de los tehuecos se oponía con nuevos insultos a cuantos medios se tomaban para asegurar la tranquilidad. A pocos días de llegados los nuevos presidiarios, tuvieron los tehuecos el atrevimiento de poner fuego a las iglesias de Matapan y Bavoria. El día mismo de la pascua amanecieron en las cercanías de la villa flechados cinco caballos. Estos pequeños sustos los contrapesaba el Señor con grandes consuelos en la quietud, la devoción y la piedad de los pueblos pacíficos. En la semana santa se celebró la memoria de nuestra redención con todo aquel aparato de músicas, procesiones, penitencias públicas, confesiones y comuniones, que pudieran verse en ciudades de muy antiguos cristianos. Solo el padre Juan Bautista de Velasco, en carta al padre provincial, dice haber confesado esta cuaresma más de quinientos indios. Se pretendió, en atención a los buenos efectos de este presidio, se pusiese otro semejante en el río de Zuaque. Dio buenas esperanzas de hacerlo el conde de Monterey, aunque no llegó a ejecutarlo sino su sucesor, como tendremos lugar de verlo en otra parte.

[Nuevas conquistas en Topía y la Laguna] En la Sierra de Topía el padre Hernando de Santarén, y el padre Juan Agustín en la Laguna, ganaban a Dios muchas almas: el primero trabajaba con algunos gentiles y muchos malos cristianos. El segundo, trabajaba con mucho más provecho entre los paganos. Bautizó este año más de cien adultos, y muchos más párvulos, y casó treinta pares, fuera de muchos otros que redujo a vivir con sus mujeres, las cuales tomaban y dejaban con la misma facilidad. El principal fruto de fruto de este año fue la población de Santa María de las Parras, a poca distancia de la Laguna de San Pedro. Este proyecto formado e intentado desde la primera entrada de los misioneros, no había, por la barbarie e incapacidad de los indios tenido efecto alguno. La constancia y la dulzura del padre Juan Agustín, venció al fin la obstinación de los naturales y el amor a aquellos bosques en que habían nacido, como consta de un antiguo instrumento otorgado ante Martín Zapata, por mandado del capitán Diego de Robles, en 18 de febrero de 1593. A principios de este año, quince caciques los más cristianos, con todas las gentes don su dependencia, se habían pasado a la nueva colonia y formado un pueblo de cerca de dos mil moradores. Habían fabricado una pequeña iglesia y casa para el padre, de que él había hecho un hospital en que personalmente asistía y curaba a los enfermos. Esta caritativa providencia le obliga a tomar la superstición temida de algunos de los indios, y singularmente de la nación de los payos. Estos, no atreviéndose a ver morir alguno por temor de que luego había de venir sobre ellos la muerte, no aguardaban la última hora para enterrarlos, y pocos días antes supo que una india muy anciana, creyendo que no había de sobrevenirle más

enfermedad que les sirviese de aviso, la enterraron buena y sana para librarse del continuo susto en que los tenía de hallarla muerta. No podemos concluir mejor la narración de los apostólicos trabajos del padre Juan Agustín, que con un breve rasgo de una de sus cartas. «Fuera (dice) del continuo ejercicio de la doctrina y catecismo le tengo de bautizar, confesar, casar y pacificar no solo a los indios, sino a extranjeros y españoles, y lo hago con mucho gusto y confusión mía de ver cuan a manos llenas me da el Señor en que servirle, y cuan mal y poco me dispongo a ser instrumento digno de su divina Majestad para salvar las almas. Guerra me hace el demonio, y algunas veces muy cruda. Pocos días ha me vi tan lleno de tristeza y sequedad, que taedebat animam meam vitae meae. ¡O qué paciencia y confianza en Dios es menester para estos ministerios! En esta tierra, ¡qué no hay de ocasiones! ¡qué soledad! ¡qué caminos! ¡qué desamparos! ¡qué hombres! ¡qué aguas amargas y de mal olor! ¡qué serenos y noches al aire! ¡qué soles, qué mosquitos, qué espinas, qué gentes, qué contradicciones! Pero si todo fueran flores, mi padre, ¿qué nos quedaría para gozar en el cielo? Hágase en mí la voluntad del Señor. En ella quiero andar y no en la mía perversa, en sus manos que por nos puso en la cruz, y no en las mías pecadoras. Quedo animado como vuestra reverencia me manda hasta que venga el ángel de luz que ha de venir por mi compañero. Padecerá mucho y ganará a Dios muchas almas, y consolarme y animarme ha. Yo le amaré, le serviré y obedeceré, pues que con otras almas ayudará también la mía a caminar al cielo. Por la misericordia de Dios cada día espero la muerte, y para recibirla pido a mi Dios el espíritu contribulado, el corazón contrito y humillado, que con esto el sacrificio de mi alma le será acepto, y suplirá el sacramento si faltare quien me le administre, pues cuatro meses ha que no veo un sacerdote con quien poderme confesar». Hasta aquí este fervorosísimo misionero pintando tan vivamente en su persona lo que tendríamos por inútil repetir en cada uno de los que todo lo sacrificaban al servicio del Señor y ayuda de las almas.

[Agregación de la congregación del Salvador a la Anunciata de Roma] Había pocos meses antes vuelto de Roma el padre Pedro Díaz, y con él el nuevo gobierno de la provincia, en que venía destinado provincial el padre Francisco Báez. Vino en esta misma ocasión confirmada de nuestro muy reverendo padre general, y agregada a la Anunciata de Roma, la ilustre congregación del Salvador, que con tanta edificación y utilidad había fundado en la casa profesa el padre Pedro Sánchez. [Año de 1599] En atención a la trabajada ancianidad del fundador de la provincia, se le añadió un compañero que hiciese los sermones de entre semana, dejando a su cuidado solos los domingos por no defraudar al público de su cristiana elocuencia, y dejar alguna respiración al fuego de su celo. De los muchos casos edificantes que seguían a los ministerios de esta casa, referiremos dos más admirables. Enfermó no muy gravemente en la apariencia un caballero de esta ciudad, mercader de un gran caudal; pero, en que como

suele ser muy frecuente, había mucho mal adquirido. Aunque jamás había tratado con jesuitas, quiso tratar con uno de ellos, fuera de confesión, los negocios de su alma. El éxito fue mandar publicar en su testamento un pregón general, que todos los que por sus tratos y contratos se sintiesen perjudicados, acudiesen al padre y a algún otro teólogo a cuya resolución deberían conformarse sus herederos, pagando puntualmente todo aquello en que según su dictamen hubiesen sido defraudados⁴⁵. El otro suceso tuvo bastante de milagroso. Una señora de cualidad, de mucho honor, y de conocida virtud desde sus tiernos años, salía de su casa un día de pascua a confesar y comulgar como lo hacía con bastante frecuencia en nuestra iglesia, justamente a ocasión que pasaba por su puerta un caballero honrado y conocido. Logró ocasión de saludarla y felicitarle las pascuas con toda la urbanidad y decoro que convenía a la cualidad de uno y otro. Iba a pisar el umbral de la puerta para salir, y concibiendo que podía dar alguna sospecha al marido, que vio venir de lejos, se apartó a un lado más obscuro para darle lugar a que entrase. No lo hizo con tanta fortuna que no lo viese un hermano del caballero. Sale prontamente en su busca con la espada desnuda, y da a su hermano noticia de su afrenta, por cuya venganza, decía, había arriesgado la vida. El marido, furioso, corre tras del que imaginaba agresor. La infeliz mujer entre tanto se encomendaba muy de veras a la Santísima Virgen, de quien siempre había sido tiernamente devota, creyendo bien que la cólera de su marido no se apagaría sino en su sangre. En efecto, no habiendo hallado a su enemigo, revolvió sobre ella, que invocando a la soberana Virgen por testigo de su inocencia, cayó en tierra de muchas estocadas. Él, habiéndose refugiado en el convento de San Francisco, esperaba con sobresalto el éxito de su desgracia. Viendo que nada se movía después de algunas horas, procuró informarse, y supo con espanto que su mujer había quedado sin lesión la más mínima. No podía acabarse de persuadir, hasta que la inocente ofendida pasó a verlo y referirle lo sucedido en compañía de su madre. Derechamente del asilo vinieron los tres a nuestra casa profesa a dar al Señor y a su Madre Santísima las debidas gracias, procediendo después el marido con una regularidad de costumbres de mucha edificación en la ciudad.

[Cátedra de teología moral en el colegio máximo y varios otros establecimientos] A los demás ejercicios de letras y virtud en que florecía el colegio de San Pedro y San Pablo, se añadió este año una lección de teología moral, a petición e instancias de muchos seculares, los más de orden sacro, que cursaban nuestros estudios. A este mismo tiempo debe referirse la institución piadosísima de los ejemplos en los sábados de cuaresma, que con tanta constancia, solemnidad y provecho de un grande concurso se continúan hasta el presente. Se instituyó asimismo que por las iglesias de México se repartiesen en aquel santo tiempo nuestros estudiantes a explicar la doctrina cristiana; costumbre utilísima que con tanto crédito de la Compañía y logro de las almas se ha continuado y extendido por todas las demás ciudades del reino. El principio parece haber sido en el hospital de Jesús Nazareno, que antes se llamó de nuestra Señora, y fue, como dijimos, la primera habitación que tuvieron los jesuitas en México. Aquí, en una capilla que llamaban de los negros, se encargó un padre de explicar a esta pobre gente los misterios y preceptos de nuestra santa ley todas las cuaresmas, y algunas otras veces

en los días más festivos, acompañándole los congregantes de la Anunciata, cantando por las calles la doctrina. Este género de procesiones era muy frecuente en nuestros estudiantes para las cárceles, para los hospitales, para las plazas, con grande edificación del público. Nunca fue tan suave este olor de piedad como en la que este mismo año hicieron al famoso Santuario de nuestra Señora de Guadalupe. Había el Señor afligido el territorio de México con una extrema sequedad. La inocente juventud de nuestros estudios tomó a su cargo aplacar la ira de Dios por la intercesión de la Soberana Virgen. Salieron de casa acompañados de sus maestros con candelas en las manos cantando el rosario y letanías de nuestra Señora. Llegando al templo, que dista cerca de una legua, oyeron misa, que les dijo uno de los padres, y recibieron la santa comunión aquellos a quienes por su menor debilidad se había concedido licencia de hacer en ayunas aquella romería, y volvieron a sus casas en la misma forma. Fue un espectáculo que sacó lágrimas de devoción a muchas personas, y se atribuyó a la oración pura y humilde de aquellos piadosos jóvenes la agua con que poco después quiso el Señor consolar a la afligida ciudad. Fuera de estos públicos ejercicios se veían en los congregantes actos de muy sólida virtud, y que se leen con asombro en los varones más desengañados. Un joven a quien la nobleza de su linaje, la riqueza de su casa, la gracia y hermosura del cuerpo, junto con las bellas cualidades del espíritu, hacían muy recomendable, sintiendo nacer en su corazón un género de complacencia y engreimiento, fue a la pública carnicería, y comprando algunas libras de carne se las echó sobre los hombros, y dio muchas vueltas por las calles más frecuentadas de México, para sofocar desde la cima un enemigo, cuanto dulce, tanto pernicioso. Había otro resistido heroicamente a las sollicitaciones de una mujer apasionada. El amor se le convirtió bien presto en un odio mortal, que pretendió disimular para acabar más seguramente con la vida del casto joven. Le envió un regalo para que lo tomase aquel día: justamente era uno de aquellos en que el piadoso congregante ayunaba en honra de la reina de las vírgenes, y no queriendo faltar a su propósito lo guardó para el día siguiente por no faltar a la urbanidad en volverlo. Pero ¡oh!, ¿cuál fue su sorpresa y su agradecimiento a la Virgen Santísima, cuando yendo al otro día a gustar de la vianda, la halló bullendo en negros y asquerosos gusanos? Así premió el cielo su castidad y devoción, y lo animó a perseverar en sus santos propósitos y en sus devotos ejercicios. [Quinta congregación provincial] A fines de este año, el día 2 de noviembre se celebró la quinta congregación provincial, en que siendo secretario el padre Antonio Arias, fue electo procurador a entrambas curias el padre Antonio Rubio, y por primer substituto el padre Nicolás de Arnaya, rector de la residencia de Guadiana.

Para mayor comodidad del ministerio de indios, y de las funciones de su congregación, que también por patente del padre Claudio Acuaviva, vino agregarla a la Anunciata del colegio romano, se fabricó este año una iglesia, aunque cubierta de paja, bastantemente capaz para los grandes concursos de los naturales en el seminario de San Gregorio, que hasta ahora no había tenido distinto templo del colegio máximo.

[Ministros en Puebla] Lo que en tres colegios de la Compañía se veía repartido en México, llenaba plenamente en la Puebla de los Ángeles el

colegio del Espíritu Santo: noviciado, tercera probación, ejercicios literarios de gramática, retórica y filosofía, púlpito, confesonario, cárceles, hospitales, congregaciones de españoles y de indios, todo tenía su lugar con tanta regularidad, con tal orden, que cada una parecía la sola ocupación de aquellos fervorosos padres. Allegábanse frecuentes excursiones a los pueblos de aquella vastísima diócesis. En San Salvador, a cuya jurisdicción pertenecían más de veinte pueblos, estuvo nueve meses un padre, de quien los manuscritos callan el nombre. Esta costumbre de nuestras annuas de no poner los nombres de los sujetos que vivían aun cuando se escribieron, bien que tan conforme al consejo del Espíritu Santo, y tan propia a la molestia de la Compañía, es sin embargo muy incómoda tal vez a un escritor y a la posteridad. En muchas partes confrontando, no sin mucho trabajo, diversos papeles, o por las circunstancias del tiempo y del lugar, se viene a dar en conocimiento de las personas. Al presente, nos ha faltado aun ese trabajoso medio para descubrir el nombre de un sujeto tan digno de la inmortalidad. Era muy enfermo e impedido de todo el lado izquierdo, por lo cual le era imposible celebrar el santo sacrificio. La caridad de los superiores no permitía dejarle salir a una expedición de tanta incomodidad y trabajo. Sin embargo, era tanta la ansia de los pueblos, la instancia de los beneficiados y celo del mismo misionero, que se veían precisados a condescender. Visitó en este poco tiempo veintidós pueblos, predicando en todos, y confesando como el hombre más robusto. En sola la cuaresma pasaron de tres mil las confesiones de indios, fuera de muchos españoles. En cada mes daba vuelta a las veintidós poblaciones, haciéndose llevar después de la iglesia a todas las casas de los enfermos. Los indios y los beneficiados, que veían un ejemplo de tanta caridad y tanto fervor de espíritu en un cuerpo inválido, le ayudaban en todo lo que no le permitía su salud, dándole quien lo dijese cada día misa, a hora proporcionada para comulgar, y concurriendo con mucha alegría para subirlo y apearlo del caballo, y acompañarlo en los caminos que tan gustosamente emprendía por el bien de sus almas. Otra semejante misión hizo al partido de Zacapoaxtla el padre Andrés Pérez de Rivas, poniendo ya los cimientos de aquella vida apostólica, que había de hacer después en Sinaloa. Fuera del ordinario fruto de los indios tuvo el padre el consuelo de hacer amigos a dos beneficiados, largo tiempo antes desunidos con no poca desedificación de su rebaño.

[Caso admirable de la explicación de la doctrina] Entre los casos notables que acompañan siempre el ministerio de la predicación, y con que bendice el Señor el celo de sus ministros, solo referiremos uno acontecido en la misma ciudad de los Ángeles, porque cede particularmente en alabanza de aquel ejercicio, que juzgamos el principal de nuestro instituto; quiero decir, la explicación de la doctrina cristiana a los niños y gente ruda. Había jurado un hombre, gravemente ofendido, no confesarse, ni quitarse la barba antes de lavar su afrenta en la sangre de su enemigo. Cumplió más de dos años su inicuo juramento, cuando supo que se hallaba en Puebla su ofensor. Marchó prontamente armado de pistolas, jurando de nuevo no tomar alimento alguno hasta haberse vengado. Luego que llegó a la ciudad, compró un caballo de fama para ponerse a cubierto de la justicia, y partió a la plaza, donde le dijeron estaba su contrario. Justamente era uno de

aquellos días, en que después de haberse cantado por las calles la santa doctrina, se hace a los indios y gente del mercado una breve explicación de alguno de los puntos más substanciales. Hablaba el catequista de los que dilatan convertirse, huyendo el saludable sacramento de la penitencia. El hombre enfurecido daba vueltas a la plaza como un león hambriento, y no hallando a su enemigo, se llegó al confuso tropel de gentes que cercaba al predicador. Fingía oír el sermón mientras llegaba la ocasión de vengarse; pero aquel Señor que apprehendit sapientes in astutia eorum, et consilium pravorum dissipat, le mudó repentinamente el corazón y acabó en ternura, en arrepentimiento y lágrimas, lo que había comenzado en disimulo. Se apeó del caballo, y siguiendo la doctrina, se arrojó a los pies del padre en llegando a la portería. Confesó por entonces los pecados más graves de que pudo hacer memoria. Volvió a la plaza en busca de su ofensor, abrazándole muchas veces, y pidiéndole a voces perdón de sus malos intentos. Prosiguió haciendo por seis días una confesión general de toda su vida, y sabiendo entre tanto, que habían preso por una deuda a aquel a quien poco antes deseaba dar la muerte, le procuró la libertad, tendiendo las armas y caballo para pagar la deuda; ejemplo admirable que bastaría solo a hacernos formar la más alta idea del gloriosísimo ejercicio de la doctrina cristiana, tan aplaudido de los pontífices, y tan encargado del santo fundador de la Compañía.

[Frutos en Valladolid y Tepetzotlán] De Michoacán se recibieron por ese tiempo cartas de los dos beneficiados, en cuyos partidos, dos padres misioneros habían confesado, el uno desde la cuaresma hasta Pentecostés tres mil indios, y el otro seis mil, desde la Septuagésima hasta la Ascensión. Sin embargo de un fruto tan copioso, no dejaban de brotar tal vez entre los indios algunas semillas de la antigua gentilidad, a que como los hebreos, tienen siempre por su misma pusilanimidad y grosería una vehemente inclinación. En Tepetzotlán, algunos forasteros que habían venido a avecindarse en aquel partido, trajeron consigo una famosa hechicera, que notando la aspereza, la altura, y la configuración de un monte vecino, se los hizo reconocer por Dios, poniendo a una punta más aguda de la montaña un nombre que significa dedo del cielo. Enseñábales a juntar con el Dios verdadero las falsas divinidades que habían adorado sus mayores. El Dios de los cristianos (decía) celoso del honor que dieron nuestros padres al gran Huitzilopochtli, ha reñido con él, y quiere ser reconocido solo; pero a nosotros no conviene enojar los antiguos dioses de nuestra nación. Algunos buenos cristianos dieron parte de terezo a los padres. Se comenzó a hacer guerra a la idolatría en el púlpito, y a pocos días, veinte o treinta de los más ancianos, unos de noche y otros de madrugada, venían a confesarse y entregar algunos idolillos, declarando otros cómplices. La india huyó y libró al pueblo de un contagio fatal que habría arruinado muy en breve la más florida cristiandad.

[Muerte de Nacabeba y estado de Sinaloa] Por otro muy distinto camino se consiguió la paz y la tranquilidad en Sinaloa. Un sobrino del pérfido Nacabeba había dado muerte a un tehueco, y traído su cabeza al capitán, diciendo que era la de su tío Nacabeba, a quien él había muerto, sacrificando (decía) a la religión y a la amistad con los españoles, los derechos de la sangre. Los tehuecos, nación fiera y vengativa, en recompensa de este ultraje, determinaron entregar al

homicida del venerable padre Gonzalo de Tapia. El cacique Lanzarote se encargó de esta expedición, y la ejecutó con fidelidad. Dio aviso de la presa al capitán don Diego Martínez de Hurdaide, que gobernaba en la villa por ausencia de don Alonso Díaz. Fue condenado a muerte como su sobrino Cristóbal Orocon, y a lo que podemos creer en atención a los clamores de la inocente sangre del fundador de aquella cristiandad, usó el Señor de misericordia con uno y otro que murieron, dejando bastantes seriales de su predestinación. Con la muerte de estos perturbadores, comenzó a propagarse con maravillosa rapidez por todas partes la semilla del Evangelio. Del lado del Poniente, se extendió hasta el mar, entre los niños, los guazaves y los ures. El padre Villafañe, tuvo la satisfacción de bautizar dentro de pocos días, doscientos cuarenta y dos, entre párvulos y adultos. Por la parte del Mediodía, los padres Martín Pérez y Juan Bautista de Velasco, bautizaron trescientos cuarenta y tantos, y casaron conforme al rito de la iglesia, ciento cuarenta y cuatro pares. Animaba el Señor el fervor de sus obreros y la de los neófitos, con algunos singulares sucesos. En el mes de setiembre, se hallaba la provincia muy afligida con una rigurosa seca. Acudieron indios y españoles a los padres. Mandóseles que hiciesen una procesión y algunos ejercicios en honra de la Santísima. Virgen, cuya Natividad estaba muy cercana, y que confesasen y comulgasen aquel dichoso día. El cielo correspondió prontamente: a la piedad y sincera fe de aquellas buenas gentes, y estando claro y sereno, se cubrió muy luego de nubes, y regó la tierra con copiosísima lluvia, que prosiguió después con mucho consuelo y pasmo de los indios.

[Misión de Topía y San Andrés] La misión de Topía se había interrumpido este año por justos respetos, que no era conveniente penetrarse el público. Esperaban con ansia al padre Hernando de Santarén cuando pasó de vuelta para México el padre Francisco Gutiérrez. Recibiéronlo con increíble consuelo, suplicándole que se quedase en aquel real. No pudiendo conseguirlo, determinaron el vicario y los españoles e indios del partido, enviar diputados con cartas y dinero a la audiencia real de Guadalajara, para que la Compañía se encargase de su instrucción, prometiendo para esto una gran parte de sus haciendas. Hubieran sin duda los enviados emprendido una marcha tan penosa, si el padre no los hubiera animado con la esperanza de conseguirlo con el padre provincial. «Entre tanto (dice el padre Hernando de Santarén, en carta escrita al superior de Sinaloa) yo he estado con los indios acaxeos enseñando en su lengua a seis pueblos de mucha gente, en que hice muchos bautismos. De aquí me partí a las partes más remotas del real de San Andrés, a la sierra que llaman de Naperes, donde se hicieron dos iglesias y se plantaron cruces, alrededor de las cuales se juntaban a aprender la doctrina. Breve la supieron algunos tan bien, que pasándome con los infieles al real de San Hipólito, una legua de allí, me sirvieron de maestros para otros muchos. Estando aquí, vinieron a llamarme de unas grandes poblaciones que se llaman de San Miguel, donde había muchos que bautizar. Aunque es la tercera vez que me han llamado, me fue imposible, siendo yo solo en tres reales de minas, y habiendo en ellos tanta gente a quien predicar y confesar. Por la misma causa tampoco pude acudir a otras tres poblaciones, que con grande instancia pedían el santo bautismo, para lo cual abrieron camino para poder ir a caballo, que antes por la mucha espesura de árboles y rocas, no lo había. Después de haber

confesado toda la gente de este real, me partí a San Andrés, donde aunque pensé estar pocos días, por pasar a Topía, me hubo de detener hasta la Dominica in passione; porque es tanta la devoción de estas indios y españoles a la Compañía, que habiendo venido el cabildo secular y el vicario, a pedirme que me quedase, y viendo que se lo negué, persuadieron a los indios, que como menores de edad, clamasen ante la justicia, y así con dos peticiones se presentaron pidiendo que me quedase, protestando que si me iba habían de despoblar las haciendas de minas, y no bastando eso, acabando de predicar, se me echaron a los pies más de doscientas personas, e hincados de rodillas me pedían que me quedase allí siquiera aquella semana, instando con que no habían de levantarse hasta que les diese este consuelo. Después de haber confesado todos los indios y predicádoles a ellos y a los españoles, me partí para Topía a media noche, de modo que cuando acordaron, ya yo estaba en el Real de ruinas de los Papudos, donde confesé a toda la gente que al otro día tenía ánimo de salir a buscarme, viendo que tardaba. En Topía me detuve veinte días predicando y confesando. Algunos caciques vecinos, con toda su gente, vinieron a pedir la doctrina, rogándome que vaya allá, o citando esto no se pueda, ofreciendo venir a poblarse cerca de San Andrés, para cuyo efecto se les ha señalado sitio a una legua de dicho Real. Lo mismo han hecho los tecayas bajándose al río, que está cerca de dichas Minas, que será de mucha importancia para su doctrina, y de mucho servicio y gloria de nuestro Señor. Esta es la mies que su Majestad va cada día descubriendo por estas partes tan sazonadas y maduras para la hoz, que aquí no faltan sino obreros incansables y deseosos de ganar a Jesucristo las almas que él redimió con su sangre preciosa. Todos claman y piden socorro. ¿Quién me diera poderme dividir en muchos, y ayudar a tantos pobres? Lo hiciera con tanto consuelo y gusto de mi alma, cuanta es la pena que siento de ver que parvuli petierunt panem, et non erat, qui frangeretis. En todo espero ayuda y resolución de vuestra reverencia, etc.».

[Misión de la Laguna] Semejantes noticias a estas venían al padre provincial de las otras misiones. El padre Nicolás de Arnaya, que por orden del padre provincial Francisco Báez había visitado la misión de Parras, escribe en estos términos: «Me ha sido este viaje de singular consuelo, así por ver a los padres Juan Agustín y Francisco de Arista, trabajando con tanto gusto en la viña del Señor, como verdaderos hijos de la Compañía, como por la mucha mies que el Señor ofrece a nuestros operarios. En declarar esto me extendiera muchísimo; pero solo diré lo que vi y palpé, que es el bueno y grande pueblo que se va fundando en el valle de las Parras, en el cual hay al pie de mil seiscientas personas, y cada día van viniendo otras de nuevo. En los días que yo estuve en aquel pueblo, que fueron doce, vino un cacique con algunos de su gente, a pedir lugar para los suyos, que eran en buena cantidad. Fuera de este, faltan otros nueve caciques, sin los indios payos y rayados, que son muchos; de suerte que se hará un lugar de más de cinco mil personas. Bauticé en esos pocos días más de doscientos entre párvulos y adultos, bien dispuestos. A la vuelta vine por el río de las Nasas, pasando por muchas rancherías, de las cuales y de otras de la laguna, piensan los padres hacer cuatro o cinco poblaciones, y la una sería de cuanta gente quisiéremos, porque dentro de pocas leguas hay unos valles habitados de innumerables indios,

todos muy deseosos, así de reducirse a población, como de recibir el bautismo. De paso iba preguntando por los enfermos, y hallé algunos viejos, que pasarían de cien años, a los cuales bauticé con mucho consuelo, así por verlos en la extrema necesidad, como por el ansia y fervor con que lo pedían. Así lo pida toda la gente de este río, entre la cual hay algunos bautizados, aunque tan ignorantes como los gentiles, y todos hablan, aunque tosca y groseramente la lengua mexicana. Con esto me acabo de confirmar en lo que tengo escrito a vuestra reverencia, que la porción que Dios tiene guardada a la Compañía, es la de los muchos indios que hay por estas partes, y así convendrá que vuestra reverencia refuerce esta misión, siquiera con otros dos compañeros, porque hay mucho que hacer, y al tiempo doy por testigo que en lo de adelante será más, y pues el Señor nos envía obreros, en ninguna parte podrán emplearse mejor, siquidem mesis multa est, etc.».

[Nuevos establecimientos] De estas cinco poblaciones da más individual noticia el padre Francisco de Arista, informando al padre provincial. «De más (dice) de la población de las Parras, a que al presente atendemos el padre Juan Agustín y yo, hay por aquí cerca otras cinco en que puede emplearse la Compañía con mucha gloria de nuestro Señor. La primera se dice de Santa Ana, que está como quince leguas de este valle al Poniente. Hase acudido allá algunas veces, y así es gente manejada y la más cristiana. Solo quedan por reducir ocho o nueve caciques de la comarca, con que vendrá a ser un pueblo de más de quinientos vecinos. La comodidad que tiene de ciénegas, manantiales, montes, frutas, caza de todo género, es muy a propósito, para que asentada una vez, no haya entre recelo de alguna novedad. La segunda es en la laguna grande, diez y ocho leguas de aquí en el derramadero del río de las Nasas. Esta, esperamos será de las mejores por las comodidades de río y laguna, y en ellos mucho pego. Tiene también caza en abundancia, frutas y semillas de todos géneros, montes, piedra y madera. Hay en el contorno treinta caciques con mucha gente mansa, fácil de congregarse y deseosa del bautismo. La tercera es la que llaman del cacique Aztla, de tanta comodidad, y aun más que las pasadas, porque tiene saca de agua del río para regar de pie las sementeras y mucho sabino y fresno para los edificios. Serán como quinientos vecinos. La cuarta son las rancherías de San Francisco, del río de las Nasas arriba. La más de ella es gente cristiana y reducida a congregación; y aunque no serán los vecinos más de trescientos y cincuenta, no será posible reducirlos a otra parte; así por las comodidades de tierra y temple, como por estar ya congregados en forma de pueblo y muy avenidos ente sí. La quinta población y última de lo descubierto, es la que llaman de las Cuatro Ciénegas, como treinta leguas al Norte de la otra parte de la laguna. Concorre allí, fuera de la gente del propio valle, mucha parte de los del valle de la Herradura, y su cordillera parte de un valle que llaman de Tlaxcala, y de otros tres ríos y serranías, con que podrá formarse un pueblo de dos mil vecinos. Cierto que ver esta belleza de gentes tan bien dispuestas, nos da mil deseos fervorosos y bríos del cielo, aunque el trabajo es inmenso, porque se atiende a lo espiritual, corporal y particular. El misionero ha de ir con ellos a sembrar y a coger la cosecha, a enseñarles a fabricar sus casas e iglesias, a la doctrina y a todo el asiento del pueblo; y sobre todo, a darles la ración y el

sustento hasta que ellos hagan sus milpas y tengan con que pasar. Con esto, ¿qué tiempo queda para visitar las otras poblaciones, para darles doctrina, para aprender lenguas, pues apenas lo tenemos para rezar y encomendarnos a Dios? Solo nos da confianza que esto toca a la paternal providencia de su Majestad, y a la que vuestra reverencia tiene, etc.».

Este mismo ejercicio era el de los padres Diego de Torres y Diego de Monzalve, aunque aquí sin tanta incomodidad por la limosna que de las cajas reales se daba anualmente a los misioneros y a los indios. El padre Monzalve en compañía del capitán Diego de Vargas, anduvo muchos meses por los montes y los tunales, requiriendo con suavidad y con dulzura a los chichimecas, de que trajeron una grande recluta al pueblo de San Luis.

[Muerte del hermano Francisco Villa Real. 1600] A principios del siguiente año de 1600 falleció en el seminario de San Gregorio, de que había cuidado algunos años el hermano Francisco Villa Real. La carta de este año se extiende mucho en referir sus grandes virtudes, que dejamos para lugar más oportuno. Solo apuntaremos el principio de dicha carta que dice así: «De este colegio cogió el Señor un fruto muy sazonado, en edad, religión y santidad, el hermano Francisco Villa Real cuius memoria in benedictione est. Varón verdaderamente perfecto y santo, que bien podemos darle este renombre en su muerte: a quien tantas señales dio de ello en vida por los ejemplos de sus heroicas virtudes, cuya luz y resplandor tanto le esclarecieron aun a los ojos de los hombres». Vino a la América con la primera misión a la Florida del padre Pedro Martínez. Murió el día 18 de enero a los 70 años de su edad, de los cuales vivió 41 en la Compañía, 34 en la América y 26 en Nueva España.

[Dedicación de la iglesia del Espíritu Santo] Ilustró también a los principios de este año la ruidosa función con que se dedicó la iglesia del Espíritu Santo en la Puebla de los Ángeles. El ilustre señor don Diego Romano pasó el Santísimo Sacramento de la vieja a la nueva iglesia. Celebróse por los señores de uno y otro cabildo, con certámenes, con juegos públicos de caña y de sortija, con representaciones, con danzas para que propusieron ricos premios. Las religiones y toda la ciudad con repiques, colgaduras, música y todo género de regocijos, quisieron mostrar su benevolencia y entrar a la parte de nuestro júbilo. Todo lo merecía el nuevo templo por entonces, uno de los mejores y quizá el más hermoso de toda la América. De nueve días en que se celebró la solemnidad, fueron los más plausibles domingo infra octavam de la Epifanía, en que se colocó el Divinísimo; jueves en que se dedicó el altar de Nuestra Señora con una devotísima imagen, y domingo siguiente, en que después de una vistósima procesión, se colocaron las santas reliquias que para esta casa había traído de Roma el padre doctor Pedro de Morales. No entramos en una circunstanciada descripción de este edificio, por estar cuando esto escribimos ya por los suelos para dar lugar a otro de más galana arquitectura. Había costado el antiguo 80000 pesos y el retablo mayor 1400046.

[Sucesos de la misión del Nuevo Reino] Entre tanto, los dos misioneros de la nueva Granada habían pasado un año en los ministerios que dejamos dichos, sosteniendo dos hombres solos todo el peso de un reino entero. A principios de este año una contingencia les dio a conocer todo el mal de que estaba poseído aquel país, y cuanto les era necesario hacer y padecer

por el nombre del Señor. Supieron que una india joven traía en la mano un ídolo hecho de algodón. Reconviniéndola, dijo que lo había tomado de una anciana de su casa, que lo adoraba como a Dios. La averiguación que se hizo sobre el caso descubrió un profundo abismo de idolatría, en que estaban generalmente sumergidos todos los naturales del nuevo reino. Se quemó públicamente aquella abominable estatua, habiéndola antes expuesto a la pública irrisión de los niños, no sin grande espanto y congoja de los indios. El ilustrísimo, de acuerdo con el presidente y ministros de la real audiencia, determinó salir a una visita general acompañado de un oidor y del padre Alonso Medrano. Este celosísimo operario entraba siempre por delante en los pueblos. Día y noche explicaba, ya en público, ya privadamente los misterios de la fe, y valiéndose ya de las razones que hacen creíble nuestra religión y confunden la idolatría, ya de la autoridad de la iglesia y del nombre del rey; unas veces prometiéndoles perdón, otras amenazándoles con castigos temporales y eternos, les hacía manifestar los ídolos, las ermitas y los sacerdotes. En el pueblo de Hontivon que fue el primero, le entregaron más de tres mil ídolos; de este lugar, dice el mismo padre en su relación, solo diré dos cosas particulares. La primera acerca de la institución de los sacerdotes. Al que lo ha de ser por herencia, en la edad de diez y seis años o cerca de ellos, encierran en una cueva donde no vea luz ninguna. Allí le dan de tres a tres días una pequeña medida de granos de maíz, que es su trigo, y otra de agua en cantidad muy corta. Dura esta vida siete años continuos. No se corta el cabello, no muda ropa, ni sale de su encerramiento, ni habla con nadie. Enséñame a tomar ciertos humos de tabaco que les perturba el juicio y hace ver o creer que ve figuras espantosas. En estos siete años de su noviciado encierran con él una doncella, a quien no ha de llegar, so pena de quedar inmundo para el sacerdocio, y otros graves castigos. Hechas estas y otras experiencias, a juicio de los sacerdotes ancianos, recibe el grado con cierto bonetillo en forma de borla, de mano de un gran cacique a quien todo el gremio reconoce como a sumo sacerdote. Así aprobado, comienza a ejercitar su oficio. Los indios están obligados a darle todo el oro que pide para sus ídolos, y nadie sabe jamás donde están, sino los que deben sucederles en el ministerio. La segunda cosa es que a ningún indio de los bautizados se le ha dado jamás, ni se les da hoy en día, el Santísimo Sacramento, ni la Extremaunción, cosa que me causó mucha lástima, y grandísimo espanto.

De aquí se pasó a los pueblos de Boza, Boxara, Caxica, Chia, La Venezuela, Suba, Tuna, y otros adyacentes. En todos se quemaron innumerables ídolos. Los de oro se deshacían; y reservando al fisco real la parte que previenen las leyes, lo demás se aplicaba según el consejo de San Agustín al culto del verdadero Dios, en la fábrica y adorno de sus templos. Se descubrió tras de un horno de cal el templo e ídolo del mayor de sus dioses que llamaban Cuza, y al pie de un árbol, a quien mostraban mucha veneración, dos estatuas de oro macizo, que dijeron ser la diosa Baqué, y uno de sus hijos. Antes de quemarlos se hacía a sus mismos sacerdotes que los pisasen y escupiesen. Unos espontáneamente lo hacían, otros aun mandados no obedecían sino con temor, según más o menos había penetrado en sus corazones la divina palabra. Fueron castigados, aunque con piedad, muchos sacerdotes y ministros del error; muchos se convirtieron y ayudaron a la

conversión de los que habían pervertido con sus diabólicos engaños. Uno de estos muy anciano y muy respetado entre los suyos, se juntó con el padre Medrano y le acompañó en toda la jornada, cantando con él las oraciones en las doctrinas pública. Viniendo a Santa Fe se dedicó a servir a los pobres en el hospital, con muestras de muy fervoroso cristiano, después de bautizado jamás consintió que le llamasen Cui, nombre de una dignidad, equivalente a la de nuestros obispos, que antes obtenía, diciendo que era nombre del demonio. En los más de estos lugares se conseguía con facilidad el fruto de la predicación; solo en uno, dice el mismo misionero, hallé mucha resistencia, y los indios se habían hecho a una para no descubrirme los templos ni los ídolos; pero al fin todo se consiguió con la ayuda de Dios. Bajo estas generales expresiones ocultó la modestia del escritor el modo admirable con que quiso declararse el cielo a favor de la verdad que predicaba. Había hecho ya varios sermones para convencerlos de su error. Un día que después de haber predicado los más sublimes misterios de nuestra fe, reprendía con más fuerza de espíritu su ceguera y obstinación, uno de aquellos falsos sacerdotes gritó insultando al orador: «Si esas cosas nos las dijeras desde una hoguera sin quemarte, acaso te creeríamos». El pueblo siguió muy en breve la impresión de su inicuo sacerdote, y el padre, animado repentinamente de una fe viva y de una singular confianza admitió el desafío. [Caso estupendo] «Yo estoy (les dijo) tan seguro y tan cierto de la verdad de lo que os tengo dicho, que no dudaría exponerme a una prueba tan dura. Encended la hoguera, veisme aquí pronto, Dios volverá por su palabra, y vosotros quedaréis avergonzados». No tardaron los bárbaros en aprestar la hoguera, y el hombre de Dios, con un saludable asombro de sus oyentes, repitió sobre las haces de leña ardientes el catecismo que les enseñaba, sin que aun al vestido le empeciese la llama. Bajando de allí no se cansaban de admirarle y tocarle la ropa, como a un hombre bajado del cielo. A la admiración siguió bien presto la docilidad de todo el pueblo, que dentro de poco tiempo le entregaron innumerables ídolos. La constante tradición de la ciudad de Santa Fe, sostenida del testimonio de muchas antiguas pinturas, y la autoridad del padre Alonso Andrade en la vida de este insigne misionero, hemos creído suficientes para referir un suceso tan grande y que pone bastantemente a cubierto nuestra fidelidad⁴⁷.

[Pide todo el reino a su Majestad la Compañía] Ello es que entrando después en aquel pueblo el ilustrísimo, y habiéndose entregado públicamente los ídolos al fuego, los indios dieron al celoso pastor un espectáculo de no menor gozo que compasión. Juntos, al derredor de su persona, pedían a voces que se les diesen ministros que les enseñasen en su lengua, que ellos estaban prontos a deponer, y deponían todos sus errores y a vivir como cristianos. Una demanda tan racional y tan justa sorprendió al piadoso prelado, y le hizo conocer cuanto podía esperar de su visita. Persuadido a que pasando adelante solo con el padre Medrano descubriría los idólatras, quemaría los ídolos, arrasaría los templos; pero que no podría desarraigar de los espíritus la supersticiosa credulidad, mientras no tuviera copia de ministros que los instruyesen y conservasen en la creencia y práctica del cristianismo, determinó volver a Santa Fe, y tratar sería y radicalmente de la conversión de sus pueblos. Consultó con el presidente y oidores, y personas más distinguidas de la

república. Su afecto grande a nuestra religión les hizo creer que no tenía el daño más remedio que procurar al reino el establecimiento de la Compañía. Se determinó, pues, enviar a su Majestad una relación circunstanciada del estado del reino en lo espiritual y temporal, y exponer al mismo tiempo al general de la Compañía lo que habían hecho allí dos jesuitas, y lo que podía esperarse de servicio de Dios y utilidad de las almas de la fundación de uno o algunos colegios. El arzobispo, el presidente, la real audiencia y el cabildo eclesiástico y secular, de común acuerdo, resolvieron que se encargasen de la embajada los dos padres. Pretendieron estos se impetrase primero la orden de sus superiores de Nueva-España, o se esperase resolución de la provincia del Perú. Nada valió: el señor arzobispo, valiéndose de la orden que traía de Nueva-España para que los padres le obedeciesen en todo mientras no hubiese en la ciudad superior de la Compañía, les mandó resueltamente ir en nombre de todos los vecinos, dándoles para ello sus letras patentes en toda forma, proveyéndoles todo el vecindario a porfía de lo necesario para el viaje. Para prenda de la fundación que esperaban confiados en la piedad del rey y celo de la Compañía, juntaron entre sí para la compra de una casa bien capaz, y en sitio acomodado. Don Gaspar Núñez, rico, y piadoso vecino de Santa Fe, no contento con haber contribuido como los demás a este intento, añadió cuatro mil ducados, fuera de otra gran parte de su opulento caudal que ofreció para un colegio a cargo de la Compañía en que se criase la juventud en letras y piedad: proyecto que fomentaba mucho tiempo había, y que intentó algunas veces antes de la venida de los padres con suceso muy desigual a su diligencia y a su ardor. Con estas recomendaciones y la determinación del padre rector del colegio de Panamá, a quien consultaron por cartas, partieron los padres para Cartagena. Esta ciudad, que desde el año antecedente había pretendido con el padre Rodrigo de Cabredo, provincial entonces del Perú, se estableciese allí la Compañía; con el motivo de la jornada de los padres y comisión de que iban encargados por parte de la ciudad de Santa Fe, despertaron los antiguos deseos del señor obispo, doctor don Juan de Ladrada, del orden de predicadores, gobernador y cabildo, para escribir de nuevo a Roma sobre este mismo asunto, proponiéndole lo que de su parte habían trabajado para esta fundación, y como un honrado vecino de aquel lugar llamado don Francisco de Alba tenía hecha donación a la Compañía de unas bellas casas para principio del Colegio. En Cartagena se juntaron a los dos procuradores los hermanos José Cabrat y Gaspar Antonio, que viniendo del Perú en compañía del padre Manuel Vázquez, en la navegación de Portobelo a Cartagena, tuvieron el dolor de perder a este gran sujeto, y en compañía del padre Alonso Medrano pasaron a la Europa. En los últimos días que precedieron a su embarque, recibieron también cartas muy expresivas de las ciudades de Tunja y de Pamplona, que valiéndose de la ocasión los encargaban de varias comisiones para con su Majestad pertenecientes al bien común de la república, y escribir juntamente al rey católico y a nuestro padre general enviase allí algunos sujetos en residencia o en misión, para lo cual decían tener ya comprado en una y otra parte proporcionada habitación.

[Reducción de los guazaves] Mientras que los misioneros del nuevo reino daban tanto lustre a la provincia de Nueva-España con sus gloriosos

trabajos en estas regiones, todo procedía con un orden y una regularidad admirable. Solo en Sinaloa hubo algunos motivos de inquietud. Volvía en aquellos países ya con el cargo de capitán y justicia mayor don Diego Martínez de Hurdaide, hombre de una rara prudencia para prevenir todos los lances de la guerra, de una prontitud y viveza admirable para sorprender al enemigo, de un celo apostólico bajo un trago militar, que le hizo sacrificar toda su hacienda a la propagación del Evangelio entre las naciones que el rey cometió a su cuidado; digno, en fin, de que su valor y su conducta hubiese tenido mejor teatro. El tiempo que estuvo en la provincia de subalterno tuvo contenidos a los indios. Ausente él se rebelaron los guazaves, quemaron las iglesias, y se acogieron a lo más espeso e impenetrable de sus bosques. El capitán, vuelto a Sinaloa, los siguió bien presto. Prendió algunos y castigó a los más culpados. El jefe principal de la rebelión era un cacique bastante ladino, muy valiente, y muy amado de los suyos. No pareció al capitán agriar los ánimos de toda la nación con el suplicio de su jefe. Esta benignidad mudó enteramente a los guazaves, que se señalaron después constantemente en la afición y fidelidad a los españoles, y en el fervor y la piedad. El cacique, bautizado poco después con el nombre de don Pablo Velásquez, fue el apóstol de su nación. No hacía con su presencia falta el misionero en sus pueblos. Don Diego Martínez de Hurdaide lo dejó por muchos años todo el gobierno de sus gentes: hizo muy en breve reparar las iglesias; corría de choza en choza para instruir privadamente muchos catecúmenos, y para dar al padre noticia de los enfermos, e inquirir las costumbres de los particulares. Habiendo con la santa comunión recibido cuasi milagrosamente la salud y la vista que tenía ya perdida a la fuerza del accidente, sirvió mucho tiempo a los suyos de una prueba viva de la verdad de los santos misterios, y dejó entre ellos muy pura la fe y muy arraigada la devoción al más augusto de los sacramentos, de que se vieron en muchas ocasiones pruebas no vulgares.

[Expedición a las minas de Chinipa] Apenas sosegados estos movimientos de los guazaves partió el capitán, por orden del virrey, al descubrimiento de unas minas que se tenía noticia haber en la Sierra de Chinipa, y que en tiempos pasados se había tentado infelizmente. Acompañole en esta expedición el padre Pedro Méndez, para abrir con este pretexto puerta al Evangelio y ayudar a las necesidades del pequeño ejército. Marcharon con veintitrés soldados y algunos otros españoles que atraía la esperanza de las minas, fiados en la guía de algunos indios amigos o que parecían serlo. Eran estos de la nación sinaloa, que por ser de las más numerosas, dio o tomó el nombre general de toda la provincia. Halláronse el día 10 de abril a más de cuarenta leguas de la villa, en uno de los desfiladeros estrechísimos, donde no podían marchar sino a la deshilada, a alguna distancia unos de otros: este era justamente el lugar donde los esperaban los enemigos prevenidos de las guías traidoras para acabar con todo el nombre español. El capitán, con ocho soldados y alguna parte del bagaje, se habían ya empeñado en la estrechura. Tenía a su lado un monte bastante alto y fragoso, de donde los bárbaros hacían rodar grandes peñascos y llover innumerables flechas. Por fortuna no se había estrechado tanto la retaguardia y se hallaba aun en lugar de poder hacer algún daño al enemigo. El valeroso Hurdaide dio orden que algunos soldados

destacados diesen algún rodeo por la falda del monte menos fragosa y desalojasen de la altura a los indios. Entre tanto ganó con bastante trabajo un peñol desde donde pudo también hacer fuego. El enemigo tenía acordonado todo el cerro, y habiendo muerto algunas bestias de carga y tornado un caldero de que hicieron tambor, se les oía cantar seguros de la victoria: aquí quedarás, capitán, con tus españoles. Tuviéronle cercado hasta el día siguiente a la una del día, sin darles lugar a tomar algún sustento ni descanso. El cabo que mandaba la retaguardia pudo desde la altura, que ocupaban los indios valerse contra ellos de toda la ventaja del sitio. Murieron siete de ellos, y después de veinticuatro horas de combate, la hambre, el calor, el cansancio y el fuego de la fusilería, los hizo retirarse después de haber puesto fuego por varias partes al monte donde estaba el capitán con sus ocho soldados y el padre Pedro Méndez. No bastó un peligro tan grande para infundir temor al capitán Hurdaide. Junto ya todo el grueso de su ejército, en que solo había dos heridos y algunas bestias de carga, pasó tres leguas adelante al primer pueblo de los chinipas que llamaban Curepo. Corrió toda la tierra: halló las poblaciones fuertes para el género de armas que usaban, y bastantemente regulares los edificios de piedra y barro, de bastante luna y buena disposición. Los habitantes habían desamparado el país: se quemaron algunos lugares y talaron las sementeras. Por medio de dos indias se tuvo noticia de las minas en que se trabajó algunos días con muchos sustos y una utilidad muy desigual a la pena que costaban. El padre Pedro Méndez logró por todo fruto de su correría catequizar y bautizar catorce indios sinaloas en que a la vuelta quiso el capitán hacer justicia.

[Expedición intentada a California] Mientras en Sinaloa se buscaban a tanto riesgo las minas, y poco a poco se disponían a recibir el yugo de Jesucristo las naciones más rebeldes, el excelentísimo conde de Monterrey en cumplimiento de las reales cédulas, prevenía una armada para el descubrimiento y demarcación de las costas de California. Iba por capitán de la expedición el mismo Sebastián Vizcaíno que ya en otro tiempo había pretendido llevar consigo algunos de la Compañía. Para conseguirlo en esta ocasión propuso al virrey que nada podría hacerse en aquel viaje conforme a las intenciones a su Majestad mientras no fuese a él alguna persona inteligente en la astronomía y cosmografía, y que después de repetidas observaciones pudiese dar exacta información a la corte. Que en toda Nueva-España no le parecía se podría hallar sujeto en quien concurriesen todas las cualidades necesarias, sino en el padre Juan Sánchez, jesuita, morador de la casa profesa. En efecto, era el padre Juan Sánchez de los primeros quince compañeros y fundadores de nuestra autoridad y religión, y que a los comunes estudios de la Compañía juntaba muchos y muy útiles conocimientos de astronomía, geografía, y otras partes de matemática. Un hombre de este carácter ha sido siempre por nuestra desgracia muy escaso en la América, aun entre gentes que profesan literatura. El virrey, con esta noticia, lo mandó llamar luego a Chapultepec, lugar de recreación a que se había retirado algunos días. Propuso el negocio al padre Sánchez, y concluyó pidiéndole se quisiese encargar de aquella jornada. El padre respondió, que aquello pertenecía al padre provincial, a quien estaba pronto a obedecer. Yo siempre esperé, dijo el virrey, de un hijo de la Compañía una respuesta tan religiosa.

Bien sé que esto pertenece al padre provincial; pero estando este en Zacatecas he querido explorar antes el ánimo de vuestra reverencia y guardar este decoro a una persona de tanto respeto en su religión. Si vuestra reverencia fuera provincial, ¿qué respondería a mi petición? Yo, respondió el padre, no condescendería: el negocio, excelentísimo señor, es puramente seglar, y muy ajeno del instituto de la Compañía ir de piloto y cosmógrafo a buscar puertos para el tráfico de los navíos marchantes. Cuando los intereses temporales se consideran solos sin los de Dios, no pueden los religiosos procurarlos, porque en esta vida donde el mundo puede recompensarles con sus bienes, ellos los han solemnemente renunciado, y en la venidera, donde esperan el premio, no tiene el mundo que darles. Vuestra excelencia junte los intereses temporales con los espirituales de nuestra profesión, y mis superiores y yo le serviremos gustosamente. El virrey quedó muy edificado de la santa libertad del padre Sánchez, y le preguntó qué tiempo le parecía más oportuno para la salida de las naves que su excelencia, de acuerdo con los capitanes, habían resuelto para el mes de julio. El padre respondió que no convenía, porque habiendo de navegar desde los 17 hasta 50 grados, llegarían a esa altura en la mitad del invierno, en que eran ciertas las tormentas. Que la salida debería ser por enero para llegar por verano, tiempo apacible y sin los grandes fríos de aquellos climas, con días mucho más largos para navegar con luz costas incógnitas. El conde hizo tanto aprecio de la respuesta que mandó retractar el bando que había promulgado de la salida por enero, añadiendo en el auto que firmaron todos los capitanes y pilotos de la junta, una cláusula que hace mucho honor a la memoria de este sabio y religioso padre; que en atención a ser el padre Juan Sánchez un sujeto tan docto y grave filósofo, teólogo, astrónomo, cosmógrafo, y excelente en las ciencias matemáticas, y que en todo el reino no había otro a propósito para que esta jornada se acertase; y otro si no pudiendo negociarse su ida sin facultad de su provincial, que estaba en Zacatecas, convenía se dilatase hasta enero la salida de los navíos para que en presencia de este se le pidiese enviase a dicho padre.

En efecto, no contento con haber escrito a Zacatecas con fecha 14 de junio, y vuelto a México de su visita el padre provincial, instó por la jornada. El padre Francisco Báez y sus consultores se inclinaban ya a condescender con la petición del virrey; pero el padre Juan Sánchez presentó a la consulta un papel, sosteniendo con tanto peso de razones que no convenía encargarse un religioso de aquella expedición, que los superiores y el virrey hubieron de sobreceder, y Sebastián Vizcaíno partió por mayo del año siguiente acompañado de unos religiosos carmelitas, entre los cuales fray Antonio de la Ascensión, cuya relación cita Torquemada y el padre Miguel Venegas en sus noticias de la California.

[Fundación de la provincia de Santa Fe] Poco después de partida esta armada, sobrevino a la provincia una tropa de nuevos misioneros, y por superior de todos el padre Ildelfonso de Castro, destinado provincial de Nueva-España. De esta misión se habían ya desde España destacado algunos sujetos para la misión del nuevo reino, a diligencias del padre Alonso Medrano, que había con felicidad llegado a Europa a principios de aquel año. Nuestro padre general Claudio Acuviva aceptó desde luego la fundación, y habido por cartas su beneplácito, partió el padre a

Valladolid, corte de nuestros reyes, donde obtuvo en pocos meses del señor Felipe III, la siguiente cédula.

El rey. Por cuanto por cartas que me han escrito el presidente y oidores de mi real audiencia del nuevo reino de Granada, y el arzobispo y cabildo eclesiástico y seglares de la ciudad de Santa Fe, Tunja y Pamplona, que se han visto en mi consejo real de las Indias, se ha entendido lo mucho que importa para bien de aquel reino, que los religiosos de la compañía de Jesús funden en él, para que con su buena doctrina ayuden a la conversión y enseñanza de los indios, y la juventud se ocupe en ejercicios virtuosos y necesarios para su buena crianza, por haber mucha gente moza y clérigos criollos, que tienen necesidad de estudio y de doctrina, y que Alonso de Medrano y Francisco de Figueroa, de la Compañía de Jesús, vienen a estos reinos y tienen casa en la dicha ciudad de Santa Fe, a darme cuenta de ello, y llevar más religiosos, y que Fernando de Espinosa, como procurador general de la dicha Compañía, me ha representado, que el general de ella por constarle de lo sobredicho, ha dado licencia a los dichos religiosos para que lleven ocho para la dicha fundación, suplicándome les mandase dar licencia para ello, y habiéndome consultado, acatando lo susodicho, lo he tenido por bien. Por la presente, doy licencia a los religiosos de la dicha Compañía de Jesús, para que puedan fundar en dicho nuevo reino de Granada, sin embargo de cualquier orden que haya en contrario; y mando al presidente y oidores de la dicha mi audiencia, y al arzobispo del dicho reino y otras justicias y jueces eclesiásticos y seculares, que no lo impidan, que así es mi voluntad. Fecha en Valladolid a 30 de diciembre de 1602. -Yo el rey. -Por mandado del rey nuestro Señor. -Juan de Ibarra.

Con esta licencia que envié luego al nuevo reino el padre Alonso Medrano, se dio principio al colegio de Santa Fe por los años de 1604, en que con el título de San Bartolomé, se erigió también un seminario, que pasó después a colegio mayor. Al mismo tiempo que se fundaba el colegio de Santa Fe, pasó acaso por Cartagena una misión de jesuitas. Los moradores de aquella ciudad, que por medio del padre Alonso Medrano habían también pretendido se estableciese allí la Compañía, no dejaron pasar tan bella ocasión. Las súplicas del señor obispo y la piadosa violencia de los ciudadanos fue tanta, que el superior se vio obligado a dejar allí a los padres Francisco Perlin y Hernando Núñez. El ilustrísimo señor don fray Juan de Ladrada, hijo dignísimo del orden de predicadores, con un ejemplo inaudito de benignidad, de pobreza y de amor a la Compañía, salió de puerta en puerta por las calles a recoger limosna para la fábrica y sustento de nuestros religiosos, ya que a su señoría la cortedad de la renta y su caridad para con los pobres, no le dejaban que dar. El colegio de Santa Fe fue erigido en universidad por los años de 1610. El siguiente año se fundó el colegio de Tunja, luego los de Honda, Pamplona y Mérida, por los años de 1620, 22 y 23. El de Santa Cruz de Mompox, el año de 1643. Añadióse después el colegio de Santo Domingo en la isla

española, y por los años de 1729 el colegio de Antioquía. Hemos propasado toda esta serie de años, porque habiéndose agregado los colegios de Santa Fe y demás del nuevo reino, a la provincia de Quito por orden de nuestro padre general Claudio Acuaviva, no podíamos ya sin meter la hoz en la mies ajena, insertar en nuestra historia los felicísimos progresos de la Compañía en aquellos países, y mucho menos después que por disposición de nuestro muy reverendo padre general Tirso González se erigió en distinta provincia el año de 1696. La historia de ella la escribió el padre José Casini. La autoridad de un escritor, por otra parte tan célebre, no nos ha impedido referir los principios de esta ilustre provincia con alguna variación, tomada de los manuscritos que hemos citado y que verosíblemente no pudo haber a las manos, quien se veía obligado a tomar las noticias tan lejos de su fuente.

[Muerte del padre Plaza] Volviendo a tomar el hilo de nuestra historia, al colegio máximo de San Pedro y San Pablo, faltó a fines del año un rigidísimo observador del instituto, y ejemplar de religiosa perfección en el padre doctor Juan de la Plaza, primer visitador y segundo provincial de Nueva-España, varón de celestial prudencia, de continua y sublime oración, de una circunspección admirable en sus palabras. Murió a los 21 de diciembre con sentimiento universal de toda la provincia. Hemos hablado de su mérito en otra parte de esta historia, y esperamos hacerlo aun más copiosamente en su vida, que con las de otros distinguidos varones prometemos para el fin de nuestro trabajo.

[Misión del Espíritu Santo] El padre Diego González, partiendo del colegio del Espíritu Santo de la Puebla, corrió santificando los pueblos de Xuchitlán, Zacapoaxtla, Nautzontla, Quetzala y varios otros comarcanos, con tan copioso fruto, que el beneficiado don Alonso de Grajeda, dando las gracias al padre provincial, escribe haber confesado en pocos días más de mil seiscientas personas, y dado el día de Espíritu Santo la sagrada comunión a más de trescientos indios, cosa bien rara entre unas gentes, que como hemos visto en otra parte, tenían antes tanto horror (que no podemos llamar veneración) al más amable de nuestros santos misterios.

[Misión de Topía y descripción del país] La misión de la sierra de Topía, comenzada por el venerable padre Gonzalo de Tapia, y después por motivos diversos, emprendida e interrumpida en varios tiempos, había tomado finalmente un asiento estable desde la mitad del año antecedente. El padre provincial Francisco Báez, con la relación del padre Francisco Gutiérrez, y carta que arriba insertamos del padre Hernando de Santarén, se movió a enviar a los padres Alonso Ruiz y Andrés Tutino. Muy a los principios de su apostólico ministerio los probó Dios con todo género de incomodidades y peligros, en la sublevación de los indios acaxees, la más numerosa y principal nación de aquella serranía. La naturaleza del sitio y costumbres de sus habitantes, las oiremos de boca de un escritor respetable, que después de haberse empleado por más de veinte años en cultivar aquella región, selló su apostólica vida con una muerte preciosa, derramando la sangre por amor de Jesucristo. Dice, pues, así el padre Hernando de Santarén, escribiendo al padre provincial:

La provincia de Topía tomó el nombre de una tradición fabulosa, muy semejante a la de las metamorfosis de los griegos. Dicen que una india antigua de este nombre, se convirtió en piedra, que hasta hoy

ellos veneran en forma de jícara, que llaman en su idioma Topía, de donde tomó el nombre el valle más ancho y más bien poblado de toda esta región. Aquí fijó su residencia Francisco de Ibarra, primer gobernador, y por la misma razón cuando el año de 1592 entró el padre Gonzalo de Tapia en esta misión, hizo el primer asiento en el valle de Topía, como en cabeza de la serranía Acaxee. Corre esta serranía de Norte a Sur del Nuevo-México hasta Guadalajara, tiene de ancho unas de cuarenta leguas, y en el medio y riñón de ellas, están poblados el día de hoy estos acaxees y de esta sierra, como de más alto tienen principio muchos poderosísimos ríos, que corren al Poniente y entran en el mar del Sur, y otros que corren al Oriente, y van a parar al mar del Norte, acabándose algunos como el río de las Nasas, el de Papáztquiario y el de los Ahorcados en la laguna grande, donde está la misión que la Compañía tiene en las Parras; y como esta sierra está áspera es difícil de andar, porque tiene muchas cuestas de tres leguas y más de subida, y llegados a la cumbre de esta comienzan otras, y así toda ella sin haber llano ninguno, si no es las cimas y alturas de los montes, donde hay algunos ojos de agua, de los cuales nacen estos ríos tan poderosos, ayudándoles a sus avenidas y corrientes, las grandes nieves que hay en el invierno, por ser asperísimo estando la tierra muchas veces por un mes y más, con dos varas de nieve que cubre y borra los caminos, de manera que no se puede andar por ellos, y cuando esta nieve se deshace, hay grandes inundaciones de los ríos, regando en algunos campos vastos dos o tres leguas de ancho, y esto no sin grande providencia de Dios, porque con esto quedan las tierras húmedas y las provincias del mar del Sur, que no cogen maíz en tiempo de aguas, como son, Chiametla, Culiacán y Camponela; siembran por Navidad y vienen a coger por San Juan, porque desde San Juan hasta San Miguel, son las aguas tan continuas, que no escapa un día, lloviendo principalmente desde las doce del día con grandísima fuerza dos y tres veces, con gran estruendo de rayos que caen en los pinos, de los cuales hay tanta abundancia, principalmente en las ciénagas, donde se hacen poderosísimos, que de ellos y otros árboles de que la tierra está cubierta, hay parte donde en todo el año no está el sol. Algunos de estos pinos, llevan piñas una tercia de largas, en que tienen muchos piñones, que es el sustento de grandísima muchedumbre de papagayos que vienen de ciento en ciento, y de noche se vuelven a dormir a tierra caliente, y de muchísimas ardillas de muchas diferencias, unas grandes y otras pequeñas, que se topan por los caminos cada momento, y otras mayores que se llaman causos y tienen una cola muy hermosa, y son tan grandes, como grandes gatas hay en esta tierra, muchos ojos; pero lo que más espanta es que hay un pajarito que se llama carpintero que hace en un pino seco diez mil agujeros, y en cada uno mete una bellota, las cuales guarda para el invierno: hay también grande abundancia de gallos y gallinas de la tierra monteses, mucho mayores que las que se crían mansas, hanlas visto los padres de Zuenzo por los caminos; también han dicho algunos que han visto en estas ciénegas altas de estas partes diferentes carbúnculos de noche: dicen que son tan

grandes como perritos, y que tienen en la frente una piedra de grandísimo resplandor; han ido muchas veces a quitarlas de noche, pero en sintiendo ruido, cubrieron con un capullo la piedra, de manera que no se vieron más.

Los bajos de esta sierra son tierras calientes, y así hay en ellos gran cantidad de mosquitos, gegees, rodadores y zancudos, y danse en estos bajos todas las frutas de tierra caliente y grande abundancia de miel riquísima, más blanca que una nieve, y otra más espesa de las abejas grandes, de la cual los indios gozan más abundantemente.

Esta miel no se da en panales, aunque los hay tan grandes como botijas, sino en los huecos de los encinos. Es la tierra templada más abajo de los altos de la tierra una legua, en los cuales hacen unas botijas de cera tan grandes como huevos de palomas, haciendo tantas botijuelas, cuan grande es el agujero, y para seguir las abejas y saber donde están, van siguiéndolas desde el agua donde van a beber, en lo cual hay indios muy diestros y muy rastrosos, y de esta cera saben ya los indios hacer candelas para la iglesia.

En los medios de esta tierra, que es tierra templada, porque ni es fría como la de arriba, ni caliente como la de abajo, puso nuestro Señor grandísima cantidad de minas, y así es la tierra más rica que hay en la Nueva-España; de tal manera, que a cada paso se descubren muchas vetas y de mucha ley, y así fuera de los reales de minas que están poblados, hay despoblados, así por el alzamiento que hubo estos años pasados, como por falta de gente española, treinta reales de minas ensayadas ya de a marco, y de ahí para arriba por quintal; pero como la tierra es tan corta, no se pueden sustentar si no es que la ley de los metales sobrepuje, y así las que acá se benefician ordinariamente pasan de a marco y a diez onzas por azogue, y las que son de a seis no se benefician, y las de fundición y sebo a tres y cuatro marcos, y así lo que menos vale en esta sierra es la plata.

En esta tierra templada, que son las laderas de estas tierras, estaban poblados los indios junto algunos ojos de agua o arroyos pequeños que bajan de los altos, y no estaban muy juntos, sino cada uno con sus hijos, nietos y parientes en unas rancherías fundadas en unos mogotes o picachos difíciles de subir a ellos, y la causa era por tener continuas guerras entre sí, aunque eran de una misma nación y lengua, hasta venirse a comer unos a otros. La causa de estas guerras era no tener principal ni persona a quien reconociesen, y que les hiciese de hacer sus agravios, y así cuando no era agraviado de su vecino, aunque fuese en poca cosa, recogía sus parientes e iba a la casa del que le agravió, y por su propia mano en su persona y hacienda, tomaba venganza, y el que recibía aquel agravio, tornaba a recoger sus parientes e iba a desagraciarse, y así andaban en continuas guerras, a las cuales iban con todas las riquezas que tenían en sus casas de tilmas, chalchihuites, orejeras y plumerías, arcos y flechas en carcaxes de pellejos de leones, de que hay gran copia en esta tierra, lanzas de brasil colorado, de que hay mucha abundancia en los bajos, una cola hecha de gamuzas teñidas negras y sacadas unas tiras largas que salen de un espejo redondo, puesto en una rodaja de palo tan grande

como un plato pequeño, y esa asentada en el fin del espinazo, baja la cola hasta las corbas en un cordel con que van ceñidos; llevan atravesada como daga una macana, las tilmas llevan cruzadas por el pecho, y las caras, piernas y brazos, envijados con metales amarillos, otros de negro del ollín del comal, y ceniza, y suchimales que guarnecidos de plumerías, los cuales son como las vaseras de vidrios y cálices, con los cuales se revuelven y adargan metiendo todo el cuerpo debajo de ellos: en la mano izquierda está el arco y lanza, y con la derecha flechan, hasta el punto que ha caído alguno de los enemigos, que entonces con una hachuela que llevan también para esto, al momento le cortan la cabeza con grande presteza, la que traen por triunfo cuando no pueden traer lo demás del cuerpo, con la cual en las manos hacen grandes mitotes: en volviendo a sus tierras, si traen algún cuerpo, media legua antes de llegar al pueblo, para que las mujeres que ayunaban mientras iban a la guerra, y las demás que están en el pueblo, le salgan a recibir, ellos esperan en un puesto que para esto tienen señalado, donde hay muchas piedras hechas a manera de canal larga, de más de cuatro pies y cubierta como albañal, por las cuales van metiendo los cuerpos que traen, y dan a las mujeres las manos para que las lleven colgadas al cuello como nóminas. Llegados al pueblo, donde están las casas de terrado muy bien techadas, con una puerta pequeña, aun no de una vara en alto redonda, en el patio de la casa tienen un árbol de zapote, al pie del cual dejaron alguna flecha o algún hueso de muerto colgado en ofrenda, para que su ídolo les diese victoria. Hay allí junto una piedra llana a donde dejan la carne mientras se adereza donde se ha de cocer; luego sin quebrarle el hueso sino por las coyunturas despedazan el cuerpo y échanlo en dos ollas, y dos viejos, que para esto están señalados, toda la noche les dan fuego mientras el resto del pueblo y los circunvecinos, que para ello se han juntado, están bailando y cantando las victorias de sus enemigos, con la cabeza del difunto en las manos. A la mañana revuelven las ollas y sacan los huesos mondos, dejando solamente la carne como atole, y estos huesos guardan en las casas fuertes colgados, parte con la cabeza. Otras veces encajan las calaveras en las paredes cercanas a las puertas de las casas fuertes. Guardan estos huesos en memoria de sus triunfos, y así cuando han de ir otra vez a la guerra, los viejos animan a los mozos diciendo, que miren aquellas victorias que ellos alcanzaron, y que se acuerden de algún pariente suyo que le mataron sus enemigos, y que entiendan que así tienen allá sus huesos, que procuren vengarlos y volver por su sangre y parientes. A la carne que queda en la olla, suelen echar frijoles y maíz cocido, y luego se va repartiendo por todos los que se han hallado en el baile, echando a cada uno su parte en un cajete. Al primero a quien dan de esta olla y del vino que tienen hecho, es al dios que ellos adoran, y al que mató aquel enemigo que quiere comer, al cual en el mismo mitote le hacen un agujero en el labio de abajo en medio de la barba que le pasa todo el labio, y llega hasta las encías, por donde le meten un hueso que tiene un botón adentro, y sale como tres dedos

del labio, y este trae toda la vida en señal de valiente, y si ha muerto dos, le hacen dos agujeros, y si tres, tres; y yo he visto indios que tenían tres; luego dan a las personas que ayunaron para la victoria.

Los ayunos de estos son muy rigurosos, pues todo el tiempo que dura el ir a la guerra, o que dura la necesidad, porque aínas no pueden comer cosa que tenga sal, ni tocarse una persona a otra, ni hacer nada, y guardan esto con tanta puntualidad que no ha un mes que teniendo noticia el padre de los que andan en esta sierra, que una india estaba enferma, fue a su casa para ver si tenía necesidad de confesarse: hallola entre unos zacates, apartada un tiro de arcabuz de su casa, y habiéndola enviado a llamar con tres o cuatro indios, y viendo que no se bullía de un lugar, preguntó qué hacía, y respondiéronle que estaba ayunando, y que estaba allí apartada por no tener ocasión de ver ni comunicará nadie mientras duraba el ayuno. Fuese el padre para ella, y, cuando la india le vio venir, se levantó como un gamo, y alzando los gritos, que los ponía en el cielo, comenzó a huir por entre aquellos matorrales con tanta ligereza, como lo pudiera hacer un hombre, por no quebrantar el ayuno con hablar al padre. Solo pueden comer un poco de maíz tostado o pinole que beben con una como calabacilla que traen colgada de la cinta en señal de que ayunan. Estos ayunos no solamente los hacen por las guerras, sino también si acaso han visto algún xixime, que son sus enemigos con quien tienen ya la guerra trabada y publicada, y donde quiera que se topan se matan, sino también cuando han de sembrar y cuando han de coger, y cuando hay borrachera y cuando hay pesquería, que a todas estas cosas ayunan, porque así se lo tenía mandado el demonio, con quien tenían grande comunicación, y así se les aparecía de noche muy ordinariamente en los campos, a quien ellos tenían diversos modos de adorar, y así tenían diferentes ídolos a quien llamaban Tesaba, y el demonio les había dicho que el se llamaba Neyumcame, que quiere decir el que todo lo hace; y teníales de tal manera engañados, que si habían de sembrar, tenían un dios que les guardase las sementeras, y este en figura de conejo o venado, rogándole que los conejos y venados no les echasen a perder las sementeras y sembrados. En una parte tenían dos cuernos de venado, que algunos dicen que era de venado marino que hay allí; otros que de unos venados que hay en el Nuevo-México, o Cíbola, por ser tan grandes que de vaca nunca se han visto, porque son tan gordos como el brazo, y de alto vara y media, y tenían seis ganchos: de estos el roto se quemó y el otro está guardado en el real de Topía; a estos pedían que los guardasen en la casa cuando se habían de coger las sementeras. Primero iban a cazar y cogían quince o veinte venados, y de ellos hacían muchos tamales, y hasta entonces no comían del maíz nuevo. Para las guerras tenían un navajón grande de pedernal para que los pedernales de sus flechas no les saltasen. Para las cazas tenían en alguna parte alguna águila muerta de muchos años, porque en estas sierras altas hay algunas reales y esta adoraban y a las pescas. Tenían otros de diferentes figuras para las borracheras y comidas: tenían una figura de hombre con su cara,

boca, narices y ojos, y algunos hombres señalados, y de otros solo las cabezas, y esto en tanta abundancia, que plantando en ellos la fe católica, hemos quemado más de quinientos ídolos. Los guardias de estos son grandísimos hechiceros, a quienes temen los demás indios porque no los hechicen estos tales, porque tienen pacto con el demonio o porque lo fingen ellos. Con la boca curan chupando y soplando, y dicen que sacar la enfermedad, para lo cual, llevan en la boca alguna cinta, hueso o palo pequeño, y cuando chupan al enfermo, dicen que le sacaron aquello que sacan de la boca. Uno de estos, habiéndome entregado el ídolo y quemándole, gastó después toda la noche tocando un tambor, y preguntándole a la mañana por qué lo había hecho, me respondió que se había aparecido aquella noche el ídolo, el cual llorando le había dicho que por qué lo había entregado al padre, que qué le había hecho, y que mirase y se acordase cuantos años había que le tenía, y que nunca le había faltado maíz y comida, y por qué lo había entregado al padre para que le quemase; empero que su corazón no le podía quemar, y así, se iba donde está su padre Aguapiguge, y que para consolar a este ídolo le había tocado toda aquella noche el tambor. La figura de este ídolo era la cabeza de un hombre bien hecha, con un cucurucho como de capilla de un fraile capuchino; y preguntándole a este hechicero, quién le había dado aquel ídolo, respondió, que estando una noche solo en el monte le oyó llorar, y yendo hacia donde lo había oído, no vio nada, y luego lo llamó por su nombre, y llegándose más cerca, había topado aquella cabeza y que la había guardado muchos años había. Estos hechiceros fingen que dan el agua, y así los demás les son tributarios, principalmente cuando por falta de agua se van secando las sementeras, y entonces llevan el ídolo que tienen para pedir agua y le ponen en el río de pies, y si dentro de veinticuatro horas no les da agua, le sacan y arrojan, y toman otros. Estos ídolos son algunas piedras que naturalmente tienen algunas facciones o particular figura.

Tienen estos ídolos unos altares muy fijos, hechos de figura circular, comenzando con un círculo muy pequeño, de compás de dos palmos, y sube una vara en alto, hecho de piedras llanas con barro, y luego otro mayor que cerca aquel del mismo altar, y luego otro y otro hasta que viene a ser un compás de dos varas. En este altar tenían los ídolos y ofrecían las ofrendas, y cuando no había otra cosa, ofrecían y ofrecen todavía una hoja de árbol puesta una piedrecita encima; otras veces un manojito de zacate, y encima la piedra para que no se vaya. En las juntas de los caminos suelen tener un montón de piedra, en el cual ponen un manojito de zacate y una piedra encima para no cansarse en el camino.

En estas tinieblas y errores tenía el demonio engañadas más de cinco mil personas, que son las que ahora tenemos a nuestro cargo en cuatro misiones, todas de una lengua, y fuera de estos hacia la parte del Norte, donde se llama Vaimoa, hay más de otras tres mil, las cuales habiendo visto la paz con que viven nuestros cristianos apartados de las guerras, idolatrías y borracheras, y como se han congregado en buenos puestos acomodados para su comida e iglesias a

las orillas de estos poderosos ríos, claman y piden que vayamos a hacerlos cristianos. Fuera de estos más hacia al Norte, hay mucha gente mezclada con los tepehuanes, y en estas partes hay muchas y riquísimas minas, las cuales han de ser parte para que poblando los españoles aseguren la tierra y puedan con más facilidad ser doctrinados. Este año pasado entré allá cuasi solo, y en un solo pueblo me hallé con más de cuatrocientas personas. Fuera de estos, a la parte del Sur, hay mucha gente que se llaman los de Guapiguge, los de Jocotilma, los de la Campaña grande, de donde también han traído riquísimos metales, a cuatro marcos por azogue. Estos tienen perpetua guerra con nuestros cristianos, aunque no con los españoles, como lo significaron estos días pasados, diciendo al gobernador que habían de ser nuestros amigos, pero no de los indios, porque a estos tenían por sustancia, y vacas para comer, que así les llaman diciendo que el español esconde el dinero, el indio la vaca y los negros el tocino, lo cual experimentaron por nuestros pasados en la guerra, de que adelante haré mención, pues de todo género de gente hubieron a las manos.

Comúnmente andan todos desnudos; tienen unos cordeles delgados con que andan ceñidos por la cintura, del cual cuelgan algunas borlillas o cordeles de flecos como de un jeme de largo y cuatro o seis dedos de ancho, con que se cubren por delante; todo lo demás andan desnudos. Algunos se cubren con una tilma de algodón o pita de que tienen grande abundancia, la cual sacan las indias de las pencas del maguey después de hecho el vino, y mascando con la boca cada penca por sí, la dejan tan blanca casi como de algodón; después las lavan y hacen las tilmas, que entre ellos son de poca estima, porque por cuatro panes de sal dan una, la cual por estar muy apartada de la mar es muy estimada; y así en ningún manjar echan sal, sino muerden un poquito de sal y con la boca salada van comiendo los quelites, frijoles y calabazas que es su ordinaria comida. Para comer les sirve de silla la planta del pie derecho sobre la cual se sientan volviendo el empeine al suelo, y así comúnmente tienen los empeines llenos de callos: las cabelleras crían y guardan con grande estima; tráenlas trenzadas con fajas y cintas blancas, hechas de algodón. También traen tilmas azules teñidas con añil, de que hay mucho por acá, y después que entraron los españoles, de los pellejos de los carneros que se matan hacen tilmas blancas y pintadas, deshaciendo para ello las medias de punto azules, coloradas y amarillas que compran de las tiendas. Traen al cuello grandes sartas de caracoles blancos, y de coscates de algunos marinos, y los mismos en las muñecas de los brazos. Agujéranse desde niños las ternillas de las narices, y de allí cuelgan un cordoncito con una piedra verde que aquí llaman chalchivite. Traen en las orejas muchos zarcillos negros y dentro de cada zarcillo una cuenta blanca, y otros traen unos arillos de plata y otros de cobre tan grandes como manillas, y en grandísima afrenta entran ellos cuando alguna vez, estando borrachos, le desgarran las orejas. Algunos en las piernas traen unas ligas de las garras de los venados que han muerto, y lo mismo en las gargantas de los pies, las cuales ordinariamente traen

ceñidas, principalmente porque dicen que para subir estas cuestras les ayudan mucho, y citando se cansan en semejantes cuestras, con un arco pequeño y una flecha muy aguda se pican las piernas, saliendo de cada picadura tanta sangre, que corre hasta el suelo; lo mismo hacen junto a las sienes y frente para sangrarse de la cabeza cuando les duele. Siempre que caminan llevan las mujeres la carga en un cacastle de hechura de un huacal, sino que es angosto de abajo y ancho de arriba, tan ancho, que cabe una anega de maíz desgranado, y la lleva una india con gran facilidad cuesta abajo y cuesta arriba con un mecapale en la cabeza. En estos cacastles lleva la mujer la comida, que es maíz gordo y blando, que una mazorca entera se asa con un palillo como quien asa una gallina, y está tan tierna que se come muy bien. Llevan encima de la comida los comales, que son los platos, y escudillas, cucharas con que comen y beben; y si tienen algún niño, con una tilma revuelto va allí durmiendo, y muchas veces van dos. A los bordos del cacastle, llevan los papagayos y guacamayas, porque son muy curiosos en criarlas, y pélanlos a menudo para adornarse con las plumas. De este cacastle van colgadas las patillas de los venados que ha muerto el marido ensartadas en unos canutos de caña y los huesecillos de los pies de los venados que van haciendo un ruido como de cascabeles, y de esta manera marido y mujer van de una parte a otra todo el hato a cuestras, y si tienen algún hijo de dos o tres años, este carga el marido puesto en una tilma a las espaldas cruzada por el pecho y vuelta a atar a las espaldas. La comida en los caminos y en las guerras es ordinariamente un poco de maíz tostado; y así cuando venían a pelear con los españoles, como traían mucho, y cuando lo sacaban para comer, lo derramaban, venían grandes manadas de cuervos tras ellos, y así los españoles en viendo de lejos los cuervos se preparaban para la guerra porque sabían que allí venían los indios. Es una gente mediana de cuerpo, bien agestada, y los que han estado en tierra más fría son tan blancos que parecen mestizos. Es gente bien proporcionada, de miembros muy ligeros, no se rayan los rostros si no son los de la provincia de Vaimoa. Son muy fáciles, alegres, risueños, y que conversan con los padres y españoles con mucha afabilidad y risa. No son huraños, ni esquivos, ni melancólicos, ni retirados, ni temerosos, ni encogidos, sino largos y atrevidos. De lo que tienen son liberales, y reparten largamente no solo con los suyos y parientes, sino con los extraños y de otras tierras, partiendo con ellos de sus cosas sin ningún interés; y así a la mañana las mujeres hacen una olla de pinole, que es una bebida de que ellos usan mucho, y esta está a la puerta de la casa y beben de ella todos los yentes y venientes sin que nadie los convide a ello, sino en llegando aunque sean de otro pueblo extraño, se sientan junto a la olla y beben de ella, y cuando los padres van de un pueblo a otro y ellos tienen comida acuden con muchos tamales y ollas de pinole y frijoles, y calabazas cocidas, para la gente que del otro pueblo vino con el padre; y algunas veces es en tanta abundancia, que después el padre se lo reparte a ellos mismos, y nunca jamás que el padre llega al pueblo dejan de ofrecerle alguna

cosa, o que tocomates de miel, o que frijoles, o que pepitas de calabazas de que hay mucha, así de verano como de invierno de extraña grandeza, y con ser muy grandes son de más estima por ser muy útiles.

Es gente de buen entendimiento, como se echa de ver en algunas razones que traen, porque el padre los bautice, y facilidad con que aprenden las oraciones en su lengua, pues muchos de ellos en un día natural han aprendido el Pater noster, Ave María y catecismo, y lo han enseñado luego públicamente en la iglesia a los demás. Tienen grandísimo tesón en lo que comienzan, y así algunos catecúmenos están desde la mañana hasta la noche aprendiendo, sin acordarse de ir a comer, y esto se vio también en el tesón que tuvieron estos años pasados en la guerra contra los españoles, contra los cuales solo cincuenta indios que se habían rebelado fueron amotinando más de cinco mil personas, después de haber muerto cinco españoles en su tierra. Destruyeron tres reales de minas, abrasando los ingenios y matando los españoles de ellos, y en otro se halló un padre de la Compañía que fue el padre Alonso Ruiz, que tenía a su cargo aquellos indios, y los demás estaban mal heridos y muy desmayados por verse cercados de más de ocho cientos indios que por todas partes los flechaban. Salió el padre con un Santo Cristo en las manos delante de todos, animando a los españoles, y fue cosa maravillosa que tirándole muchas flechas no le acertó ninguna. Acabado esto, en medio del furor de la batalla, se puso a decir misa y comulgó a los españoles, preparándose todos para morir por Dios nuestro Señor, el cual les puso en los corazones que por entonces dejasen la batalla, y quince días después les vinieron a cercar y flechar; pero no con tanta fuerza como el primero, hasta que entró el teniente de gobernador con setenta hombres de socorro, con lo cual se reprimieron de lo que es venir al real, retirándose a los peñoles, quemando más de cuarenta iglesias donde solían recogerse a la doctrina. A estos picachos fui yo más de cuatro veces con veinte soldados a llamarlos de paz por orden del gobernador, y yendo un día, diez leguas la tierra dentro los topé que estaban matando una recua, y los arrieros de ella mataron dos indios y un negro, y flecharon un español de dos, que quiso librarme Dios milagrosamente porque los indios me conocieron y mandaron a los demás que se apartasen del camino. Yo les hablé y llamé, aunque por entonces no quisieron obedecerme, diciendo en su lengua: ya no somos tus hijos. Con todo eso quiso nuestro Señor, que enviándolos a llamar con una bandera blanca puesta en una cruz vinieron para el día que me señalaron; yo salí a recibirlos al puesto que ellos me dijeron, con soldados, y vinieron a mi llamamiento once pueblos, con los cuales, y mucha alegría del gobernador y del obispo, entré en el real de Topía, y dieron la obediencia al gobernador, y desde entonces nunca estos han faltado a la paz que prometieron, aunque otros de la misma lengua, que se llaman sabaités, engañados por un demonio de un hechicero, que decía ser obispo y que era Dios Padre, haciendo a otros indios Santiago y San Juan, bautizando a los indios y descasándolos de las mujeres con quienes estaban casados, se

retiraron a un peñol después de haber dado la obediencia al rey, a los cuales, enviándolos yo a llamar muchas veces, por dos meses enteros me respondieron que fuese yo en persona allá, y así fui con cuatro soldados y con mucho riesgo de la vida; pero quiso Dios que bajaron siete pueblos, los cuales han estado y están con mucha paz y quietud, aunque fueron maltratados de sus comarcanos, a quienes tenían hecho pacto de no rendirse a los españoles, y por haber quebrantado el dicho juramento les quemaron las iglesias y mataron algunas personas de los que se habían hecho nuestros amigos; pero con la muerte del falso obispo y del que se decía ser Santiago, a quienes yo ayudé a bien morir, se han aquietado mucho y desengañado de los embustes y mentiras con que aquel falso obispo les había amenazado, cuya confesión hecha delante del gobernador tiene ocho hojas, y la enviaré a vuestra reverencia algún día con las oraciones que él inventó y la doctrina que él enseñaba.

Pero lo que más muestra su testa y determinaciones, es la que tuvieron en la guerra, juramentándose de morir, y no dejar la justa hasta acabar con los españoles, y lo hicieran si no pudiera más con ellos el buen término del gobernador; porque habiendo los soldados hecho una pesca de mujeres se las tornó a enviar el gobernador, y esto no las viejas a quienes ellos estiman en muy poco, y así nadie su quiere casar con ellas, y los que las tienen las desechan, y viendo cuales había enviado, las mujeres dijeron: nosotros habíamos hecho este concierto de no desistir de la batalla hasta morir o vencer; pero pues nos han enviado nuestras mujeres, obligación tenemos de dar la paz a los españoles aunque nos ahorquen, en lo cual se echa de ver un buen entendimiento y razón, como lo descubre más de un dicho de uno de ellos en ocasión que suponiendo que no habían de escapar ni dejar a vida español ninguno, y preguntando si matarían también al padre y respondiendo algunos que no, pues no los había hecho ninguna mala obra, dijo otro que si no lo mataban, él solo podía obligarlos a dar la paz, y que así se determinasen a matarle porque no quedase en esta ocasión.

Es gente belicosa y de buenos ardidés de guerra, como se vio en este alzamiento, haciendo las lumbres de una parte para que los españoles fuesen a ella, y saliéndoles en el camino en una emboscada y mal paso y matarlos, como salieron siete indios cuando venía el obispo con uno de nuestros padres, trayendo cuarenta soldados y más de cien indios amigos, se determinaron a dar en ellos una noche, como después me lo dijeron ellos mismos. Por otra parte, son tan amigos de los españoles, y de tan buenos naturales y compasivos, que habiendo herido un indio a un español porque le topó dentro de su casa, después le curó y regaló hasta que estuvo bueno, y hasta entonces no le dejó salir de su casa. Su facilidad se les echa de ver en que solamente por mi persuasión dejaron sus puestos antiguos y se bajaron a las orillas de los ríos, en los puestos que les señalamos y les eran más a propósito, porque en los ríos tienen mucha abundancia de pescados, de truchas riquísimas, vagres, matalotes y mojarras, y de esto cogen gran cantidad echando brabasco que son unas hojas de unos árboles machacadas y molidas, de lo cual,

bebiendo el pescado se emborracha y muere, y abajo tienen atajado el río con unas nasas a donde el pescado queda sobre aguado hasta que los que ayudan a la pesca dan licencia para coger algunas pescas; hay tan buenas que se han cogido cuarenta arrobas de truchas; pero a comparación de las pescas que se hacen en las bocas de los ríos, tres leguas del mar del Sur, es poco esto, porque de una vez que se ataja el río se cogen tres mil arrobas de lisas y róbalo que salen por Navidad del mar del Sur, a desovar en las corrientes de los ríos, y cuando vuelven se hallan atajados.

Lo primero que en sus poblaciones hacen es el batey, que es una plazuela muy llana y con unas paredes a los lados de una vara en alto a modo de pozo, el cual sirve para jugar a la pelota como ajonje de Castilla, que pesa dos o tres libras porque es tan grande como la cabeza, y hácese de la leche que destilan unos árboles, esta se juega de cinco en cinco, y más por banda, como se conciertan, y júeganla con tanta destreza, que no la tocan con pie ni mano, ni parte alguna del cuerpo, si no es con el hombro derecho y con el cuadril de los cojines naturales, para lo cual es menester muchas veces saltar muy alto, y otras arrojarse en el suelo, dando grandísimas caídas, y en tocando la pelota con cualquier otra parte del cuerpo, es pérdida, y lo que pierden es grandísimas apuestas que hacen de los vestidos, calzones, turquesas, tilmas, arcos, flechas, plata y algunas veces se suelen desafiar unos pueblos contra otros, escogiendo los mejores jugadores, y poniendo más de quinientos pesos de apuesta. Suelen estos desafíos generales ser muy de ver, porque el pueblo que desafía escoge seis o siete jugadores, los mejores, y previéndolos para el desafío; luego recogen las cosas que se han de jugar y envían sus legados y mensajeros cargados con ellas a tres o cuatro pueblos, desafiándolos y señalando el día del juego: los pueblos tienen obligación de admitir el desafío, y entregan a los mensajeros las prendas que de su parte ponen, las cuales las vuelven a su pueblo y avisan cómo queda el desafío hecho y señalado el día. Luego los del pueblo que desafió aderezan el batey, de modo que no lo dejen una china: esto hecho tres noches antes del desafío, bailan todos los hombres y mujeres del pueblo en el batey; de esta manera la primera noche salen dos indios dispuestos y aderezados, a manera de guerra, cada uno encima de las paredes del batey, desde allí dan unas grandes voces, y luego salen solos los viejos y mozos que estaban escondidos en una enramada, y vanse con gran silencio hasta el medio del batey, y puestos allí comienzan a cantar a grandes voces, y estas oídas, salen las mujeres de la misma manera, y estando juntos todos, están bailando tres horas, cantando todos los títulos y razones que tienen para alegrarse. La noche siguiente hacen lo mismo, y las letras que cantan son en alabanza de sus jugadores, celebrándolos y engrandeciendo su ánimo y ligereza, y de esta manera gastan otras tres horas del día. El siguiente se ocupan las mujeres en hacer una gran comida para el día siguiente, que es el desafío, por si los pueblos que vienen desafiados pierden, y hácenles el banquete, y danles de comer; pero si ganan no les dan bocado, y hacen comer a los suyos que han perdido, consolándose con

esto. La noche última y víspera del día señalado, salen a bailar como las dos pasadas, y están obligados los que han de jugar el día siguiente, a hallarse allí desde que anochece hasta que amanece sin cesar de cantar y bailar; esta noche cantan la fortaleza de los enemigos, sus ardides y gracia en jugar, animando a los suyos y exhortándolos para el desafío. Llegado el día, si el padre está en el pueblo, tienen respeto que se acabe la misa para hacer la entrada; pero si no, comienzan luego por la mañana, y la entrada es de esta manera: salen los dos soldados como las noches pasadas, desnudos y envijados, y con lanza y adarga, y puestos sobre las paredes entran como antes los hombres a bailar, y luego las mujeres, y estando todos juntos, entran por un lado de la plaza los pueblos desafiados, todos aderezados como se aderezan para pelear; estos comienzan a flechar con flechas despuntadas a los dos que están en las paredes, tirándoles con bolas de ortigas, cardones y espinas, de que han de procurar defenderse, porque como están desnudos, podían pasarlo mal si no se arrodelaen bien; pero como los enemigos son muchos, vanles desamparando la plaza y retirándose ellos y los que estaban danzando, salidos de la plaza y ganada por los enemigos, entran de nuevo en favor de los que se van retirando. Los que están en el pueblo, para jugar estos, entran con grande algazara y ruido, y van retirando a los enemigos hasta echarlos fuera de la plaza; salidos éstos, entran los que traen en su favor señalados para jugar, los cuales en entrando echan la pelota en la plaza, y cada, uno se pone en su puesto sin reparar en la ventaja del número de personas, porque las seis o siete del pueblo, están obligadas a jugar contra todos los que salieren de la otra parte, aunque sean tres y cuatro, doblado el número. Cuando no tienen algunos que jugar, juegan las pestañas de los ojos, de tres en tres y de cuatro en cuatro los pelos que se les arrancan hasta dejar a uno sin ninguno. Otras veces juegan a pasar por dentro de los ojos abiertos un chile (que es pimienta de las Indias) sin cerrar los ojos, con ser el corazón del chile acaxee tan bravo, que en toda la Nueva-España no hay otro que le llegue; pásanles tres o cuatro veces, conforme a la apuesta, y el paciente queda por gran rato llorando hasta volver a vengarse, si puede. También tienen entre las mujeres otro propio entretenimiento, que es el juego del patolé, que son cuatro cañas abiertas, y según caen, dando con ellas en una piedra, así van contando las rayas en unas piedras que tienen puestas en ringlera con dos puertas que han de salvar con el número que salen sin caer en ellas, que llaman ellos quemaderos, porque si caen en ellas comienzan a contar de nuevo; pongo por ejemplo, fáltanme dos para llegar a la puerta: si caen tres, salvo la puerta, y si caen dos, caigo en ella, y así vuelvo al principio.

[Muerte del padre Juan Agustín] Por este mismo tiempo acabó gloriosamente sus días en la misión de Parras el padre Juan Agustín, primer apóstol de aquellas gentes. Por algunas de sus cartas que hemos puesto

arriba, se ve el celo de la salvación de las almas, que consumía a este insigne operario. Después de haber bautizado millares de infelices, y levantado al verdadero Dios muchas iglesias, y reducido a cristiana sociedad muchas naciones, consumido de enfermedades y provechosísimos trabajos, habiendo conseguido lo que tanto deseaba, que fue ver llegar a aquella región compañeros que ayudasen a recoger la mies, y supliesen, como creía su humildad, los grandes defectos que había tenido en la administración de aquellos pueblos, descansó en paz el día 29 de abril de 1602.

[Dedicación de la iglesia del colegio máximo, y sexta congregación provincial] El siguiente año de 1603, solo ofrece memorable la dedicación del templo del colegio máximo, el más suntuoso que había entonces en México, aunque sobre un terreno el más húmedo y cenagoso de toda la ciudad, dura aun hoy sin lesión alguna. Es un cañón bastante capaz, con un crucero bien proporcionado. La torre, aunque de una arquitectura muy sencilla, es hermosa y de una altura competente. Al lado del Evangelio se erigió al insigne fundador don Alonso Villaseca, un túmulo de mármol, en que se ve su estatua, hincadas las rodillas, bajo un vistoso arco que sostienen cuatro columnas corintias, y coronan las tres virtudes, Fe, Esperanza y Caridad. Las cuatro virtudes cardinales ocultan los intercolumnios. El antiguo templo o xacalteopan, se dedicó para el ministerio de indios el seminario de San Gregorio, quedando en él la preferencia a los caciques y naturales del pueblo de Tacuba, en memoria y agradecimiento de su cristiana piedad. Este bello edificio⁴⁸ honró poco después con su cadáver el espiritual y devoto padre Antonio Arias, uno de los varones más esclarecidos en letras y en virtud que ha tenido la provincia de Nueva-España. Su íntimo trato y familiaridad con Dios, en una total abstracción de todas las cosas de la tierra, le hizo muy semejante en el espíritu, y por eso muy amado del venerable siervo de Dios Gregorio López, a quien visitó algunas veces, y cuyo extraordinario género de vida se dice haber aprobado y defendido con una docta disertación que escribió sobre este asunto. Leyó por algunos años las cátedras de moral y escritura, que antiguamente tenía un mismo sujeto, aunque en diversos días. Noticioso de su grande literatura el reverendo padre general Claudio Acuaviva, le envió licencia para que, como los padres Hortigosa y Rubio, pudiera graduarse en la real universidad, licencia que el humilde varón tuvo siempre oculta porque no le obligasen a usar de ella. Fue muy singular en la devoción para con la Virgen Santísima, de quien en la última visita que hizo al Santuario de los Remedios, se cree haber concebido su temprana y dichosa muerte a los 39 años de su edad, el día 10 de junio de 1603.

A fin del año, aunque poco antes de lo ordinario, se celebró en el mismo colegio la sexta congregación provincial, en que fueron elegidos procuradores los padres Martín Peláez y Juan Laurencio, que era también secretario. El padre doctor Antonio Rubio, electo procurador en la antecedente congregación, y cuasi todo el tiempo que estuvo en la América lo había ocupado en escribir el curso de filosofía peripatética, que tenemos suyo, alcanzó de nuestro padre general licencia para quedarse en la Europa a cuidar de la impresión de sus papeles.

Él tuvo la satisfacción de que la Universidad de Alcalá adoptase y

mandase seguir en sus escuelas la filosofía que escribió. La Universidad de México tiene la gloria de contar entre sus doctores, al que la Universidad de Alcalá reconoció por tan insigne maestro; pero la provincia de Nueva-España quedó sumamente mortificada de que el padre no hubiese vuelto a la América, temiendo que pudiese ser este un ejemplo de muy fatales consecuencias para los jesuitas de Europa, a quienes el celo de las almas había endulzado hasta entonces el pasaje a las Indias. «La congregación, en virtud de esto, suplica a nuestro padre general no permita que los procuradores con motivos semejantes se queden en Europa y dejen de cumplir con su oficio, no volviendo a dar cuenta a la provincia de las cosas que les han encargado».

[Notables postulados] Y va que hemos referido este justo resentimiento de aquellos gravísimos vocales en la acción del padre Antonio Rubio, no debemos omitir la honra que hizo al sabio y religioso padre doctor Pedro de Hortigosa. Todos, se dice en el cuarto postulado, con gran reconocimiento al mucho provecho que ha hecho el padre Pedro de Hortigosa, no solo a la provincia, sino a todo el reino, y viendo también la grande estima y satisfacción que dará cualquier cosa suya que se imprimiere, como que es deseo común de esta provincia y de todas las de España, le pidieron encarecidamente que atendiese a poner en orden cualquier cosa suya para poderla imprimir; y a vuestra paternidad suplica y encarga la congregación ordene a dicho padre, que se anime a escribir e imprimir, etc. Súplicas tan sinceras y tan autorizadas, no bastaron a rendir la constante humildad del padre Hortigosa, que nos hace carecer con dolor de los monumentos, no menos de su insigne piedad, que de su profunda literatura.

[Castigo de los zuaques] En Sinaloa las expediciones militares del capitán Hurdaide, siempre conducidas a la prudencia y seguidas a la felicidad, abrían cada día más la puerta al Evangelio. Los zuaques, nación feroz y soberbia, que había dado asilo a cuantos perseguían a los españoles, o apostataban de la fe, castigados una y otra vez, comenzaron a dar esperanzas más seguras de su conversión, que cuando burlaron el celo santo del padre Tapia. En la segunda entrada que hizo el capitán a sus tierras en medio del pueblo principal de Mochicanis, y a vista de más de quinientos indios armados, que conducía el cacique Taxicora, tuvo el valor de prenderlo y aprisionarlo, sirviéndole su vida de gaje y prenda, para contener la furia de aquellos bárbaros, que por sus mentiras lo veneraban como a Dios. Marchó de ahí a los tehuecos, que formados en su orden bárbaro de batalla, lo esperaban en los llanos de Matahoa. A su arribo los indios que en campaña rasa no podían sostener el fuego de la fusilería, se retiraron al monte. Una fuga tan precipitada no podían seguirla las mujeres y los niños. El capitán hizo prisioneros más de doscientos, y envió a decir a los tehuecos, que él no intentaba hacerles daño: que su designio era preguntarles el motivo de haber tan injustamente invadido las tierras de los ahomes; que esta nación aliada de los cristianos, estaba bajo la protección de los españoles; que sus mujeres y sus hijos estaban en su poder; que la santa ley que profesaba no le permitía manchar sus manos con el derramamiento de una sangre inocente; pero que procedería, según todo el rigor de la guerra si no vaciaban prontamente las tierras de los ahomes y se rendían a la discreción del vencedor, de que jamás les pesaría. Esta embajada tuvo el efecto que se podía desear. Los

tehuecos agradecieron la benignidad del capitán; desocuparon las tierras usurpadas, y aun pidieron padres que los hiciesen cristianos, aunque no se pudo hacer sino después de algunos meses. A la vuelta determinó pasar por el mismo pueblo de los zuaques. Aquí recibió una embajada de aquella fiera nación, en que se disculpaban de la guerra que les habían hecho emprender los sinaloas y su cacique Taxicora. Él respondió que no quería derramar la sangre de los zuaques, ni poner fuego a sus casas que estaban llenas de la cosecha de aquel año; pero que no partiría de allí sin que se le rindieran y quedara castigada su insolencia. A persuasiones de la india, que servía de intérprete y que conocía bien las intenciones del piadoso Hurdaide, se rindieron los zuaques. A los más culpados castigó con algunos azotes, y a los demás mandó cortar hasta los hombros las cabelleras. Esta humillación les hizo conocer sin flaqueza, la benignidad de los cristianos, y sirvió para que ellos y sus vecinos los sinaloas, pretendiesen ponerse bajo su protección, pidiendo predicadores que les llevasen la luz del Evangelio. Esto no podía ejecutarse sin facultad particular del virrey de México, que tenía dada orden al capitán de Sinaloa de no emprender conquista espiritual o temporal de nuevas naciones, sin dar antes parte a su excelencia. Con motivo de cumplimentar y presentarse al excelentísimo señor don Juan de Mendoza, marqués de Montesclaros, que acababa de suceder al conde de Monterey, partió a México el capitán de Sinaloa acompañado de algunos caciques de las tres naciones, que por su parte pidiesen también aquella gracia a su excelencia.

[Raro ejemplo del marqués de Montesclaros en la congregación del Salvador]

El nuevo virrey de México, era el más a propósito del mundo para promover toda obra de piedad. Luego que llegó a esta capital, habiendo sido recibido en nuestros estudios con oraciones y diversos géneros de poesías, y viendo en los más distinguidos jóvenes tanto aprovechamiento en las letras, con tanta modestia y buen término, como les inspiraban los ejercicios de la congregación, de que todos eran miembros, quiso ser admitido en ella; pero advertido que no se había instituido sino para solos los estudiantes, pretendió lugar en la ilustre congregación del Salvador en nuestra casa profesa. En una lucida función que se dispuso se dieron a su excelencia las gracias de aquel grande ejemplo, y de la honra que hacía a aquella casa. Recibió las reglas o la congregación, prometiendo guardarlas, y lo cumplió tan puntualmente, que en los días asignados de comunión, confesaba en nuestra sacristía y salía a comulgar a la iglesia a la frente de los demás congregantes, con muchos otros señores, que arrastraba una acción tan brillante de sumisión cristiana. Quiso que el padre doctor Pedro Sánchez hiciese en su palacio pláticas a la virreina y demás familia. Asistiendo a la primera visita de cárceles, a que por petición de los reales ministros, se hallaba siempre el apostólico padre Hernando de la Concha, quedaba un indio condenado a cien azotes. El padre venerable por sus canas, y mucho más por la alta reputación que se tenía de su virtud, intercedió por aquel miserable, prometiendo hacer por él aquella penitencia. El virrey, admirado de tanta caridad, dio por libre al preso, y sin poderse contener abrazó al padre con lágrimas, y aun habría delante de todo el pueblo arrojándose a sus pies, si no lo impidiera su modestia.

[Pretende la Compañía establecimiento a la religión de San Juan de Dios]

La grande veneración y afecto que el excelentísimo conde de Montesclaros y las personas más distinguidas mostraban tener a la Compañía, fue muy estimable en esta ocasión para hacer a la ciudad de México y a todo el reino un importantísimo servicio, y en que sin jactancia alguna o temeridad, podemos gloriarnos que nunca igualará su agradecimiento al beneficio. Hallábanse en México desde el día 18 de octubre del año de 1603, el reverendo padre fray Juan de Zequeira, del orden de San Juan de Dios, con otros cuatro religiosos de diez y seis que con facultad de Felipe III y del nuncio cardenal habían salido de Europa. Pasaron más de un año con grande edificación y no menor pobreza. No apareciendo después de tanto tiempo alguna esperanza de establecimiento, y disminuyéndose cada día más las limosnas, determinaban ya volverse a España. El padre doctor Pedro Sánchez y algunos otros de los más autorizados, hablaron al excelentísimo, a los oidores y cabildo secular, para que se les diese sitio, y juntaron entre ellos algunas limosnas. Muy en breve se conoció todo el provecho. Aquellos religiosos, así de las cárceles en que solían acompañar al padre Concha, como en otras partes buceaban a ejemplo de su excelentísimo fundador, les pobres enfermos y los conducían a su hospital, a que dieron el nombre de nuestra Señora de los Desamparados, por haber puesto en él al mismo tiempo cuna para niños expósitos, de que tomaron jurídica posesión el día 24 de febrero de 1604. Obra de insigne piedad; pero que no hallando fomento de suficientes limosnas: hubieron de dejar con el tiempo, no sin grande dolor suyo y de todos los buenos que admiran falte una dotación tan provechosa en una ciudad, donde con tanta liberalidad y magnificencia se contribuye a semejantes fábricas⁴⁹. De nuestra casa profesa se acudía a confesar a los religiosos y hacerles pláticas espirituales. En recompensa de estos buenos oficios, cuando había algún enfermo de cuidado en nuestra casa profesa, venían dos a asistirle, hasta que en estos últimos años, atribuyéndose a descuido nuestro, lo que era pura caridad y gracia de estos edificativos religiosos, ha parecido necesario excusarles esta incomodidad, quedando siempre muy vivo en los sujetos de la Compañía el agradecimiento que procuró mostrar últimamente nuestro muy reverendo padre general Ignacio Visconti, concediendo carta patente de comunicación particular y hermanable de todas las buenas obras, que su Majestad fuere servido obrar por medio de su mínima Compañía, su fecha en Roma a 10 de febrero de 1752.

[Ministerios en cárceles y hospitales] Fuera de lo mucho que trabajaban en los hospitales y cárceles los operarios de la casa profesa, y los muchos socorros espirituales y temporales que les procuraban las congregaciones de nuestros colegios, se dio principio este año a las pláticas morales de todos los domingos, en que se ejercitaban con mucha utilidad los padres estudiantes de cuarto año. Había uno entre estos, cuyo nombre ignoramos, de singular fervor; y que se había conciliado de los presos una grande veneración. Llegó a la cárcel el martes santo, y halló un recién venido, que sin respeto alguno al padre, que lo infundía a todos los demás, profería horribles execraciones. Corrigiolo blandamente diciendo que siquiera aquellos santos días procurase contenerse; pero el infeliz, burlándose del padre, respondió que lo haría peor, y cumplió su palabra con gravísimo escándalo de los demás presos, que en vano le exhortaban a que respetase al ministro del Altísimo. El celoso ministro, no bastando

para corregir aquel protervo medios tan suaves, interrumpió su discurso, se quitó con grande reverencia el bonete, y alzando los ojos al cielo, dijo con un afecto vehemente y que cansó en el auditorio un grande y saludable horror: Dios mío, pues no hay justicia en la tierra que ponga una mordaza en la boca de los juradores, ponedla vos. Así habló el santo hombre, y aquel miserable, arrebatado poco después de unas manos invisibles, se dio muchos golpes por el aire con las paredes del calabozo, hasta que arrojando sangre por boca, ojos y nariz, quedó como muerto hasta el día siguiente, en que mandó llamar al padre, y se confesó por escrito, porque la lengua le había quedado cocida al paladar. Estuvo mudo desde aquella noche hasta el lunes siguiente, en que volviendo el mismo padre le dio un rosario y una imagen de nuestro santo padre Ignacio, diciéndole que con el corazón se encomendase muy de veras a la Madre de misericordia por la intercesión de su siervo Ignacio, y yo confío, añadió, que no pasará el día de mañana sin que la Virgen Santísima os restituya el uso de la lengua. En efecto, el día siguiente prorrumpió repentinamente diciendo, Ave María, señores. A los quince días, refiriendo el suceso a otro recientemente preso, en comprobación de la virtud y santidad del padre, se burló de él; pero dentro de un cuarto de hora experimentó el mismo castigo, arrebatado con tanta furia, que arrastraba cuatro hombres robustos que quisieron contenerlo. Invocaron todos con grande afecto el nombre de Jesús, y oyéndose una voz espantosa que dijo, si no lo quiere creer se lo harán creer, quedó por largo rato fuera de sentido en los brazos de sus compañeros. De estos temerosos sucesos se hizo información jurídica por orden del virrey y alcaldes de corte, de que se conserva un tanto en el archivo de la provincia.

[Caso raro de San Gregorio] De muchos otros casos edificantes que pudiéramos referir, solo añadiremos uno tanto más admirable cuanto tiene menos de milagroso, y que dará idea del grande fruto que se cogía en el seminario de San Gregorio. Observan muchos piadosos naturales un rigidísimo ayuno para prepararse a la santa comunión desde el día antes. Así lo habían practicado tres indias doncellas sin tomar alimento alguno desde el miércoles a medio día para comulgar el jueves santo. Vinieron en efecto por divina disposición a tiempo que ya estaba reservado el Sacramento. No pudieron oír esta noticia sin derramar tiernísimas lágrimas, y pareciéndoles que por su poca disposición les negaba el Señor aquel consuelo, perseveraron en el mismo ayuno natural con que habían venido, hasta el domingo de Pascua que recibieron el pan de los ángeles. Persuadíales el padre después de un largo rato que fuesen a desayunarse a sus casas; pero llevadas de un extraordinario afecto de devoción permanecieron en la iglesia en acción de gracias hasta el medio día.

[Calamidades del colegio do Oaxaca, milagros de San Ignacio] Los sucesos de este año fueron muy varios en el colegio de Oaxaca. Un violento temblor arruinó la mayor parte del colegio⁵⁰. En el ingenio de azúcar, que era cuasi el único fondo del colegio, repetidos hielos quemaron la caña. Una inundación o repentina avenida maltrató mucho la casa del mismo ingenio con grave peligro de arruinarla. La pérdida se valuó en doce mil pesos. Por otra parte, la muerte en menos de un mes, arrebató dos insignes sujetos, al padre Alonso de Santiago, fervoroso operario de indios, y al padre Pedro Rodríguez, celoso ministro y prefecto de la Anunciata. Uno y

otro dejaron gran duelo de sí en la ciudad, y de ellos haremos debida memoria en otra parte. En medio de tan continuados y sensibles golpes, fue extraordinario el socorro de limosnas a que el sector movió los ánimos, y que bastaron para reparar el estrago del temblor y redimir cinco mil pesos de censo en que estaba gravado el colegio. Nuestro bienaventurado padre San Ignacio favoreció visiblemente a sus hijos obrando por medio de una imagen suya algunos prodigios. Un niño desahuciado y sin esperanza alguna de vida recobró a su contacto pronta y cumplida salud, y vino luego a dar a nuestro templo las gracias. Una mujer frecuentemente asaltada de gota coral quedó para siempre libre; y otra, después de tres días de cruelísimos dolores, ya debilitada y moribunda, arrojó la criatura muerta, y aun corrompida, quedando sin lesión alguna.

[Estado de los tepehuanes] Las misiones de gentiles, que era la principal ocupación de la provincia, iban en un continuo aumento. Entre los tepehuanes, habiéndoles enseñado los misioneros a cultivar el trigo y otras semillas que no conocían, se habían reducido a sociedad política y civil muchas rancherías que estaban esparcidas por quebradas inaccesibles de los montes. Creció considerablemente el pueblo de Santiago y el de Santa Catarina, fundación del padre Gerónimo Ramírez, sobre el mismo río de Papátzquiario. Añadiéronse las nuevas poblaciones de San Ignacio y de los Santos Reyes, a que fue necesario enviar nuevos misioneros. Con este socorro se acudió a algunos lugares más distantes, que ansiosamente lo pretendían. De todas las familias que se catequizaban, pareció formar una nueva colonia. Con acuerdo de los mismos indios eligió el padre el sitio del Zape, valle hermoso a la falda de una alta roca, y extendido a las riveras de un río, que corriendo de Sudeste a Noroeste, pierde su nombre y su caudal en el de las Nasas. En la cima de una roca nace una fuente, y al derredor hallaron los padres muchos ídolos y fragmentos de columnas al modo de las que usaban los mexicanos. En el valle observaron también algunas ruinas de edificios, que les hicieron creer habían hecho asiento allí los mexicanos, en aquella famosa jornada desde las regiones septentrionales que están constantes en sus historias. Con ocasión de unas pestilentes viruelas ofreció Dios a los operarios de ese partido abundante cosecha de sufrimientos en la superstición y grosería de los naturales. No les fue de poco trabajo desengañarlos del sacrificio o sacrilegio con que pretendían mitigar a sus dioses ofendidos, quitando la vida a algunos inocentes. Se había en cargado la caridad de los padres de aderezar en su propia casa el alimento de los enfermos, que salían después a repartirles, y administrarles tal vez por sus propias manos: un ejemplo de tanto amor y humillación, irritó al común enemigo, que les sugirió ser aquellas viandas un violento tósigo que les abreviaba los días de la vida. Con esta persuasión recibían agriamente al misionero cuando llegaba a sus chozas, y le volvían intactos los manjares, hasta que desengañados con la salud de otros, se convirtió el desprecio en agradecimiento, que fue el principio de su conversión.

[Sucesos de Parras] Aun eran más considerables los progresos en la misión de Parras. A más de cuatro mil que había ya bautizados, se agregaron por este mismo tiempo mil y quinientos. También se agregaron a las tres antiguas poblaciones de Santa María, la Laguna y río de las Nasas, tres caciques con más de cuatrocientas de sus gentes. Uno de ellos, encantado

de la benignidad y dulzura de los padres, y llevado del celo de reducir a otras naciones más septentrionales, dio la vuelta a su patria y envió por todas partes mensajeros a las naciones circunvecinas, convidándolas a entrar a la parte del tesoro que había tan felizmente descubierto. Estos enviados tuvieron la misma fortuna que los del Evangelio. Los ochoes, gente feroz e inhumana, dieron muerte a uno de ellos; otro tuvo mucha pena en escapar de sus manos. No fueron tan bárbaros los alamamas. Estos enviaron exploradores que se certificaran por sus ojos de la verdad, y quedando pagados de la comodidad del sitio y paternal gobierno de aquel pueblo, prometieron traer toda su gente, que estaba dividida en siete parcialidades, nación mansa y dócil, de gentil talle y bello semblante. Traen raído el rostro, y recogen el cabello con un peine hacia el cerebro; de lo demás forman una trenza que revuelven con gracia a lo superior de la cabeza. De la disposición de estos lugares, aunque hemos dicho ya alguna cosa, vaciaremos aquí una curiosa carta del padre Francisco Arista, que dice así: «Es la laguna muy abundante y copiosa de patos de varias especies, y de muy buen pescado. Cógenlos con redes o a golpes de flecha. A los patos cazan y derriban con hondas al vuelo con singular destreza. Tiene la tierra mucha caza montés de venados, conejos y liebres, tantas, que a veces de una salida cogen hasta doscientas sin más arma que el arco y la flecha en que se ejercitan desde niños.

En esta laguna, junto al pueblo de San Pedro, entra el río de las Nasas, que es el que la mantiene en ser, aunque en cierto tiempo del año se seca el río por consumirse el agua en los arenales, corriendo debajo de tierra, que es providencia del Señor, porque quedando con menos agua la laguna se parte en esteros, donde se recoge y goza menor el pescado y se cría con grande abundancia para comunicarse por todo el río en la primera avenida. Queda también por las playas secas copia de raíces y frutillas que les sirven de alimento gran parte del año. De las raíces hacen unas como roscas de pan, muy blancas y de bello sabor. De esta misma retirada de la laguna quedan también los prados y arenales con buenos húmedos para sus cementseras de maíz, y sin más arado ni más riego o cultivo nace con tanta abundancia, que se han medido algunas mazorcas de más de media vara. Hay en la laguna, fuera del pueblo de San Pedro, otros dos que son Santiago y San Nicolás con buen número de vecinos. La población de nuestra Señora de las Parras tiene otros dos pueblos de visita que son San Gerónimo y Santo Tomás. En el río de las Nasas tienen sus pueblos los nuestros a sus riberas. El principal se llama San Ignacio, aunque hay otros de más gente, toda ella de buen natural, poco idólatra y supersticiosa. Cuando paren las mujeres ellos son los que hacen cama, y guardan encierro ayunando cinco o seis días de carne y peces, que quedarían contaminados y no se dejarían coger si en aquel tiempo los comiesen. Al cabo de estos días viene un viejo, que es como su sacerdote, y los saca de la mano, con lo cual quedan libres de ayuno y clausura. Guardan las cabezas de venado que han muerto sus padres o parientes difuntos hasta que les hacen el cabo de año en esta forma. Salen todos al anochecer de la casa del difunto con canto triste y lloroso, y tras de ellos una vieja con la cabeza del principal venado en las manos hasta ponerla en una hoguera, encima de unas flechas. Al derredor pasan la noche, llorando ella y cantando y bailando los demás hasta el amanecer que arrojan la cabeza en la hoguera, y hecha cenizas

queda sepultada la memoria del difunto. Los que se allegan al rebaño de la Iglesia, son muy afectos a las ceremonias y rito eclesiástico; cuya santidad quiso Dios darles a conocer en un caso horroroso. En el pueblo se oyeron de noche unas voces lastimosas que pedían socorro, de un indio que era violentamente arrastrado al monte de una mano invisible. Siguiéronlo, y con ellos dos padres, hasta una quebrada llena de concavidades y rocas tajadas, que aun de día peina horror verlas. Encontraron al indio sin señal alguna de vida, hasta que después de largo rato volvió en sí y pidió el bautismo, que se le concedió como a otros cielito. Con esta ocasión hallaron allí muchos sepulcros llenos de cabezas y huesos humanos, que los indios cubrían con muchas piedras porque no se les apareciesen sus muertos. Estaban las peñas del mismo monte señaladas con letras o caracteres formados de sangre, en partes tan altas, que no podía otro que el demonio haberlas formado tan firmes y bien asentadas, que en muchos años ni las aguas, ni los vientos las han borrado o disminuido. Se hizo solemne procesión a la dicha cueva, y hechos allí los exorcismos y bendiciones de la Iglesia, se dijo misa y colocó una cruz en el mismo lugar, que se llamó de allí adelante la Peña de Santiago, por haber sido esto en su día, y después acá han cesado los espantos y representaciones con que allí los engañaba el demonio. Los nuevamente bautizados se muestran muy celosos de atraer a los suyos a nuestra santa fe. Un cacique de pocos años, llamado Ilepo, que jamás había visto españoles ni salido de sus serranías, se bautizó con cincuenta de sus vasallos. Estos, en quienes acaso había podido más la adulación que la verdad, se lanzaron a pocos días e hicieron fuga. Corrió luego tras ellos el fervoroso neófito, y consiguió, no solo reducir aquellos cincuenta, sino añadir de nuevo muchos otros de las naciones cercanas a su país.

[Alzamiento de los serranos acaxeos] Entre los acaxeos, unos tenues principios de sublevación prorrumpieron en una guerra sangrienta, que toda la autoridad del gobernador de Nueva Vizcaya, don Francisco Ordíñola, y del ilustrísimo señor don Ildefonso de la Mota, obispo entonces de Guadalajara, que se hallaba en Topía visitando su diócesis, no pudieron apagar. Cincuenta indios, o huyendo del maltrato de los españoles, o mal hallados con la sujeción y regularidad de los pueblos, se partieron por diversos lugares y amotinaron a más de cinco mil. Cuando se hallaron sostenidos de toda la nación de los acaxeos, juraron solemnemente no dejar las armas de las manos hasta no haber derramado la última gota de la sangre española. Trataron luego si habían de dar la muerte a los misioneros, y se dividían en varios pareceres. Dijeron los más, que los padres no eran como el resto de los españoles, que no les habían hecho mal alguno, y antes recibían de sus manos continuos beneficios. Nosotros convenimos en todo eso, respondían los de la opinión contraria, y confesamos que no son acreedores sino a nuestro amor y veneración; pero por eso mismo se hace indispensable darles muerte. Ellos, con sus ruegos y sus beneficios nos han de obligar a hacer las paces. Nosotros no hemos de poder resistir, ni hemos de disgustarlos, si nos lo ruegan. Más vale, si queremos exterminar de una vez a los españoles, quitar desde luego de en medio unos hombres a quienes nos hallamos tan obligados, y que son los únicos que pueden impedirnos la ejecución de nuestros designios y el cumplimiento de nuestros juramentos. Tan antiguo es y tan universal en el

mundo prevalecer una especiosa razón de estado contra la razón natural, la equidad y la obligación. El primer golpe lo sintieron cinco españoles, que se hallaban en sus tierras, a quienes dieron luego muerte. De ahí, aprovechándose de los caminos extraviados, y de la desprevenición y nimia confianza en que vivían los españoles en los reales de minas de las Vírgenes de Topía y de San Andrés, en todos prendieron fuego a las casas, a las iglesias y a los ingenios y oficinas en que se beneficiaban los metales. Repartiéronse luego como un torrente precipitado por todos los lugares vecinos. Las rancherías, los pueblos, más de cuarenta iglesias cedieron a su furia. En el real de San Andrés, poco más de cuarenta soldados y algunos indios amigos, con el padre Alonso Ruiz, se habían acogido a la Iglesia bastante fuerte, con todo cuanto pudieron tumultuariamente juntar de provisiones de guerra y de boca. Al punto la sitiaron como ochocientos indios, con una constancia y regularidad muy superior a su barbarie. Los españoles hallaron sin embargo modo de dar aviso a Guadiana y a Culiacán, y entre tanto, hacían algunas salidas con más valor que felicidad. Los enemigos que no podían sostener el fuego de los fusiles, se alejaban un tanto o se cubrían de los árboles, y cubrían luego el cielo con nubes de flechas. Iba ya faltando la pólvora. A los bárbaros no les estaba la victoria en más, que en hacer buena guardia alrededor del templo. La hambre se iba haciendo sentir entre los sitiados, y les hizo tomar la resolución de hacer el último esfuerzo. Hicieron, por consejo de los indios amigos, una salida muy de madrugada pensando coger a los enemigos oprimidos del icono. En efecto, lograron dar muerte a muchos y apartaron a los demás lejos del real, mientras se procuraban algunos víveres en las sementeras vecinas, que para su propia subsistencia habían conservado los sitiadores. El padre Alonso Ruiz quiso salir en esta ocasión sin más escudo para ponerse a cubierto de las flechas, que un crucifijo en las manos para animar a los españoles. O fuese algún resto de veneración que había quedado en los rebeldes para con la Santa imagen, o reverencia y amor para con su antiguo ministro, o alguna otra particular providencia, fue mucho de admirar que no acertase al padre alguna flecha de las muchísimas que volaban a su persona. Los enemigos recobrados del primer susto, y viendo desbandados a los nuestros, volvieron a la carga con una furia, a que se tuvo mucha pena en resistir. Finalmente, con muerte de algunos indios que más se habían alejado de la iglesia, volvieron a entrar en ella los españoles. El padre Alonso Ruiz, con la misma paz y tranquilidad que si no estuviera en tan evidente riesgo de la vida, dijo misa y comulgó a los circunstantes, haciéndoles después una fervorosa exhortación, previniéndoles para morir a mano de los enemigos de Dios, si fuese así su voluntad. Quince días había ya durado el cerco, cuando se tuvo noticia que el gobernador de Nueva-Vizcaya a la frente de sesenta hombres marchaba a grandes jornadas para Topía. Esta novedad desconcertó a los bárbaros, y alzando el sitio se retiraron a lo más escarpado de las rocas. Aun desde allí no dejaban de incomodar bastante, impidiendo el comercio con Culiacán y con los otros pueblos que no habían tenido parte en la rebelión. El gobernador, así por la situación inaccesible de los enemigos, como por repetidas órdenes reales, y por su propia inclinación, precisado a tentar antes todos los medios de paz, deputó a los rebeldes al padre Hernando de Santarén, a quien amaban

tiernamente como a su primer pastor y padre en Jesucristo. Partió acompañado de unos pocos soldados, mas sin efecto: volvió segunda vez y halló a los indios repartiendo entre sí una recua de Culiacán que habían robado, con muerte de un español, un negro y algunos indios amigos. Una ocasión en que estaba tan dominante y tan viva la cólera, no era muy a propósito para tratar de paz. Sin embargo, el padre les habló exhortándolos a dejar las armas. Respondieron que se apartasen los soldados y se acercase el padre solo a hablarles. Aunque con evidente peligro de la vida y resistencia de los españoles que le hacían escolta, condescendió el celoso ministro; pero por todo fruto de su negociación, no sacó otra respuesta, sino que ya no eran sus hijos, dejándolo en una profundísima quebrada, y solo a vista de unos bárbaros que acababan de derramar tanta sangre, y se preparaban a comer las carnes de los muertos. Salió de allí protegido de la Providencia; pero dentro de pocos días repitió la diligencia, y siempre sin más efecto que el mérito de sacrificar la vida por sus ovejas descarriadas. Entre tanto, el gobernador don Francisco Ordiñola determinó hacer por la campaña algunas excursiones. Los indios, aunque bárbaros, no dejaron de usar algunas estratagemas militares, y hacer caer a los españoles en peligrosas emboscadas. De noche encendían fuegos en algunas partes, donde no se podía llegar sino por desfiladeros peligrosos, y cuando iban a buscarlos en aquel sitio, acometían repentinamente de los bosques o de las alturas vecinas, donde los nuestros no pudieran valerse de la ventaja de los caballos, o de la superioridad de sus armas. Como para caminar no llevaban más víveres que maíz tostado, y de este derramaban alguno al sacarlo en el campo, sucedía que por lo común marchaba tras de ellos una tropa de cuervos, que los españoles habían tomado por serla para conocer su derrota. Ellos advertidos, supieron bien presto contrahacer esta seña, y convertirla en daño de los españoles. Pasaba de un real a otro el ilustrísimo señor don Ildelfonso de Mota, que había tomado muy a su cargo la pacificación de aquellos pueblos, acompañado de cuarenta soldados, de los cuales siempre marchaban ayunos avanzados a reconocerlos caminos. Los rebeldes dejaron derramado mucho maíz hacia una parte en que querían empeñar en su busca la escolta del ilustrísimo, y cargándolos improvisamente por la retaguardia, los pusieron en desorden con muerte de algunos. Los demás corrieron a toda prisa a llevar la nueva al señor obispo, que con mucha pena pudo salvarse con el resto de la gente en un pueblo vecino. Viendo que en un género de guerra semejante nada aprovechaba el valor y disciplina militar, determinó el padre Santarén por orden del obispo y gobernador, hablar por cuarta vez, a los conjurados. El padre para explorar sus ánimos, envió a un indio fiel y animoso, que les llevase una bandera blanca con una cruz en lo alto, y que los citase para hablar con el mismo padre, que lo seguiría bien presto. La respuesta fue señalar un día y lugar fijo para la entrevista. No había contribuido poco para ablandar los ánimos de los indios, una acción muy generosa de don Francisco Ordiñola. Corriendo pocos días antes la tierra, había encontrado una tropa de indias, madre, mujeres e hijas de los confederados, y que no podían seguirlos en su continuo movimiento. El gobernador prohibió con pena de muerte, que ninguno de su campo insultase a la vida o al honor de aquella débil tropa; y luego bien escoltadas y abastecidas,

las envió a sus maridos, como otras tantas prendas de su buena intención. Los indios, por bárbaros y enfurecidos que estuviesen, no pudieron ver sin una grande sorpresa ejemplo tan heroico de humanidad. Nosotros (se les oyó decir a algunos entre ellos) habíanlos hecho concierto de no dejar la guerra hasta morir o exterminar enteramente a los españoles. Esta acción del gobernador nos ha atado las manos. Vueltas con tanto decoro y benignidad nuestras mujeres, nos obligan a dejar las armas, aunque paguemos con la vida. En estas bellas disposiciones los encontró el padre Santarén el día destinado a la conferencia. Habloles con toda la ternura de un padre y el celo de un apóstol. Los indios le pidieron que se quedase con ellos algunos días para deliberar; y finalmente, después de poco tiempo volvió al real de Topía a la frente de once parcialidades, que componían el número de más de tres mil indios con bandera blanca, y cruces altas en las manos con increíble alegría del ilustrísimo señor obispo y del gobernador, y de todo el pueblo, que lo aclamaba por su libertador, y que dieron a los indios en regocijos y en dádivas las pruebas más sinceras de benevolencia y caridad cristiana. Ellos en su nombre, y por las otras poblaciones, que quedaban aun en el monte, dieron la obediencia al rey nuestro señor.

[Sucesos de los sabaibos] Los acaxeos cumplieron puntualmente cuanto habían prometido a Dios y al rey en el último tratado. Los sabaibos, distinta nación, aunque del mismo idioma, y que no habían bajado al real de Topía con un leve motivo, volvieron luego a rebelarse. La venida del ilustrísimo señor don Ildefonso de la Mota, excitó en un antiguo sacerdote o hechicero la idea de hacerse reconocer por obispo de los suyos. Rebautizaba a los antiguos cristianos con distintas ceremonias, y descasaba a los casados conforme al rito de la Iglesia. Hacíase llamar Dios Padre, o el Gran Padre. Sus gentes mal seguras aun en la paz, y siempre fáciles a toda novedad, siguieron prontamente estas impresiones. Los lectores juiciosos no atribuirán a cosa de poca importancia la relación de estos engaños y mentiras, que nos hacen ver la conformidad, el carácter del espíritu de error, ni atribuirán a irracionalidad y torpeza de los indios de la América, el haber creído semejantes delirios y extravagancias, enseñados por las historias eclesiásticas, el séquito que han tenido las patrañas de Mahoma, y del Talmud, y muchos otros escritores llenos de inconsecuencias y de quimeras de los antiguos heresiarcas, aun entre las naciones más cultas de la Europa. El señor don Ildefonso de la Mota en señal de paz, y en prendas de lo que deseaba favorecerles, les envió su mitra blanca exhortándolos a reconocerle por su propio pastor y a volver confiadamente al redil de la Iglesia y a la obediencia de su majestad. El gobernador intentó también muchas veces su reducción, pero en vano. Dos meses enteros se luchó con la obstinación de los sabaibos, hasta que a instancias del padre Santarén respondieren que fiase allá en persona a tratar del asunto. Partió en efecto no sin grave peligro, aunque escoltarlo de cuatro soldados. La presencia del padre obró más que todas las razones, y dentro de dos o tres días volvió al real acompañado de nueve pueblos, que dieron luego la obediencia con nuevo regocijo de aquella cristiandad. La docilidad y prontitud de estas poblaciones, fue mal vista de los demás que quedaban aun por reducir. Estos, indignados de que hubiesen quebrantado el juramento que habían

hecho de acabar con los españoles, les talaron las sementeras, les quemaron las casas y las iglesias; pero con la prisión y justicia que se hizo poco después en el falso obispo, dentro de poco tiempo se redujeron también ellos, y descansó toda la tierra en una dulce paz. El padre Hernando de Santarén que lo dispuso, y bautizó en los últimos instantes de su vida, prometió enviar al padre provincial una copia de su confesión jurídica de la doctrina que predicaba y de las oraciones que había formado. No sabemos que la haya remitido en efecto, y sentimos no poder divertir algún tanto la atención de nuestros lectores con este curioso retazo.

[Ministerios de los padres] Los misioneros se dedicaron desde luego a hacer reflorar entre los fieles el antiguo fervor. Este año, de 1604, dice en una de sus cartas el padre Santarén, se han bautizado dos mil y quinientas personas, y casado conforme al rito de la Iglesia católica, seiscientos pares, y aun en los meses antecedentes con haber habido tantas guerras, se bautizaron más de mil y doscientas personas. Los demás están deseosos de lo mismo y se dan mucha prisa en aprender la doctrina cristiana, que tengo ya puesta en su lengua. Hanse confesado este año más de trescientas personas en su idioma, fuera de otros muchos que hablan español, y han hecho en la iglesia, martes, lunes y miércoles santo sus disciplinas secretas, y jueves y viernes sus procesiones públicas de sangre, y los que poco tiempo antes querían beber la sangre de los españoles, ahora derramaban la suya con tanto arrepentimiento y devoción, que la infundían a los muy antiguos cristianos. Al buen olor del fervor y gusto con que esta procede, se han aficionado a nuestra santa fe los vecinos, especialmente los vaimoas, que hablaban en la misma lengua. Se han congregado, hecho iglesias y plantado cruces, y enviaron diez diputados a pedir que los bautizásemos. Se les dio esperanza que lo serían con otros tres mil que están ya congregados y catequizándose, y por estas naciones esperamos entrará otros muchos millares hasta el Nuevo-México por la parte del Norte, y luego por el Mediodía a otro gran número de gentes bárbaras, de que han venido ya algunos a pedirnos doctrina, y entre quienes en un pueblo donde jamás había entrado sacerdote, nos ofrecieron por primicias cuarenta párvulos, y seis adultos que se habían hecho instruir suficientemente. Hasta aquí el padre Hernando de Santarén, en cuyas últimas palabras se ven los grandes proyectos que fomentaba en su abrasado espíritu, y un celo capaz de llevar el nombre de Jesucristo hasta los fines de la tierra.

[Inundación en Sinaloa y fuga de los indios] Los contratiempos que habían agitado por dos años la misión de Topía, no podían dejar de causar algún movimiento en Sinaloa, y mucho más en la ausencia del capitán don Diego Martínez de Hurdaide, que como vimos, desde el año antecedente había pasado a México. Había este medio tiempo llovido en Sinaloa, con una fuerza y continuación increíble. Los ríos, engrosados con las copiosas vertientes de la sierra, inundaron las campiñas, talaron las sementeras y arruinaron la mayor parte de las casas con los grandes árboles y piedras que hacían rodar del monte. En la villa de San Felipe y Santiago, aunque era lo más regular y más fuerte del país, se cayeron muchas casas, y en otras se hundieron los techos con el peso y fuerza de las lluvias. De los padres que estaban en los pueblos, el padre Pedro Méndez estuvo cuatro

días en un monte, y de esos, veinticuatro horas sobre un árbol con grave peligro de la vida, aunque acompañado de sus fieles indios que le procuraban el sustento. El padre Juan Bautista de Velasco estuvo otros tantos días guarecido en una sacristía. Mostraron los indios el grande amor que le tenían no pudiendo resolverse a dejarlo solo, aunque entraban ellos a la parte del peligro. Entre los guazaves se arruinaron con la avenida cuatro iglesias, que a costa de inmenso trabajo suyo y de los indios, había fabricado el padre Hernando de Villafañe. Esta serie de calamidades, y sobre todo, la pérdida de las sementeras, de que era consecuencia la hambre, dio ocasión a algunos forajidos de Topía, que se habían refugiado a pueblos de Sinaloa, para hacer creer a los indios, que los padres eran los funestos autores de tanto mal: que siempre les sería necesario dejar aquellas poblaciones expuestas a semejantes acontecimientos, e ir a buscar el sustento a los montes; que allí, lejos de la vista de aquellos censores inoportunos, podrían vivir a su libertad y evitar la dura esclavitud en que les tenían los españoles. A estos discursos sediciosos, siguió pronto la fuga de muchos indios de diferentes pueblos. Pasaban en esta ocasión de un lugar a otro algunos indizuelos, a quienes enseñaba el canto en su misión el padre Pedro Méndez. Sobrevino la noche y se quedaron en el campo. A poco rato llegaron algunos enviados de sus padres para decirles que los siguiesen a los bosques. Los piadosos niños los despidieron con buenas palabras, y luego fueron a dar la noticia al padre Méndez, que quedó muy edificado de una entereza y constancia tan superior a su edad, y mucho más cuando al día siguiente encontrando uno de aquellos indizuelos a su madre, que iba fugitiva hacia el monte, no se dejó mover de sus amenazas ni de sus ruegos para desamparar al padre y seguirla en sus descarríos. En medio de tantas calamidades, no dejaban de hacer los misioneros un fruto copiosísimo. El padre Juan Bautista de Velasco había reducido a arte y vocabulario la lengua más universal de Sinaloa, y confiscaba haciendo lo mismo con otra que llamaban mediolaguel. En este año habían subido a mil los bautismos, y quinientos y treinta de párvulos, cuatrocientos setenta de adultos, y se habían casado cristianamente trescientos pares.

[Viaje a México del capitán Hurdaide y sus resultas] Mientras esto pasaba en Sinaloa, el capitán Hurdaide había llegado con sus compañeros a México. El marqués de Montesclaros lo recibió con toda aquella benignidad que merecían su esmero y vigilancia en el servicio de Dios y del rey. Dio licencia para las doctrinas de los zuaques, sinaloas y tehuecos, y a los indios que vinieron de parte de estas naciones mandó vestir y ceñir espada. Pidió al padre provincial se añadiesen otros dos misioneros, y de las reales cajas, les proveyó de ornamentos, cálices, campanas e instrumentos músicos de que gustan mucho los indios. Favoreció mucho estas pretensiones el ilustrísimo señor don García Zúñiga y Mendoza, arzobispo de México, que gustó mucho de ver a los indios y de los informes que se le dieron de aquella nueva cristiandad. El capitán dio la vuelta a Sinaloa en compañía de los padres Cristóbal de Villalta y Andrés Pérez de Rivas a principios del año. En Zacatecas se le huyeron cuatro indios de los que le habían seguido. Este suceso, que parecía de poca importancia, dio mucho cuidado a don Diego de Hurdaide, que conocía el genio de la nación y las inquietudes que podían causar los fugitivos. En efecto,

llegaron al real de Topía, supo cómo habían muerto a tres indios en la raya de Culiacán y Sinaloa, y pretendido amotinar a los tehuecos, aunque sin mucho efecto, de donde se habían retirado a la nación serrana de los tepagues: que los pueblos de Bacoburito y de Ocoroiri habían también con diversos pretextos rebelándose y huido a los montes. Llegaron estas nuevas a Hurdaide en ocasión que se hallaba no poco indispuerto; sin embargo, al instante tomó la marcha, y a largas jornadas se puso en Sinaloa. Al punto siguió a los bacoburitos, los venció en ataques, prendió las cabezas del motín, redujo a los demás a sus pueblos, hizo reedificar las iglesias y los dejó sosegados y tranquilos. La misma felicidad le siguió en el alcance de los fugitivos. De concierto con los tehuecos y sinaloas que no dejaron de condenar aun en los suyos una acción tan infame, los persiguió vivamente hasta el centro de la Sierra donde se habían acogido, los prendió e hizo justicia en ellos en el mismo lugar en que habían derramado la sangre de sus hermanos. Los ocoirirís no pudieron reducirse enteramente hasta que después de algunos años se juntaron con las naciones del río Yaquí, de que hablaremos a su tiempo.

[Primera entrada a los tehuecos] Desde que llegó a Sinaloa el capitán con los nuevos misioneros habían venido diputados de los tehuecos, los sinaloas, los zuaques y los ahomes a pedir al capitán y al superior de la residencia les cumpliesen la palabra y les enviasen ministros que los doctrinasen en la fe. Las expediciones militares contra los fugitivos no dieron lugar a poderse efectuar hasta principios del siguiente año de 1605. Fuego que hubo proporción juntó el padre Martín Pérez a sus misioneros, y encomendando a Dios el negocio señaló al padre Pedro Méndez, antiguo ministro de Ocoroiri a la nación de los tehuecos; al padre Cristóbal de Villalta a los sinaloas; al padre Andrés Pérez de Rivas destinó a los zuaques, y a sus vecinos los ahomes. Los demás padres perseveraron en los mismos puestos que antes ocupaban. Las cuatro naciones que hemos dicho poblaban las orillas del mismo río, que tomaba distinto nombre según los pueblos que bañaba. Hoy se llama vulgarmente río del Fuerte. La dirección general de su corriente es del Este a Oeste, aunque con muchas vueltas y no pequeños rodeos. Nace en la provincia de Taramara, y riega los campos de Sinaloa por cerca de trescientas leguas. Los más orientales y más cercanos a la fuente del río son los sinaloas con más de mil familias. Como a seis leguas de su último pueblo hacia el Sur, corren los tehuecos, en cuyas tierras estuvo en otro tiempo la villa de Carapoa, y hoy está el fuerte de Montesclaros. Tenía entonces la nación como cinco mil y quinientos hombres de arco y flecha. Cinco leguas de allí, por diez leguas se extiende la brava nación de los zuaques, con poco más de mil vecinos. A cuatro de allí, por once leguas, pueblan los ahomes, gente dócil y de apacible genio, con otras tantas familias cerca de la embocadura del río en el seno de California. El padre Andrés Pérez que se había aplicado con suma diligencia a las lenguas de aquel país, partió desde luego a su destino. Los ahomes, aunque gentiles, le recibieron dispuestos en forma de procesión cantando la doctrina cristiana. Causó esto no poca admiración al misionero, y preguntándoles cómo habían aprendido aquellas verdades de nuestra religión, supo que un indio ciego de la nación guazave, después de haber instruido a los suyos en la santa doctrina, recorría las naciones amigas, y de choza en choza

iba preparando al cristianismo los ánimos, y explicándoles los misterios de la fe, sin más interés, que el de atraerlos a todos, sin distinción de sexo o de edad, a la verdadera religión. ¡Ejemplo grande de los admirables efectos de la gracia, que con vergüenza y confusión de tantos antiguos cristianos había puesto en un neófito tan ardiente celo de la salvación de las almas! El padre, dando gracias a su Majestad de la piadosa inclinación del ciego, como del fervor de sus ahomes, ofreció al Señor en primicias de aquella gentilidad trescientos párvulos que ofrecieron sus madres a las aguas del bautismo. Poco después se bautizó el principal cacique que se llamó don Miguel. Redujéronse a pueblos y entraron en el rebaño de Jesucristo los bacoregues, nación que vive de la pesca en una vecina península, los balucaris, los comoporis, siete leguas adelante de Bacoregues, y muchos otros comarcanos de menos nombre fabricaron iglesias y conservaron siempre a la religión, al rey y a sus celosos ministros una constante fidelidad.

[Reducción de los zuaques] Dejadas en tan bella situación las cosas de los ahomes y las naciones confederadas, pasó el padre Andrés Pérez a la conversión de los zuaques: aquella gente altiva y orgullosa había sido hasta entonces un grande obstáculo a la propagación del Evangelio. Tocados de la gracia de Dios recibieron al padre con grandes muestras de alegría. A la primera entrada se bautizaron de sus tres pueblos principales, como ochocientos párvulos y algunos viejos con la instrucción que permitía su decrepita edad o su quebrantada salud. No dejaremos de decir por lo que cede en particular honor de la Santísima Virgen, que cuando en el bautismo se daba a alguna de las mujeres el nombre de María, lo celebraban todos repitiendo a grandes voces Jaul texa, nombre augusto, nombre de la Señora, por lo que habían oído decir al padre y a la india Luisa, que les servía de catequista de la dignidad y excelencia de la Madre de Dios, néctar suavísimo con que ha procurado siempre alimentar la Compañía a sus nuevos hijos en Jesucristo.

La entrada a los tehuecos y sinaloas dilataron por algún tiempo los padres Pedro Méndez y Cristóbal de Villalta hasta allanar ciertas dificultades en la licencia del virrey y probar más con la dilación la sinceridad de aquellos pueblos. Entraron en efecto en ocasión de una epidemia a fines del siguiente año de 606 con el mismo suceso que había tenido entre los zuaques el padre Andrés Pérez, ofreciendo al cielo por primicias más de seiscientos párvulos.

[Fundación del colegio de Tepetzotlán, 1606] El centro de la provincia creció considerablemente por este mismo tiempo con la opulenta dotación del noviciado y principios del colegio de Guatemala. Había muerto dos años antes en México un mercader, más recomendable por su piedad que por su grande caudal e ilustre nacimiento, aunque derivaba su sangre de los Ahumadas de Ávila, a quienes dio tanto lustre la esclarecida Virgen Santa Teresa de Jesús, llamado don Pedro Ruiz de Ahumada. En testamento que otorgó el día 24 de mayo de 1604 dejó una cláusula del tenor siguiente: «Ítem digo, por cuanto ha mucho tiempo yo he deseado hacer alguna fundación de colegio o casa de la Compañía de Jesús por la mucha devoción que siempre he tenido a esta santa religión y a su santo fundador el padre Ignacio de Loyola, y confiriéndolo conmigo, y encomendándolo a nuestro Señor cual cosa sería de mayor servicio suyo, estoy resuelto y determinado

de fundar la casa de probación y noviciado de la dicha Compañía por ser cosa que hasta agora no ha tenido ni tiene de asiento en esta tierra y fundación propia, como lo acostumbra tener y tiene en otras provincias, y que tanto es necesario como seminario y fundamento de la misma religión, pues de ella han de salir ministros y obreros que se han de ocupar en esta Nueva-España o islas Filipinas en la doctrina de españoles e indios, e nuevas conversiones de gentiles y demás ministerios que son del instituto de la Compañía. Y poniendo en ejecución este mi deseo, ruego y encargo al provincial de la dicha Compañía, que eso fuere de esta Nueva-España, me admita por fundador de la dicha casa de probación o noviciado, el cual quiero y deseo se funde en esta ciudad distinto y apartado de las demás casas y colegios que ya hay fundados en ella o en el pueblo de Tepotzotlán, donde estoy informado será muy a propósito por el buen sitio, temple y comodidad que allí hay, o en la parte y lugar que se juzgare será más conveniente, porque esto lo remito a su elección y prudencia; para lo cual mando que de lo mejor y más bien parado dé mis bienes, y en primer lugar tomen mis albaceas hasta en cantidad de treinta y cuatro mil pesos en reales y los entreguen al dicho provincial, para que el susodicho dé traza y orden lo mejor que convenga para que los veintiocho mil pesos de ellos se impongan a censo sobre posesiones abonadas y cuantiosas, o se compren casas u otras haciendas con que puedan haber de renta dos mil pesos de oro común más o menos como alcanzare, todo para el sustento de los dichos religiosos y novicios que de ordinario hubiere de haber en ella, y los seis mil pesos restantes para el edificio e iglesia que se hubiere de hacer, en la cual quiero que haya, etc. También quiero que demás de los padres que son necesarios y forzosos para los ministerios de dicho noviciado, en caso que se haya de fundar en el dicho pueblo de Tepotzotlán, haya otros que puedan enseñar las lenguas otomite y mexicana a los padres y otras personas que quisieren de aprenderlas, y cuando no, hayan de acudir y acudan a la doctrina de los indios de dicho pueblo y su comarca que son de ambas lenguas. Y en cuanto al cumplimiento de este mi testamento, quiero que en primer lugar se cumpla la fundación de dicho noviciado de la Compañía de Jesús y todas las demás mandas y legados de esta Nueva-España, y luego las mandas de Castilla, capellanías y obra pía, y en postrer lugar la obra pía de casar huérfanas en esta ciudad del remanente de mis bienes en la cofradía de nuestra Señora del Rosario como dicho es».

El padre provincial aceptó la donación en nombre de nuestro padre general Claudio Acuaviva, obligándose a traer dentro, de dos años la ratificación de su maternidad muy reverenda, que obtuvo en efecto por septiembre de este año, en que se pasó también el noviciado y casa de probación al colegio de Tepotzotlán, donde pareció por entonces más conveniente a los superiores, quedando el colegio del Espíritu Santo de la Puebla para los demás ministerios.

[Fundación de Guatemala] Entre tanto se proporcionó lo que había muchos años que se deseaba, tanto por parte de la Compañía como por parte de la nobilísima ciudad de Guatemala. En más de un pasaje de esta historia hemos hablado ya del grande afecto que algunos republicanos habían mostrado siempre a la Compañía. Apenas establecida en Nueva-España por los años de 1576 pretendieron llevarla a su país. Por los de 1579, pasando por allí el padre doctor Juan de la Plaza con el padre Diego García, intentaron se quedase allí este segundo, y no pudiendo condescender el padre visitador, le hicieron dar palabra de enviarles algunos misioneros, como efectivamente se enviaron por los años de 1582 los padres Antonio de Torres y Alonso Ruiz. El ilustrísimo señor don fray García Gómez de Córdova, edificado grandemente del celo y religiosidad de nuestros operarios, ofreció desde entonces casa y alguna renta para principios de fundación. Aun creció más su liberalidad y afición como la del cabildo eclesiástico y secular, en ocasión de cuarta misión que se hizo allí del colegio de Oaxaca el año de 1592, en que verosímilmente hubiera tenido efecto el establecimiento de la Compañía, sobre que ya se habían hecho a su Majestad ventajosísimos informes, si entre tanto la muerte no hubiera arrebatado al ilustrísimo. Finalmente, después de tantas tentativas inútiles, el doctor don Alonso Criado de Castilla, presidente de aquella real audiencia, y don Lucas Hurtado de Mendoza, chantre de la santa iglesia catedral, pretendieron del padre Ildelfonso de Castro enviase a aquella ciudad algunos padres.

[Descripción de Guatemala y sus provincias] Bajo el nombre de Guatemala se comprende generalmente no solo la ciudad, sino una rica y fértil provincia como de setenta leguas de larga y más de treinta de ancho, que por los años de 1524 conquistó por orden de Fernando Cortés el adelantado don Pedro de Alvarado, y de que fue el primer gobernador. Está situada en la costa del mar Pacífico, entre las dos provincias de Soconusco y San Salvador. La ciudad capital fundó el mismo adelantado en un valle hermoso a los 14 grados de latitud septentrional. Fue erigida en obispado por nuestro Santísimo padre Paulo III el año de 1534, sufragáneo del arzobispado de México, en cuya dependencia se mantuvo, hasta que en nuestros días, año de 1744, el Sumo Pontífice Benedicto XIV la erigió en sede metropolitana, dándole por sufragáneas las mitras de Camayagua, Chiapa y Nicaragua. Por los años de 1607 se vino al obispado de Guatemala el de Verapaz, que había sido erigido por nuestro Santísimo padre Paulo IV el año de 1556, y tuvo solo seis obispos, los cinco primeros del orden de predicadores. Su primer obispo fue el ilustrísimo señor, don Francisco Marroquín. La audiencia real que antiguamente se llamó la audiencia de los confines por estar en los de una y otra América, que estaba en la ciudad De Gracias a Dios, treinta leguas al Oeste de Valladolid, capital de Comayagua, se pasó a Guatemala el año de 1579, y fue su primer presidente el doctor don Bernabé Carcamo. Su jurisdicción se extiende trescientas leguas por la costa del mar del Sur, desde Tehuantepec hasta los extremos límites de Costa Rica, y comprende fuera de Guatemala las vastas provincias de Chiapa, Soconusco, Sultepec, Verapaz, Izalcos, San Salvador, San Miguel, Honduras o Comayagua, Chuluteca, Nicaragua, Taguzgalpa y Costa Rica. Enriquecen las provincias

de Guatemala el cacao, el azúcar, añil, la suma abundancia de ganado y otras muchas cosas. No faltan algunas ricas minas. Comercia con el reino del Perú por los puertos de Trinidad o Sonsonate, Acaxutla y el reajeo puerto de Nicaragua, de que hablaremos en otra parte. Con la Europa comercia por el golfo Dulce que tiene al Oriente, como a cuarenta leguas poco menos de la ciudad. Esta no está hoy en el mismo sitio que antes, sino como poco más de una legua del lugar que llaman la Ciudad Vieja. El valle en que está situada tiene de ancho como una legua, según la relación de Tomás Gage; pero en lo largo se extiende hasta el mar del Sur por un terreno muy ruidoso e igual: está fundada la ciudad entre dos montes de muy diferente naturaleza, y que seguía la bella expresión del mismo autor, son dos vivas imágenes del paraíso y del infierno. Da el nombre de paraíso a un altísimo monte que está vecino a la ciudad del lado del Sur, de donde corren muchas fuentes y ríos que le han merecido entre los habitantes el nombre de Volcán de agua, singularmente por la mucha que después de tres o cuatro fuertísimos temblores y espantosos bramidos, arrojó el día 11 de setiembre de 1541 con muerte de más de seiscientas personas, ruina total de los edificios y pérdida de todas las haciendas que se hallaban hacia aquella parte. El reverendo padre fray Antonio Remesal, sabio y juicioso escritor de la Crónica de las provincias de Chiapa y Guatemala, del orden de predicadores, afirma haber perdido el monte, como una legua de altura a la violencia del terremoto; y sin embargo, habiéndolo subido el mismo autor, con el menor rodeo que fue posible, el día 17 de noviembre de 1615, halló que había desde el lugar de San Juan del obispado, que está en la misma falda hasta la cumbre tres leguas, que en la cima quedó abierta una boca, en forma ovalada, que tendrá como una grande legua de circuito; que desde allí se descubren los montes de Chuchumatán, y mucha parte, del mar Pacífico, y que la laguna de San Juan de Amatilán, aunque de algunas leguas de diferencia, no se ve mayor que un pliego de papel. Una que desde la ciudad parece mina de cristal, se halló ser la agua de una fuente que se congela sobre las piedras. Afirma el mismo autor haber hallado en el monte arrayán, hojase y algunas otras plantas, flores y frutas, hasta entonces no vistas en la ciudad⁵¹. La parte inferior del monte está llena de aldehuelas y estancias, de sementeras, de praderías y caminos, que forman a la vista un país deliciosísimo. Nada ofrece semejante el otro monte. Su falda despoblada y seca, su cima escabrosísima y denegrida, arroja continuamente mucho humo, y algunas veces llamas, piedras y pedernales calcinados. Han sido muchas las ocasiones que ha puesto a la ciudad en consternación con abundante lluvia de ceniza, que ha inundado las casas, con bramidos espantosos y ruidos subterráneos, que según la observación de algunos curiosos, parecen ser mayores y más frecuentes desde octubre hasta abril. Las erupciones del volcán y los temblores, amargan a los habitantes todo cuanto por otra parte tiene de saludable, de ameno, de abundante y delicioso el país. El año de 1527 fundó en esta ciudad la orden de predicadores, a petición del capitán general Pedro de Alvarado. La orden de la Merced, por los años de 1538. La de San Francisco, el año de 1540. El convento de religiosas de la Concepción se fundó el año de 1546. El colegio de Santo Tomás, el de 1553. El hospital de la Misericordia, año de 1527. El de San Alejo, alto de 1647. El convento de San Agustín, el alto de 1610. Floreció en esta ciudad

el venerable hermano Pedro de San José Betancurt, fundador de la ejemplarísima religión betlemítica, que tuvo en Guatemala ilustre cima el año de 1653. El de 1733, se concedió a la ciudad culto y casa de moneda, y algunos altos después, por bula de nuestro santísimo padre Urbano VIII, y real cédula del señor Felipe IV, se concedió universidad fundada en el colegio de la Compañía, de que tendremos lugar de hablar en otra parte. [Primera entrada de los padres] Tales han sido los progresos y aumentos de la nobilísima ciudad de Guatemala. Gobernaba actualmente aquella diócesis el ilustrísimo señor don fray Juan Ramírez de Prado, del orden de predicadores, cuando el presidente y chantre pretendían con tanta eficacia la fundación de un colegio. No pudo el padre provincial negarse a la súplica de aquellos señores, y mandó por vía de misión al padre Gerónimo Ramírez y al padre Juan Dávalos. Las particularidades que hicieron notable su arribo, las refiere el doctor don Francisco Muñoz y Luna en carta dirigida al mismo padre provincial. Defraudaríamos a nuestros lectores de un monumento muy antiguo y muy autorizado, si lo omitiésemos. Dice, pues, así:

Certifico yo el licenciado don Francisco Muñoz y Luna, indigno arcediano de esta santa iglesia catedral de la ciudad de Guatemala, y comisario subdelegado general de la Santa Cruzada en este reino como testigo de vista, de lo que ahora referiré: que el año de 1606 habiendo llamado el chantre de esta catedral, don Luis Hurtado de Mendoza, a los padres de la Compañía de Jesús para que viniesen a fundar en esta dicha ciudad, vinieron de México a costa de dicho chantre los padres Gerónimo Ramírez, por superior, y Juan Dávalos. Habiendo llegado a una legua de esta ciudad, salió el chantre a recibirlos, y yo en su compañía. Luego como los vio, se apeó de su mula, los abrazó y dio la bien venida, y viéndolos tan rotos y maltratados, en unos caballos flacos, con fustes o sillas viejas y pobres, admirado en esto dicho chantre, se llegó a mí y me dijo: ¡Vive Dios, que estos teatinos que han engañado con enviarme para fundar estos dos sujetos, que no tienen talle ni de saber gramática!... Subiendo luego en nuestras mulas, venimos con los padres hasta el pueblo de Xocotenango, que dista de esta ciudad media legua, donde hallamos más de cien personas a caballo, alcaldes, regidores y otros caballeros de la ciudad que salieron a su recibimiento, el cual se hizo con grande autoridad y regocijo, con mucha música de trompetas y chirimías, y fue el acompañamiento a la catedral, donde hicieron oración los dichos padres, y luego fueron a palacio a ver al presidente, que entonces lo era el doctor Alonso Criado de Castilla, gran persona en su cristiandad y letras. Luego se fueron a aposentar a la casa de dicho chantre; esto fue el domingo de carnestolendas del año de 1606. El domingo siguiente, primero de cuaresma, después de comer, predicó en la catedral de esta ciudad el padre Gerónimo Ramírez un valiente y famoso sermón, con grande espíritu y elocuencia, que dejó a todos admirados y aficionados a la doctrina de estos santos padres. Estuvo este día la iglesia catedral con el mayor concurso de gente, que jamás se había visto, y llegando a su casa a descansar dicho padre, el chantre, hincadas las rodillas se arrojó a sus pies y le pidió

perdón del mal concepto que había formado de su persona, quedando alegrísimo del bien que había traído para el de las almas de este reino⁵².

En esta sazón no estaba en la ciudad el señor obispo, el maestro don fray Juan Ramírez, del orden de predicadores, que estaba visitando el beneficio de Guacacapán, veintidós leguas de aquí, de donde envió a llamar a los dichos padres, los cuales fueron y parecieron ante su señoría. Estando en su presencia, como no hubiese asiento alguno, y el obispo con instancia los mandase sentar, los padres doblaron sus manteos, pusieronlos en tierra, y sentáronse sobre ellos. Allí luego los quiso examinar el señor obispo (algún sentimiento había mostrado su señoría por la llegada de los padres, y que hubiesen predicado sin su bendición, lo cual ellos habían hecho, por andar su ilustrísima tan distante en su visita y ser convidados en su misma catedral por los señores de su cabildo) respondieron a todo lo que les preguntó el señor obispo, como hombres tan doctos. Mandoles predicar por entonces a los indios, y el padre Gerónimo Ramírez lo hizo con grande elegancia en la lengua mexicana, con que quedó el prelado tan contento y aficionado a dichos padres, que les dio licencia para predicar y confesar, y con esto otras muchas honras en esta ciudad, donde el dicho señor obispo con su gran de santidad y celo de la honra de Dios, les pidió que leyesen gramática y casos de conciencia en su palacio, lo cual hicieron de muy buena gana y con mucha puntualidad y provecho de la clerecía, sin hacer falta a los muchos sermones y confesiones que se les ofrecían, y pasaban de cuarenta discípulos, así sacerdotes como ordenantes, los que tenía el padre Gerónimo Ramírez en su lección de casos de conciencia, haciendo también el oficio de examinador sinodal de este obispado, así para órdenes, como para beneficios, por la gran satisfacción que tenía dicho señor obispo de estos padres.

Así escribía el arcediano de la santa iglesia catedral, y tales eran los gloriosos trabajos de los dos primeros fundadores de aquel colegio. [Inundación de México] El siguiente año de 1607, fue calamitosísimo a la ciudad de México, cuya situación cuanto conduce a hacerla por la fertilidad y abundancia, por la serenidad del cielo y la benignidad del clima, uno de los más deliciosos países del mundo, tanto la ha expuesto algunas veces a mayores peligros. O fuese por superstición o por capricho⁵³, fundaron su ciudad los antiguos mexicanos en un valle de más de noventa leguas de circuito, coronado de montes altísimos que firman a la isla un agradable horizonte, y donde los ríos, de diversas vertientes de los montes, juntas a los muchos manantiales, mantienen las grandes lagunas de Chalco, de Texcoco, de Zumpango y San Cristóbal, que cuasi por todos vientos la rodean, añadiéndose a este inmenso caudal de aguas las copiosas lluvias de la Zona Tórrida, y- singularmente de esta parte de la América, en que duran por lo común desde mayo hasta octubre, se ha visto la ciudad en repetidas ocasiones cuasi sumergida. Del tiempo del paganismo no queda memoria sino de tres inundaciones. La primera, en tiempo de

Moctezuma I, de este nombre, sexto rey de México, numerando desde Teuch a la mitad del segundo siglo de su fundación, según los anales de los indios, aunque Gómara y Acosta cuentan de otro modo. La segunda en el reinado de Ahuizotl, octavo rey de los mexicanos, y la tercera en tiempo de Moctezuma II, pocos años antes de la venida de Cortés. En los años posteriores a la conquista de Nueva-España, gobernando el excelentísimo señor don Luis de Velasco el viejo, por los años de 1553, y treinta y dos después de la toma de México se inundó cuarta vez; pero a costa de grandes sumas de plata y trabajo de innumerables indios que había entonces, se impidió el mayor estrago con una grande cerca o albarrada que se mandó construir a la parte oriental de la ciudad, que después se ha llamado el barrio de San Lázaro. Padeció quinta inundación en el año de 1580 gobernando don Martín Enríquez. Este virrey activo y vigilante, después de haber con las más prontas diligencias acudido a la presente necesidad, formó el gran proyecto del desagüe, aunque no se puso en ejecución sino después de muchos años. La inundación sexta repitió aun con mayor fuerza el año de 1604, en tiempo del marqués de Montesclaros. Este señor, con la asistencia de fray Juan de Torquemada y otras personas inteligentes, hizo la calzada de Guadalupe y San Cristóbal, reformó la de San Antonio, y fabricó las compuertas de Mexicaltzingo, lo que bastó por entonces para que no se arruinase la ciudad.

[Peligro de la ciudad y algunos reparos] Los reparos que se habían puesto a costa de tanto gasto y fatiga en las pasadas inundaciones, eran aun muy débiles para el caso de una extraordinaria abundancia de lluvias y desborde de las lagunas. En efecto, tres años después en el tiempo de que vamos tratando, se experimentó bien con harto peligro en la ciudad, que nunca se había visto tan próxima a su ruina. A las copiosísimas lluvias y crecientes de las lagunas que ya se entraban por las puertas de las casas, se añadían innumerables manantiales que brotaban dentro de los mismos edificios y en medio de las calles. Las acequias se llenaron hasta cerrarse los ojos de los puentes. Las habitaciones de un suelo quedaron por mucho tiempo inhabitables con suma incomodidad de los pobres. En las más altas y más fuertes no se podía entrar ni salir. Una gran parte de los moradores había desamparado la ciudad: a los que no fueron tan prontos no les fue después muy fácil tomar esta resolución, porque la fuerza y peso de las aguas rompió por varias partes las calzadas e imposibilitó por mucho tiempo la fuga. Creció la aflicción con una nueva y más pujante avenida el día de los gloriosos apóstoles San Pedro y San Pablo, que derribó muchos de los menos fuertes edificios, y muchas casas de recreación por la parte que mira al Sureste y laguna de Chalco. Pocos días después, el 2 de julio, tomó posesión segunda vez del virreinato de México el excelentísimo señor don Luis de Velasco, a quien para distinguirlo del segundo virrey de Nueva-España, llamaron el joven. Este señor, a quien la dulce memoria de su padre y la experiencia de su arreglada y cristiana conducta en el primer gobierno hacían muy amable a los mexicanos, fue recibido en la ciudad con sumo regocijo y visto desde entonces como enviado de Dios para librarla del último exterminio. Efectivamente, se aplicó desde luego con el mayor empeño a corresponder a esta expectación. Su primer cuidado fue mandar hacer en todas las iglesias oraciones y plegarias para aplacar la ira del cielo. Tenía muy frecuentes juntas con

los ministros de la real audiencia, cabildos, religiones y otras personas instruidas. Mandó asimismo publicar un bando prometiendo premios a españoles, indios o cualquier otro género de personas que propusiesen algunos medios, o inventados por su ingenio, o hallados en los autores, o de que tuviesen noticia haberlo valido en esta ciudad o en otra alguna del mundo, en semejante calamidad. Este mismo decreto hizo leer en su palacio delante de los ministros reales a los diferentes cuerpos religiosos. Ni debamos omitir el distinguido honor que hizo su excelencia a la Compañía, tanto en las demostraciones de aprecio con que los honró de palabra, como en las que se sirvió añadir al referido decreto, en que después de haber expuesto lo que por su orden se había practicado hasta entonces, concluye así: «Y porque de todo lo referido hice hacer relación a esta real audiencia con los autos y papeles que sobre ello hay, y ahora el tiempo es limitado para poner en ejecución lo que se hubiere de resolver y prevenir las cosas necesarias, habiendo propuesto el estado del negocio a ambos cabildos, eclesiástico y secular, y a algunas de las religiones de esta ciudad; me ha parecido ser de los más importantes el parecer de algunos de los religiosos más graves de la Compañía, el que les suplico me expongan latamente con lo que más sintieren que conviene, así para el reparo de los daños presentes, como para el perpetuo remedio y seguridad que se pretende, con que yo tome determinación en la obra, encomendándolo principalmente a Dios nuestro Señor, como he hecho que se haga, para que encamine lo que más sea de su servicio, y del rey nuestro Señor, bien y conservación de esta ciudad, etc.».

[Proposiciones de desagüe] Entre tanto se tomaban todas las medidas proporcionadas para la presente necesidad, a que contribuyó el cielo de su parte, cesando repentinamente las lluvias, de modo que en los tres meses de agosto, setiembre y octubre, en que suele ser la fuerza mayor de las aguas, no hubo sino dos copiosos aguaceros. El prudente virrey conoció bien que estos remedios provisionales no podían ser de mucha utilidad y duración, y se aplicó a tratar de algún desagüe que pusiese en lo venidero la ciudad a cubierto de toda inundación. Al principio pareció difícil y aun imposible hallarse alguno. Poco después con la esperanza del premio se propusieron tantos, que no fue el menor trabajo reconocerlos todos y resolver por el de mayor utilidad y menos costo. La Compañía de Jesús no tuvo la menor parte en un asunto en que tanto interesaba el bien público. Al hermano Juan López que tenía a su cargo la fábrica del colegio máximo, y que bajo el humilde estado de coadjutor, ocultaba luces nada vulgares en la arquitectura, geografía e hidrostática, encargó el señor virrey el reconocimiento de un desagüe que a su excelencia habían propuesto nueve leguas al sureste de esta ciudad. Mientras el hermano obedecía, se proporcionaron otros más fáciles con que hubo de dejarse aunque no sin considerable utilidad por haberse en pocos días divertido hacia otra parte las corrientes de dos o tres ríos que desembocaban en la laguna de Chalco. En la multitud de desagües que se proponían encomendó el virrey a los padres Pedro Mercado, Juan Sánchez y Bartolomé Santos, que con el doctor Villerino, Henrico Martínez y otros inteligentes, fuesen a reconocer todos los que se ofrecían. Esta junta resolvió ser inútiles todos los que se señalaban de las partes de Chalco y de Texcuco, y en consecuencia de sus dictámenes por auto expedido en 23 de octubre del

mismo año, se resolvió se hiciera el desagüe por la parte de la laguna de San Cristóbal Ecatepec, puebo de Huehuetoca y sitio nombrado de Nochistongo, con que el dicho desagüe se haga de modo que por él se pueda desaguar la laguna de esta ciudad, sin que sea necesario ahondar la parte por donde ha de ir encaminada el agua desde la laguna de Citlaltepeque. Aun tomada esta resolución no faltaron personas que impugnasen como imposible o como inútil el desagüe de Huehuetoca. En fuerza de estas representaciones, don Luis de Velasco volvió a cometer al padre Juan Sánchez el reconocimiento más prolijo de todo aquel terreno. En cuatro días, acompañado de Henrico Martínez, pesó el padre y niveló todos los rumbos que habían seguido los demás, hizo una demarcación de México y todos los lugares vecinos, que fue una grande utilidad para todas las operaciones del desagüe. Quedó confirmado el de Huehuetoca, a que se dio principio con mil y quinientos trabajadores el día 28 de noviembre de 1607, en que después de haberse invocado la soberana asistencia por medio del santo sacrificio, dio el excelentísimo señor don Luis de Velasco algunas azadonadas, y entre la alegría y los aplausos de la multitud se prosiguió con un ardor increíble.

[Encomiéndase a la Compañía el cuidado de los trabajadores] Tasáronse para este efecto las casas y posesiones de españoles en veinte millones doscientos y sesenta y siete mil quinientos y cincuenta y cinco pesos, que a razón de uno y medio por ciento, producían trescientos cuatro mil y cuatro pesos. Habiéndose promulgado bando para que se presentasen todos los que voluntariamente querían trabajar en la obra por su justo salario, venían de ciento en ciento de las provincias vecinas. De Tlaxcala solamente acudieron en pocos días más de tres mil indios, y en seis meses desde el dicho 28 de noviembre hasta 7 de mayo del año siguiente, trabajaron en la obra cuatrocientas setenta y un mil ciento y cincuenta y cuatro indios, y mil seiscientos sesenta y cuatro indias cocineras. No fue el menor cuidado del virrey poner buen orden en tanta multitud de operarios y en su puntual asistencia en lo espiritual y temporal. Para uno y otro lo sirvió mucho el padre Juan Sánchez que asistió personalmente a la obra desde el vecino colegio de Tepotzotlán, acompañado de un hermano coadjutor. Fuera de estos dos sujetos venían de la misma casa otros los días de fiesta a confesar en sus diversas lenguas a los indios, y juntarlos a la explicación de la doctrina con la misma regularidad que solía hacerse en los pueblos. No podemos omitir haberse encontrado en estas zanjias, como en algunos otros lugares de la América, algunos huesos de enorme grandeza. Fue muy singular uno que pareció ser cráneo humano de tanta magnitud, que en el vacío de las cuencas cabía una de las cabezas regulares. Este se presentó al señor virrey y quedó después por mucho tiempo en la librería de nuestro colegio de México. El padre Juan Sánchez pesó un hueso no entero que parecía ser canilla del muslo, de tres palmos de largo, y le halló de tres arrobas y algunas libras. Otros se vieron semejantes, de que se dio cuenta al general y a toda la Compañía en la annua de 1607.

[Jubileo de cuarenta horas] La quincuagésima de este año había comenzado en nuestra casa profesa el Jubileo de las cuarenta horas expuesto el Santísimo Sacramento, devotísima invención con que la América, como en todas las otras partes del mundo, ha triunfado la fe y la piedad del

libertinaje, y de la disolución que en esos días había introducido el mundo. Habíalo concedido poco antes la Santidad de Paulo V, y el padre general Claudio Acuaviva lo pasó luego a Nueva-España, con tan feliz suceso, que en parte alguna del mundo han quedado menos resquicios de la antigua libertad y peligrosa diversión de aquellos días. El suntuoso aparato de música y acompañamiento con que se fijaron en todas las calles públicas carteles para su promulgación, el innumerable concurso de todo género de gentes que animaba con su ejemplo el excelentísimo marqués de Montesclaros y su mujer, el magnífico adorno de la iglesia en que sola la custodia se avaluó en más de veinticinco mil pesos; seis coros de música, que repartidos por la iglesia, alternaban a competencia las más exquisitas composiciones y fomentaban la devoción del concurso con letras y tonos devotísimos; todo contribuyó a hacer esta una de las funciones más bellas que se habían visto en México, y conciliarse aquel esplendor que era necesario para apartar las gentes de los profanos espectáculos, y en que se ha conservado sin descaecer después de tantos años.

[Muerte del padre Hernando Suárez] A primero de octubre de este mismo año falleció en nuestra casa profesa el padre Hernando Suárez de la Concha, uno de los primeros fundadores de la provincia, y de sus más fervorosos operarios, dotado del don de la palabra en el púlpito, y de consejo en el confesonario, que partieron cuasi todo el tiempo de su vida, austerísimo consigo hasta la última vejez, cuanto apacible y suave para con sus prójimos, a quienes no hubo género alguno de necesidad en que no ayudase. Mujeres perdidas, huérfanos, pobres, enfermos, presos, todos hallaban lugar y remedio en las entrañas de su caridad. A los ejemplos y buen olor de su virtud debe la provincia los colegios de Guadalajara, Zacatecas, Puebla de los Ángeles; ni tuvo poca parte en los que tiene la provincia de Michoacán y la Nueva-Vizcaya, siendo el primero que en aquellas regiones dio a conocer la Compañía. Era su muerte se vieron todas las demostraciones de veneración y de respeto con que aun los más distraídos rinden un justo homenaje a la virtud de aquellos que por Dios han despreciado las honras de la tierra.

[Muerte del hermano Gerónimo López] Semejante fervor se veía en los ministerios y estudios del colegio máximo, tanto en nuestra juventud como en los seglares de nuestras escuelas. El día 9 de abril, concluyendo el curso de filosofía, cerró también felizmente el de su vida el hermano Gerónimo López, de 22 años de edad. Aun siendo niño dio gran trabajo a su buena madre con haber le de esconder cilicios, rayos y otras invenciones de mortificación con que afligía su cuerpo. No fue sentido tan presto en otro género de austeridad. Por mucho tiempo, dejando dormir a los demás de la casa, desamparaba el lecho blando y delicado, y se acostaba en el suelo, hasta que una contingencia descubrió su piadosa travesura, que su madre corrigió y hubo de moderar con una severidad mezclada de mucha edificación, y de un solidísimo consuelo. Hasta pocos días antes de morir que se lo prohibieron los médicos, rezó sin interrupción el oficio parvo, y ayunó los sábados en honra de la Santísima Virgen. Su amor para con esta dulcísima madre mostró bien en la víspera de su muerte, en que teniendo en las manos una estampa de su gloriosa Asunción; después de haber hablado con mucha devoción y espíritu de las excelencias de aquella gran Señora: Yo, dijo, deseo mucho ver a la Santísima Trinidad aunque no sea más sino

para darle gracias por los dones y privilegios con que adornó la alma de la Santísima Virgen, y en el cielo este ha de ser mi perpetuo oficio. Esta utilísima devoción le mereció del Señor el don de la virginidad, que conservó ilesa hasta la muerte y una pureza tal de costumbres, que su confesión general de toda la vida en la última enfermedad, no pasó de aquellos pocos minutos que gastaba en sus ordinarias confesiones. [Frutos de la congregación de la Anunciata] De los estudiantes de la congregación de la Anunciata hubo uno a quien su difunto padre había dejado una cuantiosa herencia. A poco tiempo se halló solicitado para casar con una doncella noble, rica y hermosa a disgusto de su madre. Esta alianza le prometía mayor firmeza a su fortuna, y le proporcionaba grandes ascensos. Sin embargo, él, dando noticia de todo a su madre, y declarándole el voto que había hecho al Señor y a su Santísima Madre de vivir en perpetua castidad, ella le persuadió a mudar de casa en que estuviese más lejos de aquella peligrosa tentación, y no bastando aun este medio se determinó a dejar el regalo de su casa, y las caricias y cuidados de su viuda madre, y entrarse en el seminario de San Ildefonso, donde vivió por mucho tiempo hasta consagrarse al Señor en el servicio de sus altares. Muchos otros casos de edificación se veían en nuestros congregantes de la Anunciata, entre quienes brillaba el ejemplo de don Alonso Guerrero y Villaseca, nieto del fundador de aquel colegio y protector de la congregación, que cuasi había él fundado. Este ilustre joven, renunciadas después todas las esperanzas que le daba su sangre, su riqueza y sus talentos, entró en la Compañía de Jesús, enriqueciéndola más con los grandes ejemplos de sus virtudes, que su noble abuelo con la opulenta dotación de su primer colegio. Los ministerios de hospitales estaban en su primer fervor. A las cárceles se asistía los advientos y cuaresmas, y entre año cada quince días a confesar y explicar la doctrina. Este ejercicio era aun más continuo en la capilla de los negros esclavos. Con un caso singular quiso Dios obrar la salud de una alma perdida, y animar el celo de nuestros obreros. Había oído varias veces el catecismo y las morales exhortaciones que allí se habían, un hombre de vida estragadísima. Había cuarenta y dos años que no se confesaba y jamás había comulgado sino una vez, que le hubiera estado mejor no hacerlo por haber sido con mala disposición. Despreció los toques que la divina piedad le daba al corazón las veces que oía aquellas fervorosas pláticas. En medio de sus descarríos se arrojó a atravesar incautamente un río crecido y caudaloso. A poco que se había apartado de la ribera, le arrebató la corriente con tal fuerza, que llevándolo a lo largo del río, lo puso en el último conflicto. El miserable, acodándose oportunamente de la Madre de las piedades, se quitó el rosario que llevaba al cuello, y rezaba cada día, e invocando a la Santísima Virgen y a su castísimo esposo señor San José, fue llevado a un recodo que hacían las aguas, en que quebraban la fuerza y en que pudo asirse de un tronco que le salvó de aquel peligro. Las saludables reflexiones a que no había dado lugar la turbación, comenzaron entonces a hacerse sentir en su espíritu. Conoció el riesgo que había pasado, el lastimoso estado de su conciencia, y el infelicísimo destino a que le habría conducido de una eterna condenación. Estos pensamientos le hicieron conocer mejor el grande beneficio que Dios acababa de hacerle, y le determinaron a volverse sinceramente a su

Majestad por medio de una buena confesión. El suceso mostró desde luego la verdad y la firmeza de sus propósitos. Luego que llegó a la primera población, a muchas leguas de México, se vistió de un áspero cilicio que determinó no desnudarse hasta haber hecho en esta ciudad una confesión general. Mes y medio le duró esta penitencia, a que añadió por este mismo tiempo un rigidísimo ayuno a pan y agua, y no dormir jamás sino en el duro suelo, como lo cumplió hasta venir en busca del padre a quien había oído predicar. Después de la confesión prosiguió en una gran pureza de costumbres, en frecuencia de sacramentos y en un rigor de penitencia, que fue necesario a sus confesores moderar con el tiempo.

Para que fuesen más agradables al Señor estos admirables frutos del colegio de México, quiso su Majestad sazonarlos con la amargura de un golpe muy sensible, no solo a este colegio, sino a toda la provincia de Nueva-España. [Sermón del padre Martín Peláez y sus resultas] El día 1.º de enero del año de 1607 había predicado en la casa profesa el padre Martín Peláez, rector del colegio máximo, y hablando del nombre de Jesús, que aquel día se impuso a nuestro Redentor, que con particular ilustración del cielo dio San Ignacio a la Compañía, y que tan expresa y singularmente habían confirmado y recomendado en sus bulas los soberanos pontífices, intentó persuadir, que el haberse atribuido la Compañía este agosto nombre, no era, como podría alguno persuadirse por arrogancia ni ostentación, sino como un recuerdo de las obligaciones grandes que profesa en servicio de Dios y de la Iglesia. Para que entendamos, decía, que hemos de seguir como soldados a nuestro capitán Jesús, que hemos de ayudarle en la grande obra de la salvación de nuestros prójimos, pisando sobre las huellas que él nos dejó estampadas en humildad, en pobreza, en mortificación, y que las injurias, las afrentas, las tribulaciones, es toda la paga, que por nuestras buenas obras podemos esperar del mundo. A este asunto prosiguió, trayendo el ejemplar de los religiosos de Santo Domingo, San Francisco y San Agustín, que han tomado los nombres de predicadores, de doctores, de pobres evangélicos, no por alguna soberbia y jactancia, sino para memoria del instituto y regla santísima que profesan. Este sermón, de que el excelentísimo señor marqués de Montesclaros, audiencia y religiones, salieron bastantemente edificados, fue una piedra de escándalo y una materia de ofensión, para el licenciado don Diego Landeras de Velasco, visitador de la real audiencia. No había oído al padre Martín Peláez; pero informado por viciosos conductos, concibió que el sermón había sido satírico a su persona y empleo, y que pretendía impedir la tranquilidad y el buen orden de su visita. Hizo una información muy secreta, y a los 24 del mismo mes, mandó llamar al padre rector, enteramente ignorante de la sospecha que contra él se había formado el visitador. Introdujéronle hasta el último gabinete, donde estaba con un secretario escribiendo. Saliéronse luego y dejaron al padre y a su compañero encerrados hasta que muy entrada la noche volvió el visitador con escribano y testigos, criados de su casa, y mandando al compañero salir de la pieza, se le notificó al padre rector, que por haber predicado el día de la Circuncisión palabras escandalosas, y en perjuicio del real servicio, le mandaba salir de estos reinos e ir a España a presentarse al nuncio de su Santidad, para que fuese castigado conforme a su delito: que allí luego sería llevado a Veracruz y entregado al general de flota que le

llevarse y diese cuenta de su persona. Notificada esta sentencia, le hizo subir en un caballo, saliendo con él dos de sus negros, con espadas desnudas al uno y otro estribo: un alguacil con vara alta y un escribano que diese fe y testimonio de la entrega. Fue extrema la sorpresa de toda la comunidad, a la primera noticia del hermano compañero, y mayor aun la de toda la ciudad, cuando al día siguiente se divulgó la resolución del visitador. La declarada protección del virrey, el favor de la real audiencia, de la inquisición, de las religiones, la inocencia del desterrado, y el común sentimiento de los más distinguidos personajes, abrían brecha bastante para seguir justicia por medios muy ruidosos; sin embargo, la Compañía no emprendió más defensa que la paciencia, el sufrimiento y el silencio. Estas armas, las únicas que el padre rector había usado, y quiso que usasen en su negocio, tuvieron muy en breve grande eficacia para con el visitador. Los ministros de justicia, cerca de tres loras después de la noche, en medio de la oscuridad y por caminos desconocidos, sacaron al padre de la ciudad, sin darle lugar para llevar aun el breviario. Así había caminado algunas jornadas, cuando llegó orden del visitador para que volviese, mandándole estar en un pueblo a tres leguas de México hasta nueva orden. En este destierro le tuvo treinta días, después de los cuales le restituyó a su colegio, pronunciando jurídicamente auto, por el cual se mandaba detenerse en esta ciudad hasta la partida de la flota, en que debería embarcarse para España. En esta suspensión en que cada día había que temer de parte del visitador, habiéndose detenido la salida de la flota, tuvo lugar el padre provincial para informar a su majestad con los testigos más autorizados del reino, en cuya consecuencia se despacharon prontamente dos cédulas, la una al licenciado don Diego Landeras, y la otra al padre Ildelfonso de Castro, que decía así: «El Rey. Venerable y devoto provincial de la Compañía de Jesús en la Nueva-España. En mi consejo de las Indias, se ha recibido y visto vuestra carta de 10 de mayo en que avisáis de la demostración que el licenciado Diego Landeras de Velasco del mi consejo de las Indias, y visitador de mi audiencia de esa ciudad de México, hizo con el padre Martín Peláez, de esa Compañía, por lo que con tan poco fundamento le imputaron haber dicho para estorbar la buena ejecución de la dicha visita, en el sermón que hizo en la casa profesa de esa ciudad, el día de la circuncisión del Señor de este presente año, y he holgado, de que tan particularmente me hayáis avisado de todo lo que pasó, y el término y proceder que tuvo el visitador con el dicho padre Martín Peláez, lo he sentido, y así he proveído acerca de ello lo que más ha parecido conveniente. De San Lorenzo 18 de octubre de 1607. Yo el Rey.

[Misión a Sultepec] Pasada esta borrasca echó el Señor su bendición sobre los trabajos de nuestros operarios. Del colegio de México se hizo una fructuosísima misión a las minas de Sultepeque. Otra de la de Puebla al partido de Zacapuaztla, terreno ya otras veces regado con los sudores de nuestros misioneros, y en que los beneficiados no cesaban de admirar la mudanza que en aquellas gentes había obrado la diestra del Altísimo. En Oaxaca, fuera del fruto espiritual con españoles e indios en la iglesia de Xalatlaco, se vio también de un modo muy sensible la singular protección de Dios, aun en los temporales intereses. No se sustentaba aquel colegio sino de un ingenio de azúcar. Una helada general taló enteramente

no solo los sembrados circunvecinos, sino aun toda la yerba que había nacido entre la caña, quedando esta aun tanto más delicada, fresca y vigorosa para rendir, como rindió efectivamente una cosecha abundantísima. Cuasi al mismo tiempo hallándose la casa e iglesia sumamente maltratada con los temblores comunes de aquel país, movió Dios los corazones de la ciudad para socorrer con copiosa limosna la fábrica que era necesario emprender. La villa de Lagos, y muchos otros lugares de la diócesis de Guadalajara, ofrecieron al Señor frutos dignos de penitencia por las fervorosas exhortaciones de los misioneros jesuitas. Entre todos, sobresalían los gloriosos trabajos del padre Juan Ferro, incansable operario del colegio de Pátzcuaro. En una misión que hizo por este tiempo a la tierra caliente de Michoacán, confesó más de cuatro mil almas en cinco o seis distintas lenguas, de que si no tuvo un don milagroso, tuvo a lo menos una prodigiosa facilidad. Los calores excesivos, los mosquitos extremadamente importunos, el continuo susto de alacranes, chinches voladoras y otras sabandijas perniciosísimas, le atrajeron junto con sus apostólicas fatigas unas tercianas de tres meses. En los intervalos que le daba la fiebre, se ocupó en aprender con sumo trabajo una de las lenguas más bárbaras y difíciles del país. Empeño que premió nuestro Señor con la reducción de muchos indios que hasta entonces como otras tantas fieras no habían salido de los montes, y que el padre tuvo la felicidad de atraer a poblaciones regulares y policía cristiana, con admiración de los mismos naturales y utilidad común de sus ministros. En este colegio, como en el de Valladolid y Tepetzotlán. Se dio también principio al devotísimo Jubileo de cuarenta horas, que en todas partes fue seguido de una extraordinaria conmoción de los pueblos y de maravillosas conversiones.

[Peste en Tepetzotlán] A estos espirituales ejercicios añadieron los padres, y aun los hermanos novicios, otros de caridad y Tepetzotlán y misericordia con los indios, entre quienes, singularmente otomites, se extendió poco después una epidemia que dio mucha materia a su fervor. En casa se les preparaba el alimento y medicinas que salían a repartir los novicios, mientras los padres (a cuyo cuidado estaba ya desde el año de 1602 la administración de aquel partido) se ejercitaban en sacramentar y ayudar los enfermos. A esta vigilancia, y cuidado, se debió en gran parte el no haber sido tanto en Tepetzotlán y en sus contornos el número de los muertos en un contagio que asoló enteramente a muchos de los pueblos vecinos; sin embargo, murieron dentro del pueblo novecientos indios, número que querríamos se notase para venir en conocimiento de la increíble disminución de sus naturales que ha padecido la América, pues novecientos indios eran entonces pocos en un lugar que en el día computará apenas trescientos.

[Peste en Guatemala] La epidemia con que Dios había afligido a los indios de Tepetzotlán se había hecho sentir juntamente, y quizá con más rigor en los contornos de Guatemala. En el pueblo de Xocotenango, vecino a la ciudad, habían muerto en menos de un mes más de mil de los indios, y proporcionalmente en los demás pueblos cercanos. La primera noticia que tuvieron los padres de aquella residencia, fue por las repetidas peticiones de mortajas a que venían a nuestra casa. El padre Gerónimo Ramírez voló al momento a su socorro. El primer lugar que visitó, lo halló quasi enteramente despoblado. Los más de los habitantes habían muerto:

cuatro estaban sanos, y cuarenta postrados al rigor de la enfermedad. Pasó a otro y halló al marido y mujer agonizando; pero lo que no pudo ver sin un extremo dolor, fueron cuatro o cinco párvulos, que alrededor del lecho de sus padres morían también de necesidad. Dioles el buen padre de algunas cosillas que llevaba preparadas para estos lances, y determinó salir todos los días muy de mañana, dejando el cuidado de la ciudad al padre Dávalos, para asistir a los enfermos. De estas piadosas excursiones habla así el arcediano don Francisco Muñoz en otro capítulo de la carta que arriba hemos citado: Salía el padre por los pueblos comarcanos, llevándome a mí siempre por su compañero, y algunos dos o tres estudiante, todos con alforjas llenas de pan, dulces, chocolate y otras cosillas que recogía de limosna, con que regalaba a los indios enfermos, visitándolos en sus propias chozas, confesándolos, diciéndoles Evangelios y dándoles corporal y espiritual alimento, y luego en las iglesias y cementerios rezándoles responsos a sus difuntos, como que a todo extendía su gran caridad este apostólico varón, con mucho gusto y beneplácito de los religiosos doctrineros de aquellos pueblos. A la peste siguió muy de cerca otro azote más universal y más violento. Referirémoslo con las mismas palabras del padre Juan Dávalos en carta al padre provincial

[Temblor en Guatemala] Martes, dice, 9 de octubre, día de San Dionisio Areopagita, a las diez de la noche, repentinamente tembló la tierra con tanta fuerza y ruido, que no parecía sino un trueno espantoso. Duró poco más de dos credos y pausó luego por un rato tan corto, que no pudieron ponerse en salvo los que estaban descuidados. Después de lo cual, repitió con la misma fuerza. Fueron estos dos de tanto horror, que fue mucha la gente que se maltrató, porque levantándose de la cama con el aturdimiento y el susto, se arrojaban algunos de los corredores y las ventanas. Entre estos, el rector del seminario se quebró una pierna, y otro estudiante, oprimido de una tapia, perdió la vida. Acudieron luego a casa de parte del presidente, y lo mejor de la ciudad a saber cómo lo habíamos pasado, temiendo que por ser vieja la casa se nos hubiese venido encima. Quiso Dios que con la escasez de tiempo, de que andamos tan alcanzados, estábamos entrambos en pie estudiando y orando, y así pudimos bajarnos al patio, donde estuvimos toda la noche, porque en toda ella no cesó la tierra de temblar, y de cuando en cuando con fuerza. Añadióse el trabajo de estar todo este tiempo lloviendo, y así no nos podíamos defender, ni de los temblores en casa, ni de la agua en los corrales. El estrago que se vio por la mañana en la ciudad y sus merindades, fue tanto, que según dicen, no se reparará con doscientos mil ducados. No se ha podido averiguar a punto fijo el número de los muertos. En un pueblo, nos dijo el padre prior de Santo Domingo, que habían muerto veinte personas. Y en otro, estando después del primer temblor apuntalando un lienzo de la iglesia, tembló segunda vez y oprimió la pared once personas. Hanse hecho a toda prisa en las casas jacales, donde habitan, porque hoy hace dos meses que no cesan los temblores, y algunos grandes. El temor que hay es mucho y lo acrecienta un cometa que se ha visto hacia el Poniente, cuasi sobre un volcán de fuego. Los conventos han quedado maltratados, especialmente el de nuestra Señora de la Merced, donde duermen los padres en jacales en la huerta, porque no hay lugar para otra cosa.

Esto es lo que toca a lo corporal de los temblores; en lo que toca a lo

espiritual, sacó nuestro Señor mucho provecho. Luego el día 10 por la mañana, vino mucha gente a confesarse a casa y a otras iglesias. Después de comer fue la ciudad y religiones a San Sebastián, que es abogado de los temblores. El padre Gerónimo, con un compañero estudiante, y yo con otro, anduvimos confesando toda la tarde gente enferma y necesitada, que se había hecho sacar a los patios. Venimos a juntarnos con la procesión en la plaza, donde el padre Ramírez les predicó con mucho espíritu, exhortándolos a la penitencia, perdón de injurias, etc. El fruto fue, que de allí mismo se repartieron muchos por los conventos a confesarse. En casa fue tal el concurso, que estuvimos los dos confesando hasta muy entrada la noche; y entre tanto, ni la lluvia, ni los temblores cesaban. El jueves 11 se hizo una procesión de sangre con una muy devota imagen de nuestra Señora. Salió de San Francisco: de la procesión se quedó mucha gente, y sacando un púlpito a la plaza, se les predicó. Por más de quince días nuestro ejercicio era madrugar mucho para podernos encomendar a Dios, decir misa y rezar todas las horas, y a las seis abrir la iglesia y confesar hasta las doce, y a la tarde desde las dos hasta las siete y más de la noche, si no había que predicar. Todos los días siguientes hasta el 19, hubo procesiones de sangre, en que nos alternábamos a predicar, menos el domingo 14, que a la mañana, habiéndose hecho una fiesta solemne a San Sebastián, predicó el padre Ramírez, y a la tarde, después de haber andado por las calles con la doctrina, predicamos los dos, uno a los españoles, y otro a los indios en su lengua. Con esto, gracias al Señor, ha sido grande la estimación que ha cobrado en esta ciudad la Compañía, viéndonos acudir a todo, etc.

Pero lo que a esto pertenece, parecerá mejor en pluma del citado arcediano, cuya carta dice así: «El año siguiente, de 1607, hubo en esta ciudad, día de San Dionisio, un gran terremoto, que maltrató mucho de la ciudad, y se continuaron los temblores por más de cuarenta días. Estos padres trabajaron grandemente en confesiones y sermones por las plazas, siguiéndolos todos, así españoles como indios, negros y mulatos, y fue tan grande y eficaz su santa doctrina, que redujeron a muchos pecadores a buen vivir, y a tomar estado con las mujeres con quienes habían tenido maltrato muchos años antes. Asimismo compusieron amistades entre muchos principales, años antes enemistados. Juntamente con esto consolaban a los pobres de las cárceles y hospitales, regalándolos con las limosnas que les hacían a ellos. Con lo cual; todos, grandes y pequemos, les tenían grande respeto, veneración y amor, por su grande santidad, letras y buen ejemplo, y si se hubieran de escribir muchas buenas obras que a todos hicieron, sería nunca acabar».

[Sucesos de Parras] Estos trabajos, aunque tan gloriosos y tan continuos, desaparecerán enteramente a la vista de nuestros lectores, respecto a las apostólicas fatigas de las misiones de gentiles. En Parras, seis misioneros luchaban con la obstinación de innumerables idólatras, y con la inconstancia y grosera importunidad de más de cuatro mil nuevos cristianos. Cuanto eran más apacibles y más blandos los corazones de los laguneros, tanto era mayor la impresión que había hecho en su débil espíritu la antigua superstición y la pena que costaba ponerlos a cubierto de aquellos miedos pueriles, que hacían todo el fondo de la religión de sus padres. Esto lo experimentó bien el padre Francisco Arista en una

corta ausencia que le fue forzoso hacer de los pueblos que administraba. En este pequeño intervalo, un joven cacique de los más racionales y ladinos, junto en las primeras horas de la noche toda la gente del pueblo, y con un exordio bastantemente artificioso, les captó la atención diciendo cuánto tiempo y cuidado les había costado resolverse a aquella demostración. No vengo, dijo, a hablaros de mi parte, aunque sé muy bien la autoridad y el derecho que me da para ello, mi nacimiento y mis hazañas en la guerra. Vengo expresamente mandado del demonio, que repetidas veces en figura de mujer se me ha aparecido para que os enseñe lo que debéis hacer, si queréis evitar la calamidad que os amenaza. Viendo con este comienzo irregular amedrentados y atentos los ánimos, prosiguió proponiéndoles sus misterios de obscenidad y de torpeza, dignos del maestro que se los sugería, y muy conformes a las inclinaciones de su auditorio. Concluyó amenazándolos con epidemias, con hambres y con mortandad de los ancianos, si no seguían aquel nuevo plan de doctrina, o si daban parte al misionero de cuanto les había propuesto. Se halló por fortuna entre los oyentes un fiel temachtiani o catequista, que hacía oficio de fiscal, que sin dejarse mover de aquellas mentiras, ni intimidar de las amenazas, pasó prontamente la noticia al padre Arista, que estaba en otro pueblo cercano. Voló luego al remedio de tanto Julio, como amenazaba a su grey. Breve reconoció la mudanza. Ninguna demostración de alegría, ninguna veneración ni respeto. Habiéndolos juntado en la iglesia para desengaños, observó en todos un aire forzado, y un ceño en los semblantes, testigo del interior desprecio y dureza de su corazón. El padre, muy diestro ya en manejar aquellos genios, viendo el poco efecto de sus palabras: quedaos, les dijo, seguid a vuestros maestros. Yo me voy, y en vano me llamaréis para vuestros enfermos, vuestras sementeras y vuestros hijos. No Faltarán pueblos más fieles que reciban mejor mis palabras de salud. En efecto, acabando de predicar, haciendo de su pobre ropa un pequeño lío, y sin querer que alguno le acompañase, pasó a otro de los pueblos cercanos, que eran ya entonces más de veinte. Este piadoso estratagema tuvo todo el buen éxito que se prometía el misionero. La vergüenza y el sentimiento, sucedió en el corazón de sus neófitos al despecho y al amor de la novedad. Fuéronle a rogar repetidas veces que volviese; pero tuvieron por toda respuesta, que desagraviasen primero a Dios ofendido de su infidelidad. Para este efecto determinaron hacer una procesión de sangre, como penitencia pública de su pecado, y de un gran trecho de la iglesia, vinieron a ella azotándose reciamente, capitaneados del cacique revoltoso. Después de lo cual, rogaron otra vez al padre que volviese, como lo ejecutó con extraordinarias demostraciones de regocijo y mayor consuelo del celoso pastor. Confesáronse los más, y otros quedaron en hacerlo en una festividad cercana.

[Superstición acerca de los cometas] No dio menos pena a este y a los demás misioneros desvanecer las vanas preocupaciones de los indios acerca del cometa que este año se dejó ver por más de un mes hacia el occidente. Ello es cierto que sea lo que fuere la causa de esta ridícula aprehensión, en todas las naciones del mundo las gentes menos cultas e instruidas han sido llevadas a creer que los cometas son un presagio fatal de pestilencias, de muerte y otras calamidades públicas. En vano se han cansado los físicos y los críticos a mostrar, ya por la naturaleza, ya por

la indiferencia de los sucesos, la inocente aparición de este género de fenómenos; el mismo respeto con que miran los hombres las cosas celestiales, y la misma debilidad de su ser, dice un hábil inglés, les hará siempre interpretar siniestramente cualquiera novedad que noten en los cuerpos superiores. Esto, que es tan común a todos los países, era entre los indios de la laguna con un extremo que había llegado hasta hacerles celebrar un sacrificio con extrañas ceremonias para aplacar la cólera de los cometas. Nuestros lectores no se desagradarán de una circunstanciada relación de esta especie de culto que sacaremos de una carta del padre Diego Díaz de Pangua, misionero de aquel país, al padre Martín Peláez, rector del colegio de México. Los sacerdotes del sacrificio son algunos viejos hechiceros, o que hacen profesión de tales, y que pasan también por los curanderos o médico de la nación. Luego que comienza el astro a aparecer por el horizonte, traen en algunos cestillos pescados, mesquite y otras frutas de que ellos se mantienen. Ponen en medio del pueblo una hoguera a que solo se acercan los sacerdotes. Todos los demás forman al derredor una gran corona. Allí queman aquellas viandas para que resueltas en humo puedan subirse hasta el cielo. Para que suba el humo derecho, cuatro de los ancianos más venerables entre ellos con otros tantos abanicos o especie de asentadores muy anchos, soplan a compás por los cuatro lados de la hoguera: si sube derechamente el humo se cree ser acepto al cielo su sacrificio y haber apartado de su pueblo la calamidad que amenazaba, y celebran hasta el amanecer un baile con las colas de coyotes o algún otro animal en las manos, a semejanza de la que tienen ordinariamente los cometas. Si en el tiempo del sacrificio algún aire violento viene a levantarse y disipar el humo, se tiene por un presagio infeliz que excita en toda la asamblea un llanto ruidosísimo. Después de haberse dado algún tiempo al dolor y a las lágrimas, todos los sacerdotes que asisten deben picarse los brazos y el pecho con unas espinas hasta correr la sangre. El más anciano de todos tiene cuidado de recogerla en algún plato o escudilla, la mezcla con otro tanto de agua, y busca en todo el concurso una doncella de nueve o diez años a quien cortar el cabello. Formando un hisopo comienza a dar vuelta al rededor de la hoguera rociando el aire con aquella sangre y agria, dando al mismo tiempo espantosísimos bramidos, tres al Oriente, tres al Poniente y otros tantos al Norte y Mediodía. Tal era la ridícula superstición de los indios de la laguna, cuya relación concluye así el citado padre Pangua: Quiera Dios que no les suceda lo que temen de que venga sobre ellos alguna enfermedad o epidemia, porque todo lo ha de pagar la cristiandad, a que atribuyen todos sus malos sucesos, y así es grande la dificultad en algunos en que quieran bautizar sus hijos, porque dicen que se mueren luego, y que los mozos no llegan a viejos con ellos si se bautizan.

[Casos raros de los indios] Llevado de esta perniciosa aprehensión uno de los más ancianos del pueblo, jamás había querido rendirse a los consejos e instancias de su ministro que le pedía se bautizase. Confirmaba su falsa persuasión en el consejo de tres niños que en los días inmediatos habían muerto poco después de bautizados. Así pasaba, ando a pocos días se halló atacado de una enfermedad de que muy presto lo desahucieron sus curanderos. El padre, visitando como solía a los enfermos, se encontró con el obstinado viejo, y llevado de un interior impulso le prometió que si se

bautizaba cobraría muy presto entera salud. Creyó el enfermo. Dejose instruir y bautizar, y cooperando misericordiosamente el Señor a las palabras del misericordioso misionero, comenzó luego a mejorar, y dentro de pocos días se halló sano. Por el contrario manifestó Dios los admirables secretos de su providencia en otro del mismo pueblo. Gozaba al parecer de una robusta salud en una edad varonil. Quemaba un día en su era algún poco de paja en presencia del padre, y viendo atentamente la violencia y la voracidad de las llamas, le preguntó si sería así el fuego del infierno que tantas veces le predicaba. Respondióle que era infinitamente más fuerte. ¿Y se acabará tan presto dijo el indio? Jamás, dijo el misionero. ¿Qué remedio tomaremos, pues, para librarnos de esas llamas? No hay otro alguno, dijo el padre, sino el santo bautismo. Entonces, como volviendo en sí pidió con instancia que lo acabase de instruir y lo hiciese luego cristiano. El fervor con que se aplicó a comprender las verdades de nuestra santa fe, manifestó bastantemente la sinceridad de su deseo. Recibió el bautismo el día 22 de julio, dedicado a Santa María Magdalena con un extraordinario júbilo, y al día siguiente amaneció muerto. A pesar de las falsas opiniones que sembraban entre ellos sus hechiceros, se bautizaron fuera de estos en pocos meses más de cien adultos y ciento y diez y ocho párvulos.

[Bautismo de los tepehuanes, y sus antiguas idolatrías] Semejante fue el número de bautismos en la misión de Tepehuanes. En esta provincia de cuatro pueblos, que administraban otros tantos sacerdotes, se había llegado a nueve con la nueva reducción del partido de Ocotlán, con lo cual se extendieron las espirituales conquistas más de treinta leguas hacia el Norte. Estos gentiles, (dice el padre Juan Fonte en la relación que hace al padre provincial) guardan la ley natural con grande exactitud. El hurto, la mentira, la deshonestidad está muy lejos de ellos. La más ligera falta de recato o muestra de liviandad en las mujeres, será bastante para que abandone su marido a las casadas y para jamás casarse las doncellas. La embriaguez no es tan común en estas gentes como en otras más ladinas, no se ha encontrado entre ellos culto de algún dios; y aunque conservan de sus antepasados algunos ídolos, más es por curiosidad o por capricho que por motivo de religión. El más famoso de estos ídolos era uno a quien llamaban Ubamari, y había dado el nombre a la principal de sus poblaciones. Era una piedra de cinco palmos de alto, la cabeza humana, el resto como una columna, situada en lo más alto de un montecillo sobre que estaba fundado el pueblo. Ofrecíanle los antiguos flechas, ollas de barro, huesos de animales, flores y frutas. Luego que tuvieron suficiente noticia del verdadero Dios y del modo con que su Majestad debía ser honrado, aun sin particular mandato o insinuación del padre, el cacique del pueblo, acompañado de los principales el mismo día que debían ser bautizados, despeñó el ídolo a lo más profundo de un río que regaba aquel valle, y vinieron todos a dar al ministro la noticia y a pedirle el bautismo. No podía apetecer el hombre de Dios prueba más sincera de la disposición de sus catecúmenos. Luego los bautizó, y ellos, con un contento y alegría que infundía devoción, formaron una cruz grande, la cubrieron de flores y yerbas olorosas, y en procesión, que llenaría de regocijo a los ángeles, la llevaron cantando el credo en su lengua, y la colocaron en aquel mismo lugar que por tantos años había ocupado aquel

ídolo infame. Una acción de tanta piedad sepultó con la superstición el nombre antiguo del pueblo, que en adelante se llamó Santa Cruz. La primera entrada que hizo el padre Juan Fonte a este partido, fue, aunque no de asiento, por enero, y volviendo por octubre del mismo año estaban ya todos los cinco pueblos en estado de confesarse y recibir el adorable cuerpo de Jesucristo. Aunque en todos los países es un acto heroico y de grande mérito a los ojos de Dios el de la sincera y humilde confesión, se puede decir con verdad, que atendida la gloriosa victoria que alcanzaban de sí mismas, para ningunos será más digno de consideración que en los neófitos tepehuanes. La vergüenza que padecían singularmente las mujeres era tanta, y tanta la violencia que se hacían para confesar sus culpas, que muchas veces (son formales palabras del misionero) caen desmayadas y amortecidas a los pies del confesor, con un sudor y fatiga que es indicio de la congoja interior que padecen⁵⁴. Sin embargo de esta gravísima mortificación confesaban cuasi todos frecuentemente, y todos con una exactitud y claridad, que mostraban bien la fe que habían concebido de la remisión de sus culpas por medio del santo sacramento.

[Peste entre los tepehuanes y primera entrada a Taraumara] En los demás pueblos antiguos no tuvieron poco trabajo tres nuestros sacerdotes en asistir muchos enfermos de un ramo de peste que hacía grande estrago en los pueblos vecinos de gentiles. Quiso Dios que entre los cristianos no fuese tanta su violencia. A la caridad y continua asistencia de los padres atribuían ellos mismos que hubiesen sanado con tanta brevedad los más de sus enfermos, y preservándose del contagio la mayor parte de los nuevos cristianos. Esta paternal benevolencia les hizo amar con tantas veras a sus padres en Jesucristo, que en medio de su natural fiereza les obedecían en todo como unos niños tiernos. Estaban en guerra los tepehuanes del valle que llaman del Águila con la nación de los taraumares, con quienes con finan por el Norte. Los del Valle habiendo de tener sobre los brazos una nación tan numerosa y tan valiente, determinaron pedir socorro a los cristianos tepehuanes. Estos juntaron su consejo para resolver lo más conveniente, y habiendo sido muy diversos los pareceres, resolvieron enviar la noticia al padre Juan Fonte, que estaba treinta leguas distante en el pueblo de Ocotlán. Iban los enviados de parte de todos los tepehuanes, así cristianos como gentiles, encargados de dar al misionero un pleno informe de todo el negocio, y suplicarle que les dijese lo que debían hacer: que si dando el socorro le parecía que se podría concluir felizmente la guerra, lo mandase, y si negándolo por vía de negociación y medios de paz podría tener alguna composición, diese el corte que le pareciese, porque en toda la tierra, decían altamente en su consejo, se debe obedecer a los sacerdotes, y buscar de seis labios el consejo en las cosas obscuras. Con esta docilidad y sumisión pudieron sosegar los padres la cruel guerra que por muchos años habían hecho y hacían los acaxeos y vaimoas, a quienes tenían reducidos cuasi a esclavitud y oprimidos con pesadísimos tributos. Luego que recibieron la fe comenzaron a amarlos como hermanos, y libraron a los vaimoas y a toda la cristiandad de Topía y Carantapa de una continua inquietud, de que hablaremos en la misión de San Andrés y sus visitas.

[Misión de San Andrés] En estas había de asiento nueve sacerdotes repartidos en cuatro pueblos principales. El padre Alonso Ruiz, superior

de toda la misión, con otros de los compañeros, administraba el partido de San Gregorio. El padre Diego González Cueto a los sabaibos, y tenía su residencia en Otatitlán. El padre Gerónimo de San Clemente cuidaba del partido de Topía y San Andrés y residía ordinariamente en Tamazula; Vaimoa pertenecía al padre Floriano Ayerve, Atotonilco al padre José de Lomas, y al padre Hernando de Santarén la Sierra de Carantapa. Estas diversas visitas eran todas muy semejantes en la fecundidad de cruces y trabajos que ofrecían a sus fervorosos operarios. Los indios, parte por su desnudez y parte por inclinación, huyen de las campiñas y los valles, y habitan en cuevas subterráneas y en las quebradas de los montes donde es más caliente el temple. Entre estos géneros de pueblos eran grandes las distancias, las cuestas peligrosísimas, los ríos, muchos y muy rápidos; los temperamentos, muy varios. A pocas leguas pasa un misionero de un excesivo calor a un rigorosísimo frío. Del peligro de los ríos habla así el padre Alonso Ruiz en una suya al padre provincial: Sucedió el día de la Concepción de nuestra Señora, que viniendo los padres de esta visita de tener nuestra junta en Otatitlán, partido de los sabaibos, les llovió tres días, y habiendo esperado seis en el campo para que menguase un brazo del que les era fuerza pasar, se determinaron a vadearlo. Pero a poco trecho arrebató la corriente al uno de los padres con tal fuerza, que lo llevó por muy larga distancia, donde se hubiera ahogado sin remedio, si un indio fiel y animoso no se hubiera arrojado a socorrerlo. Perdió el breviario, el manto y demás de sus pobres alhajas que cargaba todas consigo. A este trabajo siguió una fuerte lluvia de veinticuatro horas, que pasaron sin más abrigo que el de una sobrecama, y extremadamente afligidos de la hambre, que los hubiera consumido, si los indios de un pueblo cercano, noticiosos de su necesidad, no se hubieran atrevido a pasar dos ríos para proveerlos de alimento. A la medida de esos trabajos era el pozo espiritual de que se colmaban sus corazones viendo el fervor de sus nuevos cristianos. Los indios de San Gregorio habían fabricado una hermosa iglesia, que se dedicó con asistencia de todos los españoles vecinos, y más de dos mil confesiones en la próxima cuaresma.

[Raros sucesos de los indios] La piedad de aquellos neófitos no solo la infundía en los soldados del presidio y gente de las minas, que concurrían a aquel templo, sino que tras de la fragancia de sus cristianas virtudes, hacía correr otras muchas naciones de gentiles a sujetarse al suave yugo del Evangelio. Los xiximes, nación fiera e indomable, que hasta entonces habían sido enemigos capitales de los serranos acaxeos, vivían ahora en paz y en hermandad, tratando y comerciando entre sí los pueblos en una entera confianza. Venían frecuentemente a visitar al padre y a pedirle que los visitase. En una de estas ocasiones vieron que el indio gobernador azotaba a un zagalejo por amancebado, y dijeron que les parecía muy justo, pues aquello era lo mismo que robar la hacienda ajena y despreciar la propia. Habiendo algunos forajidos de esta gente dado muerte a tres o cuatro cristianos, los caciques a quienes se pasó el aviso vinieron voluntariamente a entregarlos al capitán del presidio, rogándole apretadamente que luego los ahorcase. Hallábase entre los asesinos un muchacho, y el padre, movido de sus pocos años, intercedió con el capitán para que le perdonase y lo volviese a su pueblo. No lo queremos entre nosotros, replicaron los caciques; muchacho es, pero el delito es de

hombre, y hombre malvado⁵⁵. Con su muerte escarmentarán los de su edad, nuestros pueblos quedarán limpios de esta mala raza, y se conservará entre nosotros la amistad y la buena fe que hemos jurado.

La alianza contraída en los xiximes y tan religiosamente observada de una y otra parte, puso a los pueblos vecinos, singularmente a las sabaibos, en la deseada seguridad de extender sus poblaciones y de cultivar muchas tierras en que habla muchos altos que no podían habitar sin un evidente riesgo de la vida, de que estos infelices hicieron dar gracias al padre Alonso Ruiz. Con la tranquilidad creció maravillosamente la devoción de los cristianos. Vienen, dice en su carta el padre Diego González, de nueve y diez leguas a asistir al santo sacrificio con hambre tan piadosa, que oyen todas las misas que se dicen en la iglesia, y aun habiéndoles dicho el fiscal de parte del padre, en ocasión que había nueve misas, que oída una podían retirarse a sus casas, respondían: ¿Qué cosas tenemos que hacer de tanta importancia que nos obligue a dejar el templo? Confesábanse algunos tres y cuatro veces antes de comulgar, con tanta abundancia de lágrimas y sollozos, que llegándolos a percibir una vez un soldado español, enternecido de tanta compunción se dijo luego a sí mismo: Esta india acaxee y bárbara que ahora conoce a Dios se ha de confesar con tanto arrepentimiento, y a mí, infeliz, ¿no me han de deber un suspiro mis gravísimas culpas? Así dijo, y obedeciendo prontamente aquella santa inspiración, se arrojó luego a los pies del sacerdote, y con lágrimas igualmente devotas hizo una confesión general que fue principio de una vida ejemplar. No fue de menos fuerza el ejemplo de unos indios en aquel jueves santo. Lavaba el padre aquella tarde en la iglesia los pies a doce pobres después de haber declarado todo el espíritu de aquella humilde ceremonia. Dos indios que ayudaban al misionero con agua y toallas en este piadoso oficio se enternecieron de modo, que sin poderse contener, prorrumpieron en sollozos y en lágrimas⁵⁶. Este espectáculo conmovió tanto a algunos de los soldados españoles que se hallaban presentes, que arrojando las espadas y adargas se hincaron a ayudar al padre enjugando y besando los pies de los pobres, con mucho consuelo suyo, y edificación de todo el pueblo. La misericordia y liberalidad con los pobres y hospitalidad con los peregrinos mostraron bien por este mismo tiempo. Con el motivo de una grande hambre que afligió las provincias de Topía y Culiacán, les habló el padre de la limosna y de los premios con que corresponde su Majestad aun en bienes temporales. Creyeron los buenos indios las palabras de su ministro. En todo el pueblo de Ocotitlán, y respectivamente en los otros, no había casa donde no hospedasen más de cuatro forasteros, repartiendo con ellos la abundantísima cosecha que en la común esterilidad les quiso dar el cielo.

[Misión de Vaimoa] Los sucesos de la misión de Vaimoa, una de las más trabajosas y más recientes, no podemos ofrecerlos mejor a nuestros lectores, que en la curiosa carta del padre Florián de Ayerve, que fue quasi fundador de los más de aquellos pueblos, y después provincial de nuestra provincia, escrita al padre Alonso Ruiz. El mandato, (dice) de vuestra reverencia de escribir los sucesos de este partido, me ha hallado en el sitio más a propósito del mundo para escribir, no solo lo pasado, sino lo presente, que se siente mejor. Después de nuestra junta, llegué a Colura con un aguacero, que comenzó a 14 de diciembre, y hoy 12 de enero,

sin más interrupción que la de dos o tres días, prosigue aun y dura tan en su punto la hondura de la quebrada, que no es posible pasarla. El día de pascua, en el pueblo que llaman de los Borrachos, por falta de hostia no dije más de una misa con una pequeña forma. El día de año nuevo y de Reyes, los pasé en la angostura sobre un tabladillo. De la angostura fui a Aguas Blancas, y no siendo, como vuestra reverencia sabe, más de dos leguas, caminé desde las siete de la mañana hasta las tres de la tarde. Siguióse a estos viajes, en que muchas veces pensé ahogarme (porque como sabe vuestra reverencia, se pasa la quebrada para visitar a estos pueblos más de trescientas sesenta veces) la enfermedad de los indios, en que tuve el consuelo de quebrar más de cincuenta ídolos, y de enviar, según creo, al cielo a muchos que murieron poco después de haberse confesado. En Atotonilco, vinieron doce bárbaros enteramente desnudos a pedirme fuese a su pueblo a bautizar muchos que querían ser cristianos; riego me dijeron que no podría ir allá sino por una parte donde se abren dos altísimas rocas, de que se baja a un río muy grande, que ellos llaman en mexicano, Hueyatl, y los de Culiacán, por donde va a entrar en la mar, lo llaman Humaya. Que entonces el río iba muy hondo y muy rápido, que de allí a tres meses podría pasarlo. Les prometí que iría en aquel tiempo que me decían, que volviesen a su pueblo, y me esperasen. No quisieron apartarse de mí sin haber antes recibido el bautismo. Aplicáronse al catecismo con tanto empeño y fervor, que en ocho días los pude bautizar a todos, imponiéndoles los nombres de los doce apóstoles. Al tiempo señalado, partí allá, camino de dos días por unos montes altísimos. El río lo hallé profundísimo, y lo hube de pasar en una balsa que cuatro indios sobre sus cabezas llevaban nadando. Fuera de febrero, marzo, abril y mayo, todos los demás meses del año es inaccesible, porque aunque en estos meses la primera vez se pasa nadando, las otras hasta llegar al pueblo se puede vadear, y fuera de ellos de ninguna manera. Allende del río me aguardaban como cincuenta indios, que me guiaron río arriba, hasta llegar a un llano rodeado de montes muy altos, donde había mucha gente. Allí determiné hacer iglesia, y yendo para el sitio que me pareció mejor hallé más de setecientos indios, hombres y mujeres, niños y niñas, dispuestos en cuatro procesiones, coronados con sus guirnaldas de espadañas, y palmas en las manos, cantando: Oneya quevava ni Dios tacaca nexiacame. Creo en Dios Padre Todopoderoso. Me causó grande admiración oírlas, y preguntándoles de dónde habían aprendido aquello, supo que los doce habían sido tan buenos maestros, que les habían enseñado a todos la doctrina; de manera, que al tercer día en aquel puesto donde yo hice la iglesia, y ellos más de cien casas, bauticé cuatrocientos ochenta y dos de toda la quebrada, y dejé formado un pueblo de muchísima gente. Estuve con mis nuevos hijos algunos días, haciéndome continuas preguntas, que no eran de poca sustancia. Una de ellas fue, que cómo me había atrevido a entrar solo en tierra tan áspera, y que hasta entonces ningún cristiano había pisado; que si no había temido que me mataran y comieran. Respondiles yo había ido para llevarlos al cielo, donde hay mucha alegría y mucho gusto, y no al infierno, donde se quemarían para siempre; que por venir a buscarlos, había pasado otros montes muy altos, y un río mucho más profundo y más grande que aquel, y que para pasarlo era menester muchos días. Esto les dije para explicarles el mar; que si me mataban yo sería el dichoso, y

ellos los desdichados, porque Dios los castigaría, y los españoles y cristianos les destruirían sus casas y sementeras, como lo hicieron con los que mataron al padre Tapia, de quien ellos tenían noticia. Dijéronme que sería muy justo, pues yo no les hacía mal alguno, sino mucho bien. Aquella misma noche, como a las once, estando yo con mi recia cuartana, que no me ha dejado en todo el año, oí un ruido y tropel de mucha gente que venía corriendo con grandes alaridos hacia mi choza. Me puse en pie, vestida la sotana, con un crucifijo en las manos, y así salí a recibirlos, esperando la muerte, que creía tenían pensado darme desde el día antes. Dos muchachos que había llevado conmigo, lloraban tiernísimamente a mis espaldas; pero ellos no iban sino a apagar una casilla, donde se había prendido fuego, temiendo, como son de paja, que se quemasen todas. De allí, volví a los pueblos de Chamnayo, Batocomito, Atotonilco y San José, con un pueblecito que hice llamado Noriquito, y hallo por mi cuenta en el catálogo que hago, que habré bautizado como mil y cuatrocientos.

[Trabajos de los misioneros] Semejantes cosas escriben de sus respectivas misiones el padre Gerónimo de San Clemente, y el padre José de Lomas. Este último había ido a la misión de Atotonilco, que por su poca salud hubo de dejar no sin dolor el padre Florián de Ayerve. Habiendo estado quince días en el pueblo de Santa María de Tecuchuapa con el fervoroso padre Hernando de Santarén, fundador de toda esta florida cristiandad, vinieron repentinamente dos indios a avisar que los tepehuanes habían entrado y dado la muerte a todos los que hallaron en una ranchería, y que proseguían río arriba, matando sin distinción a cuantos encontraban, y con designio de quemar la iglesia y acabar con el pueblo. De estos sustos pasaba muchos el padre Santarén. Tres días antes habían determinado acabar con el santo hombre por haberles quitado tres doncellas que habían hurtado de un pueblo vecino, y el antecedente mes de julio estuvieron también a punto de ejecutarlo, matando algunos acaxeos, y entre ellos al principal cacique de esta población. Entre estos desconuelos, era de un grande alivio para aquel ministro infatigable ver venir de lejos las naciones enteras a buscar la salud en el redil de la Iglesia, y dejar sus amadas serranías por poblar en sitios acomodados para doctrinarse. En pocos meses se aumentó este año el número de los neófitos en más de mil y doscientas almas, novecientos de la nación Sicuraba, y trescientos de los vaimoas, corrieron a pedir el bautismo. No dudo, dice en su carta el padre Santarén, que a cualquiera cristiano se le saltarían de los ojos lágrimas de consuelo, y se alentaría mucho a servir a nuestro Señor, de ver despoblarse los lugares enteros, y venir cargando los hombres a los viejos e inválidos, y las mujeres a sus hijos pequeños, con sus cortos alimentos y pobre ajuar de sus casas, y esto, no camino de un día sino de quince, que tanto duró para ellos, y tal camino, que es la sierra más alta que hay, cual es la de Carantapa, y tan áspero, que hay paraje en que cinco leguas no se andan en dos días, y lo más que tiene 20 leguas de largo, y este camino no para buscar oro ni plata, como lo hacen las que se llaman naciones racionales, sino para buscar a Dios, la salvación y el agua del bautismo. Fuera de estos, tenía ya formado el pueblo de Santa María de Tecuchuapa con quinientas personas: el de San Simón Yamorinca con otras tantas; el de San Pedro y San Pablo de Bacapa con cuatrocientos; y

una legua de allí el de San Ildefonso de Tocarito con trescientas almas recogidas a las vecindades del río zuaque de Sinaloa.

[Reducción de los sinaloas y otras naciones] En este país, al cultivo de los ahomes, zuaques y tehuecos, naciones recién conquistadas el año antecedente, se añadieron otras dos no menos numerosas. El padre Carlos de Villalta entró a los sinaloas, los más orientales de las gentes que habitaban las riberas del que ahora llamamos río del Fuerte. En cuatro pueblos que visitó en su primera entrada, bautizó más de quinientos, de que luego llevó el Señor para sí las primicias en cinco o seis enfermos. Eran estos los más bien congregados, los más aplicados al trabajo de todo aquel país, disposiciones que contribuyeron mucho a la feliz propagación y rápidos progresos del Evangelio. El padre Pedro de Velasco, varón muy distinguido por su virtud, por su sabiduría y por su sangre, que habrá de representar después un gran papel en esta historia, enviado desde fines del año antecedente a las misiones de Sinaloa, había estado en Bacoburito en compañía del padre Juan Bautista de Velasco aprendiendo la lengua, mientras que el capitán Diego Martínez, que miró siempre la conversión de los infieles como la parte principal de su cargo, recorría las naciones vecinas al Este del río de la Villa, y los reducía a asientos fijos para ser más fácilmente doctrinados. Conseguido esto por autoridad y diligencias del piadoso capitán, entró el padre a principios de febrero de 1607 a las naciones de los chicatoratos, ogueras y cahuametos. Entre los chicatoratos se bautizaron trescientos y veinte párvulos, noventa y siete de los chuametos, y ciento y diez de los ogueras, ínterin se instrúan en la fe cristiana los adultos, a cuyos bautismos se dio principio poco después.

FIN DEL TOMO PRIMERO

2006 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](http://www.biblioteca.org.ar/comentario). www.biblioteca.org.ar/comentario

